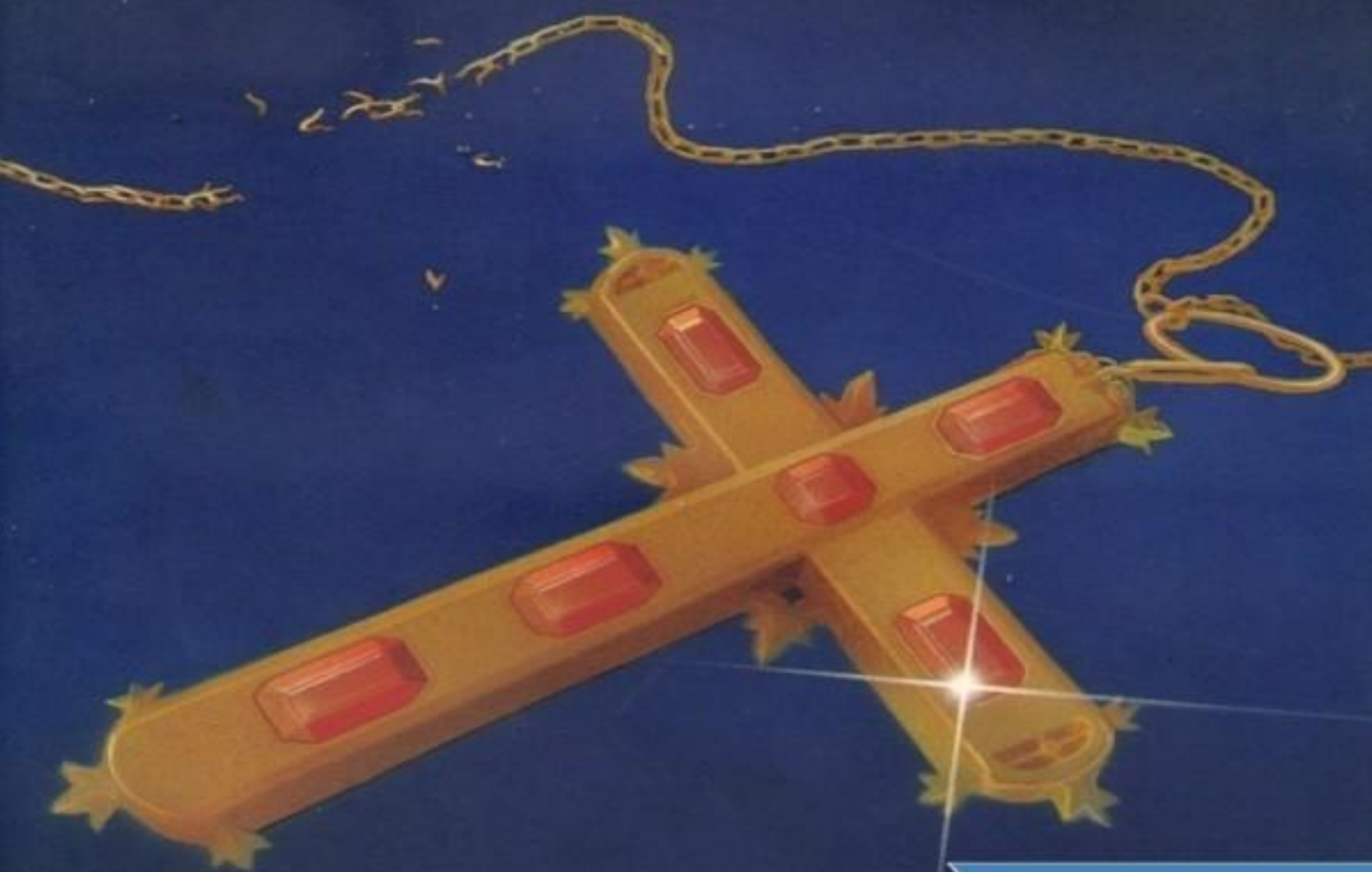


WILLIAM DIEHL

Instinto asesino



Lectulandia

El asesinato del arzobispo Rushman conmueve a la ciudad de Chicago. El horrible crimen exige un castigo ejemplar: la silla eléctrica para el asesino, Aaron Stampler. Por otra parte, el caso brinda al mundo judicial la ocasión de humillar al arrogante abogado Martin Vail, que con sus peculiares métodos viene cosechando éxitos y enemistades. Vail es designado como defensor de oficio de Stampler, pero quienes pensaban hundirlo pronto verán cómo todo el asunto se vuelve contra ellos.

Lectulandia

William Diehl

Instinto asesino

ePub r1.0

Titivillus 22.06.18

Títol original: *Primal Fear*
William Diehl, 1993
Traducció: Francesca Carmona, 1994

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a mis hijas e hijos, sus maridos y esposas y a mis nietos: Cathy, John, Katie, Emily y Chelsea, Bill y Lori, Stan, Yvonne, Nicholas y Jordán, Melissa, Jack y Michael y Temple. Y siempre a Virginia.

Agradecimientos

El autor desea agradecer al doctor Everett Kugler, del Departamento de Salud Mental de Georgia, su inestimable ayuda en la investigación de trastornos mentales; al abogado Brett Merrill, de Swainsboro, Georgia, su asesoría en derecho y procedimientos judiciales así como su continuo estímulo; a Chip y Kathleen, y a Steve Collura, su paciencia; a los miembros de Save the Beach y del Gunn Committee, su interés y ayuda; y al autor Stanley Booth, incapaz de escribir una mala frase aun intentándolo, la inspiración de sus palabras y el alegrar un poco incluso los peores días. Salud.

¿Se le está juzgando por ser inmoral? ¿Por mentir? ¿O por engañar? ¿Enviarían ustedes a este hombre a la silla eléctrica por estar desesperado? Les digo que en nombre de la justicia deben dejar de prestar atención a las cartas trucadas del mago y mirar su otra mano, esa mano donde las pruebas reales deberían estar; si así lo hacen, verán que está vacía. Esto es un tribunal de justicia, no un espectáculo de magia. Mi cliente se enfrenta a la pena de muerte.

¿Pueden ustedes doce, señoras y señores, decir honradamente que mi oponente ha demostrado la culpabilidad de este hombre fuera de toda duda? El sistema comete errores porque por muy sutilmente hábil que sea, sufre la debilidad de la falibilidad humana. Mi cliente es humano y es falible, pero también lo es el mago que busca la muerte. Así pues, les pido que no se dejen engañar por las manipulaciones. Estudien las pruebas cuidadosamente y cuando lo hagan, estoy convencido de que no tendrán otra elección más que hallar que mi cliente no es culpable de este delito.

MARTIN VAIL

Conclusiones presentadas al jurado en el
caso «El Estado contra Nicholas Luma»
3 de septiembre de 1979

No existe tiranía más cruel
que la que se comete bajo el escudo de la ley
y en nombre de la justicia.

MONTESQUIEU

26 de febrero de 1983

Cuando el arzobispo Richard Rushman, conocido por católicos, así como por protestantes y judíos, como *El santo de Lakeview Drive* por sus numerosas obras caritativas, salió de la ducha, le quedaban menos de diez minutos de vida. La muerte le esperaba en el umbral de la puerta.

La ducha caliente había relajado al arzobispo y éste había empezado a tatarrear la melodía que sonaba en el equipo estereofónico del dormitorio, la oda *A la alegría* de Beethoven, posiblemente su obra musical preferida. La solemnidad de los coros nunca dejaba de emocionarle. El volumen de la música estaba tan alto que no oyó abrirse la puerta de la cocina.

«La puerta de la cocina no está cerrada con llave. Bien. La habitación inmaculada, estéril, de acero inoxidable y baldosas, como la sala de autopsias de un hospital. La música. Tan oportuna. Preciosa. Grandiosa. El volumen al máximo, como de costumbre. No oír nada. Estará en el dormitorio, dirigiendo la orquesta, con los ojos cerrados y una batuta imaginaria en la mano, tatarreando. Es tan jodidamente previsible...».

El arzobispo estaba de pie en el umbral de la puerta del baño, secándose con una toalla. Era alto, un hombre apuesto, musculoso. De hombro a hombro se le marcaba una franja de piel morena delimitada por el amplio cuello de la camiseta. Su cabello oscuro y espeso le caía sobre la frente. Contrajo el bíceps, admirando la prominencia mientras se secaba el brazo. Cuando acabó, tiró la toalla al suelo y empezó a moverse siguiendo la melodía de la música, desnudo en medio de la habitación.

«Chocolate para conseguir energía. Casi puedo sentirla subir como una carga eléctrica ahí abajo, haciendo que me crezca, preparando la gran O. Así es como él la llama, la gran O. No lo jodas, apoya la mano contra la puerta de la nevera de metro ochenta para que no haga ese ruidito seco al abrirse. Así, perfecto. Ahí están, todas esas botellitas de batido de chocolate. Soldados en el estante de la puerta».

El intruso puso la botella al revés, del derecho, del revés, del derecho, mirando cómo se espesaba la bebida de color marrón antes de abrirla y bebérsela. Luego, en vez de pisar el pedal del cubo de la basura, levantó la tapa con la mano y colocó la botella silenciosamente en la bolsa de plástico.

«Tan ordenado, tan limpio. Tan jodidamente estéril...».

El arzobispo espolvoreó talco en una manopla y, cerrando los ojos, se frotó el cuerpo. Estaba absorto en la música, utilizando su voz de violín bajo a medida que los cobres se incorporaban. Bum bum bum bum bumbumbum buuum...

«Dios, me encanta el tacto de los cuchillos. Ligeros, equilibrados, fríos. Tan pulidos, deslizantes, como ella ajando quiere, cuando está dispuesta».

El intruso abrió el cajón escondido debajo del armario donde estaban guardados los cuchillos de trinchar, deslizó levemente los dedos entre los mangos, cuidadosamente frotados con linaza después de haberlos lavado. Se detuvo en el más grande, el cuchillo de trinchar, de hoja amplia, larga e inmaculada, afilada hasta tal punto que el filo casi era invisible. Relucía a la luz de los suaves destellos de la lamparilla colocada debajo de los armarios. Lo sacó, pasó el dedo corazón por el filo, dejando un hilo de sangre en el borde al cortarse la yema del dedo. El intruso se lamió la sangre.

«El coro está empezando a crecer. Y yo, poniéndome tenso, con un hormigueo en las tripas, sintiendo el pulso en las sienes, los espasmos. No me queda mucho tiempo antes del momento de explotar».

Cruzó el comedor manteniendo el cuchillo a la altura de su pierna. La puerta del dormitorio estaba abierta.

«*Sanctum sanctorum*. Cortinas y ropa de cama de color escarlata, sangre del Padre. Moqueta blanca, pureza de alma. Velas encendidas, purifican el aire. Incienso...».

Y el anillo, sobre la mesita de noche donde siempre lo dejaba cuando se duchaba.

«Ahí está. Todo pureza y luz. Su Eminencia, Su Santidad... Su Estupidez. ¿Bendito santo de la ciudad? Santo, ¿dónde está vuestra aureola? ¿En algún lugar de un cajón? El perverso está ahí de pie, desnudo, dirigiendo su sinfonía imaginaria de ángeles, ungida con santurronería, fariseísmo».

La música crecía. El intruso se dirigió hacia la mesa, cogió el anillo y se lo puso en el dedo. Su Excelencia estaba extasiado con la música, con los ojos cerrados, en las nubes. El intruso se acercó al arzobispo, alargó la mano con la que asía el cuchillo y le dio unos golpecitos en el hombro con la hoja plana del cuchillo. Sobresaltado, el sacerdote se volvió. Sus ojos se agrandaron con sorpresa. El arzobispo empezó a sonreír, vio el cuchillo. Las preguntas aparecieron en su rostro.

El intruso alargó la mano en que llevaba puesto el anillo y señaló el suelo con el cuchillo. El arzobispo estaba aturdido, sonreía. El intruso apuñaló el aire con el cuchillo, señalando la moqueta, y Su Eminencia se arrodilló lentamente. El miedo sustituyó a la curiosidad. El arzobispo se inclinó despacio hacia delante para besar el anillo de la mano tendida hacia él.

«Tuve que elegir a la perfección el momento para encontrarnos. Muerte grande, muerte chiquita... Perdóname padre porque he pecado, perdóname padre porque he pecado, perdóname padre porque he pecado...».

—¡Perdóname padre! —gritó el intruso.

El arzobispo Rushman alzó la vista para ver su acuchillamiento una fracción de segundo antes del golpe. Se retorció, sintió el filo que le rajó el hombro, cortando profundamente a través del músculo y del tejido y llegando al hueso. Su grito fue una horrenda mezcla de terror, miedo y dolor, como las hadas del infierno que al anunciar una muerte en la familia dan alaridos de desesperación. El cuchillo se volvió a

levantar y al precipitarse hacia él, intentó evitarlo con la mano, mientras la otra colgaba flácida en su flanco. El filo atravesó su palma, se retiró y le acuchilló otra vez, una y otra vez. El arzobispo se tambaleó hacia atrás, intentando inútilmente detener el arma mortal. Sintió una quemazón bajo la oreja cuando el filo le cortó la garganta, la yugular, la tráquea y el esófago antes de salir repentinamente por debajo de la otra oreja; un corte tan limpio y formidable que sólo la columna vertebral mantenía unida la cabeza y el cuerpo.

La sangre se derramó como la lluvia, brotando de la horrible herida. El cuchillo volvió a henderse, esta vez en su desnuda barriga. Después otra vez, de cadera a cadera. El filo mortal le azotó una y otra vez, brillando bajo la luz mientras el arzobispo caía hacia atrás, lanzando una mesa y una lámpara hacia el centro de la habitación, y sintiendo cómo su mano se enterraba en la masa blanda de arterias y de carne rota. Su cabeza se balanceó levemente de un lado a otro como un tapón de corcho en el agua. El dolor le venció...

En el pequeño parque, al otro lado de la calle de la rectoría, un cartero soltó a su perro tejonero, *Gretchen*, y observó que andaba igual que un pato a lo largo de la hilera de arbustos, que separaban la hierba de la acera. Podía oír los acordes de la música clásica que salían por entre las persianas de la alcoba del arzobispo y empezó a canturrear siguiendo la música, que le traía recuerdos de su pasado.

Se quedó de pie en el camino, dejando vagar la memoria, escudriñando a través del tiempo mientras entonaba la melodía. De pronto, una voz gritó por encima de la música.

—¡Perdóname padre!

El cartero levantó los ojos. Se oyó un gran estrépito. La luz tras las persianas se hizo oblicua y un momento más tarde oyó un angustioso alarido, tan lleno de horror que al perro se le pusieron las orejas de punta y empezó a aullar.

Un espasmo de terror tan real como el relámpago de un rayo recorrió la espalda del hombre. El vello de los brazos se le erizó. El cachorro, llorando, se volvió hacia su amo a la carrera. Él lo recogió en sus brazos cuando otro alarido, igual de horroroso, igual de horripilante, siguió al anterior, y sólo sería amortiguado por un grito sordo.

Destacada contra las persianas, vio una figura cuya sombra entró y salió del haz de luz. El cartero echó a correr por la calle, haciendo señales con la mano a un coche que pasaba, pidiendo ayuda a gritos.

El teniente Abel Stenner fue el primer detective que llegó al escenario del crimen. Más tieso que un palo y vestido impecablemente. Era un hombre meticuloso y prudente cuya expresión estoica protegía cualquier indicio de emoción. Su porte glacial y una total ausencia de pasión le habían valido hacía mucho tiempo el apodo de *Carámbano*, aunque nunca se lo habían dicho a la cara. Dos policías uniformados que estaban en la puerta de la rectoría lo observaron mientras salía de su coche y caminaba, sin ninguna prisa, hacia ellos. Uno de los policías levantó la cinta amarilla del lugar del crimen mientras Stenner se agachaba para pasar por debajo.

—Gracias —dijo sin mirarlo, y entró en el edificio de ladrillo de tres pisos que era parte de la imponente iglesia gótica.

—¡Dios mío!, ¿nunca lleva abrigo? Debemos de estar a doce grados bajo cero aquí fuera.

—¿Y para qué necesitaría un abrigo? —contestó el otro—. No tiene sangre.

Un veterano de cabello gris con la nariz marcada de venillas típica del borracho estaba de espaldas a la puerta del dormitorio. Parecía pálido e inquieto mientras Stenner subía por las escaleras a la alcoba, situada en el segundo piso. Cogiéndose las manos por detrás, el teniente se colocó justo delante del policía.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió.

El policía tartamudeó al leer los detalles anotados en su cuaderno.

—Un hombre llamado, eh... Harriman... Raymond Harriman... estaba, eh, llevaba al perro de paseo por la calle, eh..., ahí abajo y... esto fue alrededor de las diez y diez... y él... bueno..., ya sabe, gritos, que...

—¿Quién ha entrado en el dormitorio?

—Sólo yo, señor. Lo inspeccioné para asegurarme de si estaba vivo o muerto, aunque realmente no era... necesario teniendo en cuenta...

—¿Nadie más?

—No, señor. Hay un hombre en la puerta, esto, en la cocina, pero yo soy el único que ha estado en el... el escenario propiamente dicho. Apagué el equipo de música con un lápiz..., estaba muy alto.

—Muy bien. ¿Qué se ha..., cómo se llama? Usted es Travers, ¿verdad?

—Travers, sí señor.

—¿Se encuentra bien, Travers?

—Sí, claro, señor. Pero Dios, nunca vi nada como esto y llevo en la policía veintidós años.

—¿Qué se ha hecho hasta ahora? —preguntó Stenner.

—Eehh, pusimos las cintas alrededor. Tenemos policías rodeando completamente... la propiedad. No ha entrado ni salido nadie, pero aún no hemos registrado la... la iglesia ni nada más, porque yo no sabía...

—¿Está seguro de que se encuentra bien, oficial?

Travers asintió sin convicción.

—Salga fuera, tome un poco de aire. Que nadie..., sobre todo nadie..., entre o salga, excepto si son oficiales, ¿entiende? Ni la prensa. Ni tampoco... ninguna declaración todavía. Hágalo circular. Si alguien dice una palabra de todo esto, le colgaré personalmente. ¿Queda claro?

—De acuerdo. Sí, señor.

Travers, contento de escapar del lugar, bajó corriendo las escaleras, y se cruzó con el ayudante de Stenner, un detective negro de treinta años de edad llamado Lou Turner, que subía rápidamente por las escaleras, pero que retrocedió al llegar ante la puerta del dormitorio.

—¡Dios mío! —exclamó, volviéndose bruscamente de espaldas al escenario. Sacó un pañuelo y tosió en él. Había varias manchas de sangre en la moqueta del pasillo que conducía a la cocina.

—¿Puede ocuparse de esto, Louis?

—Sí, claro. Sólo fue la impresión.

—Bueno, está bien —dijo el teniente.

Desde la puerta del dormitorio del arzobispo Rushman, Stenner se quedó mirando atentamente la escena por detrás de sus gafas de montura metálica, escena que parecía extraída directamente del *Le grande guignol*. Su mandíbula se estiró dos o tres veces mientras apreciaba el sangriento desastre del interior. Por lo demás, su expresión no cambió. Sus ojos fríos, eficientes, examinaron la habitación. En la jamba de la puerta, a poca distancia de su cabeza, se dibujaba casi perfecta la ensangrentada huella de una mano.

—Louis, vuelva abajo. Quiero que se rodee todo el perímetro. Un equipo de cuatro en la iglesia, otro abajo... —vaciló un momento y entonces añadió—: Y en el tejado. Empiecen el registro inmediatamente —su voz era monótona y terminante.

—¿Cree que todavía está aquí dentro?

—Dudo que tengamos esa suerte.

—De acuerdo.

Turner bajó corriendo las escaleras. Stenner se volvió de inmediato, y pisando con cuidado, siguió el rastro sangriento de pisadas que se dirigían hacia la cocina, donde acababan bruscamente, al pie de la puerta trasera. Un joven policía estaba junto a la puerta. Parecía un ciervo asustado. Había otra huella escarlata de una mano en el mostrador de la cocina.

—¿Cómo se llama, hijo? —preguntó Stenner.

—Roth, señor.

—Bien, Roth —dijo Stenner con firmeza—. Quédese ahí fuera en la puerta y que no entre nadie. Voy a cerrarla con llave por dentro. No se vaya hasta que llegue la gente del laboratorio, ¿me ha comprendido?

—Sí, señor.

El joven policía salió a un rellano de madera, encogiéndose los hombros contra el aire frío y mirando fijamente la sólida escalera de madera que conducía a los jardines de abajo, donde sus compañeros se movían de acá para allá, apuñalando la noche con sus linternas.

Desde el interior de la cocina, Stenner cerró la puerta y se metió la llave en el bolsillo. Encontró un rollo de papel y se lo llevó al dormitorio. Se quedó en la puerta, que estaba en un extremo de la habitación, y su mirada fría hizo una valoración de un dormitorio espacioso, decorado con gusto exquisito. Enfrente de Stenner y en el centro de la pared se veía una enorme cama de columnas de roble con dos mesitas de noche a juego. En la pared opuesta a la de la cama, a su izquierda, se distinguían un equipo estereofónico y un televisor, en un armario hecho a medida que también hacía juego con la cama, y una pesada cómoda, situada en una esquina.

Asimismo, había un sofá negro, de piel y una mesita de centro contra la pared a su derecha, y más allá, la puerta del cuarto de baño. En la esquina más alejada, junto a un ventanal con una vista muy amplia, una silla de piel y un taburete que hacían juego con el sofá completaban el mobiliario. Excepto el armario, el resto de los muebles era obviamente antiguo. A cada lado de la ventana colgaban gruesas cortinas que como el edredón, las alfombrillas y las mantas eran de color escarlata; sólo la moqueta era —o había sido— blanca. Un gran crucifijo con un trozo de hoja de palmera colgaba por encima de la cama, al igual que una fotografía de la *Pietà*, que lo hacía por encima del sofá. Entre la puerta y el sofá había un armario ropero empotrado.

«Un hombre que disfrutaba de muchas comodidades», pensó Stenner.

Stenner sacó un bloc de notas de su bolsillo interior e hizo un esquema rápido de la habitación. Luego dejó el rollo de papel en el suelo a la entrada del dormitorio, y pisando el extremo del papel, desenrolló el resto en la habitación como una alfombra roja desplegada para un dignatario. Finalmente entró en el escenario del crimen, andando con cuidado por el camino de papel.

Las paredes, la cama, la silla y el suelo estaban salpicados de sangre, como si una encarnación de Jackson Pollack hubiese estado trabajando en la habitación. Mientras continuó hacia la cama, vio un pie, luego una pierna y finalmente todos los restos de quien era considerado como uno de los hombres más importantes de la ciudad.

El cadáver desnudo yacía entre la cama y las ventanas, la cabeza contra la pared y ladeada de forma no natural; los ojos se mostraban desorbitados, las mejillas y los labios hinchados, la lengua aparecía abultada en la comisura de los labios, y una mano estaba enterrada hasta los nudillos en un corte recto que se extendía por debajo de la mandíbula de oreja a oreja. El cuerpo, incluidos piernas y brazos, y hasta los dedos de los pies, estaba surcado por docenas de heridas profundas e imponentes y numerosos cortes. El número 666 había sido grabado con precisión artística en el estómago. La sangre había manado de las heridas como un río, formando un lecho empapado para los restos del arzobispo Richard Bernard Rushman.

Mientras estudiaba el cadáver, Stenner sintió un súbito escalofrío por todo el cuerpo. Los genitales habían sido cortados. Casi con miedo, la mirada de Stenner se dirigió hacia arriba recorriendo el cadáver hasta la boca abierta, donde, observó, las partes íntimas del sacerdote habían sido introducidas; y se dio cuenta de que lo que había creído que era una lengua no lo era en absoluto.

Stenner, que normalmente habría permanecido impasible ante tal carnicería, se tragó un repentino torrente de bilis que le amargó la garganta y respiró varias veces profundamente.

Detrás de él, el habla del sur, suave, lenta y pesada, del oficial jefe forense dijo:

—¡La Virgen!, ¡qué asco!

Stenner se volvió hacia él.

—Cuide su lenguaje, Harvey, esto es parte de la iglesia.

—Obviamente no inviolada.

Harvey Woodside estaba sudando por el esfuerzo que le había supuesto subir las escaleras. Woodside era un hombre enorme, rechoncho y asmático, cuya cabeza parecía brotar de sus gruesos hombros. Respiraba por la boca, de labios gruesos, una especie de sofocado jadeo regular que enseguida se convertía en algo molesto, y miraba entornando los ojos, por debajo de los párpados carnosos, con sus redondos y brillantes ojillos de color marrón lanzados a una continua búsqueda de pruebas. Llevaba un chaleco negro sobre una camisa hawaiana coloreada como el arco iris y ambas prendas metidas por dentro de unos pantalones de color gris, a los que les hacía falta un buen planchado, y que se sujetaban con unos tirantes de color azul, blanco y rojo. Pero sus manazas parecían casi delicadas y siempre estaban perfectamente limpias y arregladas. En resumen, un hombre descuidado y a menudo antipático, pero para tratar con los forenses, el juez de primera instancia e instrucción era incomparable.

Su equipo de tres hombres subió las escaleras cargado con varias maletas de aluminio, que dejaron en el rellano. Uno de ellos al ver el dormitorio soltó:

—Podríamos estar aquí hasta el 1 de mayo.

Woodside esperó a que Stenner saliera de la habitación, entonces anduvo como un pato hasta el final del rollo de papel y se asomó para ver los restos del arzobispo Rushman.

—Vaya, vaya, vaya —dijo, y luego, después de estudiarlo unos momentos, volvió la cabeza y miró a Stenner por encima del hombro—. Tiene entre manos un candidato al manicomio de primera clase, Abel.

—Eso parece.

—¿Alguna idea de cuándo ocurrió?

—Probablemente hacia las diez y diez, creo que tenemos un testigo, por lo menos un testigo auditivo —respondió Stenner mirando su reloj—. Eso sería hace menos de treinta minutos.

—Servirá de algo. Será agradable retirarse temprano. Bien, vamos a trabajar,

muchachos. Lavado completo, del suelo al techo. El cuarto de baño, el pasillo, ¿adónde conduce esa puerta de ahí?

—A la cocina.

—La cocina. Fotografíenlo, saquen las huellas, desempólvenlo, límpíenlo, tomen muestras de todo y no se dejen nada. Esto va a hacer temblar a los alrededores.

El transmisor-receptor portátil de Stenner cobró vida repentinamente. Era Turner.

—Será mejor que baje corriendo, teniente —dijo—. A la iglesia.

Stenner volvió al vestíbulo de la casa. Un policía abrió la puerta trasera del salón y Stenner lo atravesó y llegó a un largo pasillo que acababa en una salita situada junto al altar. Bajo el ábside, imponente por su altura, y más allá de las majestuosas hileras de bancos, Turner y cuatro oficiales de policía se encontraban delante de un confesionario, con las pistolas desenfundadas. Stenner se apresuró a cruzar la iglesia, recorrió una hilera de bancos, apartó a los policías y miró fijamente en el cubículo.

Un hombre de aspecto aniñado, de rostro casi angélico, de veinte años a lo más, con ojos llorosos y brillantes de miedo, se agachaba en el confesionario. Su pelo estaba enmarañado con sangre seca. Su cara, su ropa y sus manos estaban manchadas de rojo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y con el puño derecho agarraba un gran cuchillo de trinchar con hilillos de sangre. Sus ojos aterrorizados miraban con dificultad los haces de luz de tres linternas.

—Yo no lo hice —murmuró con voz lastimera, apenas audible, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Yo no lo hice, mamá. Mamá, yo no lo hice.

Todos los que iban en el metro elevado miraban fascinados el diario y el gran titular: ¡EL ARZOBISPO RUSHMAN ASESINADO! Y el subtítulo: JOVEN DETENIDO POR ASESINATO Y MUTILACIÓN.

Pero a Martin Vail le interesaba más un ejemplar del *City Magazine* que había comprado en el quiosco de la esquina. Examinó el sumario, hojeó las páginas hasta llegar a la número 32 y se sentó cómodamente para leer el artículo.

EL VAIL^[1] DE LOS INOCENTES
UNA CARNICERÍA A EXPENSAS DE LA CIUDAD
POR
JACK CONNERMAN

El jurado ha estado fuera durante aproximadamente una hora y media, son las ocho de un jueves por la tarde, sólo quedan siete días de compras hasta Navidad y la atmósfera de la sala del tribunal, que todavía está concurrida, es tan tensa como la de la sala, de espera de un hospital. Se sostienen muchas conversaciones sin objeto, pero la mayoría de las miradas están fijas en la puerta por la que el jurado regresará finalmente. Después de permanecer sentados durante doce días para escuchar testimonios tan incendiarios que en un momento dado el juez sugirió llamar al cuerpo de bomberos, nadie se va a marchar ahora sin ver el último acto.

«Lo que ese hombre es, es el *assassin* de las normas legales en esta ciudad. Un vampiro, eso es lo que es. Se sienta en la sala del tribunal, mierda, casi se pueden ver sus jodidos colmillos goteando sangre. Es un gran cazador en estas partidas, llega con esa anticuada cartera de médico suya, con el motor en marcha, no puede esperar, ¿sabe qué quiero decir? ¿Fiscales acusadores? Mieeeerda. Se los zampa para desayunar, comer y cenar, se va a casa y se toma un bocadillo de jueces antes de acostarse. ¿Que eres el demandante y él está sentado al otro lado de la sala? Lía el petate. Coge tus testigos y documentos legales, las declaraciones, toda esa mierda legal, tíralo, vete a casa y toma un baño en el jacuzzi. Lee un libro. Come unas chocolatinas. Ahorra tus fuerzas, amigo, porque ya estás muerto. Podrías muy bien estar colgado de un gancho del jodido matadero».

Está hablando un alguacil, un veterano de ojos inyectados en sangre, el estómago como un saco, con mal aliento y lo que queda de un perenne palillo de dientes en la comisura de los labios. Lleva veintidós años viendo a abogados en esta ciudad. Sabe todos los trucos. Seguramente podría recitar más leyes que cualquier abogado de Filadelfia, de ésos que cobran quinientos dólares la hora.

«Marty Vail. Caminando hacia la muerte», dice el alguacil y se va paseando.

El año se tambalea hacia el final esta tarde de diciembre en la Sala del Tribunal Superior número 6 —donde una vez Clarence Darrow le echó tal bronca a un abogado local de primera que dimitió y se convirtió en profesor de derecho—, mientras la concurrida sala de justicia permanece en su sitio, esperando el veredicto del caso de Joe Pinero contra la ciudad.

Vail está sentado en un alféizar ignorando lo que pasa a su alrededor, mirando por la ventana la ciudad brillante por sus luces de Navidad. Está tan tranquilo que podría estar en coma. El fumar está prohibido en la sala, pero Vail, distraídamente, enciende un cigarrillo tras otro, dejando caer la ceniza y las colillas en un vaso de café de plástico. Nadie le dice que deje de hacerlo.

¿Qué es lo que le preocupa a Vail?

Seguramente está pensando que cuando el jurado vuelva, será propietario de una pequeña parte de los bienes inmuebles que está mirando, un pedazo de la ciudad que durante un año él ha estado pateando de manera despreocupada, convirtiéndola en polvo.

Su cliente, un matón del lugar y un perdedor nato llamado Joe Pinero, está sentado a la mesa del abogado defensor. Sus dedos se mueven al ritmo de una melodía imaginaria. Si le preocupa su futuro, nunca podría saberse. Pero ¿por qué debería? Marty Vail acaba de obtener un gran triunfo frente a lo mejor que podía ofrecer la ciudad, Albert Silverman, un abogado de buena fama que en este momento está en el retrete, vomitando la primera papilla. Así es como le ha ido el caso.

—Si Vail fuera un lanzador de la gran liga de béisbol, sería el rey del *change-up*^[2] —dijo una vez un amigo mío, cronista deportivo—. No sólo participa para ganar. No deja que se acierte ni un lanzamiento en ningún juego.

Charlene Crowder, mujer hecha a todo después de pasar la mayor parte de su vida registrando juicios, jura que esto pasó de verdad:

«Ocurrió cuando empezaba, hace seis, siete años; defendía a un atracador de poca monta. Una de las pruebas clave era un sombrero, que se suponía pertenecía al demandado. Vail destrozó a tiros la estrategia de la acusación, demostró que el sombrero no podía pertenecer a su cliente y se metió el caso en el bolsillo. Después, cuando hubo terminado, Vail se dirigió al funcionario encargado de la custodia de objetos y le dijo: “Mi cliente quiere que le devuelvan el sombrero”.

»Vail dice ahora que estaba bromeando, pero se llevó el sombrero».

Vail, en siete años, se ha convertido en una leyenda. Nunca ofrece entrevistas, lleva tarjetas de visita impresas en las que pone «Sin comentarios», va a los tribunales con trajes que no se han planchado desde que Elvis iba a la escuela. Debe cortarse el pelo cuando cambian las estaciones. Las corbatas que lleva cuelgan a media asta como un lazo suelto alrededor de su cuello. Sus zapatos jamás han conocido el paño del limpiabotas.

Parece un sonámbulo paseando por la sala del tribunal, como si se le hubiese caído una idea al suelo y no la encontrara. Luego es una caja de sorpresas, ruge desde su silla como un volcán en erupción. Después es encantador —sonriente, tranquilizador, paternalista—, antes de convertirse inesperadamente en un áspid, que ataca la yugular de un testigo desprevenido. A veces sonríe, a veces parece preocupado, a veces aburrido. Pero, esos ojos grises nunca cambian. Mire sus ojos, estará mirando fija y directamente la muerte súbita. No hace prisioneros. Es un despiadado verdugo, que destruye a sus adversarios de manera tan despreocupada que parece que esté mojando rosquillas en un café.

Marty Vail, treinta y dos años: *enfant terrible* legal para los futuros ochenta. En sus manos, la ley es como la bola de un malabarista...

Joe Pinero, conocido por amigos y enemigos como *El Sombras* porque lleva sus gafas de sol a todas partes —seguramente duerme con ellas— es un gángster, un soldado callejero cuya hoja de servicios incluye condenas por agresión, intento de asesinato y homicidio sin premeditación. La primera vez lo condenaron de dos a cinco años por usar un bate de béisbol afilado contra un vendedor de zapatos que le debía cuatrocientos dólares de una apuesta. Salió a la calle nueve meses más tarde. La segunda vez disparó a otro matón en una discusión por sus respectivos territorios entre dos bandas, pero el asesinato se redujo a homicidio sin premeditación porque la acusación del fiscal fue floja. Volvió a salir a los seis meses. Hace un año y medio, Pinero y otros tres gángsteres emprendían una batalla en una calle céntrica muy concurrida, el tiroteo recordaba la Segunda Guerra Mundial. Cuando el humo se desvaneció, habían muerto dos y Pinero tenía tres agujeros. Los testigos desaparecieron, nadie sabe quién hizo qué a quién y Pinero alega y negocia el homicidio sin premeditación y se larga otra vez. No es necesario decir que no es una figura popular en los círculos de la aplicación de la ley.

Atajemos hasta la Nochevieja pasada. Pinero se dirigía a casa después de una fiesta. Dos policías le cayeron encima —uno era un policía del condado, el otro un oficial del estado fuera de servicio, que ha salido para pasar la noche con su amigo, que resultó ser su hermano. El policía del condado reconoce a Pinero, se acercan a él y deciden fastidiarle, hacerle caminar en línea recta, tocarse la nariz con el dedo, como si estuviera borracho. Pero no se dan cuenta de que han cruzado el límite y han entrado en la ciudad. Llega un policía municipal y se une a la fiesta. Registran el coche y encuentran un revólver cargado en el maletero. Pinero empieza a gritar hablando de sus derechos, de cómo los polis le arrastraron a la ciudad, una cosa conduce a la otra, y acto seguido los tres policías están pegando a Pinero como si fuera el bombo de una orquesta estudiantil.

Pinero acaba en el hospital con dos costillas rotas, los pómulos destrozados, conmoción cerebral, morados y contusiones múltiples, una acusación por conducir en

estado de embriaguez, resistirse a ser detenido y ocultar un arma. Entonces aparece el diablo. Resulta que Pinero ha marcado un 06 en el alcoholímetro. Estaba legalmente sobrio. Cunden los rumores, el más popular es que las instituciones legales están en un pozo, buscando una cuerda frenéticamente.

Entra en escena Marty Vail con una demanda civil por veinticinco mil dólares. Organiza un alboroto legal con el estado, el condado y la ciudad. La gente sonríe afectada en el Club de los Abogados, donde los celos se extienden como una plaga. Las apuestas están mil contra uno a que finalmente Vail ha conseguido algo grande.

Pese a esto, durante los diez meses siguientes, Vail destroza a la ciudad, al condado y al estado. Provoca una pelea entre los polis del condado y del estado contra los de la ciudad. Las riñas llegan a ser tan crueles que las tres instituciones del gobierno amenazan con demandarse. Vail se sienta cómodamente y se corta las uñas. Antes de acabar, acepta olvidar las acusaciones contra el condado y el estado, y las comparencias de ambos policías; éstos se vuelven en contra de su compañero de la ciudad como un par de toros bravos.

Antes de ir a juicio, las apuestas se equilibran, pero el dinero inteligente continúa apostando por Vail.

Ahora Vail está contemplando las luces intermitentes del árbol de Navidad del condado, su cliente se muestra tan frío como uña cerveza en un vaso helado, el fiscal del condado convertido en abogado defensor reza de rodillas en el servicio, y siete hombres y cinco mujeres están reunidos intentando resolver quién hizo qué a quién y cuánto va a costar.

El jurado lleva reunido dos horas cuando me acerco caminando y me apoyo en el alféizar junto a Vail. Se ha quitado la corbata amarilla y se la ha metido en el bolsillo del pecho de un traje de mezclilla de lana con el que parece que ha estado durmiendo una semana. Le hace mucha falta un afeitado. Antes, en el juicio, el juez Harry Shoat, un conservador fanático conocido en los círculos legales como Harry El Verdugo que, por hacer una comparación, hace que Atila el Huno parezca un reformador social, amonestó a Vail por su manera de vestir.

—Con el debido respeto, señoría —replica Vail—, vine aquí con el propósito de ejercer la profesión de abogado, no a una selección de modelos para una revista de modas masculina.

Eso establece el tono de un juicio durante el cual Vail es multado dos veces con mil dólares por desacato. La única razón por la cual no pasa unos diez días en chirona es el miedo a un juicio nulo por desacuerdo del jurado. Nadie quiere volver a pasar por este cruento procedimiento judicial.

—¿Y qué cree usted? —le pregunto a Vail.

—Creo que las luces intermitentes en los árboles de Navidad son la personificación del mal gusto —dice, mirando el árbol que hay delante del palacio de justicia y que parece la luz roja y verde de un semáforo—. Recuerda un maldito rótulo de neón.

—¿Cuánto tiempo cree que estarán reunidos?

—Hasta que decidan cuánto recibiremos.

—¿Cree que es así de sencillo?

—Sí. —Enciende otro cigarrillo y tira el viejo en el vaso, donde chisporrotea al apagarse.

—¿Cuándo vio que lo tenía en el bolsillo? —pregunto.

—El día que acepté el caso —responde Vail.

La confianza en sí mismo y esa mirada, eso es lo que acaba con ellos. A Vail nunca se le ocurre que perderá, sólo piensa en cuánto ganará.

El jurado ha estado reunido durante dos horas y cuarenta minutos. Veredicto: siete millones seiscientos mil dólares para el ex gángster de repente convertido en el millonario Joe Pinero. La sala se vuelve loca. Silverman, el fiscal del condado, vuelve a ir al retrete. Y Martin Vail se ha ganado unos dos millones y medio de dólares frescos.

El juez mira fija y tristemente desde lo alto.

—Quizá —le dice a Vail— ahora pueda permitirse un traje nuevo, abogado.

Martin Vail sonrío mirando al juez.

—Es una posibilidad —responde.

Dos días más tarde, la ciudad presenta una apelación.

Y la música sigue sonando.

Promete ser un año divertido.

Vail tembló contra la fría brisa que azotaba el tren y se acurrucó dentro de su abrigo mientras leía el artículo del *City Magazine* por segunda vez. «No está mal —pensó—. No está nada mal». La fotografía estaba bien. Mostraba un joven de ojos duros con una sonrisa engreída, apoyado en el estrado del juez con las manos en los bolsillos de los pantalones, un fajo de documentos metido en el bolsillo de su chaqueta, mirando directamente a la cámara con una cartera ajada, que parecía un botiquín, a sus pies. El pie de foto era para morirse de risa: MARTIN VAIL: RESPETABLES FISCALES PARA DESAYUNAR.

Vail se rió entre dientes. Le debía unas copas y una cena a Connerman por ésta. Metió la revista en su cartera mientras el metro se paraba al extremo de la curva, y se apresuró a salir del vagón, subiéndose el cuello del abrigo para resguardarse de la húmeda aguanieve que empujaba la cortante brisa procedente del lago, cuatro manzanas más allá. Vail detestaba esta época del año. El viento húmedo del norte soplaba por encima del lago y cortaba la llana ciudad del medio oeste de Estados Unidos como una navaja, acuchillando el abrigo más grueso de Vail y helándole la cara. Medio corrió dos manzanas y subió unos amplios escalones de granito de dos en dos. Una vez dentro, se quitó con los dedos la humedad del cuello y encendió un cigarrillo. Al otro lado del ancho vestíbulo de mármol y bronce, Bobby, el vendedor

del quiosco, agitó un ejemplar de la revista haciéndole una señal.

—Señor V —gritó—. Es para morirse de risa.

Vail cruzó el vestíbulo, cogió la revista y una bolsita de cacahuets pelados y dejó caer un billete de cinco dólares en la mano de Bobby.

—Quédese el cambio —dijo apresurándose.

—Que Dios le bendiga —respondió Bobby.

Subió andando hasta el segundo piso, evitando los ascensores repletos de gente. Eran las nueve y cinco. Llegaría cinco minutos tarde. A la moda. Vail se había tomado una hora aquella mañana para prepararse mentalmente para la reunión. Valerie Main, que había sido secretaria de abogados de la ciudad durante más o menos un siglo, lo miró ferozmente cuando entró en la oficina.

—Llega tarde —le indicó bruscamente.

—Es el tiempo —contestó sonriente, y se quitó la chaqueta y la tiró encima de una silla. Llevaba un jersey de esquiar, sin camisa, pantalones de pana y unos zapatones de suela gruesa.

—Le toca jugar —dijo misteriosamente ella, mientras entraba al despacho interior.

Los jugadores sorprendieron a Vail. La habitación estaba llena de pesos pesados de la política en vez de hábiles e inteligentes jóvenes asesinos a sueldo ansiosos de regatear en el trato. Le desconcertaron por un momento. Estaba el procurador general, Arnold Flederman, que había ocupado el cargo desde que la vaca de la señora O'Leary le dio una patada a la lámpara de aceite que provocó el legendario incendio en la ciudad; Otis Burnside, el concejal, magistral titiritero que tiraba de las cuerdas del primer distrito del centro de la ciudad; y Johnny Malloway, el malévolo ex agente del FBI, ahora comisario de policía, que sabía exactamente dónde había que presionar si quería parar el flujo de sangre al cerebro.

Y quedaba Roy Shaughnessey.

«Dios, ¿qué demonios pasa aquí?», se preguntó Vail.

Todos miraron su ropa con desdén. El gran despacho estaba decorado con caoba y bronce, mobiliario sólido y caro. El calor de la habitación era agobiante. Había una sola silla de respaldo duro delante del escritorio que dominaba la habitación. En torno a éste, se encontraban Burnside, Flederman y Malloway. Roy Shaughnessey estaba sentado aparte, a un lado.

«Todo lo que les hace falta para completar el tercer grado es el foco reflector sobre la silla», pensó Vail.

—Buenos días, señor Vail —saludó lenta y pesadamente Flederman, haciendo una señal con la cabeza hacia la silla.

Vail dejó vagar la mirada por la habitación, deteniéndose momentáneamente en cada uno antes de sentarse sin decir nada.

—Estamos aquí para salvarle —empezó Malloway. Era un hombre flaco y pálido que vestía del color gris, monótono y anónimo del departamento de policía—. Pisa terreno peligroso, amigo.

—No hay ni un solo juez en esta ciudad al que no le gustaría bailar sobre su maldita tumba —añadió Flederman a lo que había dicho Malloway. Se inclinó e hizo amago de escupir un trozo de tabaco de mascar dentro de la escupidera dorada que había al lado de su silla.

Vail sonrió con una estúpida sonrisa irlandesa.

—Tiene un problema del tamaño del lago Michigan —dijo Burnside; sus ojos brillaron momentáneamente bajo unos párpados verrugosos—. Sólo queremos facilitarle las cosas. Tiene una reputación bastante buena por aquí. No la estropee.

Todo el mundo se interesaba por su bien. Vail no dijo nada.

Shaughnessey, el veterano de los fiscales del estado, tampoco dijo nada. Se meció lentamente en un descomunal sillón de piel. Era un hombre robusto, que envolvía su volumen en un temo de quinientos dólares, adornado con un pañuelo de seda en el bolsillo del pecho. Tenía un rostro carnoso y sus labios de colesterol se estiraban

despreciativamente formando lo que alguien poco observador podría haber confundido con una sonrisa. Sus ojos, entornados por grandes párpados, eran amables pero glaciales, y sus abultados dedos estaban cruzados sobre su pecho, mientras los pulgares se frotaban casi imperceptiblemente. Shaughnessey era un oyente; y también el alto sacerdote del estado que con un mero movimiento de cabeza podía castigar con la peste a cualquiera que amenazara con inquietar las aguas de la cámara del estado. Vail lo había visto una vez, hacía diez años. Sabía que Shaughnessey era un político autoritario que había aguantado treinta años y cuatro administraciones. Los gobernantes le temían y los aspirantes a la presidencia le pedían consejo. Comparados con él, los otros tres eran charlatanes de feria.

«¿Qué demonios está haciendo aquí?».

Vail consideró atentamente sus posibilidades. Unió, su mirada a la de Shaughnessey, olvidándose de Fléderman, que hablaba interminablemente, soltando amenazas, música, celestial y groseros insultos dignos de un carretero, mientras Burnside y Malloway añadían más amenazas, si bien veladas. La nieve golpeteaba la ventana. El radiador rumiaba levemente en la esquina. Ninguno de los dos hombres rompió el duelo de miradas.

—¿Entiende lo que quiero decir? —concluyó Flederman.

Fue Shaughnessey quien rompió primero el duelo de miradas. Miró a Flederman y Vail siguió su ejemplo.

—No —repuso Vail.

—¿No? —se sorprendió Flederman.

—¿Qué quiere decir «no»? —preguntó Burnside.

—No, no entiendo lo que quiere decir —contestó Vail.

—¡Dios! —dijo Flederman, y esta vez escupió en la escupidera—. No es usted tan estúpido, ¡joder!

—No le estaba escuchando —intervino Shaughnessey con una voz severa y tan baja que apenas era audible en la habitación.

—¿Qué quiere decir «no estaba escuchando»? —tartamudeó Flederman—. ¿Qué demonios estoy haciendo, hablando para oírme a mí mismo?

—Probablemente —intervino Shaughnessey. Se volvió hacia Vail—. ¿Ha pensado en algo?

—Pensé que primero escucharía su oferta —respondió tranquilamente Vail, separando a Shaughnessey de la pandilla. Apostaba a que Shaughnessey había venido a la reunión sin proponerse ninguna actitud. Shaughnessey el oyente.

Shaughnessey se rió entre dientes. Poca risa, pero risa, al fin y al cabo.

—Aprende bien la lección, señor Vail.

—Gracias.

—¿Aprende? ¿Aprender el qué? —dijo Flederman.

Shaughnessey miró a Vail.

—Juega al ajedrez, ¿verdad? —le preguntó.

Vail asintió.

—Solía. Ahora ya no tanto, estoy demasiado ocupado.

—La vieja regla —explicó Shaughnessey a Flederman—. El que mueve primero pierde.

Flederman parecía confundido. Miró fijamente de un lado a otro, de Shaughnessey a Vail, luego se volvió hacia Burnside.

—¡Maldita sea!, di algo, Otis —dijo bruscamente.

—¿Qué coño quiere decir «oferta»? —preguntó Burnside a Vail. Su cara enrojeció y su voz se alzó convirtiéndose casi en un grito—. No le estamos ofreciendo nada, le estamos advirtiendo.

Shaughnessey se quitó una mota de polvo imaginaria de sus pantalones dando un golpecito.

—Calma, Otis —aconsejó quedamente.

—¡Bueno!, ¡por Dios!

—¿Cree que estamos aquí para transigir? —dijo el comisario Malloway.

—Transigir no —corrigió Vail—. Negociar. En una transacción todos pierden. En una negociación todos ganan.

Shaughnessey se volvió a reír entre dientes.

—¿Qué es tan jodidamente divertido, Roy? —preguntó Burnside.

—La lección.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

Shaughnessey lo estudió durante unos segundos y entonces habló:

—¿Oíste lo que dijo?

—¿Sobre qué? —preguntó Flederman...

—Sobre negociar y transigir —se volvió hacia Vail—. ¿Por qué no se lo explica, señor Vail?

Vail asintió con la cabeza.

—Si uno opta por pensar en la transacción, supone que va a renunciar a algo. Si se opta por pensar en la negociación, uno decide qué quiere y qué es lo que no le importa. De ese modo, se obtiene lo que se quiere y se renuncia a lo que no le importa. Se evitan las chorradas.

Malloway entrecerró los ojos.

—Suponga que sólo le decimos qué va a pasar —dijo severamente.

—Creo que eso sería un error —repuso Vail.

—¿Sí?, ¿lo cree? —dijo Malloway.

—Sí.

—¿Y por qué? —preguntó Flederman, pasando el tabaco de mascar de una mejilla a la otra.

Shaughnessey contestó la pregunta.

—Porque acabaréis ante los tribunales, Arnold. Y el señor Vail sabe que nadie quiere eso.

—Bueno... —vaciló Burnside—. ¿De parte de quién demonios estás, Roy?

—Sólo escucho, Otis, sólo escucho —contestó Shaughnessey. Miró al otro lado de la habitación hacia Vail—. En realidad vine para mediar en este asunto, ya que el estado está implicado. Le agradecería mucho, señor Vail, que analizara la situación tal como usted la ve. Creo que el primer movimiento ya se ha hecho aquí.

Vail se puso en pie. Siempre hablaba mejor de pie, imaginándose que estaba dirigiéndose a un jurado. Abrió la bolsita de cacahuetes y los ofreció a todos, pero sólo obtuvo miradas feroces. Se comió un par, encendió un cigarrillo, caminó hasta la parte más alejada de la habitación y se apoyó contra la pared.

—Este juicio ha costado a los contribuyentes unos... setecientos mil dólares hasta ahora, ¿no es cierto? —Nadie contestó—. La apelación costará otros setecientos, o quizá más. La gente de la ciudad se va a poner de mala leche por todo esto...

—Cree que tiene a todos los de esta ciudad en su jodido bolsillo —gritó Flederman.

—Mi opinión no importa. Pero ustedes volverán a rascarles el bolsillo si lo intentan de nuevo. Silverman está fuera de quicio, así que además necesitan un nuevo abogado.

—Acepto el desafío —dijo Flederman, frunciendo el ceño.

—¿Por qué? ¿Por orgullo? Ni siquiera tiene buenas razones para apelar. Si se rechaza su apelación, hará el ridículo ante los contribuyentes. Si consigue un nuevo juicio, es una lotería.

—Le daré una patada en el culo —dijo Flederman.

—Calma, Arnold —cortó Shaughnessey—. Escúchale. Pierdes el tiempo poniéndote de mala leche con él.

—¿Por qué?

—Porque no le importa un comino, ¿verdad, señor Vail?

Vail sonrió. Era un viejo búho sabio.

—No, señor.

—No lo entiendo —le dijo Burnside a Shaughnessey—. Podemos amargarle la vida a este hijo de puta y lo sabes.

—No estoy tan seguro —objetó Shaughnessey.

—Yo sí —afirmó Malloway—. Vamos a coger a Pinero por ocultar un arma. Eso es un delito grave y ya lo han cogido tres veces. Le caerán veinte años. Cuando salga, será demasiado viejo para disfrutar de lo que obtenga.

Se reclinó en su silla y sonrió. Shaughnessey levantó las cejas y volvió a mirar a Vail.

—Bien —dijo Vail, apagando el cigarro—. Nos veremos en el tribunal.

La sonrisa desapareció del rostro de Malloway. Flederman se inclinó y miró ferozmente a Vail. Shaughnessey bajó la mirada hacia el suelo.

—Explíqueselo.

—No tienen ningún caso de ocultación de arma.

—¿Qué quiere decir?

—Fue una detención ilegal. Mi cliente no estaba en estado de embriaguez, por lo tanto el registro fue una violación de sus derechos. El tribunal ya ha decidido que él no provocó el ataque de los oficiales. Aunque ganasen una sentencia Sería decepcionante, una sentencia digamos a medias; un nuevo jurado no cambiará completamente de opinión. Así que acabarán debiendo a Pinero cuatro mil, les costará otros setecientos volver a reanudar el proceso y todo lo que conseguirán será un montón de ciudadanos indignados. Es una mala jugada, señor Malloway.

Un silencio mortal cayó sobre la habitación. Shaughnessey se respaldó en su silla y volvió a cruzar los dedos sobre el pecho.

—¿Ha pensado en algo? —preguntó.

—Sí, señor.

—Oigámoslo.

—Abandonen la apelación. El caso de la pistola es un asunto perdido. Por el bien de la comunidad, aceptaremos una sentencia reducida a un millón seiscientos mil. La ciudad paga la mitad, el condado y el estado pagan cuatrocientos mil cada uno. Todos sonreímos dulcemente y Pinero acepta abandonar la ciudad para siempre. Quiere trasladarse a California, de todos modos.

—Si acepto eso, soy un cabrón consentido —afirmó Flederman, y escupió el resto del tabaco en la urna de bronce a sus pies. Malloway y Burnside se quedaron mirando fijamente a Vail, boquiabiertos. Shaughnessey seguía frotándose los pulgares.

—¿Por qué no se lo piensan? —dijo Vail—. Llámenme.

—Oh, ¿por qué no resolverlo ahora mismo? —sugirió delicadamente Shaughnessey—. Antes de que alguien pueda joderlo. Ahora acepto uno de esos cacahuetes, hijo.

Después de que Vail se marchara, Arnold Flederman se levantó, con la cara encendida, y golpeó la mesa con la mano.

—¡Ese arrogante gilipollas! —dijo bruscamente—. ¿A qué venía toda esa mierda de mover primero y perder, y de negociar y transigir? ¿A qué cojones se refería?

—Me estaba citando —explicó Shaughnessey con una sonrisa irónica—. Una conferencia que di hace unos diez años cuando él era estudiante de derecho.

—¡Bromeas! —dijo Flederman.

Shaughnessey no replicó. Descolgó el teléfono, marcó un número, pulsando con fuerza, y esperó a que contestaran.

—Soy Roy Shaughnessey, quisiera hablar con el juez... Bueno, dígame que se tome un descanso, necesito hablar con él ahora mismo. Esperaré. —Sus dedos tamborilearon sobre el escritorio mientras esperaba.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Burnside.

—Llegó el momento de pagar —dijo Shaughnessey—. El señor Vail está a punto

de recibir una lección de política... Hola, Harry. Bien, aceptó un millón seiscientos... No, no hubo discusiones, podría haber pedido más... Mira, es un chico listo, Harry, necesita un poco de humildad. Es todo tuyo. Dale una patada en el culo.

Butterfly Higdon's; diez y media de la mañana.

La mayor parte del gentío del desayuno ya había salido. En la barra circular, Burt Sheflin, que hacía mucho había ahogado una gran carrera de cantante con whisky de centeno, iba a tomarse el primero del día, levantando un vaso ancho con ambas manos hacia sus labios temblorosos. El barman, Pins, un luchador profesional, si los luchadores son alguna vez profesionales, con cara de niño, saludó con la cabeza mientras Vail se dirigía hacia la parte de atrás.

Dos tipos con pinta de meritorios en un bufete de abogados, con las mangas de la camisa arremangadas, le daban a las ocho bolas de la única mesa de billar que estaba junto a la barra. Uno de ellos se arrodilló, estudió el tiro, se levantó, apuntó con cuidado y metió dos bolas, cuando Vail pasaba por su lado.

—¡Llega tarde! —le gritó por encima del hombro Butterfly Higdon, que seguramente era la mejor cocinera del estado (aunque con ciento trece kilos de peso, francamente, no era una mariposa), mientras limpiaba la plancha raspándola con una espátula, y Tad y Fana despejaban las mesas de la zona de restaurante.

—Lo de siempre —le gritó Vail.

—Estoy limpiando la plancha.

—¿Y?

—¡Santo Dios! —dijo—, cualquiera creería que es el dueño de este maldito local.

En realidad, Vail era dueño de una pequeña parte del bar y del restaurante, como lo era otra docena de abogados más, jueces, policías y periodistas, todos los cuales habían contribuido para comprarlo cuando un promotor inmobiliario codicioso había intentado echarla hacia poco más o menos un año.

Vail cogió su taza entre las dos docenas que colgaban en la esquina, se sirvió una taza de café y luego se dirigió a una gran mesa redonda del fondo.

El juez estaba sentado en el lugar que siempre ocupaba en la mesa reservada para los clientes habituales. Media docena de periódicos estaban esparcidos por encima de la mesa, así como dos ejemplares del *City Magazine*, uno de los cuales todavía estaba abierto por el artículo de Vail. El juez bebió un sorbito de café y continuó leyendo con atención el diario a través de unos quevedos que sostenía con una mano mientras mantenía en alto el diario con la otra. Había un bollo de arándanos olvidado en un plato delante de él y un pastelillo de mantequilla derritiéndose sobre el cuchillo que estaba puesto encima del plato. Vail se quitó la chaqueta y la tiró sobre una silla, sentándose delante del viejo magistrado de la Banda Higdon.

—Llegas tarde —dijo el juez sin mirarlo—. Veo que ahora te han immortalizado en tinta. —Y movió la cabeza hacia el artículo.

Vail ignoró el sarcástico cumplido y puso cuatro dólares plateados sobre la mesa formando una hilera. El juez los miró atentamente por encima del diario, acabó de

leer el artículo, y sólo entonces puso el periódico, con cuidado, a un lado de la mesa.

—¿Cuatro, eh?

Vail asintió.

—Cuatro contra uno. Difícilmente lo que llamaría yo ventaja razonable.

—Funcionó.

El juez se reclinó en la silla y guardó los quevedos en el bolsillo de su chaqueta. Jack Spalding era un hombre alto y chupado, de mejillas hundidas, cuyo apuesto rostro estaba arrugado con las cicatrices de las batallas que había librado durante cuarenta y cinco años en los tribunales. Llevaba mechones de cabello castaño y blanco cuidadosamente peinados hacia atrás desde una frente alpina; sus ojos brillantes de color azul claro estaban alerta para cualquier desafío. Vestía, como siempre, a la perfección, con un traje de tweed, una corbata de rayas rojas y azules y una camisa azul claro, y llevaba un clavel rojo, del parque más cercano de la ciudad, atildadamente colocado en la solapa.

Spalding era un hombre de una calidad excepcional, ahora alejado del estrado, desencantado de los tribunales que habían sido degradados por traficantes de droga millonarios de veinte años, adolescentes aficionados a las metralletas y abogados que repasaban su letanía diaria con tanta pasión como las putas de la calle División. Ahora presidía un tribunal todas las mañanas para un puñado de prometedores abogados jóvenes que ensayaban sus casos ante él, citando leyes, recitando frases de memoria, desafiando su sabiduría con trucos y sofismas. Siempre los pillaba, por supuesto, aunque a veces dejaba que se las at reglaran siguiendo la teoría de que una buena tunda en los tribunales a veces era más educativa que los sabios consejos.

Marty Vail representaba su momento más glorioso. Era el hijo que no había tenido nunca. El protegido que había superado al maestro. Y aceptaba la arrogancia y el orgullo del joven como los defectos de una mente centrada y disciplinada para la que perder un caso judicial le resultaba simplemente incomprensible.

El juez entornó los ojos y miró de hito en hito las cuatro monedas plateadas.

—Cuatro contra uno —dijo, meditando—. Debería concluir que te lanzaron los peces gordos, por consiguiente, descartaré la negociación que, por lo tanto, descarta a los jóvenes listillos. Tuvo que ser un juego de poderes.

—De momento vas bien.

—¿La ciudad, el condado y el estado?

—También te doy eso. No hay más pistas.

El juez entrecerró los ojos mirando al techo durante unos momentos. Entonces, dijo:

—Dos de la ciudad, ya que a ellos se les presentó la cuenta, y los otros dos, uno de cada, uno del condado y otro del estado. Así pues..., me parece que uno fue procurador general, Flederman; es su problema fundamentalmente.

Vail hizo resbalar uno de los dólares hasta el otro lado de la mesa y el juez lo atrapó con la palma de la mano.

—Otis. Sería el látigo de la ciudad.

Vail hizo resbalar un segundo dólar hacia él. El juez miró fija y duramente a Vail, que puso su cara impasible.

—Por el condado..., supongamos, diría que fue el hombre más mezquino que tienen. Ése tendría que ser Johnny Malloway.

—¡Fantástico! —exclamó Vail, tirándole otra moneda—. Sólo queda uno.

—Ahora bien, ¿a quién te lanzarían del estado? ¿Quizá a alguien del personal del gobernador? O de la oficina del fiscal del Tribunal Supremo..., o incluso de la cámara del estado. Seguramente a alguien de lengua untuosa, uno de esos cabrones empalagosos para contrarrestar a Flederman, Burnside y Malloway, puesto que todos ellos son fuerzas arrolladoras. Hummm... mmm... ¿Y quién es el más empalagoso de ese puñado? —se rió entre dientes—. Tiene que ser el mismo *señor Astuto*. Woodrow P. Carlisle.

Vail sonrió y negó lentamente con la cabeza. El juez pareció sorprendido.

—Bueno, ¡mecachis! —dijo, e hizo resbalar el dólar, devolviéndoselo a Vail—. Muy bien. Me rindo, señor. ¿Quién era el misterioso hombre del estado?

—Roy Shaughnessey.

Spalding estaba obviamente asombrado.

—¡Me tomas el pelo!

—¡Ni hablar! —Tad le llevó el desayuno habitual, dos huevos escalfados con tostadas con mantequilla, carne picada frita con patatas y col, y una salchicha. Atacó la comida ávidamente, hablando mientras comía—. Y ahí tienes al pateador; jugaba a mi juego.

—¿Qué quieres decir?

—Mi oferta era de un millón seiscientos y Pinero se marchaba del estado para siempre. Shaughnessey les dijo que la aceptaran sin discusiones. El asunto no duró ni treinta minutos.

—¿Cayeron así, sin más?

—Así, sin más. Ni siquiera les planteé otras opciones. No tuve que poner ninguna carta sobre la mesa.

—Me parece que puede haber un pequeño problema con tu cliente. ¿Cómo se va a sentir cuando le digas que sólo va a comerse un millón y medio de dólares?

—Obtiene un millón cien. Yo me quedo quinientos mil.

—¿Cómo vas a explicarle eso? Pinero tiene los escrúpulos de una hiena. Te recuerdo que ha enterrado como mínimo a cuatro personas..., que nosotros sepamos.

—Haré que se muera de miedo —dijo Vail.

—¡Ja! ¿Cómo?

—Condena de diez años.

El juez se quedó pensativo un momento y asintió.

—Bueno, es una carta bastante buena para atemorizarle.

—Demonios, Pinero jamás ha visto un millón de dólares; apenas puede contar

hasta diez. Con un poco de suerte, acabará en un puente antes de que lo solucione todo. Sólo deseo que a ese pequeño impetuoso no le vuelen los sesos antes de que nos den el cheque.

El juez siguió con la reunión de la mañana.

—Volviendo a la cuestión principal —dijo—. Aquí hay algo que, francamente, no parece muy limpio, amigo mío.

—Eh, es un acuerdo muy razonable. La ciudad a buen seguro recogerá ochocientos mil, y el estado y el condado pagarán cada uno cuatrocientos. Nadie sale demasiado perjudicado y todo este asunto se olvida.

—Sí, pero no fue una solución jurídica, Martin, hijo, fue una solución política y la política nunca es lógica. ¿Cuál es su plan? ¿Qué buscan en realidad?

—Creo que eres un poco paranoide.

—Oh, sí, claro. Estoy de acuerdo con que fuera un trato razonable para ellos, ¿pero aceptar echando manó al bolsillo? Hay algo que huele mal. ¿Y dices que Roy estaba precisamente de tu parte?

—Les dijo que aceptaran, con otras palabras. Aceptad el trato, dijo.

—Entonces le debes una, Marty. Así es como funciona ese juego. Te va a pedir que le hagas un favor...

—¡Oh, vamos! Además, ¿qué puedo hacer yo por Roy Shaughnessey?

—¡Oh! —dijo el juez—, estoy seguro de que ya ha pensado en algo. Cuando llegue el momento de saldar la deuda, lo sabrás. Y no habrá discusiones. Así es como se hace, al estilo Shaughnessey.

Martin Vail volvió la atención a su desayuno y comió tranquilamente durante un minuto o dos. Entonces el juez dio un golpecito con el dedo en la mesa.

—Aquí llega otro problema, abogado.

Vail miró hacia la entrada. Joey Pinero acababa de entrar al Butterfly Higdon's. Pinero, que también era conocido en algunos círculos de la ciudad como *Heyhey* por un peculiar latiguillo, era una masa de tics. Chasqueaba los dedos al hablar, como para apresurarse. Y encogía el hombro derecho, como si estuviese espantando una mosca. Se acercó cruzando el salón rápidamente. Pinero siempre caminaba muy deprisa.

—*Heyhey*, abogado —saludó, chasqueando los dedos—, ¿tuvimos esa jodida sentada? ¿Qué tal fue esa mierda?

Se sentó junto al juez.

—Tuvimos la sentada, Joey, y fue bien —dijo Vail, y se secó la boca, luego dejó bruscamente la servilleta al lado de su plato.

—*Heyhey*, ¿y cómo acabó de una vez?, ¡joder! ¿Cuánta mierda nos van a robar? ¿Cincuenta mil? ¿Quizás unos jodidos cien mil? —Habló como un loco.

—Le darán un millón cien mil y tiene que marcharse del estado el día que reciba el cheque.

—*Heyhey*, ¿qué?, ¿qué coño está diciendo, abogado? ¿Tengo que creer la mierda

que oyen estas orejas? ¿Se derrumbó por ese jodido botín?

—No habrá apelación, no habrá problemas, sólo coja el dinero y corra.

—*Heyhey*, ¡qué jodido, hombre! —se quejó airadamente, chasqueando los dedos y moviendo el hombro mientras hablaba—. ¿Me está diciendo que tengo que comerme ese jodido... hummm... ese jodido millón o lo que sea? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Le estoy diciendo que va a irse con un millón, Joey. Considere las ventajas.

Pinero dio un puñetazo en la mesa, derramando el café de Vail.

—*Heyhey*, que considere mis jodidas ventajas, y una mierda. Ésa es su jodida historia, abogado; fue mi jodida cabeza la que se jugaron, sabe. Salgo perjudicado, usted se lleva medio jodido millón de lechugas, y se supone que yo tengo que estar jodidamente agradecido, ¿eh?

Vail se levantó de repente. Se alejó lentamente de la mesa, fue a llenar su taza de café otra vez y regresó. Se quedó de pie por encima de Joey Pinero y le dirigió la mirada más dura que tenía, la que reservaba para cuando veía que un testigo estaba a punto de enfadarse. La mirada asesina que reservaba para los testigos expertos. Pinero lo miró burlón. Algo estaba pasando, pero no estaba seguro de qué era. Sólo sabía que Vail le había aplastado en un momento y de repente.

—Ponga la otra cara del disco, Joey —dijo cordialmente Vail—. Sin mí, estaría cumpliendo una condena de diez años. Estaría frotando monedas de cinco centavos juntas, esperando que criaran para comprarse un paquete de cigarros.

—*Heyhey*, hay otros jodidos abogados, ¿sabe?, otros jodidos abogados. ¿Tengo que aceptarlo, joder? ¿No puedo decirle a ese cabronazo del fiscal del distrito que ni hablar, hey, que le veremos en el jodido tribunal?

—No.

—*Heyhey*, ¿no? ¡No! ¿Así sin más? ¡Joder!, ¡no!

—¡*Heyhey*, mierda! El trato es secreto. Coja su millón cien mil y láruese a California. ¿Que no lo hace? Le amargarán tanto la vida que deseará estar en el estado de Rock Island. *Hey*, jodido *hey*.

—*Heyhey*, mierda, una mierda; joder, de mi propio abogado, ¿tengo que ponerme a bailar?, joder, ¿*hey*? ¿Y qué dice usted de todo este jodido asunto, juez?

—Estoy jubilado —repuso diplomáticamente Spalding.

—Joey, antes de que le entre la rabieta escúcheme. Si apelamos, el estado, el condado y la ciudad le darán tanto por culo que llegarán a ver el final. Se está jugando una acusación por delito grave por la pistola, una sentencia contraria del tribunal de apelación y toda la mierda de la ciudad mientras dure la guerra. ¿Entiende lo que le digo? Ahora bien, si acepta, recibiremos un cheque de un millón seiscientos mil dólares. Yo me quedo con medio millón por mi trabajo y usted se va a bailar fuera del estado con el resto, esto es lo que hay. ¿Sabe siquiera cuántos ceros hay en un millón de dólares?

—¿Ceros? —Pinero clavó su mirada en Vail y pensó en aquello, sacudiendo el

hombro un par de veces—. *Heyhey*, ¿a quién cojones le importa? —dijo en tono defensivo; entonces, de pronto, se echó, a reír—. Un jodido millón de dólares. Eso es más de lo que jamás podré contar, *hey*. ¡Qué joder!, me he pasado un poco, abogado, ¿vale? ¿Vale?

—Vale, Joey.

Sonrió al juez.

—*Heyhey*, es un jodido abogado bastante bueno, ¿verdad, señoría?

—Oh sí —convino el juez—. Un excelente jodido abogado.

—*Heyhey*. Jodida Los Ángeles, ¿hummm...? Jodida tierra, quizá consiga meterme en las jodidas películas, ¿verdad? Quizá me compre una jodida película.

Sacudió el hombro un par de veces y se encorvó dándose importancia y chasqueando los dedos; luego se inclinó hacia Vail y le dijo muy confidencialmente:

—*Heyhey*, abogado, ¿cuántos jodidos ceros hay en un millón de pavos?

La nieve se había convertido en una llovizna helada. Vail recorrió medio corriendo, medio resbalando, las dos manzanas desde la estación del metro hasta su casa de madera de dos pisos. Ésta estaba situada en el distrito de la parte norte más cercano al centro de la ciudad, había diez minutos en metro, una situación perfecta para Vail, a quien no le gustaba conducir y que nunca había repuesto su coche después de que se lo robaran dos años atrás. Los promotores inmobiliarios habían recuperado la zona, restaurando las viejas casas de madera de dos pisos para darles el modesto esplendor de finales de siglo. Se había formado allí una agradable comunidad de clase alta, tranquila y nada esnob; se reducía a ocho manzanas y estaba habitada principalmente por profesores universitarios, músicos, jóvenes profesionales que empezaban y jubilados. Por deferencia a la atmósfera del lugar, Vail no colgó un rótulo fuera. Una placa de bronce en la puerta principal decía simplemente: M. VAIL, ABOGADO.

Puertas correderas de cristal separaban tanto el estudio, a la izquierda de la entrada, como la sala de estar, a la derecha, del gran vestíbulo que ahora eran los dominios de Naomi Chance, la secretaria, recepcionista, organizadora, investigadora y aspirante a leguleya del despacho de Vail. El estudio se había convertido en el despacho de Vail. Era una gran habitación laberíntica con una librería empotrada y una chimenea. Dominaba aquel espacio una enorme y pesada mesa de roble que Vail utilizaba como escritorio. Diez o doce montones de cartas, historiales y libros la habían invadido y le habían dejado una pequeña zona de trabajo en el centro de la mesa. Su silla de piel y respaldo alto era de ruedas, de manera que podía desplazarse por la habitación —hacia las estanterías o los archivos— cuando era necesario. También había un sofá viejo de piel delante de la chimenea para conversaciones más íntimas con los clientes.

La sala de estar se había convertido en la sala de espera y en el segundo piso estaban sus habitaciones privadas, cuatro dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, que se habían visto reducidos a tres después de convertir el más grande en un salón. O sea que podía alojar a dos invitados si hacía falta, aunque rara vez recibía visitas. En escasas ocasiones, él o algún amigo guisaba en la cocina contigua al despacho.

—Llegas tarde —dijo Naomi cuando él entró por la puerta, golpeando con los pies y sacudiéndose el frío de los hombros. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre la percha para sombreros al lado de la puerta.

—Sí, sí, sí —repitió, dirigiéndose al despacho—. ¿Cuánto hace que está hecho el café?

—Treinta minutos.

—Bien.

Fue hacia la urna pasada de moda de treinta litros que había aceptado como parte

del pago por haberse ocupado de la quiebra de un restaurante, se sirvió una taza de café y observó a Naomi, que estaba de pie en la puerta del despacho con un paquete en la mano. Era una mujer alta y más tiesa que un huso, del color del chocolate con leche, y de aspecto un tanto egipcio, con pómulos altos y ojazos marrones. Llevaba su negro pelo en mechones trenzados, cada trencita rematada con un abalorio africano de diferente color. Era una criatura preciosa que, a los cuarenta años, tenía la sabiduría de los sesenta y un cuerpo de veinte. No había absolutamente nada que se pudiera criticar de Naomi Chance.

—Esto llegó para ti hace alrededor de una hora —le indicó—. Me muero por abrirlo.

—Entonces ábrelo. Demonios, sin cumplidos. ¿De quién es?

Arrancó la tarjeta pegada con celo y leyó en voz alta:

—Gracias por su ayuda. Espero que el artículo le ofenda. Connerman.

Dentro había seis ejemplares de la revista y un original de la fotografía enmarcada con un marco antiguo de madera. Vail acarició la madera con el pulgar y se rió en su fuero interno. Connerman era sarcástico, por supuesto, acerca de lo de ayudarle. Vail apenas había hablado con el escritor mientras Connerman estaba trabajando en el artículo. Nunca, hablaba de sí mismo. No es que fuera especialmente modesto, simplemente imaginaba que cuantos menos conociesen su vida privada y su pasado, mejor.

—Archiva las copias —dijo Vail— y pon la fotografía en una estantería.

—¿No quieres leerlo?

—Ya lo he hecho.

—Bueno, ¿por qué no dijiste nada?

—Me olvidé.

—Y una mierda, Marty. ¿Está bien?

—Las gilipolladas habituales de Connerman. Adelante, léelo. Y escríbele una nota de mi parte. Dile que le voy a demandar por treinta y cinco dólares, todo lo que tiene en el mundo.

—Eso es malévolo.

—No lo querría de otra manera.

—Bueno... ¿qué pasó esta mañana?

—Oh —dijo Vail, encogiéndose de hombros—. Está todo arreglado. No habrá apelación. *Heybey* obtiene un millón cien mil, nosotros quinientos mil y se marcha de la ciudad para siempre. El caso está cerrado.

—¡Eso es estupendo! Pero ¿cómo se lo va a tomar Pinero?

—Ya se lo ha tomado. Se lo dije. Tuvo un pequeño ataque. Ahora es feliz.

—Dios, vaya día, y ni siquiera es mediodía. ¿Por qué rio echas un sueñecito?

—Muy graciosa.

—¿Has visto esto? —preguntó Naomi. Extendió el *Times* de la mañana entre sus brazos.

—Lo leí en el tren.

—Es terrible —dijo—. ¿Tú qué crees?

—Creo que el arzobispo está muerto y que han detenido a un sospechoso —se sentó, se quitó los zapatos, puso los pies sobre la mesa e inclinándose, empezó a frotárselos vigorosamente—. Debemos de estar a diecisiete grados bajo cero ahí fuera.

—¿Quieres que vaya arriba y te traiga unos calcetines secos?

—No podría pedirte que hicieras eso —respondió Vail, levantando los ojos para mirarla—. Quiero decir, eso podría interpretarse como muy machista. Eres una ayudante, no una doméstica del servicio.

—Vuelvo enseguida —dijo ella. Se dirigió hacia la puerta—. Dicen que ese chico que lo hizo...

—Ese chico al que han acusado de haberlo hecho...

Naomi se detuvo y se volvió hacia él, apoyándose en la jamba de la puerta.

—Acusan, ¿vale? Acusan..., pero según el artículo, lo pillaron escondiéndose en la iglesia con el arma.

—Repíteme conmigo...

Naomi puso los ojos en blanco e imitó sus palabras y su forma de hablar.

—Inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Vail sonrió con aire paternalista.

—Muy bien. Sólo recuérdalo, mientras hablamos, ese chico... ¿cómo se llama?

—Aaron Stamper.

—Ese chico, Aaron Stamper, es inocente. Y no creas todo lo que leas. Ya sabes lo que dicen sobre los periódicos: la primera vez que imprimen un error, es un error. La segunda vez que lo imprimen, es un hecho. Ni tampoco creas todo lo que oyes. El primer día que fui a la Universidad de Derecho, mi profesor entró en clase y dijo: «Desde hoy, cuando su madre les diga que les quiere...».

Naomi acabó la frase:

—«... buscarán una segunda opinión». Lo sé, y lo segundo que dijo fue: «Siempre pregunten por qué».

—Muy bien, vas aprendiendo.

—¿Por qué no? —dijo—. Lo oigo todas las malditas mañanas. —Y subió las escaleras.

Aunque Naomi sabía muy poco de derecho, era una estudiante aguda y voraz como una excavadora. Cuando se le señalaba la dirección correcta, se empapaba de todo el papeleo, extraía información de los taimados y suspicaces enchufados que se encargaban de los registros públicos, y seguía la pista de nombres y detalles a través de laberintos de microfilms periodísticos. Déle un nombre y regresará con una biografía. Pregúntele una fecha y sacará un calendario. Pídale un artículo y abrirá un expediente. Era soltera, mecanografiaba ciento veinte palabras por minuto, sabía taquigrafía y, de vez en cuando, sobre todo cuando Vail estaba enterrado entre libros

de derecho, era capaz de improvisar una buena comida en la cocina. ¿Qué más podía pedir Vail, excepto que, con el tiempo, quizá, pudiera moldearla para convertirla en una rata del derecho bastante buena?

Regresó y dejó caer un par de calcetines de lana sobre sus rodillas.

—Gracias —le dijo—. Bien, repasemos la lista.

Naomi se sentó delante de él y abrió su libro. Pero él no la escuchaba. Estaba absorto en Naomi.

Había veces, y ésta era una de ellas, en que Vail sólo deseaba coger a Naomi y llevarla arriba, al estilo de Rhett Butler. Pero Naomi Chance y Martin Vail habían hecho un trato. Los negocios, no el placer. La atracción sexual había estado presente desde el principio, desde el día en que ella contestó a su anuncio del periódico local. Había habido una noche, dos meses después de que empezara a trabajar con él, en que la barrera cayó. ¡Y qué noche!

Habían estado trabajando hasta tarde en un escrito que tenían que presentar por la mañana; acabaron a medianoche. El suelo del despacho estaba sembrado de libros, notas y trozos de papel. Una porquería. Naomi se tendió en el sofá.

—Nos merecemos una fiestecita —dijo Vail. Fue a la cocina y regresó con una botella de Dom Perignon y dos copáis—. Lo he reservado durante un año. Y hace dos meses que deseo beberlo.

Descorchó la botella, llenó ambas copas y apoyó la espalda en el sofá. Brindaron.

—Por nosotros. Un equipo bastante bueno.

—Brindaré por eso —dijo Naomi.

Cuando iban por la tercera copa, Vail estaba sentado en el sofá, acariciándole los pies. La tensión sexual en la habitación era eléctrica, los dos intentaban evitar lo inevitable. Sus manos se deslizaron hacia sus pantorrillas, luego hacia sus muslos.

—Marty —dijo lentamente Naomi.

—Relájate.

Sus manos subieron más arriba, acariciaron el suave brillo de sus medias, sus dedos apenas la tocaban.

—Oh, Dios mío —suspiró ella. Se incorporó para encontrar las osadas yemas de sus dedos y se apretó contra su mano. Acariciándola, él se tendió a su lado; la besó en la boca, después en las orejas, el huequecito del cuello y ella respondió poniéndole la mano detrás de la cabeza y moviéndola muy sutilmente hacia sus senos. Los dos meses de contención estallaron y empezaron a desnudarse con frenesí, sin perder en ningún momento la cadencia de la seducción mutua. Desnuda, Naomi apareció por encima de él a la luz del fuego, colocándose con una pierna a cada lado, moviéndose en círculos suaves y húmedos mientras él tocaba todos sus poros. Finalmente, ella se levantó un poco y le guió hacia su interior, inclinándose, atrapando sus gemidos con la boca.

Hipnotizados, empezaron a hacer el amor, pararon, se refrenaron, temblando, hasta que no pudieron resistir las exigencias de sus sentidos y empezaron de nuevo, la tensión había dejado de ser soportable y acabó en mutua liberación.

—¡Oh Dios! —había exclamado ella, cayendo encima de él y estirando sus largas piernas, apretándolas y agarrándolo fuertemente mientras se besaban hasta que, por fin, pasó. El permaneció tendido debajo de ella, estrechándola con los brazos y rascándole suavemente la espalda mientras recuperaban el aliento; dormitaron, se despertaron y entonces, volvieron a hacer el amor con el delirio de la repetición.

Eran las cuatro de la madrugada cuando Naomi, súbitamente, se apartó de encima de él y se levantó de un salto del sofá.

—¡Oh, Dios mío! —tartamudeó mientras empezaba a vestirse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vail.

—¿A ti qué te parece? Me estoy vistiendo.

—Quédate aquí esta noche. ¿Para qué vas a irte a casa ahora, por Dios? Son las cuatro de la mañana.

—¿Estás loco? Toda la vecindad sabría que me quedé. Además, tengo que ir a casa y cambiarme de ropa. Y no tengo cepillo de dientes. Fue algo muy... inesperado.

—¡Que se joda toda la vecindad! ¡Demonios!, ni siquiera conozco a toda la vecindad.

—No es por el hecho, es una cuestión de principios.

—¡Mierda! —dijo Vail. Encendió un cigarrillo, puso utios cojines en el respaldo del sofá y se sentó, fumando y mirándola mientras acababa de vestirse—. ¿Por qué no llamas a un taxi para que te lleve a casa, recoges la ropa y el cepillo de dientes...?

—¡Martin! Ya está bien —se puso la chaqueta, le besó en la mejilla y se dirigió hacia la puerta, pero al llegar a ella se volvió, suspirando profundamente—. Mira, fue genial, Marty. No sabes lo que eso hizo por este cuerpo y ego viejos. Pero no podemos volver a hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

Naomi regresó y se sentó en el borde del Sofá.-

—Cambiaría completamente nuestra relación laboral.

—¿Qué? —la miró con incredulidad durante un momento y se rió—. Eres muy extraña, Naom. Eres una dama muy extraña —hizo un gesto para alcanzarla, pero ella no se dejó.

—No, tengo casi cuarenta años y me estoy volviendo práctica con mi vejez. Sencillamente, no quiero empezar a preguntarme de camino al trabajo cada mañana si voy a joder o trabajar.

—¡Vamos! No sería así.

—Oh sí, tarde o temprano. Seguro. Iríamos a hurtadillas arriba para echar un polvo rápido entre declaraciones. Y a continuación sabes que tendría un par de trajes aquí, por si decidía quedarme. Me gusta mi trabajo, Marty. Me encanta mi jefe, me pagan muy bien y puntualmente. Me encanta este barrio. No lo jodamos, ¿vale?

—Fue terrible y condenadamente bueno, Naom.

—Precisamente, siempre es condenadamente bueno, Marty.

—Eso es un cuento de esposas viejas.

—Y yo soy una ex esposa vieja. —Alargó la mano y le acarició la mejilla—. ¿De acuerdo?

Vail se encogió de hombros. ¿Qué podía decir? ¿Quién discute a las cuatro de la mañana?

—¿De acuerdo? —repitió ella, algo tristemente.

—Sí, claro. Vale.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa mientras se levantaba para marcharse—, eso no quiere decir que vayamos con reservas respecto al tema.

Así pues, la tensión seguía allí. No había desaparecido nada, sólo se había puesto en espera.

—Tienes un aspecto irresistible esta mañana, Naom —alabó Vail—. Sólo quiero que lo sepas antes de empezar.

—No empieces.

—No estoy empezando nada. ¿Es que no puedo dirigirte un cumplido?

Naomi cerró los ojos, hizo rechinar los dientes y dio un pequeño gruñido. Entonces dijo:

—Debes de estar caliente. ¿Te dejaron plantado anoche?

—Anoche fui al Silver Screen, solo. Dos de mis películas favoritas de toda la vida, *Retorno al pasado* y *The Stranger*. Una fotografía preciosa. Ni un rasguño, la banda sonora como el cristal...

—Un día te asaltarán al bajar a ese viejo tugurio.

—Llevo yendo a ese tugurio desde que me trasladé a esta puñetera y fría ciudad. Así que...

—Así que no hay lista que repasar. Hoy estás libre. Creías que ibas a tener que trabajar en la apelación, ¿recuerdas? No obstante, tienes a Leroy marcado con un interrogante en lápiz.

—Aaah, Leroy. Vale, resume los aspectos esenciales sobre Leroy, una versión corta —encendió un cigarro, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Naomi era genial para resumir todos los detalles agravantes de un expediente en una sinopsis bonita, concisa, cronológica y detallada.

—Leroy Nelson —empezó—. Un tipo feo, varón, blanco, veintiséis años. Trabaja en la Fundición Ames, vive con su madre en Railroad Avenue. Se divorció hace unos seis meses. Dos procesos anteriores. El primero, una simple agresión, una pelea en un bar, se le condenó, pagó una multa de quinientos dólares. El segundo fue por posesión de objetos robados. Se le pilló con un televisor y un estéreo robados, no tuvo que ir a la cárcel, estuvo seis meses bajo libertad condicional. Eso fue hace

dieciocho meses. Desde entonces está limpio.

—Nada grave —dijo Vail.

—De acuerdo. Veinticinco de noviembre, el día después del de Acción de Gracias. Leroy está comiendo las sobras con su mami. A las siete de la tarde, un tipo con un pasamontañas atraca una gasolinera, a cuatro manzanas de la casa de su madre. Una patrulla de policía pasa por allí, el ladrón se asusta, el encargado de la gasolinera se pelea con él, le quita el pasamontañas y el ladrón se va corriendo por la puerta trasera, dejando caer la pistola al huir del lugar. Basándose en un dibujo y en la descripción del encargado, los polis van a casa de mami y cogen a Leroy. En éstas, encuentran cincuenta y seis gramos de marihuana en su bolsa de deporte. Ahora Leroy tiene dos problemas, intento de robo a mano armada y posesión de una sustancia ilegal. Leroy alega identidad equivocada y su dulce madre le proporciona una coartada. Ahí es donde entramos nosotros.

—Tres semanas más tarde, se nos volvieron las tornas —dijo Vail.

—Así es. Resulta que Leroy compró la pistola en una casa de empeños de Elander hace alrededor de un año. La historia que contó a la poli es que la vendió a un tipo un par de meses antes del robo.

—Así que ahora tenemos que arreglárnoslas con la pistola —suspiró Vail—. ¿La vendió o no?

—No hay ni recibo ni comprador hasta ahora —contestó.

—Entra el capitán Vídeo.

—Ah... la máquina infernal —dijo Naomi.

—¿Has leído *A sangre fría* de Truman Capote? —preguntó Vail mientras se desplazaba en la silla de ruedas por el suelo de madera dura hasta la estantería donde tenía el aparato de vídeo.

—No.

Mientras hablaba, repasaba las diferentes etiquetas de las cintas de vídeo.

—Deberías leerlo —le aconsejó—. Es un libro estupendo. Casi se podría utilizar como libro de texto sobre técnicas de interrogación.

—¿Técnicas de interrogación? ¿Truman Capote?

—Sí. —Encontró una de las cintas que estaba buscando y la puso aparte—. Capote describe cómo logró saber todos los detalles de la matanza de una familia en Kansas. Los responsables fueron una pareja de fracasados llamados Perry Smith y Dick Hickock. Smith perdió la chaveta por Capote, Hickock nunca tenía mucho que decir. Así pues, Capote hablaba con Smith, que sabía que era un mentiroso patológico, entonces le llevaba la historia a Hickock y Hickock, que era honrado aunque psicótico como el diablo, decía: «No, no fue así, esto es lo que pasó». De manera que oponiéndolos a los dos, al final Capote pudo escribir un libro muy detallado sobre el crimen. Ah, aquí está la cinta número dos —la puso con la primera.

—¿Qué tiene que ver eso con Leroy Nelson y esa máquina tuya? —preguntó Naomi.

—La cámara es mi Dick Hickock. Finalmente, oponiendo a Leroy y a la cámara, conseguiremos la verdad. ¿Entiendes, Naomi?, la gente nunca recuerda exactamente lo que dice. Creen que lo recuerdan, pero en realidad no es así. Puedo parafrasear las frases apuntadas en una hoja de notas ante un testigo, y la mayoría de la gente jurará que eso es exactamente lo que dijo, palabra por palabra, porque creerá que lo tengo escrito y se lo estoy leyendo palabra por palabra. Así que grabo lo que dice Leroy tres veces. Ah, aquí está la otra. Tres veces le pregunto qué pasó, tres veces cuenta la historia, comete unos errores sin importancia con los detalles, pero eso es normal. Excepto uno. Ésta es la cinta número uno.

Encendió la televisión y le dio al botón del vídeo. Leroy Nelson apareció en primer plano, un hombre alto y flaco, que parecía tener el doble de años. Su cabello de color castaño pálido, era fino y largo, y al hablar, solía acabar las frases con un interrogante, como si se estuviera disculpando por algo. Tenía ojos cansados, abatidos, la nuez de la garganta parecía un tapón de corcho subiendo y bajando por su largo y esbelto cuello y tenía la piel curtida por la fundición, que ya no era piel sino más bien pellejo endurecido de animal.

VAIL: Explíqueme lo de la pistola.

NELSON: Bueno, ya casi me había olvidado de eso.

VAIL: ¿Por qué no me dijo nada de ello?

NELSON: Bueno, como digo, me la robaron hace un par de meses, así que no estaba pensando en esa pistola.

VAIL: ¿Así que no ha visto la pistola desde hace meses?

NELSON: Así es. Desde que la robaron.

VAIL: ¿Por qué tenía una pistola?

NELSON: ¿No tienen todos una?

Vail quitó la cinta y puso otra.

—Así que, muy bien, en la cinta número uno, me dice que la pistola fue robada un mes antes del atraco, pero nunca llegó a informar de ello. En la cinta número dos, una semana más tarde, no le pregunto nada sobre la pistola y él tampoco saca el tema. Ahora bien, aquí está la cinta número tres, diez días más tarde. Le lancé una bola envenenada. No se me ve, pero estoy leyendo mis notas.

VAIL: De acuerdo, hablemos de la pistola otra vez, Leroy. Es muy perjudicial tener ese arma.

NELSON: Ya se lo dije, se la vendí a un tipo que conocí en el gimnasio, pero no lo conozco. Era un tipo que quería comprar una pistola y yo necesitaba el dinero.

Vail paró el vídeo y se dio la vuelta hacia Naomi.

—Ves —dijo—. Leroy cree que yo estoy mirando mis notas. Olvidó que me había dicho que la pistola había sido robada. Lo que estaba repitiéndome es la historia que les contó a los polis.

—¿Así que suponemos que Leroy está mintiendo sobre esto? —Mintió a alguien...

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tengo que aclarar con él lo de la pistola.

—¿Crees que lo hizo, Marty?

—El jurado nos lo hará saber.

—¿Seguimos adelante con el alegato de inocencia?

—Como hasta ahora.

—Seguramente conseguirás que lo absuelvan.

—Ah. Ese tono de voz. Ya te has decidido, ¿verdad? Culpable, ¿no es eso?

—Quizá. Pero ni siquiera te importa. Vas a defenderlo lo sea o no.

—Eso es lo que hacemos aquí, Naomi. Por si no te has dado cuenta durante los últimos siete meses, defendemos a personas a las que se suele suponer culpables.

—Aún no he podido acostumbrarme a eso. Me refiero a que siempre siento que, bueno, me parece como si tuvieras una especie de... ¡mierda!, Marty, ya sabes... ¿problema moral con eso?

—Soy abogado, no un jodido moralista.

—¿Pero no es de eso de lo que van las leyes?

—Las leyes, querida Naomi, no tienen nada que ver con la moralidad. Mira, digamos que te detienen por tenencia de marihuana, ¿de acuerdo? No es asunto del tribunal determinar si deberías o no fumar marihuana, o si es bueno o malo para tu salud. El tribunal sólo decide en la cuestión de la tenencia porque de eso es de lo que se te acusó. La moralidad no tiene nada que ver.

—En otras palabras, está bien fumarla, pero va contra la ley tenerla.

—Exactamente.

—Me parece una ley estúpida.

—Muy cierto. Existen muchas leyes estúpidas y muchas leyes malas..., no tiene nada que ver con nosotros. Lo que hacemos es imaginar la mejor manera de utilizar las leyes (buenas, malas, estúpidas o lo que sean) para favorecer al máximo a nuestro cliente.

—Y entonces ¿qué hacemos con la marihuana?

—Les criticaremos duramente. Registro ilegal. Llegan sin autorización, dicen que quieren hablar con Leroy. Entran en la casa, figonean un poco, ven una bolsa de deporte de color azul y echan un vistazo dentro. Bingo, cincuenta y seis gramos de hierba. No se le había acusado de nada. Estaba colaborando. La bolsa estaba en el suelo, los policías curiosearon. No tenían por qué.

—Está bien, y así, ¿qué hay del sumario de Nelson? —preguntó Naomi.

—¿Sumario? Tenemos que desactivar lo de la pistola. Es todo lo que tienen.

El teléfono empezó a sonar y Vail se volvió hacia las cintas de vídeo mientras Naomi fue a contestarlo. Quizá, pensó, había algo en esas entrevistas que había pasado por alto. Alguna cosilla de nada que pudiera ayudarle al llegar a este punto.

Naomi volvió a entrar en la habitación.

—Tienes una llamada.

—Que deje el mensaje, estoy pensando.

—No lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que quizá quieras atender esta llamada. Es del despacho del juez Shoat.

¿Qué demonios podía querer Shoat?, se preguntaba Vail mientras el taxi bordeaba con cautela la calle cubierta de aguanieve y resbalaba al subir por la curva de delante del palacio de justicia. ¿Estaba furioso por el acuerdo? ¿Estaba de mala leche porque Vail había hecho que la ciudad, el condado y el estado se pusieran de rodillas? ¿Había recordado Shoat algún insulto o arrogancia en el juicio? Quizás iba a intentar abofetear a Vail con otra citación por desacato y por rencor. La única cosa de la que Vail estaba seguro era de que, desde luego, no sería una reunión agradable.

Al entrar en el edificio, Bobby, el vendedor de periódicos, le gritó:

—Eh, señor V, liquidamos las existencias. El mejor número que jamás han sacado.

—Genial —contestó Vail mientras entraba en el ascensor.

La sala del tribunal estaba en el cuarto piso. Cuando Vail entró en la sala casi vacía, Shoat estaba moviendo la mano y la cabeza simultáneamente.

—No, no, no —dijo bruscamente—. Denegado, denegado. Póngase a hacerlo, me gustaría acabar estos trámites hoy si es posible, caballeros.

Harry Shoat *El Verdugo* presidía su sala de justicia con fervor dictatorial. Era el señor de su dominio, un moralista calvinista que veía el pecado antes que al pecador y que administraba justicia sin considerar las circunstancias o la situación. Un hombre ceñudo, tenso y sin sentido del humor, tenía el aire de un hombre de negocios vienés: serio, formal, suspicaz. Llevaba el bigote perfectamente arreglado y su pelo negro estaba peinado hacia atrás y pegado a su cráneo. Era un hombre que parecía perpetuamente impaciente con el procedimiento que había jurado hacer respetar, y por eso el martillo se convertía en una prolongación de su brazo y lo usaba a fin de coaccionar a la sala entera para mostrarse sumisa.

Como primer juez republicano elegido en doce años, Shoat consideraba la victoria sobre su oponente demócrata como un mandato para su agenda ultraconservadora. Apenas podía ocultar una actitud dura, casi perjudicial hacia los acusados, que secretamente creía que eran culpables hasta que se demostraba su inocencia; pues, de otra manera, ¿por qué estarían en su tribunal? Tenía muy poco tiempo para abortistas, fanáticos que creían que la pena de muerte era bárbara o aquellos que buscaban la causa y el efecto entre las ruinas sociales de la ciudad.

Pero Harry *El Verdugo* conocía la ley. Anteriormente fiscal, tenía el tipo de mente que podía recordar al instante un número asombroso de precedentes legales por el nombre, la fecha, la región y el tema. Y aunque a veces era capaz de juicios increíblemente profundos e imprevisibles, practicaba con inflexibilidad la costumbre de dictar la pena más alta, siempre fríamente desinteresado por las circunstancias sociales del crimen y su perpetrador. El crimen era el crimen. El castigo era el castigo. La compasión no cabía en el sistema judicial. La única vez que sonreía era

cuando pronunciaba la sentencia. En una ocasión, cuando un joven delincuente había sugerido arrogantemente que, quizá, él y el oficial encargado de su libertad condicional pudieran reunirse con el juez antes de que se pronunciara la sentencia, Shoat había sonreído casi con júbilo, había mirado al joven y le había explicado: «Hijo, el oficial encargado de su libertad condicional aún no ha nacido... Treinta años». Vail siempre había sospechado que Shoat constantemente tenía que reprimir un deseo loco de saltar y gritar: «¡Que les corten la cabeza!», como la Reina de Corazones del País de las Maravillas.

Antes de que Vail pudiera sentarse, el juez lo vio y le señaló bruscamente la puerta de su despacho. Cuando Vail se señaló a sí mismo e hizo la pregunta «¿Yo?», Shoat asintió enérgicamente. Así pues, Vail caminó en silencio por el pasillo exterior de la sala y atravesó la puerta de la esquina.

La pequeña habitación estaba imaculada, sin una mota de polvo y en perfecto orden. El escritorio estaba vacío excepto por un cenicero, un teléfono y un bolígrafo en un soporte de mármol. Los libros de las estanterías de detrás del escritorio estaban alineados perfectamente, como si se hubiese usado una regla para ajustar cada encuadernación. El mueble bar de la esquina estaba completamente seco, no había ni una sola gota de agua. Todo lo que se veía en la habitación parecía simétrico: el escritorio, con sus pulidos bordes; las sillas de respaldo recto, que parecían malsanamente incómodas; las lámparas Waterford, con pantallas duras de seis lados; las revistas sobre la mesita del centro, que estaban una sobre la otra con tal precisión que el nombre de cada una era subrayado por el borde superior de la que había encima, y estaban colocadas exactamente en el ángulo correcto de la esquina de la mesa. ¿Era posible que alguien se atreviera a alterar el orden del montón para leer una de las publicaciones?

Exacto. Ésa era la palabra. La perfecta descripción del juez del Tribunal Superior Harry Madison Shoat. Era un hombre muy exacto. Y frustrado, ya que Shoat era una persona que exigía orden en un infierno que hacía años había perdido todo sentido del orden.

Vail optó por no hacer una abolladura en los cojines del sofá, y en vez de sentarse caminó hasta el hueco de la ventana que ocultaba la salida de la calefacción. El aire caliente salía silenciosamente llenando la habitación, anublado la fría ventana con vaho. Secó un pequeño círculo en el cristal y miró la calle. Cerca de la esquina, dos coches negros, de aspecto oficial, estaban aparcados delante de la barrera de seguridad. La gente caminaba con las manos a los lados para mantener el equilibrio mientras andaba inclinada por la calzada que parecía de cristal. Un día de mil demonios para presentar una orden de improviso.

Shoat entró en la habitación con una especie de sentido esnob de la propiedad. Era su casa, su despacho particular, y sus glaciales ojos bailaron de un lado a otro de la estancia para ver si algo había sido desordenado o movido de su sitio.

—Me alegro de verle otra vez, abogado —dijo, ofreciéndole una mano blanda y

carnosa—. Ha sido muy amable de su parte venir habiéndole avisado con tan poca antelación, y con esta mierda de tiempo.

El taco sorprendió a Vail. La grosería parecía desentonar con Shoat. El juez se quitó la túnica lentamente por la cabeza, abrió un armario cerca del mueble bar y la colgó cuidadosamente en una percha con hombreras, deslizándola entre las prendas del perchero, todas ellas separadas dos centímetros para no tocarse. Se puso la chaqueta del traje, se lo arregló, tiró de los puños y se abrochó el botón de en medio.

«Duerme con pijama —pensó Vail—. Se abrocha todos los botones, incluso el de arriba, se desliza para meterse en la cama desde arriba para no deshacer la colcha, probablemente duerme boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho como un cadáver, para no desarreglar la cama».

—Ya he acabado por hoy o sea que tenemos mucho tiempo —dijo Shoat—. ¿Quiere tomar algo? ¿Bourbon, escocés?

—¿Tiene cerveza?

—No —respondió. Shoat, y pareció como si hubiese olido algo muerto.

—Un bourbon estará bien, un poco de hielo, quizás un dedo o así de agua.

El licor estaba en botellas de cristal decoradas con etiquetitas de bronce alrededor del cuello. Shoat cogió dos vasos y los puso con cuidado uno al lado del otro sobre la barra del mueble bar. Sacó dos cubitos de hielo, los dejó caer en un vaso y vertió un dedo de agua más o menos en ellos. Sostuvo el vaso en alto, examinó la cantidad de agua y añadió otro chorrito. Entonces llenó el resto del vaso de bourbon y se lo ofreció a Vail. Llenó su propio vaso de whisky, sin hielo, se bebió de un trago medio vaso la primera vez y suspiró con satisfacción.

—Siempre sienta bien un escocés al final del día —dijo—. Sobre todo en esta jungla.

Se sentó, apreciando su escritorio durante un momento, después movió el soporte del bolígrafo un centímetro a la izquierda. Sonrió para sí mismo, quitó una mota de polvo imaginaria de la mesa, sacó una servilleta de hilo del cajón del escritorio, con cuidado la alineó con el borde de la mesa y puso la bebida encima. Miró a Vail.

—Tengo que pedirle un pequeño favor.

—De acuerdo —aceptó Vail—. ¿Qué es?

—Tengo un caso que quiero que lleve usted. Un *pro bono publico*. Eso no debería ser un problema, ¿verdad? Creo que su propósito de desplumar a los contribuyentes asciende a medio millón de dólares.

—A Joe Pinero fue a quien dejaron sin plumas según el jurado. Si eso importa.

Shoat parecía enfadado. Cerró los ojos y dijo:

—No sea obstinado conmigo, señor Vail.

—Sólo hago constar los hechos, señoría.

—Y el pobre viejo Al Silverman. Realmente acabó con él, ¿verdad? El hombre pasó tres semanas en un hospital y ahora creo que ha presentado una solicitud para dedicarse a la enseñanza en la universidad.

—¿Por qué de repente lamentamos lo que le ha pasado al pobre viejo Al, señoría? Recibió unos azotes en el culo. Suele pasar.

—A usted no, sin embargo. Al menos no en los últimos... ¿cuántos son, cuatro años desde que perdió un caso?

—Hubo unos cuantos acuerdos tácticos para agilizar los trámites judiciales en ese caso, si recuerdo bien.

—Como sabe, no me gustan esos acuerdos tácticos —dijo casi perversamente Shoat—. Yo pienso que hay que ir a los tribunales, hacerlo o abandonarlo, para eso están.

—Sí, señor, conozco su posición en esa cuestión. En cuanto a Al Silverman, es un abogado condenadamente bueno. Sólo le colgaron por un mal caso.

—¿Un gángster, señor Vail? Todos saben que Pinero es un asesino a sueldo de... —hizo ondular la mano vagamente— cualquiera.

—Que no tiene nada que ver con el hecho de que tres policías lo utilizaran como saco de arena. ¿Es de eso de lo que se trata? ¿Echarme una bronca por haber ganado un caso?

—Ya le he dicho de qué se trata. De lo que se trata, señor, es de que le estoy pidiendo que acepte este *pro bono publico* como un favor personal.

No se negaba un favor personal a un juez del Tribunal Superior.

—Esperaba poder irme de vacaciones dos semanas, ir de pesca a Keys —rechazó Vail—. Ya sabe, cargar las pilas. Supongo que esto podrá esperar un par de semanas.

—No, no, no —dijo bruscamente Shoat—. La vista preliminar es mañana y espero que el juicio sea dentro de, oh, un máximo de sesenta días.

—¿Cuál es la acusación?

—Homicidio premeditado.

—¿Asesinato en primer grado! ¿Quiere llevar a juicio un caso de homicidio premeditado dentro de sesenta días? ¿Quién es el cliente?

Shoat se inclinó y sonrió.

—Aaron Stampler.

—Aaron... —empezó a decir Vail, y entonces recordó el nombre. ¡Dios mío! Miró fijamente a Shoat durante unos segundos—. El caso Rushman.

—Sí, señor Vail. El caso Rushman.

Aaron Stampler era el muchacho que habían cogido por matar al arzobispo Rushman.

Shoat abrió un cajón del escritorio, sacó un puro fino y oscuro, lo desenvolvió y le recortó el extremo cuidadosamente. Vail sacó un cigarrillo.

—¿Le importaría? —dijo Shoat—. Detesto el olor de los cigarrillos.

Vail volvió a meterse el paquete en el bolsillo mientras Shoat encendía el puro con un encendedor dorado, dándole vueltas al cigarro lentamente para asegurarse de que la punta se encendía de modo uniforme. Luego se reclinó y echó el humo hacia el techo.

—Preliminar mañana a las nueve. Entonces fijaré la fecha... Estaba pensando quizá..., la primera semana de abril.

—Eso ni siquiera son sesenta días.

—¿Y qué más da, abogado? Vamos a electrocutarlo de todos modos.

La expresión de sorpresa de Vail obtuvo una respuesta inmediata del juez.

—Así, está todo sobre la mesa. Sé de muy buena tinta que este monstruito conocía al buen arzobispo, lo pillaron con el arma asesina en la mano y sus huellas dactilares ensangrentadas están esparcidas desde la rectoría hasta el confesionario.

—Parece que sabe mucho sobre este caso. ¿Va a procesarlo usted?

—Lo que le acabo de decir es todo lo que sé, señor, y sí, voy a procesarlo. Y por supuesto, no espero ningún problema por su parte a ese respecto.

—Entiendo. Bien, si es tan evidente, lo mejor será que simplemente le declaremos culpable y nos abandonemos a la merced del tribunal.

—No va a haber ninguna merced en este tribunal, señor Vail. El arzobispo Rushman era lo más parecido a un santo viviente que esta ciudad viera. Incluso los fanáticos mirarán hacia otro lado si se condena a Stampler a la silla eléctrica. Y se hará. Será el acusado más despreciado desde Charles Manson. Aunque se declare culpable, se le condenará a la maldita silla.

Así que era eso. Éste era el ajuste de cuentas por ganar el caso Pinero. Obligarle a llevar un caso evidente, volver la opinión pública contra él y deslomarlo. Vamos a hacer que Vail se arrodille, eso era.

—La primera cosa que haremos será presentar un cambio de jurisdicción. De ninguna manera...

—Rotundamente no. No hay cambios. No lo entiende, ¿verdad, abogado? Salga a la calle, a los restaurantes, pregunte a la gente lo que piensa. La gente está indignada, como debe ser. Se merecen una satisfacción, señor Vail. Exigen una compensación. Piden ese desahogo.

—¿Por qué no lo colgamos sencillamente delante de la iglesia? Hay un roble grande y bonito allí arriba.

—Se lo advertí...

—¿Me advirtió el qué? Se sienta ahí, me dice que vea este caso cuando ya ha escogido la celda de los condenados a muerte. Dice que esta ciudad está que arde por esto, pero ni siquiera puedo cambiar la jurisdicción...

—Vail, esta es una conversación estrictamente confidencial entre usted y yo —dijo Shoat en voz baja—. Si llegan apuros, nunca la mantuvimos.

—Bien, entonces puedo decirle lo que pienso de...

—No me interesa lo más mínimo su opinión, así que ahórrese el aliento. Sé que algunos jóvenes brillantes como usted me llaman Harry *El Verdugo*. Eso no me preocupa para nada. En realidad, si la horca estuviera todavía de moda, sería el primero en accionar el tirador de la trampilla.

—Quizá le dejen apretar el interruptor con Stampler.

Shoat se inclinó un poco.

—Habrán muchas peticiones. Podríamos sortear el privilegio y quizá dividir las ganancias entre las docenas de sociedades benéficas que Su Eminencia inició y apoyó en esta comunidad.

Vail se levantó y se dirigió de nuevo hacia la ventana. Necesitaba un cigarro para contrarrestar el fétido olor del puro de Shoat. Bebió un largo trago de bourbon.

—¿Qué pasa si me niego?

—Ni siquiera creo que fuese tan arrogante —dijo Shoat—. Además, ¿sabe lo que la ciudad pensaría de usted si rechazara un *pro bono publico* después de ganar un acuerdo de medio millón de dólares?

—A decir verdad, señoría, me importa una mierda lo que piensa la ciudad. Si quisiera ser popular, me haría una operación de cambio de sexo y me presentaría al concurso de Miss América.

—No se rechazan las peticiones de un juez, Vail, y usted lo sabe. Eso sería suicida. Rechácela e insultará a todos los jueces de este estado. Se lo comerán vivo cada vez que entre en la sala de justicia. ¿Quiere tomar otra copa?

—No, gracias, es un poco pronto para mí. Pero me voy a fumar un cigarrillo. ¿Quiere que salga?

—Oh, no, adelante —dijo Shoat, malhumorado; se levantó y se sirvió otro whisky.

Vail encendió el cigarrillo y observó cómo una grúa enganchaba uno de los dos coches aparcados junto a la barrera de seguridad. Se inclinó y miró la calle para arriba y para abajo. No había ni un transeúnte a la vista. Era una escena muy extraña, sobre todo a mediodía. Mientras la grúa se llevaba el coche negro, Shoat se acercó a la ventana de detrás de su escritorio y también miró fuera.

—¿Todavía cae aguanieve? —preguntó.

—No. Pero la temperatura es de diecisiete grados bajo cero, o sea que no se deshará. Será mejor que conduzca con cuidado.

—No tengo que conducir, señor Vail, es una de las ventajas de mi trabajo. Tengo coche y chófer. Un tipo bastante impresionante, en realidad. Muy instruido para ser de color. Está informado. A veces ensayo mis conclusiones con él. Para ver el reverso de la medalla según ellos.

—¿El reverso según ellos?

—Los de color, los hispanos. Me gusta ser justo y abierto. Oír su versión de la historia.

—Eso es muy loable. ¿Alguna vez les presta atención?

Shoat no contestó. Miró ferozmente a Vail. Luego, el gesto de burla y desprecio desapareció. Bebió otro trago largo de whisky escocés y mordió el puro.

—Este caso está llamando la atención nacional —dijo, con los ojos tan exánimes y fríos como los gujarros—. El arzobispo era conocido en todo el mundo. Eso significa que la prensa nacional hará un gran despliegue. Quiero que ese Stampler

tenga la mejor defensa posible. Cuando lo quememos, no quiero que nadie diga que no tuvo el juicio más justo posible. Y voy a darle mucha libertad de acción, sólo para que no haya críticas de nuestro sistema judicial.

—Sesenta días para preparar su juicio no es libertad de acción en absoluto. ¿Quién es el fiscal?

—No tengo ni idea.

—A Yancey no le quedan buenos fiscales. Jane Venable se va este mes a trabajar a un bufete privado, sabe, Winken, Binken y Nod, o como se llamen.

—Supongo que encontrará a alguien semejante para la tarea.

Vail atravesó la habitación y volvió al mismo sitio. No tenía elección.

—Doy en el blanco y yo soy la diana —dijo para sí mismo.

—¿Cómo dice?

—Nada —contestó Vail—. Mire, ni siquiera conozco a ese chico. Todo lo que sé del caso es lo que leí en el periódico. Quiero noventa días. Quiero que la vista preliminar se aplase hasta el viernes para poder pasar mañana todo el día con mi cliente. Quiero una citación judicial para poder ir al lugar del crimen sin ningún problema. Y quiero al fiscal del distrito fuera de mi vista durante treinta y seis horas, ha estado trabajando en este caso desde anoche. Quiero la misma consideración. Y quiero que me suministren toda la información que posea la oficina del fiscal del distrito, no quiero gilipolladas acerca de eso.

—Sesenta días, Vail. Eso es todo lo que tiene. Tenemos que terminar con esto de una vez. No obstante, le Concedo todos los otros puntos, todas son peticiones razonables.

—Además, cobraré los gastos judiciales, eso como siempre.

—Gastos judiciales, sí. Gastos personales, testigos expertos, viajes, todo eso es asunto suyo.

Vail acabó de fumarse el cigarrillo y lo apagó en un cenicero.

—Sesión continua, ¿eh? —dijo finalmente—. La sociedad recibe un sacrificio humano y usted me destroza los huevos al mismo tiempo.

Shoat echó una bocanada de humo del puro y se quedó pensando en aquello un momento antes de asentir.

—Eso me gusta, abogado. Es una valoración bastante precisa de la situación. Sesión continua, castigo y pena merecida. Mis dos asuntos preferidos.

Fuera, había empezado a caer aguanieve otra vez. Un trabajador del condado estaba esparciendo sal sobre los escalones helados y Vail los bajó despacio, agarrándose a la barandilla de bronce. En la zona de la barrera de seguridad se había hecho limpieza, una limusina de color azul marino estaba aparcada ahora delante del palacio de justicia. Algún pez gordo que trabaja hasta tarde, pensó Vail. ¿Podría ser el coche de Shoat? Pero cuando Vail llegó al último escalón, una cara apareció un instante en la

ventanilla trasera, después volvió a sumergirse en las sombras. Era Roy Shaughnessey. El chófer salió, se apresuró a dar la vuelta al coche y abrió la puerta.

Vail se asomó para ver a Shaughnessey.

—No funciona ni un solo taxi en la ciudad —dijo Shaughnessey—. Suba, le llevaré a casa.

Vail se subió. El chófer de la limusina se colocó en el asiento de delante y se volvió hacia Shaughnessey.

—Uno, dos, Fraser —indicó Shaughnessey—. Está en las afueras... en Yards —se volvió hacia Vail—. ¿Le apetece un coñac?

—Oh, qué demonios. ¿Por qué no?

Shaughnessey abrió un compartimiento que había en la parte posterior del asiento delantero. Reveló un pequeño bar provisto de botellitas de las compañías aéreas. Shaughnessey abrió dos y vació el contenido en dos vasos pasados de moda.

—Lo siento, no tengo copas de coñac —se excusó—. Siempre creí que era una tontería, de todos modos, darle vueltas en esas copas y olerlo. —Alzó el vaso—. Por ti, Martin; ¿puedo llamarte Martin?

—Claro, Roy.

—Estás hecho una buena pieza —dijo el viejo veterano al brindar con el vaso de Vail—. ¿No has pensado alguna vez ascender en el mundo?

—¿Hasta dónde? —preguntó Vail.

—Mira, hijo, eres más cerrado que el coño de una monja cuando se trata de hablar de ti mismo. Sé que vienes de abajo. Ni credenciales, ni familia de la que hablar. Con algunos intervalos malos a lo largo del camino. Yo te di ímpetu. Te levantaste gracias a tus propios esfuerzos, por ti mismo, veamos toda esa mierda.

—¿Qué es lo que quieres?

—Buscarte un futuro. Ahora mismo eres Robin Hood. Empieza a sacar partido a ese ascensor de subida. Un hombre hijo de sus propias obras, superando las dificultades, venderá, ¿sabes a qué me refiero?

—No tengo nada que vender en estos momentos.

—Vamos, hijo, sabes lo duro que es introducirse en esas firmas legales de relumbrón sin contactos. Eres el mejor abogado del estado. Nadie quiere ponerse en contra de ti.

—¿Es esto una especie de oferta?

—Digamos sencillamente que es parte de tu continua formación. Tienes que adiestrarte un poco.

Vail se rió.

—¿Quieres decir hacerme respetable?

Shaughnessey se rió aún más fuerte.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —afirmó—, hacerte respetable.

—¿Para qué preocuparse?

—Porque quieres trasladarte al otro lado de la ciudad. Quieres lo que todos

quieren, tocarte el sombrero para saludar, que te hagan reverencias, que te llamen señor y que lo digan en serio. No querrás ganar demandas a favor de matones el resto de tu vida. De aquí a diez, doce años, tendrás una cuenta en el banco, pero estarás harto de que tus clientes sean escoria. No serás respetable, como tú dices.

—¿Es por eso por lo que me has dado el caso Rushman?

Shaughnessey se rió.

—No pienses más en ello. Necesitas un poco de humildad, Martin. Además, quieren a un mono que lo acompañe a la puerta de ese juicio y tú se lo darás. Les harás trabajar para obtener esa condena.

—¿O sea que se trata de eso, de dar un buen espectáculo y de enseñarme un poco de humildad?

—Es así como funciona la historia. No se va a ninguna parte sin ayuda, Martin. No puedes hacerlo solo, necesitas amigos.

—Vaya, ¿así que eso es un gesto amistoso?

—Te hacen un favor y lo haces al mismo tiempo. Ahora es un buen momento de empezar a planear tu futuro.

—¿Y cómo sugieres que lo haga?

—Jane Venable se va. La oficina del fiscal del distrito quedará totalmente vacía.

—Vamos, ¿crees que Jack Yancey y yo podríamos pasar más de diez minutos juntos sin matarnos?

—Yancey te necesita. Es perezoso. Y ha perdido a todos sus pistoleros. Tiene los cojones colgando de un hilo. ¡Demonios!, nunca tuvo agallas para ese trabajo. Es sólo un político y ese trabajo requiere a un vendedor de hielo. Tendrá que hacer algo antes de que todos descubran lo incompetente que es. Lo que quiere es hacer de juez, durante ocho, nueve años, y vivir de renta el resto de su vida. Necesita reconstruir su reputación, porque tú has estado haciendo que parezca una huerfanita, Dos veces en un año le has hecho perder casos de titulares y has sacado de quicio a su dos mejores fiscales, que se han despedido. Silverman todavía está en coma a causa del caso Pinero y Venable se va a buscar el relumbrón. Te necesita, hijo.

—No puedo trabajar por el sueldo de un ayudante del fiscal del distrito. Este caso podría costarme entre setenta y cinco y cien mil.

—Vamos, hijo, te llevaste medio millón del caso Pinero y vives como un ermitaño.

—Mis ahorritos.

—Tengo gente que puede convertir tus ahorritos en una cartera que valdría un millón, millón y medio dentro de pocos años. Eso es lo que cuenta.

—De repente, todos quieren hacerme favores.

—Eso es porque eres un ganador. Acepta que te peguen una paliza en el caso Rushman, simplemente demuestra que eres humano.

—¿Por qué tienen todos tanta prisa por condenar a ese muchacho?

—Porque es malo para la comunidad, malo para el estado. ¿Una cosa como ésta?

Cuanto antes nos libremos de ello, mejor. De todos modos, ya ves que Yancey se va a poner la toga. Entonces ¿quién sabe? Juegas en el otro lado de la sala durante una temporada; ¡demonios!, puede que te guste acusar, no lo sabrás si no lo intentas, ¿no? Tres, cuatro años a partir de ahora y ¿quién sabe dónde acabarías? ¿Quieres seguir trabajando al servicio de la comunidad cuando tengas cincuenta años? —Miró por la ventanilla del coche—. ¡Coño!, si quieres ser el defensor del pueblo, hazlo donde vale la pena. Que paguen la cuenta.

—¿Qué demonios sacas tú de todo esto? —preguntó Vail.

—No me gusta luchar con gente a la que no puedo vencer —contestó Shaughnessey.

Charlie Shackelford vio desde su cubículo situado en la parte posterior de la gran sala que Jane Venable salía de pronto del ascensor. Envuelta en una chaqueta azul marino, llevaba una gorra de lana azul que le caía sobre la frente, un voluminoso jersey de cuello cisne subido hasta las orejas y unas botas con borlas que bailaban sobre sus pies. Al entrar en el caótico y ruidoso despacho, se quitó la gorra de la cabeza soltando un bosque de cabello rojo y se puso un Virginia Slims en la boca, que encendió mientras su cuerpo se cimbreaba al pasar por la jungla de escritorios y de archivos. Saludó con la cabeza al personal como si fuera la reina y ellos sus súbditos. Charlie suspiró. Era preciosa. Fantástica. Todo lo que Charlie quería del mundo y sabía que estaba fuera de su alcance. Le recordaba a una de esas modelos de la televisión que mostraban abrigos de piel en los salones de moda internacionales. Alta, distante, intocable, con clase, arrogante, segura de sí misma. Lo tenía todo. Venable había sido su propia Pigmalión, convirtiendo los inconvenientes en ventajas y aprovechando lo que otras mujeres considerarían defectos físicos. Su nariz, que era demasiado larga, se convirtió en parte de un misterio de tipo pura sangre que le añadía encanto altivo. Su cuello, que era demasiado esbelto, se enmascaraba con cuellos cisne que se convertían en el sello de su atractiva distinción. Medía casi metro ochenta y dos, irreverentes toques de cabello rojo y una figura sensacional que solía velar con jerséis amplios y chaquetas sueltas. Salvo, por supuesto, en el tribunal.

Charlie esperaba con ansia los días que actuaba ante el estrado con trajes hechos a medida y escandalosamente caros, diseñados para lucir cada perfecta curva de su cuerpo, desde su espalda ancha de nadadora hasta los ceñidos melones de su trasero. Se recogía el pelo haciéndose un moño para acentuar su profesionalidad. Apuñalaba el aire con sus gafas de diseño cuando hablaba a la sala. Las lentes de contacto realzaban sus penetrantes ojos verdes. Un año de escuela de dicción había modulado su voz convirtiéndola en una contralto potente y autoritaria. Los hombres del jurado simplemente salivaban, mientras las mujeres ansiaban en secreto sólo un toque de su gusto y aplomo. Su embalaje era irresistible. Shackelford la adoraba desde hacía mucho, ocultando su atracción tras un sarcasmo sardónico y desapasionado.

Jane Venable regresó a la oficina un poco antes de las tres, se desplomó en su escritorio y se sacó a toda prisa los chanclos; entonces pasó cinco minutos buscando un zapato de vestir.

—¡Charlie! —gritó. Al cabo de un minuto, el bajito, regordete y algo triste ayudante apareció en la puerta—. Odio tener que pedirte, Charlie, pero no puedo andar, me arden los pies. ¿Podrías arreglármelos rápidamente?

—Claro. ¿Cómo fue la declaración jurada?

—Tres horas con una mujer de sesenta años que se está muriendo de cáncer; estaba bajo los efectos de la morfina todo el tiempo, mientras yo intentaba sacarle una

declaración sensata. Imagínatelo.

—¿Será aceptada la declaración jurada?

—Se morirá antes de que llegemos a juicio. Estará bien como confesión postuma.

—O sea, que salía y entraba en ese coma producido por los narcóticos...

—No lo digas así, es caricaturesco. Estaba dormitando y tuve que esperar a que se despertara para hablar con ella. No vayas a decir a la gente que la mujer estaba atontada por las drogas.

—Hacía el papel de abogado del diablo.

—Sí, claro. Me estabas fastidiando, Charlie. De todas maneras, su médico estuvo presente la mayor parte del tiempo, declarará que estaba lúcida, lo que yo necesitaba es que realmente estuviera lúcida. Todo lo que dijo corroboró lo que ya sabíamos, nada importante. Pero fue un coñazo.

Charlie hizo una taza de caldo con un cubito y se la llevó.

—Cuando acabes eso, el viejo quiere verte.

—¿Para qué?

—No lo sé, Janie, no confía en mí. Viene y me dice: «Dile a Venable que venga a mi oficina en cuanto regrese, ¿de acuerdo?», y yo le digo: «Sí, claro». Esa fue toda la conversación. Imagino que después de estar fuera con este tiempo, necesitas una taza de caldo antes de enfrentarse al Soldado de Infantería Pillsbury.

—Gracias, Charlie, ¿qué haría sin ti?

—Pronto lo sabrás —dijo, y salió de la habitación.

Jane se repantigó en la silla y colocó las piernas sobre su mesa en una postura desgarbada, frotándose los pies el uno contra el otro, y se relajó mientras bebía la sopa caliente. Luego se fumó un cigarrillo. Finalmente suspiró:

—Mierda. —Y con los zapatos en la mano, fue cojeando por el pasillo hacia el despacho de Jack.

Las persianas de las ventanas estaban bajadas en el despacho de cristal, lo cual normalmente significaba que Yancey estaba trabajando duro, perfeccionando sus golpes de golf. Jane Venable llamó con los nudillos y entró. Sorpresa. El Soldado de Infantería Pillsbury estaba sentado detrás de su escritorio, con las mangas de la camisa arremangadas, leyendo un expediente delgado. Siguió leyendo mientras le hizo una señal con la mano para que entrara. Yancey era un estafador zalamero y melifluo, de cabello blanco ondulado y con una sonrisa perpetua en los labios. Apoyado con poco entusiasmo por los demócratas, que no creían que pudiese ganar, había sido un candidato incógnita a fiscal de distrito hacía ocho años. Pero Yancey, que resultó ser el prototipo del burócrata, se había aprovechado de su almibarado encanto y de su talento natural para hablar, y superó su prosaico pasado legal y ganó. Una vez en el puesto, se había convertido en el hombre perfecto para el trabajo,

flexible como la masilla en las manos de los que deciden.

Jane Venable no tenía ningún respeto por Yancey como profesional, pero le gustaba personalmente. ¿Qué es lo que no podía gustar de aquel hombre? Su popularidad había aumentado con los años aun cuando no era un hombre que pleiteaba y nunca lo había sido. No tenía estómago para los rigores de la batalla en la sala de justicia, y años de acuerdos tácticos entre fiscal y defensor para agilizar los trámites judiciales habían hecho de él un conversador antes que un luchador. Para paliarlo, Yancey se había rodeado de una cuadrilla de fiscales duros que le hacían parecer bueno. Y como Venable era la mejor del grupo, lo había dirigido todo durante los seis años que había sido ayudante del fiscal del distrito. Había sido un compromiso aceptable hasta últimamente. Mientras tuvo a Venable, Silverman y Torres para mantenerse a flote, Yancey ocupaba el asiento del conductor. Pero Torres se había marchado a principios de año y Vail había destrozado a Silverman. Hacía un mes, Venable también había decidido escapar del imperio que se estaba desmoronando, seducida por la promesa de un despacho en una esquina en el piso vigésimo octavo, de un sueldo de seis cifras y de ser socia mayoritaria en una de las firmas legales de relumbrón de la ciudad.

La mayoría del resto de los que trabajaban con Yancey no sabía distinguir un mandato judicial de una felicitación, así que tenía problemas, sobre todo de cara a otra elección, dentro de ocho meses. Pero si estaba preocupado por su futuro, no lo demostraba. Seguía mostrando su habitual personalidad jovial. Señaló con la mano una silla y Jane Venable se sentó delante de él, cruzó una pierna sobre la otra y se dio masajes en el pie dolorido con las manos.

—Escucha, para que lo sepas —dijo—, acabo de pasar la mañana en un asilo hablando con una mujer que se está muriendo, estamos a unos veinte grados bajo cero ahí fuera, la ciudad se ha convertido en una pista de patinaje sobre hielo y me duelen los pies. No estoy de muy buen humor, así que lo que tienes que decirme, mejor que sean buenas noticias.

—Ah... bueno, quizá podamos esperar hasta después cuando...

—No, no, Jack. No me digas eso. Has empezado, ahora no puedes echarte atrás.

—En realidad, aún no he empezado.

—Claro que sí, cuando me invitaste a venir aquí para mantener esta charla en privado, así que desembucha. ¿Qué quieres?

—Un favorcito.

Venable miró a Yancey con recelo. Después de seis años, lo conocía demasiado bien.

—No creo.

—¿Qué es lo que no crees?

—No creo que conceda ningún favor hoy.

—¡Aún no he dicho nada!

—Lo sé, pero no necesito oír nada más para saber que la respuesta es no. ¿Sabes

por qué? Porque no confío en ti, Jack. Te mentirías a ti mismo si fuera conveniente. Así que sea lo que sea lo que me vas a pedir, si requiere esta charla, la respuesta es rotundamente no. Un jodido no. Ahora, si me disculpas, tengo que trabajar. Me voy dentro de veintiocho días y tengo mucha limpieza que hacer.

—Es el tipo de caso que sólo se presenta una vez en la vida.

—¿Caso? ¡Caso! No tengo tiempo para ningún caso. Dentro de veintinueve días estaré en mi propio despacho en una esquina en un vigésimo octavo piso, ganando una gran surtía de dinero en calidad de socia de...

—Ya he hablado con Warren.

—¿Warren? ¿Hablaste con Warren Langton? ¿De qué?

—Escúchame. Mandaré que se ocupen de todos tus otros casos. Olvídalos. Quiero que te concentres sólo en un asunto hasta que te vayas.

—¿Qué es?

—El caso Rushman.

—¿El caso Rushman? ¿Qué caso Rushman?

—¿No has leído los periódicos?

—Vi unos dos minutos en la televisión. Rushman asesinado, sospechoso detenido.

—Es tuyo. Es tu único problema. Llévalo y te vas con mi bendición.

—El arzobispo Rushman. Me estás dando precisamente a mí el caso Rushman..., ¡maldita sea!, ¡tengo que empezar a trabajar en otro sitio de aquí a menos de un mes! Ese asunto podría alargarse muchísimo. Por Dios, se cargaron al pobre hombre anoche.

—Este caso va a ir a juicio tan de prisa como el juez pueda meterlo en el calendario. Todos quieren acabar con él.

Venable se puso en pie de un salto airadamente.

—Lo siento —rugió—. No puedo hacerlo. No puedes hacerme esto. Ya he avisado que me iba. Puedes contar conmigo durante veintiocho días más, punto. Entonces me iré de aquí, Jack.

—Mira, Blanding, Langton, etcétera, quedarán encantados. Te convertirás en una heroína. Habrá muchísima publicidad para la firma..., publicidad nacional... Tendrás titulares, Janie. ¡Demonios!, creí que estarías encantada.

—¡No tengo tiempo!

—Claro que sí, Janie.

—Y deja de llamarme Janie con ese tono dulzón.

—Warren y yo estamos plenamente de acuerdo. Este caso es demasiado importante para que no lo aproveches. No empezarás con ellos hasta que acabes con él.

—¡Malditos seáis los dos! ¿Se le ocurrió a alguien hablar de esto conmigo? Es mi carrera y estáis jugando con ella.

—Eres mía hasta que el jurado pronuncie el veredicto de culpabilidad, querida. Vete acostumbrando a la idea.

—Lo hiciste para desquitarte porque me iba.

—Mira, es un caso evidente, no podemos permitirnos pensar en otras posibilidades. No podemos joder este caso de ninguna forma. —Hizo una pausa durante un minuto y luego añadió—: Y lo hice, como tú has expresado tan cariñosamente, porque eres la mejor fiscal que tengo... y quiero estar seguro de que le damos lo que se merece a ese hijo de puta y le azotamos en el sitio crítico, ¿entiendes? ¡Narices!, tendrías que sentirte adulada porque te elegí para el trabajo.

—¡Adulada, y una mierda!, no tienes a nadie más. Muchas gracias, Jack. Todo lo que sé sobre el arzobispo Rushman son los dos minutos que vi en la televisión en el canal esta mañana.

—Tenemos al sospechoso bien cogido. Pero ya sabes cómo puede ser el público. Quieren sangre. Ojo por ojo, por así decirlo —se rió entre dientes por el cruel chiste, aunque Venable aún no se había enterado de que al arzobispo le habían arrancado los ojos durante el ataque.

—¡Ah, demonios! —exclamó Venable—, seguramente se declarará culpable.

—Eso no cambiará nada. El público quiere que este chico sea asado a la parrilla. No tragaremos un acuerdo. Será electrocutado pase lo que pase.

—Si su abogado decide declararlo culpable, no podemos hacer nada.

—Claro que sí. Nuestro criterio es que va a la silla, y punto. Si su abogado le declara culpable, todavía pediremos la pena de muerte. A menos que su abogado sea un idiota rematado, nos ayudará a llevarlo al paredón. No tiene nada que perder.

—¿Ya tiene abogado?

—No lo sé. Shoat va a nombrar a uno.

—¿Shoat verá el caso?

—Lo más seguro. Va a correr mucha tinta en esto, así que probablemente se ocupará de él. Mira, todos quieren que se acabe cuanto antes. La vista es mañana, yo diría que iremos a juicio dentro de sesenta días. O sea que ¿qué pierdes? ¿Un mes antes de trasladarte? Mira, lee esto.

Deslizó el periódico hasta el otro lado del escritorio y Venable se sentó de mala gana y leyó el artículo.

Un antiguo residente de Savior House de diecinueve años y uno de los rehabilitados preferidos del arzobispo Rushman fue detenido hoy, acusado de asesinato y mutilación del prelado católico, según informes policiales.

La policía denominó a Aaron Stampler, domiciliado en la calle Región, *El Chico Carnicero*, con lo que el brutal asesino ya se ha quedado con el apodo. La policía informó que será acusado de homicidio premeditado.

Una fuente anónima del departamento de policía comunicó que el arzobispo Rushman, conocido como *El santo de Lakeview Drive*, fue «troceado como un pedazo de carne» con su propio cuchillo de trinchar en el dormitorio de la rectoría de la catedral de Santa Catalina. Según el lugarteniente Abel Stenner, el asesinato ocurrió el lunes alrededor de las diez de la noche. Stenner se negó a hacer más comentarios.

«En veinte años de servicio en la policía, nunca vi nada como esto —dijo la fuente al periodista del *Times*—. Fue horroroso y repugnante...».

El resto del artículo era principalmente una biografía de la víctima. Venable le devolvió el periódico a Yancey, lanzándolo al otro lado de la mesa.

—¿Realmente es tan seguro como parece? Quiero decir, si es tan fácil, no hay ninguna gloria en ello, Jack. La gente podría acabar considerándome un matón prepotente.

—Está un poco más liado que eso, querida. Además, ese niño loco dice que es inocente.

—¿De veras?

—Sí.

—Creí que lo tenías bien cogido.

—Así es, pero todavía dice que no lo hizo.

—¿Qué ha pasado hasta ahora?

—Stenner y su equipo llevan trabajando en ello desde anoche. Pregúntaselo, está de camino. Entonces decide.

Venable siempre había encontrado que Stenner era un hombre con quien se estaba incómodo. Era un gran policía, pero trabajar con él era como trabajar con un robot.

—Me pone los pelos de punta —dijo—. Quiero decir, es un hombre agradable y todo eso, pero... me pone los pelos de punta.

—Ese condenado es el mejor policía de la ciudad.

—No me importa. Me gusta la gente con un poco de sangre en las venas.

—Aquí está.

El Stenner de rostro serio llamó a la puerta y entró en la habitación dando zancadas con una cartera barata de imitación en piel. Saludó a Yancey y a Venable con la cabeza y, colocándose bien las gafas de montura metálica, fue directamente al grano. Puso la cartera en la esquina del escritorio de Yancey y la abrió.

—Tengo copias del informe inicial y un seguimiento más detallado que hice —empezó a decir al tiempo que sacaba las carpetas—. Primer borrador de los hallazgos forenses, que es bastante sencillo; en realidad tenemos que esperar el informe final, que debería estar listo el viernes, quizás el lunes..., un dibujo del lugar y de los jardines que lo rodean..., una fotografía para las fichas del presunto, Aaron Stampler, blanco, hombre, veintiún años. Stampler era amigo de la víctima y vivió en Savior House hasta antes de Navidad, cuando consiguió alquilar un estudio de una habitación con cocina y cuarto de baño en el 2175 de la calle Región. Una muchacha de dieciséis años llamada Linda Shrieber también se marchó de Savior House al mismo tiempo y se fue a vivir con él. Al parecer, lo dejó hace unas dos semanas. Aún no la hemos localizado, pero no creo que haya huido; aún no hemos dado con ella... Tengo entrevistas preliminares con varios residentes de Savior House que conocen a Stampler, pero no hay nada significativo, hasta ahora... También muestras de las huellas dactilares del escenario que coinciden con las del acusado, así como pisadas. También tengo dos horas y media de grabaciones de nuestras entrevistas con él. — Finalmente, sacó un sobre de papel manila oscuro de la cartera—. Éstas son las

fotografías. Prepárese, no son muy agradables. Ah sí, la autopsia estará lista dentro de una hora.

—Ha estado muy ocupado en las últimas... —Venable miró su reloj— catorce horas.

—Me dijeron que este caso era de máxima prioridad —dijo Stenner.

—¿Qué cree usted? —preguntó Venable.

—Creo que el chico lo hizo. Está muy asustado, inventándose cosas, pero... uno de nosotros hará que pierda el control. Sólo es cuestión de tiempo. Tenemos más pruebas de las que solemos reunir en un mes. El arma, las huellas, las pisadas, el anillo del arzobispo...

—¿El anillo del arzobispo?

—Llevaba puesto el anillo del arzobispo.

—¿Cree que el robo fue el móvil?

Stenner consideró aquella pregunta durante unos segundos.

—No.

—¿No?

—De la manera que lo hizo, no. No me gusta especular...

—Oh, vamos, adelante, sólo esta vez. Especule.

—Diría que fue una especie de... móvil religioso. Tal vez éste chico, Stampler, esté mezclado con ritos satánicos o en alguna especie de culto. Da esa sensación. Lo entenderá cuando mire las fotografías. Por cierto, todavía no hemos dado a conocer esta información. Retengo los informes para que no se filtren.

—Buena idea —alabó Venable, y se volvió hacia Yancey—. ¿Y cuál es el problema, Jack? Parece como si incluso tú pudieras ganar este caso.

—Muy lista. —Yancey se rió entre dientes—. Quiero una estrella. Quiero fuegos artificiales. Quiero que seas tú quien arrolle al jurado con los hechos. Trátalo como prioridad que es, no como un caso evidente. Cuando se electrocute a ese niño quiero que su madre, si la tiene, esté fuera aplaudiendo al verdugo.

—Bueno, le felicito por lo que ha hecho hasta ahora —le dijo Venable a Stenner—. Pero es lo que esperamos de usted, Abel. El precio que paga por ser el mejor. Todos esperan lo imposible.

—Gracias. Intentaré seguir igual.

—Además es modesto —añadió cordialmente Venable, después de que Stenner hubo salido de la habitación.

El teléfono sonó y Yancey lo cogió.

—Sí, soy Jack... ¡Bromeas! Que me cuelguen, quizás haya un poco de justicia en el mundo después de todo... Oh, sí, creo que Jane va a ocuparse del caso en nombre de la ciudad.

Venable negó con la cabeza frenéticamente y se levantó.

—Gracias por llamar —dijo Yancey, y colgó.

—Estás tan seguro de ti mismo —observó ella bruscamente—. Yo no estoy

segura de querer formar parte de ese Circo Máximo.

—No estarás preocupada, ¿verdad? —dijo, jugando con su vanidad. Yancey se levantó, cogió su palo de golf y dio unos golpecitos a unas pelotas que había sobre la moqueta.

—Vamos, Jack, esto está incluso al alcance de alguien que sepa menos que tú. Por lo que parece, podríamos pasarnos todo el caso durmiendo y aun así ganarlo.

Yancey practicó unos cuantos golpes, enviando las pelotas a la papelera que, con ese propósito, yacía de lado en la esquina.

—Podría ser un poquitín más difícil que eso.

—¿Por qué ese repentino cambio de ánimo?

—Porque acabo de enterarme de quién representa a Stampler.

—¿De veras? Sorpréndeme.

—Probablemente lo haré —alzó la vista del palo de golf—. Martin Vail.

Aquello la dejó atónita.

—¿Martin Vail? —repitió.

—El que acaba de llamar era el buen juez.

—¿Y Vail aceptó el caso?

—No creo que tuviera otra elección. No pudo declarar falta de medios después del acuerdo Pinero.

—Así, se lo ba cargado él.

—Ésa sería mi estimación.

Sólo se había enfrentado a Vail dos veces en el tribunal. La primera vez el jurado había aparecido tras dos días de aislamiento y anunciado que el caso había alcanzado un punto muerto. El caso resultó ser juicio nulo por desacuerdo del jurado. Dos años más tarde murió de desgaste; muerte natural. Se echaría la culpa al sistema; así pues, acabó en empate, nadie salió herido.

El segundo juicio fue un desastre. Durante tres meses, la élite de la Unidad de Narcóticos del condado había estado siguiéndole la pista a un colombiano llamado Raúl Castillo, uno de los principales proveedores de cocaína de la ciudad. Una docena de policías habían participado en la investigación. Tenían intervenciones telefónicas, películas, fotografías, documentos referidos a compras de droga y testigos que habían delatado a Castillo para proteger sus propios pellejos.

Su testigo principal era Miko Rodríguez, un amigo de juventud de Castillo que se convirtió en topo. Se había infiltrado en la pandilla, proporcionando los mimbres que relacionaban una prueba con otra, ayudando a cerrar los resquicios por donde podía librarse Castillo y permitiendo que Venable urdiera una sólida acusación contra el colombiano. Sólo cometió un error: se enamoró de Miko. Como la mayoría de las amantes, confió en él, se acurrucó en sus brazos al amparo de la cama que compartían, y le reveló los hilos más comprometedores del caso. Finalmente la trampa se cerró. Metieron a Castillo un buen puro.

Todas sus bazas se multiplicaron cuando Venable llegó a la sala de justicia. Ésta

era su elemento, el escaparate perfecto para su cerebro, su belleza y su *élan*^[3] una oportunidad para ponerlo todo en práctica a la vez. Era una experta tigresa, posiblemente la mejor en presentar pleitos que había tenido la oficina del fiscal del distrito. Aguda, precisa, perfectamente preparada, una depredadora esperando a que el adversario resbalara antes de asestar el golpe para matar. Venable era la artista estrella de la yugular. No había margen de error cuando se libraba batalla con ella.

Era como Vail, no hacía prisioneros. Vail se convirtió en su adversario y a la larga en su peor pesadilla.

El juicio duró seis semanas. Al principio había sido una lucha de poder a poder. Unos asaltos para ella, unos asaltos para él. Luego empezó a inclinarse hacia un lado. Vail destruyó la credibilidad de sus testigos, etiquetó a los policías de perjuros y venales. Las intervenciones telefónicas fueron suprimidas del juicio, las compras de droga se echaron por tierra una tras otra por tratarse de trampas de la policía, los testigos no aparecieron, Vail desacreditó todas las fotografías por irrelevantes, y lentamente convirtió el caso cuidadosamente construido por ella en un revoltijo de incongruencias. Al final, sólo quedaba Miko Rodríguez para coser los jirones del caso.

Rodríguez estuvo en el estrado dos días. Al segundo día empezó a desmoronarse mientras Vail, usando algunas de las mismas cintas de la acusación, dio a entender que Rodríguez había fabricado pruebas, cometido perjurio y utilizado información, reservada a la policía para librarse de Castillo, con objeto de tomar él mismo la dirección del cartel de cocaína. Fue una táctica atrevida, pero funcionó. Castillo salió de la sala del tribunal y desapareció en las junglas de Colombia. Un mes después del juicio, encontraron a Miko Rodríguez flotando en un lago con seis agujeros de bala en la espalda. Fue la peor derrota de Venable y casi derrocó el régimen de Yancey. Afortunadamente, había sucedido durante el segundo mandato del fiscal del distrito, y antes de que llegaran las elecciones, Venable, Torres y Silverman habían acumulado tal serie de condenas que el caso Castillo se había olvidado. Olvidado por todos excepto por Venable.

Quedaban sólo dos misterios del caso de Castillo. ¿Realmente estaba utilizándola Miko Rodríguez para lograr arderamente que Castillo cayera y así poder tomar el control? Su asesinato prestó fe al argumento de Vail. Más curioso todavía, Vail le había ahorrado a Venable una humillación final. Nunca reveló, ni dentro ni fuera del tribunal, que algunas informaciones utilizadas por Rodríguez para incriminar a Castillo habían sido cosechadas en la cama de Venable. ¿Fue aquello señal de debilidad? ¿Algo que ella podía utilizar contra él? ¿O simplemente no le importaba? Fuera lo que fuera, el caso Castillo todavía la obsesionaba y no estaba segura de si Yancey había dado el caso Pinero a Silverman porque estaba demasiado ocupada o porque no había querido arriesgarse a que Venable tuviera que habérselas con Vail otra vez.

—¿Cuántas veces os habéis enfrentado vosotros dos? —preguntó inocentemente Yancey.

—Sabes perfectamente bien cuántas veces. Y te recuerdo que la primera fue un empate.

—Sí, pero la segunda vez, casi se hunde todo el departamento.

Venable se inclinó sobre el escritorio y enseñó los colmillos.

—Jack —susurró—, has estado hundiendo este departamento desde el día que fuiste elegido.

La cara de él se arrugó en una mueca de fingido dolor.

—Oh, no digas esas cosas. Sólo te estoy recordando que se la debes.

Así pues, Yancey la necesitaba y ella tenía una última oportunidad de probar suerte con Vail, y esta vez lo tenía de espaldas contra la pared. Era una emboscada, pero conseguiría titulares.

—Será una fiesta para la prensa —dijo—. El caso Castillo saldrá a relucir otra vez. La partida del rencor. La guerra de los sexos. Se relamerán de gusto.

—Así..., ¿aceptas?

—Me siento como si estuviera haciendo trampas —dijo— al jugar contra él con cartas marcadas.

—¿Y qué más da? —dijo Yancey—. Le debes una a ése hijo de puta, ¿no?

Se quedó pensativa durante un momento y asintió lentamente.

—Sí. Le debo una a ese hijo de puta.

Vail y el guardia cogieron el ascensor para llegar al fondo del subterráneo, atravesaron una puerta de acero y bajaron otro tramo de escaleras de piedra. Debían de estar a cuatro pisos bajo tierra. El conjunto de celdas estaba excavado en la roca, y las puertas de cada una de las diez celdas eran de acero de dos centímetros y medio de grosor. Dos lámparas con pantalla por encima de sus cabezas proporcionaban la única iluminación. El suelo y las paredes estaban húmedos y asquerosos, y el lugar olía a excrementos y vómitos.

—Nunca antes había estado aquí abajo —dijo Vail con repugnancia—. ¿Cómo es que no lleva una capucha, va vestido de cuero y empuña un látigo? ¿Dónde está el potro de tormento?

—Muy gracioso. ¿De veras va a defender a El Chico Carnicero?

—¿Dónde oyó eso?

—¿El qué, que lo va a defender?

—No, eso de El Chico Carnicero.

—Así es como le llaman todos.

—¿Quiere decir todos los de esta sección de celdas, todos los de la policía o todo el mundo? Defíname «todos».

—Ya sabe, todos. Salía en los periódicos.

—Bueno, eso desde luego lo hace oficial, ¿verdad?

—Ya hemos llegado —dijo el guardia. Abrió una mirilla y Vail miró dentro de una habitación que no hacía más de dos metros por uno. Había una cama plegable de lona contra una pared y un cubo en una esquina. Vail pudo distinguir vagamente una figura acurrucada en el extremo de la cama. Las paredes eran del color del barro.

—No hay luz ahí dentro.

—No necesita ninguna luz.

—¿Qué cojones es esto? Esto no es una cárcel, es una maldita mazmorra de la Edad Media. Quiero que mi cliente salga de aquí. ¡Ahora mismo! Quiero que esté en una celda con váter y luz, y también con lavabo para que pueda cepillarse los dientes, y quiero que se duche.

—¿Sabe lo que hizo ese hijo de puta?

—Me importa una mierda si le pegó fuego al Papa e hizo una parrillada con sus brasas.

—¿Quién cojones...?

—Si va a preguntarme quién cojones soy yo, le ahorraré la molestia. Soy Martin Vail, su abogado. También soy el tipo que costó a la ciudad siete jodidos millones seiscientos mil dólares. ¿Le gustaría que lo intentara esta vez por diez? ¿Le gustaría? Porque o lo trasladan arriba o voy a denunciarlos a ustedes, a la ciudad, al condado y a cada gilipollas panzudo que trabaja aquí. ¡La palabra clave es ahora!

Media hora más tarde, habían duchado a Stampler, le habían dado un mono de prisionero de color gris y se le había asignado una celda blanca que estaba limpia, tenía retrete y lavamanos, y olía a desinfectante. No tenía ventana, pero sí luz. Vail estaba esperando en la celda cuando lo llevaron. Oyó el familiar modo de andar arrastrando los pies y el ruido de las cadenas mientras Stampler se acercaba con el guardia. Se detuvieron delante de la celda.

Stampler llevaba grilletes en los tobillos y esposas en las muñecas atadas a un pesado cinturón de piel alrededor de la cintura. Vail lo miró con una combinación de sobresalto y sorpresa. Aaron Stampler medía un metro setenta y dos o setenta y cuatro centímetros, era de constitución fuerte, pesaba quizá cincuenta y cuatro kilos. No había nada especial en él excepto su cara. Tenía facciones suaves y estéticas, pómulos altos, la nariz recta, una boquita en forma de corazón y su piel era de color crema e impecable. Tenía los ojos azules claros y su mirada era tan dulce como la de un cervatillo. Una greña de pelo rubio limón caía sobre su frente. El joven parecía más confundido que asustado.

«Dios mío —pensó Vail—. Tiene un aspecto totalmente angelical».

—Quítele toda esa mierda —dijo Vail.

El guardia quitó los grilletes de los tobillos de Stampler, abrió con la llave las esposas y, con una mano contra su espalda, instó amablemente a Stampler a que entrara en la celda.

—Voy a tener que cerrar esto, Marty —dijo el oficial de prisiones, que era un veterano y no se tomaba ningún crimen en serio—. ¿Quiere salir fuera y hablar con él a través de los barrotes?

—Ciérrela, Tim. Gritaré cuando haya acabado.

El guardia se encogió de hombros. Cerró la puerta. La cerradura hizo un estruendo. El guardia se fue caminando por entre la larga hilera de celdas.

—Aaron, me llamo Martin Vail, puedes llamarme Martin o Marty, respondo por los dos.

El chico sonrió.

—El tribunal me ha nombrado para que sea tu abogado. Voy a defenderte contra cualquier cargo que se haga en tu contra en la acusación del viernes. Haré esto *pro bono publico*. Eso significa que no te costará nada.

—¡Loado sea el cielo! —dijo el chico—. Gracias, le quedo muy agradecido. Y gracias por haberme traído hasta aquí arriba.

Utilizaba el *patois*^[4] inglés bíblico que es característico de los Apalaches, con una especie de franqueza simple por la que se conoce a la gente de la montaña. Hablaba en un tono alto, como si nunca le hubiese cambiado la voz, y su inocente y casi infantil respuesta aturdió a Vail. ¿Era este chaval de verdad?

—Quiero que comprendas que puedes negarte a que yo te represente —prosiguió

Vail—. Lo que quiero decir es que puedes rechazarme por cualquier razón, sea la que sea. Si no nos llevamos bien, si no confías en mí, si crees que no puedo ocuparme del caso...

—Ni siquiera le conozco.

—Por eso estoy aquí, Aaron, para que podamos conocernos.

—Está bien.

—Me tienes que hacer un favor.

—Sí, señor.

—Dime siempre la verdad. No me mientas. Tendré muchas más probabilidades de salvarte si sé qué pasó que si sólo creo que sé lo que pasó y resulta que estoy equivocado. Cualquier cosa que me digas es confidencial; eso significa que no puedo repetirla o me echarán del oficio.

El muchacho sonrió y asintió.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Asintió despacio y miró fijamente a Vail con sus ojos pálidos como dos platos.

—Dicen que maté al arzobispo Richard.

—¿Así es como le llamabas, arzobispo Richard?

—Sí, señor.

—No tienes que llamarme señor, no trabajo aquí.

—Vale —dijo, y miró por encima del hombro de Vail hacia la puerta de la celda. Vail se volvió y miró a los ojos glaciales, metálicos, de Abel Stenner. Se levantó y fue hacia la puerta.

—¿Le importaría?

—Yo también tengo mis derechos aquí, abogado.

—El juez y yo hicimos un trato, Stenner —dijo Vail—. No habrá más policías hasta el viernes por la mañana en el proceso. Ahora es todo mío.

—Nadie me lo comunicó —afirmó terminantemente Stenner.

—Entonces no debe estar en la onda, teniente. Quizá sea mejor que vaya a preguntarle a su jefe y si él aún no lo sabe, dígame que llame al despacho del juez Shoat. A propósito, ¿es usted responsable de que metieran a mi cliente ahí abajo en ese pozo negro?

—No soy el sargento que se encarga de las entradas —dijo Stenner con un tono de voz suave—. Creo que el procedimiento normal en un caso como este...

—Le recuerdo, teniente —le interrumpió Vail—, que en este momento el que está ahí sentado es un hombre inocente. Y se le va a tratar del mismo modo que a otro hombre inocente en espera de juicio, sin tener en cuenta lo que usted pueda pensar.

—... es ponerlos bajo máxima seguridad. —Stenner completó su consideración.

—Y no dignifique ese agujero de mierda llamándolo máxima seguridad. Máxima seguridad, ¡una mierda! Sólo un sádico metería a alguien ahí.

—Como le he dicho...

Vail le volvió a interrumpir.

—Le han estado interrogando todo el rato durante casi veinticuatro horas. Podrían haber dejado que se duchara, maldita sea. Todavía tenía sangre seca en el pelo, por Dios.

—Acabo de decirle que no soy responsable de lo que ocurre aquí dentro. Estoy investigando un caso de asesinato. Ésa es mi responsabilidad.

—Bueno, no lo va a hacer ni aquí ni ahora.

—Siempre tiene que jugar duro, ¿verdad?

—¿Hay algún otro modo de jugar?

Stenner se dio la vuelta bruscamente y se jnarchó. Vail se dirigió hacia el chico y se sentó junto a él en la cama.

—Ése es Stenner. Es el hombre que está investigando tu caso. Es un policía duro, Aaron. Le llaman *Carámbano*.

—Entiendo por qué —dijo Aaron—. Dudo que tenga un litro de sangre en todo el cuerpo. Estuvieron jugando conmigo.

—¿Quién estuvo jugando contigo?

—El señor Stenner y su compañero, esto... Turner. Un tipo negro que era agradable. Ese Stenner me miraba con sus ojos duros e intentaba infundirme miedo al hablar. Entonces salía a por café o al servicio; y el señor Turner empezaba a hablarme con cordialidad.

—Eso es muy agudo, Aaron.

—Finalmente les dije: «Miren, ya les he contado todo lo que sé. No sé qué más puedo hacer excepto quizás empezar a inventarme cosas. ¿Es eso lo que desean que haga?». Se fueron después de eso y no volvieron.

Vail se contuvo la risa. Entendía por qué Stenner y Turner encontraban difícil tratar con la franca y sencilla verdad.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Aaron.

—Hiciste bien —dijo Vail—. Estoy seguro de que recuerdas mi nombre.

—Por supuesto, señor Vail.

—Bien. Empecemos. ¿Me dices tu nombre completo?

—Aaron Luke Stampler.

—¿De dónde eres, Aaron?

—De Kentucky.

—¿De dónde exactamente de Kentucky?

Aaron se rió entre dientes.

—Se va a reír. De Crikside^[5].

—¿Crikside? ¿Cómo se deletrea?

—Tal como suena. Crik, c-r-i-k, side, s-i-d-e. Es un pueblecito del tamaño de un puño, señor Vail. Está junto al riachuelo Morgan, por eso se llama Crikside, la orilla del riachuelo.

Vail se rió.

—¿Y cuánta gente vive en Crikside, Aaron?

—No sé, unos doscientos o así.

—¿Cuánto hace que vives en la ciudad?

—El mes que viene hará dos años.

—¿Te han detenido alguna vez?

—No, señor.

—¿Te han acusado alguna vez de algún crimen?

El muchacho negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo fuiste a la escuela?

—Acabé el instituto. Hice dos trimestres de universidad, por correspondencia.

—Eres bastante listo, ¿verdad?

—Bueno, señor, sé lo bastante como para entrar en casa cuando está lloviendo.

Vail se rió a carcajadas.

—Como mínimo todavía tienes sentido del humor. Permíteme que te pregunte algo, ¿fuiste amigo del arzobispo Richard?

—Sí, señor.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Lo conocí más o menos una semana después de llegar aquí. Billy Jordán me llevó a Savior House y el arzobispo Richard estaba allí. Me dijo que me podía quedar y yo se lo agradecí mucho, pues no tenía demasiado dinero.

—¿Durante cuánto tiempo viviste allí?

—Hasta el pasado mes de diciembre, un año y nueve meses. Tienes que irte a los dieciocho años, pero él dejó que me quedara casi un año más. Le ayudaba en la iglesia y esas cosas. Después, en diciembre, Linda y yo nos buscamos un sitio en la calle Región.

—¿O sea que él no te obligó a mudarte?

—Oh no, señor. El hecho es que creo que hubiese preferido que nos quedáramos en la casa, pero... llegó el momento de irse.

—¿Porqué?

—Nosotros, Linda y yo, dormíamos juntos. Ya sabe, nos metíamos a hurtadillas en el dormitorio después de que se apagaran las luces y bueno...

—¿Os pillaron?

—No, señor, pero seguro que lo habrían hecho.

—¿Así que no os fuisteis exactamente con su bendición?

—Bueno, nos dijo que siempre seríamos bienvenidos en su casa. No hubo resentimientos, si es eso a lo que se refiere.

—¿No hubo ninguna especie de pelea... o discusión... con el arzobispo?

Aaron negó con la cabeza.

—Nunca.

—¿Qué hay de Linda?

—Que yo sepa, tampoco.

—¿Todavía vive allí? ¿En la calle Región?

—No, señor. Se fue.

—¿Adonde?

—A Ohio. Regresó a casa. No fue fácil, sabe. Yo tenía un trabajo en la biblioteca, limpiando. Tres dólares por hora. Pero ella no consiguió un empleo. Una mañana, se levantó y se fue. Me escribió una nota de despedida.

—Eso es bastante duro.

Aaron se encogió de hombros.

—Supongo que llegó el momento. No fue un problema de sentimientos, sino de tiempos difíciles.

—¿Pero no te sentiste especialmente mal porque se marchara?

—No, señor. Ya sabe, la he echado de menos un poco.

—¿Mataste al arzobispo Richard, Aaron?

—No, señor.

—¿Viste lo que pasó?

Aaron lo miró con los ojos muy abiertos como dos platos y no dijo nada.

—¿Estabas allí cuando ocurrió?

Aaron asintió lentamente.

—Pero de hecho no viste lo que pasó, ¿es eso lo que estás diciendo?

El joven miró al suelo y se hurgó en una uña.

—Supongo que es así.

—¿Sabes quién lo hizo?

Stampler seguía sin contestar.

—Bien, intentemos esto. ¿Tienes miedo de la persona que mató al arzobispo?

Aaron alzó la vista y asintió.

—¿O sea que sí sabes quién lo hizo?

Aaron no contestó.

El taxi bajó poco a poco por la calle, mientras el conductor se quejaba de cada tramo del camino, y se detuvo delante de la iglesia. En el asiento trasero, Vail acabó de leer el artículo del diario de la tarde por tercera vez.

—Nunca debí haber dejado que me engañara para hacer esto —dijo el conductor—. ¡Hombre!, es como conducir sobre el jodido hielo, eso es, ¡hombre!

—Precisamente está conduciendo sobre hielo —dijo Vail—. Y yo no le engañé, le ofrecí una propina de veinte dólares.

—Mire, rece, rece porque lleguemos a casa. Parece como si fuera a empezar otra vez. —El conductor escudriñó nerviosamente las nubes oscuras que se cernían sobre la ciudad.

—Serán sólo unos minutos —dijo Vail—. Espere.

La catedral de Santa Catalina del Lago era la iglesia más antigua de la ciudad. El arzobispo Rushman, un purista, se había negado a permitir cambios en su estructura.

Todavía era la misma casa escocesa de pastor protestante que había sido cuando fue construida hacía ciento cuarenta y cinco años. El campanario se elevaba por encima de los árboles de Lakeview Orive y era visible desde la parte más lejana del lago; un recordatorio para las tripulaciones de las barcas y barcazas que avanzaban hacia el muelle de que el estilo romano de construcción, a base de hormigón y ladrillos enormes, era el mejor.

Vail alzó la mirada hacia la aguja y, de pronto, se acordó de su abuela, haciendo aquello con los dedos entrelazados en forma de pirámide: «Aquí está la iglesia, aquí está el campanario, abre las puertas —y abría las manos y movía mucho los dedos— y aquí está la gente».

Caminó con cautela por el patio cubierto de hielo hacia la rectoría, un apéndice austero y de aspecto sombrío de la catedral, y entró en la oficina de la rectoría. A un lado de la gran sala se veía una escalera que conducía al segundo piso, al otro lado estaba la puerta del despacho. También había una puerta trasera exactamente delante de él y un pasillo en la esquina que supuso conducía a la iglesia.

En el centro de la sala, una monja estaba sentada ante su escritorio.

—Hola, hermana —dijo el abogado—. Me llamo Martin Vail.

—Señor Vail —asintió—. Soy la hermana Mary Alice.

Era joven, tenía más de veinte años, casi treinta, y una mirada bastante maliciosa en sus ojos. Daba esa sensación de inocencia y compasión que se ven en las caras de la mayoría de las monjas, pero había algo más, algo torcido en aquella mirada, algo un poco diabólico.

—He venido para... esto... no sé cómo decirlo...

—Examinar el escenario del crimen —observó ella.

—Exactamente.

—Al final de las escaleras.

—Gracias.

Le dio la impresión de que no parecía muy disgustada por el fallecimiento del arzobispo Rushman. Quizás estuviera haciendo de tripas corazón. Subió las escaleras. Un policía uniformado estaba sentado junto a la puerta de la alcoba del arzobispo. Vail se asomó por la esquina para ver el dormitorio. Las grotescas manchas de sangre de la pared y de la moqueta se habían oscurecido y ahora eran de color marrón.

«Dios mío —pensó—, verdaderamente alguien hizo una carnicería con Rushman».

—¿Quién es usted? —preguntó el policía.

—El hombre de la casa de seguros —respondió Vail.

—¡Teniente! —gritó el policía.

Stenner entró en el vestíbulo desde la cocina. Se paró un instante cuando vio a Vail, luego salió con paso airado por el pasillo hacia la puerta.

—Nos estamos convirtiendo en una pareja inseparable —dijo Vail.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó distraídamente Stenner, como si

realmente no esperara o no quisiera una respuesta.

—El escenario del crimen, teniente. Estoy aquí en beneficio de mi cliente, lo cual es mi privilegio. A menos que Jack Yancey haya cambiado la ley en las últimas dos horas.

—Todavía estamos trabajando aquí —dijo bruscamente Stenner—. Tendrá su oportunidad cuando acabemos nosotros.

Vail fijó su atención en la pared manchada.

—Realmente hicieron un buen trabajo con él, ¿verdad?

—Sí. Lo verá cuando reciba las fotografías. El paquete que pidió estará sobre el escritorio del sargento, en la comisaría del primer distrito, por la mañana temprano. Eso incluye la autopsia, que acaba de llegar.

—Gracias.

Vail observó cómo un técnico acababa de cortar un trozo de moqueta y lo metía en una bolsa de plástico.

—Espero que dejen algo para examinar cuando acaben —dijo Vail—. Echaremos a faltar algunos pedazos aquí y allí; supongo que lo compartirán.

—No ponga dificultades —respondió Stenner, solviendo a mirar la habitación.

—Tengo una orden judicial aquí, teniente...

—Cuando hayamos acabado, se lo diremos, abogado. Ahora, ¿le importaría? —Señaló la puerta.

Vail bajó las escaleras. La hermana Mary Alice se había ido. Se dirigió al despacho y miró dentro.

Sola sobre una mesita de cara al escritorio, había una escultura pequeña del papa Pablo VI, con los brazos extendidos como si quisiera abrazar al mundo, la cabeza ladeada con expresión de compasión. En la pared de detrás del escritorio —como un serio y decidido guardián del lugar—, colgaba una fotografía del único hombre de quien dependía el arzobispo Rushman, el papa Juan Pablo II.

El escritorio era un mueble de caoba grande y pesado, como las tres sillas que estaban colocadas en semicírculo delante de la mesa. Era una habitación fría y austera, excepto por una butaca que había en una esquina, con varios libros y publicaciones amontonadas al lado, y por dos estanterías bien provistas de libros en las dos paredes laterales de la estancia, que añadían calor al interior, por lo demás, desnudo.

Vail entró en el despacho, recorrió las estanterías. Estaban repletas de una mezcla ecléctica: publicaciones religiosas, un código de leyes canónicas encuadernado en piel y tratados religiosos; ediciones en lengua extranjera de Dante, Dostoievski y otros escritores importantes; y traducciones de Rousseau, Locke, Hobbes y Darwin, así como de obras de Kant, Schopenhauer y de estudios sobre la psique de Freud.

El escritorio estaba ordenado. El teléfono, un pequeño fichero cilíndrico, dos bandejas de cartas y una agenda, todavía abierta por el día del asesinato. Vail la hojeó. Reuniones, plazos límite para preparar sus escritos, cenas y citas estaban

apuntadas en cada línea, a veces en intervalos de sólo quince minutos. Para la noche fatal, había escrito de prisa «Crítica monaguillos» y «Grabar sermón» seguido de «Tema Descartes: “Pienso, luego existo”. Ergo, si todos los problemas pueden ser resueltos por la razón humana, ¿se convierte Dios en un ser obsoleto? Justifícalo».

Era una tesis interesante y Vail se la apuntó en su bloc de notas, más por curiosidad que porque pensara que pudiera estar relacionada con el caso. Entonces probó suerte en los cajones. El cajón superior de la izquierda estaba cerrado con llave. Sacó un sujetapapeles del cajón central, lo dobló y lo deslizó en la cerradura, lo hizo girar, buscando el pestillo, y al hallarlo, lo accionó para abrir el mecanismo. Abrió el cajón. Dentro había un pequeño diario encuadernado en piel. La primera mitad era un libro de direcciones, la otra estaba marcada con el título «Citas Personales».

Examinó las páginas al azar. Para el nueve de marzo, Rushman había escrito en lápiz «Linda 555 4527». Había muy pocas anotaciones. Parecía que el arzobispo tenía muy poco tiempo para asuntos personales. Vail apuntó la información en su libreta y volvió a cerrar el cajón. Se levantó y miró los títulos de otros libros que había en las estanterías, pero fue interrumpido por un dulce acento irlandés.

—Perdone, detective, ¿puedo ayudarle?

El sacerdote que había entrado en la habitación tenía una cincuentena de años, era corpulento, de cabellos de un blanco inmaculado y rostro agradable, casi de querubín. Pero sus facciones parecían decaídas a causa del peso de los últimos días y sus ojos estaban sanguinolentos por falta de sueño o por haber llorado. Llevaba un brazalete oscuro en la manga izquierda.

—Lo siento, no quería molestar. No soy policía, padre, soy abogado. —Vail vaciló un momento antes de añadir—: Represento a Aaron Stampler.

—Entiendo —repuso el sacerdote, al parecer ni sorprendido ni enfadado por la admisión—. Soy el padre Augustus Delaney —dijo, alargando la mano.

—Vail. Martin Vail.

—Pobre Aaron. Que Dios bendiga al muchacho. Rezo por su perdón.

—¿Lo conocía?

—Oh sí. Un chico agradable, de veras. Dios sabe qué terribles demonios se apoderaron de su alma para que cometiera tal acto.

Vail decidió no hacer su sermón habitual acerca de la presunta inocencia.

—Es una ironía, ¿verdad? —dijo dulcemente el padre Delaney—. El arzobispo no es sólo la víctima, sino que además su vida privada es violada incluso una vez muerto. ¡Qué lástima que el buen hombre no pueda descansar en paz!

—Estoy de acuerdo —convino Vail—. Mire, padre, ésta seguramente es una pregunta estúpida, pero ¿qué hace exactamente un arzobispo?

El sacerdote sonrió y dio la vuelta al escritorio para examinar el correo.

—Bueno, dirige la función, señor Vail —dijo, hojeando las cartas—. La archidiócesis. —Volvió a poner el fajo no leído de papeles en la bandeja de cartas y

hojeó las páginas de la agenda hasta ponerla al corriente.

—Hay trece mil doscientos cincuenta kilómetros cuadrados en esta archidiócesis —prosiguió, recorriendo con el dedo la lista de citas mientras hablaba—. Siete colegios mayores y universidades, varias escuelas primarias y secundarias, doce hospitales, trescientas doce parroquias y misiones, más de mil sacerdotes, más de cien hermanos y aproximadamente tres mil monjas. También hay miles de diáconos y de trabajadores seculares —alzó la vista y sonrió—. Un territorio impresionante, ¿no cree?

—Mucho —contestó Vail.

Delaney se apoyó en la esquina del escritorio con las manos plegadas y dijo:

—Los arzobispos son el lazo de unión entre los feligreses, los sacerdotes y el Vaticano. «Maestros de la doctrina, sacerdotes del culto sagrado y ministros del gobierno», ésa es la descripción que hace la ley canónica. Un trabajo inmenso, señor; la tensión de esta tarea ha destruido a más de un buen sacerdote.

—¿Y cómo le iba al arzobispo?

—Le encantaba. Su horario estaba lleno de actividades desde la mañana hasta la noche, siempre había delegaciones que recibir, reuniones y por supuesto Savior House y la fundación del arzobispo que financia todas sus obras de caridad. Además de todo eso, el arzobispo escribe... escribía... artículos sobre teología para la revista *Catholic Digest* y para dos o tres publicaciones laicas nacionales, contestaba la correspondencia de los feligreses y sacerdotes y escribía semanalmente una columna para el *Tribune*. Después los sermones, desde luego, y las respuestas al nuncio.

—¿El nuncio?

—La correspondencia papal. Los arzobispos sólo son responsables ante el Papa, señor Vail; tienen un gran poder discrecional.

—Oh. ¿Cuánto tiempo hacía que era arzobispo?

—Fue nombrado por Pablo VI. Eso fue en 1975. Eran muy buenos amigos. No estaba tan unido al papa Juan.

—¿Por qué?

Delaney se encogió de hombros.

—Quizá fuera demasiado... franco.

—¿Acerca de qué?

—Venga conmigo —dijo Delaney—, tengo que revisar el altar. —El sacerdote le indicó con la mano que le siguiera y, mientras continuaban la conversación, le llevó por el pasillo hacia la iglesia—. Entienda, señor Vail, que éste es un momento difícil para todos los arzobispos norteamericanos. Les tiran de un lado y del otro. Existe el grupo liberal, quieren que la Iglesia cambie de actitud ante todo, desde el control de la natalidad y el aborto hasta el celibato y la ordenación de las mujeres. Después están los tradicionalistas, ningún cambio es aceptable para ellos. Existe una situación muy tensa en toda la Iglesia. Muchos arzobispos han cogido la excedencia a causa de la tensión.

—¿Y el arzobispo Rushman adoptaba alguna actitud ante estas cuestiones?

—Intentaba... limar... las diferencias dentro de su archidiócesis. Convertirlas en cuestiones de la propia conciencia de cada individuo. El Vaticano adopta una actitud más estricta.

—¿Eso le causó problemas con Roma?

—No, problemas no. Quizá le hiciera sospechoso. El Santo Padre es bastante conservador.

—¿Tenía el arzobispo una rutina bien establecida?

—Oh, sí —dijo—. Solía bajar al salón a las siete y diez, siete y cuarto. Rezaba sus oraciones matinales. Entonces se preparaba para la primera misa. Él mismo lo hacía todo. La misa era su alegría, casi podía llamarse una obsesión. Encendía las luces él mismo, encendía las velas del altar, preparaba las hostias, llenaba las vinajeras de vino y agua. Leía la misa matinal sin monaguillo. Después de la misa, desayunaba y leía los periódicos, el *Tribune*, el *New York Times* y el *Wall Street Journal*. Entonces se dedicaba a escribir y a leer el correo. Las tardes eran para las reuniones.

—¿Y las noches?

—Para cenas, banquetes, discursos. La noche de los martes la reservaba para prepararse el sermón. Se filmaba con una cámara de vídeo, los estudiaba, se aseguraba de que fueran perfectos. También filmaba a los monaguillos durante la misa y les hacía críticas.

—¿Un perfeccionista? —preguntó Vail cuando llegaron al ábside y se pararon. Varias monjas estaban cubriendo el altar con un mantel negro y lirios. Media docena de personas estaban rezando en la iglesia. De algún lugar cercano a la parte posterior de la iglesia, llegaba el sonido del débil sollozo de un hombre.

—En algunos aspectos. No me interprete mal, señor Vail, era bastante humano. Le echaré mucho de menos.

—Lo siento.

—No es problema suyo. Bueno, si me perdona, debo volver al trabajo.

—Gracias por su ayuda —dijo Vail, y el sacerdote se alejó, dobló la rodilla delante del altar y se metió en la sacristía. Vail regresó a la rectoría por el pasillo, se dirigió hacia la puerta trasera y salió afuera. Estaba debajo de las habitaciones del arzobispo.

«¿Qué es lo que decía el periódico?, ¿que salió corriendo por la puerta de la cocina y que un coche patrulla que había en el callejón le dio un buen susto?».

A su izquierda había una pesada escalera de madera que daba a la parte de atrás de las habitaciones. Entró en el patio y recorrió unos metros, exploró con la vista el antiguo edificio de ladrillo en forma de ele, anduvo hasta la esquina y lo miró. Las pequeñas ventanas de cada lado de la esquina le dijeron que seguramente estaba debajo del cuarto de baño. Volvió para dentro, bajó por el largo pasillo de la iglesia y se quedó de pie durante dos o tres minutos, mirando fijamente los confesionarios que

había a cada lado del ábside.

«Por ahí es por donde entró. Salió de la cocina, bajó por las escaleras de atrás. Entonces el coche patrulla lo asustó tanto que volvió a entrar corriendo. Vino por este pasillo y se escondió en uno de esos confesionarios. ¿Por qué? Si no lo hizo, ¿por qué cogió el cuchillo y echó a correr? ¿Y adonde fue el verdadero asesino?».

—Estaba en el primero, ahí, en el otro lado —le dijo una voz detrás de él, y Vail se volvió para encontrarse de cara con la hermana Mary Alice.

—¿En ése? —preguntó, señalando el otro lado de la iglesia.

—Sí —contestó.

—Un extraño lugar para esconderse.

—En absoluto. Es como un armario. A los niños les encanta esconderse en los armarios.

—¿Niños? A Aaron no se le puede llamar niño.

—Un niño-hombre —dijo—. ¿Ya lo conoce?

—Sí.

—Un chico magnífico, ¿verdad?

—Sí, eso diría. Tiene diecinueve años. En este estado, a uno se le considera un hombre cuando cumple los dieciséis.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que lo pueden electrocutar.

—¿Puede usted salvarlo, señor Vail?

—¿Así que sabe por qué estoy aquí?

—Por supuesto. Aquí leemos los periódicos... y vemos la televisión.

—Represento a Aaron.

—Lo suponía.

—¿Lo conocía bien?

—Tan bien como cualquiera, supongo —dijo con tibieza—. Todos le conocemos.

—¿Cómo era?

—Muy trabajador. Serio. Atento. Un chico muy amable. —¿Tenía algún motivo para asesinar al arzobispo?

—¿Hay algún motivo para asesinar, señor Vail?

Vail irrumpió en su casa como si el viento le hubiese arrastrado a través de la puerta. Hablaba mientras entraba rabiando en su despacho sin siquiera quitarse el abrigo.

—Llama a Wall Eye McGinty's, dile al juez que le necesito. Si te pone alguna excusa de que no ha acabado la carrera en algún lugar de California, dile que yo he dicho que mala suerte. Y necesito el número de teléfono de Tommy Goodman, nunca me acuerdo...

—Es el 555 4411. Muy fácil. ¿Qué demonios pasa?

Vail hablaba mientras marcaba el número.

—El Heinrich Himmler del King's County acaba de dejarnos a ciegas.

—¿Shoat?

—¿Y quién más podría ser?

—¿Qué pasó?

—Dejó caer la bomba *pro bono publico* de la década en nuestro regazo.

—Ya tienes un *pro bono publico*. Se llama Leroy...

—Defender a Aaron Stampler.

Naomi se quedó boquiabierta.

—Oh, Dios míííooo.

—Eso por no decir más. Tenemos sesenta días para elaborar la defensa y acabo de conocer al acusado. Hola, Tommy... ¡maldita sea!, sé que estás ahí, contesta, soy yo... que se joda ese contestador automático, es importante.

—Y también lo es mi tranquilidad de ánimo —dijo la voz de Goodman al descolgar el auricular. Tenía el tono duro y nasal de un ex boxeador.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Hombre! Estamos a finales del trimestre. Tengo exámenes dentro de dos días. Orales.

—Te necesito aquí ahora mismo.

—Adiós —dijo, y colgó el teléfono.

—¡Maldita sea! —gritó Vail, y volvió a marcar. Naomi asomó la cabeza por la puerta—. El juez dice que dentro de diez minutos se habrá acabado la carrera en Santa Anita, que entonces estará listo.

—Dios, yo... hola, Tommy, soy yo otra vez. Ahora escúchame, tengo algo muy, muy caliente entre manos. Te voy a necesitar durante sesenta días. Te pagaré veinte mil dólares, diez mil al mes.

Goodman descolgó el teléfono.

—¡Veinte mil por dos meses!

—Eso es suficiente para el resto de la carrera y para ayudarte a hacer prácticas, si es que no vienes a trabajar conmigo. Pero te necesito, en cuerpo y alma, día y noche, durante los próximos dos meses. Tendrás que dejar las clases del prójimo trimestre. Si

hay algún problema, puedo llamar al decano Markowitz...

—No habrá ningún problema, es sólo que odio perder un trimestre que se está acabando. Y tengo un examen oral de aquí a dos días, sobre los jodidos actos delictivos.

—Los actos delictivos que se vayan al infierno —dijo Vail—. Vas a ocuparte de pleitos, no vas a ser un puñetero fiscal del estado. De todos modos, el juez te enseñará mañana, todo el día. El taxi llegará ahí en diez minutos. —Y esta vez fue Vail quien colgó. Le gritó a Naomi—: ¿Ya tienes el taxi?

—Tengo a Maxie. Parece que nadie más quiere venir. Se lo está pensando.

Vail pulsó el botón y cogió el teléfono.

—¿Max?

—Eh, señor Vail. Mire, hombre, ¿pero ha visto...?

—Max, no me vengas con chorradas. Métete en tu jodido taxi, ve al Wall Eye's y recoge al juez, luego ve a Sutton y recoge a Tommy. Pasa por Ike y compra suficientes *delicatessen* para diez o doce bocadillos, unas cuantas bebidas y ven aquí, pronto.

—Ni siquiera se pueden usar cadenas con esta mierda de tiempo.

—Cien dólares, Max.

—¿A quién dijo que tenía que recoger primero?

En cinco minutos, Tommy Goodman estaba listo para salir y esperando el taxi. Siempre era así cuando Marty llamaba. Era extraño cómo Vail podía hacer bombear la adrenalina de Goodman con una llamada. Goodman miraba fijamente el contestador automático, escuchaba a Vail vociferar llevado por su entusiasmo, intentaba no hacerle caso, pero al final no podía resistir aquella voz hipnótica, aquella promesa de emoción en los territorios al margen de la ley que hacía el charlatán y así, finalmente, sucumbía sabiendo que el maestro de los zorros de los tribunales le apartaría de cualquier cosa que estuviera haciendo mediante el sutil encantamiento con que una serpiente hace que un conejo acabe entre sus colmillos.

Todo había empezado una desafortunada noche hacía ocho años en el antiguo estadio de la calle Duodécima... ¡Dios, cómo lo echaba de menos! Aquel viejo garaje gris había sido sustituido por un estadio abovedado gigantesco conocido cariñosamente como *La Teta*, con césped artificial, aire acondicionado, puestos de venta de platos preparados y un equipo de fútbol novísimo comprado y pagado por los banqueros, abogados, hoteleros y empresarios para quienes era otro punto de apoyo en el tablero de *cribbage*, ese barómetro que da la imagen del crecimiento y el progreso utilizado para atraer a los participantes de convenciones, turistas e influyentes inversionistas al redil. Los pavos de los forasteros eran el premio, esa golosa infusión de sangre verde, que bombeada por el corazón de la ciudad, conseguía que la circulación financiera siguiera palpitando, hacía más ricos a los

ricos, más pobres a los pobres y mantenía a las masas de la importante clase media en progreso. El boxeo, esa carnicería propia del Neanderthal, ahora había pasado a los sórdidos y pequeños cuadriláteros de locales aledaños de la ciudad, lejos de la grandiosidad de, pongamos, el fútbol americano, que tardó mucho más en resquebrajar rodillas, destrozar hombros, acabar con tobillos, pulverizar huesos y machacar los cerebros de sus gladiadores de seis y siete cifras alimentados con esteroides. Los pájaros gordos por supuesto disfrutaban de una visión aséptica del juego. Sentados lejos y por encima de las masas en sus lujosos reservados, les sobraban los ruidos reales de la batalla que se desarrollaba en el campo, el trueno de los cuerpos al chocar, los gritos de dolor, el chasquido de los huesos, los auténticos elementos de la gloria. De lo que se trataba era de lo que siempre se había tratado: dinero en el banco.

Pero hacía ocho años, las noches de los viernes todavía se podía ir hasta el estadio de la calle Duodécima, oler los olores verdaderos —el sudor, la loción para después del afeitado, la resina, el alcohol, la cerveza, el alumbre, el humo de los puros— y contemplar, desde los asientos de primera fila junto al cuadrilátero, cómo los profesionales salían uno a uno a practicar un arte que incluso los decadentes griegos que se las daban de artistas reconocieron que era una verdadera prueba de habilidad, belleza y fuerza.

Goodman era un hombre de cabello moreno y apuesto a pesar de las cicatrices de batalla que lucía con orgullo: una nariz aplanada, cejas finas como la seda y marcadas con cicatrices, una oreja torcida, la mano derecha tan debilitada a causa de los huesos rotos que apenas podía acariciar a un gato sin resentirse y los orificios nasales desviados para siempre, la marca característica de los ritos de iniciación de los boxeadores profesionales. Hablaba como si tuviera un resfriado crónico; sin embargo, cuando la ocasión lo exigía, era capaz de evocar sus ciento treinta y dos puntos de coeficiente intelectual y orar como un joven aspirante a abogado. Era dos años más joven que Martin Vail y le faltaban tres trimestres en la universidad y el examen del tribunal para hacer realidad su sueño. Nunca habría ocurrido si no hubiese sido por Marty Vail.

Goodman había crecido estimulado por dos pasiones, el boxeo y el derecho, dos profesiones no tan desligadas. Le encantaba tanto la elocuencia de la sala de justicia como la vulgaridad del cuadrilátero; sus héroes eran leyendas: Clarence Darrow, William W. Douglas, Muhammad Ali y Sugar Ray Leonard.

Estudiante universitario mediocre y aburrido, dependía del deporte —que le había proporcionado prestigio en el instituto y una beca para la universidad del estado— para arreglárselas. Acabado el instituto, se convenció de que podía boxear mientras estudiaba derecho. Martin Vail se convirtió en su ídolo, ya que se había labrado una buena posición para la posteridad local con media docena de espectaculares éxitos judiciales. Cuando podía, Goodman se sentaba en primera fila, observaba a Vail representar su magia legal y Vail, un aficionado al boxeo, reconoció al joven

boxeador en la sala del tribunal. Se hicieron amigos y Vail se convirtió en mentor del boxeador-estudiante de derecho.

Tres de febrero de 1975. Se enfrentaba contra un buey lento de remos, torpe, con los músculos agarrotados, de nombre George Trujillo, que se llamaba a sí mismo *La Pepita de Oro de Tampa* y que tenía la gracia de un avestruz. El auténtico placer de los puñetazos y amagos, del juego de piernas, la velocidad y la agilidad, Trujillo lo desdeñaba; su única baza se reducía a la fuerza bruta. Podía golpear como un martillo y tenía una mandíbula de hierro.

Goodman resistió ambas cosas durante diez asaltos y por algún milagro aún se mantenía de pie cuando la campana sonó. Durante seis asaltos, había magullado a Trujillo con su poderosa derecha, escabullándose de sus golpes, que llevaban la fuerza de una locomotora, atacando su nariz y mandíbula mexicanas. Era como golpear a una máquina de vapor. En el séptimo asalto, Goodman salió resuelto a propinarle una paliza y enviar a *La Pepita* de vuelta a Tampa en camilla. El primer golpe desplazó uno de sus nudillos casi hasta la muñeca. El dolor se convirtió en una infección a lo largo del combate. Continuó golpeando, cada puñetazo hacía añicos otro hueso de la ya destrozada mano, hasta que al final sólo le quedaba la izquierda para devolver los golpes y atacar. Se mantenía en pie por puro orgullo. Cuando sonó la última campanada, se fue tambaleando a su rincón y se desplomó en su taburete.

—¿Qué cojones ha pasado? —le preguntó su entrenador, Elie Pincus, entre una retahíla de consejos mientras reducía los cortes abiertos de Goodman con el alumbre quemado.

—Creo que me he roto la derecha —dijo Goodman, respirando con dificultad.

En efecto. Después, sentado en el borde de la mesa del sombrío vestuario, él y Vail observaron cómo Pincus cortaba el guante para descubrir una masa magullada y ensangrentada. Dos huesos astillados sobresalían entre la carne hinchada. La sangre brotaba de los desgarrones dentados de lo que una vez había sido una derecha poderosa. Vail se volvió al verla.

—Esperaré fuera —dijo; al cabo de unos minutos, Watson *El Matasanos*, el médico del estadio, se reunió con él.

—Tiene que ir al Pavilion, Marty. Dos de sus nudillos están aplastados hasta el jodido codo. Pero dice que no quiere ir. Creo que tiene miedo de que le corten la mano o algo.

—Llama a la ambulancia. Diles que no hagan sonar la sirena. Podrán llevárselo sin que se dé cuenta.

—Ya puede despedirse, sabes —dijo Watson *El Matasanos*—. No podrá golpear ni una rebanada de pan con esa manaza sin romperse un par de huesos. Y es una lástima, joder. Un peso medio muy prometedor, eso es lo que era Tommy. Rápido, listo; siempre es agradable ver a un muchacho universitario en este mundo, nos da un poco de clase. Pero se acabó, Tommy tiene que saberlo.

—Hablaré con él.

—Sí, bueno, apártate cuando lo hagas, todavía puede golpear con la izquierda.

Vail regresó al vestuario, donde Watson *El Matasanos* le había vendado el puño, ahora del tamaño de un melón, y dado un analgésico.

—Así que está hecho polvo —dijo Goodman, articulando con dificultad las palabras a medida que el Demerol empezaba a hacer efecto.

—Watson *El Matasanos* dice que tu derecha está como para el coche fúnebre.

—¿Y él qué sabe? Si fuera un médico de verdad, no estaría ganándose la vida aquí.

Goodman pasó sus dedos suavemente por encima de la mano vendada e hizo una mueca de dolor.

—¡Mierda!, adiós universidad —exclamó gimiendo.

—Quizá no —dijo Vail—. Quizá podría utilizarte.

—¿Para hacer qué?

—Investigaciones. La mayoría de esos idiotas no son capaces de encontrar ni un sombrero a no ser que lo lleven puesto.

—¿Quieres que fisgonee?

—Quiero que dirijas mi equipo investigador.

—Claro. ¿Cuántos tienes en el... departamento de investigaciones de Marty Vail?

—Serás el primero.

—¡Abogados! —dijo Goodman, negando con la cabeza.

—Puedes ganarte dos, dos cincuenta al día y los gastos, cuando trabajes.

—¿Dos cincuenta al día?

—Dos, dos cincuenta.

—¿Qué es? Dos... dos cincuenta.

—Empiezas con dos. Si eres tan bueno como creo que serás, lo aumentaremos a dos cincuenta.

—¡Abogados!

—¿Qué puedes perder, Tommy? Pruébalo. Siempre puedes dejarlo.

El Demerol le había hecho efecto y Goodman permaneció tendido en la mesa mirando el techo fijamente y hablando entre dientes hasta que llegó la ambulancia.

—No quiero ser un asqueroso investigador privado toda la vida, siempre fotografiando a algún asqueroso patán que se ve a escondidas con su amante en un asqueroso motel...

—No trato divorcios —dijo Vail—. La mayor parte de mis clientes son gente con problemas gordos y mucho dinero.

—Eso he oído.

—Examina el contenido, no la botella, ¿de acuerdo? —dijo Vail—. Tal como dijo Cicerón: «La justicia da a todos lo que se merecen».

—Y una mierda. Si Marty Vail lleva un caso, no hay justicia... —Se rió mientras el Demerol le disipaba el dolor—. Como Clarence Darrow dijo una vez: «Nada de justicia, dentro o fuera del tribunal».

—¿Quién es Clarence Darrow? —preguntó Vail.

Tardaron cuatro horas en reconstruir los huesos rotos de la mano de Goodman y en escayolarla. Cuando acabaron, Vail pagó la cuenta. Dos meses más tarde, Tommy Goodman se convirtió en el director del departamento de investigaciones de Marty Vail, así como su único miembro. Era más que bueno, tenía dotes innatas. El primer año ganó treinta y cinco mil dólares, bastante dinero. Antes de 1982 sacaba cincuenta y estaba en camino de licenciarse en la facultad de derecho. Sólo que tardaría un poco más de lo que esperaba. Siempre recibía aquellas llamadas inesperadas, siempre surgía la seductora voz de su maestro, siempre otra montaña que derribar. ¡Qué caray!, seguramente aprendería más pasando quince minutos con Vail y el juez que en la universidad.

El juez estaba sentado en uno de los anchos sillones del fondo de la sala de apuestas de carreras de caballos del Wall Eye McGinty's, con las piernas cruzadas, su legendario libro negro sobre las rodillas y jugando con su pluma Mont Blanc entre los dedos. Miró el tablero electrónico mientras pensaba en su próxima jugada.

—Mira al viejo hijo de puta —dijo McGinty, que había perdido el esófago a causa de un cáncer hacía tres años y que ahora hablaba a través de una prótesis vocal que hacía sonar su voz como si estuviera haciendo gárgaras—. Él y ese jodido libro. Podría hacernos ricos a todos en una semana.

—Eso o arruinarnos —contestó Larry *El Cojo*, que, imprudente con las armas, se había volado el pie en una ocasión en que estaba cazando ciervos en Pensilvania.

—Si algún día alguien le arrebatara ese libro y trata de salir corriendo con él, lo matará en el acto —dijo Wall Eyes.

¡El libro! Al juez Jack Spalding, al acercarse al ocaso de su vida, le habían anonadado dos tragedias. Su querida Jenny, una recatada dama con la dulce voz del sur que adoraba su carácter irritable y con quien había estado casado treinta y siete años, había resultado cruelmente herida en un accidente de coche y había permanecido en estado de coma durante casi un mes antes de morir. La segunda tragedia había sido responsabilidad suya. Sin que nunca se le hubiese podido llamar un adicto, el juez había sucumbido siempre ante las apuestas de las carreras de caballos, pero hasta entonces había sabido controlarse. En un acceso de locura tras la muerte de Jenny, perdió treinta mil dólares que tuvo que pagar a corredores de apuestas en un solo mes. Su reputación y su posición en el estrado se vieron amenazadas y su distinguida carrera pendía de los hilos que manejaban los corredores.

A Spalding le había salvado la devoción de abogados, fiscales, policías, periodistas, notarios, bibliotecarios y políticos, todos los cuales respetaban su imparcialidad y su sabiduría en el estrado y entendieron su locura. En una cena benéfica privada, le entregaron un sobre al juez con el dinero necesario en efectivo; y

entonces, después de saldar sus deudas, sus amigos de la brigada contra el vicio habían detenido a todos los corredores de apuestas que se habían aprovechado del venerado jurista en sus horas bajas.

El juez había liado el petate y, desde aquella noche, jamás apostó ni siquiera diez centavos por las nobles bestias. En vez de eso, hacía apuestas imaginarias cada día, tomando nota con todo detalle de los resultados de cada carrera, del recorrido, del jockey y del caballo. Sin la tensión del que apuesta dinero, se convirtió en un profeta de las carreras, un hombre que combinaba la inteligencia, la intuición y un conocimiento asombroso de las estadísticas en una racha de diez años de victorias. Religiosamente, apuntaba toda la información en un grueso diario encuadernado en piel, un libro tan temido por los corredores de apuestas que en cierta ocasión se habían unido y le habían ofrecido una cantidad de seis cifras si lo quemaba. Él, por supuesto, se negó a hacerlo, pero les aseguró que nunca daría pronósticos ni impartiría sus inmensos conocimientos a nadie más. En diez años, el juez había reunido una fortuna imaginaria de más de un millón de dólares, toda sobre el papel.

Tenía tres placeres en la vida. El primero eran sus seminarios matinales en Butterfly, donde desafiaba las mentes y los corazones de los jóvenes abogados. El segundo eran sus tardes en el Wall Eye McGinty's, donde practicaba su pasatiempo preferido entre los elementos marginales de la sociedad, impartía doctrina sobre las apuestas, disfrutaba de la energía del momento de la salida de los caballos, la euforia de la recta y el júbilo de ganar. Siempre se sentaba al fondo del suntuoso salón de McGinty situado encima de un taller en la calle Wildcat. Un lujoso establecimiento puesto a disposición de los que apostaban a las carreras de caballos. Un tablero corrido de neón permitía que los apostantes estimaran los puntos de ventaja, las marcas y otra información que sería como un idioma extranjero para la mayoría de los humanos. Una barra de bar en una esquina proveía de bebidas gratis a los encallecidos jugadores. Los sillones sencillos y delicadamente tapizados ofrecían bienestar a aquellos que miraban y escuchaban mientras los caballos hacían su trabajo.

Su tercer placer era equiparar su inteligencia con la de Marty Vail, ya que esto era más que un reto, era un examen de sus cuarenta y cinco años a ambos lados del estrado. Sus incursiones y colaboraciones con Vail proporcionaban una euforia incomparable con la de sus otras empresas. La llamada de Naomi prometía que se aproximaban días emocionantes.

Pero lo primero era lo primero. Había apostado cincuenta dólares imaginarios a una yegua de tres años que se llamaba Ilusiones, que corría la última prueba clasificatoria en Santa Anita y que resultó ser mejor que su nombre. No fue una apuesta a caballo ganador, llegó segunda, se pagaron ochenta dólares y ochenta centavos e hizo que el juez ganara aquel día un total de tres mil cuatrocientos veintiséis dólares, que religiosamente apuntó en su diario antes de bajar las escaleras para coger el taxi que le estaba esperando.

Vail sacó un dólar de plata de su bolsillo y lo hizo girar como una peonza sobre la mesa. El juez aceptó la apuesta.

—¡Ajá! Bien, veamos, tienes a toda la banda de picapleitos aquí con este frío helado, a espetaperros..., las calles prácticamente intransitables..., así que, obviamente, estamos tratando un asunto de más importancia de lo normal.

—Ajá —dijo Vail.

—Tenemos un cliente nuevo.

—Te doy una pista —concedió Vail.

—¡Hummm...! —El juez se paseó de un lado al otro del escritorio, la vista clavada en la moneda—. Un nuevo cliente —dijo para sí mismo. Volvió a mirar a Vail—. ¿Viste a alguien después de que almorzáramos?

Vail asintió y levantó un dedo.

—O sea que fuiste a ver a alguien, y fue de forma inesperada o me lo habrías dicho durante el almuerzo, y el resultado de esa visita es que tenemos un cliente nuevo. Así pues, ¿era la persona que fuiste a ver el cliente? ¿O representaba al cliente? Evidentemente, como me arrojaste el guante del dólar de plata, debería ser alguien que conozco o sobre algo que sé. Un cliente nuevo, alguien que conozco...

Se dirigió hacia la ventana y miró el paisaje helado, se tiró de los labios, dijo algo entre dientes, paseó por la habitación. Era toda una actuación. Volvió al borde de la mesa del escritorio, miró con ojos severos a Vail y dijo:

—Aaron Stamper.

—¡Asombroso! —exclamó Goodman al ver que Vail hacía resbalar la moneda hacia la mano del juez que la estaba esperando.

—Elemental —dijo Vail—. Cuando se piensa en ello, ¿quién más podría ser sino Aaron?

—¿De veras vamos a defender al muchacho que mató a Su Eminencia? —preguntó Goodman.

—Sospechoso de matar a Su Eminencia —le corrigió Vail.

—No tardaron mucho en aplicar la pena del Talión, ¿verdad? —dijo el juez—. El destino preparó el tinglado perfecto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Naomi.

—Es un ajuste de cuentas —aclaró Vail—. Su manera de desquitarse por el acuerdo. Dándonos un caso que no podemos ganar con un cliente que todos creen que hace que Manson parezca un inocente pajarillo. Bueno, vamos a darles una patada en el culo.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Naomi.

—¡Con el poder de la justicia! —se rió el juez.

—¡Oh, mierda!, ya estamos otra vez —se quejó Goodman.

Mientras preparaban los bocadillos, sonó el teléfono. Naomi fue a la otra habitación, murmuró algo al auricular, colgó y regresó con los demás.

—¿Quieres saber quién es tu adversario? —preguntó, dándose importancia.

Todos la miraron con expectación.

—Jane Venable.

—Imposible —objetó Vail—. Se va a trabajar a una firma de prestigio a finales de este mes. ¡Ya ha avisado de que deja el empleo!

—Bueno, al parecer se ha desdicho. Era mi confidente. Es el Evangelio.

—No han dejado pasar la oportunidad —sentenció el juez—. Todos se van a desquitar con este caso.

—Hijo de puta —dijo Vail sonriendo.

Se reunieron en torno a la gran mesa. Vail no hizo caso de la comida; andaba a trancos por la habitación, y con una regla, cual si fuera un florete, pintaba el aire mientras hablaba. Se había quitado el jersey y llevaba una camiseta con el anagrama de Grateful Dead medio por dentro y por fuera de los pantalones vaqueros.

—Bueno, necesitan algo para concluir el caso y aún no lo tienen —dijo.

—¿El qué? —preguntó Naomi.

—El móvil. Tendrán el arma homicida, las huellas y el cuerpo manchado de sangre de Aaron en fotografías, y esa escena en el confesionario, pero necesitan un móvil para remachar este caso.

—¿Por qué? Si pueden demostrar que tenía el cuchillo en la mano, que estaba en la habitación y en el confesionario...

—La naturaleza del crimen, Tommy —dijo Vail—, es demasiado horrible. El jurado va a querer saber por qué. Cuando vean a ese chico en el banquillo, van a querer saber por qué cometió tal acto. Puedes apostar tu Volkswagen a que Venable está haciendo que Stenner y todo su equipo trabajen horas extras en esto.

El juez no dijo nada. Estaba sentado en silencio, comiendo un bocadillo de pan de centeno y bebiendo agua con gas a sorbitos, observando mientras Vail empezaba a desarrollar el caso.

—¿Qué pasa si no encuentran un móvil?

—Entonces fabricarán uno.

—¿Y qué podemos hacer respecto a eso? —preguntó Goodman.

—Encontrarlo antes de que lo hagan ellos —dijo Vail—. Para pensar cómo hacerlo pedazos en el juzgado. ¿De acuerdo, juez?

—Sin un móvil creíble, no creo que lo electrocuten. Cadena perpetua, quizá, pero la silla eléctrica, no. Así que, Martin, cuéntenos cómo es nuestro cliente.

—No me vais a creer.

—¿Está chiflado? —preguntó Tommy.

—Actúa de modo tan normal como cualquiera de nosotros.

—Lo cual no nos dice mucho —añadió el juez.

—Os digo que se trata del muchacho más amable que habéis visto jamás. Parece un niño de coro. Si tuviera seis años, podría pasar por Shirley Temple.

—¿Tiene corona de santo? —preguntó sarcásticamente el juez.

—Lo juro, podría pasar por un ángel. Hablé con una de las hermanas de Santa Catalina, ¿sabéis cómo lo describió? Generoso, solícito, atento...

—Ahorrativo, valeroso, limpio y reverente..., ése es el credo de los boy scouts —dijo Tommy—. Quizá tenga una insignia del mérito grabada.

—Eso no tiene gracia. ¿Queréis oírlo o no?

—No te pongas de mal humor —le riñó Naomi.

—Pasé veinte, treinta minutos con él. Os estoy dando primeras impresiones, ¿de acuerdo? Es de un lugar de Kentucky llamado Crikside.

—¿Crikside? —repitió el juez.

—Crikside. Se llama así porque está al lado de un riachuelo.

—Genial —dijo Goodman, refunfuñando—. Eso me va a tocar a mí, lo presiento.

—Tienes razón, Tommy. Está a una hora en coche al sur de Lexington, cerca de un lugar llamado Drip Rock.

—Ah, Drip Rock. ¿Por qué no lo dijiste antes?

—El chico dice que ni siquiera está en el mapa, pero añadió que cualquier persona de Drip Rock te indicará cómo llegar hasta allí.

—¿Y quién me va a explicar cómo llegar a Drip Rock?

Naomi entró en la habitación con un gran mapa de carreteras. Lo dejó caer encima de la mesa y señaló la autopista al sur de Lexington.

—Eh —dijo—. Aquí está Drip Rock. Justo al norte de Kerby Knob y al sur de la montaña Zion.

—Estupendo —exclamó Goodman— y seguramente enterrado bajo unos trescientos metros de nieve en esta época del año. ¿Qué hago, lanzarme en paracaídas?

—Ya se te ocurrirá algo —dijo Vail—. Quiero saber todo lo que hay que saber sobre Aaron Stampler, desde el día en que nació hasta que lo encontraron en el confesionario. Quiero saber dónde creció, cómo eran sus padres, lo que hacía en la escuela, quiénes eran sus amigos, lo que le leía, la clase de música que le gustaba, si practicaba algún deporte, la primera vez que tuvo que guardar cama, qué amigos tiene aquí. Quiero saber qué cree, por qué lo cree, qué es lo que le vuelve loco, qué es lo que le produce una erección..., quiero saberlo todo. Eso es cosa tuya, Tommy. El muchacho es tuyo. Quiero un informe con pelos y señales. Coge un avión hasta Lexington, alquila un coche, ve cuanto antes. Empieza por ahí. Pero... primero inspecciona su vida en la ciudad. Ve a Savior House y también a su casa, está en la calle Región.

—¡Estupendo!

—Inspecciona ambos lugares, y luego dirígete a Crikside, después de la acusación.

»Juez, la ley es asunto suyo. Necesitamos casos previos de asesinato por mutilación, asesinato por apuñalamiento, asesinato religioso, incluyendo sexo, clase social y edad. Y asesinato por desequilibrios mentales. Quiero lanzarle leyes a Shoat

a tal velocidad y con tanta fuerza que se caiga del estrado al intentar cogerlas. Cualquier cosa que sea pertinente. Quiero saber qué clase de gente comete este tipo de crímenes, y por qué. Aunque, ¡mierda!, no es necesario que se lo diga. Naom, comprueba tus fuentes de las compañías de seguro acerca de esto. Ellos tienen estadísticas de todo, quizás encuentres algo que podamos utilizar.

—¿Es ésa mi tarea? —dijo Naomi.

—También los archivos, los informes, las autopsias, los rumores, el desarrollo del caso, sobre todo, eso te toca a ti. La vieja rastreadora vuelve al trabajo. Shoat nos va a dar mucha libertad en esto por el factor tiempo. Todos sus informes son nuestros, sin tener que ir con descubrimientos, aunque seguramente también lo haremos. Queremos saber todo lo que estén tramando. Stenner y Venable sólo te darán lo que haga falta, así que fisgonea, mantén los oídos alerta, cualquier cosa que oigas podría ser importante. Y el historial de Rushman, todo lo que encuentres sobre él hasta donde puedas llegar. Repasa los microfilms de periódicos, revistas, dondequiera que puedas obtener algo... Tommy, aquí tienes un mandato judicial. Eso te permitirá entrar en el piso del arzobispo, donde pasó todo. Stenner todavía estaba allí esta tarde, haciendo los deberes. Espera a volver de Kentucky para hacer el registro. Para entonces, ya deberíamos tener acceso a sus informes y echarles un vistazo a las pruebas físicas.

Vail amontonó cartas y carpetas y despejó parte de la mesa del escritorio. Lanzó un bloc de notas encima e hizo un somero dibujo que mostraba la disposición.

—Sus habitaciones están en el segundo piso —dijo, indicando las características a medida que las mencionaba—. Éste es el dormitorio. El baño está aquí. Éste es el vestíbulo y la cocina aquí, en la esquina. Lo de aquí al lado debe de ser una sala de estar. Las escaleras salen de la cocina y conducen abajo. Ésta es la puerta trasera de la rectoría, aquí hay un pasillo que va hasta la iglesia.

—Bien, ¿y qué es lo que Shirley Temple dice que pasó?

Vail suspiró profundamente.

—Supongamos que es inocente de momento. ¿De acuerdo? —Todos asintieron—. Ésta es la historia de Aaron —empezó a explicar Vail—. Dice que estaba en la habitación cuando el arzobispo fue atacado, pero que en realidad no vio lo que pasó. Hubo mucha acción, cosas que se rompían, lámparas que caían. Lo que recuerda después es ver a Rushman muerto en el suelo, y su anillo y el cuchillo al lado del cadáver. Así que se pone el anillo, coge el cuchillo y sale...

—¿Se puso el anillo? —preguntó Naomi.

—Déjame acabar —cogió un lápiz y siguió los movimientos de Stampler en su dibujo—. Sale y oye que hay alguien abajo, así que se va por la puerta de atrás, y baja estas escaleras de madera para llegar al piso de abajo. Un coche patrulla viene por el callejón, por aquí, así que retrocede hasta esta puerta, corre hasta la iglesia por este pasillo y se esconde en uno de los confesionarios.

Goodman se echó a reír.

—Eso es una gilipollada muy grande, Marty. ¡Jamás oí semejante mierda de historia, perdona la palabra!

—Y no aclara nada —dijo el juez—. ¡Es absurdo! ¿Por qué cogió el cuchillo? ¿Por qué se puso el anillo? ¿Cómo se manchó de sangre? ¿Por qué tuvo que hacer nada? ¿Por qué simplemente no llamó a la policía?

—Estaba asustado. El pánico se apoderó de él.

—¡Mierda! —dijo Tommy—. Shoat te lanzará su mazo si te presentas en el juicio con esa historia.

—Es un muchacho listo. ¿Por qué se inventaría una historia tan estúpida como ésa a menos que sea cierta? —preguntó Vail.

—Porque es así como ocurrió —terció el juez—. Salvo un pequeño detalle: él descuartizó a Su Eminencia.

—Estamos suponiendo que es inocente, ¿recordáis? —dijo Vail.

—Ya no —repuso Goodman.

—¿Hay algún móvil en todo esto? —preguntó Naomi.

—Hasta ahora no. Dice que el arzobispo y él eran amigos.

—Bueno, si no lo hizo y estaba allí, ¿quién demonios lo hizo? —preguntó el juez.

—No lo dirá.

—¿Por qué diablos no lo va a decir?

—Dice que tiene miedo del verdadero asesino.

Tommy negó con la cabeza de forma bien ostensible.

—Su historia continúa siendo una mierda —dijo.

—Pero es su historia —objetó el juez mirando al techo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tommy.

—Eso significa que tenemos que cargar con ella hasta que la hagamos pedazos o encontremos una mejor —contestó Vail--Y eso es asunto mío. Tengo que metérmelo en el bolsillo y para hacerlo tiene que confiar en mí. Tengo que descubrir qué pasó aquella noche. Y entonces hemos de reunir todos los datos y hacer que funcionen a favor nuestro. Y necesitamos algo más.

—Un psiquiatra —apuntó el juez.

—Eso es, juez, necesitamos un psiquiatra —dijo Vail—. No uno de esos aburridos carcamales hastiados de Daisyland, éstos son los que utilizarán ellos para la evaluación psiquiátrica.

—¿Qué pasa si no hacen un informe psiquiátrico? —planteó Naomi.

—Lo exigiremos en la vista de la acusación. Y queremos que lo trasladen a Daisyland, mantenerlo aislado y alejado del público durante un tiempo. «Sin comentarios», la prensa que se muera y esperemos que Venable y compañía estén demasiado ocupados para fabricar noticias. Quizás el público se calme.

—Es poco probable —señaló el juez—, aunque estoy de acuerdo con que deberíamos mantenerlo alejado durante un tiempo.

Vail se paseaba preocupado otra vez, golpeándose la palma de la mano con la

regla.

—Necesitamos a alguien joven. Muy astuto. Alguien con una actitud nueva. Ideas nuevas. Tenemos que atacarles desde todos los frentes, hacer que pierdan el equilibrio. Van a hacerlo todo excepto desenterrar a Freud para demostrar que Stampler está en su sano juicio.

—¿Vamos a decir que no lo está? —dijo Naomi.

—Digamos que tal vez. Entre nosotros. La mejor posibilidad que tenemos ahora es alegar desequilibrio mental y lo saben, así pues, intentarán pisotear esa posibilidad en cuanto empiece el juego.

—Déjame que te busque al psiquiatra —propuso el juez—. Tengo buenos amigos en la universidad. Lo miraré, a ver si pueden recomendarme a alguien realmente bueno, a alguien que pueda encontrar los pretextos mentales mientras yo trabajo en los legales.

—Alguien que pueda demostrar que ese chico está más loco que una cabra —añadió Tommy.

El juez sonrió.

—Por supuesto, eso también —dijo.

Antes de amanecer, el tiempo mejoró y ya a las nueve de la mañana las calles heladas se habían convertido en nieve de color marrón a medio derretir. Los coches todavía circulaban con cautela, las cadenas sonaban al arrastrarse sobre el asfalto. Era un familiar ruido invernal. Vail esquivaba salpicaduras de barro mientras saltaba entre charcos al dirigirse de la comisaría de policía al palacio de justicia.

Entró con el paquete que había recogido en la comisaría del distrito número uno, se asomó a varias puertas hasta que encontró una sala vacía que pudiera utilizar durante unos minutos. La conocía muy bien, ya que había discutido una docena de casos entre sus paredes de paneles de roble. Se acercó a la mesa del abogado defensor y abrió impacientemente el grueso sobre de papel manila que Stenner había dejado para él.

El informe de la autopsia era bastante espantoso, pero las fotografías eran devastadoras. Las examinó lentamente, se le secaba la boca al estudiar cada una antes de ponerla boca abajo en un montón. Había dos docenas de fotos. Como a todos los estudios de violencia policiales, les faltaba tanto el arte como la composición que describen la desoladora atmósfera del crimen y la fútil indignidad a la cual el cuerpo humano se exponía. Eran pornográficas en el detalle y obscenas en el contenido; estaban catalogadas y agrupadas: fotos de lejos que mostraban el ambiente nauseabundo del escenario, estudios de cuerpo entero y finalmente, los escalofrantes primeros planos y tomas aún más cercanas. Ahora podía imaginarse al jurado, mirando fijamente con horror boquiabierto mientras las fotografías iban pasando entre sus manos.

Cuando acabó, las volvió a meter en el sobre de papel manila y hojeó la transcripción de uno de los dos interrogatorios de Stenner y Turner. Había durado desde las once y cuarenta y un minutos hasta la una y veintiséis de la madrugada de la noche del crimen. El segundo, entre las seis y cuarto y las siete y doce minutos de la mañana siguiente, aún no se había transcrito, pero había copias de las cintas grabadas de ambas entrevistas en el paquete. También había informes preliminares forenses, que contenían estudios de las huellas dactilares. Estaban sellados. «Informe inicial, más por llegar». Con todo, era una colección impresionante para un período de tiempo tan corto. En la transcripción, vio que Aaron Stampler había repetido la misma historia que le había contado a Vail a los dos detectives, en dos ocasiones diferentes, durante un total de dos horas y cincuenta y tres minutos. Para entonces todos en la oficina del fiscal del distrito se estarían riendo de ello.

Para despejar su mente de las imágenes de la muerte, Vail anduvo a grandes pasos por la sala vacía. Para Vail, la ley era una religión y una contienda a la vez, y la sala de justicia era su iglesia, su Coliseo, la arena donde la adrenalina impulsaba todos sus conocimientos y su astucia. Era aquí donde realmente cobraba vida, donde su energía

y su cerebro eran estimulados por el desafío de la ley; atacar sus cánones, dogmas, preceptos, su misma estructura, mientras solicitaba al jurado que aceptara su verdad. La jurisprudencia era sagrada para Vail, pero también creía que tenía que ser desafiada y retada constantemente si tenía que resistir.

La puerta de la sala se abrió y Goodman echó una ojeada dentro. Vail estaba perdido en su propio cosmos, evaluando a un jurado imaginario, formulando un razonamiento ingenioso. Vail pasó por delante de la tribuna vacía del jurado, deslizándolo un dedo por el pulido pasamanos que separaba a los doce escogidos del público de la sala, recordando frases de discursos pasados: «Señoras y señores del jurado, han oído los hechos...». ¿Los hechos? Llamarlos hechos o conjeturas o insinuaciones, circunstancias, mentiras, no importaba, todo se articulaba con un propósito, definir el delito y, con suerte, ayudar al jurado a separar la realidad de la ficción, la realidad de Vail, la ficción del fiscal. Y así, mientras especulaba sobre las pruebas del fiscal del distrito contra Aaron Stampler, conscientemente practicaba su deporte, igual que un corredor de fondo practica el ritmo de las zancadas, el cronometraje y la respiración.

Volvió a pensar en Aaron Stampler. ¿Podía ese muchacho reservado, casi montañés, haber cometido tal crimen? Stampler no encajaba en el molde. Era agudo y elocuente, pero también franco y sencillo. En él se apreciaba la naturalidad del chico originario de las montañas; sin embargo, no era ingenuo. Y parecía mostrarse extrañamente indiferente a las acusaciones en su contra. Stampler se daba cuenta con claridad de que se le acusaba de un delito absolutamente incalificable, pero no parecía que le preocupase, lo cual era una de las pruebas de inocencia de Vail: falta de miedo. En la mente de Aaron, no podía haber castigo alguno porque no había cometido ningún crimen; por lo tanto, era indiferente a cualquier amenaza.

¿Qué demonios pasó aquella noche?, se preguntaba Vail. ¿Era posible que sucediera tal como Stampler lo describió? Y si fue así, ¿cómo lo demostraría Vail?

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó Goodman.

Vail alzó la vista, sobresaltado por la intrusión, y se encogió de hombros.

—Un momento de oración —contestó—. Entra en la arena.

—He traído café —dijo Goodman, dejando tres tazas y tres bollos sobre la mesa junto al paquete del fiscal del distrito.

—Estupendo. Bébetelo un buen trago y siéntate antes de mirar las fotografías.

—¿Feas?

—Inventa una palabra peor.

Vail se sentó en la esquina de la mesa, mojando un bollo y bebiendo a sorbos el café, mirando cómo Goodman hojeaba lentamente el catálogo de salvajismo exclamando de vez en cuando «¡Vaya!» o «¡Dios mío!». Cuando Tommy acabó, se reclinó en la silla y respiró con un silbido silencioso hinchando sus mejillas.

—Cuando el jurado vea esto, Stampler es hombre muerto —vaticinó Goodman.

—Quizá sí, quizá no —respondió Vail.

—Son perjudiciales, son brutales. ¿Cómo diablos podrías hacer que funcionasen a nuestro favor?

—¿Crees que una persona en su sano juicio haría eso? —preguntó Vail.

—¿Vamos a alegar desequilibrio mental? —quiso saber Goodman.

—Si es todo lo que tenemos...

—Entonces supones que Stampfer es culpable —dijo Goodman.

—No necesariamente. Pero si no podemos demostrar que es inocente, el desequilibrio mental podría ser la única manera de evitar que le fríen.

—Así, ¿cómo le declararemos mañana?

—Inocente.

Tommy Goodman dirigió su Volkswagen abollado fuera de Crosstown Boulevard en dirección Lakeview y giró hacia la catedral. Al salir del ancho bulevar con sus hileras de árboles, vio Savior House a su derecha. Giró, cogió la calle Banner a medio camino del edificio del viejo instituto y aparcó. Permaneció sentado mirando la casa, con el motor en marcha. La calle estaba vacía, sólo había una pareja de adolescentes que estaban trabajando en un viejo Chevy que había aparcado sobre una zona de ladrillos de color ceniza media manzana más allá. Trataban de reparar el motor, descansando con frecuencia para calentarse las manos encima de un cubo de basura lleno de desperdicios que ardían.

Mientras permanecía allí sentado, fragmentos del pasado invadieron su memoria. Instituto Franklin Roosevelt. Día de la entrega del título del bachillerato, 1973. Había sido uno de aquellos «dichosos *hippies* de pelos largos» que el alcalde había condenado, negándose a darles el diploma si no se cortaban el pelo. Y así, treinta y dos de ellos habían asistido a toda la ceremonia con el bonete y la túnica, con el pelo recogido y metido debajo del birrete y con las manos sobre los labios, mientras un veterano sin piernas del Vietnam llamado Robbie DeHaviland, un antiguo alumno del instituto, había pronunciado el discurso de graduación.

A medio discurso y para la sorpresa de todos, DeHaviland había descargado repentinamente contra el alcalde, el director del instituto y contra casi toda la ciudad, el estado y el gobierno de Estados Unidos.

«¿Qué le ha pasado a la libertad en este país? —rugió con furia—. No dejé la mitad de mi cuerpo en ese vertedero abandonado de la mano de Dios para volver aquí y ver cómo los funcionarios elegidos por nosotros atropellan nuestros derechos de ciudadanos. ¿Qué ha pasado con la libertad de expresión? ¿Por qué demonios estamos luchando? Si odiáis esta guerra tanto como yo, ¡hablad claro! Y si dejar crecer el pelo hasta el culo es la manera de expresar vuestros sentimientos, entonces, yo os digo que os lo dejéis crecer. Vosotros que estáis a punto de obtener un título y de incorporaros al mundo de los adultos, hoy obtuvisteis el diploma. Pero si el alcalde o el director de este instituto no os lo dan, ¡os digo que deberían arrodillarse en el

cementerio de ex combatientes más cercano y comerse cada uno de los malditos títulos!».

La multitud enloqueció, y el director Joe Leady repartió todos los diplomas. Y cada estudiante rebelde, luego de haber subido a la tribuna, al recibir su diploma, se había quitado bruscamente el bonete, soltándose el pelo y lanzando el birrete al aire.

Dos de junio de 1973. ¡Vaya día más cojonudo!

Después, se enteraron de que DeHaviland estaba tan trompa cuando pronunció el discurso que no recordó lo que había dicho hasta el día siguiente. Nadie podía saber que el instituto se cerraría antes de que la guerra del Vietnam se terminara, víctima de la vejez y del descuido.

Goodman miró tristemente el maravilloso viejo edificio, ahora revestido de los luminosos colores del arco iris, con sus órganos vitales renovados, el campo donde había jugado a fútbol cubierto de hormigón. Otro de los grandes logros del arzobispo Rushman, recoger dinero para reformar el lugar y convertirlo en un internado para fugitivos y muchachos rehabilitados. Pero qué demonios, se tenía que reconocer el mérito de *El santo de Lakeview Drive* por llevar a cabo un proyecto tan magnífico.

Bueno, podía ser Savior House para el difunto y gran arzobispo Rushman, pero todavía era el Instituto Franklin Delano Roosevelt para él. Precisamente su instituto, por Dios, y nada cambiaría eso jamás.

Salió del coche, cruzó el patio, entró por la puerta trasera y fue paseando hasta el vestíbulo. El lugar parecía extrañamente deprimente y estéril. Ni gritos, ni peleas, ni muchachos que corrieran a clase. Los armarios habían desaparecido. Las antiguas puertas de cristal esmerilado habían sido sustituidas por otras. Las paredes habían sido derribadas para dejar espacio para hacer dormitorios y salas de recreo. El viejo laboratorio de física ahora era una sala para ver la televisión. Tampoco estaba la vitrina de los ganadores.

Todavía recordaba el orgullo que había sentido todas las mañanas cuando pasaba junto a ella, mirando siempre de reojo el trofeo que había vuelto a traer de las finales estatales de boxeo con el busto de bronce de John L. Sullivan por encima de la placa, en cuya base figuraba la inscripción: THOMAS GOODMAN, CAMPEÓN DE PESO WELTER DEL ESTADO, 1968-1969.

En su lugar había una primera página enmarcada del *Daily News*, en la que se veía a Rushman en mangas de camisa, alzando las manos y rodeado de chicos alegres, y con el pie de foto: «SAVIOR HOUSE SE CONVIERTE EN UNA REALIDAD».

Estaba con las manos en los bolsillos, mirando fijamente la pared, perdido en el tiempo, cuando una joven se acercó a él.

—¿Puedo ayudarle en algo? —se ofreció.

Se volvió y la miró. Quince, tal vez dieciséis años, una criaturita preciosa que empezaba a florecer y que llevaba el cabello recogido en una cola de caballo.

—Éste era mi instituto.

—No sabía que hubiese sido un instituto antes —contestó ella—. Supongo que nunca se me ocurrió que pudiera ser otra cosa antes de ser Savior House.

—Bueno, fue un gran instituto en su día —dijo Goodman—. Supongo que tenemos que dar gracias porque le encontraron una utilidad. Es mejor que demoler al viejo camarada.

—Nunca antes oí llamar a un instituto viejo camarada —se rió—. Entonces, ¿sólo está de visita o quiere ver a alguien?

—Supongo que necesito hablar con quienquiera que sea el que dirige esta casa.

—Las hermanas están en las vísperas, pero tal vez yo pueda ayudarle, soy una de las alumnas encargadas. Me llamo Maggie.

—Alumna encargada, ¿eh? —se rió entre dientes—. Bueno, está bien saber que algunas cosas nunca cambian. Maggie, ¿conoces a Aaron Stamper?

La pregunta la sorprendió. Dio un paso hacia atrás, se quedó con los pies juntos y de pronto, miró por encima de su hombro, como si creyera que alguien pudiera estar observándola furtivamente.

—Usted no es policía —dijo con recelo—. Ya han estado aquí.

El viejo Stenner, siempre en todo.

—No —explicó él—, trabajo para el abogado que va a defender a Aaron. Me gustaría hablar con algunos de sus amigos, saber cómo es en realidad.

—Bueno, todos lo conocíamos. Todos se conocen aquí.

—¿Lo conocíais?

—Oh, lo que quería decir es...

—Está bien —dijo, sonriendo—. Sé lo que querías decir. Todo esto ha sido un golpe terrible para todos.

—Aaron era un buen chico —aseguró, hablando en pasado—. Muy listo, sabe. Bastante callado. Se trasladó hace un par de meses, más o menos.

—¿Oh? ¿Adonde fue?

—Se juntó... esto..., se fue a vivir con Linda. En algún lugar de la parte oeste.

—¿Linda? ¿Linda qué?

—Nunca utilizamos los apellidos aquí, ¿de acuerdo? Es decir, ya no se estila preguntar el apellido.

—Gracias por decírmelo. No quisiera ser un carca.

La joven se volvió a reír y luego dijo:

—Bueno, vamos. Conocerá a algunos de la pandilla. Si no quieren hablar con usted, se irán, o le dirán que se vaya al cuerno.

No descubrió demasiado durante la media hora siguiente. Había unos veinte adolescentes en el comedor, todos ellos afirmaban que el crimen les había sorprendido. La opinión general fue que Aaron era inteligente y simpático. Tenía genio como todo el mundo. Le gustaba la buena música, el cine y tenía una novia que se llamaba Linda que se había ido a vivir con él cuando dejó Savior House. Goodman, utilizando una especie de taquigrafía singular que había desarrollado con

los años, tomó apuntes en un pequeño bloc de notas negro que se había convertido en su biblia:

¿Por qué se fue?
Todos se iban tarde o temprano.
¿Dónde estaba Linda ahora?
Nadie la ha visto desde el asesinato.
¿Creían que Stampfer mató al arzobispo?
Eso es lo que decían los periódicos.
¿Por qué lo hizo?
Nadie tenía ni idea.
¿Se llevaban bien el arzobispo y él?
Todos estaban de acuerdo en que Aaron era su favorito en esa comunidad de niños y adolescentes descarriados o sin hogar.
¿Quiénes eran sus mejores amigos?

En realidad no tenía amigos íntimos. Todos coincidieron en que era bastante solitario.

—Supongo que seguramente Billy Jordán es lo más parecido a un íntimo amigo suyo —dijo Maggie—. Él y los otros que eran monaguillos.

—¿Aaron era monaguillo?

—No exactamente —explicó uno de los chicos—. Era una especie de... ya sabe, estaba estudiando para serlo. Pero el arzobispo lo incluía con los otros de todos modos.

—¿Los otros?

—Los otros monaguillos —continuó el mismo chico, bajo y con la piel atormentada por el acné, mostrándose un poco celoso—. Era como un club privado, sabe. El arzobispo solía grabar las misas con una cámara y entonces las pasaba por la televisión para que vieran lo que hacían mal.

—¿Él también?

—¿Cómo dice?

—El tipo para el que trabajo también está chiflado por el vídeo. ¿Yo? Yo dependo de la libretita negra.

—Me temo que no le ayudamos demasiado —dijo Maggie—. Vuelva por la tarde. La mayoría de chicos estará aquí entonces. Quizás alguno de los otros sepa más cosas sobre él.

—Lo haré y pronto.

Cuando salió, se quedó en el patio durante un rato, encogiéndose contra el frío, recordando los geniales días de otoño en que jugaban a fútbol allí, pero sólo le vinieron a la memoria unos pocos nombres: Sean Fitzhugh y Solly Friedman y un chico antipático que se llamaba Donny no sé qué que solía escupir en la pelota cuando la cagaba. Goodman había pasado la adolescencia allí y ahora era un lugar para fugitivos, drogas y chicos rechazados por la familia, y a pesar de los colores alegres y la sensación de familia que daba, había una atmósfera de melancolía en el viejo camarada que le entristecía.

No vio la figura acurrucada que miraba con ojos temerosos desde una ventana del tercer piso del edificio mientras Goodman se marchaba del lugar de su juventud.

Jane Venable alzó la mirada con sorpresa cuando Vail salió del ascensor y entró en la oficina del fiscal del distrito, que parecía una casa de locos. Supuso que iba a ver a Yancey, pero se dio cuenta rápidamente, al abrirse paso hacia su cubículo de cristal, de que se dirigía hacia su despacho. Vail se quedó fuera, golpeó la jamba de la puerta de madera y ella le hizo una señal con la mano para que entrara.

—Dios mío —dijo ella—. ¿No hay ningún lugar sagrado?

—Sólo es una visita amistosa de cortesía, abogada.

—Ah, claro. ¿Dónde ha dejado los dardos envenenados?

—Pensé que podríamos ocuparnos de este caso de modo civilizado.

—Usted no sabe lo que es un modo civilizado, Vail.

Vail miró por la separación de cristal los numerosos escritorios atestados, las fotocopiadoras, los teléfonos, los archivos y la gente; la parafernalia de la justicia.

—Me anima ver cómo trabaja la burocracia —comentó Vail—. Tengo una persona que puede hacer en un día lo que esa multitud de ahí fuera tardaría una semana en estropear.

—Son muy buenos —dijo Venable en tono defensivo—. No nos dedicamos a alardear mucho aquí.

—No se dedican a alardear en absoluto.

—Estoy ocupada —suspiró—. ¿Y qué le trae a la guarida de los leones?

—La leona.

—Ajá. Deje que le diga algo, Vail: no me fío de usted. Me pongo nerviosa cuando está en el edificio, no digamos en mi despacho.

Vail se sentó en la esquina de su escritorio a falta de una invitación para sentarse y echó una ojeada a un montón de correspondencia.

—¿Qué quiere? —inquirió Jane Venable, quitándole violentamente los papeles de la mano y colocándolos al otro lado de la mesa—. ¿Sólo ha venido para agobiarme?

—Ahí tiene una mente perversa en acción —dijo—. Entro un momento para sentarnos y hablar un rato antes de la vista y ¿qué obtengo? Me maltrata verbalmente. Vine para asegurarme de que ambos sabemos cuáles son las reglas.

—Shoat establece las reglas.

—Bueno, siempre les resulta útil a las partes opuestas asegurarse de que todo está claro.

—Vamos, ¿qué es lo que quiere en realidad?

—Me metí en este caso ayer, ¿de acuerdo? Sólo creí que podíamos discutir el asunto.

Venable entornó los ojos, se reclinó en la silla y mordió la goma de su lápiz. Entonces asintió.

—De acuerdo, le diré cuáles son las reglas. No hay acuerdos. Ni alegato de desequilibrio mental. Ni cambio de jurisdicción ni reducción de sentencia por ninguna razón. Vamos a acabar con el muchacho. ¿Alguna pregunta?

—Eso parece cubrir el panorama.

Los ojos de Jane Venable brillaron cruelmente.

—¿Ha visto las fotografías? —preguntó, con tono dulce y casi coqueta.

—No son concluyentes para incriminar a Aaron Stampler, son... efectistas...

—¡Va de culo con esos argumentos!

—Su culo sí que es un bonito argumento...

—Son admisibles para el jurado —dijo con brusquedad, interrumpiéndole—. Muestran la nefanda naturaleza del crimen. La brutalidad...

—No utilice «nefanda» —le aconsejó, moviendo un dedo hacia ella—. La mitad del jurado no sabrá de lo que está hablando.

Jane Venable levantó las manos hacia él y puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, de acuerdo, ¿quiere luchar respecto a las fotografías? Muy bien. Lo haremos cuando llegue el momento.

—De hecho, las fotografías podrían proporcionar una buena base para declarar desequilibrio mental. Nadie en su sano juicio haría...

Venable le volvió a interrumpir.

—Hablé con Stampler durante una hora antes de que usted nos saliera al paso.

—¿Y realmente cree que lo hizo?

—Sé que lo hizo —dijo en tono burlón—. Está tan cuerdo como usted y yo.

—Lo cual no significa gran cosa. De todas maneras, podría haber sido temporal.

—No voy a discutir este caso con usted, Vail. Hasta que estemos en el tribunal y delante del juez, no lo haré, ¿entiende? Ni una palabra más. Tiene acceso a todo lo que sea de dominio publico. Aparte de eso, no le voy a decir ni una maldita palabra más.

—No he venido a fisgonear.

—No, tiene a esa hermosa dama de su oficina que se encarga de eso. ¿Cómo se llama?

—Naomi Chance.

—¿Dónde trabajaba antes de que usted la contratara, en la CIA?

—Quiere asegurarse de que tenemos todo lo que nos corresponde.

—No me atrevería a privarle de nada, abogado. De ningún modo dejaré que vaya a juicio y grite que soy mezquina.

—Shoat me dio cincuenta y ocho días para preparar este caso. ¿Cree que eso no es mezquino?

—Eso es entre usted y su señoría.

—¡Demonios!, probablemente tardaremos un mes sólo en escoger al jurado.

—Bueno, entonces, tardaremos sólo un mes. Hasta aquí llega, punto. Ya se lo he dicho, no hay tratos que valgan. Ni cambio de jurisdicción. ¡Ni nada de nada! Su

chaval es tan culpable como Judas.

—Jesucristo perdonó a Judas —dijo Vail, con una sonrisa.

—Desafortunadamente para usted, Shoat no es Jesucristo. El perdón no está en su lista de prioridades.

—O sea, que no va a hacer prisioneros, ¿no es eso? —preguntó.

—Un momento. ¿Cuándo metió entre rejas a un culpable?

—¿Va a jugar duro todo el tiempo?

Venable sonrió dulcemente.

—Nada de prisioneros —ronroneó.

Cuando Vail salió del despacho de Venable, se detuvo en uno de los escritorios de la oficina y marcó su número. El servicio de mensajes contestó. Era evidente que Naomi había salido para recolectar rumores.

—La señorita Chance le dejó un mensaje —dijo alegremente la operadora—. Dice: «El juez llamó. Nos consiguió un psiquiatra. Nombre: M. B. Arrington, llega mañana. Referencias muy buenas. Ha pasado los últimos tres años con lo que el juez llama sujetos de comportamiento aberrante. Hasta luego. Naomi». ¿Tiene sentido todo eso?

—Supongo —dijo Vail—. Gracias. —Y colgó.

Doctor M. B. Arrington, pensó para sí mismo. He ahí un bonito e inmaculado nombre americano. ¿Por qué el juez no podía haber encontrado a alguien que se llamara Steiner o Freudmetz, alguien que fuera alemán o vienés? Los tipos extranjeros siempre impresionaban a los jurados más que los psiquiatras del terruño.

Bueno, quizá —esperaba Vail— resultaría ser un viejo cascarrabias de pelo canoso, costumbres fijas y arrogante ante los fiscales con empuje. En el mejor de los casos el viejo doctor Arrington resistiría los ataques de aquella despiadada inquisidora Jane Venable.

Los desproporcionados buques cisterna y las pesadas barcazas cargadas de papel de envolver, madera de los bosques de Minnesota y Wisconsin, productos químicos, hierro en lingotes y carbón de Nueva York y Pensilvania, peleaban contra las ventiscas invernales y los chubascos de verano para entregar las mercancías en la zona de muelles y almacenes conocida como la Región. De hecho, la calle Región era una manzana separada del frente del lago, pero el ruido metálico y el bramido de las grúas y los cargadores elevadores al bajar al muelle la carga desde los compartimientos de los buques de vapor, creaban un estrépito constante día y noche. Era una comunidad ruidosa y esforzada de depósitos y tinglados, no el lugar donde uno escogería vivir.

En el extremo este de la Región, había cuatro almacenes de tres pisos de alto, que no se utilizaban como tales, descuidados como un parachoques entre las dársenas y la ciudad. Abandonados por sus propietarios y desatendidos por los bancos que habían

acabado por heredarlos, habían sido condenados por la ciudad hacía mucho tiempo. Pero los martillos de demolición y los bulldozers del progreso estaban ocupados en otra parte y así, estos horribles cuadrados de ladrillo sin carácter se habían convertido en pensiones de mala muerte para los indigentes sin techo. En el interior de las paredes sin ventanas de los edificios, que los vecinos llamaban «agujeros», muchos marginados erigían sus propios y peculiares domicilios, normalmente grandes cajones de embalaje de madera amontonados como si separaran habitaciones para formar apartamentos, a los que los habitantes llamaban *standers*. Los suelos de hormigón y las paredes de ladrillo los defendían del viento y la nieve, pero creaban un ambiente húmedo y glacial, pues cualquier calor que se pudiera imaginar dentro de estos muros subía a través de la perpetua oscuridad y se disipaba por los aleros. Como no había recogida de basuras ni higiene, los desoladores y mal ventilados agujeros olían a comida putrefacta, cuerpos sucios y heces. Como un eco a través de las cavidades sin aire, sonaban los ruidos de la miseria humana —toses, estornudos, arcadas— y las maldiciones de las almas solitarias y afligidas que desahogaban su cólera contra el hado que les había enviado a aquel repugnante manicomio. A Goodman le resultaba inimaginable cómo debía de ser aquello en verano.

Vagó por entre los racimos de *standers* con una linterna, esperando encontrar alguna pista del domicilio de Stampler. En el primero no tuvo suerte. Cuando entró en el segundo, mientras el resplandor de su linterna señalaba la oscuridad como un fino dedo luminoso, un hombre surgió de las sombras, asustándole. El haz de luz reveló un carcamal, decrepito y jorobado, cuyo rostro era un panorama de grietas y arrugas, con un mechón de barba gris enmascarándole la mandíbula y la mirada desfigurada por el fracaso y los maltratos que le había deparado la vida.

—¿Qué quiere? —inquirió su voz cascada por la edad, su respiración de común y fétido acuerdo con su entorno.

—Estoy buscando un *stander*.

—¿De quién?

—Se llama Aaron. Aaron Stampler. Un chico joven, de diecinueve, veinte. De aspecto agradable...

—¡Mierda!, lo conozco, lo sé... —dijo, acentuando «lo» cada vez que lo pronunció.

—¿Qué sabe de él? —inquirió Goodman, sorprendido al ver que reaccionaba a la defensiva.

—Mató a ese cura —dijo—. Todos lo saben. El *stander* lo han limpiado. Se llevaron su radio, sus mantas, todo. La voz corre deprisa en los agujeros. —Y su graznido tenía que pasar por risa.

—¿Cuál de ellos es? —preguntó Goodman—. Sólo quiero echar un vistazo.

—¿Es familia suya?

—Soy su tío —mintió Goodman.

—¡Y una mierda!

Goodman sacó un billete de cinco dólares y lo sostuvo bajo la luz de la linterna.

—¿Cuál es? —volvió a preguntar.

El repulsivo viejo vio el billete, sus labios se pusieron a temblar como si estuviera intentando tragarse algo que se le hubiese pegado en la garganta. Tendió la mano para alcanzarlo con dedos temblorosos en los que la suciedad estaba incrustada y que sobresalían de las puntas raídas de un ajado par de guantes. Goodman escondió el billete en el puño.

—Primero enséñemelo.

—¡Mierda!

El viejo se dirigió tambaleándose como un cangrejo entre montañas enanas de cacharros y cartón hacia un *stander* cerca de la parte posterior del agujero. Había sido construido con sábanas y paneles de madera y tenía sentido de la forma, cierta simetría, que demostraba que se había estructurado con cuidado. Había una endeble puerta destrozada y la cerradura yacía rota en el suelo del almacén.

—No tardaré mucho —afirmó Goodman.

—Mató a un cura —gruñó el desecho humano.

—Aquí tiene —dijo Goodman, poniéndole bruscamente el billete de cinco dólares en la mano—. Vaya a comprarse un Cadillac.

—Gilipollas —replicó el viejo, y desapareció en la oscuridad.

Goodman entró en el *stander*. Había sido saqueado. Ropa, mantas, colchones, velas y todos los elementos básicos para vivir en el agujero habían desaparecido. Se veía basura esparcida por todas partes. Lo poco que habían dejado los carroñeros. En realidad, el triste hogar de Aaron Stampler se componía de dos habitaciones. La segunda, construida con los embalajes de tres neveras, era como un armario. Había una clavija en lo alto de la pequeña habitación, evidentemente para colgar la ropa. Goodman dedujo que Aaron había construido aquella miserable vivienda con todo el orgullo posible. Por otra parte, era obvio que sólo había costado unos minutos limpiarla.

Goodman hizo que su linterna vagara por las paredes de la habitación principal y luego por el armario. Había media docena de libros de bolsillo esparcidos por el suelo; a quienquiera que hubiese limpiado el *stander* no le gustaba la lectura. Aborto, no se dio cuenta de la presencia de alguien a su espalda, un mero movimiento de aire en la oscuridad. Cuando Goodman empezó a leer los títulos de los libros, oyó un ruido, un paso sobre el hormigón, quizá, o una sutil respiración que alteró el silencio, y se volvió rápidamente. Al darse la vuelta, le golpearon en la mandíbula. Fue un golpe oblicuo, mal dirigido por la oscuridad y la repentina reacción de Goodman, pero le hizo perder el equilibrio y caer. Intentó levantar la linterna, pero una mano la golpeó y salió disparada, rodando por el *stander* hasta llegar a la pared, de manera que su luz iluminaba única y débilmente el cartón. Su agresor se abrió paso en la penumbra, recogiendo libros y tirándolos. Goodman se lanzó hacia el asaltante, cruzó la habitación, y consiguió rodear al agresor con los brazos. Goodman le dio la vuelta,

lo empujó y le pegó, pero en la oscuridad su puño no dio en el blanco. Primero, la figura oscura vaciló, luego se lanzó de cabeza hacia el diafragma de Goodman. La respiración de Goodman salió a presión cuando el hombre le golpeó el estómago. Los dos cayeron hacia atrás, se dieron contra una endeble pared del *stander*, la atravesaron y se estrellaron, adentrándose en las tinieblas del agujero. Goodman se quedó indeciso en la total oscuridad, alargó las manos al azar, desesperado, y agarró una oreja, palpó un pendiente que colgaba del lóbulo y, asiendo el cierre con los dedos, tiró de él. El agresor gritó de dolor y salió rodando. Goodman tenía los pies debajo de él y se puso en cuclillas con inseguridad. Estaba tan desorientado como un ciego; buscó con las manos la figura de su enemigo. Se irguió y se quedó muy quieto, esperando. Entonces oyó pasos que resonaban al alejarse y su adversario fue absorbido por la negra garganta del agujero.

Volvió a tientas al *stander* de Aaron, encontró la linterna y se miró la mano. En su palma, manchado de sangre, había un pendiente de plata en forma de lágrima, con un trocito de carne que había quedado prendido en el cierre. Recogió los libros de bolsillo y se dirigió hacia el mundo de los vivos.

El flamante sedán negro avanzaba lentamente entre el tráfico de la calle División y giró a la derecha al llegar a Courthouse Square. Una manzana más allá, una docena de miembros de la prensa andaban arrastrando los pies con impaciencia al pie de las escaleras del palacio de justicia, esperando que llegara el famoso preso. Había cuatro unidades móviles de televisión, incluida una de la CNN. Stampler estaba sentado en el asiento trasero, con las manos aprisionadas por un grueso cinturón de cuero y los pies encadenados con una cadena de treinta centímetros de largo. Llevaba un traje azul marino, una camisa blanca, una corbata color vino de cuadritos amarillos y zapatos que le venían grandes, problema que Aaron había solucionado metiendo papel de periódico en las puntas. A Vail se le permitió ir con él. Stampler estaba sentado en el medio, entre su abogado y un oficial de justicia de la ciudad. Delante había otros dos oficiales incluyendo el conductor.

—Vaya multitud has arrastrado, chico —dijo el oficial del asiento de atrás...

—Es un circo —sentenció desdeñosamente Martin Vail—. Bien, Aaron, esto es lo que va a pasar...

—Sé qué es una acusación, señor Vail. Significa que vamos al tribunal y el fiscal del estado presentará la acusación contra mí.

—Eso es. Te va a acusar de homicidio premeditado.

—Sí, señor.

—Eso quiere decir que solicitarán la pena de muerte.

—El guardia me lo dijo.

—¿Primero las buenas noticias, eh?

Aaron sonrió.

—Sí, eso parece.

—Quiero que entiendas que podíamos haber entrado por la puerta trasera para evitar el circo de delante del palacio de justicia. Pero ya es hora de que la prensa te eche un vistazo. Estoy seguro de que están esperando al Hombre Lobo o a Drácula. Les daremos una sorpresilla.

—Le doy las gracias por el traje, los zapatos y todo lo demás.

—Tuve que adivinar la talla de los pantalones.

—Son perfectos. Nunca tuve un traje tan bueno antes.

—Tienes muy buen aspecto, Aaron —dijo Vail—. Quiero que seas amable, pero no entres sonriendo como si acabases de comer un entrecot de veinte dólares. Te van a acosar, te pondrán micrófonos en la cara, te harán preguntas a gritos. No hagas caso, no digas nada. Ni una palabra. Te abriremos paso entre el circo.

—Sí, señor.

—No te pedirán que declares nada en la acusación. Si el juez te pregunta algo, yo contestaré.

—¿Y no le digo nada?

—Ni una palabra. Por lo que se refiere a esta vista, eres tan mudo como una pared.

Vail había pasado la tarde anterior en la biblioteca de la ciudad, buscando casos para justificar las peticiones que había pensado hacer en la acusación. Lina de las peticiones trataría de que se rechazaran las fotografías del juez de primera instancia, pues provocarían al jurado y encenderían una tormenta emocional entre sus miembros. Pero conociendo a Shoat, aquello seguramente era inútil. Mientras desayunaban, había explicado su estrategia al juez.

—Es tu estrategia, Martin —había respondido el juez.

—¿Qué demonios significa eso? —había preguntado Vail.

—Significa exactamente eso: es tu estrategia. No tengo ninguna intención de sugerir que alteres tu táctica en ningún aspecto.

—¿Pero tienes tus dudas?

—Como muy bien sabes, para cada problema hay una docena de soluciones. Una de las razones por las que te respeto es porque tomas tus decisiones instintivamente y las emprendes con pasión. Lo que asusta a tus adversarios y hasta cierto punto a algunos jueces, es que te presentas con la actitud de un lanzador de béisbol de la gran liga, lo conviertes en una competición y entonces eres indomable. Eres un guerrero que tiene una gran pasión por todas sus causas y el instinto para ganar, y eso, señor, es una combinación que infunde miedo. También resulta que eres un gran abogado. Así pues, si yo no estoy de acuerdo contigo de vez en cuando en según qué aspectos legales, nunca me dignaré a criticar tu estilo.

Con aquello, le había dado a Martin dos referencias inestimables, de valor incalculable, que formarían parte del plan de Vail. La estrategia y la táctica, ése era el modo en que Vail abordaba su trabajo. La estrategia era presentar al público un joven simpático, amable, y entonces plantear dos cuestiones: ¿podría haber hecho él una cosa así? Y si lo había hecho, ¿por qué? Su táctica no plantearía la cuestión de si Aaron era inocente o no, sino más bien si era o no culpable, y lo haría de un modo tan convincente que era de esperar que el prejuicio del jurado contra Aaron quedara anulado.

—Estoy seguro de que le darás motivos a Shoat para que sude la gota gorda —le había dicho el juez. Luego se había reído. Abridaba muy poco respeto por Harry *El Verdugo* y consideraba que era un político insensible que ocupaba un cargo que requería compasión, comprensión y empatía. El juez creía que uno debía ser un magistrado de la ley, no su verdugo.

—¿Conoce al juez? —preguntó Aaron, rompiendo el hilo del pensamiento de Martin.

—Oh sí, conozco al juez —dijo—. Y no te preocupes por él. El juez es como un guardia de tráfico: mantiene el orden y dispone lo que es y lo que no es permisible legalmente. Por el jurado es por quien tienes que preocuparte. Su trabajo es decidir

qué pruebas creer, qué testimonios son creíbles y lo más importante: si creen que eres culpable o no. En este momento, tu vida está en manos de doce personas, y ni siquiera se han elegido aún para esa tarea.

—Asusta bastante —dijo Aaron.

—No puede asustar más —concedió Vail.

Lograron subir las escaleras luchando entre la multitud de periodistas con su *mélange*^[6] de cachivaches electrónicos y a pilas —micrófonos, cámaras de televisión, grabadoras— y sus preguntas a veces necias, una de las cuales fue:

—¿Lo hizo?

«¿Lo hizo? —se dijo Vail a sí mismo con incredulidad—. ¿Quién demonios preguntó eso?».

Los tres oficiales despejaron el camino y Vail formó la retaguardia del grupo que protegía a Stampler, a la vez que entregaba su tarjeta de visita a todos los que se dirigían a él. Su nombre estaba estampado en relieve en la esquina de la izquierda, y en el centro se había imprimido la frase: «Sin comentarios». El circo los siguió, entrando en el palacio de justicia, y maniobró para conseguir asientos en una zona reservada para la prensa. Jack Connerman era uno de ellos. Se había quedado atrás y observado la histeria de sus iguales mientras Stampler y Vail entraban. Ahora estaba sentado al lado de E. J. Odum, un veterano especialmente cínico que cubría la información relativa al palacio de justicia para el *Tribune*. Connerman era un irlandés bajo y de cara roja con principios de curva de la felicidad. Había sido candidato para un premio Pulitzer hacía dos años y, al no ganarlo, había dejado su puesto de trabajo en el periódico para trabajar en la revista *City Magazine*, donde ganaba más dinero y podía escribir con más subjetividad. Tenía su propio séquito; sus artículos vendían revistas.

—¿Tú qué crees? —le preguntó a Odum.

—¡Mierda!, es una maldita acusación, por Dios, no la *Anatomía de un asesinato*. El fiscal va a acusarlo y Vail va a negar la acusación porque no tiene otra elección. ¿A qué viene armar tanto jaleo?

—Se trata de Vail, E. J. Con él nunca se sabe —dijo Connerman.

—Es una maldita acusación —repitió Odum.

Harry Shoat estaba en la puerta de su despacho mirando de soslayo a la multitud, esperando a que la sala estuviera llena antes de hacer su entrada. La noche anterior, Roy Shaughnessey le había invitado a cenar e impartido algunos sensatos consejos.

—Escucha, Harry, quieres llegar a ser juez del tribunal supremo, ¿no? Pues bien, tienes que ser un poco menos riguroso. Esa mierda de Harry *El Verdugo* está perjudicando tu imagen.

—¿Qué quieres que haga, contar chistes?

—Por Dios, no estoy diciendo que salgas con la cara negra y cantes *Mammy*. Sólo te estoy diciendo que lo de Harry *El Verdugo* está perjudicándote. Hemos cogido a Vail por los huevos, así que puedes permitirte ser... cortés.

—¿Cortés?

—Sí. —Silencio—. Cortés.

«¡Cortés!». Se trataba de una acusación. Un procedimiento rutinario. ¿En qué tenía que mostrarse cortés?

Alvin McCurdy, el alguacil, observaba la puerta. La sala estaba llena. Bueno, para ser justos, Vail había conseguido que la sala estuviera repleta de gente. Abrió la puerta y salió resueltamente.

—¡Levántense! —ordenó McCurdy, y pronunció con aire distraído la frase de rigor: «Atención, atención...», mientras Shoat se sentaba. En seguida empezó a arreglar su mesa con preciso orden: su cuaderno, dos lápices nuevos Ticonderoga, el termo del agua y el vaso, y su instrumento favorito, el mazo, sobre su pequeña base. También tenía una regla de acero inoxidable de treinta centímetros, que colocó exactamente paralela al cuaderno y a los dos lápices. Con un gesto característico, colocó las patillas de sus gafas bifocales sobre cada oreja y las ajustó en su sitio. Acabó este meticuloso ritual justo cuando el alguacil pronunciaba sus frases preliminares.

—Cite el primer caso —dijo el juez.

—El Estado contra Aaron Stampler.

—¿Están todos presentes? —preguntó Shoat.

—Sí, señor —respondió McCurdy.

Shoat miró por encima de sus gafas. Venable, como siempre, estaba estupenda. Llevaba un traje chaqueta gris oscuro y el cabello recogido en un moño. Vail vestía casi de cualquier modo. Llevaba una chaqueta de lana, pantalones vaqueros, zapatillas deportivas, una corbata inclasificable y tirantes de color rojo chillón.

—Veo, señor Vail, que todavía no ha ido al barbero desde nuestro último encuentro.

—Hice unas apuestas —contestó Vail con una sonrisa.

—En el mejor de los casos se las devolverán y se decidirá antes de que empiece el juicio. ¿Listo para proceder?

—Sí, señoría.

—¿Fiscal?

—Sí, señor juez. El estado acusa al preso, Aaron Stampler, del delito de homicidio premeditado que, a saber, el veintiséis de febrero de 1983, aproximadamente a las diez de la noche, cometió, en este condado y en esta ciudad, con premeditación e intención delictiva; un asesinato apuñalando al reverendo arzobispo Richard Rushman. Dicho lo cual, debido a la naturaleza del crimen, señoría, solicitamos que la libertad bajo fianza se deniegue.

—¿Cómo se declara su cliente, abogado? —preguntó Shoat a Vail.

—Señoría —dijo Vail—. Si le parece bien al tribunal, me gustaría presentar una petición para que mi cliente sea remitido al hospital mental del estado en Daisyland para evaluación psiquiátrica antes de que se haga ninguna acusación en su contra.

—Homicidio premeditado, señoría. Nada de fianza —replicó bruscamente Venable—. Tenemos pruebas irrefutables más que suficientes para justificar las acusaciones.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Shoat—. Desde luego, hay bastante provocación en este caso para una acusación de homicidio premeditado. Dependerá del jurado, por supuesto, evaluar la acusación. ¿Entiende las acusaciones que se hacen contra usted, señor Stampler?

El joven miró a Vail, quien dijo:

—Su señoría, mi cliente se niega a contestar porque su respuesta podría tender a incriminarlo.

Tanto el juez como Venable parecían perplejos.

—¿El acusado se acoge a la Quinta Enmienda para contestar la pregunta de si entiende o no las acusaciones? —preguntó Shoat, sorprendido.

—Sí, señor. Hasta que no tengamos un estudio psicológico completo, se negará a dar testimonio y a contestar cualquier pregunta que se le haga bajo la protección de la Quinta Enmienda.

—Bueno, ésa es una nueva —dijo Shoat, negando con la cabeza—. ¿Qué hay de la fianza? ¿Estoy en lo cierto al suponer que no solicita una fianza, señor Vail?

—Así es —corroboró Vail—. Sin embargo, por la excesiva publicidad que ya ha recibido mi cliente y la naturaleza del crimen del que se le está acusando, nos gustaría solicitar formalmente un cambio de jurisdicción en este momento.

—Denegado —contestó bruscamente Shoat, casi antes de que Vail acabara de hablar.

—¡Protesto!

—Se hará constar. ¿Algo más?

—Su señoría, el señor Stampler sufrió muchas horas de interrogatorio por parte de la policía y miembros de la oficina del fiscal del distrito antes de que se me asignara el caso. Creo que, por lo tanto, se le han negado sus derechos.

—¿Se le asesoró en sus derechos? —preguntó el juez Shoat a Venable.

—Sí, señoría —respondió—. Fue interrogado tres veces y las tres veces se le aplicó el método Miranda.

—¿Y renunció a sus derechos?

—Sí, señoría. Tenemos tres documentos firmados por el acusado aceptando hablar con los policías sin que ningún abogado estuviera presente.

—Todavía... —empezó Vail, pero Shoat le interrumpió.

—Señor Vail, parece ser que se le informó bien y que renunció a sus derechos. Si lo desea, podemos hacer prestar juramento a los policías encargados de la detención y que se verifique su testimonio...

—No es necesario, señor. Mi cliente no niega haber renunciado. Nuestra objeción consiste en que sufrió varias horas de interrogatorio antes de tener siquiera un abogado.

—Abogado, aceptó este caso la mañana después de que sucedieran los hechos...

—Y fue interrogado dos veces..., dos veces... antes de eso —dijo Vail, levantando dos dedos. Luego, se sentó en el borde de su mesa con los pies cruzados a la altura de los tobillos y cogió con los pulgares los tirantes de color rojo brillante.

Shoat suspiró.

—Creo que nos estamos entreteniendo en nimiedades, abogado. No veo que haya habido violación de derechos.

—La vida de un hombre está en juego, juez. Creo que merece la pena detenerse en unas cuantas nimiedades.

—Estoy seguro de que lo cree, señor. —Empezaba a notarse la exasperación de Shoat.

—Su señoría, tengo aquí los expedientes y las grabaciones de las entrevistas —dijo Venable—. Si no hay ningún inconveniente, nos gustaría presentarlas...

—¡Protesto, señoría! —exclamó Vail—. Propongo que todos los interrogatorios efectuados sin presencia de abogado se supriman.

—¿En qué se basa? —preguntó Shoat.

Vail cogió un libro y se dirigió del escritorio hacia el centro del estrado. Con una mano, sostuvo el grueso libro de precedentes legales abierto y se lo mostró al juez.

—Con su permiso, señor, llamaré la atención sobre «El Estado de Nebraska contra Flannery», Tribunal Supremo, volumen 43, página 685. El tribunal decidió —y se confirmó con una apelación— que a la señorita Flannery se le habían negado sus derechos aun cuando había renunciado porque solicitó un abogado en el momento de su detención y no se le asignó uno hasta después de un período de dieciocho horas, durante las cuales, por coacción, perdió el control en un interrogatorio y confesó haber cometido el delito. Los tribunales decidieron que los policías que investigaban el caso violaron el derecho de la acusada a una representación justa porque solicitó un abogado en el momento en que se le aplicó el método Miranda y deberían habérselo concedido antes de seguir con los interrogatorios.

«Argumentamos —prosiguió Vail— que una vez se solicita representación legal, no pueden tomarse medidas hasta que se haya contratado un abogado y esté presente. Si hubiese estado representando a Aaron Stampler cuando se realizaron esos interrogatorios, le habría aconsejado decididamente que se acogiera a la Quinta Enmienda. Entre otras cosas, creo que mi cliente no es consciente de lo que implica una acusación ante un tribunal, ni del alcance de las preguntas formuladas durante los interrogatorios, ni tampoco de sus respuestas; creo que eso lo podrá determinar el equipo psiquiátrico. A decir verdad, no hay nada incriminador en estos interrogatorios; de todos modos..., se trata estrictamente de una cuestión de principios.

—¡Oh, por favor! —dijo Venable contrariada—. ¿Principios? ¿Qué principios? Se le aplicó el método Miranda tres veces, se le asignó uno de los mejores abogados del estado...

—Vaya, muchas gracias, abogado —intervino Vail.

Venable lo miró airadamente y prosiguió:

—Y en esos interrogatorios, es evidente que Stampler entiende las acusaciones. Sabía...

Vail había vuelto a su mesa para coger una copia del expediente. Caminó de acá para allá, una mano sujetándose un tirante, la otra blandiendo el informe grapado.

—Señoría —volvió a interrumpirla Vail—, observará que mi cliente dijo ocho veces, incluso cuando acababan de detenerlo y posteriormente, que es inocente de haber cometido el crimen. Además, en la primera página de la transcripción de la fiscal, después de que el teniente Stenner le leyera sus derechos a mi cliente, vemos que tuvo lugar la siguiente conversación:

STENNER: ¿Tiene abogado?

STAMPLER: No, señor.

STENNER: ¿Quiere que el tribunal nombre a un abogado que le defienda gratuitamente?

STAMPLER: Sí, señor, serían muy amables.

»Ahí lo tiene, juez. Nebraska contra Flannery se aplica perfectamente. Tendrían que haberse parado ahí mismo hasta que Stampler hubiese tenido una debida representación.

—El acusado firmó tres, ¡tres! renuncias —insistió tenazmente Venable.

—Si sabía qué estaba firmando, señorita... —empezó Vail, pero Shoat levantó la mano. Miró a Jane Venable.

—Fiscal —dijo—, no tengo la intención de ofender a sus investigadores ni tampoco estoy insinuando que, de algún modo, violaran los derechos del acusado. Sin embargo, parece haber un precedente en este caso y creo que serviremos mejor a la justicia si usted y el señor Vail empiezan la carrera desde la misma línea de salida, por así decirlo. Así que voy a aceptar la protesta. Las transcripciones quedan suprimidas, señorita Venable.

—¡Protesto! —dijo con violencia Venable.

—Que conste —indicó Shoat al taquígrafo a la vez que inclinaba la cabeza afirmativamente—. ¿Algo más?

—Solicitaría que el tribunal trasladara a mi cliente a Daisyland durante el período antes del juicio, con el propósito de obtener una evaluación psiquiátrica completa del estado.

—Eso puede hacerse aquí, señorita —arguyó Venable—. No es necesario mandarlo a Daisyland. Está a dos horas en coche.

—De ahí deduzco que la acusación no tiene inconveniente en que se haga la evaluación psicológica —dijo Vail.

—Ninguno —repuso Venable—. Pero sí nos oponemos a que se traslade a Stampler a Daisyland.

—Ésa es otra razón por la cual solicitamos nueva ubicación, juez —contestó Vail—. Como ya sabe, este crimen ha tenido un amplio eco en los medios de comunicación. Para ser justo con el señor Stampler, creo que es necesario trasladarlo fuera de la ciudad, lejos de la luz de la publicidad. Como no podemos cambiar la jurisdicción, la mejor opción es aislarlo en Daisyland hasta el juicio.

—Bueno, señor —dijo el juez—, no creo que encerrarlo en Daisyland vaya a reducir la atención del público más que si se queda aquí. En cambio, si vamos a evaluar a su cliente, Daisyland parece un lugar apropiado para hacerlo.

—Nos gustaría tener más fácil acceso al acusado —dijo Venable.

—¿Por qué? —preguntó Vail—. No les va a decir nada a ustedes. Se acogerá a la Quinta Enmienda si le preguntan cómo se llama.

—¿Podemos reservar las disputas para el juicio, por favor? —propuso Shoat, intentando con todas sus fuerzas ser cortés.

—El estado se opone a trasladar al acusado a las instalaciones del estado —dijo Venable.

—Denegado, fiscal —rechazó Shoat—. No veo razón alguna para no trasladar a Stampler allí. Si quiere oír cómo se acoge a la Quinta Enmienda, puede conducir dos horas para hacerlo. El tribunal por ahora ordena que Aaron Stampler sea trasladado a la sección penitenciaria del hospital Daisyland del Estado, y que sea evaluado por su personal médico.

—También me gustaría solicitar que se nos diera, a mi personal y a mí, derechos ilimitados de visita —dijo Vail.

Shoat asintió con la cabeza.

—Sí, sí, señor Vail, depende de las normas del hospital, por supuesto —miró fijamente al abogado por encima de las gafas—. Supongo que no irá a verlo a las dos o a las tres de la madrugada.

—No señor —respondió Vail, sonriendo—. A no ser, claro está —añadió—, que se trate de una emergencia.

Shoat le miró ferozmente pero no pronunció palabra. Volvió a mirar su libro y hojeó las páginas.

—¿Algo más? —preguntó Shoat, insistiendo en el «más».

—Sí, señor.

—Oigámoslo, señor Vail —gruñó el juez Shoat.

—A la defensa le gustaría proponer en este momento la supresión de las fotografías hechas por el juez de primera instancia que estableció las causas de la defunción en el escenario del crimen.

Venable se volvió a levantar, pero Shoat, alzando la mano como si fuera un policía de tráfico, la detuvo antes de que pudiera hablar.

En el rincón de la prensa, Jack Connerman se rió. Se inclinó hacia Odum y dijo:

—Dios, Vail ha disparado toda su artillería pesada. Está sometiendo el caso a juicio en la jodida acusación.

—Va a poner a Shoat de mala leche —añadió Odum.

—¡Demonios! —exclamó Connerman—, ha hecho eso durante años.

—Perdone, señorita Venable —dijo Shoat—. Estoy seguro de que se opone a la moción sobre las fotografías. Dejemos que el señor Vail se explique. ¿Abogado?

—Las fotografías sólo encenderán de ira al jurado, su señoría —explicó Vail—. No negaremos que se cometió un asesinato, ni tampoco nos oponemos a la presentación de las conclusiones del juez de primera instancia e instrucción o al informe de la autopsia. Pero la presentación de estas fotografías impresionarían y a la vez predispondrían al jurado. Podríamos aceptar un plano a distancia para determinar la escena del crimen y sus circunstancias. Pero las fotografías en sí no tienen nada que ver con la culpabilidad o la inocencia de mi cliente.

Shoat miró a Venable esperando una respuesta.

—Señoría, esas fotografías identifican la nefanda —miró a Vail y sonrió afectadamente— naturaleza del crimen. No es sólo un caso de asesinato, se trata de un caso de mutilación, posible tortura, emasculación..., y todo ello integra la acusación del estado. El jurado tiene derecho a observar la brutalidad del crimen. Si el abogado defensor admite que el crimen tuvo lugar, no debería de oponerse a que se mostraran las fotografías oficiales del escenario y de la víctima.

—Repito, señoría, pasar doce horribles fotografías entre los sencillos hombres y mujeres del jurado sería morboso —dijo Vail—. Parece una especie de voyeurismo negro.

—Lo muestra tal como fue —afirmó terminantemente Venable—. Es parte esencial del crimen, señoría. La próxima vez se opondrá a que presentemos el arma del crimen.

—Yo no le daría ideas, abogado —le aconsejó Shoat, dibujando en su rostro lo que venía a ser una sonrisa burlona—. Respecto a las fotografías, señor Vail, consideraré su petición. Le agradecería su colaboración en esto. ¿Podría retirar la petición y volverla a presentar en el momento del juicio?

—Bueno, señor —dijo Vail—, nos gustaría saber su decisión antes de que el caso vaya ante el jurado.

—Comprendo —contemporizó Shoat, lanzando una mirada furiosa a Vail—. Haré lo que pueda, abogado. Entonces, ¿hay algo más? —añadió, volviendo a hacer hincapié en el «más».

—Su señoría —comenzó a exponer Vail—, me gustaría llamar su atención acerca de los *Informes de Georgia* de 1978, «El Estado contra Appleby», volumen 156, página 978, en que el tribunal decidió, y fue apoyado por el Tribunal Supremo del estado, que el señor Appleby fue indebidamente acusado por el delito de violación porque era retrasado mental y, por lo tanto, no entendió las acusaciones que se hicieron contra él. Afirmamos que al señor Stampler no se le puede acusar de ningún

delito hasta que el equipo psiquiátrico dictamine sobre su capacidad para entender las acusaciones.

—¿Oh, de veras? —protestó Venable—. ¿Qué quiere que hagamos, abogado, dejarlo marchar?

—No, estoy diciendo que voluntariamente iré a la sección penitenciaria del centro del estado con el fin de someterse a una evaluación psicológica. El equipo determinará si puede someterse a juicio.

—Juez... —empezó a decir Venable.

Vail se encogió de hombros.

—Los *Informes de Georgia*, juez. «El Estado contra Appleby» —insistió Vail.

Shoat leyó la sección que Vail había citado. Se quitó las gafas, se reclinó en su silla y mordió una varilla de las gafas.

—Bueno, tiene razón, abogado —concedió el juez, dirigiéndose a Venable con tono de resignación.

—¿Lo acepta de buen grado? —preguntó Venable refunfuñando.

—Comprendo su consternación, señorita Venable. Sugeriría que procediese a la elección del jurado y presentara una acusación lo más pronto posible para poder proceder judicialmente en caso de que se considere que el señor Stampler puede ser sometido a juicio. Entretanto, podemos continuar y fijar la fecha del juicio, el día veintiséis de abril —les sonrió a los dos—. Prontito.

—Su señoría —dijo Vail—, respetuosamente, solicitamos al tribunal como mínimo noventa días para preparar nuestra defensa.

—El martes, veintiséis de abril, a las nueve de la mañana, señor Vail. Tiempo suficiente.

—En ese caso, señoría, protestamos.

—¿Por qué? —inquirió Shoat.

—Por fijar la fecha del juicio.

—¿En qué se basa, señor? —estalló Shoat.

—Nos basamos, señoría, en que al señor Stampler todavía no se le ha acusado de ningún delito, de manera que usted no puede fijar una fecha para juzgarlo.

En la sección de la prensa, Connerman echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Genial.

Shoat miró a Vail con furia. Venable se levantó para replicar a la protesta, pero se dio cuenta de que Vail tenía razón. Difícilmente podía el juez disponer que se debía juzgar a alguien que no había sido acusado oficialmente de nada.

—¿Por qué no, sencillamente, le dejamos libre? —le dijo con brusquedad a Vail—. ¡Tal vez la próxima vez vaya a por un cardenal o incluso a por el Papa!

—¿Y por qué no a por un fiscal? Le haría un favor al mundo. —Vail le devolvió el disparo con una sonrisa.

Shoat perdió la paciencia. Cogió el extremo de la regla, la levantó y golpeó con

fuerza el otro extremo sobre el estrado. Tanto Venable como Vail se asustaron del estampido que produjo, sonó como el disparo de un revólver. El juez se levantó y se inclinó hacia los dos abogados.

—¡Ya basta! —gritó Shoat—. Si tienen algo que decir, se dirigirán al estrado, ¿queda perfectamente claro? Este juicio, si es que se celebra algún día, no se va a convertir en una pelea entre el perro y el gato. —Negó con la cabeza haciendo un gesto de enojo—. Por la presente, remito al señor Stampler a los agentes de policía del hospital del estado para que le hagan una evaluación psicológica completa. También ordeno que la oficina del fiscal del distrito presente un acta de procesamiento ante el gran jurado basándose en estas acusaciones. Cualquier información que el señor Stampler ofreciera antes de que el señor Vail fuera contratado como su abogado es inadmisibles para el jurado de acusación y para el tribunal. ¿Hay más preguntas? Bien. Alguacil, cite el siguiente caso.

Connerman se reclinó en el banco, estiró los brazos y negó con la cabeza.

—El hijo de puta lo ha hecho otra vez —dijo Connerman.

—¿Qué ha hecho? —preguntó E. J. Odum.

—Bueno, en este momento, el estado ni siquiera tiene la custodia de Stampler, la tiene el hospital del estado. Los interrogatorios se han invalidado, las fotografías probablemente también lo serán, a Stampler no se le ha acusado de nada y Shoat ni siquiera puede fijar la fecha del juicio hasta que Stampler sea evaluado, lo cual podría llevar dos semanas.

—¿Y? —dijo Odum, encogiéndose de hombros—. Vail obtiene sus noventa días. ¡Vaya cosa!

—Piensa en esto, E. J. Supon que los psiquiatras de Daisyland deciden que Stampler no puede ser sometido a juicio. Acabará en algún centro especial. Stampler se libra de la silla eléctrica, que es justo lo que quiere Vail.

—¿Y ahora qué pasa? —le preguntó Aaron a Vail mientras la prensa empezaba a abalanzarse sobre ellos.

—Hay que salir de aquí —sugirió Vail, dirigiéndose hacia el oficial, que escoltó a Aaron para salir de la sala. Vail se dirigió hacia Goodman, que estaba sentado detrás de él en la primera fila de la sala. Siguieron a Stampler y al oficial hasta la sala de espera.

—Aaron, éste es Tom Goodman, mi investigador. Trabaja en tu caso.

—Señor... —dijo el chico, y le estrechó la mano.

—Comprendes que te van a trasladar a Daisyland.

—Sí, señor.

—¿Has oído hablar de Daisyland?

—Es el manicomio.

—Bueno, son un poco más generosos que eso, Aaron. Le llaman el instituto de salud mental del estado. La cuestión es que allí estarás bien. Te atenderán bien. Y te tratarán como a un paciente antes que como a un preso.

—Bueno, supongo que suena bien, señor Vail.

—Confía en mí. Todo es parte del plan.

—¿Plan?

—No te preocupes. Me enteraré de cuándo te llevarán allí. Hablaremos un poco más antes de que te vayas. Va a venir nuestro propio psiquiatra. El doctor Arrington. Te hará un examen igual que los médicos del estado.

—¿Usted también viene?

—Puedes apostar —dijo Vail, y le guiñó el ojo de modo tranquilizador—. Antes de irnos, Tom quiere preguntarte algo. —Vail sacó la mano, enseñándole el pendiente en la palma.

—Aaron, ¿has visto alguna vez un pendiente como éste? —preguntó Goodman.

Aaron lo miró un momento y negó con la cabeza.

—¿Conoces a alguien que lleve pendientes como éste?

—No, señor. ¿De dónde lo sacó?

—Se lo arranqué de la oreja a alguien. En tu *stander*.

—¿En mi casa?

—Eso es. Se echó encima de mí cuando estaba inspeccionando el lugar. ¿Por qué querría atacarme? ¿Hay algo de valor escondido en el *stander*?

Aaron se encogió de hombros.

—Tenía una radio y algunos libros.

—Tengo los libros, pero cuando fui habían desvalijado tu *stander*. No quedaban demasiadas cosas.

—No había demasiadas —bromeó el muchacho con una sonrisa triste.

—Te guardaremos los libros —le aseguró Vail.

—No hace falta. Ya los leí. Era bonito tener libros, ¿sabe?

—Estoy seguro de que hay una biblioteca en Daisyland —dijo Vail—. Es de esperar que tengas tiempo libre.

El chico sonrió alegre e inocentemente.

—Eso me gusta, señor.

Dos días más tarde, Aaron Stampler fue acusado por el gran jurado de homicidio premeditado.

Vail estaba sentado en su escritorio y miraba con gesto desolado las fotografías del asesinato, que había clavado con alfileres en un tablero que estaba apoyado contra las estanterías de libros. Con una taza de café y fumando un cigarrillo, contemplaba el impacto visual de las fotografías. Estaba seguro de que Shoat decidiría en su contra, es decir, en contra de la petición de suprimir las fotos.

Y había otras preguntas que contestar. El móvil. ¿Qué móvil podía haber tenido Stampler para cometer aquel crimen, si es que en realidad lo había hecho? Quizás el viaje de Tommy a Kentucky aclararía muchos rincones oscuros.

Absorto en la contemplación, no vio el taxi que se acercó a la casa, ni tampoco la figura que llevaba dos maletas y una cartera debajo del brazo que se apresuraba hacia la casa. El timbre le asustó, pero antes de levantarse, oyó cómo la puerta principal se abría y cerraba, y una mujer apareció en la puerta del despacho. Estaba envuelta en un gabán negro y llevaba orejeras. Era una mujer de aspecto simpático que aparentaba cerca de los treinta, con la cara roja por el frío. Se quitó las orejeras.

—¿Señor Vail? —dijo con voz tímida.

—¿Sí?

—Me llamo Molly Arrington.

No pareció surtir efecto.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó Martin, echándole un vistazo a su reloj de pulsera.

La joven parecía un poco desconcertada.

—El juez Spalding mandó a buscarme —aclaró—. Soy la doctora Molly Arrington de la clínica Justine.

Vail se quedó atónito. La mujer permaneció de pie en la entrada con una expresión un tanto aturdida.

—Suponía que le había dicho que iba a venir —dijo, casi con reserva.

—Por supuesto —confirmó Vail—. Yo... esto... supongo que no la esperaba tan tarde. —Se levantó de un salto y sonrió—. Quítese el abrigo y pase un rato.

Se quitó el abrigo para revelar una mujercita, quizá de metro cincuenta y dos, como máximo, que se movió delicadamente mientras colgaba el abrigo en el perchero y, con las dos manos, se estiraba la falda arrugada de un traje chaqueta de color gris marengo.

—Lo siento, es tarde —se excusó con timidez—. El autobús llegó a Indianápolis con casi una hora de retraso. Perdí el avión.

—¿El autobús?

—Es la única manera de ir a cualquier sitio desde Winthrop, en Indiana. Allí es donde está la clínica Justine. Supongo que nunca habrá oído hablar de ella.

Tenía la piel impecable, preciosa, los ojos de color azul brillante, y el cabello corto, de color castaño ceniza, le caía justo encima de los hombros. Tenía la voz tan suave que apenas parecía algo más que un suspiro.

—No, pero eso no significa nada —dijo Vail—. No sé demasiado sobre psiquiatría.

—Estamos iguales. Yo no sé nada de leyes.

«Genial —pensó—. Una *amateur* tímida, lo que nos faltaba».

—Todo esto ha pasado tan deprisa que no pensé en un lugar donde alojarme —explicó; todavía se notaba turbación en su tono de voz—. Cuando el juez Spalding llamó y dijo que era urgente, el equipo de la clínica se reunió de inmediato para aprobar mi excedencia. Oh, no supuso ningún problema. En realidad, les atrajo bastante la idea. Será una buena experiencia...

—Bueno, en realidad, yo necesitaba... —empezó a explicar Vail, pero se detuvo a mitad de la frase.

—¿Alguien con más experiencia? —quiso saber la joven.

Vail se sintió avergonzado y lo demostró. Se levantó, fue hasta la cafetera y sacó dos tazas del armario.

—Volvamos a empezar, ¿de acuerdo? ¿Le apetece una taza de café? Recién hecho. ¿O prefiere algo más fuerte?

—Café, gracias —contestó ella.

—Se trata de un caso difícil. ¿Le parece bien si la llamo Molly? Me llamo Martin o Marty, como usted prefiera —dijo mientras servía el café.

—Puede llamarme Molly. Y siento no tener experiencia en los tribunales.

—¡Demonios!, hace casi diez años que me dedico al ejercicio privado, antes

estuve dos años en el ejército —dijo Vail—. En todo este tiempo, nunca he tenido que tratar con un psiquiatra. Nunca en mi vida tuve que llevar un caso que implicara trastornos mentales como éste. Le haré un trato. Usted me enseña acerca de locos y yo le enseñaré el funcionamiento de las leyes.

Le ofreció el café. Y aunque era muy tímida, hablaba con franqueza y determinación.

—Bueno, comprendo que quiera trabajar con otra persona. Sinceramente, nunca he pisado un juzgado. Pero sé bastante acerca de comportamientos anómalos, señor Vail. Soy psicóloga, psiquiatra y epidemióloga. He trabajado en más de cien casos de personas con trastornos mentales. A propósito, preferiría que evitara referirse a ellos como locos.

—Muy bien. ¿Cómo les llamamos?

—Trastornados mentales, perturbados...

—¿Hay una sola palabra que cubra esa descripción?

Lo miró fijamente durante dos o tres segundos, bebió un sorbo de café y dijo:

—¿Qué tal «chiflados»?

Vail le devolvió la mirada, no estaba seguro de si lo decía en serio o no, y entonces, incapaz de contenerse, se echó a reír sin disimulos. Ella también se puso a reír, aunque menos ruidosamente.

—No debí decir eso —dijo entre dientes.

—Molly, en presencia del juez, de mi ayudante, Naomi Chance, de nuestro investigador, Tom Goodman, y de mí, puede decir lo que quiera sobre quien sea o lo que sea a cualquier hora. Así es como funcionamos. Creo que la pregunta es: ¿quiere trabajar con nosotros? Se trata de un asunto bastante feo.

—Los artículos que leí en los periódicos no aportaban demasiada información.

—Los policías están siendo reservados. También el fiscal. Tienen la intención de freír al chico, es decir, condenarlo a la silla eléctrica, a menos que podamos detenerlos.

—¿Cómo es de fuerte? —preguntó.

Vail no respondió. En vez de eso, se dirigió a su escritorio y ladeó la lámpara para iluminar el tablero de fotografías. Su reacción fue poco emotiva, lo cual sorprendió a Vail. Echó un vistazo a distancia al tablero un momento, después se acercó, se arrodilló y estudió las fotografías, una por una.

—Si el jurado las ve, lo van a cocinar, y perdón por la expresión —dijo Vail.

—Las fotografías dicen mucho —afirmó ella, volviéndose a poner de pie, pero no explicó su análisis superficial y Vail no preguntó—. ¿Cuándo podré conocerle? —quiso saber.

—Hoy fue trasladado al hospital Daisyland. Me gustaría que fuera allí mañana. Cuanto antes empiece a trabajar, mejor. No tenemos demasiado tiempo.

—¿Cuánto?

—Menos de dos meses.

La doctora cerró los ojos y dejó escapar un silbido mudo.

—Me he pasado dos meses intentando que un paciente me dijera buenos días —dijo con una triste sonrisa.

—Oh, él le dirá buenos días. Ésa es nuestra más ínfima preocupación.

Vail se sentó ante su escritorio, reclinándose en la silla y estirándose hacia atrás de manera que las puntas de sus pies apenas tocaban el suelo.

—¿Le gustaría conocerlo ahora mismo?

—¿Ahora?

—Grabé en vídeo una entrevista con él esta tarde —dijo, y señaló el televisor—. Podemos verla si no está demasiado cansada.

—¡Hummm...! —masculló un poco nerviosa—. Verá, tengo las maletas aquí. Salí tan aprisa que no reservé alojamiento en ningún hotel. Creo que será mejor que llame a un hotel del centro...

—Bueno, puede hacer eso —dijo sin darle importancia, y manteniendo su postura—. O... puede quedarse aquí. Tengo dos habitaciones de invitados arriba. A elegir. Las dos tienen baño y pueden cerrarse por dentro. La cocina está abajo y la cafetera siempre está a punto. Ya nos preocuparemos de encontrarle alojamiento por la mañana.

—Odio tener que molestarle...

—No me molesta en absoluto.

—Bueno —dijo en voz baja—, sería espléndido.

—Vamos, le subiré las maletas. Estoy seguro de que está agotada. Podemos ver el vídeo mañana.

—No. Me lavaré la cara y me pondré las zapatillas. Me gustaría ver la película. Y, esto..., ¿tendría tal vez un poquito de whisky?

—Necesitamos un móvil —dijo Vail—. Eso es algo en lo que me gustaría que trabajase antes de que ellos lo hagan. Es de esperar que no encuentren ninguno. Si no lo encuentran, tenemos el principio de una defensa de desequilibrio mental. Si lo hacen, entonces tendremos problemas. Así pues, primero, antes que nada, me gustaría que descubriera si Aaron tenía motivos para matar al arzobispo Rushman, si es que lo mató.

Se sentó muy erguida en una silla, con los pies en el suelo y bebió un sorbito de whisky.

—¿Cree que lo hizo? —preguntó.

—Sí —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—¿Y aun así le defiende?

—Primer mandamiento, Molly: el acusado es inocente hasta que se demuestre que es culpable. Que se demuestre que es culpable —repitió—. No es lo que yo creo o lo que usted crea: lo que el jurado crea. En mi interior, por supuesto, no funciono

así. Al principio, siempre supongo que mi cliente es culpable.

—¿Por qué?

—Porque así es como llegan a mí.

—Eso es muy cínico.

Vail negó con la cabeza.

—Práctico —le corrigió—. Si puedo demostrarme a mí mismo satisfactoriamente que Aaron Stampler no mató al arzobispo, entonces puedo convencer al tribunal.

—¿Y si no puede?

Se encogió de hombros.

—Todos suponen que Stampler es culpable. Así que mi trabajo, nuestro trabajo, es refutar la acusación del fiscal, lo cual significa que tengo que prever cómo va a ser su acusación... y poner a prueba la mía al mismo tiempo. Ahí es donde usted entra en juego.

—No entiendo.

—La oficina del fiscal del distrito va a ser muy dura en este caso y el fiscal es una verdadera barracuda.

—¿Cómo se llama?

—Jane Venable. Es muy buena. Y tiene un motivo personal. Le gané en un caso hace un par de años, o sea que va a disparar a matar. Al juez no le gusto. La ciudad, el condado y el estado, todos quieren ver mi pellejo clavado en la puerta del palacio de justicia.

—Lo sé. Leí el artículo sobre usted en el *City Magazine*.

Vail sonrió.

—No se crea todo lo que lea.

—Creí que era muy halagador, profesionalmente, quiero decir. No revelaba demasiado sobre usted como persona.

—Lo prefiero así.

—¿Por qué?

Se quedó pensativo durante un instante, preguntándose si ella ya estaba empezando a psicoanalizarlo.

—Me gusta mantener el centro de atención en el cliente y en los hechos.

—Algo muy difícil de hacer. Es usted tan... extravagante.

—¿Extravagante?

Pareció un poco avergonzada cuando Vail cuestionó el uso de aquella palabra.

—Bueno, el artículo le hace parecer así.

—Es mejor ser algo. Toda la gente de la ciudad no sólo da por sentado que Aaron es culpable, sino que quiere ver cómo lo electrocutan. De otra manera...

—¿Cree que pasará? —preguntó—. Quiero decir, ¿que lo ejecutarán?

—Claro. Lo que queremos nosotros es que se haga justicia, lo que quiere el público es venganza. Cuando se acusa a una persona de un delito, especialmente de un delito capital, y uno mira al otro lado de la sala (nunca se sabe dónde se sienta el

fiscal), siempre se encuentra la mujer de la víctima, la novia, la madre, el padre, la hermana, el hermano, justo detrás de él, exigiendo el bíblico y viejo ojo por ojo. Una sala de tribunal es como un foso de leones romano. Nuestro trabajo es mantener al acusado fuera del foso.

—¿Así es como ve a sus clientes, como sacrificios humanos?

—Molly, conozco muy bien el funcionamiento de la ley. Soy bueno en ello, pero sobre todo soy pragmático.

—Y agresivo...

—¡Exactamente!

—Resuelto...

—Yo lo llamo centrado.

—Cínico...

—Eso es completamente esencial. No se crea a nadie, no se crea nada. No crea lo que ve, lo que oye, lo que lee. Y por Dios, no confíe ni en un alma.

—Todo parece... no sé, tan...

—Indigno es una buena palabra —la interrumpió. Su tono era muy natural, casi despreocupado—. La ley es indigna. El asesinato es indigno. Los robos, las violaciones, las agresiones, los desfalcos, los divorcios, todos son asuntos indignos. Acostúmbrase a ellos. No intente convertirlos en una ciencia. No busque ética, sólo dé las gracias cuando la encuentre. No busque la justicia, sólo ruegue para obtenerla en una pequeña medida. —Añadió whisky al café—. De lo que se trata es de que uno está luchando por la vida de un hombre cuando la mitad del jurado está dando cabezadas y el juez está soñando despierto que dará dos golpes bajo par al final del día, y la única persona que está escuchando es su cliente. Es como una pelea en los barrios bajos. No lo exalte para convertirlo en algo noble. Deje que los escritores se ocupen de eso.

—Creo que tengo mucho que aprender.

—Usted preocúpese de Aaron —dijo Vail con una sonrisa tranquilizadora—. Deje que yo me preocupe del juez y del jurado. Para los tribunales, los delitos se dividen en dos categorías, *malum in se* y *malum prohibitum*. La más seria es *malum in se*, que significa «malo en sí mismo». Intrínsecamente perverso. El homicidio. La violación. La mutilación criminal. *Malum prohibitum* es casi todo lo demás, desde el robo hasta la malversación. —Paseó por delante del tablero de fotografías—. Lo que tenemos aquí, doctora, es el máximo *malum in se*. —Señaló las fotografías—. El estado solicitará el castigo que mejor encaje con el crimen.

—La silla eléctrica —apuntó ella.

Vail asintió.

—No harán prisioneros, como dicen ellos. A no ser que podamos demostrar que es inocente, o que estaba más loco que una cabra cuando lo hizo, la gente obtendrá su gran recompensa.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea inocente?

—El dice que lo es.

—¿Dice que no mató al arzobispo?

—¿Por qué no dejamos que se lo diga él? —dijo Vail, deslizando la cinta de vídeo dentro del aparato—. Es una pequeña entrevista. Se estaban preparando para trasladarlo a Daisyland. A propósito, suelo grabar en vídeo todas las entrevistas y quiero que usted haga lo mismo. Se sorprenderá de lo que se aprende al ver las cintas.

—He trabajado en algunas ocasiones con el vídeo. Lo utilizamos hasta cierto punto.

—Eso está bien. El equipo es ligero, fácil de manejar. Esto fue grabado en la cárcel de la ciudad, hoy, a eso del mediodía. No es demasiado, pero por lo menos le presentaré a su paciente.

Pulsó el botón. Era un plano de Aaron de cintura para arriba, sentado en una cama en la celda de la cárcel. Estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas. Vail no se veía; sólo se oía su voz.

VAIL: Dime tu nombre completo, Aaron.

STAMPLER: Aaron Luke Stampler.

VAIL: ¿De dónde eres?

STAMPLER: De Crikside, Kentucky.

VAIL: ¿Cuánto tiempo hace que vives en la ciudad?

STAMPLER: Hace dos años. Vine en marzo de 1981.

VAIL: ¿A qué escuela fuiste?

STAMPLER: A la escuela de Crikside hasta la edad de ir al instituto. Entonces, fui al instituto de Lordsville, que está a unos treinta kilómetros poco más o menos de Crikside.

VAIL: ¿Todavía viven tus padres?

STAMPLER: No, señor. Papá murió de cáncer de pulmón hace unos cuatro años. Mamá murió el año pasado. Mi hermano, Samuel, murió en un accidente de coche.

VAIL: ¿Tienes otros parientes cercanos?

STAMPLER: No, señor.

VAIL: ¿Acabaste el instituto?

STAMPLER: Sí, señor.

VAIL: ¿Qué notas sacabas?

STAMPLER (*Con orgullo*): Era un estudiante de sobresaliente excepto en matemáticas. Nunca me gustaron las matemáticas, pero las aprobaba.

VAIL: ¿Cuándo conociste al arzobispo Rushman?

STAMPLER: Cuando vine a la ciudad. Conocía a un chico llamado Billy Jordán y me llevó a Savior House. Ahí es donde conocí al arzobispo Rushman.

VAIL: ¿Y erais amigos? Quiero decir, ¿el arzobispo Rushman era amable contigo?

STAMPLER: Sí, señor. Me llevó a su casa, me dejaba hacer trabajos de vez en cuando en la iglesia para ganar algún dinero. También me ayudó a empezar a estudiar en la universidad.

VAIL: ¿Asistías a clase?

STAMPLER: No, estudiaba por correo.

VAIL: ¿Qué estabas estudiando?

STAMPLER: Ya sabe, cursos de iniciación.

VAIL: Como los cursos de primer año de carrera. ¿Inglés y asignaturas como ésa?

(*Stamplер asiente con la cabeza varias veces*).

VAIL: ¿Cuándo empezaste a estudiar estos cursos?

STAMPLER: El pasado otoño. El arzobispo dijo que era una lástima que no continuara los estudios.

VAIL: ¿Te gusta estudiar?

STAMPLER: Sí, señor. Aprender es mi deporte favorito. Claro que mi acento hace que los chicos se rían de mí.

VAIL: ¿Es por eso por lo que estudias por correo?

STAMPLER: No, señor..., es más barato. Y siempre he tenido que trabajar en algo. Así que no podía ir a la universidad.

VAIL: ¿Qué clase de trabajos?

STAMPLER: En este momento estoy trabajando en la biblioteca, limpiando y eso. Bueno, estaba, hasta que pasó esto.

VAIL: Aaron, ¿el arzobispo Rushman y tú teníais algún problema, personal o de otro tipo?

STAMPLER: No, señor. Quería que me uniera a la iglesia y yo estaba estudiando para hacerlo. Veía los vídeos de las misas, los monaguillos y eso.

VAIL: ¿No eres un poco mayor para ser monaguillo?

STAMPLER: Era una buena manera de aprender. Sobre la iglesia, quiero decir.

VAIL: ¿Hablabas de ello con el arzobispo?

STAMPLER: Sí, señor. Y leía libros. El arzobispo me dejaba que tomara prestados sus libros siempre que quería.

VAIL: ¿Qué libros?

STAMPLER: Todos. Cualquiera que quisiera tomar prestado. Leo de todo.

VAIL: Pero estas charlas con el arzobispo no eran discusiones violentas, ¿verdad? Es decir, ¿eran charlas amistosas?

STAMPLER (*Asintiendo con la cabeza*): Sí señor. Hablábamos de los distintos modos en que la gente vive.

VAIL: ¿Así que no te educaron en el catolicismo?

STAMPLER: No, señor.

VAIL: ¿Ibas a la iglesia?

STAMPLER (*Duda y aparta la mirada*): Sí, señor. Iba a la Iglesia de Jesucristo y de la Penitencia Eterna.

VAIL: ¿Ése era el nombre de la iglesia? Me parece que no lo he oído antes.

STAMPLER: Sólo era un pastor local, señor Vail.

VAIL: Así que, en resumen, el arzobispo Rushman te alentó a estudiar por correo; te permitió vivir en Savior House, te ayudó a encontrar trabajo y hablaba contigo de convertirte en católico e incluso tal vez en monaguillo. ¿Es así como fue?

STAMPLER (*Asintiendo con la cabeza varias veces*): Sí, señor.

VAIL: ¿Y Vosotros dos nunca tuvisteis una riña o una discusión seria?

STAMPLER: No, señor.

VAIL: ¿Ni siquiera cuando te fuiste de Savior House?

STAMPLER: No, señor. Comprendió que había llegado el momento.

VAIL: Aaron, ¿entiendes por qué estás aquí?

STAMPLER: Sí, señor, dicen que maté al arzobispo Richard.

VAIL: ¿Sabes qué va a pasar ahora?

STAMPLER: Sí, señor. Me van a llevar a Daisylaod y van a decidir si estoy loco o no antes de someterme a juicio.

VAIL: ¿Y entiendes lo serio que es todo esto?

STAMPLER: Por supuesto. Quieren ejecutarme.

VAIL: Cuéntame qué pasó la noche que mataron al arzobispo. Estabas en su casa, ¿verdad?

STAMPLER: Sí, señor. Los monaguillos subieron. Vimos una cinta de vídeo. Entonces tomamos unos refrescos y unas galletas, y hablamos, ya sabe, de ser católico.

VAIL: ¿A qué hora fue eso?

STAMPLER: Bueno, no puedo estar seguro porque no tengo reloj. Me parece que subimos hacia... las ocho o así. Estuvimos allí una hora y media. Así que creo que nos fuimos a eso de las nueve y media.

VAIL: ¿Y quiénes erais todos los que estabais allí, Aaron?

STAMPLER: Peter, John, Billy, Sid y yo. Y el arzobispo.

VAIL: ¿Todos viven en Savior House?

STAMPLER: Excepto Billy y yo.

VAIL: ¿Cuáles son sus apellidos?

STAMPLER: No se utilizan los apellidos en la casa, señor Vail.

VAIL: ¿No sabes cómo se apellidan?

STAMPLER (*Negando con la cabeza*): Salvo Billy Jordán.

VAIL: ¿Dónde vive?

STAMPLER: Tiene un stander en los agujeros, como yo.

VAIL: Muy bien, así pues, saliste de casa del arzobispo alrededor de las nueve y media. ¿Por qué volviste?

STAMPLER: No lo hice. Bajé al despacho para coger un libro.

VAIL: ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

STAMPLER (*Dudando*): Yo... esto, no estoy muy seguro.

VAIL: ¿Por qué no estás seguro?

STAMPLER (*Mostrándose incómodo, inquietándose*): Porque... no lo recuerdo, como no tengo reloj... Estaba leyendo, leía el *Almanaque del Buen Ricardo*, de Benjamin Franklin. Y oí algo arriba, así que salí hacia las escaleras y llamé, pero no me contestó nadie. Subí, llamando al arzobispo. Cuando llegué a su puerta, oí el equipo estereofónico que estaba muy alto. O sea que llamé a la puerta y se abrió y... y...

VAIL: ¿Y qué?

STAMPLER: No lo recuerdo.

VAIL: ¿No recuerdas qué pasó después?

STAMPLER: Lo siguiente que recuerdo es que estaba allí y tenía el cuchillo en la mano y el anillo... y... y el arzobispo estaba allí..., había sangre por todas partes y yo también estaba manchado y el arzobispo estaba en... el suelo... sangrando muchísimo.

VAIL: ¿Entonces qué hiciste?

STAMPLER: Supongo... supongo que me entró el pánico y eché a correr, sólo que había alguien abajo, así que salí corriendo por la cocina y había un coche de policía que venía por el callejón, por eso me volví a meter dentro, en la iglesia y... esto...

VAIL: ¿Entonces fue cuando te escondiste en el confesionario?

(*Stampler asiente con la cabeza repetidamente*).

VAIL: Y eso es todo lo que recuerdas.

STAMPLER: Se lo juro, señor Vail, eso es todo lo que recuerdo.

VAIL: ¿Por qué no tiraste el cuchillo y llamaste a la policía?

STAMPLER: Porque estaba asustado, creo. Estaba muy asustado. Y el arzobispo estaba descuartizado..., no sé por qué. Sólo corrí.

VAIL: Aaron, ¿quién más había en la habitación cuando volviste a subir?

STAMPLER (*Baja los ojos y niega con la cabeza*): No lo sé.

VAIL: La última vez que hablamos me dijiste que tenías miedo de esa persona.

STAMPLER: Sí, señor.

VAIL: ¿Pero no me vas a decir quién es?

STAMPLER: No lo sé.

VAIL: ¿No sabes quién era?

(*Stampller niega con la cabeza*).

VAIL: ¿Pero tienes miedo de él?

STAMPLER (*Levantando los ojos*): ¿Y usted no lo tendría, señor Vail?

Vail paró la cinta y la sacó.

—Ahí lo tiene, doctora. Ése es el joven que afirman que hizo eso. —Señaló las fotografías.

Molly se movió un poco en su silla. Dejó el vaso de whisky vacío en la esquina del escritorio de Vail, pero no dijo nada.

—Una pregunta —dijo Vail—. ¿Es posible que su historia sea cierta? Quiero decir, ¿pudo haber sucedido de ese modo?

Molly miró fijamente las fotografías durante un prolongado instante y asintió.

—Sí. Podría haberse sumido en un estado de fuga durante tres o cuatro minutos.

—¿Qué es un estado de fuga?

—Es amnesia temporal. Un epiléptico que sufre un ataque entra en estado de fuga. Un borracho que no puede recordar lo que hizo la noche anterior, tuvo lo que se llama una fuga provocada químicamente. En este caso, a Aaron le podría haber sorprendido tanto lo que vio que se refugió en un estado de fuga.

—¿Cuánto dura normalmente?

—Por lo general un período de tiempo bastante corto. Unos cinco minutos sería lo normal, diría yo. Pero conozco casos de sujetos que han sufrido un estado de fuga hasta de seis meses.

—¡Seis meses!

—Sí. Es una manifestación de ciertos tipos de trastornos de la personalidad. Podría seguir hablando de esto durante horas.

—A su debido tiempo. El caso es que ¿está diciéndome que Aaron Stampller podría estar diciendo la verdad?

—Perfectamente.

Goodman paró el coche en lo alto de la colina, salió y miró a su alrededor. Delante de él, la carretera bajaba bruscamente entre muros de pinos que definían un valle angosto. Apretada dentro de sus estrechos límites, había una sola calle de ochocientos metros de largo bordeada a un lado por un ruidoso y oscuro torrente y una vía de ferrocarril, y al otro por la pared natural de una garganta escarpada. Las casas y las tiendas se alineaban a lo largo de la calzada; Goodman contó sesenta o setenta casas viejas de madera, antes de que el valle hiciera una curva y el pueblo continuara. Años de polvo negro habían destruido la pintura y todo el cuidado con que se había edificado aquel pueblo y, sin embargo, había algo que le daba un aire de pulcritud, un reflejo de orgullo.

Y algo más. Al principio no podía poner el dedo en la llaga. Después, se dio cuenta de que el pueblo parecía como si estuviera fuera de lugar en el tiempo. Sí, era eso. No había antenas de televisión. No había lámparas de neón ni vallas publicitarias. Era como si se hubiera adentrado en otro siglo al llegar a la cima de la colina.

Había una especie de belleza triste pero serena. Era difícil imaginar que bajo aquellas montañas verdes y onduladas y las profundas gargantas hubiera minas de carbón sumergidas en la tierra, que producían polvo de sílice y gases mortales.

«El cielo y el infierno», pensó Goodman, y se trasladó en el tiempo durante unos momentos. A Gary, Indiana, hacía veinticinco años, un lugar distinto a éste en el tamaño y el acento y, no obstante, extrañamente parecido. Dominado por chimeneas en vez de montañas, de color negro y gris en lugar de verde, con todo, Gary tenía el mismo carácter horrible e incongruente. En Gary, hervían el acero en hornos gigantes; aquí excavaban carbón de las minas de la tierra. En los dos sitios, el peligro era un constante compañero. El padre de Goodman había muerto debajo de una caldera de acero fundido hirviendo. Roto, en cuerpo y alma, por los años de castigo físico, no fue lo bastante rápido para apartarse. Cuando su padre murió, Goodman, que entonces tenía nueve años, y su madre se fueron a vivir a la ciudad. Nunca habían tenido nada. Todo pertenecía a la empresa. El orgullo que tenían lo dejaron, puesto que fue una emoción manufacturada por la empresa y manifestada en equipos de bolos y de fútbol, en las bandas del instituto y en las meriendas del Cuatro de Julio.

Así pues, Goodman sabía qué esperar. Arisca, desconfiada con los extranjeros, la gente sería dura como el cuero después de toda una vida de luchar contra el clima, la pobreza y la geografía. Sería gente sencilla, su visión del mundo estaría limitada por las montañas, la niebla y el miedo al exterior; sus sueños atrapados en tumbas de antracita, sin ventilación, sin luz; y su precaria seguridad en el trabajo venía a ser en sí misma una sentencia de muerte. Los derrumbamientos, las explosiones, las enfermedades y el clima eran los cuatro jinetes de su existencia. Y sin embargo, sabía

que serían apasionadamente patrióticos, leales, temerosos de Dios; sabía de su fe alimentada en una iglesia fundamentalista, de su fervor en la bandera, de su lealtad hacia una empresa que los explotaría hasta la tumba. La sal de la tierra.

También sabía que habría un parlanchín ahí abajo. Incluso en el pueblecito más pequeño hay un parlanchín.

CRIKSIDE, KENTUCKY, POBLACIÓN: 212, decía el cartelito blanco, y el número se había borrado y lo habían vuelto a pintar encima varias veces. La señal del tiempo, los jóvenes se marchaban para encontrar una vida mejor fuera. Aaron Stampler había sido uno de ellos.

De aquí era de donde Aaron había escapado. Sería un bicho raro allí, seguramente. Inteligente, frustrado, hasta que al final cruzó la montaña para pasar al mundo real impulsado por un sueño forjado en su imaginación. Quizá fue demasiado para él. ¿Había desencadenado algo la ira reprimida en su interior?

¿En algún momento, en algún lugar —entre este valle abandonado y el dormitorio empapado de sangre del arzobispo Rushman— había explotado algo terrible y abominable dentro de Aaron Stampler?

La respuesta empezaría aquí. Condujo lentamente hacia la hondonada. La carretera pasaba entre el ferrocarril y el riachuelo Morgan a lo largo de unos noventa metros más o menos, luego hacía una curva y cruzaba las vías, convirtiéndose en la calle principal de Crikside.

La ferretería era un edificio largo y desproporcionadamente bajo, con techo de estaño e interior oscuro, en cuyo porche hundido y tan largo como el frente del edificio estaban expuestos picos, lámparas y arcos. A continuación se encontraba la farmacia Walenski, y el ayuntamiento, una estructura estrecha de dos pisos con un chapitel que hacía que pareciera más una iglesia que el centro político de Crikside. Luego, se veía una laberíntica tienda de comestibles, una mercería llamada Miranda's Emporium y tres edificios antiguos que se apoyaban el uno contra el otro para sostenerse, un pequeño restaurante en el centro con un bar a un lado y una bodega al otro, donde un rótulo decía: EARLY SIMPSON'S CAFÉ BAR. También había una casa de madera con un cartel delante que decía: AVER DAGGET, ASESOR LEGAL Y MATERIAL DE OFICINA, aunque Goodman se preguntaba qué haría un abogado en aquella aldehuela. ¿Redactar testamentos para gente que no tenía nada? ¿Divorcios? Era poco probable. ¿Pleitos contra la empresa? ¡Diablos!, la empresa seguramente era propietaria de Daggett y de todo lo demás que estaba a la vista.

Era el típico pueblo donde una partida a las damas podía ser motivo de chismes. Decidió empezar por la farmacia, pero estaba vacía y la propietaria, una mujer austera que ni lo miró, no tuvo nada que decirle cuando intentó entablar conversación: Una plaquita de latón que había junto a la puerta decía simplemente: ARRENDADA DE KC&M. Lo mismo pasaba en Miranda's Emporium. Dentro había dos mujeres que llevaban sencillos vestidos de lana y estaban de pie al fondo de la tienda; lo miraron fijamente por entre las estanterías. La dueña, una mujerona que llevaba rulos en el

cabello, era simpática, pero se quedó totalmente helada cuando mencionó el nombre de Aaron. Movi6 negativamente la cabeza y volvi6 con sus clientes. Goodman sali6 y se qued6 mirando un momento una placa de lat6n similar, con los hombros encogidos para defenderse del viento helado que gemía a lo largo del canal. Cruz6 la calle en direcci6n a la tienda de alimentaci6n. La misma placa metálica KC&M era dueña de todo el pueblo. Todas las casas estaban arrendadas. Nadie tenía nada. Si alguien causaba problemas, se le desterraba enseguida y se le dejaba con las manos vacías.

Tal vez aquella tienda fuera el lugar donde se reunían los viejos del pueblo. Entr6 en una habitaci6n grande, sombría y abarrotada de artículos, que llevaba un solo hombre que estaba colocando latas en una estantería. Goodman lleg6 hasta el fondo donde había un frigorífico con la puerta de cristal que contenía refrescos. El tendero lo vio y por fin se acerc6 a él. Era como un pajarito con barba gris y ojos tristes, y tenía la tez pálida de alguien que no pasaba mucho tiempo al aire libre. Llevaba una camisa de franela roja, pantalones de lana gruesa, tirantes negros y un delantal limpio y almidonado. Su mano era tan delgada que Goodman podía contar las venas y los tendones que se entrecruzaban bajo la tirante piel, que mantenía esa naturaleza incluso en los dedos largos y huesudos. Juzg6 a Goodman con la dura mirada de un evangelista, la expresi6n inalterable.

—¿Tiene una Coca-Cola fría ahí dentro? —pregunt6 alegremente Goodman.

—S6lo cola Royal Crown. Jerome tenía que haber venido ayer, pero no vino.

—Royal Crown est bien.

El tendero hablaba con el curioso y original dialecto de los Apalaches —una especie de inglés antiguo y de Davy Crockett en que «TV» se pronunciaba «tay vay», «hair» pasaba a ser «h'ar» y «year» era «yair», y las letras superfluas se perdían en el aire. Apenas se hablaba argot entre los ancianos.

El dependiente abri6 la botella con un abridor que había al lado de la nevera y limpi6 el borde con su delantal antes de entregársela a Goodman.

—¿Cuánto le debo?

—Cincuenta centavos. Subieron el precio la semana pasada.

Goodman le dio un d6lar. Había un tarro en el mostrador cerca de los refrescos con lo que parecía un trozo de una foto Polaroid cortada y pegada con cinta adhesiva. Era una fotografía de un hombre que parecía bastante fornido, con una sonrisa prudente. Había una nota escrita a mano debajo de la foto: «Para el entierro de Zachariah Donald Muri6 el lunes 14 de febrero Ataque al coraz6n». No había ni puntos ni comas. Una simple afirmaci6n de un hecho. El tarro estaba casi lleno de monedas de todas clases y de una media docena de billetes de distintas cantidades, de uno a diez. Goodman dej6 el cambio en el tarro.

—¿Conocía a Zach? —le pregunt6 el tendero.

—Nunca tuve el placer.

—Bueno, entonces es muy generoso, viajero.

—Es lo mínimo que puede hacer una persona.

—Supongo. Pocos forasteros lo harían, ¿no cree? —hablaba con una entonación llana y monótona. Sin inflexiones, sin emoción. Sólo palabras.

—¿Vienen muchos forasteros por aquí?

—Usted es el tercero desde principios de año. Todos se habían perdido. Tuvimos que indicarles cómo volver a Krebs Knob hasta Zion. ¿Se ha perdido?

—No. —Goodman bebió de la botella.

El tendero deambuló por la tienda trabajando, silbando una cancioncilla sin objeto, para sí mismo. Mientras arreglaba cosas en una estantería, dijo:

—Zach era agricultor, no trabajaba en las minas. Ahí arriba en Sackett Ridge. Pasará por su casa si va hacia el sur. Tenía una bonita casa, ya lo creo.

—Debe de ser muy duro cultivar la tierra en estos alrededores —dijo Goodman.

—Cierto. El viejo Donald —(ése era el abuelo de Zach)— empezó a hacerlo. No podía respirar en el hoyo, eso es lo que dicen. Hace tiempo.

—Entiendo.

—¿Quiere algo con eso? ¿Galletas al queso, algo?

—Sí, quizá las galletas.

—También tengo manteca de cacahuete y queso para untar...

—Manteca de cacahuete.

El tendero cogió un paquete de galletas de una estantería y las puso delante de Goodman.

—Serán otros cuarenta centavos.

Goodman le dio otro dólar y una vez más puso el cambio en el tarro.

—Si se queda mucho tiempo, viajero, podremos enterrar al viejo Zach mañana —dijo sin humor.

—¿Cuánto van a tardar? A enterrarlo, quiero decir.

—No lo sé exactamente. En esta época del año, Charlie Koswalski, que se ocupa de nuestra funeraria, coge hielo del lago Hoppy, en el llano. Con eso es con lo que tiene cubierto a Zach en una sala de la funeraria. Supongo que cuando el hielo se deshaga sobre el viejo Zach, Charlie recogerá esos tarros (hay por todo el pueblo) y eso es lo que tardarán en enterrarlo.

—Muy práctico —dijo Goodman.

—Bueno, Charlie está muy seguro de que no podrá mantener al viejo Zach así mucho tiempo. Ya han pasado cuatro días.

—Cierto.

El tendero señaló la calle con la cabeza.

—La pensión más cercana está en la siguiente hondonada, se llama Morgan's Crik. Le pusieron el nombre antes que nosotros —sonrió de un modo que probablemente era lo más parecido a una de sus carcajadas.

—No estoy buscando una pensión. Quería hablar con la señora Stampler. Supongo que la conoce.

—Sííí... —contestó, asintiendo, y añadió después—: Llega un poco tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Murió. Fue, vamos a ver..., ¿en marzo...? Sí, casi hace un año. No ha tenido mucho contacto con ella, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Siempre fue una mujer muy rara. Siempre musitando, como si estuviera discutiendo consigo misma. No podía comprar ni una manzana sin consultárselo primero a sí misma.

—La verdad es que quería hablar con ella de su hijo.

—¿De Samuel o Aaron?

—De Aaron.

—¡Ah! —Asintió—. ¿Entonces ha oído hablar de lo que pasó?

—¿Lo conocía?

—Claro. Hace cincuenta y cuatro años que vivo en Crikside. Conozco a todo el mundo, los de aquí, los que se han ido... y los que se van.

—¿Cómo era?

—¿Aaron? Diferente de la mayoría de los jóvenes.

—¿En qué?

El tendero levantó una silla de madera de respaldo recto, se sentó y se apoyó contra la pared, indicándole a Goodman que se sentara en la caja de bebidas.

—Nunca estaba satisfecho —prosiguió—. Siempre quería probar algo nuevo. Quería ser médico, luego actor, iba a escribir poesía. Demasiado listo para su edad. Probablemente fue por la señorita Rebecca.

—¿La señorita Rebecca era su madre?

El tendero negó con la cabeza.

—Una profesora de la escuela. Siempre le cayó bien Aaron. Incluso le ayudaba cuando iba al instituto de Lordsville. Pero se lo hacía trabajar, aunque de todas maneras era un buen trabajador, sí. Estuvo trabajando para mí un par de años, luego trabajó con el médico. Siempre llegaba a la hora en punto, no se quejaba.

—¿Tenía mal genio?

—¿Genio? —dijo el tendero, sorprendido. Pensó un momento y negó con la cabeza—. Como los demás. Todos nos irritamos de vez en cuando, ¿no es cierto?

Goodman asintió y prestó atención a lo que explicó el hombre.

—Aaron era un chico serio. Cuando no era más que un renacuajo, solía venir, se quedaba de pie delante de la bandeja de caramelos, a veces cinco o diez minutos, tratando de decidirse. Lo mismo le pasaba con la lectura. ¡Demonios!, rondaba por ahí atrás una hora cada vez que venía, intentando decidir qué libro se llevaría a casa.

Goodman miró hacia varios montones de un metro de alto de libros de bolsillo situados al fondo de la tienda; algunos estaban pegados con cinta adhesiva para que no se les cayeran las hojas, también se leía un letrero: PRÉSTAMO DE LIBROS, 10 CENTAVOS AL DÍA.

—Un gran lector, ¿verdad?

—Se leía un libro en un día. En dos días, si era gordo.

—Parece ser que era bastante diligente.

—En algunos aspectos, creo. Y sin embargo no quería ir al hoyo. Su padre casi lo mata, pero él era muy tozudo. Ese chico no era un minero.

—¿Su padre todavía vive?

—No, no. El hoyo acabó con él. Silicosis. Hace unos cuatro años. Luego su hermano se mató, a ver, eso sería en 1976.

—¿En las minas?

El tendero movió negativamente la cabeza.

—De un accidente de coche.

—Una familia con mala suerte.

—Eso parece, viajero. Ahora la vieja casa de Sackett's Ridge está embrujada.

—¿Embrujada?

—Fantasmas. Espíritus. Fui hace un par de años, quizá en verano. Subí por la colina con mis perros, y de pronto empezaron a aullar, se pusieron a correr en círculo; me quedé helado como si el hombre de las nieves estuviera respirando detrás de mi hombro. ¡Demonios!, los perros estaban aterrorizados, los muy tontos. Entonces me di cuenta de que fue justo allí, allí mismo donde habían encontrado el coche. No he vuelto desde entonces y no soy el único que ha pasado malos ratos ahí arriba.

—Sackett's Ridge, ¿eh? —dijo Goodman—. Supongo que será mejor que no vaya por allí.

—Buena idea, viajero.

—Bueno, gracias por su hospitalidad.

—Pagó por ella —contestó el tendero, saludándolo con la cabeza al marcharse.

Goodman condujo dos manzanas hasta lo que venían a ser las afueras del pueblo. Más allá de sus límites, definidas solamente por los últimos comercios, hileras de casas de dos pisos —se extendían cuesta arriba por la carretera, a lo largo de ochocientos metros poco más o menos, y continuaban por la curva del valle. A su derecha había un edificio cuadrado de dos pisos, de aspecto severo, con un letrero que anunciaba: DOCTOR CHARLES KOSWALSKI, MEDICINA GENERAL Y FUNERARIA.

¿Qué era lo que había dicho el tendero? «Quería ser médico y trabajó para el médico». La casa tenía dos puertas, en una ponía MÉDICO, en la otra, SALA. Echó una moneda imaginaria al aire y entró en el ala del médico. Al entrar, sonó una campanilla por encima de la puerta de manera discordante y se encontró en una salita de espera con un sofá destartalado y un par de butacas viejas. Había una puerta corredera de madera al final de la sala, que olía como siempre huele la consulta de un médico: a yodo, vitaminas y antiséptico. Y había algo más. Goodman tardó uno o dos minutos en identificarlo: el olor nauseabundo de formaldehído, que al parecer lo traía el aire del otro lado. La puerta se deslizó hacia atrás y un hombre bajito y rechoncho, tan calvo como la cabeza de un sello de goma, se asomó a la sala.

—¿Puedo ayudarle?

—Si es usted el doctor Koswalski...

—Sí, soy yo.

—Me llamo Goodman, doctor —enseñó su carnet a Koswalski—. Estoy haciendo preguntas sobre Aaron Stampler.

—¿Oh? ¿Y qué pregunta?

—Sólo intento precisar qué tal era el chico. Cómo era.

—¿Si mostraba tendencias homicidas?

La pregunta cogió a Goodman desprevenido. Sonrió.

—Bueno, eso también.

—Una lástima, lo que ha hecho ese chico —dijo el doctor, que carecía de cuello, tenía un rostro de querubín y unas manos gordinflonas que quizá eran capaces de manejar un escalpelo. Llevaba una camisa blanca con el cuello mal planchado, deshilachado y sucio; la corbata manchada de comida, que colgaba más abajo del botón superior de la camisa, estaba torcida desde el nudo de manera que se veía el forro. Llevaba un traje negro, difícilmente un signo alentador para los que visitaban esta parte del establecimiento.

—Bueno, aún no estamos seguros de que lo hiciera, señor —dijo Goodman.

—El diario de Lexington lo decía.

—Trabajó para usted, ¿verdad?

—Un poco, de vez en cuando. Un chico listo. No habría pensado que fuera capaz de hacer eso. Claro que se fue y dejó sola a su madre. A decir verdad fue una bendición que se muriera. El año pasado ya estaba mal de la azotea. ¡Ni una vez salió de casa! Solía mirar por detrás de las cortinas y hablaba sola. Gritaba a la gente.

—¿Tenía problemas mentales antes de que se marchara su hijo?

—Bueno, siempre fue un poquitín extraña, pero al final estaba más loca que una cabra.

—¿La asistía usted?

—No había nada que asistir. No hacía daño a nadie. Nadie de los alrededores quería que la recluyeran en un manicomio.

—¿Tenía mal genio su hijo?

—¿Aaron? Como todos. Tenía sus días malos: venía bastante callado, hablaba entre dientes. De mal humor, como si estuviera enfadado. Pero todos tenemos un mal día de vez en cuando, ¿no?

—Estoy de acuerdo.

—Probablemente había recibido una paliza la noche antes y estaba de mala leche por eso.

—Recibía muchas palizas, ¿verdad?

—A todos los chicos les dan palizas, señor Goodman. Es algo normal entre padres e hijos. Sólo que Aaron no lo aceptaba de buen grado.

—Los otros chicos aceptaban las palizas pero él no, ¿es eso?

—Honrarás a tu padre y a tu madre, dice la Biblia. Uno no debe oponerse a su padre. Al menos por aquí. Vaya, recuerdo cuando el chico sólo tenía diez u once años, le dio un empujón al viejo Gabe Stampler y al caer tropezó con una silla. Aaron salió corriendo de casa y se escondió en mi garaje toda la noche.

—¿Qué hacía Aaron cuando trabajaba para usted? —preguntó Goodman, cambiando de tema.

—Limpiaba. A veces me ayudaba en las operaciones. Quería ser médico, decía, aunque sólo fue una temporada. Quería ser muchas cosas. Tenía ideas contradictorias acerca de su futuro.

—¿Le ayudaba en las operaciones? —preguntó Goodman, sorprendido.

—Bueno, no oficialmente, por supuesto. Me aguantaba la luz, me alcanzaba los instrumentos.

—¿Como una especie de enfermera?

—Por decirlo así.

—¿Y limpiaba después de las operaciones?

—Sí. Un poco de sangre no le molestaba. Sabe, podía haber sacado buen partido del bueno de Aaron. Hubiera sido un buen director de pompas fúnebres. Pero no le interesaba. Estaba demasiado ocupado estudiando, tenía grandes sueños.

—Así que trabajaba en las dos cosas, ¿eh?

—Sí, señor. Tenía la actitud correcta, no se ponía nervioso. Es curioso, cuando su hermano Sam y Mary Lafferty murieron en lo alto de la colina, me ayudó a traerlos aquí; era como si nunca los hubiera conocido.

—¿Eso fue cuando ocurrió el accidente de coche?

—¡Narices!, no fue un accidente de coche. Los dos estaban allí arriba en la sierra, jodiendo en el viejo Ford del padre de él. Como era invierno, dejaron el coche en marcha. Monóxido de carbono es lo que los mató a los dos. —Se acercó más a Goodman y susurró—: No tenían ni una herida, ninguno de los dos. En realidad, Sam todavía estaba tendido encima de ella. Nunca supieron lo que acabó con ellos. No está mal morir así, ¿eh? —Le dio un golpecito con el codo a Goodman y se rió entre dientes, con una carcajada nasal que sonó como el cacareo de una gallina.

—¿Y le ayudó en la autopsia?

—Claro. ¡Caray!, el bueno de Aaron era capaz de ver una autopsia y comerse un caramelo al mismo tiempo. No le afectaba en absoluto.

La escuela se encontraba al otro lado de la calle, delante de la ladera del risco. Era un edificio de una planta" y dos habitaciones, tejado rematado en punta y una escalera ancha también de madera que subía desde la carretera hasta lo alto de la montaña. Un color rojo brillante realzaba las ventanas, una novedad en la combinación de colores de los alrededores. Goodman subió las escaleras hasta la puerta principal. La placa de latón que había junto a la puerta era un poco más formal: DONADA AL PUEBLO

DE CRIKSIDE POR LA EMPRESA KC&M.

Consideró esperar a que se acabara la clase, pero cambió de idea y entró en el edificio. Encontró una sola sala grande, con doce alumnos divididos en tres grupos, cada uno de media docena de pupitres agrupados más bien de cualquier modo. Uno de los grupos tenía sólo dos alumnos y parecía que ambos eran adolescentes. Al fondo de la estancia había tres puertas y ninguna ventana, seguramente zonas de recreo y los servicios.

La profesora, un hilo alto y delgado de mujer que rondaría los cuarenta años, lo miró con el ceño fruncido y dijo con severidad:

—¿Sí?...

—Nada en absoluto, profesora. —Goodman sonrió intentando ser afable—. Pensé que podría sentarme unos minutos. Quizás aprenda algo.

Lo miró fijamente, burlona, durante un momento. Apartó la vista y luego sus ojos de color verde pálido volvieron a mirarle.

—¡Oh! —dijo bufando, y se volvió hacia sus alumnos.

Pero Goodman no la escuchó sino que la observó. Iba vestida como recién salida de los años sesenta. Llevaba una chaqueta tejana sobre una camisa floreada, una falda de encaje hasta el tobillo y botas negras. Su cabello pelirrojo, fuerte y brillante y rayado en gris estaba recogido en una cola. No llevaba ni joyas ni maquillaje. Y aunque sus facciones, con el encanto de sus pecas —la nariz pequeña, el mentón cuadrado, las mejillas pronunciadas—, eran delicadas, tenía un aspecto enérgico, una mirada insolente, que, decidió, la hacían parecer mayor de lo que probablemente era.

Cuando terminó la clase, los alumnos salieron en fila, mirándole de soslayo, seguramente preguntándose si era el nuevo novio de la maestra. Ella cruzó el aula muy resuelta, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, y se quedó de pie a pocos centímetros de él, mirándolo a los ojos.

—Bueno, ¿qué pretende usted? —inquirió con una voz firme, sin acento identificable.

—Me llamo Goodman —se presentó bruscamente—. Trabajo para el abogado que va a defender a Aaron Stamper de la acusación de asesinato.

Retrocedió, sorprendida.

—¡Oh! —dijo. Sus hombros se cuadraron un poco más y levantó el mentón ligeramente—. ¿Y qué es lo que hace para ese abogado que va a defender a Aaron Stamper?

—Soy investigador. Hago lo mismo que la policía, sólo que para el otro bando.

—¿Conoce a Aaron? —inquirió, escudriñándolo con la mirada.

—No, aún no. Tuve que salir temprano esta mañana.

—¿Y va a ayudar a defenderlo?

—Tengo que empezar en alguna parte.

Le gustó la respuesta y el tono de voz de la mujer dejó de ser tan reacio.

—¿Cree que lo hizo?

—Las pruebas contra él son muy graves.

—No le pregunté eso.

—En este momento, se le supone inocente.

—Todavía no ha contestado mi pregunta.

—Por eso estoy aquí, señorita..., se llama Rebecca, ¿verdad?

Continuó mirándolo, pero no contestó.

—Mire, profesora, ya se lo he dicho, estoy de su parte. Necesito descubrir todo lo que pueda sobre él. ¿Podemos hacerlo? ¿Podemos hablar de Aaron?

La mujer regresó a su mesa, amontonó varios libros de texto y los puso en un archivador alto colocado en una esquina, que cerró con un viejo cerrojo. Movi6 los pupitres mientras empezó a barrer el suelo.

De pronto dijo:

—A veces uno, sólo uno, hace que merezca la pena.

—¿Como Aaron?

Se paró, apoyó la barbilla en la punta del palo de la escoba y acarició el mango distraídamente con la mano.

—Sí. Era el mejor alumno que he tenido. Un poco difícil, pero tenía un coeficiente intelectual genial.

—¿Su coeficiente intelectual era genial?

—Sí. Siempre iba uno o dos pasos más adelante, ¿sabe? Siempre quería saber más. —Continuó barriendo—. Es duro cuando una intenta enseñar a otros quince o veinte a la vez.

—¿En qué sentido era difícil? ¿En qué?

Se quedó pensativa durante un momento.

—Bueno, exigente supongo que sería más preciso. Era como... intentar llenar una botella con una pajita. Se lo bebía todo en cuanto la llenaba.

Goodman le sostuvo el recogedor, levantó los ojos y la sorprendió observándolo, pero sus ojos se apartaron rápidamente de él y recogió las virutas de los lápices, las bolas de papel y los envoltorios de chicle con el recogedor, luego se lo llevó y tiró la basura en un cubo que había en la esquina.

—La lectura —dijo, casi para sí misma—. Aaron leía de todo. Shakespeare, Thomas Paine, los Rover, Freud, Hemingway, oh Dios, leía todos los libros que caían en sus manos. ¿Sabe que leía latín? Sabía leer latín bastante bien.

—¿Qué clase de persona era?

—Era como... era como si estuviera muriéndose de hambre y el saber fuese comida. —Se encogió de hombros—. Era simpático, orgulloso... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. A veces frustrado, después alegre, en ocasiones cambiaba bruscamente de humor. Era diferente de los demás, señor Goodman. Por ejemplo, se negaba a bajar al hoyo. Su padre solía enfadarse por eso. Le pegaba con el cinturón, pero continuaba negándose a bajar. En el mejor de los casos yo tuve algo que ver en eso. Decidió no ser minero como todos los demás de estos alrededores.

Era un chico estupendo, sabe. No tenía muchos amigos. Los otros se metían con él, se burlaban.

—Estoy buscando información sobre su persona, Rebecca, no busco huellas ni agujas en la moqueta, nada de eso. Sólo información sobre su persona. ¿Pudo hacerlo? ¿Alguna cosa podría haberlo enfurecido tanto?

—En realidad cree que es culpable, ¿verdad?

—Como ya le he dicho, las pruebas contra él son muy, muy graves. Quizá tengamos que alegar desequilibrio mental.

—No está loco, señor Goodman.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace dos años. El día que se marchó. Su madre se oponía. Habría sido una tragedia para él quedarse aquí.

—Fue una tragedia que se fuera.

La maestra levantó los ojos bruscamente. Su expresión se disolvió con lentitud convirtiéndose en tristeza. Pareció que su cuerpo se encogía y perdía resistencia. Se sentó en la silla de un pupitre, con la espalda muy recta, y miró por la ventana como conmovida. Por fin indicó con la mano distraídamente la sala y dijo:

—Doy clases a ocho cursos aquí, señor Goodman. De primero a tercero allí; cuarto, quinto y sexto allí; séptimo y octavo aquí. ¿Sabe cómo es eso? Siento que he conseguido algo si al acabar aquí van al instituto. Si no lo hacen a los catorce o quince años, los chicos acaban en las minas. Las chicas se casan.

—¿A los catorce?

Asintió con la cabeza.

—¿Convenció a Aaron para que se marchara? —preguntó.

—Ya se lo he dicho. Me gustaría pensar que tuve algo que ver en ello.

—Escúcheme, Rebecca. No estoy aquí porque quiera que acabe en un manicomio. Lo que pretendo es evitar que lo condenen a la silla eléctrica.

La grave naturaleza del problema de Aaron Stampler la abrumó de golpe. Se puso la mano sobre la boca, cerró los ojos y las lágrimas se derramaron y resbalaron por sus mejillas. Intentó ahogar el llanto.

—Todo ese saber —musitó a través de la mano—. Todos esos años. —Entonces murmuró con una vocecilla digna de compasión—: ¡Qué pérdida, qué horrible... maldita pérdida! Podía haber sido cualquier cosa, sólo necesitaba...

—¿Qué necesitaba?

—Oh..., no sé. Ánimos, aprobación. Le horrorizaba la soledad. Creo que temía estar solo más que...

Se detuvo, incapaz de proseguir, las lágrimas inundaban sus mejillas.

—Supongo que todos la tememos —dijo Goodman—. Lo siento, lo siento de veras.

Ella negó con la cabeza.

—No, soy yo quien lo siente —sollozó.

Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro con suavidad, sintió cómo se agarrotaba al tocarlo, pero la dejó allí hasta que notó que su cuerpo empezó a relajarse. Le acarició el hombro con mucha dulzura y tras un rato, ella movió la cabeza ligeramente y su cabello le rozó el reverso de la mano. La levantó despacio, ahuecando la palma de la mano sobre su mejilla y ella movió la cara hacia su mano, volviéndose un poco, hasta que Goodman notó su respiración en los dedos y después cómo rozaban sus labios. Le puso la otra mano en la nuca y con delicadeza la animó a apoyar la cabeza en su costado. Sus lágrimas se deslizaron por debajo de las yemas de sus dedos. Finalmente se relajó y lloró sin vergüenza.

La sostuvo durante varios minutos hasta que los sollozos se sofocaron y se apartó de él y volvió la cabeza.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? Estoy contento de estar aquí. Me parece que lo necesitaba.

No contestó y Goodman dijo finalmente:

—Mire, siento haberla molestado. Iré al restaurante, preguntaré por ahí, tal vez...

—No —dijo—. No haga eso. Los hombres saldrán ahora del hoyo. Beberán. No les gustan los forasteros, especialmente los que preguntan sobre su gente. Aunque no les gustara Aaron, se ofenderían. Son así.

—Pero estoy aquí para ayudarle.

—No le creerán.

Se volvió hacia él y lo miró a los ojos, sus facciones se habían suavizado con el llanto.

—Vendrá a mi casa. Está subiendo por la carretera, en el bosque. Le prepararé algo de comer y hablaremos de Aaron Stampler.

Se desvió de la carretera principal y siguió los letreros que conducían al agradable grupo de edificios independientes rodeado por un muro de ladrillo. Había una cabina a modo de modesta oficina ante la verja principal, y una plaquita de bronce identificaba el complejo: INSTITUTO DE SALUD MENTAL STEVENSON. FUNDADO EN 1924.

El oficial de seguridad, que no lo parecía en absoluto, llevaba unos pantalones de color caqui y una camisa azul oscuro. Salió de la cabina y cuando se identificó, le dijo amablemente que siguiera por aquella calle hasta el edificio principal. Entonces volvió lentamente al interior de la cabina para accionar el botón que abriría las grandes verjas de hierro. Molly permaneció sentada en silencio, pensativa, y esperó a que empezara la aventura.

Molly Arrington era nueva en el estado de Iowa; aspiraba a cumplir su sueño de convertirse en bióloga marina cuando un único y fulgurante acontecimiento alteró para siempre el curso de su vida. Su padre, Walter, era un devoto agricultor que adoraba la negra y rica tierra de Iowa y a todas las criaturas que vivían de ella; compartía con sus hijos, Bobby y Molly, un idilio permanente con la naturaleza y la tierra. Se negaba a usar pesticidas y prefería en cambio plantar cuarenta áreas de más «para cuidar de las criaturitas», no criaba ningún animal para sacrificarlo —las vacas eran para tener la leche, las gallinas para los huevos, y dos novillos por el placer de tenerlos— y acogía a todos los perros y gatos perdidos que pasaban por su puerta. Ocho perros de todos los tamaños y razas y media docena de gatos callejeros compartían con ellos su casa de campo de dos pisos.

La primera vez que Walter Arrington presenció, a través del milagro de la televisión, cómo las bombas de napalm se tragaban y devoraban un verde bosque vietnamita, se puso físicamente enfermo. Le horrorizaba tanto la exhibición de todas las noches de miseria humana y de destrucción que se negaba a ver las noticias de la televisión referidas a la guerra en ese país, incluso durante el año en que su hijo estuvo allí de servicio.

Athena Arrington había muerto a la edad de treinta y seis años, y no inesperadamente. Walter Arrington se había casado con ella sabiendo que en su pecho había una bomba de efecto retardado —un corazón congénitamente malformado—, y la amenaza de muerte súbita sería continua y estaría a sólo un latido de distancia. Pero la adoraba y se dedicaba a hacer que su vida fuera lo más feliz y plena posible. Cuando Athena murió, sus tres queridos supervivientes fueron andando por los surcos a la luz de la luna y esparcieron sus cenizas por el campo que Athena amaba. Entonces, Molly tenía doce años y Bobby quince. Era un recuerdo entrañable para

Molly, ya que el campo se había convertido en un monumento vivo, fecundo y dedicado a su madre.

Walter, Molly y Bobby formaban una familia extraordinariamente cariñosa y extrovertida; cada uno dependiente del otro para apoyarse, darse ánimos y refugiarse. Compartían sus triunfos y sus desengaños con entusiasmo e interés sinceros. Todos lloraban en las ocasiones en que correspondía, confiaban los unos en los otros sin reserva y estaban unidos por tal intensa lealtad que cuando Cy Wright, el mejor amigo de Bobby, dejó plantada a Molly para dar caza a la más desarrollada de las animadoras del instituto, Bobby quedó con él debajo de la tribuna del campo de fútbol y le dio una paliza de verdad. Nunca se habían vuelto a hablar, aun cuando Molly intentó todo lo posible para remediar la desavenencia.

Acababa de terminar su primer año de novata en la universidad cuando Bobby obtuvo el título de arquitecto y se fue a Vietnam. Molly cursaba el tercer año cuando volvió a casa. Y se encontró con que el Bobby Arrington que regresó al mundo no era el mismo Bobby; era un caparazón vacío, se mostraba reservado, taciturno, y sus ojos anegados de miedo reflejaban los horrores que le habían poseído en aquel país lejano. Dejó la arquitectura y volvió a la casa de campo, torturado por los recuerdos que ni compartía ni podía compartir. La conversación se convirtió en algo doloroso para él, sólo decía frases cortas y crípticas y se enfadaba cuando le malinterpretaban. Sufría insomnio crónico, prefería estar echado en la cama despierto a arriesgarse a sufrir las pesadillas que acechaban sus sueños. Molly dejó la universidad un semestre, luego otro y luego todo un año. Su padre y ella vieron impotentes cómo Bobby se apartaba lenta pero firmemente de la realidad, procurando consolarse de su dolor en su propio mundo.

El horrible acontecimiento que marcó el punto culminante de aquel año fatal ocurrió un cálido día de principios de junio. Molly estaba en una fiesta con motivo del nacimiento de un hijo de una amiga cuando la llamaron por teléfono. Era su padre y sollozaba.

—Papá, ¿qué pasa? —gritó.

—Ha disparado a los perros, Molly. Los ha matado a todos.

Fue corriendo a casa y encontró a Walter Arrington sentado en el columpio del porche, llorando desconsolado. Lo abrazó, mirando fijamente por encima de su hombro a Bobby, que estaba sentado en la linde del maizal, con los antebrazos sobre las rodillas y la pistola colgando de la mano. Ocho perros yacían en un semicírculo alrededor de él.

—Salió con una bolsa de comida —dijo Walter, sollozando— y llamó a los perros. ¡Demonios!, creí que iba a jugar con ellos. A continuación oí un disparo. ¡Pum, pum, pum!, una y otra vez, y salí corriendo y sólo me miró y ¿sabes qué dijo? Dijo: «Tuve que hacerlo, estaban sufriendo. El suelo les quemaba las patas». ¡Dios!, Molly, ¿qué quería decir? ¿Qué le ha pasado a nuestro Bobby?

Molly fue a buscar a su hermano, se sentó junto a él y le quitó la pistola de la

mano con cuidado. La dejó a un lado, sobre la tierra, y él la miró y dijo: «Que alguien me ayude, por favor», y Molly lo abrazó y lo meció con cariño mientras las lágrimas inundaban sus mejillas. Al cabo de un rato, dijo: «Ven conmigo, mamá», y eso fue lo último que dijo. Se quedaron así sentados durante mucho rato hasta que Molly notó que su cuerpo en tensión se tranquilizaba y se dejó caer en sus brazos y se durmió.

Nunca despertó, al menos no al mundo real. Bobby Arrington estaba catatónico desde hacía diez años. Y Molly Arrington había abandonado su sueño de nadar con los delfines para alcanzar un objetivo más difícil pero igual de definido.

La verja del Instituto Stevenson, cruelmente conocido como Daisyland (el país de las margaritas) porque ése era el nombre de la ciudad donde se encontraba, se abrió, y el coche de Molly la atravesó en dirección al camino de grava bordeado a cada lado con perennes arbustos que crecían hasta la altura de las rodillas. Cada institución mental le regalaba a Molly una vasta serie de conocimientos. Consideraba a los catatónicos y a las almas incapaces de expresarse —siempre sentados en sillones con absoluto abandono y los miembros extendidos, observando el mundo sin conciencia del mismo— como cautivos a la espera de despejarse de los velos del pensamiento entumecido, que los aprisionaba en un crepúsculo de perpetua estupefacción. Ansiaba reparar sus cerebros minusválidos y lograr que volvieran a la tierra de los vivos; y, al hacerlo, desenterrar los secretos que les habían atado a aquel terreno nebuloso y desconocido donde el pensamiento y el recuerdo estaban suspendidos. En secreto, anhelaba invadir aquellas peligrosas esferas, vagar por sus regiones indefinidas en busca de las almas ancladas en la niebla, como Bobby; almas cuyos temores, paranoia, tormento y angustia les habían llevado a un exilio voluntario, a refugios que ellos mismos creaban.

Durante un tiempo había experimentado con alucinógenos, deseando atravesar el velo y entrar en aquellos límites prohibidos y camuflados, pero en vano. Incluso había probado una vez la terapia de electroshock para comprender su efecto en la mente humana, pero el horror fue tan real, tan imponente y abrumador, que prohibió que sus pacientes fueran sometidos al tratamiento. Como los trastornos que paralizaban la mente estaban tan inexorablemente unidos al sufrimiento, creía que el dolor en cualquiera de sus formas era inaceptable. A la larga, sus experimentos tenían efectos secundarios. Había creado su particular y extraño cosmos donde el dolor y el placer se fusionaban tan estrechamente que uno engendraba al otro; y como el placer y el dolor eran gemelos, los evitaba a los dos, e incluso había llegado a rechazar el éxtasis del orgasmo por considerarlo un premio injusto a la delicada lucha entre la alegría y la tristeza. Se convirtió en una atrevida innovadora que tomaba abundantes notas de sus propias experiencias, ya que se daba perfectamente cuenta de que tratar el borde de aquel abismo era un riesgo peligroso. Catalogaba con cuidado sus propias neurosis, sabiendo muy bien que un paso en falso podía hacerla caer al otro lado, en

un infierno aislado del que tal vez no se podía salir. Las pistas que dejara podrían ayudar a uno de sus iguales a atraerla de nuevo hacia la realidad. Y así, enfocaba cada paciente nuevo con euforia y aprensión a la vez, preguntándose si en ese próximo viaje se acercaría mucho al borde del precipicio.

Aaron Stampler era diferente. Era consciente del mundo que le rodeaba y si había creado otro país que ella todavía desconocía, quizá podría seguirlo hasta penetrar en él. Era una perspectiva emocionante, que creía muy prometedora.

Harcourt Bascott, el director del Instituto Stevenson, estaba fuera, pero había dejado instrucciones a su personal para colaborar plenamente con ella. Un joven negro llamado Clyde, que tenía una sonrisa simpática y modales informales, le llevó la maleta del vídeo mientras la conducía por el patio hasta lo que se llamaba el Ala Nueva. Era un edificio de tres plantas con un atrio acabado en punta, y sus laterales habían sido construidos con enormes paneles cuadrados de cristal. Las ventanas no tenían barrotes, pero estaban hechas de cristal grueso a prueba de bala. Con todo, era una estructura de aspecto agradable, y a todas luces se había construido considerando que los enfermos eran personas.

La sección de máxima seguridad estaba en un extremo del Ala Nueva, separada por una pared y una sola puerta corredera de acero. El oficial de seguridad, vestido de azul y caqui como el guardia de la entrada, estaba sentado en su escritorio al lado de la puerta. No había armas de fuego a la vista. Sonrió cuando Clyde y Molly se acercaron y le ofreció a Molly el registro de entrada.

Al otro lado de la puerta de acero había un ancho pasillo, muy bien iluminado gracias al tejado de cristal, con habitaciones a cada lado. El oficial de seguridad los llevó a la primera sala de la derecha. Era grande y había una mesita, una silla de madera, una cama y una ventana que estaba a un metro ochenta del suelo. Las paredes, el mobiliario y el suelo estaban pintados en blanco inmaculado. El oficial desatornilló una placa que había sobre el enchufe de una pared para que Molly pudiera conectar el equipo de vídeo y se fue a buscar a Aaron Stampler.

No estaba preparada para su juventud, su franqueza, para el indudable halo de inocencia que parecía envolverlo. Iba vestido con tejanos de color azul claro y una camisa, llevaba zapatillas de deporte de tela de algodón y calcetines blancos. La miró con sorpresa cuando entró en la sala. Ella se alegró al ver que no llevaba grilletes.

—Aaron, soy la doctora Molly Arrington. Creo que Martin Vail te dijo que vendría.

—Oh, sí, señora. Pero no esperaba que fuera una señora.

—Ya lo sé. Creo que Martin también se sorprendió un poco —se dirigió al guardia—. Por favor espere fuera —dijo.

El oficial de seguridad parpadeó, mirando de un lado a otro, de Molly a Aaron.

—¿Está segura?

—Estaremos bien.

El oficial salió de la sala un poco a regañadientes.

—Martin dice que no te importa que grabemos con la cámara de vídeo.

—No, señora.

Molly Arrington sonrió y se acercó a la cama mientras intentaba ajustar la cámara. Tenía problemas para enfocarla.

—¿Quiere que lo haga yo, señora? —preguntó Aaron—. Si quiere sentarse ahí yo la enfocaré...

—Bueno, gracias —dijo. Se sentó en la silla. Aaron manipuló la cámara durante un momento y apretó la cabeza del trípode.

—Todo listo. Sólo tiene que pulsar este botón para empezar.

—¿Dónde aprendiste a usar cámaras de vídeo?

—Me enseñó el arzobispo Richard. —Se echó en la cama con los pies cruzados por los tobillos y los brazos plegados sobre el pecho. Parecía estimulado, animado, sus ojos brillaban con expectación. Quizá sólo era la compañía de Molly Arrington, el consuelo temporal de la horrible soledad que acompaña a cualquier desterrado en el aislamiento.

—¿Estás cómodo? —preguntó Molly después de poner la cinta.

—Sí, señora.

—No quiero hablar del arzobispo, Aaron, aún no, al menos —dijo Molly.

—Bueno, es un alivio. He explicado esa historia tantas veces. No sé qué más puedo decir.

—Me gustaría hablar de cuando creciste.

—Bueno. Pero no es muy interesante.

—Cuéntame cosas de tu pueblo.

—Se llama Crikside.

—¿Y eso está en Kentucky?

—Ajá. Un amigo mío dijo una vez que si uno quería encontrar Crikside, tenía que ir a objetos perdidos.

—Eso es muy divertido.

—Sí, señora. Pero Crikside no es tan divertido.

—¿Qué quieres decir con que no es tan divertido?

—Es un pueblucho de mala suerte. Apenas tan grande como este lugar. No hay nada que hacer allí. Ni siquiera hay biblioteca. Trabajar, ir a la iglesia y morir, eso era lo que mamá solía decir.

—¿Estabas de acuerdo con tu madre cuando decía eso?

—Bueno, si uno se quedaba, se tenía que estar de acuerdo con eso.

—¿A qué querías dedicarte? Cuando eras pequeño, quiero decir.

Aaron parecía reaccionar con sinceridad e interés a sus preguntas. Era abierto, y al hablar no se dejaba llevar por sus emociones; en algún momento se mostraba tan objetivo que era como si estuviera hablando de otra persona.

—No sé. Me parece que lo probé todo. Trabajé para Avery Daggett, el abogado, y para el doctor Koswalsky y el señor Boise, que es el dueño de la tienda de alimentos.

Corté la hierba en el ayuntamiento un verano. Sobre todo quería aprender.

—¿Aprender qué?

—Todo. Leía todo lo que encontraba. Leer era como..., como viajar a alguna parte. Era un modo de salir de aquel sitio. Y Rebecca..., la señorita Rebecca, nuestra profesora, tenía muchos libros que me dejaba y después me solía hacer preguntas, para ver si los había entendido. Cuando entré en el instituto fue mejor. Estaba en Lordsville, a unos treinta y ocho kilómetros más allá de las montañas; íbamos en autobús, y allí tenían una buena biblioteca.

—¿Qué clase de libros leías?

—De todo tipo. De historia, geografía, y libros de filosofía y ciencia. Libros de derecho, de medicina, de poesía y novelas. Toda clase de libros que pueda imaginarse.

—¿Fue la señorita Rebecca importante para ti?

—Fue la que me ayudó a aprender. Vino cuando yo tenía nueve años. Sí, señora, fue muy importante para mí.

—¿Tan importante como tu madre?

—Bueno, mamá era... esto, algo... bueno, era muy resuelta, y decía que todos los hombres nacían para trabajar en el hoyo.

—¿El hoyo?

—Ajá. Era como si no hubiera otra cosa más que ésa, ¿sabe? En cuanto eras un hombre, ibas al hoyo. Y se acabó. Sabía que yo temía el hoyo, pero le daba lo mismo.

—¿Le tenías miedo?

—Sí. Le tenía mucho miedo al hoyo.

—¿Qué es el hoyo, Aaron?

—Son las minas de carbón. Mi papá y Samuel trabajaron en ellas. Todos los hombres trabajan allí.

—¿Samuel es tu hermano?

—Era. Samuel se mató en un accidente de coche.

—Cuéntame cosas del hoyo.

—Desde que tengo memoria, tuve miedo del hoyo. No recuerdo ni una sola vez en que sólo pensar en bajar al hoyo no me diera escalofríos. Desde que supe por primera vez qué era el hoyo, soñé con él y me horrorizaba.

—¿Qué clase de sueños?

—Como ir al infierno. Soñaba con criaturas que reptaban por mi cuerpo, que había demonios escondidos en la oscuridad, que no había aire para respirar. Leí este poema una vez: «Qué tormentos de dolor soportasteis, de males que nunca llegaron». Lo escribió Emerson.

—Tienes muy buena memoria.

—Recuerdo cosas que me gustan, especialmente ésa porque me recordó cómo me sentía, atormentado por aquel miedo. Eso es lo que pasaba entre el hoyo y yo. Salvo que el aciago día llegó.

—¿Así que fuiste al hoyo?

Asintió.

—¿Y creíste que eso fue una equivocación?

—Cuando tenía nueve años, el día de mi cumpleaños, al despertarme en la silla de al lado de mi cama, había un casco con una lámpara. Papá lo mandó hacer expresamente para mí. Me quedé sentado en la cama y lloré porque sabía que iba a ser aquel día, que aquel día me iba a llevar allí abajo. El desayuno fue como una celebración. Mi hermano, Samuel, salió de la escuela para ir con nosotros. Y yo estaba tan asustado que casi devolví de camino a las minas. Éramos doce en el ascensor. Recuerdo al señor John Canaan y a Bobby Aronski, los recuerdo porque los dos murieron más tarde en los derrumbamientos de la número siete. Y todos los hombres estaban encorvados, como si tuvieran ochenta años. Era peor que todas mis pesadillas. Me acuerdo de que me puse a temblar cuando el ascensor empezó a bajar. La luz en lo alto del eje disminuía cada vez más, hasta que no se veía nada y nadie encendía su lámpara. Seguíamos bajando cada vez más y estaba más oscuro de lo que jamás había imaginado que pudiera estar, el aire olía a huevos podridos y mi boca estaba tan seca que se me pegaba la lengua al paladar; bajábamos y bajábamos..., no sabía que un hoyo podía ser tan profundo. Entonces, de pronto, llegamos y el ascensor se detuvo muy bruscamente... Estábamos todos amontonados en aquella galería negra, tan negra que la luz de las lámparas de los cascos no iluminaba nada, estaba tan oscuro..., como cuando la oscuridad se traga la luz. La galería sólo tenía aproximadamente un metro de alto, los obreros se veían obligados a encorvarse para trabajar. De vez en cuando alguien gritaba: «Fuego en el hoyo», y se oía una terrible explosión y nubarrones de polvo negro llegaban arremolinándose por la galería hasta nosotros. Ninguna de las pesadillas que había tenido hasta entonces había sido tan mala. Siete horas duró la jornada. Creí realmente que aquel día iba a morir. Imaginaba que el pozo se venía abajo, que la tierra caía encima de nosotros, que nos aplastaba hasta convertirnos en nada. Cuando por fin subimos, miré hacia arriba, esperando que el agujero de encima del eje apareciese, y finalmente apareció y se hacía cada vez más grande y fue como... como una resurrección. Una vez arriba, los hombres me dieron palmadas en la espalda. Todos aquellos hombres jorobados, sus caras negras como el carbón excepto los ojos y la boca, parecían un montón de demonios. Mi papá me dio con el cinturón muchas veces después de aquello, pero no volví a bajar. Nunca.

—¿Te pegaba mucho?

—Bueno, una vez al mes, quizá.

—¡Una vez al mes!

—A veces llegaba a casa borracho del Bailey's y yo lo presentía por la maldad que se reflejaba en sus ojos. «¡Bajátelos!», me gritaba y yo me bajaba los calzoncillos y me apoyaba en la silla y él se quitaba ese cinturón gordo suyo y me daba. A veces tres azotes. Quizá cuatro o cinco. Pero merecía la pena. Cualquier paliza sería mejor

que el hoyo.

—¿Todavía le guardas rencor?

—Supongo que sí. No tanto porque me pegara como porque me llevara allí abajo.

—¿Odias a tu padre por eso?

—¿Por eso precisamente? Supongo que sí. No le odio por las palizas, eran la penitencia que tenía que pagar por desobedecer a papá.

—¿Penitencia?

—Bueno, así es como lo llamaba el arzobispo Richard. Ya sabe, pagar cuando haces algo malo.

—¿Crees en eso? ¿En hacer penitencia, quiero decir?

—Bueno... Supongo que aún no me he decidido. A veces sí, a veces no.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Tal vez...

—¿Sí?

—Tal vez todo empezó con el reverendo Shackles.

—Cuéntame.

—Bueno, cuando tenía unos siete u ocho años teníamos este predicador, Josiah Shackles. Un hombre alto, delgado como un palo, con una barba negra larga que le llegaba hasta el pecho y ojos enojados, como el cuadro de los libros de historia que representa a John Brown cuando lo acorralaron en el transbordador *Harpers*. ¿Ha visto ese cuadro? Sus ojos se te clavan. El reverendo Shackles era así. Tenía fuego en los ojos. No creía en la redención. Hacías una cosa mala, ¡sólo una!, una simple mentira, y estabas condenado al infierno. Me miraba fijamente y decía: «Mírame, chico», y su voz sonaba como un trueno y yo le miraba, era como mirar una montaña, y señalaba el suelo bruscamente con el dedo y decía: «¡Vas a ir al infierno, chico!».

—¿Te lo creías? ¿Que ibas a ir al infierno?

—Lo creía entonces, estoy seguro. El reverendo Shackles me inculcó ese miedo. No había redención ni perdón en la Biblia del reverendo Shackles.

—Así que no había por qué hacer penitencia, ¿no?

—Sí, señora, eso es. Si no hay redención, para qué molestarse.

—¿Todavía crees que vas a ir al infierno?

—No lo sé. El arzobispo Richard me dijo una vez que el infierno está en la propia mente.

—¿Qué crees que quería decir con eso?

—Todavía no estoy seguro.

—Así que temías el hoyo y al reverendo Shackles. ¿Tenías miedo a tu padre?

—Sólo de que encontrara el modo de obligarme a bajar otra vez al hoyo.

—¿Pero nunca volviste a bajar?

—No, señora, ni lo haré.

—Cuéntame más cosas de tu madre.

—Bueno, como he dicho, no tenía demasiado que decir. No le importaban los

estudios. Creo que pensaba que... que era una pérdida de tiempo.

—¿Te leía alguna vez, te contaba cuentos?

—No, señora, mi mamá no sabía leer. Las únicas historias que me contaba alguna vez eran de la Biblia y las empezaba, pero nunca las acababa, como si se hubiera olvidado del final.

—¿Leías la Biblia?

—Sí, fue el primer libro que leí. Era el único libro que había en casa.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—No sé. Seis, tal vez. Siete.

—¿Y te leíste la Biblia entera a esa edad?

—Sí, señora.

—¿Y qué significó para ti?

—Ya sabe cómo es la Biblia. Cada vez que se lee, adquiere un nuevo significado.

—¿Y qué hay de la señorita Rebecca?

—Fue mi profesora, desde los nueve años hasta que fui al instituto. Bueno, en el instituto tuve muchos profesores, pero hasta que fui a Lordsville, la señorita Rebecca fue mi única profesora.

—¿Así que todos los niños iban a la misma aula?

—Sí, señora. Sólo había un aula. Estaba dividida, unos se sentaban allí, otros aquí. Rebecca..., la señorita Rebecca... iba por la clase, enseñando primero a un grupo, luego al otro.

—¿Y era buena profesora?

—La persona más inteligente que he conocido.

—¿Más inteligente que el arzobispo?

—Más inteligente que nadie.

—¿Qué hay de tus amigos?

—No tenía muchos amigos. Verá, la mayoría de los chicos con los que crecí sabían que irían a trabajar a las minas cuando llegase el momento. No se trataban mucho conmigo.

—¿Te evitaban?

—Creo más bien que era yo quien los evitaba.

—¿A las chicas también?

—Hasta que fui al instituto. Todas tenían las mismas ideas. Te haces mayor, vas a la escuela porque tienes que hacerlo. Los chicos las dejaban, iban al hoyo y las chicas también los dejaban o se casaban con ellos.

—¿Y eso lo encontrabas inaceptable?

—Más bien inútil, ¿no cree?

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Así que estuviste muy solo mientras te hacías mayor?

Molly lo observó mientras consideraba la pregunta. Su rostro se ensombreció. Vio consternación en su mirada, como si no supiera la respuesta o, quizá más precisamente, como si nunca antes hubiera pensado en aquello. Finalmente dijo:

—No me sentía mal por no tener a nadie, si es eso a lo que se refiere.

—¿Creías que eras diferente de los demás?

—Lo era. Todos pensaban igual. No tenían sueños, no hacían preguntas; simplemente, aceptaban todo tal como se les ponía delante. Sí, señora, era diferente de los demás y estoy muy agradecido por ello.

—¿Podemos hablar de sexo un momento? —preguntó ella, observando su expresión.

—Sí, señora.

—¿Eres virgen, Aaron?

Sonrió.

—No, señora. Dejé de serlo cuando tenía dieciséis años. El primer año de instituto.

—¿Fue una experiencia agradable?

—Bueno... sí, señora.

—¿Qué edad tenía la chica?

—La misma que yo. Era una chica que conocía desde que éramos niños. De Morgan's Crik.

—¿Creiste que estaba mal lo que hicisteis?

—Supongo que si hubiera hablado con, digamos, el reverendo Shackles, me hubiera hecho pensar que estaba mal. Pero no me preocupé por ello, si es eso a lo que se refiere.

—¿Tuvo algún problema la chica?

—Nunca dijo nada, si lo tuvo.

—¿Has tenido relaciones homosexuales?

Dudó un momento, luego negó con la cabeza.

—No. En realidad, nunca pensé demasiado en eso.

Cuando le pareció que estaba cansado, Molly terminó la entrevista. Fue un primer encuentro interesante, pero sólo había rozado la superficie de la mente de Aaron, los márgenes de su vida. Lo que había revelado era elemental: que tenía miedo a la oscuridad, odiaba la autoridad, desconfiaba de sus mayores, rechazaba a sus iguales y que el hoyo podía ser muy bien el símbolo de todo lo que le horrorizaba en la vida. Fobia, disociación, alienación, desorientación religiosa... Todo aquello estaba presente, sin embargo no eran necesariamente síntomas de trastorno mental. ¿Quién sino un loco no tendría miedo del hoyo, con sus desastres periódicos, el aire viciado y la amenaza de la oscuridad? ¿O de la locura evangélica de un reverendo Shackles? Más bien eran testimonios de aquel lugar oscuro y prohibido de su mente donde acechaban las verdaderas criaturas y demonios que se arrastraban en sus atormentados sueños. Así pues, habían caminado juntos por el borde del precipicio, pero todavía tenían que recorrer el abismo.

Goodman cruzó la calle hacia la bodega Early Simpson's y encontró, cubierta de polvo en una estantería del fondo, una botella de vino tinto bastante decente que seguramente había estado allí desde que KC&M abrió el primer pozo. La compró y condujo carretera arriba, siguiendo las instrucciones de Rebecca. Su cabaña estaba al otro lado del torrente que rugía entre la espesura de los pinos. La noche llegaba temprano al profundo valle, sobre todo allí, donde los árboles borraban los últimos rayos de luz del sol. La casa no tenía nada que ver con el resto del pueblo, era una estructura en forma de A con un ventanal que daba a Morgan's Creek, al igual que el que corría paralelo a la orilla del riachuelo. Un puente de madera por donde sólo podía pasar un coche le permitió cruzar el torrente. Aparcó junto al Chevrolet de Rebecca y subió las escaleras hasta el porche. Las botas de ella estaban al lado de la alfombrilla. Goodman se estaba quitando los zapatos mojados cuando le abrió la puerta.

—No tiene por qué hacerlo —dijo—. Sólo es que me gusta andar por casa con viejos calcetines de lana.

Su aspecto le dejó atónito. Se había quitado la chaqueta y la falda de tela de algodón y se había puesto una sudadera gris y unos pantalones ajustados a los tobillos. Llevaba calcetines rojos de lana y se había soltado el brillante pelo rojo, que caía como una cascada alrededor de sus hombros como lava ardiente. Parecía más pequeña sin las botas, más vulnerable, con menos control de la situación, quizá porque allí se sentía segura y cómoda. La habitación estaba iluminada con velas que reflejaban una aureola alrededor de su cabello y suavizaban sus facciones.

Había encendido fuego en la chimenea, y la cabaña era un alivio cálido y dotado de personalidad frente a la austeridad del resto del pueblo: un desván, habilitado como dormitorio, ocupaba sólo la mitad de los metros correspondientes al techo; estaba justo encima de la cocina, situada al fondo de una gran habitación en forma de campana. Los libros se amontonaban en las estanterías alineadas en la pared. Había montones de revistas a cada lado de la ventana, y una mesa colocada en una esquina estaba cubierta de fotografías. Algunas estaban enmarcadas; otras, instantáneas dispuestas de cualquier manera, se apoyaban contra los marcos. También se distinguían varios montones de discos, algunos de los años sesenta, junto al barato equipo estereofónico puesto contra la otra pared. El lugar estaba limpio pero no demasiado ordenado, casi como si las cosas se hubieran dejado exactamente donde las había usado por última vez. No vio ningún teléfono.

—Espero que no le importe que haya encendido velas. Sólo utilizo la luz eléctrica para leer o coser. Odio desperdiciar las cosas.

—Es muy acogedor —dijo Goodman—. Me gusta el olor.

—Las hago yo misma —explicó ella—. A Aaron le encantaban las velas. Su

poema preferido era uno de Edna Saint Vincent Millay. Quizá lo conozca —lo recitó casi tristemente:

Mi vela se consume por los dos lados;
no durará toda la noche;
pero ¡ah, mis enemigos!, ¡oh, mis amigos!
¡qué luz tan preciosa da!

—Lo recuerdo de la universidad —dijo Goodman—. Un poco.

—Es un tópico, lo sé. Uno de los encantos de Aaron era que no reconocía los estereotipos. Todo era nuevo para él —señaló la esquina—. Ponga un disco, están ahí. Tengo que vigilar la cena. Espero que le guste el estofado.

—Me encanta.

—Bien. Ya debería estar sabroso, está reposando desde ayer.

Echó un vistazo a los montones de discos: Crosby, Stills and Nash; Buffalo Springfield; los Stones; Jefferson Airplane; como un viaje musical a través de los años sesenta y setenta, y finalmente escogió *Cheap Thrills* de Janis Joplin and Big Brother. Se acercó a las estanterías y observó las hileras de libros. Había tiras de papel que sobresalían de las páginas, como las lengüetas de los archivadores. Le sorprendió cuántas páginas se habían marcado. Cogió un volumen, un tomo delgado titulado *Quotations for Living* y lo abrió. Una frase había sido subrayada finamente con lápiz. «El mal llega a todos nosotros, hombres de imaginación, llevándose todas las virtudes de máscara. William Butler Yeats». Hojeó el libro hasta encontrar otra señal; un proverbio chino: «Hay dos hombres perfectos: uno muerto, el otro nonato».

—Ésas son señales de Aaron —le indicó ella desde el otro lado de la habitación—. Marcaba cosas que le gustaban en lápiz y luego, cuando las había memorizado, borraba las señales. Todavía estaba trabajando en ésas cuando se fue.

—Debía de tener bastante memoria —dijo Goodman, cerrando el libro de golpe y volviéndolo a colocar en la estantería.

—Extraordinaria. —La mujer sorbió ruidosamente una cucharada de estofado y se relamió con satisfacción.

Goodman destapó la botella de vino mientras Rebecca llevaba el estofado a la mesa y lo servía generosamente en los platos con la misma cuchara de palo. Él le apartó la silla de la mesa y ella sonrió con distinción al sentarse.

—*Déjà vu* —comentó, casi para sí misma.

—¿Cómo? —preguntó Goodman.

—Sólo recordaba —dijo, alcanzando y ladeando la botella para leer la etiqueta—. ¿Lo encontré aquí? —preguntó con sorpresa.

—Estaba escondida entre las botellas de cerveza y gaseosa.

Ella se rió.

—Hace tiempo que no bebo vino. La maestra de Crikside no suele ir a la bodega para escoger algo de beber cuando tiene sed.

El estofado era una espesa y succulenta mezcla de patatas, quimbombo, tomates, col y una carne de sabor fuerte pero sabrosa, que después supo que era conejo. Lo acompañaron con pan de maíz y comieron y bebieron vino, y hablaron más de Stampler; de la obsesión de su padre de que sus hijos debían seguir su ejemplo y trabajar en las minas; de su madre, que tenía miedo de no estar de acuerdo con el viejo Stampler, que hablaba con los espíritus y le echaba la culpa a Rebecca de la terquedad de su hijo; y de cómo el viejo Stampler le castigaba con su cinturón; el número de latigazos dependía de la gravedad de la ofensa.

—A veces, cuando venía, le había dado tal paliza... que tenía el trasero en carne viva...

La miró burlón. Rebecca apartó la mirada rápidamente y se apresuró a cambiar de tema y a explicar el insaciable apetito de Aaron por saber.

—Cuénteme más cosas de su madre. ¿Tenía problemas mentales?

—Nunca salió de casa el último año. Se hubiera muerto de hambre a no ser por los vecinos. Tal vez la soledad se la llevó al final. Todo lo mal que trató a Aaron..., y cuando se marchó no sabía qué hacer. Dependió de los hombres toda su vida y cuando se fueron, no pudo arreglárselas sola.

—Me refería a antes de eso. Siempre fue, ya sabe... el tendero y Koswalski dijeron que siempre fue un poco rara.

—Era una mujer muy religiosa. Solía hablar con Dios de vez en cuando. Muchos de por aquí lo hacen, de todas maneras.

—Tal vez porque no tengan a nadie más con quien hablar —dijo Goodman.
Ella se rió.

—Muy posiblemente.

—Y por lo que me han contado no tenía demasiado en cuenta la educación.

—No, para nada, pero eso tampoco es raro.

—Parece que Aaron era un alma bastante libre.

La maestra asintió con algo de melancolía.

—Todo le atraía —dijo—. Leía libros de anatomía cuando trabajaba con el doctor Koswalski y libros de derecho cuando trabajaba con Avery Dagget. Cuando era estudiante de segundo año en el instituto, representó el papel de Biff en *Muerte de un viajante*. Estuvo maravilloso, le encantaba actuar, de veras. Por supuesto, a la gente de aquí no le gustó nada la obra, pero a él no le importaba porque se convertía en Biff cada noche.

Pero como todo lo demás, no tenía mucho sentido aquí. El hecho es que nunca lo volvió a mencionar después de aquello.

—¿Adonde fue cuando se marchó del pueblo?

—A Lexington, creo. Oí que trabajó en el hospital de allí durante una temporada.

—¿Nunca le escribió?

Movió negativamente la cabeza.

—No esperaba que lo hiciera.

De nuevo la habitación se quedó en silencio. Una pregunta mordisqueaba el cerebro de Goodman, pero la hizo retroceder hasta un rincón oscuro de su mente.

La joven se inclinó sobre la mesa, observándolo.

—¿Qué hacía antes de convertirse en poli de un abogado? —preguntó.

—Era boxeador.

Pareció sorprenderse por un momento.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Profesionalmente?

—Sí. Trabajaba para pagarme los estudios en la Universidad de Derecho —dijo Goodman—. Me rompí la mano y Marty me convenció para que me dedicara a esto.

—¿Marty es el abogado?

Goodman asintió.

—¿Es bueno?

—El mejor —dijo Goodman—. Si Aaron tiene una posibilidad, es Marty.

Rebecca fijó la mirada en el vaso de vino, absorta en sus pensamientos, y comieron en silencio durante un rato más.

—¿Estuvo en Vietnam? —preguntó de pronto.

Goodman asintió.

—En el sesenta y nueve y el setenta.

—Fueron años malos.

—Cualquier año fue malo allí. Yo no lo pasé tan mal. Estaba dos semanas en el interior, luego me retiraban, me enviaban a Saigón o a la bahía para boxear. Entrenaba un par de semanas, peleaba en un combate, me daban dos semanas de descanso y me volvían a enviar al frente. Todo el tiempo fue así.

—¿Siempre ganaba?

Asintió.

—Todos excepto el último.

—¿Y qué pasó?

Levantó la mano. Los huesos habían cicatrizado mal y estaban torcidos y deformados. Era un puño nudoso, como el nudo de un árbol. La joven se acercó más a él, le cogió la mano entre las suyas, y palpó sus imperfecciones, imaginando el dolor que le debió causar.

—¿Le gustaba boxear? —preguntó, mirando todavía la mano rota.

—Con aficionados estaba bien; eran boxeadores jóvenes con estilo. Pero profesionalmente no me agradaba. Lo hacía por el dinero. Fue una especie de alivio cuando me destrocé la derecha.

—No está destrozada —dijo ella, mirando cómo su pulgar recorría las irregularidades de la mano—. Es diferente. Tiene personalidad.

—Gracias. A propósito, ¿de dónde es usted?

—De Santa Fe.

—Santa Fe. No situaba el acento.

—Me escapé de casa cuando tenía dieciséis años. Pasé seis años en Fíaight-

Ashbury —hizo una pausa, su mente dio vueltas hacia un sueño psicodélico que había durado más de media década—. Dios mío, «viajábamos» día y noche. Durante seis años, creí que el sol estaba teñido y las nubes eran de nata montada, la realidad del LSD.

—¿Cómo vino a parar aquí?

La joven vació la botella de vino, repartiéndolo entre ambos vasos.

—Contesté a un anuncio del *Lexington Tribune* —dijo con una sonrisa. Se levantó y se dirigió a la cocina, andando con cuidado. Sacó un paquete de cigarrillos de un cajón y volvió a la mesa con la misma cautela.

—A veces me gusta fumarme un cigarrillo —comentó—. Fumo un par cada tres, cuatro meses. Es una droga barata, aunque en realidad ahora no necesito drogas.

Encendió un cigarrillo.

—¿Qué es lo que pasó después de Haight-Ashbury? —preguntó Goodman.

—Oh, fui dando tumbos por ahí. —Se encogió de hombros—. Pasé algún tiempo en comunas y todo eso. Acababa de salir de un centro de rehabilitación y leí este anuncio en que pedían una maestra. Sin referencias, eso es lo que me atrajo. Durante casi un año, viví en una comuna en las afueras de Toledo, enseñaba a los niños, ya sabe, el abecedario, a leer... Así que pensé, ¿por qué no? Sin referencias. Cuando has estado colgada durante seis años, es importante. E imaginé que no habría otro lugar mejor para desengancharse.

—¿Hace diez años que vive aquí?

Asintió.

—Desde que tenía veinticuatro. Era una masa de neurosis. Solía soñar que los astronautas invadían mi mente.

—¡Vamos! —dijo Goodman—. Luego me dirá que hay fantasmas en Sackett's Ridge.

—Eran como siluetas en esa ventana de ahí. —Movié los dedos hacia el panorama de la ventana—. Eran mineros astronautas, lo sabía porque llevaban luces psicodélicas en los cascos, parecían calidoscopios. Y notaba cómo se metían en mi cerebro. —Se detuvo, se rió tontamente y añadió—: Ahora ya no sueño con ellos. Quizás estén ahí para siempre.

—Quizás acabó con ellos —sugirió Goodman.

—¡Oh, no! Sólo cambié a otras cosas. Y por cierto, hay un fantasma ahí arriba, en la loma. Algunas personas muy importantes se han tropezado con ella.

—¿Es una mujer?

—Supongo que es Mary Lafferty.

—Ah... bueno, ¿quiere que cojamos el coche y subamos? Podríamos asustarla.

—No. —La luz de la vela vacilaba en sus ojos verdes—. Fantasmas esta noche, no.

—Bueno, supongo que será mejor que encuentre un lugar para pasar la noche. Tengo entendido que hay una pensión unos doce kilómetros más abajo siguiendo la

carretera.

—Sí, en Morgan's Creek.

—Eso es —dijo él sonriendo—, cogieron el nombre primero.

—Ha estado hablando con Clyde Boise.

—¿Es ése el dueño de la tienda?

—Ajá. Ése es su mejor chiste.

—Entiendo qué quiere decir sobre el sentido del humor en este pueblo. Es el que me dijo que Sam y Mary se mataron en un accidente de coche. Un accidente.

Rebecca apoyó los brazos sobre la mesa y la barbilla en las palmas de las manos y observó a Goodman a la luz de las llamas vacilantes de las velas. Tenía un rostro maravilloso. Marcado de cicatrices por la violencia del boxeo y grabado por los castigos sufridos, no llegaba a ser guapo, lo cual agradeció. Sumergida en el cosmos vertiginoso del vino, se sintió como si pudiera ver su interior a través de los hermosos ojos de Goodman, y lo que vio fue un arquitecto de refugios de almas perdidas, criaturas cargadas de causas desventuradas; un hombre que podía resistir un golpe de espada, pero no una herida en el corazón. Se acercó más a él y acarició su cara con las yemas de sus dedos. La áspera cicatriz escondida en la ceja y el caballete descarnado de su nariz torcida animaron su deseo como un afrodisíaco, y ella se quedó sin aliento. Finalmente se levantó, le cogió de la mano y le llevó hasta las escaleras para subir al dormitorio.

La cama parecía del tamaño de un continente y estaba cubierta con un colchón de plumas hecho a mano y sábanas de franela de color amarillo pálido. Rebecca encendió una sola vela en la mesita de noche junto a la cama y entonces, lentamente, le desabrochó la camisa, la abrió y exploró su pecho con suavidad con las palmas de sus manos, como un ciego examina una textura extraña. Él respondió acariciándole el pelo, dejándolo deslizarse entre sus dedos y después acariciándole la nuca. Los dos respiraban arrítmicamente. Ella se quitó la sudadera, sus pechos surgieron por debajo, y se los apretó contra sí; se levantó de puntillas hasta que los pezones de ambos se encontraron. Él la besó y ella siguió a su boca, halló su lengua y entonces la boca de la joven se abrió y atrajo sus labios hacia los suyos. Goodman deslizó sus manos por debajo del pantalón de ella, abrazaron los montículos de las nalgas, apretándola contra él, y Rebecca empezó a moverse muy despacio contra el hombre, mientras su aliento creaba una cadencia irregular para un lento ballet de descubrimiento mutuo. Ella le desabrochó los pantalones, en la cremallera se dibujaba su geografía priápica, y la joven dejó caer los pantalones y él hizo lo mismo, deslizándolos hacia abajo. Entonces ella retrocedió y se observaron antes de que Rebecca lo guiara hacia la cama.

Ella besó la barbilla, el cuello, halló los lóbulos con la lengua mientras sus manos recorrían su estómago, tocándolo y acariciándolo y él buscó su suave vello, lo palpó notando cómo se tensaba y se mojaba bajo sus dedos, mientras la mujer temblaba al levantarse para alcanzarlo. Se acariciaron, sus gemidos y quejidos se convirtieron en

una rapsodia. El tiempo y el lugar se disolvió entre convulsiones de éxtasis, hasta que ella se puso encima de él; con una pierna a cada lado, mirándole fijamente a los ojos y exclamando al guiarlo dentro de ella. Goodman alzó la vista para mirarla y ella se inclinó sobre sus brazos rígidos, arqueó la espalda, se apretó contra él, su cabello rozándole la cara; cada vez se movían más rápido, aceleraban, luego se refrenaban, luego aceleraban, así hasta que finalmente se entregaron al enloquecido éxtasis.

Al concluir, se desplomó encima de él, se quedó tendida allí varios minutos hasta que recuperó el aliento y por fin se levantó y se echó sobre su estómago, con la cabeza acurrucada en su hombro, la respiración todavía inquieta.

—¡Oh, Dios mío! —le murmuró al oído—. Qué magnífico desear algo tanto. Quiero decir, que me atraieras de esta manera. No me había pasado desde hacía mucho tiempo. Fue tan bueno... sólo... volver a desear algo.

—¿Tan sola te encuentras?

—Loca. —Se rió tontamente—. Supe que te deseaba en cuanto entraste en la escuela y dijiste eso, ¿sabes?, lo de aprender algo. Pensé: ¡Dios mío!, un hombre con verdadero sentido del humor, que busca una relación estrictamente corporal.

Goodman le acarició la espalda con la mano, tranquilizándola, sintiendo cómo su pulso —en sincronía con el suyo— volvía a la normalidad. Ella se incorporó sirviéndose de los codos, le besó suavemente y se dio la vuelta.

—¿No sería magnífico fumar un cigarrillo ahora? —dijo en voz baja. Goodman encendió uno y se lo dio.

Rebecca fumó durante un rato, luego apoyó la mano libre en su brazo, acariciándolo, y se acercó mucho a él.

—Pasa la noche conmigo —le susurró dulcemente al oído—. Quiero sentir que estás a mi lado cuando me despierte por la mañana. Quiero olerte antes de abrir los ojos. Puedes preparar el desayuno y yo llegaré tarde a la escuela. En doce años, nunca he llegado tarde a la escuela.

—Son capaces de caer sobre nosotros, tatuar una A en tu frente.

—Entonces me cambiaré el nombre, me pondré Abigail.

Se incorporó apoyándose en un codo y la observó.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó.

—Ya te lo dije. Me atraías...

—No, conmigo no —se rió—. Quiero decir, aquí. ¿Qué estás haciendo en este maldito Crikside de Kentucky?

Tardó un minuto o dos en contestar.

—Supongo que me escondo —dijo lastimeramente.

—¿De qué?

—De en lo que se ha convertido el mundo —respondió—. Quizá... tenga miedo de volver ahí fuera.

—¿Nunca lo echas de menos?

—Echo de menos un hombre que se ría. Echo de menos unos brazos fuertes y

cariñosos que me abracen. Es extraño pero siempre me gustó el olor de la loción para después del afeitado. Oh, al principio echaba de menos los museos, escuchar buena música, cosas como ésas. Pero eso se supera. Incluso aprendí a tocar el violín. Sé tocar un baile escocés muy alegre. Y me gusta mi independencia. No trabajo para KC&M, trabajo para el condado. KC&M no es dueña de la tierra, se la compré al condado porque nadie la quería. Esta casa es prefabricada, como las maquetas de aviones. La vi en un anuncio en un dominical. Durante dos años estudié para montarla, traté con carpinteros, fontaneros y lampistas para que me ayudaran.

—¿Y no vas a marcharte nunca?

Miró fijamente al techo durante un rato y después dijo:

—No, creo que no.

—¿Puedo preguntarte algo muy personal?

—¿Es acerca de Aaron, verdad?

—Sí. Por eso vine a Crikside, ¿lo recuerdas?

—De acuerdo, pregunta —dijo con resignación.

—Se me ocurrió por lo que dijiste sobre su padre, cuando le pegaba esos azotes.

Es sobre las señales en el trasero que mencionaste haber visto.

—¿Sí?

—¿Las viste?

Ella no contestó.

—¿Te acostabas con Aaron?

Observó su expresión cambiar de irritada a fría, luego a extrañada, y de nuevo a resignada, o quizá fuera de aceptación.

—¿Por qué haría eso? —preguntó.

—No lo sé —dijo Goodman—. Era sólo una pregunta. Sólo di no.

—No puedo.

Goodman no dijo nada, sólo esperó.

—Sí —respondió tendida en la cama, malhumorada y con los ojos cerrados—.

Desde que tenía catorce años hasta que se fue.

—¿Catorce?

Asintió.

—Era como un ritual. Hacíamos el amor dos, tres veces a la semana. Excepto durante cuatro meses, cuando salió con Mary. Luego volvimos a hacerlo, después de que muriera.

—¿Mary?

—Mary Lafferty.

—La chica que estaba con su hermano...

Ella asintió con la cabeza.

—Fue la primera de la que Aaron se amarteló, justo después de empezar las clases en el instituto de Lordsville. Era de Morgan's Creek y salieron juntos durante casi cuatro meses y, sabes, es realmente extraño, aunque no lo hacían, Aaron tenía

este extraño sentido de... no lealtad, exactamente, más bien monogamia. Dejó de acostarse conmigo durante esa temporada. Sam era un año mayor que Aaron. Jugaba en el equipo de fútbol y creo que Mary lo encontró más deseable. Fue la primera decepción amorosa de Aaron. Todos pasamos por ello.

—¿Le afectó?

—En realidad no. Cuando lo descubrió, tan sólo... los borró de su mente. Podía hacerlo. Si alguien le hería, podía sencillamente tacharlos con una X.

—¿Un niño de catorce años?

—Si nunca has vivido en un lugar como éste, no lo entenderás.

—Déjame intentarlo.

Aspiró una calada profunda del cigarrillo y soltó el humo, una lenta y firme bocanada de humo, sin mirarlo a él.

—Me atrajo su pasión —dijo—. Era un joven muy apasionado, incluso antes de llegar a la adolescencia. La pasión es una cualidad muy rara aquí.

—¿Sólo pasión?

Se quedó mirándolo con desprecio.

—¿Acaso esto forma parte de tu investigación?

—Sí —contestó, aunque un poco indeciso.

—¡Hummm...! —Rebecca miraba el techo mientras hablaba, marcando pausas entre las frases, haciendo interminable el cigarrillo—. Ya te he dicho que era muy listo. E inteligente... Hablábamos de cosas que nadie más de aquí habría entendido. Recuerdo que una vez, nos quedamos en la cama dos, tres horas, hablando de la composición de las fotografías de Ansel Adam y... los sentimientos que nos producía cada fotografía. Cosas así...

Estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo y él delante de ella, leyendo *Winesburg, Ohio* de Sherwood Anderson, que era uno de sus libros preferidos. Llegaba al final del relato titulado «Madre», una historia agrídulce sobre los ritos de iniciación en la adolescencia y la incapacidad de las madres y los hijos para exteriorizar alegría, tristeza o euforia mutuamente. Cuando el chico leía, lo hacía sin acento. Las típicas contracciones del valle desaparecían y eran sustituidas por vocales metódicas y consonantes concisas y por la belleza de las palabras tejidas en la magistral narración.

«Trató torpemente de girar el pomo de la puerta —leía—. En la habitación, el silencio se tornó insoportable para la mujer. Quería gritar con alegría por las palabras que habían salido de los labios de su hijo, pero la expresión de alegría se había convertido en algo imposible para ella...».

Dejó de leer a medio párrafo del final y miró a Rebecca, y hubo un tiempo, que pareció interminable, durante el cual permaneció allí sentado con la respiración entrecortada y la miraba con una pregunta en los ojos que ella había visto muchas veces anteriormente. Sabía que era inevitable, puesto que había visto, a través de los años, formarse su deseo, mirada tras mirada, pensamiento tras pensamiento.

—Pueo tocarla —dijo tímidamente.

—No digas «pueo», di «puedo»...

—Puedo. Puedo, puedo, puedo... —repitió, cerrando los ojos durante un segundo, su respiración cada vez más fuerte, como si estuviera corriendo.

Ella lo miró y vio la emoción en sus ojos. Era un momento que Rebecca había temido, esperado, fantaseado y por último deseado, pero nunca animado. Ya no podía negarse. Ya no era cuestión de tener en cuenta la conciencia o las costumbres. Su piel estaba electrificada, bullendo de deseo. Se desabrochó la blusa lentamente pero no la abrió y se quedó sentada, paralizada pese a la adrenalina, mientras su corazón latía en sus sienes y su boca se reseca. Él la miró fijamente, casi sin aliento, se lamió los labios secos y la alcanzó con manos temblorosas. Las yemas de los dedos apenas tocaron su piel a través de la pequeña abertura de la camisa desabrochada. Aaron movió la mano hacia abajo, demorándose, inseguro, no explorando sino sintiéndola, como si pudiera percibir cada molécula. Entonces, con la misma lentitud, abrió la camisa y miró asombrado sus pechos. Movié las manos hacia arriba otra vez, pero se detuvo y las apartó, dejándolas suspendidas en el aire, a dos centímetros de sus pezones.

—Está bien —dijo ella susurrando. Sintió que su busto se hinchaba y alcanzándolo, le cogió las manos y las puso sobre ella y sintió que sus pezones se endurecían bajo sus palmas. Y él continuó su delicada exploración con dedos suaves como las plumas.

—Mira, no estoy avergonzada de ello —dijo—. No le seduje. Pasó durante un largo período de tiempo. Creo que empezó cuando tenía... no sé... unos doce años. Fue algo muy gradual. Cuando pasó fue porque los dos queríamos que pasara.

—Como dijiste, aquí la gente se casa a los catorce años. ¿Un poco arriesgado, no? Es decir, me parece que en Crikside podría haberse organizado un escándalo que hubiera terminado en tu linchamiento.

—Quizá eso también ayudó.

—¿Le querías?

Pensó en aquello durante un largo rato, intentando hacer anillos de humo hacia el techo, pero se deshacían enseguida.

—Le tenía lástima —respondió finalmente. Entonces cerró los ojos y al cabo de un momento añadió—: No, tenía lástima de nosotros dos.

De pronto, le dio la espalda a Goodman un momento y luego se sentó en el borde de la cama, su piel blanca oculta tras la cascada de cabello rojo.

—Formaba parte de su educación —dijo sin culpabilidad ni vergüenza—. ¿Por qué no? Le enseñé todo lo demás.

Cuando Naomi Chance llegó a la oficina a las ocho y media de la mañana, Vail ya estaba trabajando. Sin afeitarse, con la camisa más arrugada que una bola de papel, estaba mirando detenidamente las fotografías y tomando notas, tal como había estado haciendo la noche anterior cuando se marchó. Había un plato de comida sin acabar sobre su escritorio junto al bloc. Su café echaba humo. Estaba tan profundamente concentrado que no la oyó entrar. Ya estaba acostumbrada a eso. Vail lo llamaba «bucear», porque era como ir por debajo del agua. Era un mundo diferente, sin sonido, en el que todos los datos y aspectos del caso estaban mezclados y él intentaba clasificarlos, ordenarlos de nuevo en una cronología lógica hasta que formaran un cuadro que tuviera sentido para él. Como un rompecabezas legal, el cuadro se aclaraba a veces aunque faltaran algunas piezas. Naomi se desentendió y procedió con su rutina diaria. Veinte minutos más tarde, Vail estaba en la puerta de su despacho.

—¿Qué hora es? —preguntó Vail, que nunca llevaba reloj en la oficina.

—Casi las nueve.

—Tommy ya ha vuelto. Él y el juez vendrán antes de mediodía.

—¿Vais a organizar una reunión para definir la estrategia? —preguntó Naomi.

Vail asintió.

—Tengo ganas de oír el informe de Tommy —dijo.

—Dudo de que ni siquiera Tommy haya podido averiguar demasiado en un pueblo llamado Crikside. —Se rió—. ¿Qué hay de la doctora?

—También viene a pasar el día. Además, quiero que oiga lo que Tommy tiene que decir.

Casi a la misma hora, al otro lado de la ciudad, el teniente Stenner había reunido a los hombres encargados del caso en su despacho, una habitación grande totalmente desprovista de personalidad o calor. En su enorme escritorio había dos teléfonos y dos montones de informes seleccionados, sin leer a la izquierda, leídos a la derecha. Su silla rígida y de respaldo recto, sin almohadilla, parecía tan cómoda como un potro de tortura. No había fotografías en esa desnuda habitación, ni libros, ni premios ni menciones en las paredes; solamente dos tableros grandes de corcho, en uno estaban colocadas las fotografías del asesinato Rushman y fotocopias de dos o tres informes, y en el otro una relación de todos los casos en investigación y su estado actual. Era obvio que Stenner era un hombre tan por completo dedicado a su deber que excluía cualquier detalle remotamente personal de su despacho.

El equipo estaba compuesto por el doctor Bill Danielson, el médico forense del condado; Harvey Woodside, el obeso y asmático juez de primera instancia e

instrucción; y un grupo de seis detectives dirigidos por su ayudante, el sargento Lou Turnen. Todos ellos eran veteranos escogidos a dedo, un equipo de expertos eficientes, cada uno de los cuales se había ganado menciones y premios por su competencia. Jane Venable observaba desde una incómoda silla cerca de la puerta.

Stenner se quitó la chaqueta, la colgó en su silla y se puso frente a los demás, con sus tirantes de color rojo chillón —el único color en la habitación, aparte de la sangre de las fotografías del juez de primera instancia e instrucción— sujetándole el pantalón azul marino. Se ajustó con mucho cuidado las gafas de montura metálica y se frotó las manos.

—Llevamos una semana en esta investigación —empezó diciendo con sus voz monótona, formal, sensata—. Veamos lo que tenemos. Señor Danielson, ¿podría empezar usted, por favor?

—Sí, señor.

Danielson, un hombre de cuarenta y tantos años, casi cincuenta, era un aficionado a la pesca de piel curtida, bronceada, y bíceps fuertes que tiraban de las mangas de una camisa azul claro. Llevaba el cuello de la camisa abierto y la corbata baja. Era originario del sur y su voz profunda era una sonora combinación del suave acento de Georgia y el de las llanuras del medio oeste. Sacó un lápiz del bolsillo de su camisa y se acercó al tablero de las fotografías. Stenner se sentó a un lado. Todos los de la habitación ya estaban preparados con sus lápices y carpetas, dispuestos a tomar notas. Antes de hablar, Danielson sacó un puro y empezó a quitarle el papel de celofán.

—Preferiría que no fumara —dijo Stenner—. Mi despacho apestará durante días.

Danielson lo miró fijamente un momento.

—Es su despacho, Abel —concedió y empezó a hablar, haciendo hincapié en sus observaciones mientras señalaba las fotos correspondientes con el puro sin encender.

—La víctima, el arzobispo Rushman, recibió un total de treinta y siete heridas. Por lo menos nueve, posiblemente hasta doce, de estas heridas fueron mortales. La muerte también podría haber sido causada por *shock* hemorrágico, es decir, desangramiento, conmoción traumática o súbito paro cardíaco, todo ello consecuencia de la gravedad de las heridas. Una incisión *ante mortem* o una herida de puñalada en el cuerpo que corta una arteria o vena grande o un importante órgano vascular, produce una hemorragia profusa, conmoción y la muerte en un corto período de tiempo, las circunstancias de este caso.

»Las heridas causadas por arma blanca se dividen en cuatro categorías: cortantes, punzantes, incisopunzantes y heridas quirúrgicas, que son el tipo de heridas normalmente hechas por un médico o un cirujano. Esta víctima sufrió heridas punzantes e incisopunzantes y posiblemente una herida quirúrgica. En las heridas punzantes e incisopunzantes, el arma más corriente es el cuchillo, en este caso un cuchillo de cocina de los de trinchar, con una hoja de treinta centímetros de largo y de diez centímetros de ancho. Podemos atribuir todas las heridas que había en el cadáver del arzobispo Rushman a esa única arma.

»Ahora bien, en las heridas punzantes, los bordes de la herida son limpios, sin abrasiones ni contusiones, como es lógico. El tamaño y la forma de la herida en la piel depende de la configuración del arma, la dirección del impulso, el movimiento de la hoja, el movimiento del individuo apuñalado y el estado de relajación o tensión de la piel. —Señaló varios pinchazos en las fotografías—. La víctima sufrió treinta y siete heridas. Catorce en el pecho y en el torso superior, siete de las cuales penetraron o en el corazón o en los pulmones, cuatro en el antebrazo izquierdo y tres en el derecho, tres en la palma de la mano izquierda, una en la derecha, ocho en el abdomen y tres en la pierna derecha. Las heridas del brazo y las palmas es probable que se produjeran cuando la víctima intentó protegerse.

—Perdone, Bill —dijo Stenner—. Pero creo que nos podemos ahorrar las descripciones técnicas para el juicio. Ahora mismo creo que lo que nos interesa es el número de heridas y la causa de la muerte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Danielson—. Las incisiones son aquellas en que el instrumento corta la piel y recorre un trayecto dentro del cuerpo. Encontramos doce incisiones, la más seria de las cuales fue la del cuello. Esta herida casi cortó la cabeza. Las incisiones en el cuello son en su mayoría muy profundas y alcanzan la columna vertebral. El hecho es que la columna vertebral es con probabilidad lo único que evitó que la víctima fuese decapitada. Es difícil determinar cuál de estas heridas fue infligida primero, pero mi opinión como experto es que la herida del cuello fue la primera y habría sido suficiente para causar la muerte inmediata. Es interesante tener en cuenta que normalmente una herida en el cuello tan profunda y perfecta como ésta se haría por detrás de la víctima, desde su espalda. Esta herida fue hecha de cara a la víctima. La muerte por incisiones en el cuello no sólo puede deberse al desangramiento, sino también a la fuerte entrada de aire en el émbolo. Nuestras radiografías del pecho para detectar aire en el corazón y en el sistema venoso indican que así fue.

—O sea que seguramente lo vio venir —dijo Turner.

—Creo que sí —contestó Danielson—. Con frecuencia en heridas del cuello tan graves, también se produce espasmo cadavérico, es decir rigidez cadavérica, pero no creo que eso sucediera en este caso.

—¿Por qué no? —preguntó Venable.

—Por las heridas de los antebrazos y sobre todo las de las palmas. Es evidente que intentó protegerse.

—De acuerdo. Siento haberle interrumpido.

—Las otras heridas de incisiones se hicieron en la cara, el cuero cabelludo, el pecho y el abdomen, y en cada pierna. Ninguna de éstas fue suficientemente grave en sí misma para que le causara la muerte.

»Finalmente tenemos cortes. Diecisiete en total, la mayoría de los cuales fueron superficiales en comparación con las heridas traumáticas. Y después tenemos la extirpación de los genitales, que se colocaron en la boca de la víctima. A propósito,

esta amputación fue realizada por alguien con ciertos conocimientos de cirugía, sobre todo teniendo en cuenta que se hizo con un cuchillo de trinchar. Ése es el corte que indica cierta técnica quirúrgica.

—¿Cree que el asesino tenía algún tipo de formación médica? —preguntó Stenner.

—Es posible. Desde luego no era del todo ajeno a tales procedimientos.

—¡Vaya! —respondió Stenner.

—La pérdida de sangre fue masiva —prosiguió Danielson, sin que sorprendentemente perdiera el hilo del pensamiento a pesar de las interrupciones—. El cadáver contenía menos de un litro de sangre cuando se practicó la autopsia. Eso es extraño. Por lo general el desangramiento disminuye cuando los órganos dejan de funcionar, sobre todo cuando el corazón deja de palpar. Después de eso, la sangre pasa a los tejidos. Creo que a pesar de la gravedad del ataque, la víctima pudo haber sobrevivido más tiempo del que normalmente es de esperar.

—¿Se resistió mucho? —preguntó Stenner.

—A juzgar por las heridas de los antebrazos y de las palmas, yo diría que sí. Pero no durante mucho tiempo. Este hombre murió muy deprisa.

—¿Qué hay del dolor? —preguntó Woodside.

—Intenso mientras duró.

—¿Cuánto tiempo cree que duró? —preguntó Stenner.

—El tiempo que se tarda en morir tras una incisión en el cuello depende de si los sistemas arteriales están rotos y de si hay embolia gaseosa. En este caso hubo las dos cosas. Pero a juzgar por las heridas en los brazos y en las palmas, podría haber sobrevivido hasta un minuto, minuto y medio. Si la herida del cuello fue el primer corte, no creo que se hubiera mantenido consciente, pero es posible que consiguiera resistir durante un minuto más o menos.

—¿Qué hay de esa fotografía de la derecha? La nuca. ¿Qué es eso? —preguntó uno de los detectives.

—Ahora iba a comentarlo —dijo Danielson—. No puedo dar ninguna explicación dé esto. Fíjense en esta fotografía de aquí, que se hizo durante la autopsia. —Señaló un plano de la parte posterior de la cabeza de Rushman. Justo debajo del límite del pelo, en la nuca, había escrito «B32.156» con sangre—. No puedo explicar los números —concluyó—. Pero claramente se escribieron con sangre del arzobispo, igual que el número 666 en el estómago, una referencia obvia al diablo.

—¿Otras conclusiones? —preguntó Stenner.

—Sólo que hubo cierta habilidad quirúrgica en esta tarea —contestó Danielson—. Varias de estas heridas son muy precisas, hasta el punto de alcanzar órganos vitales y lesionarlos gravemente. Y otras fueron tan sólo debidas a un encarnizamiento hecho al azar. También creo que el asesino es zurdo.

—Gracias —dijo Stenner, y Danielson regresó a su silla.

—¿Señorita Venable? —preguntó Stenner, mirando a la fiscal.

—De momento nada —contestó.

—Lou, ¿qué tiene para nosotros?

Turner se dirigió hacia el tablero y clavó el diagrama del escenario del asesinato en él.

—Tenemos los tres interrogatorios invalidados, pero que ofrecen su versión de los hechos. El muchacho afirma que entró por la puerta principal, por aquí, oyó algo arriba, en las habitaciones del arzobispo, y subió. Dice que entró en el dormitorio y ahí es donde empieza el sin sentido de la historia. Stampler dice que había alguien más en la habitación, alguien de quien tiene miedo, que él, Stampler, perdió el conocimiento y que lo siguiente que recuerda es que salió del dormitorio. Afirma que oyó a alguien abajo, fue presa del pánico, corrió por el pasillo, salió por la puerta trasera y bajó las escaleras. Entonces vio un coche de policía aquí, en el callejón, así que retrocedió, se metió en la iglesia, bajó corriendo por este pasillo y se escondió en el confesionario donde lo encontramos.

—¿Usted qué cree? —preguntó Stenner.

—Eso son chorradas, una pura mierda. Perdona, señora.

Venable sonrió.

—He oído esa palabra antes, sargento. Y me inclino a estar de acuerdo con usted.

—Registramos su *stander*, pero había sido desvalijado antes de que llegáramos —prosiguió.

—¿Y quién lo hizo? —preguntó Venable.

—Otros... buff, residentes... de los agujeros. Dudo de que hubiera demasiado que robar. También estamos intentando localizar a su novia —recurrió a sus notas—. Linda. Hasta ahora no hemos tenido suerte con ella, al parecer se fue hace unas tres semanas. No hay registro de apellidos en Savior House, pero quizá podamos descubrir algo sobre ella. Creemos que es de algún lugar de Ohio, posiblemente Akron o Dayton. No la culpo por marcharse, nadie soportaría los agujeros demasiado tiempo.

«Nuestros interrogatorios a sus amigos del albergue y al personal de la iglesia aún no han dado demasiados resultados. Todos tienden a mantener que el arzobispo y él estaban muy unidos. Este Stampler es un chico muy listo, probablemente su coeficiente intelectual es de 130 o 140. Es de Crikside —hubo risas en la habitación —, así es, de Crikside, Kentucky, una población de unos cincuenta y dos habitantes —dijo, riéndose entre dientes—. No hay demasiados teléfonos en Crikside, pero hablamos con dos o tres personas de allí que lo conocen. No les consta que tuviera un comportamiento extraño allí, ni tampoco detenciones.

»A1 parecer era un chico independiente. El padre murió de silicosis, el hermano se mató en un accidente de coche. La madre falleció el año pasado, más o menos un año después de que se marchara. Parece ser que padeció algún tipo de trastorno mental antes de morir, pero el médico nunca lo diagnosticó. Según él, era una, y cito textualmente, “loca solitaria”.

—¿«Loca solitaria»? —se extrañó Woodside.

—«Loca solitaria» —repitió Turner—. Como decía, fue un alumno excelente en la escuela y el instituto y todavía nos faltan unos meses de su vida, desde que se marchó del pueblo hasta que vino a la ciudad, así que todavía tenemos mucho trabajo que hacer respecto a su pasado, teniente.

—¿Hay algún informe de la policía de aquí, consta que haya tenido problemas antes de ahora?

—Hasta ahora nada —contestó Turner—. Trabajó de asistente en el hospital durante unos meses. Obtuvo buenas referencias del personal de allí, pero lo dejó y entonces consiguió un trabajo en los servicios de limpieza de la biblioteca, en la que el director también nos dio buenas referencias de él. Seguía cursos por correspondencia de la universidad, pero aún no hemos conseguido sacar su expediente. Eso es todo hasta ahora.

—¿Se atreve a formular una hipótesis de lo que significan los números de la nuca? —preguntó Danielson.

—De ningún modo —dijo Turner, sonriendo—. ¿Alguien se atreve?

Los otros detectives negaron con la cabeza.

—Gracias, Lou —dijo Stenner—. Doctor Woodside, le toca a usted.

Woodside levantó su enorme mole de la silla y fue anadeando hasta colocarse frente a los demás.

—Sin aburrirles con fraseología técnica, eso lo reservo para el gran espectáculo, esto es lo que podemos demostrar —afirmó jadeando, y luego esbozó una sonrisa bastante presumida—. El cuchillo que tenía el asesino en el momento de la detención es claramente el arma que se empleó en el homicidio. La sangre en el cuerpo y en la ropa del asesino es la de la víctima. También había partículas de carne de la víctima en el arma y en la ropa del señor Stampler. Las huellas dactilares de las jambas de las puertas, de las paredes y del arma que se empleó coinciden con las del que perpetró el crimen. También encontramos fibras en su ropa que coinciden con las fibras de la moqueta y podemos seguirle la pista desde el escenario del crimen hasta la cocina siguiendo las manchas de sangre de la moqueta. Asimismo podemos demostrar que salió por la puerta de la cocina y bajó las escaleras, luego volvió a entrar en la iglesia a través de la puerta trasera y se dirigió por el pasillo hacia la iglesia, y de ahí fue al confesionario donde lo encontraron escondido.

—¿Qué hay del cajón de los cuchillos? —preguntó Venable—. ¿Hay huellas?

—Es bastante extraño, pero no —dijo Woodside—. Pudimos extraer fibras del cajón, pero aún no coinciden con nada.

—Estaría bien que pudiéramos demostrar que entró por la puerta trasera y llevó el cuchillo al dormitorio —sugirió Venable—. Serviría para demostrar que hubo premeditación.

—Lo tendré en cuenta —aseguró Woodside.

—Muy bien —dijo Stenner. Miró a Venable con lo que pasó por una sonrisa—.

¿Hay algo de momento? —preguntó.

—Parece que lo tenemos bien —juzgó Venable, levantándose. Y se adelantó hasta situarse frente al grupo—. Pero necesitamos dos cosas más para cerrar este caso.

—¿Un móvil? —preguntó Stenner.

—Así es —respondió Venable—. Estoy segura de que los psiquiatras dejarán que vaya a juicio, pero eso no descarta que Vail alegue desequilibrio mental, sólo significa que Stampler puede ser sometido a juicio. Esperemos que nuestros psiquiatras no decidan que se trata de un caso de enajenación mental. Lo cual me recuerda que Vail también se ha buscado un psiquiatra.

Abrió su cuaderno de notas.

—Molly Arrington. Treinta y cuatro años, graduada *magna cum laude* por la universidad del estado de Indiana, ha trabajado con enfermos mentales en la clínica Justine de Indiana durante unos seis años. Tiene fama de ser condenadamente buena, así que ya pueden apostar que saldrá con algo para enfrentarse a los psiquiatras del estado. Es de esperar que podamos salvar ese obstáculo. Pero si conseguimos que Stampler vaya a juicio, lo que necesitamos es un móvil, Abel, algo donde pueda morder el jurado, pues de otro modo Vail podrá utilizar la naturaleza del crimen en sí mismo para demostrar que su cliente está grillado.

—Bueno, entonces —dijo resignadamente Stenner—, supongo que sólo tendremos que encontrarle un móvil, fiscal. ¿Qué es lo otro?

—Demuéstrenme que no había nadie más en esa habitación cuando el arzobispo fue acuchillado y descuartizado.

Unos minutos antes de mediodía, Vail había reunido a su equipo en su despacho. Molly Arrington fue la última en llegar y parecía preocupada y casi sin aliento.

—Ésta es la doctora Molly Arrington, nuestra psiquiatra particular —Vail la presentó con una sonrisa—. Siento haberla hecho venir de Daisyland tan pronto, pero quería que todos se conocieran y que oyera qué es lo que Tommy descubrió en Kentucky.

—Encantada de conocerles a todos —dijo la doctora en tono discreto.

—Ya he explicado las normas del juego. Todos podemos decir lo que pensamos, sin reservas. Naomi, leíste el informe de la autopsia. ¿Hay algo que no sepamos en este momento?

—¿Os fijasteis en el número 666 en el estómago de Rushman?

—Sí —dijo Vail—. Tendremos que comprobar si Aaron o alguno de esos chavales estaba iniciado en el culto al diablo.

—Hay algo más. No tenemos esa fotografía, pero según el informe había escrito «B32.156», con sangre del arzobispo, en la nuca.

—¿B32.156? ¿Qué demonios podría significar eso?

Naomi se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—Probablemente es un símbolo —sugirió Molly.

—¿Qué clase de símbolo? —preguntó el juez.

—No lo sé —reconoció Molly—. Los símbolos son un lenguaje. Para los antiguos egipcios, el escarabajo era el símbolo de la resurrección. La cruz es el símbolo del cristianismo. El triple seis en el estómago del arzobispo es el símbolo del diablo. Es un enigma. No sabemos la clave, pero es un símbolo para quienquiera que lo puso ahí.

—Hay algo más de lo que tenemos que hablar —terció Goodman.

—De acuerdo, dispara —dijo Vail.

—Se trata de estas fotografías —indicó Goodman—. Estuve pensando mucho en ellas durante el viaje. Me parece que hay argumentos para afirmar que hubo premeditación.

—¡Ah! —exclamó Vail, con una vaga sonrisa—. Demuéstramelo.

—Primero, el cuchillo. El asesino debió llevarlo desde la cocina. Quiero decir, ¿qué haría un cuchillo de trinchar en el dormitorio del arzobispo?

—No lo sé —contestó Vail—. Pero podía estar allí dentro. Tienen que demostrar que el cuchillo no estaba en el dormitorio, nosotros no tenemos que demostrar que lo estaba.

—No sé si será suficiente —dijo Goodman.

—Tommy, en este momento nada es suficiente, pero tenemos que empezar por alguna parte. Recuerda, estamos trabajando suponiendo que es inocente, así que todo lo que hagamos debe llevar a esa conclusión. Es asunto suyo demostrar que es culpable.

—Hay algo más —repuso Goodman. Se acercó al tablero de fotografías y las examinó, deteniéndose en las fotos de la pisada de sangre y del plano parcial de la cocina con manchas de sangre en el suelo. Naomi se acercó a su lado para verlas.

—¿Qué veis? —preguntó Vail.

—Bueno, desde luego salió por la puerta trasera —respondió Naomi.

—Eso es un hecho —dijo Vail.

—Mira este primer plano —señaló Tom—. Eso no es una pisada, es una mancha. Ahora mira el otro plano. Las manchas se acaban aquí, en la esquina del mármol. No hay pisadas en los últimos dos metros antes de llegar a la puerta.

—¿Y?

—Mi opinión es que las manchas son de los calcetines. Creo que se había quitado los zapatos. Entra por la puerta de la cocina, se quita los zapatos para que el arzobispo no le oiga, coge un cuchillo de trinchar del cajón, anda cinco metros por el pasillo, entra en el dormitorio y le da al arzobispo cuarenta puñaladas.

—Treinta y siete, según la autopsia —le corrigió Naomi—. Que, a propósito, es tan perjudicial como las fotos.

—La evitaremos —dijo Vail—. Reconoceremos el número de heridas, la

localización, la causa de la muerte, etcétera. Eso le quitará fuerza. El informe será aceptado como documento, pero es muy probable que los jurados no lo lean, tendrán otras cosas en que ocupar su tiempo.

—De todos modos, lo de los zapatos parece indicar premeditación —razonó Goodman—. Ni enfado repentino, ni demencia temporal, sino una cuidadosa planificación y ejecución.

—Si en realidad pasó de ese modo —dijo Vail.

—¿Pero de qué otro modo pudo haber ocurrido? —intervino Naomi—. Te mintió a ti y a los policías. Dice que entró por la puerta principal y que alguien le asustó cuando salía, así que salió corriendo por la parte de atrás. Para empezar es evidente que entró por la puerta trasera.

—Quizá. Pero no pueden utilizar los interrogatorios y nosotros no tenemos por qué hacerlo. Lo que sí tenemos que averiguar es si mintió y por qué.

—¿Por qué lo hizo, si es que lo hizo? —preguntó Goodman.

—Podía estar confundido. Asustado. Intimidado —propuso el juez—. Podría ser inocente pero tener miedo de decir la verdad porque parece culpable.

Vail se encogió de hombros.

—Otra vez depende de si en realidad había alguien más con él en esa habitación. Mirad, supongamos que entró por la puerta de delante, se quitó los zapatos y se los metió en el bolsillo del abrigo o los llevó en la mano. Cuando salió, se asustó al oír a alguien abajo, fue a la cocina y entonces se puso los zapatos antes de salir al frío de la calle.

—¡Vamos! —dijo escépticamente Goodman.

—¿Puedes demostrar que no pasó así? —preguntó el juez.

—No.

—Entonces estamos ante dudas razonables, y lo de los zapatos y las pisadas de sangre se puede rebatir —dijo Vail—. Ninguna de las dos cosas es concluyente para incriminar a Aaron, cualquiera podría haberlo hecho.

—Y seguramente —añadió el juez—, el jurado lo descartará, no se dejará llevar por suposiciones.

—Lo mismo pasa con el cuchillo —prosiguió Vail—. Reconoceremos que salió con él, pero no reconoceremos que lo cogió de la cocina y lo llevó al dormitorio.

—Eso está bien —dijo el juez—. Dejemos que demuestren lo contrario.

—¿Y las huellas dactilares en la bandeja? —sugirió Goodman.

—Sabremos qué hay de ellas cuando veamos el informe forense.

—Quizá llevaba guantes —sugirió Naomi.

—Quizá bailaba en el Ballet Bolshoi, ¿y qué? —replicó el juez.

—En otras palabras, no importa a no ser que puedan demostrarlo —explicó Vail.

—¿Y qué me dices de las fibras de los guantes en la bandeja?

—De nuevo, veamos qué dice el forense.

—¿Qué creéis que decidirá Shoat respecto a admitir las fotografías? —preguntó

Naomi.

Vail miró al juez y enarcó una ceja. El juez Spalding se rascó el caballete de la nariz con el dedo índice mientras consideraba con detenimiento la pregunta.

—Es peliagudo —dijo el juez—. Personalmente, creo que son pertinentes. Pero si las admite, podrían ser motivo de apelación. —Se quedó pensativo durante un momento—. Mi parecer es que va a aceptarlas.

—¡Dios mío! —exclamó Naomi.

—Un momento —dijo Vail—. Eso podría ir a nuestro favor.

—¿Cómo?

—Depende del móvil —sugirió el juez.

—Exactamente —contestó Vail—. Podéis apostar que la fiel oposición está trabajando horas extra en esa cuestión. Si no ofrecen uno, basándonos en las fotografías, podemos presentar una buena defensa con apoyo del caso de McNaghten.

—¿Quién es McNaghten? —preguntó Molly.

El juez ofreció la respuesta:

—McNaghten disparó y mató a un miembro del parlamento británico en 1843. El jurado decidió que no era culpable pues sufría enajenación mental y el público se puso fuera de sí, así que el Tribunal de la Reina, que es el tribunal de apelación británico, formuló la Disposición McNaghten. Dice que para absolver a alguien, debe demostrarse claramente que en el momento en que ocurrió el acto, el acusado estaba actuando bajo tal defecto de razón, causado por una enfermedad mental, que no supiera ni la naturaleza ni la calidad del acto que estaba cometiendo.

—O aunque lo supiera —añadió Vail—, no supiera que estaba mal.

—Traducción: sólo un chiflado haría algo como eso sin ningún motivo —añadió Goodman.

Molly hizo una mueca al oírle utilizar la palabra «chiflado».

Vail se levantó y empezó a ir y venir por la habitación.

—Después tenemos el argumento de impulso irresistible —dijo—. La gente que distingue la diferencia entre el bien y el mal, pero que no puede controlar sus acciones a causa de algún trastorno mental. Hay muchas maneras de proceder con esto, tenemos que determinar cuál es la más convincente y la que nos permite derrotar a la fiscal del distrito. —Sonrió a Molly Arrington—. Lo cual nos lleva a la experta doctora. Comprendo que sólo ha hablado con Aaron una vez, pero...

—Me gustaría aplazar mi opinión hasta después de oír el informe del señor Goodman.

—Llámeme Tom. —Goodman la corrigió con una sonrisa.

—Muy bien —dijo Vail—. ¿Qué hay, Tommy?

—Mirad, no soy psiquiatra, ¿vale? Tan sólo diré lo que me contaron y lo que creo. En realidad, no estoy seguro de lo que creo.

—¿Qué demonios descubriste en ese rincón apartado del mundo? —preguntó Vail.

—No es eso, exactamente, es sólo que, esto...

—¿Sí?

—No sé, Marty. A este chico le jodieron bastante de niño. Tengo sentimientos contradictorios acerca de él.

—Como todos, Tommy.

Goodman miraba fijamente las fotografías mientras hablaba, como si de algún modo el horror de las fotos le obligara a conectar con la realidad. Describió a Stampler como a un niño problemático que se había convertido en un joven ávido de saber y con talento, pero frustrado, cuyos logros habían sido despreciados por un padre severo e implacable, decidido a que el chico le siguiera al infierno de las minas de carbón, y una madre que consideraba la formación de Aaron como algo semejante a una jugada del diablo; un chico a quien el cinturón y los insultos de sus padres no habían conseguido disuadirle de su esforzada y decidida búsqueda del saber, alimentada por la señorita Rebecca, que vio en el muchacho un rayo de esperanza de que existiera la redención de aquella amarga condena perpetua que era la vida en aquella aldehuela de Kentucky, emocionalmente estéril y estéticamente destructiva; un niño solitario, al que le atraían tanto las artes como los oficios, que había querido —como la mayoría de jóvenes en uno u otro momento— ser abogado, médico, actor y poeta, y cuyos sueños habían sido siempre frustrados excepto por su mentora, Rebecca.

Y habló de Rebecca, que parecía ser el único apoyo intelectual de Crikside, un faro del saber en un lugar inhóspito y torturado por sus propias tradiciones sofocantes; una mujer que algunos de los habitantes del pueblo consideraban un mal necesario; una mujer que amenazaba el fanatismo heredado de su limitada y rígida visión del mundo, una acusación posiblemente justificada por la formación de Aaron Stampler que Rebecca hizo posible. Y tras esto habló de la liberación sexual de Aaron Stampler.

Goodman repasó su cuadernillo negro, en el que siempre tomaba notas abundantes.

—Hay un par de cosas más —dijo—. En la mesa de su sala de estar había media docena de fotografías de Aaron, de diversas edades, leyendo un libro, sentado al lado del riachuelo, pescando, y una de la clase que mostraba a once niños de diversas edades y a Rebecca en el centro, todos de pie un poco tiesos, delante de la escuela, ya sabéis cómo son esas fotografías, todos parecen demasiado serios. Pero no había ninguna foto de Rebecca y Aaron, excepto ésa del grupo.

»También señalaba muchas citas en los libros. Ponía tiras de papel en los libros y escribía las referencias. Me apunté dos. “El mal llega a todos nosotros, hombres de imaginación, llevándose todas las virtudes de máscara”. Y había un proverbio chino: “Hay dos hombres perfectos: uno muerto, el otro nonato”.

Goodman había escrito unas preguntas para sí mismo:

¿Recibió Aaron malos tratos en su acepción legal? ¿Podría decirse que hubo corrupción de menores en su caso? ¿Fue su iniciación sexual tan anómala como pudiera parecer? ¿Contribuyeron estos factores a un desequilibrio interno que arrastró a Aaron a la habitación del arzobispo Rushman y al asesinato y mutilación del prelado?

Tal vez, sugirió, Molly Arrington podría contestar estas cuestiones.

—¿Sabéis qué es lo que me estoy empezando a preguntar? —concluyó Goodman.

—¿Qué? —preguntó Vail, que había escuchado impasiblemente, con los ojos entrecerrados, mientras Tom Goodman detallaba la corta e infeliz vida de Aaron Stampler.

—Si no escapó de un conjunto de frustraciones de Crikside para acabar con otra clase de frustración aquí. Quizá... quizá todo se le vino encima.

—¿Crees que lo hizo?

—¡Señor!, no lo sé, Marty. Ese pasado, ¡mierda!, es suficiente para joderle la cabeza a cualquiera.

Vail no contestó. En lugar de eso, se volvió hacia Molly.

—Muy bien, doctora, le toca.

—Primero, veamos la cinta —afirmó. De pronto, su tono de voz se había vuelto más terminante, autoritario, dominante. «Dios mío, va a hacerse cargo de la reunión», pensó Vail—. De acuerdo —dijo. Se acercó al vídeo e introdujo la cinta de la entrevista de Molly en la ranura.

—Antes de que empiece —se adelantó Goodman—, ¿cómo sabe si alguien está trastornado mentalmente?

—Es un procedimiento tan establecido como el del resto de las especialidades de la medicina —repuso Molly—. Se buscan síntomas, manifestaciones, efectos, del mismo modo que el médico identifica una enfermedad física.

—¿Hay alguna especie de criterio para todo eso? —preguntó Vail.

—Sí. Se llama *Manual de diagnóstico y estadística de trastornos mentales*. Pero se conoce como MDE₃, que es más corto. Lo publica la Asociación Psiquiátrica Americana y es nuestra Biblia. Es para la psiquiatría como la Anatomía de Gray para la fisiología.

—Sé que es una pregunta estúpida —dijo Naomi—, pero ¿por qué siempre se tumban en el diván y ustedes se sientan detrás de ellos?

—Simplemente para lograr que uno se sienta cómodo al hablar de cualquier tema. El no poder ver al analista reduce la distracción. Es como si estuviera hablando consigo mismo antes que conversando con alguien. Elimina la barrera personal.

—¿Cuál es el objetivo esencial? —planteó Vail.

—Que haga asociaciones libres..., animar al sujeto a concentrarse en experiencias íntimas..., pensamientos, fantasías, sentimientos... En el mejor de los casos crear una atmósfera en la cual el paciente dirá absolutamente todo lo que pase por su mente sin miedo de ser censurado o juzgado.

—¿Y de qué le sirve eso? —quiso saber Naomi.

—A la larga conduce a un estado de regresión. Recuerdan cosas del pasado más lejano, acontecimientos traumáticos, encuentros dolorosos, con mucha claridad. La experiencia revivida, los temores y sentimientos relacionados con ella son indicios para establecer el diagnóstico. Esta primera sesión fue bastante superficial, pero fue un principio excelente.

Todos vieron y escucharon en silencio hasta que la cinta se acabó. Nadie dijo nada durante unos segundos.

—Bueno, Molly, ¿qué cree de momento? —preguntó Martin.

Se sentó con las manos plegadas sobre su regazo y no dijo nada durante quizás un minuto. «¿Qué quieren saber? ¿Si lo hizo y si lo hizo, por qué? ¿Es un insensible asesino o es su realidad una ilusión? ¿Es el títere o el titiritero?».

—Aún no estoy segura —dijo—. Tal como lo veo, creo que todos nos enfrentamos con el mismo desafío, cómo salvar a Aaron Stampler de la silla eléctrica. La diferencia está en que su método implica estrategia y táctica legal, el mío implica lógica científica, que a veces puede tardar años, si es que se llega a encontrar la solución alguna vez.

—Y nos quedan cincuenta y un días —observó Goodman.

—¿Alguna conclusión? —preguntó Vail.

Molly negó con la cabeza.

—¿Nada en absoluto? —insistió Vail.

—Todavía no estoy preparada.

—Mire, tenemos informaciones contradictorias de este muchacho —dijo Martin—. Dice que echó su primer polvo a los dieciséis. La profesora dice que lo sedujo dos años antes. Él dice que su hermano se mató en un accidente de coche, nosotros nos enteramos de que ocurrió de otro modo.

—No me pareció que fuera una seducción —corrigió Goodman—. Pareció más que...

—¿Más que qué, Tommy? Lo mires como lo mires, el hecho desnudo es que una mujer de treinta años se divirtió con un niño de catorce.

—Lo sé, lo sé, pero al contarlo hizo que pareciera, no sé, muy natural.

—Sí, bueno, estoy seguro de que nuestra fiscal no lo considerará natural. Pintará a esta mujer como una perversa como mínimo, si no algo peor. Ni siquiera podemos citarla. Si se ofreciera voluntariamente para prestar declaración, Venable la encadenaría por corrupción de menores antes de bajar de la silla de los testigos. ¡Demonios!, aunque su declaración ayudara a salvarlo, yo le aconsejaría que se acogiera a la Quinta Enmienda. No podríamos dejar que se incriminara a sí misma.

—Perdone —dijo fríamente Molly—. Eso es táctica legal y es asunto suyo, no mío. Para mí, eso no tiene importancia. Yo veo las cosas de otro modo. Tal vez él la sedujo a ella. O tal vez el hecho es tan doloroso que no quiere aceptarlo. ¿Su hermano y su novia? Es una deformación de la realidad, un mito local, ¿por qué es tan extraño que él eligiera perpetuarlo? En cuanto a las citas —se encogió de hombros—,

probablemente le gustaban. Imagino que su coeficiente intelectual se saldrá de las tablas. ¡Por Dios!, leyó la Biblia cuando tenía seis años. Probablemente debería estar en la facultad de Medicina de Harvard en vez de limpiando la biblioteca.

El juez sonrió. «Bueno —pensó—, parece que tenemos a todo un carácter». Y preguntó:

—¿Supongo que eso quiere decir que desea volver cuanto antes a Daisyland?

—Mañana —contestó ella—. Tengo mucho trabajo —se volvió hacia Tommy—. Quiero felicitarle, Tom. Descubrió muchas cosas en dos días.

—Ninguna de las cuales parece importar. —Había irritación en su voz.

—Déme tiempo —dijo Molly sonriendo, y luego añadió—: Creo que debería intentar encontrar a la chica.

—¿La novia de Stampler, Linda?

—Sí.

—Seguramente se largó —afirmó Goodman—. Muchos jóvenes se reforman en Savior House y luego vuelven al lugar de donde venían.

—¿A qué? —dijo Molly—. ¿A lo que les hizo huir en primer lugar? ¿Cree que Aaron habría regresado a Crikside?

—Quizá no fue a su casa —aventuró Vail—. Quizá todavía esté por aquí, en algún lugar. Quizá se esté escondiendo.

—Tal vez sepa qué pasó en realidad —dijo Goodman.

—Stampler dice que se marchó hace tres semanas —intervino Naomi.

—Tal vez la esté protegiendo —sugirió Goodman.

—¿Crees que ella mató a Rushman? —preguntó Naomi.

—No necesariamente —respondió Vail—. Puede que lo hicieran juntos. O puede que ella estuviera allí. Puede que él realmente tema por ella, no por sí mismo.

—Lo estás logrando, Marty.

—¿Hemos tenido un caso alguna vez en que no lo lográramos?

Tom se rió.

—Bueno, ahora que lo mencionas...

—La doctora dice que la encuentres, Tommy —dijo Vail—. Encuéntrala.

La calle estaba vacía. Se oía el ruido sordo del tráfico unas manzanas más allá, en la autopista. Una brisa helada hacía crujir las ramas muertas de los árboles que se alineaban en la calle Banner. Por lo demás, reinaba el silencio. Incluso los chicos habían abandonado el Chevy marrón cerca de la esquina.

Cuando entró en Savior House, oyó las notas indecisas de un saxofón, alguien estaba tocando *Misty*. Encontró a Maggie en la sala de la televisión. Se mostró simpática, pero una hora de interrogatorio no le sirvió para estar más cerca de resolver el enigma de Aaron Stampler.

—Lo siento —se excusó Maggie—. Debe entender que existe mucha confianza entre nosotros. Nadie le contará mucho de los demás. Sería como, no sé, romper el hechizo. En eso precisamente el obispo era muy bueno, protegía a la gente. Por eso es por lo que no revelamos ni el apellido ni el lugar de donde procedemos.

—Respeto vuestra intimidad, Maggie. Gracias por ayudarme.

—Pero si aparece alguien con algo que pueda servirle, le llamaré.

—¿Y quién eres tú, pues, la madre de los polluelos?

—Iba a ser la próxima mascota de los monaguillos —dijo con una sonrisa melancólica.

Al acercarse al viejo Volkswagen, vio un trozo de papel aleteando debajo del limpiaparabrisas. Era una servilleta de papel plegada donde había un mensaje escrito con una letra delicada: «Alex. Calle B. *Batman y Robin*».

Goodman miró calle arriba y abajo, pero no había nadie a la vista. Se metió en el coche, lo arrancó y se quedó sentado un momento, esperando que el antiguo sistema de calefacción le hiciera entrar en calor. Al volverse a mirar Savior House, vio que las cortinas de una ventana del segundo piso se movían.

—¡Mierda! —dijo. Y se dirigió a la calle B.

Hacía años, la calle B había sido uno de los barrios de tiendas más de moda de la ciudad. Las viudas, y las jóvenes que se presentaban en sociedad, llegaban en limusinas con chófer para dejarse adular por los ávidos comerciantes que acariciaban los visones y armiños, impregnando las suaves pieles con la pestilencia a ajo de su aliento, o que embellecían cuellos y dedos con deslumbrantes creaciones descritas en términos de colores, puntas y quilates. Las tiendas se habían retirado ante los rascacielos con vistas imponentes, aparcamientos interiores y guardias uniformados en los ascensores, dejando atrás cuatro manzanas de tristes escaparates, la mayoría de los cuales habían sido entablados, excepto los bares donde bailarines de *strip-tease* quemados anadeaban desgadamente por pasarelas y casas de empeños cuyos escaparates enrejados lucían artículos en oferta propios del sábado noche, relojes de oro de jubilados y guitarras.

La zona estaba situada junto a una rampa que daba a la autopista de cuatro

carriles, y se había convertido en una popular y rápida parada en el camino de vuelta a casa de la oficina para hombres de negocio, homosexuales y bisexuales, un mercadillo de efebos de alquiler, dispuestos a satisfacer todos los gustos y deseos.

Goodman hizo virar el coche en el carril de Caddys de dos puertas y de Mercedes último modelo que paseaban por la miserable calle mientras sus nerviosos chóferes comprobaban cómo estaba el mercado de carne: chicos vestidos de cuero tachonado, universitarios con americana y polo, adolescentes con acné, travestidos, todos ellos exhibiendo su mercancía y paseando en un carnaval que alcanzaba su apogeo entre las seis y las ocho de la tarde. En una especie de perversa inversión de la costumbre entre las prostitutas, algunos incluso tenían un chulo que hacía una exhibición rápida de fotografías obscenas de sus protegidos y establecía las condiciones del trato.

«*Batman y Robin*». El chulo y el chapero. *Robin* tenía que ser Alex. ¿Pero quién era Alex?

Los proxenetas desfilaban por la hilera de coches, enseñando rápidamente las fotografías, lanzando el señuelo... «Eh, guapo, ¿qué te parece esto? Treinta centímetros, todos para ti... Cógelo mientras está caliente, se va a ir a Los Ángeles la semana que viene... Mira la lengüecita que tiene mi chico... ¿eh? Mira ese plátano rojo...», a lo que Goodman contestaba, una y otra vez: «Estoy buscando a *Batman y Robin*...», y finalmente, la media hora de interrogatorio degradante valió la pena.

Era un cretino voluminoso. Calvo y con la cabeza en forma de bala, lucía un diamante en una oreja y un mostacho negro cuyas puntas relucían; pesados anillos brillaban en sus gruesos dedos. Llevaba una capa de piel negra sobre sus hombros de primate; y, por supuesto, un antifaz, uno de esos antifaces negros de carnaval.

—¿*Batman*?

—¿Quién sino, macho?

—Busco a *Robin*.

—Eres nuevo, ¿verdad?

Goodman suspiró.

—¿Qué es lo que quieres, una recomendación?

—Tienes sentido del humor, ¿eh? —Eché un vistazo al destartado Volkswagen

—. No estoy seguro de que este cacahuete sea lo bastante grande para los dos.

—¿Por qué no lo probamos? La cena está esperando.

Los ojos de *Batman* se entornaron tras los agujeros del antifaz. No le gustaban las bromas.

—Son cincuenta, setenta y cinco si se lo haces tú. No creo que puedas soportar la carga.

Goodman sacó un billete de cien dólares con la mano derecha, sosteniéndolo sobre el asiento de al lado, lejos de la ventanilla.

—¿Quieres apostar?

Los ojos de *Batman* chispearon. El dinero mandaba en la calle B.

—Sígueme. El próximo callejón. ¿Tienes calefacción ahí dentro?

—¿Quién necesita calefacción?

Batman se echó a reír y le guió. Goodman giró para meterse en un callejón estrecho y oscuro entre dos edificios de ladrillos, esquivando un contenedor que se desbordaba y cubos llenos de basura, botellas vacías, latas y desperdicios que apestaban a gusanos.

«Marty, hijo de puta, me pagarás este viajecito».

Batman le hizo señas para que se metiera más en el callejón, entonces levantó la mano. Goodman se detuvo. El hombretón llamó a una puerta hundida y momentos después salió *Robin*, entrecerrando los ojos ante el resplandor de los faros.

—Apaga las luces —dijo *Batman*.

Alex era alto y delgado como una caña. Tenía el pelo rubio cubierto con una capa de suciedad y le caía rizándose bajo una gorra oscura por encima de los hombros de una chaqueta marcada de ante color canela. Encogía los hombros de frío y escondía las manos en los bolsillos de la chaqueta. Una incipiente barba, semejante a mechones de hierba, le salpicaba la mandíbula. Sus ojos opacos e inexpresivos escrutaron la oscuridad.

—¿Vamos a hacerlo ahí dentro? —preguntó, señalando el Volkswagen.

Goodman salió del coche con las manos colgando relajadas a los lados.

—No lo vamos a hacer de ninguna manera —dijo—. Eres Alex, ¿verdad?

—Hijoputa —le insultó *Batman*, refunfuñando. El chico se dio la vuelta y se precipitó hacia la puerta. *Batman* se abalanzó sobre Goodman, con un puño del tamaño de un pomelo alzado junto a su oreja. Goodman paró el puñetazo de molinete con el antebrazo derecho y se acercó a él, pegándole debajo del mentón con la palma de su mano izquierda. El hombretón se tambaleó hacia atrás dándose contra la pared de ladrillos. Alex intentó pasar por detrás de Goodman, pero el ex boxeador le dio con una pierna e hizo que el flaco adolescente perdiera el equilibrio. Cayó al suelo boca abajo.

Batman cogió un trozo de tubería de un cubo de basura y lo blandió con las dos manos. Antes de que asestara el golpe, Goodman cargó contra él y le golpeó debajo de la nariz con un cruel gancho de izquierda, luego otro y otro. La cabeza del hombretón crujía con cada golpe; sus piernas retrocedían a trompicones, mientras intentaba parar los puñetazos. Entonces Goodman hizo una finta con su derecha, se adelantó y lo derrumbó por el suelo con un sañudo gancho a la cara. *Batman* salió disparado hacia atrás, volcó un cubo de basura y cayó de espaldas entre los escombros. La sangre salió a chorros de sti nariz destrozada. Quejándose, se volvió de lado, cogiéndose la cara con las dos manos para restañar la sangre.

—Mi nariz —gritó—. Me has roto la nariz.

—Levántate otra vez y te romperé las dos malditas rótulas —dijo Goodman, furioso.

Oyó un ruido detrás de él y vio que Alex se metía en el edificio. Goodman le siguió, precipitándose hacia la puerta. Al entrar se agachó. Estaba oscuro como una

mazmorra salvo aquí y allí, donde la luz se infiltraba a través de ventanas rotas y grietas en las paredes. El primer piso era una mezcla de cosas en mal estado. Goodman se encontró repentinamente en Vietnam, agachado en una oscura jungla de paredes rotas, vigas caídas y techos derrumbados. Volvió a poner en práctica su viejo entrenamiento, se puso en cuclillas quieto como una estatua, agudizando el oído para detectar el más débil ruido, escudriñando con los ojos el horrible interior para ver señales de movimiento. Esperó pacientemente. Transcurrieron dos o tres minutos y oyó crujir una tabla de madera a su izquierda. Sus músculos se tensaron. Entonces vio un vago movimiento en un rayo de luz. Alex se estaba moviendo a hurtadillas por el ruinoso interior. Goodman le siguió silenciosamente, refugiándose en las sombras y acortando la distancia que había entre él y su presa. De pronto, el chico lo vio e intentó huir. Goodman agarró una tabla estrecha medio rota y le dio de revés a la figura que trataba de escaparse. La tabla golpeó a Alex detrás de las rodillas; éste se tambaleó y se precipitó hacia delante, atravesando una pared de yeso y madera contrachapada; cayó boca abajo entre una alborotada nube de polvo. Goodman saltó por el agujero, agarró a Alex por el cuello de la camisa, lo arrastró para levantarlo y lo estrelló contra el muro de ladrillos. La respiración del muchacho sonó como el aire que sale a presión de un globo pinchado. El chico le clavaba sus ojos desmesuradamente abiertos y lanzaba miradas por el deprimente lugar. Goodman agarró el pendiente que le quedaba.

—Tranqui, hijo de puta, o te arrancaré la otra oreja —gruñó Goodman. Se metió la mano en el bolsillo, sacó el pendiente que había arrancado de la oreja del muchacho en el *stander* de Aaron y se lo enseñó en la palma de la mano poniéndolo bajo un rayo de luz.

—¡No! —gritó el chico.

—Vamos a hablar —dijo Goodman—. O si no bailaremos. ¿Capiscas, Chico Maravilla?

—Por favor, no me haga daño —imploró el chico gimoteando.

Goodman le clavó el índice en el pecho.

—¿Qué andabas buscando en el *stander* de Aaron? —inquirió.

—Eh, esto... creí, mire... quizá tenía una... una radio o algo escondido...

Goodman tiró del pendiente y la cara del chico se contrajo de dolor.

—¿Cómo sabes que estuve allí?

—Vivo allí. En el primer *stander* a la derecha. Le oí hablar con aquel carcamal cuando entró. Creí que quizá usted sabía algo, así que le seguí hasta allí.

—¿Qué? ¿Qué creías que sabía?

—Mire..., tal vez Aaron le dijo que tenía algo escondido.

—¡Chorradas! —Tiró más fuerte del pendiente.

—¡Ayyy...! ¡Basta!, yo...

—Prueba otra vez.

—No sabe ni una mierda, hombre —dijo Robin, gimoteando—. Ni siquiera es

poli.

—Te diré lo que sí sé. Sé que te llamas Alex y sé que te arranqué un pendiente y que estoy a punto de arrancarte el otro.

Dio un estirón al pendiente y el lóbulo de Robin se estiró un centímetro. El chico gritó.

—No me haga daño. Por favor, no me haga daño —le rogó.

—Entonces dime la verdad.

—Tenía libros...

Goodman estiró más fuerte.

—¡Ay! ¡Dios!, por favor, hombre...

—Una mentira más y te arrancaré la oreja.

—¡Era una cinta de vídeo! —dijo gritando.

—¿De qué?

—¿No lo sabe?

—Contesta mi pregunta, ¿qué había en la cinta?

—¡Un reportaje!

—¿Qué clase de reportaje?

—Porquerías de monaguillos.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sabe, ¿verdad?

Goodman se le acercó mucho, tiró fuerte del pendiente, aguantándolo. El chico se retorció de dolor.

—Te queda otra respuesta, Alex.

—Porno —gritó.

Goodman, sorprendido, soltó un poco la oreja y preguntó:

—¿Porno?

—Sí. Una cinta guarra.

Goodman soltó el pendiente y echó el cuerpo atrás, mirando a Alex fijamente.

El chico respiraba con dificultad.

—Una porno de monaguillos.

Goodman apenas podía disimular su sorpresa.

—Sigue hablando.

—Íbamos a un lugar en la Llanura, un viejo edificio que era propiedad de la iglesia y ya lo tenía montado, con la cama y todo, y lo hacíamos y él dirigía. Como en Hollywood, ¿sabe? Haz esto, haz lo otro. Él decía a quién le tocaba primero. A veces lo hacíamos todos, a veces sólo uno. Luego, cuando él se excitaba, paraba la máquina y lo hacía él mismo.

—¿Quién es él? —preguntó Goodman.

La sonrisa del chico se torció.

—¿Y quién podía ser? —dijo—. El arzobispo.

—¿El arzobispo Rushman?

—Sí. El mismo *Santo*. Lo llamaba librarse del diablo. Menudo viejo verde, ¿no? Goodman se mostró incrédulo.

—¿Y tú eras uno de los monaguillos?

—Sí. Yo, Aaron, Billy y Peter.

—¿Sólo cuatro?

—No creerá que fuimos los primeros, ¿verdad? Puede apostar a que hubo otros antes que nosotros, pero nadie lo va a confesar. ¿Cree que alguien va a confesar eso? ¡Mierda! De todos modos, ¿quién nos creería?

—¿Y por qué querría Aaron la cinta?

—Porque su chica salía en ella, hombre.

—¿Linda?

—Claro. Ella era la chica.

—Que me quede claro. —A Goodman, le daba vueltas la cabeza—. ¿Erais cuatro monaguillos, el arzobispo y una chica?

—Así es como iba.

—¿Y todos estabais en casa del arzobispo la noche en que lo mataron?

El miedo invadió los ojos de Alex.

—No nos reunimos esa noche, hombre. El grupo se rompió hace cosa de un mes.

—Lo pone en la agenda del arzobispo.

—No sé nada de eso. Tal vez estaba reuniendo a otro grupo nuevo. Mire, primero se largaron Aaron y Linda. Luego me fui yo, ¿vale? Después, Peter y Billy Jordán también se largaron hace unas dos semanas. Justo después de eso, Linda hizo el petate, dejó a Aaron y se marchó. Mire, tal vez era un grupo nuevo. Mierda, quizás Aaron estaba alistando reclutas para el viejo hijo de puta.

«Y Maggie iba a ser la próxima mascota. ¡Dios mío!».

—¿Así que no estabas seguro de que Aaron tuviese la cinta?

—Todo lo que sé es que la última vez que vi a Aaron, que fue hace una semana más o menos, dijo que iba a subir a casa del arzobispo para coger la cinta porque le preocupaba que Linda saliera en ella.

—¿Sólo había una cinta?

—Sí. Lo hacíamos y entonces en la siguiente reunión, nos enseñaba la cinta y todos nos excitábamos con ella. —Se rió sarcásticamente—. El arzobispo era muy generoso librándose del diablo. Luego borraba las cintas.

—Así pues, ¿nunca celebrasteis otra reunión después de aquella última vez? ¿Nunca visteis esa cinta?

—Así es. Aaron se fue a vivir con Linda después de eso y yo pensé: que se jodan, mientras participe en esa mierda me pagarán.

—Mira, tendrás que declarar todo esto en el juicio de Aaron.

—¡Y una mierda, hombre! ¿Cree que le voy a contar eso a alguien? Diré que no sé ni una mierda. Nadie va a confesarlo. ¿Cree que Linda o Billy o Peter van a confesar? Y un huevo, eso no se lo cree ni usted.

—Podrías salvar la vida de Aaron.

—No le debo a Aaron ni una mierda. Ese insignificante gilipollas, un listillo, siempre se creyó que era mejor que los demás.

—Encontraremos a alguien que lo haga y te cogerán de todos modos.

—¿Ah sí? ¿Qué va a hacer, poner un jodido anuncio en el periódico? No sabe ni los apellidos, ni tampoco de dónde son. No puede demostrar nada sin la cinta y, de todos modos, el arzobispo no sale en la cinta. Salían Billy Jordán, Peter y Linda. Fue la última vez, y ya hace mucho que se han ido.

—¿Por qué Aaron le haría eso al arzobispo? ¿Quiero decir, descuartizarlo de esa manera?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Tenía mal genio?

—No exactamente. Tenía una correa y si no se nos levantaba, nos daba, nos decía que estábamos poseídos por el diablo.

—Me refería a Aaron.

—Oh, creí que hablaba de Su Excelencia —dijo, y se encogió de hombros—. No era peor que los demás. ¡Mierda!, era el favorito. Él y el arzobispo estaban unidos como un puño. Quizás el viejo se buscó un chico nuevo, y cabreó a Aaron.

—¿Lo suficiente como para apuñalarlo treinta y siete veces?

—¡Joder!

—¿Y cortarle la polla y metérsela en la boca?

—¡Hostia! No creí que fuera tan raro.

—Bueno, ¿cómo diantre de raro era?

—Mire, se pasaba todo el día citando esa mierda, actuaba como si fuera una especie de genio. Siempre lo sabía todo.

—¿Le molestaba que Linda lo hiciera con los otros chicos?

—No creo. Siempre imaginé que le excitaba, y todos lo hacíamos una vez que nos habíamos acostumbrado.

—¡Dios mío! —exclamó Goodman, a media voz—. ¿Cuándo empezó todo esto? —preguntó.

—Hace casi dos años.

—La chica no debía de tener más de...

—Acababa de cumplir catorce —dijo Alex, acabando la frase por él.

—¿Y los demás?

—Aaron tenía diecisiete años. Peter y yo, quince. Creo que Billy Jordán era el mayor. Dieciocho quizá. Es un tipo grande, tenía una polla enorme, de veintidós centímetros, creo que por eso el viejo lo conservaba, incluso cuando ya tenía veinte años.

—¿Qué te hace pensar que no fuisteis los primeros?

—El viejo arzobispo sabía lo que estaba haciendo, hombre... —Bajó la mirada de repente—. Esto... aquella primera vez con nosotros, no fue la primera vez para él.

Goodman estaba tan absorto en su conversación con Alex, que no oyó a *Batman* hasta que éste se encontraba a tres metros de distancia. Se dio la vuelta y vio al hombretón que avanzaba hacia él con un madero como si fuera un bate de béisbol sobre su hombro de bruto. En vez de retirarse, Goodman le atacó. El hombretón cometió el mismo error que la primera vez. Lanzó el arma demasiado tarde. Goodman esquivó la parábola que describió, le golpeó oblicuamente el brazo y, cambiándose de lado, le dio una patada en la rótula. El hombracho rugió como un león herido. La plancha rodó en la oscuridad y, sin pensárselo, Goodman le golpeó con la derecha directamente en la mandíbula. El dolor corrió por todo el brazo hasta el hombro de Goodman. El hombretón gruñó, cayó de espaldas, golpeó el suelo y se quedó tendido, despatarrado.

—¿Nunca aprendes, verdad? —le dijo al chulo vencido en el suelo.

Oyó ruidos detrás de él y se dio la vuelta a tiempo para ver cómo Alex —una silueta fugaz— huía precipitadamente a través de los fragmentos de luz hacia la parte posterior del edificio y se colaba por una puerta. Goodman no lo siguió. Tenía otras cosas en la cabeza.

Media hora más tarde, un enfadado pero entusiasmado Goodman se encontraba en una cabina telefónica, mirando las páginas amarillas. Encontró una tienda de material en Plains Avenue, pasó por allí con el coche y compró una cinta de vídeo nueva. Cuando volvió al coche, le quitó el papel de celofán, alcanzó su espalda y deslizó la cinta por debajo del cinturón, bajándose un poco el jersey para taparla. Luego volvió a Lakeview y se dirigió a la catedral.

El policía que había en la puerta de las habitaciones del arzobispo había trasladado un sillón lleno de cosas del salón y estaba repanchigado en él con una pierna sobre el brazo, leyendo un libro de bolsillo.

—Eh —dijo Goodman—. He venido a examinar este lugar. Aquí tiene el papel. —Le enseñó la autorización. El policía se quedó mirándola.

—Un poco tarde, ¿no?

—Sí. Supongo que los dos tenemos malos horarios, ¿eh? ¿Ya ha acabado el fiscal de distrito ahí dentro?

—¿Cómo demonios lo voy a saber? ¿Y quién es usted?

Goodman sacó la cartera y la abrió para enseñarle su licencia.

—Goodman —dijo—. Investigador privado. De la defensa.

El poli lo miró con desdén.

—Debe de dormir mal por las noches —comentó—. Deberían haberse cargado al hijo de puta cuando lo encontraron, nos habría evitado a todos muchos problemas.

—¿En la iglesia? —dijo inocentemente Goodman.

—Sabe a qué me refiero, chico listo. Es una manera de hablar —aclaró mientras de mala gana cortaba la cinta de papel con una navaja y abría la puerta.

—Claro. ¡Qué demonios!, estoy trabajando exactamente igual que usted, ¿de acuerdo? Todos tienen que ganarse la vida.

—¿Por qué no se hace perrero? —replicó groseramente el policía.

Goodman se ofendió, pero su voz siguió siendo alegre.

—Por la misma razón que usted no está ahí fuera sentado sobre el asfalto helándose los huevecillos, en vez de estar en un cómodo sillón leyendo y sin nada que hacer en la iglesia.

—Vale, chico listo, arriba, tengo que cachearle.

Goodman levantó las manos. El policía empezó por los sobacos e hizo un cacheo rápido. Ni siquiera tocó la espalda de Goodman. Cuando el policía acabó, Goodman entró en la habitación. Olía a incienso, ambientador y aire viciado. El policía le siguió y Goodman se paró.

—No necesito ayuda —dijo. La ley le permitía realizar el registro sin compañía.

—No puede llevarse nada, ni mover nada, ni dejar nada —le espetó el policía.

—De acuerdo.

—Dejaremos la puerta abierta —dijo el policía.

—Lo que le haga feliz.

Goodman entró en la habitación y se quedó de pie con las manos en los bolsillos, contemplando los desperfectos del lugar. Varios trozos de moqueta habían sido cortados. Las paredes todavía estaban salpicadas de sangre, que se había vuelto de una fea tonalidad marrón. Goodman sacó su cuadernillo, hizo un rápido esquema de la habitación, pasó cerca de la cama y miró el contorno marcado con tiza en la enorme y reseca mancha donde la sangre había empapado la moqueta. La mesa y la lámpara todavía estaban donde se habían caído en la esquina. Goodman sintió un súbito escalofrío, pero lo ahuyentó. La habitación resultaba agobiante, todavía se palpaba el dolor y el miedo, el odio, la ira y el justo castigo.

Para Goodman, siempre había algo incompleto en el escenario de un homicidio, una misteriosa sensación de que, de algún modo, la víctima no estaría realmente muerta hasta que el lugar se limpiara, se pintase y restaurara para recuperar el orden anterior y hasta que las pruebas de violencia hubieran sido extirpadas. La silueta de tiza en el suelo parecía una prolongación de la víctima. Ese drástico final en el fondo era como una pausa en una conversación, el resto de la frase todavía estaba atrapado en algún lugar de la habitación, esperando a ser expresado.

Inconscientemente, en su imaginación se representaron los brutales momentos finales del arzobispo, el terror dibujado en su desencajada boca mientras se le arrancaba la vida. Y en ese momento, a la vez que Goodman sentía un enorme desprecio por la víctima, se preguntaba si el arzobispo Rushman se dio cuenta, en sus últimos y fugaces instantes, de que su vida había sido una mentira y que estaba atravesando el umbral del infierno.

Goodman apartó tales pensamientos de su mente y dio la vuelta hacia el armario ropero. Entró, vio el vídeo y la cámara en una esquina. Apartó las sotanas y los trajes

que colgaban elegantemente de perchas con hombreras, y detrás de ellos vio la immaculada estantería de zapatos, los cajones de camisas y jerséis. En el fondo del armario, encontró las cintas, dos montones apilados pulcramente en una estantería. Había tal vez unas treinta. Sus ojos recorrieron rápidamente las etiquetas, examinando los títulos escritos a mano, en la mayoría de los cuales había escrito «Sermón» y la fecha. Entonces, ya casi abajo del todo del montón, se le heló la mirada en una etiqueta.

«Monaguillos. 9-2-83».

¡Ahí estaba! Se quedó mirándola fijamente durante unos segundos, sin salir del armario; retrocedió unos pasos y miró hacia la puerta abierta. El policía todavía estaba leyendo. Se puso un par de guantes de nailon, volvió a acercarse al montón de cintas, se arrodilló y cuidadosamente quitó la etiqueta de la cinta de los monaguillos y la puso en la cinta nueva, alisándola con el dedo pulgar. Entonces sacó unos centímetros la cinta de los monaguillos y tiró de ella con brusquedad para sacarla del montón. Al caer el montón, se produjo un ruido. Oyó que crujía el sillón del policía y tiró un par de cintas de lo alto del montón al suelo y dejó caer la cinta nueva entre ellas.

Escondió la cinta de los monaguillos por debajo de su cinturón y se bajó el jersey mientras se arrodillaba para recoger las cintas que se habían caído. El policía apareció en la puerta del armario.

—¿Qué cojones está haciendo? —inquirió irritado el oficial.

—No pasa nada —contestó Goodman, volviendo a colocar las cintas encima del montón—. Sólo es que fui un poco torpe.

—Sí, bueno, tenga cuidado, ¿eh? Si rompe, algo, yo me las cargo.

—Tendré más cuidado —dijo Goodman.

Goodman volvió al dormitorio, el oficial regresó a su sillón y continuó leyendo. Goodman entró en el baño, abrió los armarios y los cerró de golpe; hacía ruido y silbaba. Silenciosamente, abrió la ventana del cuarto de baño, se asomó y miró abajo. Había un cubo de la basura justo debajo de él. Rápidamente sacó la cinta, apuntó y la soltó. Cerró la ventana antes de que la cinta cayera y volvió al pasillo, con el cuaderno en la mano, tomando apuntes sin objeto.

—¿Ya tiene todo lo que necesita? —preguntó el policía.

—Creo que sí. ¿Por aquí se va a la cocina?

—Sí.

—Echaré un vistazo —dijo Goodman—. Quizá baje y eche una ojeada por los jardines. ¿Quiere dejarme salir?

—De acuerdo. ¿Necesita una linterna? Está más oscuro que la boca de un lobo.

—Tengo una —contestó, sacándola de su bolsillo.

Hizo una inspección rápida de la cocina, después salió por la puerta trasera y miró escaleras abajo.

—Me pregunto por qué se metería corriendo en la iglesia —dijo Goodman, casi

hablando consigo mismo.

—Por lo que he oído, dio la casualidad de que la policía pasaba por el callejón de ahí. Fue un golpe de suerte, si no ese cabrón habría salido a la calle y habría huido.

—Bajaré y echaré un vistazo. Puede cerrar detrás de mí. Muchas gracias.

—Sí. ¡Hace mucho frío ahí fuera!

—Ni que lo diga.

Bajó por la escalera de madera al piso de abajo, paseó sin rumbo un rato, luego dobló la esquina, se dirigió hacia el cubo y alargó la mano; buscó entre los papeles. Encontró la cinta, la sacó deprisa del cubo y se la volvió a meter por debajo del cinturón.

Diez minutos después se dirigía a casa de Vail.

La puerta del dormitorio de Molly estaba abierta y ella estaba sentada en el pequeño escritorio de la habitación, escribiendo notas y hojeando media docena de gruesos libros académicos, cuando oyó unos golpecitos y como si alguien canturreara. Puso un lápiz entre las páginas para señalar por dónde iba y bajó cautelosamente al vestíbulo. El sonido parecía venir del estudio. Una puerta contigua a éste daba a un gran armario empotrado. Había sido transformado en un pequeño invernadero provisto de una mesa de zinc de un metro ochenta de largo a la que seguía una pequeña pila. Una hilera de lámparas conectadas a un reloj electrónico creaban lá ilusión óptica de la luz del día durante doce horas diarias. Debajo de las lámparas crecía una hilera de delicadas florecillas azules rodeadas de hojas parecidas a las del helecho. Al otro extremo de la estrecha habitación había un compartimento cubierto de plástico empañado de rocío artificial. Cuatro orquídeas escuchimizadas colgaban del techo dentro del diminuto invernadero.

Vail estaba podando las flores, a la vez que zapateaba y canturreaba:

—«Yo y mi sombra... por la avenida...». —Levantó los ojos, avergonzándose al ver a Molly en la puerta.

—Lo siento —dijo ella—. No le oí subir.

—Tenía su nariz metida en los libros, ¿verdad?

—Estaba intentando comprender todo esto. ¿Es éste su pasatiempo?

Vail parecía incómodo e irritado, como si ella hubiera invadido su intimidad, pero se recuperó rápidamente y asintió.

—Cultivo orquídeas —explicó—. Hasta ahora sin demasiado éxito. Están bastante esmirriadas.

—¿Qué clase de plantas son? —preguntó, indicando las flores azules.

—Mi madre las llamaba *blue belles*^[7] —dijo—. No se refería a las campanillas, sino a las jóvenes hermosas. Son flores de invierno, silvestres. Ésta es la cuarta vez que intento cultivarlas. Puede que se hayan adaptado a las circunstancias esta vez.

—¿Las circunstancias?

—No les gustan los hábitats falsos —dijo—. Es probable que añoren la verdadera luz del sol.

Molly echó una mirada alrededor del pequeño hueco.

—Así que es usted un horticultor de armarios —dijo, riéndose entre dientes.

—No se lo diga a nadie. —Sonrió y le guiñó el ojo—. A mi madre le encantaban las *blue belles*. Crecían a lo largo de la orilla del río. Solía ir a cogerlas y se las llevaba a casa; las ponía encima del piano y a veces la oía hablar con ellas. «Esto es Mozart», decía, y les explicaba un poco su vida mientras tocaba.

—¿Por eso cultiva esta determinada variedad?

—Supongo.

—¿Cómo era su madre?

—En realidad, renunció a un puesto en la orquesta sinfónica de la ciudad para casarse con mi padre. Se trasladó a un pueblecito y daba clases de piano. Todos los días. Los niños vinieron solos. No creo que le gustara tanto enseñar como el piano en sí.

—¿Qué hacía su padre?

—Era profesor. También era el director de la banda del instituto. Los dos eran músicos, pero mi madre era la que tenía talento. A mi padre, le gustaba más el éxito que la música.

—Parece una familia feliz.

La miró durante un rato antes de contestar.

—No especialmente. Mamá era alcohólica. Murió cuando yo estudiaba octavo.

—Lo siento.

—¿Por qué? No fue culpa suya.

—Ésa es una respuesta curiosa —juzgó Mary.

—Impertinente, más bien. Sólo que..., siempre me ha parecido extraño. Comento que mi madre está muerta y alguien dice: «Lo siento». Sin embargo, ni la conocían.

—Lo sentía por usted —aclaró ella—. Es obvio que su madre fue importante para usted. Lo lamento por su dolor.

La respuesta pareció sorprenderle y transcurrieron uno o dos minutos antes de que él respondiera:

—Esa consideración es muy amable. Gracias. —Vail acarició las flores azules y observó cómo se movían los diminutos pétalos, su mente abstraída con las minúsculas flores.

El otoño anterior, Vail había vuelto a su pueblo natal por primera vez en veinte años, un viaje que había evitado desde que había empezado el ejercicio legal en la ciudad. Prefirió hacer el viaje de tres horas en coche por la noche y partió con enorme aprensión. Las primeras dos horas y media fueron bastante agradables. Fue en los últimos treinta minutos después de entrar en lo que irónicamente se llamaba Rainbow Flats, los llanos del arco iris, cuando le asaltaron los malos recuerdos, que se abalanzaron sobre él desde la oscuridad. Antiguos nombres y caras de los que creía se había deshecho para siempre mordisquearon su cerebro. Lo peor de todo era Rainbow Flats.

Un siglo y medio antes, una expedición medio perdida había tropezado con una cadena de lomas que se extendía a lo largo de casi ochenta kilómetros, paralela a las orillas de un río de aguas claras. Abundaban los olmos, los robles y los pinos. Flores silvestres pincelaban de colores las orillas del río. Ciervos y osos huyeron de sus abrevaderos cuando la expedición invadió su tierra. Se tardó poco tiempo en profanar el nombre^[8].

Estaba prevenido, los faros le guiaban por la siniestra y horrible calzada de dos carriles fastidiosa por sus baches. Entonces vio el arbol en el horizonte. Después llegó al hedor, antes de salir del parque nacional. Las formas empezaron a materializarse a través del humo y del vapor. En ese momento empezaron los ruidos. Le pareció que se empequeñecía, que se encogía al culebrear por entre enormes plantas químicas, papeleras, hornos de acero y refinerías de petróleo. Nada había cambiado, el parque industrial se había extendido como una plaga. El inmenso y violento paisaje era un infierno sombrío y desfigurado que desbordaba la imaginación más salvaje de Dante. Agredía y paralizaba sus cinco sentidos.

Los altos cañones de las chimeneas vomitaban nubes de humo ácido en el vulnerable cielo. Las acerías arrojaban llamas cegadoras que parecían alimentarse de los productos químicos que se arremolinaban en el aire. Los gases burbujeaban subiendo en forma de turbios y torrenciales chorros. Estruendos metálicos, rugidos, estridentes silbidos, bocinas aullando y ruedas pesadas de metal chirriando sobre raíles de acero creaban una barahúnda de truenos artificiales. Y los fétidos de este conglomerado, de este mortífero sacrificio de la América trabajadora, le quentaban la nariz y los ojos. La tierra a su alrededor parecía haber quedado reducida a un enorme cadáver en descomposición.

Continuaba kilómetro tras kilómetro: las luces brillantes, los vómitos de los hornos, la disonante melodía del progreso, el repugnante hedor del éxito. Kilómetro tras kilómetro sin un árbol o brizna de hierba para ocultar la tierra manchada de cobre. Kilómetro tras kilómetro sin ver a un alma. Era como si hubiera tropezado con un planeta incendiado, dirigido por robots que manufacturaban frenéticamente su propia destrucción.

El parque industrial, tal como lo llamaba la Cámara de Comercio, se acababa en una curva del río bajo el puente de la carretera, formando una barrera natural entre Flats y Oakdale, el pueblo donde nació. Por capricho, salió de repente de la carretera y se detuvo en una vuelta de ésta justo antes de llegar al puente. Salió del coche, se apoyó en el parachoques y encendió un cigarrillo mientras miraba al otro lado del río.

Desde aquel lugar estratégico, nada parecía haber cambiado. La curtiduría, una nave larga y baja, todavía dominaba el río al lado sur de Bridge Road; el lado norte lo dominaba la construcción de ladrillos grises que alojaba la fábrica de zapatos.

Éste era el lugar que había engendrado a Martin Vail y lo había alimentado hasta la edad adulta, y del que finalmente había huido, abandonando a familia y amigos, despreciando su ajada herencia. El pasado era un calidoscopio, cuyos fragmentos daban vueltas en su mente: los cobres alegres de la banda del instituto ensayando una tarde en la que iba a celebrarse un partido de fútbol; la agradable visión de las animadoras y sobre todo de las preciosas y largas piernas de Elaine Golanka al amparo de un corrillo de forofos del fútbol; el aroma de café recién hecho en la cocina de su abuela; la temerosa esperanza de su primer beso en el asiento trasero del Chevy de Paul Swain; la emoción de poner a prueba el hielo del río después de la

primera helada del año; el sordo silbido de la primera nevada; lo irremediable de la muerte en el entierro de su madre; los alegres aplausos cuando el doctor Nolan le entregó su último diploma en la ceremonia de graduación; la maravillosa mirada de Pal, su primer cachorro, y el terrible dolor que sintió en el pecho cuando se dio cuenta de que era Pal el que yacía aplastado debajo de las ruedas de un tráiler en la calle River; el olor a leche agria al final de la noche cuando trabajaba en la heladería de Jesse Kraft; la fragancia del cabello de Emily Grantham, lo duros que eran sus pezones y lo caliente que tenía el muslo debajo de la falda; la horrible puñalada que sintió en el momento en que le dijo que creía que estaba embarazada y el ataque de alivio cuando por fin le vino la regla.

Ahora había vuelto para despedirse de la mujer que le había hecho ir a la universidad e instado, casi exigido, a que se marchara de Oakdale y no regresara nunca más. Catlain Vail. *Mamá Cat*, su abuela.

Un coche de policía se detuvo a su lado y Vail se protegió los ojos del fuerte haz de luz de una linterna.

—¿Necesita ayuda? —preguntó amablemente una voz joven.

—No, gracias, sólo estoy contemplando el paisaje —contestó.

—Será mejor que encienda las luces —sugirió el policía—. Esos enormes camiones pasan por aquí como las balas.

—Gracias, lo haré —respondió Vail.

El coche de policía arrancó y cruzó el puente. Pero cuando Vail se montó en el coche para encender las luces de posición, se dio cuenta de que el hechizo se había roto. Arrancó y siguió al coche patrulla azul por el estrecho tramo del puente.

La calle principal había cambiado muy poco en diez años. Las tiendas parecían las mismas, sólo que varias habían sido compradas por las grandes cadenas comerciales y el Ritz, el cine teatro que había ofrecido algunas sesiones de viejos clásicos los domingos por la noche y que le había dado a conocer a Cagney, O'Brien, Robinson, Bogart, Tracy y Busby Berkley, se había convertido en un mercado de artículos usados. Pasó por la barbería de Shick Madson, y con un sentimiento de dolor se detuvo un minuto y clavó los ojos en la acera de delante de la tienda.

Estaba en la lechería con la pandilla el día que Dick Hurst entró precipitadamente.

—Eli, Marty, será mejor que vengas rápido. Le ha pasado algo a tu padre.

Estaba tumbado, con una pierna sobre la otra, los brazos a los lados, mirando fijamente al cielo con los ojos medio abiertos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alguien; y alguien contestó:

—Es Larry Vail, el director de la banda del instituto. Debe de haber tenido un ataque al corazón. Vino a cortarse el pelo, salió por la puerta y se cayó muerto. Así mismo.

Mirando aquel lugar, lo que mejor recordó fue cuando más tarde, sentado en la funeraria pensaba: «¿Por qué la muerte alcanza a los míos tan súbitamente, sin avisar?». Su madre, su primer cachorro, su mejor amigo, ahora su padre.

El viejo hospital, una vez un grupo laberíntico de edificios de madera, había desaparecido. En su lugar había un centro médico, de cinco plantas, de ladrillo y cristal. Pasó con el coche, sin estar aún demasiado preparado para enfrentarse a *Mamá Cat*, y subió por Pine Road hacia la casa de su abuela, un anacronismo antiguo y majestuoso abrigado por los árboles que la protegían de las bajas casas de rancho de distribución irregular que la invadían. Todas las otras casas viejas habían desaparecido excepto aquella orgullosa edificación victoriana de dos pisos, que todavía se aferraba tenazmente al pasado. Se paró en el camino curvo de entrada. Era obvio que *Mamá Cat* ya no vivía allí. El césped estaba cubierto de malas hierbas, había que podar los arbustos, y el farol del porche o se había fundido o alguien lo había apagado. Reinaba en aquel lugar un halo de capitulación. Al menos los gamberros del instituto aún no habían empezado a romper ventanas. Para Martin, las ventanas rotas simbolizaban el toque de difuntos de cualquier construcción.

Los recuerdos le inundaron y ahogaron su garganta. En aquel porche se había enterado de que su madre había muerto y había sido Catlain Vail, no su padre, quien le había dado la terrible noticia. Se le cayó el ramillete de *blue belles* que le llevaba y se escapó, buscando el consuelo del bosquecillo de olmos para hacer frente a su dolor, y a una cierta sensación de traición, puesto que no le habían preparado para ello, no le habían avisado de que su madre se estaba muriendo. Se había quedado allí hasta que el viejo Watkins había ido con el coche fúnebre y entonces había vuelto corriendo. Primero se peleó a patadas con los presentes, luego les suplicó que la dejaran allí un ratito más, como si todavía le quedara un poco de aliento de vida y el llevársela a la funeraria fuera a extinguirlo. Los otros habían tratado su dolor como una molestia, una intromisión en el comercio de la muerte, pero *Mamá Cat* comprendió su pena y su inmediata sensación de soledad; lo consoló, le cuidó y curó su corazón roto.

Mamá Cat y esa casa habían sido los últimos lazos que le unían a la familia y al pasado. Estaba a punto de cerrar la puerta a más de media vida. Se sacudió la melancolía mientras conducía de vuelta al hospital.

Creía que estaba preparado para enfrentarse a ello, pero no lo estaba. El cáncer había ido reduciendo poco a poco a *Mamá Cat*, hasta convertirla en una simple sombra de mujer, cuyas manos eran tan huesudas que se sorprendió al estrecharle una. Sus brazos estaban descarnados, los músculos y la grasa habían sido devorados hacía tiempo por los carroñeros que invadían su cuerpo. La piel gris, como el papel de cera, se extendía tirante alrededor de su cráneo. Y sus ojos, aquellos espejitos brillantes en el pasado, propios de un alma inteligente y vivaracha, eran exánimes canicas que miraban fija y tristemente desde los hoyos profundos de su rostro desfigurado. La enfermedad se había cebado en ella; lo que quedaba apenas formaba una onda en la colcha. Además, en la habitación se oía el rancio olor de la muerte y se oían los mismos ruidos crueles e inhumanos del progreso que caracterizaban a Rainbow Flats: el ecocardiógrafo que se le llevaba la vida haciendo bip, un respirador

artificial moviendo su bolsa espasmódicamente en la esquina, un monitor en alguna parte de la oscuridad de la habitación zumbando amenazador. Ella le miró desde la antesala de la eternidad a través de unos ojos medio abiertos. Cada respiración era una súplica rápida y desesperada para que desconectaran las máquinas y la dejaran marchar.

¿Podía verlo? ¿Podía oírlo? ¿Era siquiera consciente de que estaba a su lado?

—*Mamá*, soy Marty —dijo, acercándose a su oído—. ¿Me oyes, *Mamá*?

No dio muestras de reconocerle, pero él continuó susurrándole al oído, diciéndole que estaba allí y lo mucho que la había echado de menos. La enfermera entró e hizo todo lo que hacen las enfermeras. La vio sin verla, ocupándose en detalles, ajustando los tubos, comprobando las lecturas del electroencefalograma, mirando la tabla con el curso clínico.

—¿Marty?

Vail se volvió. La enfermera estaba a los pies de la cama, una mujer alta y fornida, de más de treinta años, con el pelo moreno corto y recogido debajo de una cofia. Le sonreía.

—Soy Emily.

—Dios mío, Emily, lo siento. Soy tan distraído, yo...

—Está bien. ¡Caramba!, me alegro de verte. Tienes muy buen aspecto, Marty.

—Gracias. Tú también estás estupenda, Em. ¿Cuándo te hiciste enfermera?

—Después de trabajar un año en la curtiduría. Si no tienes ninguna ambición, eso te la proporciona enseguida. —Vail sonrió y su mirada sorprendió el anillo de boda. Ella se dio cuenta—. Estoy casada. Tengo dos hijas.

—¿Quién tuvo la suerte de atraparte, Em?

—Joe Stewart. ¿Lo recuerdas? Se graduó dos años antes que tú.

—Un tipo alto. Que estaba en el equipo de lucha libre, ¿verdad?

—De bolos.

—Ah, vale.

—¿Y tú?

—Parece como si nunca tuviera tiempo para eso. No le desearía a nadie que se casara conmigo.

Emily ladeó ligeramente la cabeza y su cara se suavizó con una sonrisa del pasado.

—No digas eso —dijo—. Me partiste el corazón cuando te fuiste. Todavía pienso en ti. Ya sabes qué pasa, alguien saca a relucir algo, acuden los recuerdos...

—Yo también pienso en ti.

Hizo una pausa un momento, avergonzada de lo pronto que la conversación se había convertido en algo personal.

—Siento lo de *Mamá Cat* —dijo—. Ha luchado hasta el final, Marty. Habrías estado orgulloso de ella.

—Estoy orgulloso de ella.

—Bien. No tardará mucho. Estaré fuera, en el control de enfermería.

—Gracias.

Transcurrió una hora. Continuó hablando, deseando que se moviera esperando de ella una señal de reconocimiento. Y entonces, notó una casi imperceptible presión: ella intentaba estrecharle la mano.

—¿Me oyes, *Mamá Cat*? —preguntó dulcemente—. Te quiero, Mamá. —Besó el reverso de su frágil mano, la acarició suavemente contra su mejilla—. ¿Me oyes, *Mamá*? Te quiero...

La presión se aflojó y su mano se relajó.

—Siento no haber venido antes.

Cuando se la llevaron, Vail se quedó sentado en la habitación durante un largo rato, observando cómo deshacían la cama y sacaban el equipo fuera. Emily apareció en la puerta.

—Ya estoy. ¿Quieres venir a Sandy y desayunar?

—Me parece una gran idea —respondió Vail.

Fueron andando al parque de la ciudad que estaba detrás del hospital y pasearon por la orilla del río hacia la calle Mayor.

—Apuesto a que sé en qué estás pensando.

—¿Tú también? —contestó Vail.

Ella inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—Cada vez que vengo al parque.

—Todavía recuerdo aquel día y pienso en ello muchas veces —dijo Vail—. Estoy haciendo algo, bueno, viendo una película o unos niños jugando en un campo de béisbol y me acuerdo de él. Supongo que nunca se llega a olvidar, perder a tu primer amigo de esa manera. La primera vez que nos damos cuenta de que no somos inmortales.

—Fue como si nos estuviéramos riendo de él. Quiero decir, no es que fuera realmente así, pero después parecía que había transcurrido tanto tiempo...

—¿Tan bien lo recuerdas? —preguntó Vail.

—¿Y tú no?

Vail asintió.

—Oh, sí. Todavía puedo verlo ahí en el río, agitando los brazos, subiendo y bajando. Todos creímos que estaba bromeando.

—Me quedé allí, riendo —recordó Emily.

—Todos lo hicimos.

—Entonces tú y Art Hodges os tirasteis a salvarlo.

—Y tú fuiste corriendo a avisar a los policías...

—Y tú y Artie todavía estabais ahí cuando volvimos, buceando, buscándolo...

—El pequeño Bobby Bradshaw...

—¡Dios!, cuando lo sacaron...

—Lo sé, he tenido pesadillas. Estuve viendo el rostro de color azul de aquel pequeño durante un par de años después.

—Su madre todavía trabaja en la fábrica de zapatos. La veo de vez en cuando. Nunca lo superó, ¿sabes? Al cabo de tantos años..., ¿cuánto hace?

—Veintidós años. Yo tenía diez, Bobby once.

—Al cabo de veintidós años, todavía baja la mirada cuando pasamos. Nunca dice nada. ¿Sabes qué creo, Marty? Creo que yo se lo recuerdo. Me refiero a que estoy segura de que nunca lo olvida, pero yo hago que esté...

—Presente —dijo Vail—. Ve a sus viejos amigos, todo vuelve a su mente como una mala función. Estoy seguro de que a su manera nos culpa de ello.

—O quizá porque fue Bobby en vez de uno de nosotros.

—Eso también.

Emily alargó la mano casi premeditadamente, cogió la de Vail y permanecieron en la orilla. El río era de un color verde parduzco y la espuma gris ceniza burbujeaba a lo largo de las orillas. Más arriba, sus lóbregas riberas despedían vapor. Aquello parecía degradar a Bobby Bradshaw en la muerte, como si el río cuando estaba limpio y cristalino hubiese sido un monumento vivo dedicado a él. Ahora, rebosante de veneno, burbujeando como la caldera de la hechicera de *Macbeth*, ultrajaba su recuerdo.

—Bobby siempre era el acusado —dijo Emily—. Le sacaba de quicio ser siempre el malo.

Vail la miró, perplejo por el comentario, pero ella estaba mirando el río contaminado, perdida en su ensueño.

—Y tú eras siempre tan... —levantó la barbilla insolentemente— elocuente. Te paseabas con aire majestuoso arriba y abajo, pavoneándote, predicándonos todas aquellas leyes ficticias.

Vail había sabido toda la vida que quería ser abogado, pero no podía evocar el momento o el día en que empezó a obsesionarse por aquel objetivo. La descripción de él que hizo Emily, primero presentando el papel de defensor, después el de fiscal, luego el de juez, mientras sus amigos eran obligados a representar al acusado o al jurado sentados pacientemente mientras él se paseaba de acá para allá desplegando su fantasía, todo ello le parecía un irreal mito de su juventud, como si se tratara de otra persona, como si Emily estuviera hablando de otro, un chico que él no recordaba. No era que se sintiera avergonzado por el recuerdo o que no quisiera recordarlo; era un vacío en su memoria; su memoria ni siquiera podía evocar ningún recuerdo visual de sus representaciones. Pero no se lo dijo a ella. Sonrió y lo aprobó.

—¿Deseas alguna vez... —le planteó Emily, dudando un instante—, deseas alguna vez que el tiempo se hubiera detenido entonces, que nunca nos hubiéramos hecho mayores? ¿Que el río aún oliera a tierra y a frescor y el cielo fuera todavía del color de esos pájaros, los azulejos? ¿Lo deseas alguna vez, Marty?

Vail sonrió tristemente y dijo:

—Sí. ¿No crees que el progreso es una putada?

—Artie es ahora el presidente de la Cámara de Comercio —se rió con disimulo—. Ahora se pasea con el gesto forzado, se cree importante. La gente se ríe a sus espaldas.

¿Artie, presidente de la Cámara de Comercio? Aquella interesada asociación de perdedores, un club de imperfectos fracasados que se engañaban a sí mismos al pensar que la avaricia era un logro y el infortunio el éxito.

—Podríamos reunir a algunos del grupo —añadió alegremente Emily—. Podríamos ir a cenar a Barney's.

Sus recuerdos fueron manchados súbitamente por los niños de su juventud, que ahora se habían convertido en parásitos serviles y mezquinos que rogaban a los codiciosos carroñeros que llevaran la peste que llamaban «progreso» a la tierra de su adolescencia. No quería ver a ninguno de ellos, no quería avergonzarse de ellos, no quería que le recordasen que todos habían nacido de las mismas raíces, raíces que ellos habían corrompido al haber traicionado a su pueblo natal.

—Preferiría no hacerlo —repuso Vail.

—Ya todos han olvidado el caso —dijo Emily.

—Yo no.

—Hiciste un trabajo excelente. Todos dicen que hiciste un trabajo excelente. Es decir, estabas empezando y te enfrentaste a todos esos abogados de campanillas del este.

—No fueron los abogados, fue el dinero, Em. Siempre es el dinero. Toda esa gente luchaba para evitar que el parque industrial se extendiera hacia Pine Hill, intentaba aferrarse a un modo de vida; todo lo que tenían era a mí. No, no fueron los abogados, fueron las grandes sociedades anónimas. Compraron a los políticos del condado, de la Cámara, ¡demonio!, incluso compraron al maldito juez. Perdí el caso, aquella gente perdió hogares que habían pertenecido a sus familias durante cien años y los depredadores engulleron ávidamente la esencia del pueblo.

—Pero el pueblo ha progresado algo, ¿no?

—Claro, ha progresado —dijo Vail. Miró al otro lado del río el polígono fabril que llamaban parque industrial—. El problema es que el progreso es maligno.

A Emily le sorprendió su vehemencia.

—Incluso los animales saben que no deben manchar su propia madriguera —añadió Vail.

Emily lo miró tristemente, y los recuerdos de los buenos tiempos pasados se desvanecieron como su sonrisa.

—Si no lo conociera como lo conozco, juraría que acaba de experimentar una pequeña fuga —dijo Molly con una sonrisa—. Estuvo muy lejos de aquí durante unos

tres minutos.

—Soñar despierto. O soñar dormido, debiera de ser en este caso, pues ya es de noche —respondió—. ¿Es eso un estado de fuga?

—En cierto modo sí. Temporalmente perdió el contacto con la realidad.

—¿Sabe qué? —dijo—. Hay una jardinera en el alféizar de una de las ventanas de su habitación. ¿Qué me dice si les damos a estas pequeñas la oportunidad de vivir al aire libre bajo la verdadera luz del sol?

Molly observó cómo vertía la negra tierra fértil en la jardinera, llenándola hasta la mitad más o menos y alisándola con las manos. Esparció una segunda capa superficial de tierra en la que plantó seis plantas, apretando la tierra con cuidado alrededor de los tallos hasta que se sostuvieron bien. Entonces cubrió la tierra con una fina capa de musgo y dejó caer agua gota a gota, lentamente, por toda la superficie.

—Son flores de río —explicó Vail—. Les encanta el agua. Siempre trasplanto de noche. Las flores se mueren un poco de noche, entonces renacen con la luz del sol. Veremos cómo les va. Quizá les vaya bien.

—Gracias —dijo Molly—. ¿Las riego todos los días?

—Sí, por la mañana —especificó—. Tal como yo lo he hecho.

Rociando el musgo; éste retiene el agua, así pueden beber cuando quieren.

Había realizado todos los pasos con precisión, casi con cariñoso cuidado, y Molly había contemplado extasiada cómo este hombre, que protegía tanto su pasado, revelaba lo que estaba segura de que era una vulnerabilidad que poca gente había podido ver. Vail rompió el encanto.

—Permítame que le haga una pregunta —dijo, secándose las manos con una toalla—. Sabiendo lo que sabemos sobre Aaron, ¿cree que si en realidad vio que alguien estaba matando a Rushman, habría sufrido una emoción lo bastante fuerte como para hacer que entrara en ese estado de fuga? Me refiero a que ha sufrido muchas emociones. ¿No estaría bastante inmunizado contra ese tipo de cosas?

Molly contestó inmediatamente.

—No. La mente puede enfrentarse a muchas y diferentes emociones. Sin embargo después, un determinado acto, una experiencia visual, puede alterarla. Es imposible saber qué es lo que su mente integrará y qué es lo que rechazará. En el mejor de los casos lo podremos descubrir.

—Así que la ciencia no es tan exacta.

—Digamos que sabemos lo que sabemos. Hay algunas zonas en penumbra. Estamos tratando con la mente humana, recuerde.

—Lo que quiero decir es: ¿no es exacta tal como dos y dos son cuatro?

—Eso es. Todo *Homo sapiens* reacciona de modo distinto ante diferentes estímulos. En eso consiste el pensamiento. Si fuera como las matemáticas, todos seríamos robots.

—Eso es muy interesante —dijo Vail.

—Es básico.

—Eso es lo que quiero decir. Su ciencia no es tan precisa como, digamos, una huella dactilar. Una huella dactilar es inequívoca. No se puede discutir sobre esto. Si está ahí, está ahí. ¿Pero un trastorno mental? Ahí existen variables.

—Vamos aprendiendo —dijo—. Sabemos los síntomas, solemos poder determinar el trastorno en sí mismo, incluso precisar qué fue lo que lo causó. Y, a menudo, podemos curar al paciente.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó?

—Vietnam es lo que pasó. Regresó y poco a poco fue internándose en otro mundo, en algún lugar que creó él mismo. Supongo que, inconscientemente, me culpo por no haberle proporcionado ayuda, pero no lo sabíamos. Sabíamos que estaba sufriendo, pero supongo que creímos que se recuperaría. Hace poco han empezado a tratar el problema. En la Primera Guerra Mundial, se llamó neurosis de guerra. En la Segunda Guerra Mundial, hastío de guerra. Ahora se ha identificado como una forma de trauma mental llamado síndrome de tensión nerviosa postraumática.

—¿Cómo se trata?

—Depende del individuo. Pero tengo una teoría: el cariño, el amor, el contacto... y el perdón... pueden tener mucho que ver con ello.

—¿El perdón?

—Está en juego una tremenda carga de culpabilidad. Creo que en parte es porque les trataron verdaderamente mal cuando volvieron. Fue como si los integraran en la sociedad a hurtadillas, como a niños no deseados. Muchos se convirtieron en enajenados mentales.

—Defendí a un ex combatiente del Vietnam que disparó al dueño de una tienda. No lo mató, pero fue sólo cuestión de suerte que no lo hiciera.

—¿Qué le pasó?

—Tres años por robo a mano armada y asalto con agravante, cumplió dieciocho meses. El tribunal fue indulgente con él por haber servido en Vietnam. Afirmaba que siempre llevaba una pistola, que era como un fetiche para él...

—Una obsesión condicionada —dijo Molly—. Seguramente porque fue algo decisivo en su supervivencia durante mucho tiempo.

—Eso es lo que él dijo. En fin, el propietario del establecimiento era coreano. Empezaron a discutir por una estupidez y Jerry perdió los estribos, volvió atrás en el tiempo, a Vietnam. El tipo era oriental, ¡bang!, le dio en el hombro. Entonces, y ésta es la parte que el fiscal del distrito no podía tragarse, dice que no quería confesar que se había vuelto loco, así que cogió veinte pavos de la caja registradora para hacer ver que fue un robo. El hecho es que yo no usé eso. El jurado nunca se lo hubiese tragado.

—Es probable que fuera cierto.

—Sé que era cierto; le creí desde el principio, pero ante los tribunales, a veces la verdad puede ser perjudicial para tu cliente. Algunos jurados no aceptan el hecho de que la verdad puede ser más extraña que la ficción.

—El suyo es un oficio extraño, señor Vail.

—Mira quién habla.

El timbre de la puerta principal dio fin a la conversación.

—¿Qué hora es? —preguntó Vail.

—Alrededor de las ocho.

—Me pregunto quién demonios puede ser.

Bajó y abrió la puerta. Un Goodman despeinado estaba de pie en el portal.

—¿Quieres ver una película?

—¡Qué le pasó a su mano! —exclamó Molly.

Goodman se miró el puño hinchado y medio sonrió.

—Bueno, en primer lugar, descubrí que todavía le queda un poco de TNT —dijo.

Ella le cogió la mano herida y pasó los dedos por el dorso.

—¿Hay algo roto?

—No lo sé —repuso Goodman—. Ha estado entumecida durante cinco años.

—Venga a la cocina, tenemos que ponerle un poco de hielo y llamar a un médico.

—No, doctores no. El hielo vale, pero tengo alergia a los doctores, a los médicos, claro está.

Molly sonrió y lo llevó a la cocina mientras Vail los seguía.

—¿Qué hay de la cinta? —preguntó Vail.

—Primero cuidémonos de su mano —contestó Molly.

—Olvídese de la mano. Siempre está así.

—Vaya, gracias —dijo Goodman; entonces miró a Molly de un modo bastante conmovedor—. Me duele mucho.

Vail puso los ojos en blanco mientras Molly sacaba una bandeja de cubitos de hielo y enrollaba unos cuantos en una toalla. Lo puso sobre el puño magullado.

—¡Ay! —gimió Goodman, cerrando los ojos.

—Está fingiendo —dijo Vail, refunfuñando—. Sé cuando está fingiendo y en estos momentos seguro que está fingiendo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Goodman.

—Distingo si alguien está fingiendo cuando lo veo. Es uno de mis talentos. ¿Podemos oír ahora tu aventura?

Mientras Molly envolvía con una toalla el paquete de hielo que había improvisado para la mano hinchada de Goodman, éste detalló despacio su pelea con Alex y Batman y la posterior conversación. Su relato fue recibido con una combinación de puro asombro y sorpresa tanto por Vail como por Molly.

—¿El arzobispo participaba y lo dirigía?

—Eso es lo que dijo el chico, pero primero veamos la cinta.

Volvieron al despacho y Martin introdujo la cinta en el vídeo. Se sentó delante del monitor y apretó el botón del mando a distancia. Los primeros diez minutos eran la grabación de una misa. Había dos monaguillos que ayudaban al arzobispo, ninguno de los cuales reconoció Goodman. Eran adolescentes y Goodman supuso que no eran miembros del grupo de los «monaguillos». Quizá la cinta era un reportaje de verdad, pensó Goodman para sí mismo, sintiéndose un poco ridículo. Entonces la pantalla se quedó en blanco y al cabo de unos momentos, salió otra escena. Era un dormitorio.

«Ahí está», pensó Goodman.

La chica entró la primera en la escena. Era pequeña, el cabello rubio recogido en

una cola, sus pechos no eran más que brotes; su cara, a pesar del llamativo efecto que componía el rímel que enmarcaba sus ojos azules claros, el velo de la inocencia. Iba vestida con una veraniega falda con peto de algodón que le llegaba a la espinilla y parecía de unos doce años. No parecía asustada, pero sí bastante inquieta, aunque mostraba cierta desenvoltura. En alguna parte fuera de la pantalla, sonaba la canción *Stayin' Alive*, de los Bee Gees, en un equipo estereofónico. Se acercó a la cámara y empezó a bailar al son de la música, al principio con sosa indiferencia. Hubo unos cuantos aplausos procedentes de dos o tres personas que estaban fuera de la pantalla. Estimulada por el poco público, su manera de bailar se animó. Dio vueltas y su falda se levantó, vislumbrándose momentáneamente unas medias negras. A medida que el baile se animaba, la falda se levantaba cada vez más y vieron que llevaba un ligero barato y bragas negras debajo del inocente vestido.

En ese momento, una voz fuera de la pantalla dijo: «Bien, Billy, te toca a ti», y un chico alto y delgado que llevaba unos pantalones apretados y una camisa de seda entró en el escenario y empezó a bailar con la chica. La representación fue animándose, siendo cada vez más erótica. La voz fuera de pantalla empezó a dar instrucciones, mandándoles lo que resultó ser un *strip-tease* lento que acabó cuando, los dos se quedaron desnudos. Entonces sus instrucciones se volvieron más explícitas, más orientadas hacia el sexo. Finalmente mandó a Peter que entrara en escena.

Molly, Tom y Martin vieron, mudos, estupefactos, cómo el director de fuera de la pantalla orquestaba lo que por último se convirtió en un *ménage a trois*. Entonces la cinta de vídeo se acabó repentinamente. Vail se volvió hacia Molly.

—¿Nos puede dejar solos un momento, Molly? —dijo Vail.

Ella no pareció preocupada por su petición.

—¿Qué tal si voy a buscar algo de beber? —preguntó—. Seguro que a todos nos vendrá bien una copa después de eso.

—Buena idea —celebró Goodman.

Molly se fue hacia la cocina.

—Está bien, ¿de dónde sacaste la cinta, Tom? —preguntó Vail cuando Molly salió de la habitación.

—Mira, lo que no sabes...

—¿De dónde sacaste la jodida cinta?

—De la habitación del arzobispo. Estaba en el armario con los demás sermones grabados.

—¿Birlaste pruebas del lugar del crimen?

—Sólo la tomé prestada.

—Dios mío, tienen un inventario de esas cintas.

—Llevaba una cinta virgen y las cambié.

Irritado pero impresionado, Vail no sabía si reír o enfadarse.

—Podemos suponer que ellos ya la han visto —conjeturó Goodman.

—No es posible. Estaría archivada con las otras pruebas. No dejarían algo como eso en casa del arzobispo. Si Venable se entera de esto, tu carrera habrá acabado antes de empezar. Seguramente los dos acabaremos haciendo de abogaduchos en Bolivia.

—Entonces... iré y la volveré a cambiar.

—Tampoco dije que hicieras eso —rechazó nervioso Vail—. Es un bombazo. Ahora tenemos que pensar detenidamente qué hacemos con ella.

Molly volvió a la habitación con una pequeña bandeja llena de bebidas. Mientras las ponía sobre la mesa, Vail le advirtió:

—Molly, no quiero que hable de lo que acaba de ver con nadie, ni siquiera con el juez o Naomi, a no ser que lo diga yo.

—¿Ni siquiera con Aaron?

Vail se quedó pensativo un momento y luego dijo:

—No le diga que vio la película, sólo dígame lo que Tom contó. De todos modos, Aaron no sale en ella. ¿Sabemos quiénes son los otros?

—El chico alto es Billy Jordán —informó Goodman—. El bajo es un muchacho que se llama Peter. Y la chica es Linda.

—¿La Linda de Aaron?

Goodman asintió.

—¡Dios mío! —exclamó Vail. Miró a Molly—. El arzobispo Richard Rushman, el Frank Capra del porno infantil. Con ese director no me extraña que los chicos jodieran.

—Así pues, ¿cómo tratamos esto? —preguntó Goodman.

Vail no contestó. En lugar de eso, se levantó y empezó a ir y venir por la habitación.

—Está pensando —le indicó Goodman a Molly.

—Martin, la trascendencia de esto es enorme —dijo Molly—. Las experiencias religiosas y sexuales traumáticas en los períodos de aprendizaje son causas principales de trastornos mentales. O sea que primero el reverendo Shackles condena a Aaron al infierno. Luego su padre le lleva a un infierno vivo, la mina. Es seducido por su profesora. El arzobispo no sólo pervierte su sexualidad, sino que además le dice que al hacerlo se está librando del demonio. ¡Y su novia es una víctima sexual! Me parece...

Vail levantó la mano y no la dejó terminar. Se volvió hacia Goodman.

—¿Cómo vamos a demostrarlo? —preguntó.

—¿Demostrar el qué?

—Que la voz ominosa que se oye en el fondo pertenece al arzobispo Rushman. No se ve al arzobispo en ningún momento. Sin una confirmación concluyente, la acusación puede afirmar que esa voz podría pertenecer a cualquiera. Tú mismo dijiste que Alex no declarará.

—Mi parecer es que seguramente Alex ya debe de estar de camino a Alaska —dijo Goodman con tono de abatimiento.

—¿Qué hay de Peter o Linda? —preguntó Vail.

—Primero les tendremos que encontrar y convencerlos para que suban a declarar como testigos.

—O sea que es la palabra de Aaron contra el director invisible, y muerto.

—Eso es.

—¿Había alguien más de la iglesia metido en todo esto? —preguntó Molly.

—No creo —negó Goodman—. De los cabos que pude ir atando de lo que dijo Alex, Rushman reclutaba a estos chavales so pretexto de convertirlos... Lo de los monaguillos sólo era una fachada para su club pómo privado. Creo que Aaron conoció a Linda cuando la llevaron de mascota. Ella tenía catorce años entonces y todos vivían en Savior House.

—Otra razón por la cual todos ellos tenían miedo de delatar al arzobispo.

—Es posible —concedió Molly—. Pero yo diría que la verdadera razón es la humillación y la vergüenza. Temen la censura de la sociedad más que la de sus iguales.

—Y además hay que tener en cuenta el poder del arzobispo en la comunidad —dijo Vail—. ¿Unos cuantos fugitivos adolescentes y ex toxicómanos atacando al arzobispo? Olvídalo.

—A no ser que podamos demostrar que la voz de la película es la de Rushman —apuntó Goodman.

—¿Jurarías ante un jurado que el hombre que habla es el arzobispo Rushman?

—¡Hombre!, ni siquiera le conocía. Pero podríamos hacer que analizaran la voz. ¡No podemos ocultar esto!

—No estamos ocultando nada, Tommy —dijo Vail, que todavía iba y venía—. Estamos considerando qué es lo mejor para nuestro cliente. Estamos en la misma barca en la que están esos chicos. Si presentamos esa cinta, si la utilizamos de algún modo para desacreditar a Rushman, se nos acusará de intentar destruir al supuesto *Santo de Lakeview Drive* para salvar a Aaron Stampler. Y si toda la historia se descubre, que estos chicos estuvieron metidos en un «club» pómo durante dos años y jamás dijeron nada, Venable podría disponer de un móvil perfecto de asesinato, los celos, y hacer que todos parecieran malos salvo Rushman.

—No puedes comportarte como si la cinta no existiera.

—Puedo hacerlo si es que va a servir para que se carguen a mi cliente —dijo Vail, dándose la vuelta hacia Goodman y señalándolo con el dedo—. Olvida tu ira contra el arzobispo, Tommy, está muerto y su problema murió con él. Nuestro trabajo es conseguir que Aaron Stampler siga vivo.

—¿Y qué pasa si Aaron Stampler saca a relucir el tema? —preguntó Molly.

—Ya me preocuparé de eso si ocurre.

—Es una patata caliente —decía el juez, tomando el desayuno en el Butterfly a la

mañana siguiente—. Si alguna de las partes presenta estas pruebas en el juicio, se arriesga a que el jurado y la opinión pública reaccionen violentamente.

Vail no enseñó la cinta ni a Naomi ni al juez. Pero les puso en antecedentes y Goodman ya les había informado detalladamente de su conversación con Alex. Molly se había marchado de madrugada, ansiosa de volver a Daisyland y a las sesiones con Aaron.

—¿Qué pasa si la fiscal lo descubre? —dijo Goodman.

—No tiene por qué utilizarlo —respondió el juez.

—¿Por qué no? —preguntó Naomi.

—Si yo fuera el fiscal, no lo tendría en cuenta —contestó el juez—. La única razón para usarlo sería que estableciera el móvil del asesinato. Aunque Venable sospechara que la voz pertenece a Su Excelencia, la cinta en sí misma no prueba nada. Son tres chicos jodiendo. Afirmaría que las pruebas son poco concluyentes y preferiría no considerarlas.

—Pero nosotros podríamos hacer que se descubriera, ¿no?

—Si lo pidiéramos, sí. Tendrían que entregárnosla. Mira, encuentro difícil de creer que nadie sepa nada de esto excepto esos cinco chicos y nosotros.

—Ninguno de los monaguillos o la chica hablaría de ello, tendrían miedo y seguramente vergüenza. Mírelo desde su punto de vista: Rushman es uno de los hombres más poderosos de la ciudad. ¿Van a chivarse cinco chavales de lo que hace? No lo creo. —Dejó el pedazo de papel sobre la mesa y Vail lo miró—. Así es como obtuve la pista. Alguien lo puso debajo del limpia-parabrisas de mi coche cuando estaba aparcado en el Savior House.

—Así pues —concluyó Vail—, ¿el chivato es uno del grupo o alguien de fuera que sabía qué estaba pasando?

—No lo sé —contestó Goodman—. Hablé con varios chicos de Savior House. Tal como se lo planteé, estaba buscando testigos que conocieran el carácter de Aaron, chicos que lo defendieran. Entonces no sabía nada de lo de los monaguillos, sólo estaba buscando. Tal vez algunos sí lo sepan. Podría volver...

—Aún no —dijo Vail—. No nos delatemos involuntariamente antes de saber cómo vamos a utilizar la información.

—¿Quieres decir que vamos a proteger a Rushman después de lo que hizo? —quiso saber Goodman.

—No es eso, Thomas —negó el juez.

—Vaya, ¿entonces qué coño es? Una vez afirmó que los hechos no dejan de existir sólo porque uno haga ver que no existen —dijo Goodman un poco nervioso.

—Bien, chico —contestó el juez—. También he dicho que a veces la gente no quiere saber la verdad porque no quieren que sus ilusiones se destruyan. Esto no es una discusión filosófica; la vida de un muchacho está en juego. Si Rushman fue un pederasta, puede que el hombre de la calle, o el jurado, no quiera saberlo.

—Siempre creí que la verdad y la justicia estaban estrechamente relacionadas —

dijo Goodman.

—Eso es un pensamiento muy noble —replicó el juez—. Pero ingenuo. Por desgracia, la verdad no tiene nada que ver con la justicia.

—Es un problema de percepción —dijo Vail—. En fotografía existe un truco que se llama foco selectivo. Sólo se muestra a los espectadores parte de la imagen, pero esa imagen es tan fuerte que la perciben como si fuera la verdad completa.

El juez sonrió más bien tristemente y sentenció:

—La verdad es lo que el jurado cree.

Aquella tarde, Vail hizo una copia de la película" de vídeo y le dio la cinta original a Goodman, que volvió a casa del arzobispo y la cambió por la virgen. Si Stenner y Venable descubrían la cinta, sería asunto suyo. Si no la utilizaban, Vail tendría la posibilidad de hacerlo.

Vail envolvió la copia en un sobre marrón y se la envió por correo a sí mismo, desde una oficina céntrica de correos. Cuando la recibió dos días más tarde, la metió en su caja fuerte.

Era viernes día once, a mediados de marzo, y Martin Vail iba a comer con Roy Shaughnessey.

El día que Guido Signatelli se convirtió en ciudadano americano, lo celebró abriendo un restaurante llamado Avanti! a tres manzanas del ayuntamiento. El nombre incluía el signo de exclamación. Expresaba con precisión la determinación de las grandes ilusiones de Guido en la vida. Apuesto, elegante, perfecto patrón y maestro de la mejor cocina italiana del estado, Signatelli tenía nada más que un defecto: un gusto absolutamente malísimo. Racimos de uvas de plástico y botellas de chianti polvorientas colgaban de unas parras artificiales cuyas ramas se entrecruzaban en el techo, y las mesas que se alineaban en los laterales del local estaban aisladas las unas de las otras por las paredes que remedaban gigantescas cubas de vino. Pero Guido y Avanti! habían sobrevivido a base de personalidad, discreción y una cocina deslumbrante. Con los años, *El Guido* (los clientes habituales nunca se referían a este lugar por su nombre) se había convertido en la mesa de la hora de comer del condado. Y los viernes, la profesión legal dominaba aquel falso paisaje. Allí la jerarquía social era obvia y previsible. En el último peldaño de la lista se encontraban los miembros de grupos de presión, con la boca seca y las palmas de las manos húmedas mientras rendían homenaje a todo el mundo. Les seguían los jóvenes abogados, ansiosos de ser vistos al recorrer el salón, deseosos de que alguien les diera un apretón de manos. Luego iban los fiscales auxiliares, agrupados en las mesas apartadas y susurrando sus tácticas. Después las personas influyentes de la ciudad, los políticos que dirigían el cotarro en las reuniones a puerta cerrada, humorísticamente llamadas «sesiones ejecutivas», cuyo único fin era evitar las oportunas leyes del estado. Muchas turbias decisiones ejecutivas se habían tomado al amparo de la discreción de las mesas de *El Guido*. Finalmente estaban los jueces, los emperadores de la justicia, cada uno en su mesa reservada, cada uno, o cada una, apoyado por la mesa del coro de sus respectivos aduladores, y cada uno congraciado con el resto del salón. Y dándose las de gran señor desde su mesa cercana a la barra, se encontraba Roy Shaughnessey, con su poder insensible al cambio o al ambiente político. Incluso los jueces pasaban por su lado para besar su anillo.

Cuando Vail entró, Guido lo saludó con un abrazo osuno.

—¿Dónde has estado, Marty? Te estás convirtiendo en un pez gordo, ganando todos esos casos.

—¿Has leído los periódicos, Guido? ¿Has visto la televisión?

—Así que te han dado una patata caliente que todavía tienes que agarrar —dijo, abriendo la marcha hacia la mesa de Shaughnessey. Las cabezas siguieron su paso por el salón como la estela sigue al barco.

«¿Vail, invitado de Roy Shaughnessey? ¿Acaso se estaba cociendo algún acuerdo

en el caso del arzobispo Rushman?».

—Seguramente saldremos en los papeles —dejó caer Vail al sentarse—. El verdugo y su víctima, compartiendo mesa y mantel durante la comida del viernes en *El Guido*.

—Vamos —dijo Roy, haciendo un gesto con la mano—. Lo de que fueras el abogado defensor fue cosa de Harry. Quería lo mejor y te tuvo a ti.

—Roy —se rió Vail—, Harry *El Verdugo* te llama todas las noches para pedirte permiso para irse a la cama.

—Ten cuidado, está en el salón.

—Por supuesto que está en el salón —contestó Vail mientras el camarero se acercaba—. Necesita su dosis semanal de esclavitud, no tiene bastante en los tribunales —miró al camarero—. Una cerveza, un vaso de zumo de tomate y una jarra de cerveza helada vacía, por favor.

—Sí —dijo el camarero, y se fue corriendo. Los camareros de Guido, todos parientes suyos y muchos recién llegados de Sicilia, siempre corrían. En dieciocho años, nadie se había quejado nunca de haber tenido que esperar demasiado a que le sirvieran la comida o la bebida en el *Avanti!*

—¿Y bien? ¿Cómo va? —preguntó Shaughnessey, untando medio panecillo con mantequilla.

—¿Tú qué crees? Voy a juicio dentro de un mes.

—Un mes y quince días para ser exacto —precisó Shaughnessey—. Todo el mundo va a suspirar de alivio cuando se acabe este caso y podamos volver a los negocios. —Mordió un trozo de pan y se lo tragó, acto seguido bebió un vaso de vino tinto; después se secó los labios con la servilleta.

Vail se inclinó sobre la mesa y dijo en voz baja:

—¿Qué es esto, Roy, mi «Última Cena»? ¿Una especie de humillación pública?

—¡No, no! —rechazó seriamente Shaughnessey—. Nada de eso. Creí que ya era hora de que compartiéramos mesa. De conocernos. Tomar una copa de brandy en el asiento trasero de una limusina no es manera de conocer a un hombre. A propósito, ¿te gustan las ostras? Hoy están estupendas. Guido me envió una muestra.

—¿De dónde son?

—¿Qué importa eso? Ya te he dicho que están estupendas.

—Quiero saber si proceden de aguas contaminadas. No querrás que tu abogado defensor coja la hepatitis.

—Nunca superaste aquel caso, ¿verdad?

—Haces muchos deberes, Roy.

—Tú también, hijo.

—Para eso están los abogados.

—Y hablando de eso, ¿qué tal va la defensa?

Vail sonrió y le dio una de sus tarjetas con el «Sin comentarios» impreso en relieve en el centro.

—Muy bonita —alabó Shaughnessey—. Ya he oído hablar de estas tarjetas tuyas.
—Se llenó el vaso de vino y añadió—: Tengo entendido que Venable está rebuscando un móvil hasta por debajo de las camas.

—Siempre sirve tener uno en un caso de asesinato.

—Tiene a Abel Stenner haciendo lo imposible para establecer algún motivo.

—A trabajo policial inteligente, trabajo legal inteligente —sentenció Vail—. ¿Qué más has oído decir?

—Esto y lo otro. ¿Qué vas a comer?

—Los *fetuccini* de Guido como entrante. De segundo ternera con limón. ¿Por qué no empezamos con «esto»?

—De acuerdo. Los psiquiatras del estado van a certificar que Stampler está mentalmente sano —dijo Shaughnessey, indicándole al camarero que le sirviera lo que había pedido. Shaughnessey era un hombre que saboreaba la comida. Abrió una ostra para sacar la carne y la puso en su lengua como si fuera una perla, entonces cerró los labios, sacó el tenedor y sorbió el jugo antes de tragársela—. El gran jurado lo procesará. Homicidio premeditado. Y lo van a freír.

—¡Sorpresa, sorpresa!

Shaughnessey sonrió.

—Todos esperan que tu actuación sea formidable. Creo que Venable está un poco nerviosa.

—Venable cree que es un caso evidente. ¿Por qué tendría que estar nerviosa?

—Primero por «esto»; ¿quieres saber «lo otro»? —respondió Shaughnessey.

—Tomaré cualquier cosa que estés dispuesto a darme.

—Dicen que quizá guardes un móvil en secreto.

La alarma se disparó dentro de la cabeza de Vail.

¿Era sólo un comentario o alguien se había ido de la lengua? O tal vez Venable y Stenner habían visto la cinta de vídeo de los monaguillos y pensaban que él también la había visto. ¿Era precisamente de eso de lo que se trataba, de quién iba a desacreditar al arzobispo primero?

Vail se rió.

—¡Demonios!, ni siquiera yo he oído eso todavía.

—¿No tienes idea de por qué lo hizo?

—¿Quién?

—Stampler, por Dios —dijo Shaughnessey, refunfuñando.

—Soy de la opinión de que no lo hizo.

—¿Todavía te agarras a ese clavo ardiendo, Martin?

—Roy, es probable que me incluyeran en el *Libro Guinness* por todos los clavos ardiendo a los que me he agarrado.

—Comprende que no sólo estás tratando con uno de los hombres más apreciados de toda la ciudad, también era uno de los más poderosos.

—¿De veras? No sabía que los santos estuvieran en los círculos de poder.

—¡Demonios!, ya sabes a qué me refiero, tenía muchos intereses: sus obras caritativas, el aborto, la censura, la situación de las escuelas, la pena de muerte.

—Mira, siempre me lo he preguntado. ¿Desde cuándo la pena de muerte es un asunto católico?

—Era algo personal en el caso de Richard, impedir que se cometieran delitos y la defensa de la moral.

—Personal o católico, chorradas, eso es lo que son. La gente que premedita un asesinato, planea cómo salir impune, y las consecuencias nunca se le ocurren. En realidad, jamás conocí a nadie que violara la ley que no creyera que podía salir impune.

—¿Te refieres a alguno de tus clientes? ¿Sabes lo que dicen de ti en la oficina del gobernador?

—No, ¿qué es lo que dicen?

—Que pones a más delincuentes en la calle que el consejo de libertad bajo fianza.

—¿Sabes qué más dicen? Todo el mundo es culpable de algo.

—¿Te refieres a alguien en particular? —preguntó Shaughnessey, ceñudo.

El camarero llegó antes de que Vail pudiera contestar y puso una jarra de cerveza, un vaso de zumo de tomate y la jarra helada vacía delante de él. Vail sirvió la mitad de la cerveza en la jarra vacía, añadió el zumo de tomate y sal.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Shaughnessey, haciendo una mueca de asco.

—Yo lo llamo un *Bloody Joe*. Otra gente lo llama San Francisco *Bloody Mary*. Es estupendo para la digestión.

—Parece asqueroso.

Vail sonrió y sostuvo la jarra en alto para brindar.

—*Skool*^[9] —dijo, relamiéndose los labios tras el primer sorbo.

—¿Qué quieres decir con que todo el mundo es culpable de algo?

—Sólo que todos tenemos algo de qué avergonzarnos. Ni siquiera la vida del arzobispo es un libro abierto. Estoy seguro de que había cosas en su vida que es mejor que no se digan.

—¿Como qué?

—Lo dije por decir.

—¿Sabes algo?

—¿De qué?

—¡Dios mío!

—¿Eres siempre tan paranoide, Roy? —preguntó inocentemente Vail.

—¿Paranoide? ¿Quién es paranoide? —contestó Shaughnessey, y de inmediato cambió de tema—: Así que crees que tu cliente es sólo un chiflado, ¿no es eso?

—No señor, creo que es inocente.

—¿En serio vas a seguir adelante con esa defensa?

—Dije: sin comentarios. Lo que creo es una cosa; cómo voy a defender a mi cliente, es otra.

—¿Crees que Stenner encontrará un móvil?

—¿Nunca te rindes, verdad?

—¿Y tú?

Vail no respondió. Tomó otro sorbo de su *Bloody Joe*.

—¿Sabes lo que he leído? —dijo Shaughnessey—. Que la mayoría de gente se rinde en una pelea justo cuando está a punto de ganar.

—Eso probablemente es cierto —comentó Vail—. O se cansan o se asustan y se rajan. Se parece un poco a una carrera. No pueden seguir corriendo los últimos metros.

—A propósito, estuve hablando con Jane Venable el otro día.

—No te buscas muy buenas compañías.

Shaughnessey sonrió.

—Dice que uno de tus trucos en un caso de asesinato es desprestigiar a la víctima.

—¿De veras dijo eso?

—De hecho utilizó la palabra «asesinar».

—¡Ah! Eso es más propio de ella.

—¿No irás a despellejar al arzobispo, por Dios, Martin?

—Déjame probar uno de esos panecillos, por favor.

Shaughnessey le pasó la bandeja.

—El hombre está muerto, abogado. No patees su tumba.

—Mi hombre está vivo, Roy. Bailaría sobre la tumba del arzobispo si creyera que serviría de algo. —Vail mordió el panecillo crujiente—. He oído que tenía problemas con la bebida. —Lo dijo bromeando, aunque Shaughnessey se lo tomó en serio.

—Eso es mentira —protestó—. Era de los que beben un par de whiskis. Lo sabría; pasé más tiempo con él durante los últimos años que con mi mujer.

Vail se rió.

—¿Así que todo esto viene a eso? ¿Crees que intentaría manchar la memoria de *El santo de Lakeview Drive*? ¿Por qué preocuparse?

—Tenía muchos proyectos benéficos importantes en vigor. Si siembras la duda del escándalo, podría ser contraproducente. Podría perjudicar a toda la ciudad. ¡Demonios!, te podría salir el tiro por la culata, y perjudicarte a ti a la larga.

—¿No era esa la intención cuando Shoat me metió en este caso?

—Ya te lo dije, es un pequeño aviso. Ocúpate de ello y sigue adelante. Te esperan asuntos importantes.

—¿Por qué están todos tan preocupados por las obras benéficas de Rushman?

—Era un excelente administrador. Todos sus colaboradores están preocupados por si sus asuntos se desmoronan ahora que él ya no está.

—¿Qué clase de asuntos?

—Temen que los administradores les excluyan. O que los fondos benéficos se sequen sin él. El pánico habitual.

—¿Qué es lo que te preocupa a ti, Roy?

—¿A mí? Nada. Los Fondos Benéficos Rushman sobrevivirán. Haremos que continúen funcionando.

—¿Eres uno de los administradores?

—¿Por qué lo preguntas?

—Sólo por curiosidad.

—He sido uno de los administradores de los Fondos Benéficos Rushman desde que se fundaron. A decir verdad, hay al menos media docena de administradores en este salón, ahora mismo.

—¿Qué es lo que hace un administrador de los Fondos Benéficos Rushman?

—Supervisar las operaciones. Aprobar las donaciones. Por supuesto, era el arzobispo quien tomaba la mayor parte de las decisiones.

—O sea, que se limitan a dar su graciosa aprobación, ¿no?

—No exactamente. Todos teníamos nuestro dinero invertido. Creo que todos sabemos qué pensaba Richard sobre estas cosas. Lo cual significa que estoy seguro de que mantendremos la fe en sus proyectos. —Hizo una pausa durante unos segundos y luego dijo—: ¿Has pensado algo más acerca de lo que hablamos?

—¿A qué te refieres?

Shaughnessey adoptó una actitud susceptible.

—No juegues conmigo, hijo. Es malo para mi digestión.

—¿Empezamos a estudiar en algún momento qué es lo que yo gano? —preguntó Vail.

—Lo sabes perfectamente bien. ¿Quieres que te lo explique otra vez? Estarás con los que cortan el bacalao, podrás fotografiarte para un cartel electoral. ¿Dónde quieres ir? ¿A la mansión del alcalde? ¿Más arriba, donde están los dólares? Si quieres cambiar el mundo, hijo, cámbialo desde dentro. Si llegas a la oficina del fiscal del distrito, podrás hacer cambios.

—Los jueces hacen cambios, no los abogados. Mira, hace un par de años me metí en tu conferencia en la Asociación de Jueces, cuando estabas hablando de *malum in se* y *malum prohibitum*. Me puse de mala leche y el enfado me duró un mes.

—¿Cómo es eso?

—Tu filosofía sobre *malum prohibitum* es la manera en que la sociedad define los límites aceptables del comportamiento. Como abogado, no estoy de acuerdo con esa teoría, es absolutamente perjudicial.

—Yo no dije que estuviera de acuerdo con ella, dije que era así como funcionaba el sistema —contestó Shaughnessey sin darle importancia.

—Lo que estabas diciendo era que la justicia se reparte según la posición social. A eso es a lo que se reduce, ¿verdad?

—El crimen de guante blanco siempre se ha tratado con una legislación «comprensiva». Mira, hace ocho, nueve años, el Tribunal Supremo legalizó el aborto. La legislación cambió. Pero entiéndase bien, dentro de unos años cambiará en sentido opuesto. Dios sabe cómo será el país después de Reagan. Muchas leyes pueden

cambiar cuando un grupo se ponga a trabajar.

—¿Qué es lo importante según tu opinión?

—Lo importante es que los jueces interpretan las leyes. También cambian con el carácter del país. Las leyes *malum prohibitum* son la manera en que la sociedad define el comportamiento. Así pues, si todos los ciudadanos del país quieren que beber hasta emborracharse se considere en contra de la ley, la ley se cambia. Pero lo que es *malum in se* nunca cambia. Si de pronto toda la gente de un país se volviera loca y le diera por asesinar, no legalizarían el asesinato.

—Así que un banquero o un agente de bolsa jode a mucha gente sus ahorros, el juez le da unos azotes porque lleva el correcto color de corbata y lo condena a seis meses en alguna cárcel que recuerda más a un club que a un establecimiento penitenciario. Eso es *malum prohibitum*. A la salida de la sala de justicia, un pobre patán saca una pistola porque los ahorros de toda su vida han desaparecido, se lleva por delante al banquero y acaba en la cárcel toda la vida porque su delito es *malum in se*.

—Así es en resumidas cuentas. Mira, si llegaras a la oficina del fiscal del distrito, podrías encarcelar al banquero durante diez o veinte años y ser indulgente con el pobre hombre al que arruinó, ¿qué te parece?

—Es un argumento condenadamente perverso por lo que se refiere a los abogados de oficio.

—Este es un mundo perverso, hijo, y el dinero impone las reglas. Lo viste hace diez años cuando llevaste a Tidy Chemicals y Good Earth Petroleum y al resto a los tribunales. Quieres cambiarlo, cámbialo desde dentro. ¡Qué demonios!, ¡incluso podrías ser juez!

—Eso es un anzuelo gordo, señor Shaughnessey.

—Voy detrás de un pez gordo.

—Sabes, tenía el presentimiento de que habías ido de excursión a pescar, pero creía que estabas figoneando para Venable. O Shoat.

—Sé lo que no se debe hacer. Nadie te engaña. No hablas con nadie de tus casos, la mitad del tiempo ni siquiera confías en tu propio personal.

—Quizás es porque no quiero que sepan lo estúpido que soy.

—¡Chorradas!

—Aprecio tu confianza.

—Sencillamente, no vayas a crucificar al arzobispo, ¿vale? Hay mucha gente que está esperando para aportar su contribución anual.

—Haré lo que tenga que hacer caiga quien caiga. Si el arzobispo Rushman tiene algún sucio secreto *malum prohibitum* en el armario y creo que puede salvar la vida de mi cliente, lo inflaré como si fuera un globo y haré que circule por todo el estado.

—No obres precipitadamente, ni siquiera estoy insinuando que haya algo, Martin. Sólo te pido que no emprendas una expedición para cortar cabelleras. Si hay un poco de humo en alguna parte, no le des al fuelle hasta convertirlo en un maldito bosque en

llamas, eso es todo lo que te estoy diciendo.

—No voy a joderte tus obras benéficas, Roy. —Vail se reclinó, sonrió y probó suerte con una jugada arriesgada—: A menos que persiguiera a niños y niñas o algo por el estilo.

Shaughnessey pareció horrorizarse, luego puso los ojos en blanco.

—Dios mío, no hagas bromas de ésas —dijo con una falsa risita—. Ya tengo suficientes problemas.

Vail continuó sonriendo.

—¿Por qué será que siempre que nos encontramos tengo la impresión de que los asuntos de estado los lleva una mano firme? Siempre me quedo más tranquilo, Roy.

—¿Lo dices en serio? —contestó agriamente Shaughnessey—. ¿Por qué será que siempre que nos encontramos me pongo nervioso? —Y no sonreía.

El día antes, Naomi Chance había encontrado el trozo de papel que Vail le había dado justo después de que empezara el caso. Había archivado el trozo de papel y se había olvidado de él. Era una anotación que Vail se había apuntado de la agenda del arzobispo Rushman: «Linda 555 4527» y la fecha, nueve de marzo. Se sintió avergonzada. Hacía semanas que Goodman había estado intentando dar con Linda y era posible que ésta fuera la pista que habían estado buscando. Había marcado el número y una telefonista contestó:

—Buenas tardes, clínica Berenstein, ¿qué desea?

Naomi había colgado.

¿La clínica Berenstein? ¿Era posible que Linda estuviera en la elitista clínica Berenstein? ¿Por eso no podían localizarla? El doctor Simón Berenstein era el ginecólogo de la Costa de Oro, cuyos pacientes se limitaban a la clientela de los Rolls-Royce. Nadie entraba sin una tarjeta Visa Oro. Un columnista de chismes del *Tribune* le había dicho una vez a Naomi que Berenstein le había metido mano a todas las jóvenes de la ciudad que se presentan en sociedad, y a todas sus madres.

¿Qué estaba haciendo allí la esquivia Linda?

De hecho, Berenstein era más que un ginecólogo. ¿Que dejan encinta a la pequeña del señor Banker en la recepción del Lake City Club? ¡No hay cuidado! ¿Que su chico deja en estado de buena esperanza a alguna camarera impresentable? No hay problema. ¿Ha tenido un mal día en el club y necesita un Valium? El bueno de Simón Berenstein te lo dará. Si necesitas un pequeño toque aquí o un trasplante allí, llama al simpático cirujano estético. Todo legalísimo, claro está, y Berenstein no guardaba referentes embarazosos ni se iba de la lengua.

Así pues, mientras Vail se entretenía comiendo con Roy Shaughnessey, Naomi cogió un taxi para dirigirse, a través de la fría brisa de principios de primavera, a la Costa de Oro, unos ochocientos metros de la propiedad más valiosa del estado. El aumento de los impuestos y los depredadores de las urbanizaciones habían exprimido

a los individuos que habían habitado esta zona. Se habían derribado antiguas mansiones monumentales y enclaves para sustituirlos por estériles edificios de oficinas. Después de destruir la belleza y el patrimonio en nombre del progreso, los carroñeros, como una manada de hienas, habían avanzado en busca de otras zonas que tuvieran encanto y gracia que aniquilar.

Waterview Towers era una obra maestra de fría sofisticación, un imponente edificio de oficinas de cobre y cristal, de doce pisos, con un pequeño centro comercial en el vestíbulo. Paredes de malva y cobre, un suelo de mármol gris en el que se alineaban maceteros oblongos de cobre, repletos de crisantemos blancos. El edificio aún se daba más aires mediante una floristería, una tienda de juguetes caros, otra de obsequios, una librería y una enorme farmacia. Las placas con los nombres de residentes junto a la hilera de ascensores al fondo del vestíbulo incluían muchas firmas legales prestigiosas y media docena de médicos. La clínica Berenstein ocupaba del piso nueve al doce, suficiente espacio para una clínica.

Naomi cogió el ascensor para ir al duodécimo piso y salió a una sala de espera aproximadamente del tamaño de Rhode Island. Sofás y sillones de piel blanca y mesas de cristal ahumado cubiertas de los últimos números de revistas como *Town and Country*, *Vogue*, *Vanity Fair* y *Smithsonian* dominaban el salón. Una colección impresionante de perfumes caros la habían aromatizado y un solitario Degas dominaba una pared. Desde las cristaleras se veía cómo un solitario barco de vela luchaba contra el viento y la lluvia en el lago mientras un espeso montón de nubes de color gris plomo se cernía claustrofómicamente sobre la ciudad.

La recepcionista habría sido más apropiada en un salón de decoración interior. Tenía cuarenta y tantos años, llevaba mechaz grises, a la moda, y un vestido negro de Chanel al que adornaba sólo un collar de perlas. Miró a Naomi con una mirada de superioridad, repasándola de arriba abajo.

—¿Sí? —preguntó glacialmente.

Naomi le enseñó una tarjeta.

—Me gustaría hablar con el doctor Berenstein, por favor —dijo alegremente.

La recepcionista frunció el entrecejo al ver la tarjeta.

—No ha concertado una visita. —Su tono insinuaba que la simple presencia de Naomi en la sala era una especie de ofensa.

—No le entretendré mucho.

—Es imposible. El doctor tiene consultas, exámenes que hacer. ¿Para qué quiere verle?

—Es confidencial.

—¿Qué significa esto de «paralegal»? —La recepcionista continuó con su interrogatorio brutal.

—Quiere decir que soy abogado en prácticas, pero aún no tengo el título —explicó Naomi.

—Oh. ¿Una especie de quiropráctico?

—¡Un momento! —dijo Naomi, impidiendo que continuara insultándola. Cogió la tarjeta y escribió detrás: «Linda y el arzobispo», y se la devolvió a la recepcionista—. Sólo enséñele la tarjeta, por los dos lados. Esperaré.

—No servirá de nada. Si fuera la presidenta, no podría entrar hoy sin haber concertado visita —dijo bruscamente la recepcionista, con desprecio.

—Bueno, ¡qué suerte tengo!

—¿Qué quiere decir?

—No soy la presidenta —contestó Naomi sonriendo dulce--mente.

La recepcionista se marchó y regresó al cabo de unos minutos.

—Sígame —le indicó secamente. Y guió a Naomi por la sala de espera hasta un despacho que había-en-una esquina—. Espere aquí, por favor —dijo, y cerró la puerta tras ella.

En el despacho, como en la sala de espera, dos de las paredes eran cristaleras. Naomi miró los títulos enmarcados del médico: Choate, Princeton, Harvard. Las titulaciones idóneas. Berenstein entró uno o dos minutos después. Era un hombre impresionante de unos cincuenta y cinco años, más o menos, y de más de metro ochenta, elegante como un atleta, de pelo completamente blanco y ondulado, de facciones pronunciadas y un bronceado de los de jugar al tenis. Tenía el aire de superioridad de un hombre que espera ser respetado y le gusta controlar la situación.

—¿Señorita Chance? —dijo con una voz profunda y bien articulada—. Soy el doctor Berenstein. —Miró a Naomi moviendo su nariz equina—. Es usted una mujer muy impaciente. ¿Qué es eso tan condenadamente importante? —Miró la tarjeta de Naomi, le indicó que se sentara y se sentó enfrente de ella detrás de su escritorio.

—Trabajo para un abogado, doctor. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas. No tardaremos mucho.

—Hoy es imposible. Absolutamente imposible.

—Puedo esperar hasta última hora del día. Podemos hablar mientras sale a coger el coche.

—De ninguna manera. Le diré a la señorita Thomas que le dé hora de visita para el próximo...

—Lo siento, doctor, no puedo aceptar eso.

—Su actitud es ofensiva. No me gusta —dijo con tono seco Berenstein.

—No tiene por qué, no es necesario —replicó Naomi con aplomo.

—Creo que será mejor que se vaya ahora mismo.

—Puede contestar mis preguntas airadamente —insistió Naomi—. Puede mostrarse malhumorado. Incluso puede escribir las respuestas si no quiere decirlas en voz alta. Pero, desde luego, va a contestar a mis preguntas, doctor.

Berenstein se mordió la comisura de los labios y cogió la tarjeta, manoseándola con las yemas de los dedos varias veces.

—Tal vez la semana que viene —dijo finalmente.

—Eso no puede ser.

—¡Con quién demonios cree que está hablando! —inquirió Berenstein. Sus labios empezaron a temblar de rabia. Se levantó de pronto, sus ojos reflejaban el enfado que apenas controlaba—. Creo que es mejor que se vaya antes de que llame a la policía.

Naomi levantó los ojos para mirarlo unos momentos y dijo con tranquilidad:

—De acuerdo. El hombre con el cual quiere hablar usted es el teniente Abel Stenner. ¿Quiere saber qué le dirá? Le dirá que estoy completamente autorizada y que estoy realizando mi trabajo. Entonces, es seguro que aparecerá para descubrir por qué vine aquí. También le dirá que puede hablar conmigo ahora o que volveré con una autorización judicial y tendrá que hablar con mi jefe. Se llama Martin Vail.

Pareció que a Berenstein se le fueron los humos cuando oyó el nombre. Echó fuego por los ojos y su expresión se calmó. Mecánicamente se atusó el pelo de detrás de la cabeza y estiró los hombros. Volvió a mirar la tarjeta de Naomi.

—No tengo que saber qué significa esto —dijo—. Mi personal programa muchas visitas. ¿Quiénes son Linda y el arzobispo? ¿Linda qué? ¿Y quién es esta persona, el arzobispo?

Naomi Sacó un cigarrillo y lo encendió. Se reclinó y dijo:

—¿Qué le parece si le facilito las cosas y voy directa al grano? Estamos investigando el caso del asesinato del arzobispo Rushman.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Tiene que ver con Linda.

—¿Linda qué? No sé de quién está hablando.

—Linda es una posible testigo presencial. Vivía en Savior House hasta hace unas semanas, así que no sabemos su apellido. Usted conoce la política del refugio, estoy segura.

—Repito, no conozco a ninguna Linda.

—El arzobispo pidió hora para ella, se la dieron el nueve de marzo. Está en su agenda, doctor.

—Como ya le he dicho...

—Doctor Berenstein, si el arzobispo llamó en nombre de Linda lo que sea, no habló con esa esfinge de recepción o con cualquier otra recepcionista. El arzobispo Rushman habló con usted.

—No recuerdo...

Naomi levantó la mano e hizo que callara.

—Esto es lo que quiero que me diga: el apellido de Linda, estoy segura de que consta en su archivo, de dónde es, cuándo la vio por última vez, dónde está ahora y por qué el arzobispo la hizo venir. Eso es todo. Cinco respuestas y me voy de aquí.

—Está loca, señorita Chance. Aunque fuera una paciente, su ficha es confidencial...

—O si no... conseguiré una citación judicial y tendrá que hablar con el señor Vail en el estrado. ¿Qué le parece mejor, señor?

Berenstein, un hombre que había cuándo replegar velas, consideró sus opciones

durante un minuto poco más o menos; entonces abrió un cajón archivador de su escritorio. Repaso las carpetas y por fin sacó una y la dejó encima de la mesa.

—Tengo que ver a un paciente —dijo—. Volveré enseguida. Confío en que para entonces ya se haya ido. —Y salió de la habitación.

Naomi abrió la carpeta, sacó la ficha y la leyó. Después empezó a tomar apuntes.

Llegó a la oficina diez minutos después que Vail, emocionada por la información que había obtenido.

—¿Qué tal fue la comida? —preguntó Naomi al entrar.

—Primero creí que iba a ver qué pescaba. Pero creo que fue más que eso.

—¿Por qué?

—Shaughnessey me dijo que dejara al arzobispo en paz. No, en realidad me lo pidió.

—¿Crees que sabe algo de los monaguillos?

—¡Oh, no! Está nervioso pero no tanto. Si Shaughnessey supiera algo de los monaguillos... tendría un paro cardíaco. Estaría en cuidados intensivos con unas ochenta y seis máquinas diferentes enchufadas. Pero está preocupado por algo. ¿Qué demonios sabemos del arzobispo, Naomi?

—Mucho más de lo que debiéramos.

—¿Hay algo más aparte de lo de los monaguillos?

—¿Qué quieres saber?

—Bueno, Shaughnessey está muy nervioso por los fondos benéficos. ¿Cuánto dinero supones que el buen arzobispo reunía al año? ¿Crees que habrá algún problema respecto a eso?

—Oh, no —dijo Naomi, y sus ojos brillaron maliciosamente—. Tengo una lista de la junta de administradores y los beneficiarios de los fondos. Sería un buen punto de partida.

—Por qué no lo comprobamos, sólo para ver qué hay.

—Sí. ¿Por qué no saco toda la carpeta?

—Tráelo todo. ¿Qué hacen estos libros en mi mesa?

—Martin, has estado cambiando esos libros de un sitio a otro desde que Tommy los trajo hace dos semanas. Son los libros que encontró en casa de Aaron, en su *stander*.

—¡Oh! ¿Y qué debo hacer con ellos?

—No lo sé, ¿por qué no se lo preguntas?

Vail mezcló los estropeados libros de bolsillo y uno de tapa dura. Lo abrió. Un sello sobre el título decía: «Propiedad de la Biblioteca de la ciudad, sección central».

—¿Sabes qué? —dijo Vail, volviendo a dejar el libro sobre la mesa—. Hace días que acabó el plazo de préstamo de uno de estos libros.

—Apuesto a que Aaron está la mar de preocupado por eso —contestó Naomi

desde la otra habitación.

Decidió esperar a que llegaran Tom Goodman y el juez a la habitual reunión de tarde para dar a conocer su descubrimiento. Llegaron juntos. Goodman se fue a buscar una taza de café y se dejó caer en el sofá. El juez esperó a que Naomi le llevara el café, por deferencia a su edad y posición.

—No me queda ni un sitio donde buscar pistas —informó Goodman—. Ni rastro de Linda, Billy Jordan o Peter.

Y entonces Naomi lo dijo:

—Sé dónde Linda debería haber estado la semana pasada.

Todos la miraron con sorpresa.

—¿Sabéis quién es el doctor Simón Berenstein? —preguntó.

—Claro —repuso Vail—. Sólo atiende a la aristocracia hacendada. Pasa más tiempo en las mansiones de la alta sociedad que en su despacho.

—El número que había en el libro del arzobispo era de él, el que me diste hace un par de semanas. De la clínica Berenstein en Waterview Towers.

—¿Linda tenía hora con Berenstein? —dijo Goodman.

—Pedida por el arzobispo en persona. Hoy me acerqué a hablar con el doctor. En realidad, concertó dos visitas. La primera una semana después de que Rushman fuera asesinado, visita que figuraba en una agenda pero que tú olvidaste, Marty, y la otra la semana pasada. Su verdadero nombre es Linda Gellerman. Constaba en la ficha que era de Akron, Ohio. Y es un año más joven de lo que pensábamos.

—¿Quieres decir que empezó con los monaguillos cuando tenía trece años? —dijo Goodman.

—Eso es. Y además, el diecinueve de febrero, que fue cuando tuvo la primera visita con Berenstein, estaba embarazada de siete semanas.

—¡Me estás tomando el pelo! —exclamó Vail. El juez simplemente negó con la cabeza...

—Tenía que haber abortado la semana pasada, pero no apareció —explicó Naomi—. Berenstein afirma que no la ha visto ni ha tenido noticias de ella desde esa primera visita.

—Creí que el arzobispo era radicalmente contrario al aborto —dijo Goodman.

—Según la ficha de Linda, Rushman afirmó que la chica había sido violada en Savior House. También se indica que tratarían el problema «internamente» y que el arzobispo quería que todo el asunto se silenciara «por el bien de Linda».

—Claro. Me pregunto quién es verdaderamente el padre —se interrogó Vail.

—Es probable que no lo sepa —dijo Naomi—. Podría ser cualquiera de los monaguillos.

—O el arzobispo —aventuró Vail—. Bien, Tommy, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí. Espero que no hayan demasiados Gellerman en el listín telefónico de Akron —dijo Goodman en tono quejoso.

—Eh, Zwick, coge la línea nueve. Es conferencia.

El detective Eric Zwicki estaba a punto de recoger los bártulos aquel día. Tenía que ir a una reunión de la Little League de camino a casa y después, aquella noche le tocaba cocinar a él, pues su mujer, entre otras emancipaciones, se había librado de esa tarea doméstica dos noches a la semana, como resultado del movimiento de liberación de la mujer y de una suscripción a la revista *Ms*. Ya llegaba tarde, y ni siquiera había salido del despacho.

—¡Mierda! —exclamó, y cogió el teléfono—. Departamento de Personas Desaparecidas, Zwicki.

Tom Goodman, que estaba llamando desde el escritorio de Naomi, se presentó y explicó que era un investigador que trabajaba para el abogado que se encargaba del homicidio Rushman.

—He leído todo acerca de ese caso —dijo el detective—. Un chico se cargó a un cardenal católico.

—A un arzobispo.

—Ha habido mucha publicidad del caso.

—Sí. Se trata de un caso importante. El motivo de mi llamada es que estamos buscando a una chica que puede que sea una testigo presencial. Sólo tiene quince años. La información que tengo dice que es de Akron, seguramente se marchó de allí hace más de dos años. Sólo es una sospecha, creí que quizá constara en Personas Desaparecidas.

—¿Se llama Linda Gellerman?

—Me ha leído el pensamiento, detective.

—No. ¿Hace dos años? ¿Trece años de edad? ¿Una chica que jamás apareció? Me ha estado fastidiando dos años, preguntándome si estaba muerta y quién la había matado. ¡Mierda!, sus padres nos volvieron locos durante al menos un año. No me estará diciendo que todavía está viva, ¿verdad?

—Lo estaba hace dos semanas.

—¡Dios mío! Renuncié a ese caso hace mucho. Se fue de casa el día que cumplió trece años y fue como si la tierra se la tragara. Ni una jodida pista.

—Bueno, ha estado viviendo aquí, en un lugar llamado Savior House, casi todo el tiempo.

—Nunca llamó a casa. Ni siquiera una postal. Nada de nada en dos años.

—Entonces, no habrá tenido noticias tuyas el mes pasado o así, ¿verdad?

—Demonios, no. Y estoy seguro de que si sus padres las hubieran tenido, habrían llamado.

—¿Me puede dar su número de teléfono, por favor? —preguntó Goodman.

—Claro que sí.

Al cabo de diez minutos, Goodman volvió al despacho de Vail.

—Creo que Linda engañó a Aaron —dijo—. Nunca pensó en volver a casa. Hablé con sus padres y con un detective de Personas Desaparecidas de Akron. Todos creían que estaba muerta. No ha dado señales de vida en dos años.

—Me pregunto si Aaron sabe que está embarazada.

—Sólo hay una persona que puede descubrirlo.

—Llamaré a Molly mañana —dijo Vail—. Así pues, a partir de aquí ¿adonde vamos? No apareció en la clínica. ¿Dónde narices está?

—Marty.

—¿Sí?

—No creerás que ella fue la que puso la nota debajo de mi limpiaparabrisas, ¿verdad?

—¿Y que tal vez esté escondiéndose en Savior House?

Goodman se encogió de hombros.

—Ahí es donde encontré la nota. ¿Pero por qué no apareció en la clínica Berenstein?

—Porque el arzobispo está muerto, Tommy. Suponiendo que nadie más de la iglesia sepa nada de esto, ¿quién va a pagar a Berenstein? Quizá tenga miedo de que Berenstein la entregue a la policía. Tiene quince años, ¿adonde puede ir? Es probable que esté muerta de miedo.

—O quizás estuviera allí cuando pasó.

Vail asintió.

—Sí, eso es lo más grave.

Vail se levantó y empezó a ir y venir por la habitación, como de costumbre, pensando en voz alta.

—Si la encontramos, podemos sacar a relucir la película de los monaguillos y al arzobispo porque ella puede corroborar que la voz de la cinta es de él. Puede declarar que también jodía con ella, lo cual quita responsabilidad a los otros chicos. Que se quedó embarazada y que él arregló el aborto con Berenstein y mintió acerca de las circunstancias. ¡Demonios!, nunca la violaron. Es probable que él le dijera que dejara a Aaron y que fuera a vivir a Savior House, que se mantuviera fuera de circulación hasta que abortara.

—¿Qué es lo que conseguimos con todo eso a favor de nuestra defensa? —preguntó Naomi.

—Reduce la tensión que recae sobre Aaron y la sitúa sobre el arzobispo —dijo el juez—. ¿Un pilar de la Iglesia católica abusando sexualmente de niños que confiaban en él? Introducimos el pasado de Aaron. Corrupción de menores, maltrato, humillaciones, enseñanzas religiosas contradictorias. Y establecer el móvil de un crimen tan atroz que nos permita alegar ira repentina.

—O sea que quizás entró en estado de fuga, mató al arzobispo y no lo recuerda —conjeturó Vail...

—O quizá lo hiciera Linda —aventuró Goodman—. Aaron está con ella, ve lo que pasa y decide pagar el pato.

—Así que coge el cuchillo y huye con él, sólo que resulta que hay un coche de policía en el callejón y lo atrapan en la iglesia.

—Y ella se esconde bajo tierra para salvar su culo —concluyó Tom.

—Puede que sea suficiente para plantear una duda razonable —pensó en voz alta el juez—. O solicitar que sea declarado inocente en razón de ello. Desde luego, podemos hacer que se libere de la silla eléctrica con una defensa como ésa.

—Por descontado, será necesario que Rebecca y Linda declaren. A no ser que encontremos a Peter o Jordán —dijo Naomi.

—Ya os dije que la profesora queda al margen —recordó Vail—. Se autoincriminaría y, además, tendría que declarar que se acostó con Tom.

—¿Cómo coño lo sabes? —dijo un Goodman sorprendido.

—Tommy, eres bueno pero no tanto. No se consigue información como ésa tomando café en el bar de Rosie.

El juez y Naomi movieron la cabeza, en señal de acuerdo. Era obvio que todos habían supuesto lo mismo. Avergonzado, Goodman dijo:

—No pasó como creéis.

—¿Ah? ¿Y cómo pasó? ¿Lo hicisteis subidos a una lámpara? —bromeó Vail riéndose.

—No era eso lo que quería decir.

—Tommy, no me importa cómo pasó, ¿vale? No me importa si fue amor a primera vista o locura de luna llena, no me importa. Es asunto tuyo. Lo que importa es que no podemos arriesgarnos a hacerla declarar y ella tampoco puede arriesgarse a hacerlo. Pero el caso de Linda es diferente. A menos que esté directamente implicada en el homicidio, podría salvar el pellejo de Aaron. ¿Juez?

—Desde luego parece que vamos mejor que ayer —dijo el juez—. Pero sin la chica o el otro monaguillo, sería suicida introducir el asunto de Rushman.

—¿Todavía vas a declararlo inocente?

—Sí —contestó Vail.

—¿Y más tarde rectificarás a culpable pero alegando desequilibrio mental? —preguntó Naomi.

—Hay tres posibilidades a elegir. Inocente e intentar vencerles con la duda razonable, inocente a causa de desequilibrio mental o culpable pero alegando desequilibrio mental.

—¿En qué se diferencian los dos alegatos de desequilibrio mental? —preguntó Naomi.

—Si lo declaran inocente por desequilibrio mental, entonces lo que están diciendo en realidad es que se volvió temporalmente loco en el momento del crimen, y en ese caso podría salir libre —aclaró el juez.

—Culpable pero alegando desequilibrio mental significa que está chiflado —

completó Vail—. Lo llevan al manicomio y si lo curan, tiene que cumplir el resto de la sentencia, que en este caso podría ser cadena perpetua. Me gustaría optar por la primera, pero es la más difícil y arriesgada.

—Sí; si perdemos, es hombre muerto —dijo el juez.

—¿Así que por tanto optamos por el manicomio? —quiso saber Goodman.

—En realidad, eso depende de si encontramos a Linda Gellerman, y de lo que nos cuente nuestra buena doctora acerca de Aaron —contestó Vail.

Ya era tarde y la llovizna se había ido haciendo intermitente y fría cuando Goodman volvió a Savior House por tercera vez. Los pasillos estaban prácticamente vacíos. Caminó hasta el final de uno y subió las escaleras de acero y hormigón para ir al segundo piso. Pero se detuvo a examinar las antiguas aulas que se habían convertido en dormitorios. Las camas estaban hechas y las habitaciones limpias, ordenadas y vacías. Viernes por la tarde, los refugiados de Savior House habían salido a divertirse el fin de semana.

Volvió a las escaleras y subió al tercer piso. Un letrero que había junto a la puerta en lo alto de las escaleras decía: «Enfermería, horas de visita: 13.00-16.00». Entró en un largo y triste corredor que abarcaba la longitud del edificio. Dos lámparas en el techo iluminaban el desolado corredor. No se oía ni un ruido. Fue pasando por las habitaciones vacías y se detuvo enfrente de una. En aquella habitación, alguien había plegado con cuidado un pijama a los pies de la cama. Encendió la luz y entró, pero evidentemente estaba desierta.

—Se ha ido —dijo una voz detrás de él.

Asustado, se volvió para mirar hacia la oscura figura de una monja que se destacaba contra la luz del pasillo. Se acercó a él y la luz del dormitorio iluminó su joven rostro. La malicia que Vail había visto en sus ojos había desaparecido y la sustituían la tristeza y la desconfianza.

—Soy la hermana Mary Alice —dijo—. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Dónde ha ido? —preguntó Goodman, haciendo caso omiso de su pregunta.

—No tengo ni idea —respondió.

—Hermana, de veras, no quisiera poner en duda su palabra...

—Le he dicho que no sé dónde está —dijo fríamente—. Ahora, ¿quién es usted y qué quiere?

—Me llamó Tom Goodman. Soy el investigador de Martin Vail.

—¿A quién está buscando?

—¿Quién se ha ido?

La monja suspiró y dejó caer sus hombros pesadamente.

—Es una chiquilla asustada, señor Goodman. ¿Por qué no la dejan en paz?

—Puede ser testigo presencial en un caso de asesinato, hermana. Podría salvar la vida de Aaron Stampler.

—Ella no sabe nada de eso.

—¿Cómo se ha enterado?

—Hablamos mucho sobre Aaron.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí, en la enfermería?

—No lo recuerdo exactamente. Unas tres semanas.

—¿O sea que estaba aquí la noche que mataron al arzobispo?

—Sí. No podía seguir en aquel horrible lugar con Aaron. La pobre niña estaba enferma.

—Está embarazada, hermana.

La monja pareció sorprendida.

—¿Cómo ha descubierto eso? —preguntó la monja—. Ni siquiera Aaron lo sabe.

—¿Está usted enterada de que no ha llamado a su casa desde hace dos años? Sus padres creían que estaba muerta.

—Ni siquiera sé su apellido, señor.

—Por favor, llámeme Tom —dijo Goodman—. ¿Sabía usted que tenía hora de visita para abortar la semana pasada en la clínica Berenstein?

Ella bajó la mirada hacia el suelo.

—Sí —musitó.

—¿Y usted lo aprobaba?

—No fue decisión mía.

—¿Y quién lo decidió?

—El arzobispo. La violaron en esta casa...

—Eso no se sostiene en pie, hermana —la interrumpió—. Es posible que él le dijera eso, pero no tiene sentido. Se acostaba con Aaron antes de que los dos se fueran de aquí. Aunque la hubiesen violado, cosa que dudo, es muy probable que se trate del hijo de Aaron.

—Como he dicho, el arzobispo lo decidió.

—¿Por qué no apareció en la clínica?

—Creo que estaba muerta de miedo. Y tenía problemas morales.

—¿Era católica?

—Sí. Convertida.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Se marchó el viernes.

—¿Y desde entonces no ha hablado con ella?

—No. Señor Goodman, no puede contarle nada. Se lo dije, ya hablamos de ello. Por favor, déjela en paz. ¿No es su vida ya bastante desdichada? ¿Tiene que añadir más tragedias a toda nuestra tristeza?

—Estamos intentando salvar la vida de Aaron Stampler, hermana.

—¿A costa de qué?

—¿Cuánto cuesta una, hermana? —Ella no respondió, por eso Goodman continuó—. ¿Le dijo lo de los monaguillos?

—¿Qué es lo de los monaguillos?

Era obvio, por su reacción despreocupada, que no sabía nada del club porno ni de sus consecuencias.

—¿Puede ser que todos estuvieran en casa del arzobispo aquella noche, más temprano? —contestó Goodman intentando desviar el tema.

—Tal vez uno de ellos lo asesinó. Puede que ella nos pudiera ayudar.

—Eso es estúpido. Incluso ella cree que Aaron mató al arzobispo Rushman. Pero dice que no sabe por qué.

—¿Puede decirle que me llame?

La monja negó con la cabeza.

—Ya se lo dije, señor Goodman, no tengo ni idea de dónde está y no espero que me llame o que regrese.

Molly Arrington se inclinó mientras conducía por la anticuada carretera de dos carriles el coche de alquiler que en aquellos momentos estaba siendo azotado por la lluvia. Los coches que venían en dirección contraria salpicaban de agua y barro su parabrisas al pasar sobre los charcos; el camión que iba delante de ella también le salpicaba con las ruedas traseras. Los limpia-parabrisas luchaban inútilmente contra aquel interrumpido ataque. Entrecerró los ojos al pasar una señal que indicaba: EASTON, 5 KM. Miró su reloj. Pasaban unos minutos de las ocho.

Sólo le faltaban cincuenta y tres kilómetros y medio. Con un poco de suerte llegaría a casa de Martin antes de las diez.

Su corazón latía con tanta fuerza que parecía que iba a saltársele por efecto de la combinación de la emoción a causa del descubrimiento de aquella tarde y el nerviosismo de conducir bajo lo que, para ella, eran condiciones absolutamente espantosas. Pero tenía que volver. Aquella información era demasiado importante para esperar o para hablar de ella por teléfono.

A un kilómetro y medio de las afueras de Easton, las luces traseras del camión empezaron a zigzaguear. Molly redujo la velocidad con cautela, su nariz casi tocó el parabrisas y se esforzó para ver mejor. ¿Iba a girar? ¿A parar?

De pronto las luces rojas relampaguearon delante de ella. Le pareció que toda la parte posterior del camión se convertía en una gigantesca luz de freno. Entonces el camión se desvió bruscamente y ella se quedó conduciendo justo a su lado. Molly giró de un golpe el volante al notar que las ruedas pisaban la gravilla del arcén. La parte posterior empezó a coletear. La mujer continuó haciendo girar el volante mientras las ruedas del camión arrojaban barro y grava, acribillando la parte delantera de su coche. El coche dio sacudidas al volver a la carretera y hubo un instante en que creyó que lo conseguiría, pero cuando las ruedas tocaron con la calzada mojada, el coche empezó a girar. Las luces de los coches, los árboles, el camión fuera de control; todo daba vueltas a su alrededor como si estuviera montada en un tiovivo enloquecido. El coche se enderezó a la misma vertiginosa velocidad y se dirigió directamente hacia un amenazador mojón.

Los consejos que su padre le había dado hacía muchos años resplandecieron súbitamente en su mente. Molly cayó de lado al asiento del acompañante, y con los brazos rígidos en el cuadro de mandos se preparó para resistir el choque.

El camión golpeó el mojón» llegó a dar a la barrera de seguridad y, chirriándole los frenos, fue rozándola varios metros antes de pararse. La suerte de Molly fue otra. El coche chocó también contra el mojón. La parte delantera del vehículo se levantó. Dentro, Molly, que había soltado el volante, vio que el guardabarros se precipitaba hacia ella. Agachó la cabeza un instante antes de que el guardabarros chocara con el salpicadero.

Fuera, la lluvia continuaba cayendo. El camión quedó suspendido en parte de modo peligroso. El coche de Molly yacía de medio lado, con el capó doblado sobre el parabrisas. No se oía ni un ruido excepto el salpicar de la lluvia y el silbido que emitía el vapor del radiador del coche de Molly.

La mesa de Vail era un campo de Agramante de cuadernos legales de notas, libros de derecho y de medicina, artículos de periódico e informes. Naomi los había ordenado con esmero en montones clasificados por temas; ahora, se habían esparcido sobre la mesa formando una mezcolanza caótica. Vail estaba escribiendo notas para sí mismo; haciendo listas de precedentes legales, aspectos de los informes forenses y de la autopsia, testigos, pruebas, preguntas que se hacía a sí mismo y también que haría al juez, Goodman, Naomi y Molly. Este poner en limpio la información y relacionarla era un ritual nocturno en el que Vail se desafiaba a sí mismo a elegir la mejor línea de acción posible en defensa de su cliente. Su cenicero estaba lleno de colillas y el café se había quedado helado en la taza. Estaba tan absorto que no oyó el timbre de la puerta hasta que sonó por segunda vez. Se dirigió a la puerta, refunfuñando y estirando los codos hacia atrás para aliviar los calambres de la espalda.

Era una figurilla de niña abandonada, llevaba un impermeable amarillo, con la cabeza echada hacia atrás sobre el ancho cuello de la prenda, y le miraba con unos temerosos ojos como platillos. Vail la reconoció de inmediato.

—¿Señor Vail? —preguntó con voz entrecortada.

—¡Linda! Pasa, por favor —dijo, abriendo la puerta de par en par, y la cogió del codo para que entrara—. Vaya sorpresa. Me alegro de que hayas venido. Ven, quítate ese abrigo mojado.

—No puedo quedarme mucho rato —advirtió la muchacha con un silbido de voz mientras él la ayudaba a quitarse el impermeable y lo colgaba en la percha.

—¿Quieres algo de beber? ¿Coca-Cola, café?

—Coca-Cola, gracias.

—¿Cómo te gusta, en la botella pasada de moda o en un vaso con hielo?

Linda sonreía con cautela.

—Siempre las bebo en lata. Lo de la botella será divertido.

Linda le siguió a la cocina, fijándose en todo lo que veía. Al llegar, observó cómo Vail destapaba la botella con el abridor. Tomó un trago largo y suspiró.

—Hacía tiempo que no bebía Coca-Cola —dijo. Y añadió apresuradamente—: No puedo quedarme mucho rato.

—Eso has dicho. ¿Tienes algún lugar donde vivir?

Movió la cabeza asintiendo pero no le dio la dirección. Entonces dejó escapar impulsivamente:

—Señor Vail, hacía tres semanas que no veía a Aaron cuando mató al arzobispo Rushman.

—¿Crees que mató al arzobispo? —preguntó Vail, sirviéndose café recién hecho.

—¿No lo creen todos?

—¿Estabas allí, Linda?

—¿Dónde?

—En casa del arzobispo, la noche que le mataron.

Pareció sorprenderse ante la mera sugerencia.

—¡Por supuesto que no!

—¿Entonces cómo sabes que lo hizo Aaron?

—Bueno —se encogió de hombros—, porque estaba escondido en la iglesia con el cuchillo y todo...

—¿Cómo sabes que no fueron ni Peter ni Billy Jordán?

—¿Sabe algo de eso?

—¿De qué?

—Nada —dijo Linda a la defensiva—. ¿Y de todos modos, por qué querían matar al arzobispo?

—¿Por qué querría hacerlo Aaron?

—Yo no..., por ninguna razón que yo sepa.

—¿Nunca demostró ira hacia el arzobispo Rushman?

—No...

—¿Estaba celoso de ti?

—Aaron no es celoso. De todas maneras, ¿por qué debería de tener celos de mí?

—No lo sé, por eso lo pregunté.

—Miré, llamé a la hermana Mary Alice y me dijo que tenía que hablar con usted. Se lo he dicho, no sé por qué Aaron querría hacer una cosa así. No sé nada de lo que pasó.

—¿Se salía de sus casillas a menudo?

—¿Aaron? Nunca. Acepta las cosas tal como vienen.

—Crees que mató a Rushman, pero no sabes por qué, ¿es eso?

—Sí. —Vaciló un momento y añadió—: Habló con mi mamá y con mi padrastro, ¿verdad?

—Yo no. Un hombre que trabaja conmigo.

—Y no les importa, ¿verdad?

—Al contrario. Te estuvieron buscando durante un año. Desistieron porque creían que estabas muerta.

—Quiero que lo sigan creyendo. Nunca, nunca jamás volveré con mi familia.

—¿Quieres explicarme por qué?

—Mi padrastro solía zurrarme.

—¿Por qué?

—Me metía en líos en el colegio.

—¿Qué hacías?

—Fumar marihuana.

—¿A los trece años?

Linda asintió.

—Empecé a los once. Incluso probé otras drogas más fuertes un par de veces, pero no fue divertido, y me dio miedo. Me pillaron y Everett, mi padrastro, me pegó. Muy fuerte. Una vez me puso el ojo a la funerala y otra vez me rompió una muela.

Era como el padre de Aaron con el cinturón. ¿Sabe lo que hacía Everett? Todas las mañanas, antes de ir al colegio, me pegaba. Entonces decía: «Si tomas drogas, apurarás todo el frasco de jarabe de palo». Y mi mamá era como la de Aaron, no hacía nada de nada, sencillamente se iba de la habitación. Quizá por eso me sentía bien con Aaron, me entendía.

Le empezaron a temblar los labios.

—Todos los días, Everett... lo hacía. Entonces, el día que cumplí trece años, esa mañana...

Hizo una pausa un momento. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—... dijo que para mi cumpleaños... no me pegaría más... y yo estaba llorando, era muy feliz y entonces, justo cuando iba a salir por la puerta, me agarró y me dio la vuelta y...

Lloraba con más desconsuelo. Vail la cogió y la abrazó. Sus brazos le caían sin vida a los lados y sollozaba al hablar.

—... y dijo: «Bueno, sólo... una... vez más...». Y me dio un revés tan fuerte..., me tiró al suelo y luego subió las escaleras riéndose y me sangraban los labios..., me dolía tanto... Todavía recuerdo cuánto me dolía...

Linda se detuvo y dio rienda suelta a los sollozos, dejando que su cuerpo temblara como si tuviera escalofríos.

—Está bien —dijo Vail—. Desahógate, tienes derecho. Escucha, ahora ya no te drogas, Linda. Es algo de lo que tienes que estar orgullosa. Ya no tiene por qué pegarte más.

Se apartó de él, sus brazos todavía inermes a los lados, y así la olvidada Coca-Cola con una mano.

—No, es peor. Estoy embarazada, señor Vail. La hermana me dijo que lo sabía. ¿Sabe lo que haría mi padrastro? No es difícil de adivinar.

—¿Crees que Aaron es el padre?

—Es muy probable que lo sea. —Se acabó la Coca-Cola y dejó la botella en el mármol—. Gracias.

—¿Quieres otra?

—Tengo que irme.

—Linda, ¿por qué has venido aquí?

—Porque no puedo ayudar a Aaron y quiero que deje de buscarme.

—Quizá sí puedas ayudarle.

—¿Cómo?

—Necesito que declares.

—¿Que declare qué?

—Lo de los monaguillos.

Le entró el pánico. Retrocedió aterrorizada, sus ojos parecían los de un animal acorralado. Se dio la vuelta rápidamente y se precipitó hacia la puerta. Vail la alcanzó por el brazo cuando cogía el pomo de la puerta e hizo que lo soltara y se volviera.

—Escúchame... —empezó a decir.

—¡No lo haré! —Escupió las palabras—. ¡Nunca lo confesaré! —Y entonces frunció el ceño—. Mentiré. Les diré que no es cierto.

—Linda, puede servir para que el jurado sepa lo que estaba pasando en realidad. Lo que os obligaba a hacer el arzobispo.

—¿Quiere que cuente eso? La gente me odiará..., nos odiará a todos. ¿Cómo puede eso ayudar a Aaron?

—Explica por qué Aaron lo hizo. Esas horribles cosas que el arzobispo os obligaba...

—¿No lo entiende? —gritó, interrumpiéndole—. ¡No nos obligaba! Con el tiempo era divertido. ¡Nos gustaba!

La muchacha se volvió, salió corriendo por la puerta y desapareció en la noche lluviosa. Cuando Martin volvió a entrar en el despacho, el teléfono empezó a sonar.

—¡Bah, cállate! —dijo bruscamente Vail, y decidió dejar que contestara el contestador automático. Regresó a su escritorio y encendió un cigarrillo. El contestador dio un zumbido y una voz grave y seria dijo:

—Señor Vail, soy John Leland, de la policía. Si conoce a la doctora Molly Arrington sea tan amable de llamar...

Vail descolgó enseguida el teléfono.

—¡Sí! —dijo casi gritando al auricular—. Soy Martin Vail.

Vail tardó treinta minutos en recoger a Naomi Chance y ponerse en la carretera en dirección a Easton, y menos de una hora en llegar al pequeño hospital, que estaba a una manzana de la calle principal. La sala de urgencias consistía en una sola sala de operaciones y un cuarto de recuperación adjunto. Al entrar, un médico que llevaba una bata blanca y zuecos salió de la sala de operaciones con un informe sujeto a una

tablilla.

—Perdone, doctor. Me llamó Vail.

—Ah, sí, ¿viene por lo de la doctora Arrington, verdad?

—Eso es.

—No soy el médico —dijo sin darle importancia, y les condujo por el pasillo—. Soy enfermero.

—Perdone —dijo Vail.

—No se preocupe, es un error típico. Es mi esposa la doctora. Está en urgencias, ocupándose del camionero. No tuvo tanta suerte como la señorita Arrington.

—¿Está muy mal herida?

—Bueno, tiene un chichón del tamaño de un tomate en la cabeza y la nariz llena de Demerol. Estará aturdida durante doce horas, pero se pondrá bien.

—¿Podemos llevarla a la ciudad esta noche? —preguntó Vail—. Pondremos algunas mantas en el asiento de atrás. Estará cómoda.

—Tendré que consultarlo con la doctora, pero creo que no habrá ningún inconveniente. Es probable que le duela bastante la cabeza durante uno o dos días. Su abrigo y su cartera están en recepción, pueden recogerlo al salir.

—Gracias por todo.

—Tuvo mucha suerte. El coche quedó para el desguace.

—Eso es asunto de la empresa a la que alquiló el coche —dijo Vail, estrechándole la mano.

El enfermero les acompañó hasta la sala de recuperación.

—Ahí está. Buena suerte —les deseó—. Vuelvan alguna vez que puedan quedarse más rato. —Sonrió y salió de la habitación.

Molly estaba echada en una cama situada en una esquina, mirando fijamente el techo.

—Eh —dijo Vail—. ¿Dónde aprendiste a conducir, doctora?

Molly lo miró con ojos desorbitados.

—Por aquí no, eso seguro —pronunció, aturdida, intentando enfocar la mirada en Naomi y Martin—. ¿Marty? —llamó débilmente.

—Estoy aquí.

—No me llames doctora, ¿vale?

Vail se rió de alivio.

—Nunca más, Molly.

—Un camión me obligó a salir de la carretera. ¿Estoy mal herida?

—Estás bien. Sólo recibiste un golpe en la cabeza. Te han puesto Demerol en la nariz, por eso te encuentras tan mareada. Naomi también está aquí, te vamos a llevar a casa.

—Gracias. ¿Marty?

—Sí.

—Hay una cinta en mi cartera. Debes... verla. Por eso... iba a hablar contigo.

—Claro.

—Asegúrate... ve la cinta... —Hizo una pausa, su mirada vagaba errante a causa del Demerol. Entonces dijo—: Marty, hoy he conocido al verdadero asesino del arzobispo.

Tapada con una manta de lana, Molly estaba acurrucada en el asiento trasero del sedán de Naomi, flotando entre el sueño y las alucinaciones provocadas por el Demerol. Pero las revelaciones de las pasadas veinticuatro horas dominaban tanto su mente que se entrometieron en su aturdimiento indoloro. No estaba ni dormida ni despierta, sino suspendida en ese estado propio del ritmo alfa, entre el sueño y la realidad, flotando a la deriva y sin rumbo, del pasado al presente. Era un día de sol y estaba en la linde del trigal donde habían sido esparcidas las cenizas de su madre. La brisa primaveral mecía suavemente las doradas espigas. Los perros zigzagueaban por el campo, ladrando a las mariposas. Su hermano, joven y travieso, con el horror de Vietnam todavía lejano, la persuadió para entrar en el campo y esconderse entre las altas espigas. El se reía de ella mientras ésta se adentraba en el fértil trigal. No había ni un ruido ni un aroma en su fantasía, sólo colores luminosos y un sentimiento de gran alegría. ¿Había sido siempre así?, se preguntaba. ¿Eran falsas vivencias del pasado o eran reales? ¿Habían sido sus vidas tan despreocupadas y alegres o era este recuerdo una alteración de la memoria producida por los narcóticos? No importaba. Durante un fragmento de tiempo se encontró en completa armonía con el mundo. Su hermano la llevaba fuera del trigal y al fondo había una estructura que ella conocía pero que no reconoció al pronto. La alegría de espíritu de su hermano desapareció y de pronto pareció melancólico, un payaso cuya sonrisa se había vuelto triste, y cuyo júbilo se había convertido en lamento. La llevó hasta el edificio. Entonces el presente irrumpió. Estaba de vuelta a Daisyland. En aquella habitación claustrofóbica. Y cuando su hermano se volvió para mirarla, era Aaron. Él se tendió en la cama. Ella se sentó detrás. La cámara de vídeo les enfocaba a ambos. Tan importantes habían sido los acontecimientos del día que la fantasía se convirtió en realidad; sus sueños se hicieron verdaderos.

Durante varias semanas, Molly había entrevistado a Aaron dos veces al día, seis días a la semana. Casi sesenta horas de conversación, explorando cada vez más a fondo la mente del joven, buscando pistas, discrepancias en su historia de la pérdida del conocimiento, saltando hacia atrás y hacia delante en el tiempo, a veces centrándose durante días en acontecimientos concretos. Era ésta una intensa terapia y había días en que ambos se agotaban. Las pruebas fisiológicas no habían dado muestras de trastorno cerebral, y sus entrevistas no habían desenterrado nada nuevo excepto que Aaron había sufrido ataques de amnesia temporal durante años, aunque estaba segura de que a veces no se daba cuenta de esas fugas temporales porque el intervalo había sido demasiado corto para reparar en él.

Durante semanas de terapia, evitó escrupulosamente dos temas: Rebecca y los monaguillos. Sentía la tensión cuando se acercaba a estas cuestiones y cambiaba de dirección antes que perder el terreno que había ganado. Sentía que Aaron estaba cada

vez más cercano a la transferencia, a aceptarla como confidente y amiga. Pero pasar demasiado deprisa a zonas peligrosas podía costarle los progresos que había hecho.

Un martes por la mañana, decidió entrar en ese terreno movedizo. Ese día, cuando sólo quedaban tres semanas para el juicio, había decidido conducirlo poco a poco hacia lo que podía ser un campo mental minado.

—Quiero volver a Crikside un momentín —dijo aquella mañana.

—Vale.

Molly examinó su cuaderno de notas.

—Dijiste que la primera experiencia sexual que tuviste fue con Maty Lafferty cuando ibas al instituto.

—Sí, señora. —Empezó a ponerse nervioso y moverse en la cama. Se volvió para mirarla y sonrió.

—Está bien —dijo ella—. Confías en mí, ¿verdad?

Él se dio la vuelta y se puso cómodo.

—Por supuesto.

—¿Tú y Rebecca hablabais de sexo alguna vez?

—Hablabamos de todo —respondió, el recelo se apoderaba de su tono de voz progresivamente.

—Así que ella hablaba de sexo contigo.

—Bueno, de los pájaros y las abejas, y eso —dijo ahogando una risita, pero visiblemente incómodo.

—¿Ella hablaba en concreto de hacer el amor?

—¿Quiere decir de cómo hacerlo? —preguntó con suspicacia.

—Sí.

—Bueno, supongo que sí.

—¿Te tocaba, Aaron?

—¿Por qué quiere saber eso? —Había crispación en su voz.

—Porque quiero asegurarme de que estás siendo totalmente sincero conmigo. Y tengo unas preguntas que debo hacer. ¿Rebecca te hizo el amor?

—¡Maldita sea!, ¡maldita sea! ¿Por qué ha tenido que decir eso? ¿Pór qué le preguntó eso a ella?

—No lo hice yo, Aaron. Ella le dio la información a Tom Goodman. Está bien, no te estoy acusando ni juzgando, sólo quiero asegurarme de que todo queda claro antes de ir a juicio.

—No hablaré de eso. No tiene nada que ver con todo esto. —Se estaba enfadando por primera vez. Se incorporó de repente y se sentó con los pies en el suelo, agarrando el borde de la cama. Apartó su mirada de ella y su cuerpo pareció hundirse. Frunció el ceño. Bajó la mirada al suelo.

—Puede que sí —dijo Molly—. Aquí dijiste..., a ver si lo encuentro. —Buscó en su cuaderno de notas.

De pronto pareció como si todo el aire hubiese sido aspirado fuera de la

habitación. Molly respiró profundamente para no ahogarse. Le entró frío. En la parte posterior del cuello sintió un hormigueo. Una mano la alcanzó y cubrió la suya, y una voz que no había oído antes, un susurro sibilante, un agudo silbido, a dos o tres centímetros de su oreja, dijo:

—Te mentirá.

Ella saltó y levantó los ojos. Él se le había acercado, deslizándose tan silenciosamente que no lo había oído. Estaba inclinado, a sólo unos centímetros de su cara. Pero éste no era Aaron. Había cambiado. Parecía cinco años mayor. Sus facciones se habían vuelto duras, arrogantes, rígidas; su mirada intensa, casi feroz, de color más pálido y brillante de deseo; sus labios parecían más gruesos y con una mueca formaban una sonrisa licenciosa. Incluso su cuerpo parecía más robusto. Molly pasó un instante de terror al notar su mano sobre la suya, viendo cómo él se relamía muy despacio.

—Sorpresa —dijo arrastrando las palabras.

No había ni rastro en su acento de los Apalaches. Procedía directamente de la parte oeste de la ciudad. Molly sacó la mano muy despacio de debajo de la suya. Aaron bajó los ojos mientras ella lo hacía, y entonces levantó la mano rápidamente como si estuviera jurando.

—Lo siento, nada de magreo, ¿verdad? ¿Hablar pero no tocar? Típico.

El hombre bajó la mano de pronto, la agarró por la garganta y apretó, clavándole los dedos.

—No puedes gritar, así que ni lo intentes. —Sonrió—. ¿Ves esta mano? Podría romperte el cuello. ¡Zas! Tan sencillo como esto.

Estaba aterrorizada. Rezó para que el oficial de seguridad mirase por la mirilla, pero había sido explícita en prohibir que nadie observara sus sesiones con Aaron. Entonces, con la misma rapidez, la soltó. Retrocedió alejándose de él, frotándose el cuello, con la boca seca, el pulso desenfrenado.

—No te he hecho daño, doctora —susurró con una sonrisa burlona—. Podía haberte hecho daño. ¿Sabes por qué no lo hice? Porque, doctora, vamos a ser amigos.

Él se sentó en su silla. Hasta su lenguaje corporal había cambiado. Era insolente, agresivo, amedrentador. Ella sintió que era un hombre a punto de explotar, apenas bajo control, excepto por el susurro venenoso y sibilante.

Sin darse cuenta, Molly centró su atención en él, aislándolo de la habitación. Ahora era un mero cuerpo sentado en una silla suspendido en la luz y rodeado por la oscuridad.

Veía los espasmos de su propio pulso en la muñeca y respiraba rápido; intentó recobrar el ritmo normal. Sabía qué estaba pasando, lo había visto antes, pero siempre era emocionante cuando ocurría, cuando perdía el control de la entrevista y entonces, sutilmente, intentaba recuperarlo sin romper el delicado equilibrio del momento.

—¿Quién eres? —preguntó con amabilidad.

—Eres una tía maja, doctora —dijo con su tono desafinado, nervioso—. Una

señorita muy maja. Pero ya lo sabía. Soy Roy.

—¿Roy?

—Sí.

—¿Roy qué?

—Roy a secas. Finjo que vivo en Savior House. —Se rió con desprecio—. Vaya tugurio, ¿eh?

—¿Sales a menudo, Roy?

La miró con desconfianza.

—Eso depende. ¿Cuánto es a menudo? —preguntó.

—Una vez al día, una vez al mes.

—Salgo cuando me apetece —dijo con una sonrisa burlona.

—¿Así que lo decides tú?

—Eso es. —Se levantó y paseó hasta el fondo de la habitación y volvió. Caminó pavoneándose, con ese movimiento arrogante que ella había visto en los chulos callejeros.

—¿Por qué no has salido antes? —preguntó. Todavía estaba de pie contra la pared. Él le dio la vuelta a la silla de Molly y se sentó al revés, abrazando el respaldo y agarrándose una muñeca con la otra mano.

—No había llegado el momento de conocerte hasta hace un par de semanas. Vosotros dos os estabais haciendo muy amiguitos...

—¿Y eso te molestó?

—A veces salgo durante uno o dos minutos, para, digamos, meterlo en algún lío. Acaba siempre metido en líos y ni siquiera sabe por qué. —Se rió entre dientes.

—¿Puedes darme un ejemplo?

—¿Qué le parece la primera vez? Shackles, ya sabe lo de Shackles, le oí explicarle lo de ese tío, Shackles le está diciendo cómo va a ir al infierno y Sonny está ahí de pie, temblando, con un miedo espantoso y yo salgo a hurtadillas y digo: «Si tuvieras una buena polla entre las piernas en vez de un gusano, irías allí directamente conmigo». Y vuelvo a meterme dentro y Shackles se vuelve completamente loco y Sonny se va como un perro con el rabo entre las piernas. Solía pensar: uno de estos días va a actuar como un jodido hombre. Sí, ya lo creo.

—¿Le llamas Sonny?

—Sí. Conocí a este chico en segundo curso, un verdadero blandengue, se llamaba Sonny Baxter. A ése es al que me recuerda Aaron: un blandengue... Sonny... Baxter. —Hizo una pausa entre cada palabra para dar énfasis, al nombre.

—¿Cuánto hace que vives con Aaron?

—¿Por qué?

—Sólo por curiosidad.

¿Está fingiendo?, se preguntó. ¿Era un psicópata que había inventado esta otra personalidad para encubrir una psicosis homicida? Había visto un par de pacientes que habían intentado fingir personalidad múltiple, pero nunca eran muy convincentes.

Roy lo era. Si estaba fingiendo, estaba segura de que lo descubriría en las próximas sesiones. Sería, creía, imposible fingir ese estado durante mucho tiempo. Tenía que continuar, dejar que actuara y estudiar todo lo que hacía: su lenguaje corporal, su tono de voz, su actitud.

De una cosa ahora estaba segura: o Aaron tenía personalidad múltiple o era un psicópata de mil demonios. El tiempo diría qué era lo acertado.

—¿Estás intentando pillarme? —dijo Roy bruscamente—. Lo sé todo acerca de ti, señorita. Puedes engañarle a él, pero no a mí. Estás pinchándole para que hable, lo sé.

—No. Estoy intentando conocerle. Y a ti, Roy.

—¡Y una mierda! ¿Por qué? ¿Por qué quieres conocerme?

—Porque tú quieres conocerme a mí. ¿No es por eso por lo que saliste?

—Bueno, me cogiste. —Sonrió otra vez, una sonrisa fría e insolente que ni era graciosa ni sincera—. De todos modos, sabes la respuesta. Le conozco de toda la vida.

Él no dejó de quitarle los ojos de encima y dobló despacio los dedos de su mano libre mientras hablaba.

—Pero Aaron no te conoce ¿verdad?

La sonrisa desapareció, sustituida por aprensión y desconfianza.

—No —dijo con descaro—. Es nuestro secretillo. Tú y yo.

—¿Habéis estado juntos diecinueve años?

Asintió.

—Pero yo tengo veintiocho.

—¿Eh? ¿Qué hacías antes de conocer a Aaron?

Sonrió con una mueca y se inclinó un poco contra el respaldo de la silla, su voz aún más baja de lo normal.

—Estaba calentando —dijo—. No salí hasta que tenía unos ocho años.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No me necesitó hasta entonces. Después, durante mucho tiempo, él no me dejó salir.

—Creí que tenías el mando.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¡Hostias! Al principio no, doctora. Costó tiempo.

—¿Por qué le tienes tanta antipatía a Aaron?

—Nunca tiene agallas para hacer nada. Sí, quiere hacerlo, claro, pero soy siempre yo el que acaba haciendo el trabajo sucio mientras él corre y se esconde.

—¿Se esconde?

—Se queda en una esquina de cara a la pared. No quiere mirar. Es un falso pureta, como tú, putilla —dijo groseramente. Sus ojos se entornaron—. Pero él es el que se excita. Él es quien se divierte. O sea que también es el que se la carga siempre. ¿Me culpas por eso?

—No, no te culpo.

—Adelante, hazme la pelotilla. —Sonrió con aire afectado—. Me encanta.

—¿Dónde está Aaron ahora?

—¡Ah!, se está escondiendo —dijo haciendo un gesto de asco con la mano.

—¿Y si quiere volver?

—Tiene que luchar para hacerlo —dijo, arrastrando las palabras a la vez que hacía una mueca de desprecio—. Aquella noche, con la historia del arzobispo, esperé hasta que estuvimos en la cocina antes de dejarle volver...

Soltó una carcajada.

—Te lo diré, no sabía qué coño hacer. Allí estaba... cubiertas de sangre las manos...

Movió los dedos delante de los ojos de ella.

—... la cara...

Se detuvo, mantuvo la mano delante de su cara y la miró fijamente, como si, al igual que Macbeth, en verdad viera la hoja asesina.

—... el cuchillo en la mano..., los zapatos al lado de la puerta.

Se inclinó y susurró dulcemente:

—Le dije al oído: «Sal, sal de dondequiera que estés...».

Soltó otra carcajada.

—Y mieceerda. Sale de pronto y pierde del todo la chaveta, se pone los zapatos y se da a la fuga. Después ya sabes, ¡los policías abren de repente el confesionario y les dice que no lo hizo! ¡Por Dios!, no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

Saltó y empezó a ir y venir por la habitación. Pero no le quitó los ojos de encima a Molly en ningún momento.

—Grita: «¡Yo no lo hice!», y ni siquiera sabe qué es lo que no hizo. ¿Comprende lo que le digo, doctora? Es más tonto que hecho de encargo, así es nuestro jodido Aaron.

—Así que ¿tú planeaste matar al arzobispo?

—¿Quién dice que yo maté al arzobispo?

—¿Entonces quién lo hizo?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Nadie lo mató. Fue ejecutado.

—¿Ejecutado?

—¿No lo entiendes? Se quitó la máscara.

—¿La máscara?

—Resuélvelo. —Hizo una mueca de desprecio medio risa, medio escarnio, frunció el ceño, su voz se volvió más amenazadora—. Deja que te diga algo, tía, sé todo lo que él sabe. Siempre lo supe. Tengo mejor memoria que él. Sonny no podría recordar ni una mierda sin mí.

—¿Quién se quitó la máscara?

—Su jodida Excelencia, ¿quién iba a ser? —dijo gruñendo—. No lo creerías si te lo dijera. —Suspiró y miró fijamente al techo—. Estoy hablando demasiado.

—No, claro que no. Háblame del arzobispo.

—Vamos, ésa es la historia de Sonny. Sonny dice —alzó la voz alcanzando un falsete—: «Oh, es el demonio, es el mal. Debe erradicarse». Así es como habla. Jódete con el erradicarse. ¡Mierda!, era un viejo verde. El mundo necesitaba saber que era un viejo verde.

—¿Pusiste tú los números allí, en la nuca?

Sonrió.

—B32.156. ¿No?

—Eso es.

—Lo comprenderás, doctora. Tienes una pista.

—¿Una pista?

Echando la cabeza hacia atrás, se rió a carcajadas.

—Está en la cinta —dijo con la cabeza todavía echada hacia atrás. La miró de hito en hito con mirada penetrante, arqueó las cejas y se volvió a reír.

Decidió arriesgarse aunque no estaba segura de cuál podía ser su reacción.

—¿Quieres decir la cinta de vídeo de los monaguillos? —dijo, intentando parecer despreocupada.

Él negó con la cabeza de golpe como si le hubieran abofeteado. Era obvio que estaba aturdido y la fusiló con la mirada. Sus ojos, chispeando con incredulidad y cólera, recorrieron la pequeña habitación casi frenéticamente antes de volver a clavarse en ella.

—¿Lo sabes? —dijo mirando de reojo.

—Sí.

—¿Quién te lo dijo?

—Encontramos la cinta.

—¡Dios! —juró con un susurro atroz—. Se lo dije, ¡coge esa maldita cinta! Pero la puerta del armario estaba cerrada con llave así que tuvimos que fugarnos. ¡Dios! No puede hacer nada a derechas.

—Cuéntame lo de aquella noche, Roy...

—Nunca lo hace. Nunca lo ha hecho.

—¿Roy? Cuéntame lo de la noche en que el arzobispo fue ejecutado.

—Pero como siempre Sonny dejó que yo lo planeara y lo hiciera. Se queda en la esquina y se excita con eso y entonces la jode y ahora los dos estamos enmerdados.

—¿De veras creías que conseguiríais hacerlo?

Empezó a ir y venir de un lado a otro de la habitación, negando con la cabeza.

—Lo habríamos conseguido, si no hubiera sido por ese maldito coche patrulla del callejón. Un minuto antes, un minuto después... —Las venas se le marcaban en las sienes y empezó a sudar—. No sabe hacer nada a derechas —dijo enojado—. ¡Nada! ¡Nunca, nunca! —Golpeó violentamente la pared con la mano.

—¡Roy!

Se dio la vuelta encarándose con ella.

—Déjame en paz.

Lo estaba perdiendo y estaba desesperada por establecer algún método para volver a comunicarse con él, si es que Roy existía de veras.

—Roy, supongamos que quiero hablar contigo y Aaron está fuera. ¿Cómo lo hago? ¿Cómo hablo contigo?

—Resuélvelo tú, doctora zorra. ¿Cómo sabes que yo quiero hablar contigo? Tú eres amiga suya, no mía. Te conozco, señorita, le vaS a hablar de mí.

—También soy amiga tuya, Roy...

—Lo vas a estropear todo, ¿verdad? —Estaba de espaldas a la pared, golpeándola con las palmas de las manos—. ¡Maldita sea, debería saber que no debía!

—¿Estropear qué, Roy?

—¡Todo! —Asintió con la cabeza y pareció que se quedaba sin aliento. Extendió ambas manos contra la pared como si la sujetara. Se quedó así durante un minuto largo antes de volver a alzar la vista.

—Perdí la noción del tiempo —dijo Aaron Con miedo. Sus facciones se habían suavizado y sus ojos estaban más asustados que coléricos. Pareció derrumbarse en sí mismo, disminuir físicamente.

—Tuviste un pequeño ataque de amnesia temporal —dijo Molly con calma—. No duró mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Cinco o seis minutos.

—Estaba echado en la cama. Y ahora estoy aquí. ¿Qué hice? —Levantó los ojos hacia ella—. No intenté hacerle daño, ¿verdad, señorita Molly?

—No. Fue algo así como una siesta.

—¿Por qué cree que ocurrió?

—Aún no lo sé —dijo Molly—. Es de esperar que lo descubramos. —Se dio cuenta de que ella respiraba hondo—. Aaron, ¿conoces a alguien que se llame Roy?

—¿Roy qué?

—Sólo Roy.

—¿Vivía en Saviour House? ¿Es por eso por lo que no tiene apellido?

—No estoy segura. Es sólo un nombre que surgió.

—Bueno, si se me ocurre alguien, se lo diré, señorita Molly.

—Hagamos las paces esta mañana, John —dijo—. Podemos volver a hablar después de comer.

—¿John?

—¿Qué?

—Me ha llamado John. —Se rió.

—Mi mente ya ha salido a comer —dijo—. Sostén el trípode mientras saco la cámara.

La primera persona que había visto con un trastorno de personalidad disociada fue John Neckerson. Ocurrió cuando estudiaba el último curso de psicología en la universidad estatal, en la asignatura de comportamientos anormales. Se llamaba Neckerson. Director de banco. Edad, cuarenta y cinco. Maníaco depresivo. Dos intentos de suicidio. Internado en una institución mental después de haber robado tres mil doscientos dólares de los cajones de los cajeros una mañana; ante los tres empleados, salió del banco, subió por la calle y pagó al contado tres mil doscientos dólares por un Cadillac nuevo.

Una tarde, John Neckerson había cambiado súbitamente delante de todo el curso. Todo cambió: su conducta, su aspecto, su voz. De repente, ¡John Neckerson era una niña de cinco años! Les suplicaba que no dejaran que su padre se acercara a ella. Al haber sufrido los abusos sexuales de su padre, Neckerson se había inventado una niña para integrar su sentimiento de culpa y el abuso, y para librarse de lo que él creía que era la mancha de la homosexualidad. Había visto muchos casos de trastorno de personalidad múltiple desde entonces.

Estaba empezando a separar la cámara de vídeo cuando la voz habló de nuevo. Dio un salto. Estaba a unos centímetros de ella, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Quieres enterarte, no? —susurró Roy.

Alargó la mano y le acarició la mejilla. Ella no se movió. Le devolvió su mirada fija.

—Apuesto a que sé qué quieres. Te gustaría que te tirara justo ahí en el suelo y te jodiera hasta reventar, ¿no es eso? ¡Mierda!, conozco a las mujeres, os gusta, pero todo lo que hacéis es hablar, hablar, hablar.

Se volvió a acercar y esbozó su sonrisa de gato de Cheshire. Al hablar lo hacía con un cuchicheo de voz cascada, de manera que Molly tenía que agudizar el oído.

—Te gustaría que hablara, hablara y hablara, ¿verdad? Quizá la próxima vez, doctora, ¿eh? Quizá la próxima vez te diré lo que quieres saber sobre Su Excelencia.

—Eres un auténtico bromista, ¿verdad, Roy?

—Deberías saberlo.

—Creo que te lo estás inventando todo.

Su mano salió disparada antes de que pudiera moverse y sus dedos le agarraron el cuello otra vez. Su boca se abrió enseñando los dientes.

—Podría matarte ahora mismo, así pararías —dijo con voz temblorosa—. Eres una mujer con suerte, doctora.

La volvió a soltar y la señaló clavándole el dedo índice.

—No uses esa mierda conmigo, no intentes engañarme para conseguir algo. Escucha, señorita, si quiero decirte algo, yo decidiré cuándo.

—Lo siento —dijo ella con voz entrecortada.

—¿Dolió un poco esta vez, verdad? ¿Eh?

—Sí.

—Recuérdalo. Si quieres llevarte bien conmigo, ten cuidado y no seas imbécil.

—Ahora deberíamos dejarlo, Roy. ¿Por qué no vuelves a esconderte...?

—¿Intentas librarte de mí?

—Me hiciste daño —dijo ella con firmeza—. No confío en ti. —¿Confía en él pero no en mí?

—Él nunca me ha hecho daño. Nunca ha querido hacerme daño. Roy, todo esto es obra tuya.

—Vale..., vale. —Sonrió a la cámara—. La próxima vez seré un buen chico..., doctora Cámara.

Tres de la madrugada.

La casa de Vail estaba a oscuras a excepción de una sola luz encendida en su despacho de la planta baja. Cualquiera que hubiera pasado por aquel lugar a aquella hora tan poco decente lo habría visto a través de las persianas entreabiertas, yendo y viniendo por la habitación, deteniéndose de vez en cuando para señalar con el dedo a un jurado imaginario, igual que en la infancia, cuando jugaba con sus amigos. Cuadernillos amarillos llenos de notas garabateadas a mano, libros de derecho abiertos, revistas médicas, recortes de periódico, todo estaba desplegado en su mesa de despacho. De cuando en cuando paraba, se acercaba a la mesa y hurgaba entre montones de información buscando alguna referencia oscura y apuntándola después en una hoja de papel de otro cuadernillo amarillo.

La estrategia. El instinto le decía a Vail que, antes que las leyes, antes que los hechos, antes que la verdad, la estrategia y las reuniones para intercambiar puntos de vista ganarían este caso. La cinta cambió todo. Durante semanas, había estado desarrollando su caso, escudriñando cada informe, cada fotografía, cada detalle que pudiera encontrar, buscando discrepancias por muy insignificantes que fueran, desenterrando antecedentes y credenciales de los testigos expertos que la acusación citaría. Ahora, una cinta de vídeo de una hora lo había cambiado todo. A tres semanas del juicio, y era posible que tuviera que volver a empezar.

El comentario final de la entrevista de Molly con Aaron y Roy le había confundido. Molly había vuelto a la silla y se había sentado de cara a la cámara, un poco desenfocada y casi fuera de la imagen. Pero su voz era clara y concisa.

—Martin, sé que esta cinta te sorprenderá del mismo modo que la aparición de Roy me ha sorprendido a mí —empezaba—. Así que quiero comunicarte algunas ideas mientras están frescas en mi mente. Intentaré no ser demasiado técnica.

»Esto podría ser, y digo “podría ser” porque no puedo hacer un análisis razonable partiendo de una sola entrevista, podría ser un caso clásico de trastorno de personalidad múltiple. Lo que la gente normal llama desdoblamiento de la personalidad o doble personalidad. Muy a menudo, la reacción inicial a este tipo de revelación es incredulidad y rechazo, así que es importante que comprendas que es una enfermedad mental específica y reconocida.

»Es fácil entender cómo pudo ocurrir, teniendo en cuenta lo que sabemos de la infancia de Aaron y de su adolescencia. Existen muchas posibilidades de que hayan abusado de él sexualmente, y de que le hayan maltratado física y mentalmente, y de que tuviera traumas religiosos y sexuales, que son las dos causas principales de las enfermedades mentales.

»Un supuesto simplificado es que Aaron creó a Roy para integrar el sentimiento de culpa y la responsabilidad de actos que él mismo no podía llevar a cabo. En otras

palabras, Aaron traspasó los actos que le hacían sentir culpable a Roy. Como he dicho, esto es una simplificación excesiva de un problema muy complicado, pero no se trata de ninguna manera de palabrería de psiquiatra, o de magia negra o vudú. Una cosa de la que podemos estar seguros es que tanto si está fingiendo como si no, este chico está muy enfermo. Y si Roy existe de veras, es muy peligroso.

Se detuvo un momento y apartó la mirada de la cámara. Luego añadió:

—En cualquier caso, es evidente que está sufriendo un trastorno mental grave que plantea la cuestión de si podría ser sometido a juicio.

La cinta se quedó en blanco.

Bien.

¿Estaba fingiendo?

¿Era ésta otra personalidad auténtica?

En una cosa estaba de acuerdo con Molly, Aaron estaba sin duda alguna enfermo. Y si Aaron tenía otra personalidad, ¿a quién demonios estaba defendiendo, a Aaron o a Roy?

A Roy era fácil acusarle de todo. Parecía un ser ajeno a los otros, despojado de compasión, sensibilidad, remordimientos, de todo excepto de violencia y lujuria. El odio parecía ser su pasión, su fuego y su pábulo, el cerebro que concentraba la energía, el músculo que impelía el cuchillo. La cuestión era: ¿de quién era aquel odio?

¿Roy extraía su violencia y lujuria de Aaron? ¿O Roy generaba su propia hostilidad? ¿Cuán independientes eran Aaron y Roy? ¿Estaban unidos umbilicalmente como hermanos o en el fondo eran enemigos? ¿Compartían el mismo ello, los mismos dolores de cabeza, los mismos deseos? ¿Quería Roy gobernar su universo y el de Aaron, ascender a anfitrión? ¿O era simplemente una especie de clon intermitente y perturbado?

¿Quién mató en realidad al arzobispo Rushman? ¿Aaron? ¿Roy? ¿Ambos?

La estrategia, no la verdad, los mantendría vivos, porque no importaba quién había matado al arzobispo. Si uno de ellos moría, los dos morirían.

Vail se sentó sobre el borde de la mesa, con las manos en equilibrio formando una pirámide frente a los labios, mirando fijamente la chimenea. Entonces, por fin se levantó y empezó a ir y venir por la habitación.

—Cuando era niño mi mejor amigo era Beanie McGlaughlin —dijo en voz alta, dirigiéndose a la chimenea como si fuera la tribuna del jurado—. Tenía tres hermanos y dos hermanas y siempre se metían en líos. Y cuando uno de ellos hacía algo malo, su madre solía pegarles a todos. «De ese modo, estoy segura de que no me equivoco», solía decir. Era efectivo, pero no justo.

»La justicia es equitativa. La justicia es justa, ecuánime e imparcial. La justicia es la verdad. Por eso es por lo que estamos aquí hoy, señoras y señores. Para buscar la verdad.

Se detuvo y negó con la cabeza.

—Mierda —masculló.

—A mí me sonó muy bien —dijo Molly desde la puerta de la oficina. Había estado en la penumbra observándolo, escuchando cómo elaboraba el discurso de defensa. Vail se asustó. Al ser despertado de su ensueño, primero pareció enfadado, pero enseguida le ganó un sentimiento de simpatía.

—Eh —dijo sonriendo—, ¿qué tal la cabeza?

—La peor resaca que jamás tuve. —Se sentó en el sofá excesivamente mullido—. Y me tiemblan las piernas. Pero creo que sobreviviré.

Estaba encogida dentro de un batín. Llevaba el pelo suelto y le caía sobre los hombros. Se quedó perplejo ante lo vulnerable y lo joven, lo naturalmente bella que era. Sin su máscara profesional, se sentaba como un pajarillo herido, y le envolvía un halo de delicadeza que no había revelado anteriormente. De pronto se sintió protector. Parecía una persona diferente de la profesional endurecida por la experiencia que se había enfrentado a ese asesino oculto —un asesino que la había amenazado verbal y físicamente— y que le había ganado a su propio juego. Se acercó a ella, le cubrió las rodillas con una manta y le examinó la cabeza.

—Te está saliendo en la cabeza un chichón como un tomate.

—No me hagas reír —dijo con voz quejumbrosa.

—¿Qué te parece una taza de café?

—En realidad, me muero de hambre.

—Eso está bien. Llevas sin comer casi veinticuatro horas. ¿Te apetecen unos huevos con panceta? Hago unos huevos escalfados de primera.

—¿Sabes cocinar?

—Imagino que se le puede llamar cocinar —dijo Vail, dirigiéndose a la cocina.

—¿Qué opinas de la cinta? —preguntó Molly.

Se paró en la puerta de la cocina y se volvió para mirarla.

—Nunca he visto nada igual.

—No creo que lo haya visto mucha gente, a menos que se dediquen a esto.

—He oído hablar de ello, desde luego, lo he visto en algunas películas pero nunca había pensado demasiado al respecto. Eso es lo que sucede, ¿eh? ¿Sencillamente cambia, ¡pum!, así, en medio de una frase?

Molly asintió.

—Sí, he visto casos en que las personalidades cambiaban en medio de una frase.

—¿Le crees?

—Esa es una pregunta difícil partiendo de una entrevista de una hora. Digamos que no puedo dejarlo de lado.

—Podría estar fingiendo, ¿no?

Molly asintió.

—He tratado por lo menos treinta casos de comportamiento disociado en los seis últimos años. Si éste no es un verdadero caso de personalidad múltiple, lo averiguaré.

Vail puso los huevos en una sartén medio llena de agua hirviendo y le dio la

vuelta a la panceta con la espátula.

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—No puedo precisártelo. Podría tardar unas semanas o unos meses. Dependerá de la frecuencia con la que salga, de si puedo desconcertarlo durante el análisis. Haremos pruebas...

—Tú harás las pruebas —dijo Vail con calma—. No quiero que los del estado sepan nada de esto todavía.

—Está bien...

—¿Es una enfermedad concreta, verdad? —preguntó Vail.

—Sí. Se describe bastante explícitamente en el MDE₃. En nuestro oficio no es distinto a lo que él sarampión o el ataque al corazón es para un clínico al uso.

—Para ti, puede. Y para otros médicos, pero pudiera no funcionar con un jurado de gente cuyo coeficiente intelectual está probablemente entre uno diez, uno quince. —Untó tostadas con mantequilla y sirvió los huevos y la panceta en los platos. Encendió dos velas y las puso sobre la mesa del comedor—. El desayuno está servido, señora —dijo, y le ofreció el brazo mientras ella se dirigía tambaleante hacia la mesa.

Martin reanudó la conversación sobre el caso que les ocupaba.

—Molly, si este personaje, Roy, va de veras, ¿puede pasar de uno a otro cada vez que quiera?

—Posiblemente.

—¿Puedes hacer que salga cuando quieras?

Molly negó con la cabeza.

—Por ahora, no. Si va de veras, aún no sé qué es lo que le hace salir. Hará falta tiempo.

—Que se nos está acabando...

—Lo sé. Pero tengo que tratar la situación con mucho cuidado. O Aaron es un joven muy sensible con una doble personalidad, o es un farsante psicopático. Si es una personalidad desdoblada, el trauma que tendría al descubrirlo podría tener consecuencias desastrosas. Podríamos perder a Aaron, y Roy podría convertirse en la personalidad dominante y parece ser que es un psicópata, es decir, voluble y amoral.

—¿Qué posibilidades hay de que esté fingiendo?

—He visto un par de intentos poco convincentes de desdoblamiento fingido de la personalidad, pero no estaban conseguidos. Los descartamos muy rápidamente —dijo Molly— Estoy segura de que se ha hecho, todo en el mundo se ha hecho, pero tendría que ser alguien con un profundo conocimiento de la enfermedad y un tremendo poder de concentración.

—¿Por qué?

—Porque el impostor no puede actuar sencillamente como otra persona, él o ella tendrían que adoptar la psique del anfitrión y del suplente. Sostener la farsa sería la parte más difícil y los cambios del cuerpo que con frecuencia lo acompañan son

difíciles de fingir. Aunque —de hecho, es un cambio de actitud antes que un cambio físico. Pero, para mí, ése no es el problema.

—¿Entonces cuál es?

—Es seguro que está padeciendo alguna forma de psicosis o nada de esto habría pasado.

—¿Así que ahora tenemos un alegato de desequilibrio mental con seguridad?

—Ésa es su historia, abogado. Pero es seguro que tiene un problema mental de algún tipo.

—Dame el perfil rápido de un psicópata.

—No me gusta simplificarlo con cuatro pinceladas rápidas.

—Nunca saldrá de esta habitación, Molly —le aseguró con una sonrisa.

—Bueno, los psicópatas son del todo amorales, por lo general paranoides, abrigan en su interior una gran rabia, que normalmente esconden con éxito. También tienen tendencia a considerar a los otros inferiores, desprecian a sus semejantes.

Son antisociales, mentirosos patológicos, a menudo homicidas. Las leyes no cuentan para ellos.

—Eso suena encantador —observó Vail.

—Bueno, también pueden ser encantadores, inteligentes, ingeniosos, socialmente atractivos.

—En realidad no sé nada de esto —dijo Vail—. ¿Qué hay de casos legales? ¿Conoces alguno?

Ella asintió con la cabeza.

—Hay uno muy reciente. Un trastornado mental de Ohio que se llama Billy Milligan. La última vez que oí hablar de él tenía treinta personalidades diferentes.

—¡Treinta!

—Y contadas. Hombres, mujeres, niños. Era un artista.

—¿Estás diciendo que Aaron podría tener varias personalidades?

—Sí. Pero podrían pasar algunos meses antes de que todas ellas salieran.

—Vamos a quedarnos con dos por ahora, son los clientes que necesito de momento. ¿Qué pasó en el caso Milligan?

—Fue juzgado por violación y se alegó trastorno de personalidad múltiple en su defensa. Está en una institución mental en vez de en la cárcel.

—Según Roy, Aaron tuvo un orgasmo cuando Roy mató al arzobispo. ¿Dónde acaba uno y empieza el otro?

—No sabemos al llegar a este punto lo disociados que están. Las complejidades son enormes. Estoy segura de que ambos me mienten a veces, lo cual no ayuda.

—¿Hay alguna manera de descifrarlo?

Molly pensó en la pregunta mientras comía.

—No lo sé. Desde luego tenemos que estudiar detenidamente las cintas de vídeo. Tal vez haya alguna pista en ellas. Una vez entable una profunda relación con él, es posible que pueda sacarlo mencionando simplemente su nombre. Eso es lo que suele

pasar en casos como éste. Pero por ahora, le toca a Roy salir él solo.

—Si es que existe un Roy.

—Sí. Si es que...

Acabaron de desayunar y volvieron al despacho. Vail sirvió una taza de café recién hecho para cada uno.

—Tengo que reconocerlo, estos casos son absolutamente fascinantes —dijo Molly—. Nunca se sabe lo que podemos aprender de estos pacientes.

—Puede que consigamos que lo valoren como un valioso experimento científico.

—Muy gracioso.

—Según he entendido, Aaron no sabe nada de Roy, ¿no es eso?

—Eso es.

—¿Todavía crees que pierde el conocimiento de vez en cuando, cuando sufre una gran tensión nerviosa?

—Sí.

—Entonces, ¿quién cree que mató al arzobispo?

—No creo que lo sepa. Cree que otra persona estaba en la habitación y tiene miedo de quienquiera que fuese.

—¿Pero entiende qué es un estado de fuga?

—Sí. Él lo llama «perder la noción del tiempo». Es un término corriente en el ramo, sobre todo entre los que lo padecen. Tuve un caso en cierta ocasión, una mujer que era obesa. Practicó la terapia, entró en contacto con grupos de apoyo para los obesos, todo lo imaginable, pero continuaba engordando. Un día su marido encontró docenas de envolturas de hamburguesa metidas en el fondo de un armario. Entonces fue cuando la pillé. Juró que no las había puesto allí. Resulta que salía de trabajar y camino de casa le daba un ataque de comer y perdía la noción del tiempo, entraba en una hamburguesería, compraba una docena de hamburguesas y palitos de pescado, se lo comía todo y luego escondía los envoltorios.

—¿Todo esto mientras estaba en un estado de fuga?

La doctora asintió con la cabeza.

—Por lo general el estado de amnesia temporal es bastante breve. Uno o dos minutos. El que lo padece ni siquiera se da cuenta de que ocurre, a menos que sea obvio. Estás viendo un partido de fútbol en televisión y, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos dan el informativo nocturno. Uno sabe que ha tenido un lapsus de tiempo.

—¿Qué pasaría si le enseñaras la cinta? ¿Si viera a Roy en persona?

—Es difícil de decir —contestó—. Desde luego sería traumático. Hay una posibilidad de que Roy saliera y se convirtiera en la personalidad anfitriona y Aaron se retirara en su propio mundo. No hay ningún modo de predecir qué pasaría.

—¿O sea que no quieres arriesgarte?

—No, aún no. Aunque tendrá que afrontar la verdad tarde o temprano.

—Se nos está acabando el tiempo, Molly.

—Lo sé.

—Háblame de tu hermano otra vez —solicitó Vail.

—Es un esquizofrénico catatónico. Tiene la mirada fija, hacía años que no dice ni palabra, no reconoce dónde está. Vive en otro mundo.

—Y no tienes pasaporte para entrar.

—Bien dicho. Uno de los motivos por los que fui a la clínica Justine es porque lo aceptaron como paciente.

—¿No te afecta verlo así todos los días?

—Me he acostumbrado a ello. Hay otros mucho peor. Es una situación totalmente distinta a la de Aaron y Roy. Ellos viven en nuestro mundo, sus disfunciones mentales son distintas.

—¿Era a eso a lo que te referías cuando dijiste que es posible que perdamos a Aaron?

Molly le indicó que sí con un movimiento de cabeza.

—Podría refugiarse en ese mundo oscuro.

—Así que si realmente se trata de un problema de personalidad múltiple, ¿podríamos perder a Aaron y quedarnos con Roy?

—Sí.

Vail puso los ojos en blanco.

—Perfecto. Su mente debe de ser un verdadero lío.

—De hecho, si Roy existe de veras, no tiene super-yo, no reprime nada. En cierto modo, él es el ello de Aaron. Espero que lo que impulsó a Roy a salir sea que he conseguido la transferencia con Aaron.

—¿Transferencia?

—Es un objetivo en el tratamiento. En el mejor de los casos, el paciente llega a considerar al analista como a un personaje del pasado —un padre o un mentor—, como a alguien con quien se relaciona y en quien confía.

—¿Como Rebecca?

—No exactamente. Estoy segura de que fue una especie de madre sobrevenida y utilizada por Aaron, pero también forma parte del pasado.

—¿Tú?

Ella asintió lentamente.

—Creo que es posible que esté empezando a hacer la transferencia conmigo.

—¿Entonces Aaron quizá te desee sexualmente?

—Posiblemente. Y lo reprime.

—¿Y por eso Roy te desea?

—Ésa es una posibilidad. También está lo malo de la transferencia. Crea un miedo inconsciente de que se repitan todas las viejas heridas e insultos de amigos, maridos, esposas..., casi de cualquiera.

—¿Todas las heridas se transfieren del pasado al presente?

—Eso es. Y esos temores pueden tener como resultado una cólera

incontrolable..., frustración..., esperanzas poco razonables. Es una espada de dos filos. Causa una gran ansiedad en el paciente, lo que llamamos «revivir», vivir heridas pasadas, pero también permite al analista establecer relaciones entre el pasado y el presente. Así es como a la larga diagnosticamos el problema.

—¿Puede curarse?

—Es probable. O podríamos fusionar a Aaron y a Roy en una sola personalidad con un super-yo bastante fuerte para controlar a Roy. Y luego está la posibilidad de poder acabar con una personalidad totalmente nueva. La mente es un invento extraordinario, Martin.

—Te diré la verdad, Molly, eso hace que me estremezca de miedo. Me imagino al jurado sentado ahí, pensando que yo debería de estar encerrado con los dos. —Hizo una pausa, bebió un sorbito de café y dijo pensativo—: Si Aaron tiene una doble personalidad, tenemos que sacar a relucir a Roy. Si no lo conseguimos, ya podemos olvidarnos de la defensa de la personalidad múltiple.

Encendió otro cigarro con el anterior y dejó caer la colilla consumida en su taza de café.

—¡Y vaya defensa! —dijo con sarcasmo—. Aaron Stampler es inocente: Roy lo hizo. —Negó con la cabeza y rió tristemente—. ¡Mierda!, los electrocutarán a los dos, y a mí con ellos.

—¿Es que nunca explotas? —preguntó Molly—. ¿Nunca enloqueces y lo mandas todo al cuerno? ¿No has perdido nunca la paciencia?

—La ira es un derroche de energía.

—Oh, ¡narices!, Martin, derrocha un poco de energía. Despotrica contra esos hijos de puta que te endilgaron este caso imposible. Nadie puede ser tan frío como tú. ¡Es espantoso!

—No soy frío. Por dentro, soy un manojo de jodidos nervios y todos tienen las puntas raídas. Grito mucho en silencio. Si eso es obsesivo, o compulsivo o represivo, que lo sea. La gente pone sus vidas en mis manos. —Extendió la mano con la palma hacia arriba—. En primer lugar vienen aquí.

—Es de admirar.

—No es de admirar, es trabajo. Tú exploras en las mentes e intentas dejar que entre un poco de luz. Yo defiendo a criminales. Creo que los dos pagamos un precio por nuestra elección.

—Sí —dijo—. Supongo que nuestros ellos se salieron un poco de madre.

—Por cierto, ¿qué demonios es el ello?

—Es el lugar donde se generan todos nuestros deseos, los reprimibles y los aceptables.

Vail se rió.

—Bueno, parece que todos los míos están bajo llave —dijo—. Mi última aventura amorosa duró siete meses. Acabó durante un juicio. Eso parece ser la prueba de fuego, los juicios.

—Una vez viví con un hombre durante dieciocho meses antes de descubrir que era un maníaco depresivo —explicó Molly—. No sé qué fue peor, romper o darme cuenta de que me costó dieciocho meses comprender que le pasaba algo.

—¿Ciega de amor?

—Supongo. Ése no parece ser uno de tus problemas.

—No, me parece que a mí me ciega la jurisprudencia.

Se quedaron callados en medio de un silencio embarazoso, paseando la mirada de un lado a otro de la habitación.

—Creo que necesito un sueño de otras doce horas antes de volver a Daisyland —dijo Molly finalmente, y se levantó—. Gracias por el desayuno. Me ha quitado el temblor de las piernas.

—Así pues, ¿qué vamos a hacer con nuestros ellos atestados de deseos? —preguntó Vail.

—Bueno, para empezar, supongo que podríamos dejar de reprimir nuestras libidos —dijo mientras subía las escaleras.

Molly había aumentado sus sesiones diarias con Aaron hasta tres al día, siete días a la semana. Cuando apareció Roy por tercera vez, sólo fue durante unos minutos. Lo hizo para burlarse de ella por preguntarle a Aaron acerca de Rebecca. Al día siguiente volvió, esta vez para discutir con ella. Después, se convirtió en un hecho diario, en ocasiones dos veces al día y siempre hostil.

Trató de hacerlo caer en trampas para ver si estaba fingiendo, buscó en las cintas meteduras de pata, intentó que se saliera fuera del personaje sólo un momento. Pero después de casi ochenta horas de entrevistas, estaba dispuesta a aceptar a Roy como el *alter ego* de Aaron. Todavía no estaba segura de si algún tema concreto provocaba la aparición de Roy.

Entonces tuvo la entrevista más significativa y espantosa. Aquella mañana, Aaron estaba callado, casi malhumorado. Al cabo de diez minutos de sesión, se incorporó repentinamente en la cama y se rió. Molly sintió la habitual punzada de nerviosismo cuando Roy aparecía.

—Buenos días, Roy —dijo Molly.

La miró y la sonrisa desapareció.

—La comida aquí es una mierda —dijo él.

—¿Te has quejado?

—Eh, yo no me quejo de nada y él no tiene cojones para hacerlo.

—¿Alguna otra queja?

Se volvió a tumbar y miró fijamente al techo.

—Te lo diré si las hay.

—¿De qué te gustaría hablar hoy?

—Bueno..., ¿no estamos siendo demasiado amables?

—¿Por qué no? ¿Siempre tenemos que discutir?

—Discutir no, doctora. Tenemos intercambios de ideas.

—¿De dónde eres, Roy? —preguntó Molly.

—No soy de ese appestoso agujero de Kentucky, te lo juro. —Pero has estado con Aaron mucho tiempo.

—Muy lista. Lo ves, entonces es cuando tenemos problemas, cuando te haces la lista conmigo. Empiezas a fisgonear, a confundirme o a intentarlo.

—No estoy intentando confundirte, sólo es curiosidad. No sitúo tu acento.

—Del sur de Filadelfia. Directamente de la calle.

—Aaron nunca ha estado en Filadelfia, ¿verdad?

—¡Mierda, no! Voy y vengo, doctora, voy y vengo. ¿Crees que me paso veinticuatro horas al día a su disposición...? Pasaron un par de años después de aquella primera vez.

—¿Quieres decir con el reverendo Shackles?

—Eso es.

—Cuando le insultaste.

—Bueno...

—No me mentiste, ¿verdad?

—No te miento —dijo de muy mala manera—. Sólo que duró más que eso.

—¿Duró más que qué?

—Lo que te dije.

—¿Qué quieres decir con que «duró más»?

—Estuve fuera más tiempo del que dije.

—¿Oh? ¿Dijiste algo más?

—No.

—¿Pasó algo más que fuera importante?

—Podría decirse que sí.

—¿Quieres explicármelo?

—Puede, sólo para ver el aspecto de tu cara.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez no fui del todo sincero contigo antes —afirmó Roy—. Quizás hice algo más que reñir a Shackles, ya sabes. Molly intentó un truco.

—Vamos, Roy —dijo con una risita.

Se levantó, apoyándose en el codo y se puso de cara a ella.

—En realidad crees que no te lo explico todo, ¿verdad?

—¿Recuerdas incluso eso que pasó hace tanto?

—Deja que te diga algo, los recuerdo a todos.

«¿A todos? ¿Está refiriéndose a todas las veces que ha salido o a otra cosa?».

No quiso tentar la suerte. Lo miró. Él se tumbó otra vez, las manos cruzadas sobre su pecho y los pies cruzados a la altura de los tobillos. Sus ojos estaban cerrados y se encontraba completamente relajado.

—Estábamos en un lugar llamado la Sede del Desfiladero del Este —dijo casi con una voz monótona—. El lugar más alto de por allí. Son un conjunto de rocas que sobresalen a una altura de quizás unos ciento veinte, ciento cincuenta metros del desfiladero en sí. Puedes ver la eternidad desde allí. Shackles solía subir allí arriba, se ponía de pie en el borde de la Sede y pronunciaba sus jodidos sermones, a pleno pulmón, discursando acerca del fuego del infierno y de la perdición, y había eco, y se le oía, una y otra vez, una y otra vez.

—¿Solías ir a menudo? Con Shackles, quiero decir.

—Siempre llevaba a Sonny ahí arriba. Ésa fue mi primera vez. Ese día llevó a rastras a Sonny. Shackles señaló hacia abajo, desde el borde, y le dijo que cuando fuese al infierno, sería como caerse de ese precipicio. Sonny se quedó petrificado. Después cogió a Sonny y lo puso de rodillas y empezó a atacarle.

—¿«Atacarle»? ¿A qué te refieres con «atacarle»?

—Era como si estuviera calentándose antes de empezar a sermonear. Y cuando

empezaba todo era odio, fuego del infierno y perdición, y todo iba dirigido a Sonny. Entonces es cuando salí y dije aquello de su polla, y después corrí hacia el bosque.

—¿Así que tú y Sonny os escondisteis en el bosque juntos?

—Sí. Nos escondimos, observando cómo se pavoneaba y hablaba solo. Entonces se da la vuelta y echa a andar hacia el precipicio de nuevo y vuelve a empezar, gritando que Sonny está condenado al infierno y lo muy corrompido que está. Salí furtivamente y me dirigí hacia él. ¡Demonios!, fue fácil. Estaba gritando tan fuerte que no me oyó. Cogí un trozo de rama caída, subí por detrás, la apoyé en su espalda y empujé. Cayó gritando: «Aaaah».

Molly lo miró fijamente, esforzándose por controlar su sobresalto, intentando parecer despreocupada mientras el vello de sus brazos se rizaba al ritmo de la narración.

—No sabría decir cuándo dejó de sermonear y empezó a gritar —continuó Roy—. Pero observé cómo se golpeaba en las paredes del desfiladero. No quería perderme eso. Bajó rodando hasta abajo y todo el esquisto cayó encima de él, de lo que quedaba de él. Fue salvaje. Todo aquel esquisto lo enterró en el acto.

»Volví a casa de la señora Neeley. Shackles vivía en una habitación en la parte posterior. No tenía demasiadas cosas. Viajaba con una bolsa de lona. Lo metí todo en la bolsa y lo llevé a la granja de Johansons y la tiré en su pozo. Nadie echó de menos a Shackles. Imaginaron que le dio un ataque de nervios y se largó.

—Parece que lo planeaste todo muy bien.

Los ojos de Roy se volvieron helados.

—¿Qué vas a hacer, doctora, incriminarme? ¿Con el agravante de la premeditación? No puedes declarar en contra mía. Eres mi psiquiatra, tía. Lo que se diga entre nosotros es confidencial a los ojos de la ley.

—Sigues olvidando, Roy, que estoy de tu parte. Y Martin Vail también.

—¡Mierda!, estás de parte de Sonny, no de mi parte. De todas maneras, no fue planeado, estaba hartado. Sonny no hubiera hecho nada, así que lo hice yo. Después hice limpieza. Fue tan estupendo, odiaba volver a meterme. Quería permanecer fuera para siempre. Sonny volvió a salir cuando llegamos a casa. Se volvió loco preguntándose qué había pasado en todo aquel tiempo que había perdido.

—¿Cómo te sentiste por eso?

—¿Sentirme? Te lo dije, fue estupendo. Pero lo mejor fue que no me pillaran. Y el viejo Shackles segurísimo que sabe lo que es caer en el infierno.

Molly no dijo nada. Fijó sus pupilas en la parte superior de su cabeza durante un largo rato. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Acababa de describir cómo había cometido un asesinato cuando tenía nueve años. Había tratado bastantes comportamientos disociados durante más de seis años, pero nunca había vivido nada como aquello.

—¿Podemos hablar del arzobispo Rushman? —preguntó con cautela.

—¡Mierda!, otro monstruo de Cristo. Siempre tienen que involucrar al diablo,

¡demonios!, y a Cristo en sus cosas. Cuando no tenía respuestas, siempre la misma canción: «Acéptalo por fe. Cristo ama a aquellos que confían en Él». ¿Quién podía creer a Su Excelencia en algo?

—¿Era cruel con Sonny?

—Uhh, ya ves, se reía de él porque Sonny era listo, hacía preguntas. El resto no le importaba un comino. Estaban de acuerdo con él en todo.

—Cuéntame qué pasó la noche en que el arzobispo fue asesinado. ¿Por qué saliste aquella noche?

—Porque tenía a Sonny acojonado. Así que debía hacer algo.

—¿Tenías un plan?

—No tuve tiempo para planes —dijo, girándose y guiñándole el ojo—. Improvisé.

Se quedó en silencio durante un buen rato y ella prefirió dejarle a su aire.

—Echar al diablo, así es como lo llamaba —dijo Roy—. ¡Echar al diablo! Si no se te ponía dura, era culpa del demonio. Si estabas resfriado cuando había una reunión, el demonio se había apoderado de ti.

—¿Te creías todo eso?

—Venga ya, hombre. Ninguno de nosotros lo creía, pero qué coño, nos divertíamos, ¿vale? Dejábamos al viejo hijo de puta que se inventara cualquier excusa que quisiera. Sonny era el único que estaba preocupado.

—¿Porque Rushman era arzobispo?

Roy volvió a levantarse apoyándose en el codo, se acercó, se inclinó hacia ella y cuchicheó:

—Porque se follaban a su chica. Quiero decir, el primer par de veces puede que se sintiera confundido, pero después estaba hasta la coronilla porque todos jodían con su pequeña Linda. Peter, Billy, Alex y su real jodida Excelencia.

—Odiabas de veras al arzobispo, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho, era un perverso y un mentiroso. Por un lado éramos una gran familia feliz que fornicaba; por otro, nos sermoneaba toda esa mierda porque no éramos buenos. ¿No éramos buenos? No éramos buenos porque él hizo que no fuéramos buenos, por eso.

—¿Así que decidiste ejecutar al arzobispo?

—Nosotros... nosotros decidimos ejecutar al arzobispo.

—¿Quiénes son nosotros? ¿Tú y Sonny?

Él asintió con la cabeza.

—Estaba empezando a volver loco a Sonny. Quería verlo muerto tanto como yo, pero yo tuve, que hacerlo todo, él se arrugó como de costumbre. Igual que con Peter y Billy.

«Otra vez. ¿Con Peter y Billy? ¿Qué quiere decir “Igual que con Peter y Billy”?». Roy parecía ahora amenazador, había adoptado un aire provocador.

—¿Qué hay de Linda y Alex? —dijo Molly—. ¿Por qué sólo te metes con Billy y

Peter?

—Se fueron. Alex y Linda se largaron.

—¿Por qué?

Roy se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez se estaban poniendo nerviosos. Después de aquella última vez, se fue a casa, a Ohio. No sé lo que le pasó a ese traidor, a Alex.

—¿Y qué hay de Peter y Billy? —preguntó cautelosamente.

—Como de costumbre. Él siempre se arrugaba. Él se excitaba y entonces..., sabes, tenía que salir y ocuparme de sus cosas. Fue parecido a cuando le bajé los humos a Su Excelencia.

«Dios mío, ¿está insinuando quizá que también mató a Peter y Billy?».

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Molly, dejando la pregunta sin precisar, esperando que continuara hablando de los dos monaguillos desaparecidos.

—¿Qué quieres, los detalles sangrientos?

—Sí. Cómo lo hiciste. Cómo te sentiste cuando lo hiciste. Todo.

—¡Dios mío!, eres tan morbosa como los demás —dijo.

De pronto empezó a ir y venir por la habitación, frotándose las palmas de las manos mientras hablaba. Continuó, describió los hechos de aquella noche como si hubiera abandonado su cuerpo, como si observara la situación desde una esquina de la habitación, en un pedestal...

El arzobispo había invitado a Aaron para ver una «proyección privada» de su última obra. Peter y Billy se habían ido, y Alex y Linda también se habían largado, así que nadie había visto la cinta todavía.

«Otra referencia a Peter y Billy —pensó—. ¿Qué quiere decir, “Peter y Billy se habían ido”? ¿Ido adonde?».

—A Aaron le daba asco, pero el arzobispo alucinaba, como siempre. Empezó a respirar fuerte, a tocarse... Aaron vio en la cinta cómo Linda lo hacía de verdad con Billy y empezó a sentirse celoso. El arzobispo les decía, fuera de imagen, qué tenían que hacer y ellos lo hacían en serio. A Sonny le daba asco la película y el arzobispo. La voz del arzobispo le dijo a Peter, que ya había recibido instrucciones, que entrara en escena y Aaron se volvió loco.

»El arzobispo, mirando la pantalla, le dijo a Aaron:

»—¿Ya se te pone dura? —Y frotó la pierna de Aaron.

»—No —contestó Aaron, y se apartó de él.

»—El demonio se ha apoderado de ti esta noche —dijo el arzobispo.

»—No estoy de humor —masculló Aaron, asqueado, y se levantó. Primero, el arzobispo se irritó un poco, pero no le dio importancia. Aaron se marchó y el arzobispo se metió en la ducha.

»Aaron bajó a la biblioteca del arzobispo para coger prestado un libro. Pero no

podía librarse de la ira. Linda lo había dejado, se había ido, pero su actuación en la cinta era muy viva. Volvió a subir las escaleras. Oía correr el agua de la ducha y al arzobispo cantando. Se quedó junto a la puerta del dormitorio y entonces, fiuuu, fue como si la mano de Dios le hubiera alcanzado y le hubiera dado un tirón gigantesco y súbitamente se hubiera vuelto del revés...

»Tuve que hacerme cargo al llegar a aquel punto, él lo hubiera jodido todo. Pensaba entre mí: “Tal vez se atreva, pero olvídale. Ni hablar”.

»Me apresuré por el pasillo hasta que llegué a la cocina. La puerta estaba abierta. Salí al descansillo e inspeccioné los alrededores; no se veía un alma por allí. Volví a entrar, me quité los zapatos y después cogí un yogur líquido de la nevera y me lo bebí. Mi corazón latía tan fuerte que creí que iba a romperme una costilla, y la bebida me tranquilizó. Abrí el cajón de los cuchillos y los examiné. El ancho cuchillo de trinchar era perfecto. Sería como trinchar un pavo el día de Acción de Gracias. Lo aprecié, era como una cuchilla. Me corté en el dedo y chupé hasta que la sangre dejó de salir. Entonces regresé por el pasillo hasta el dormitorio.

»Tenía la música alta. Era la oda *A la alegría*. Lo imaginaba de pie en el dormitorio dirigiendo aquella orquesta imaginaria. Debería de haber sido un maldito director de orquesta, quizá así nunca lo hubiéramos conocido.

»Eso es lo que estaba haciendo. Tenía velas encendidas, limpiar el aire, lo llamaba, una especie de incienso. Su anillo estaba sobre la mesa junto a la cama. Siempre se quitaba el anillo antes de tomar una ducha. Se dejaba puesto el reloj, supongo que era sumergible, pero se quitaba el anillo. ¿Entiende eso? Así que allí estaba, el jodido santo de la ciudad. Su Santidad desnuda, dirigiendo aquella orquesta imaginaria de ángeles.

»La música crecía. Pensé: “Es tu hora”. Así que fui y cogí el anillo y me lo puse. Su Excelencia había salido de la ducha. Seguía agitando los brazos, con los ojos cerrados, ignorante de lo que se le venía encima. Me acerqué por detrás de él y le di unos golpecitos en el hombro con el cuchillo. Se dio la vuelta y pensé que se le iban a salir los ojos de las cuencas cuando vio el cuchillo. Captó el mensaje rápidamente. Alargué la mano con el anillo y lo señalé con el cuchillo y empezó a sonreír. Luego, señalé la moqueta, también con el cuchillo, y eso borró la sonrisa de su rostro.

»Se arrodilló y yo le amorré al anillo. El arzobispo se inclinó lentamente para besar el anillo y yo aparté la mano. Levanté el cuchillo hacia atrás con las dos manos y cuando alzó la vista, ¡zas!, le di en el cuello. Grité: “¡Perdóname, Padre!”, pero me estaba riendo en su cara cuando yo dije. Se movió y no le acerté en la garganta, el cuchillo le alcanzó el hombro y casi, maldita sea, se lo corta entero.

»Gritó y se resistió. Ni siquiera sé cómo se levantó, pero lo hizo. Empecé a hacerle cortes, pero siguió golpeando con las manos y los brazos. Entonces le hice otro corte en el cuello y levanté el cuchillo para darle por sorpresa y directamente en el pecho. Fue una cuchillada perfecta. No le di en las costillas, entró hasta la empuñadura y dijo: “Oh”, y cayó hacia atrás con el cuchillo clavado. Tuve que poner

el pie en su pecho para sacarlo. Entonces le rajé el cuello.

»No podía parar. Era como las partidas gratis del millón. La sangre saltaba por todas partes. Sé todos los cortes que hice, todos fueron perfectos. Treinta y seis cuchilladas, doce incisiones, diecisiete cortes y una bonita amputación. Los conté.

»Cuando cayó volcó una mesa y una lámpara. Había salpicaduras de sangre en las persianas. Dejó escapar un grito terrible. Así que supe que teníamos que salir de allí. Sonny prueba la puerta del armario y está cerrada. Así que volvemos a la cocina.

Tuvo que tragar saliva varias veces durante su descripción, los detalles le recordaban las fotografías del despacho de Vail. Su repulsión se convirtió en miedo cuando acabó. Estaba de pie a unos centímetros de ella, mirando fijamente a través de sus ojos entrecerrados, dementes.

—Le digo: «Deja el cuchillo» —dijo Roy, con ojos enloquecidos por el recuerdo—. ¿Y me escucha? ¡Mierda, no!, nunca me escucha. Yo le escucho, vale, pero Sonny no, oh, no. Es como si yo no existiera.

—Roy, ¿cómo te sentiste mientras lo hacías?

—Bien, siempre... es así..., me gusta matar, si es a eso a lo que te refieres. Pero esta vez no.

—¿Por qué no? ¿Por qué no te sentiste bien esta vez?

De nuevo hizo una mueca.

—Porque nos atraparon. El muy mierda sale corriendo por la puerta con el cuchillo en la mano, no coge la cinta de vídeo. Yo hago mi parte y él lo jode todo, como siempre. Ves, crees que es un niño bueno, pero eso son gilipolladas, doctora. ¿Sabes la única diferencia entre él y yo?

Molly negó con la cabeza.

—Él quiere..., yo lo hago.

Entonces, en un instante, su expresión cambió, sus hombros se desplomaron y Roy desapareció.

Las preguntas se arremolinaban en su cabeza, pero una ensombrecía todas las demás: «¿Qué les pasó a Peter y a Billy?». Había llegado el momento de que Vail fuera a Daisyland.

Fue Tom Goodman quien resolvió el misterio de «B32.156». Había estado allí, en las narices de Vail, todo el tiempo. Hacía una semana del accidente de Molly. Vail había recibido una llamada de Molly la noche anterior, había anulado todas sus citas y se estaba preparando para ir a Daisyland. Vail había enseñado La Cinta de Roy, como ahora la llamaba el equipo, a Naomi, al juez y a Tom Goodman.

—Lo que vais a ver se quedará en este cuarto —dijo Vail antes de empezar—. Y no es mi intención hablar mucho de esto. Sólo quiero que penséis en ello hasta que Molly decida si va de veras.

Su reacción fue previsible. Naomi estaba aterrorizada, Goodman perplejo, el juez escéptico:

—Sería interesante ver cuántos acusados han aparecido con éxito ante el tribunal declarando que su *alter ego* había cometido el crimen —fue su comentario.

—¿Has juzgado alguna vez a uno? —preguntó Vail.

—No.

—Naomi —dijo Vail—, utiliza tus trucos, a vér qué averiguas para nosotros.

Esa mañana, Vail los había llamado antes de ir a Daisyland y estaba echando un vistazo a sus notas. Goodman había estado mirando atentamente el libro de la biblioteca que había encontrado en el *stander* de Aaron y, de pronto, se precipitó hacia la puerta.

—Volveré dentro de media hora —le gritó a Vail—. No te vayas hasta que vuelva.

—¡Oye, qué caray...! —exclamó Vail, pero Goodman ya se había ido.

Naomi, entretanto, estaba ocupada hablando por teléfono. Tardó quince minutos en salir con malas noticias.

—Acabo de tener una agradable charla con el departamento de estadística del Colegio de Abogados —dijo—. Hubo cincuenta y tres casos de delitos graves el año pasado con trastornos mentales como fundamento de la defensa. Siete de ellos concernientes a personalidad múltiple o doble.

—¿Y...? —preguntó Vail.

—Seis declaraciones de culpabilidad, un jurado cuyos miembros no se pusieron de acuerdo, ninguna absolución.

Vail silbó entre dientes.

—Las probabilidades son una mierda —dijo Naomi con un suspiro.

—Ni siquiera son probabilidades —concluyó Vail. Empezó a ir y venir por la habitación, chasqueando los dedos. Entonces se paró bruscamente y se volvió hacia ella.

—De acuerdo —dijo—. Quiero los testigos citados por cada defensa de personalidad múltiple de los últimos cinco años. Juez, en cuanto ella tenga la lista, empiece a leer.

Cuando ya se iba, Goodman llegó en su escarabajo. Salió de un salto y corrió hasta la puerta al mismo tiempo que Vail salía.

—¡Espera un momento! Escucha esto —gritó Goodman. Sacó su cuadernillo negro y leyó—: «Ningún hombre, durante cualquier período de tiempo considerable, puede llevar una máscara para sí mismo y otra para la multitud, sin finalmente confundirse respecto a la que debe de ser la verdadera».

—Eso está muy bien, Tommy —dijo Vail—. Tengo que ir a Daisyland. ¿Podemos hablar de estos ataques creativos tuyos cuando regrese?

—No lo escribí yo, sino Nathaniel Hawthorne —le advirtió Tommy mientras Vail le esquivaba—. En *La letra escarlata*. Lo copié de uno de los libros del arzobispo.

—¡Pues qué bien!

Goodman agarró a Vail del brazo.

—Ven aquí —le ordenó, entrando al despacho de Vail. Cogió el libro de la biblioteca que se había llevado del *stander* de Aaron y lo levantó por el lomo de forma que lo viera.

—¿Qué ves?

—*Al este del edén*, de John Steinbeck.

—¿Qué más?

—302.16 —dijo el juez.

—Eso es. Se llama sistema de clasificación decimal de Dewey. Es como clasifican los libros en las bibliotecas. Recordé que los libros de la biblioteca de Rushman también tienen una letra y una numeración en los lomos, así que fui y lo comprobé. Ideó su propio sistema de clasificación, más sencillo que el de las bibliotecas. El libro B32 es *La letra escarlata*. El pasaje está en la página 156 y está señalado igual que esas dos citas que estaban marcadas en los libros de la casa de Rebecca.

Vail cogió el libro y lo miró fijamente un momento.

—B32.156. ¡Que me maten!

—Molly nos avisó de que estaba enviando mensajes —dijo Goodman—. Los números son símbolos. ¿Recuerdas lo que dijo? La clave está en la cinta. —Hojeó hacia atrás los apuntes que había tomado mientras veía la cinta de vídeo—. Dijo que el arzobispo se quitó su máscara.

—O sea que la cara que llevaba ante la multitud era una máscara y la que llevaba ante los monaguillos era su verdadero rostro —sugirió Naomi.

—Sólo hay una manera de descubrirlo —dijo Vail, dirigiéndose hacia la puerta—. Voy a preguntárselo.

¿Qué había hecho salir a Roy? Aquélla era ahora la cuestión crucial. Molly había tomado abundantes notas sobre sus entrevistas grabadas con Roy, y ella y Martin hablaron de ellas extensamente una vez que llegó a Daisyland.

—¿No crees que está fingiendo? —preguntó Vail.

—Hasta ahora, no he oído nada, ni visto nada en las cintas, ni encontrado nada en mis apuntes que indique que esté fingiendo. Creo que tenemos que aceptar que Roy existe de veras.

La opinión de Molly era que la única manera de volver a hacer salir a Roy era engañándolo o encontrando alguna pista en sus entrevistas anteriores que les permitiera atraer a Roy al exterior. Vieron extractos de muchas cintas y señalaron el preciso momento en que Roy había sustituido a Aaron.

—Observa que tiene un ligero malestar, pone los ojos en blanco y entonces, parece soñoliento durante unos segundos —dijo Molly, destacando lo que creía eran momentos importantes de las horas de entrevistas—. Aparta la mirada de mí, parece que su cuerpo se hunde, es como si sus ojos se desenfocaran. Todo su cuerpo cambia. Cuando vuelve a alzar la vista, es Roy. Ese cambio no dura más que unos pocos segundos.

—¿Has visto que esto pasara así anteriormente? —preguntó Vail.

—No es extraño —asintió Molly—. A veces lo vemos en la epilepsia, justo antes de un ataque.

—Habías apartado la mirada las dos primeras veces que salió —dijo Vail—. ¿Podría tener algo que ver con ello?

—Tal vez. ¿Quién sabe?

—¿Hay algún tema común cuando sucede?

—A menudo supone alguna referencia sexual. Esta última vez estábamos hablando de Rebecca, sobre sexo. Le pregunté si alguna vez le tocaba y empezó a enfadarse. «¿Por qué quieres saberlo?», preguntó, y yo dije algo de ser sincero y entonces es cuando pregunté: «¿Rebecca te hacía el amor?», y se disgustó mucho, fue la primera vez que vi que se acercaba a la ira. Bajé los ojos para mirar mis apuntes y entonces fue cuando Roy salió.

—¿O sea que tuvo algo que ver con Rebecca?

—O el sexo. O sintió miedo porque nos estábamos acercando demasiado a él. O tal vez le recordó otra cosa, algo que aún no sabemos.

—¿Como qué?

—No lo sé, Martin. Estamos tratando ansiedad, fobia, pedofilia, voyeurismo, neurosis, comportamientos disociados, personalidad múltiple, trauma religioso y, posiblemente, sexual...

—Parece una lista de todos los trastornos mentales del manual.

—Sí. Y todavía no estoy segura de cuál es el problema, o la combinación de problemas, que le desequilibraron.

—¿Qué es lo primero que te dijo Roy? —quiso saber Vail.

—Dijo: «Te mentiré, doctora».

—Parece como si hubiera intentado separaros a ti y a Sonny. O Aaron. Dios, encuentro difícil separar estas personas.

—Sí, sin duda siente envidia.

—Quizás Aaron esté abrigando pensamientos impuros acerca de ti, Molly, y Roy esté guiándose por ellos.

—Es muy posible.

—Me pone nervioso.

—¿El qué?

—Que entres ahí sola.

—No me hará nada.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque Roy es un chico de la calle muy listo. Sabe que nosotros somos lo único que hay entre él y la silla eléctrica. Además, estamos jugando su juego y eso es muy importante para él.

—¿Crees que Roy hablará conmigo si sale?

—Eso depende de él.

La mayor preocupación de Vail era tratar de explicar al jurado las inmensas complejidades de este caso, ya que sabía que sin un conocimiento básico de cómo funciona la mente, el jurado nunca aceptaría el curioso fenómeno de esa enfermedad, conocido como trastorno de personalidad.

—Bien, estás en la silla de los testigos —dijo—. ¿Cómo explicarías todo esto a doce inexpertos?

—Les diría que la mente es un instrumento maravilloso que consta de tres partes, como tres cajas. La primera caja es el yo, que contiene los pensamientos conscientes de todos los días y las respuestas aprendidas, todas las cosas que nos permiten actuar con normalidad; todo, desde cocinar huevos hasta discutir un caso en el tribunal y barrer el suelo. En segundo lugar, está el super-yo. También consciente. Aquí es donde se almacenan nuestros valores: ideales, integridad... Por lo tanto, también controla nuestra moral. Prohíbe ciertos actos, como el mentir, por ejemplo, y nos castiga con sentimientos de culpa si los cometemos.

—¿La conciencia? —preguntó Vail.

—Sí, ésa es una analogía razonable —dijo—. Finalmente está el ello, el subconsciente. Contiene nuestros instintos básicos, pero también es donde están todas nuestras represiones. Todos nuestros deseos reprimidos están escondidos en el ello. Finalmente, existen dos instintos básicos: la agresión, que inspira la mayor parte de las pautas de comportamiento, y la libido, que es el instinto sexual.

—De acuerdo, déjame intentar esto. Trabajo en una tienda de comestibles. Me levanto, voy a la tienda, hago mi trabajo. Ése es mi yo en movimiento. Sé que no debería coger dinero de la caja registradora, ahí habla mi super-yo. Pero mi libido hace horas extraordinarias. Abrigo sentimientos sexuales hacia la hija adolescente del jefe y mi super-yo me dice que eso es tabú. Me hace sentir culpable por haberseme ocurrido y por eso reprimo esos sentimientos y van a mi ello.

—Está bastante bien.

—Entonces explica lo que le pasó a Aaron.

—Bueno, en términos sencillos, nuestra mente es como nuestro cuerpo. Una máquina perfecta excepto cuando enferma. En la mente, existe una especie de muros de contención entre el yo y el ello. Cuando la mente enferma, esos muros, o paredes, entre el yo y el ello se rompen y los pensamientos reprimidos inundan el yo. Chocan con el super-yo y la mente se confunde. De repente, le llegan señales contradictorias. A veces gana el ello y los pensamientos reprimidos afloran. Cuando ocurre eso, la mente se trastorna. Y ésa es la enfermedad. Puede manifestarse de cien maneras. Existen más de doscientas enfermedades mentales identificables. En cierto modo, es peor que una enfermedad física porque no podemos radiografiarla. No podemos operar. No podemos recetarle antibióticos.

—¿Puede curarse?

—A veces. Primero hemos de determinar por qué la pared se derrumbó. Luego decidimos la mejor manera de repararla.

—Esa respuesta es evasiva.

—De acuerdo. Con terapia adecuada, tal vez.

«No está mal —pensó Vail—. Tranquila, concisa, segura de sí misma. Será una buena testigo».

Durante los dos días siguientes en Daisyland no llegaron a ninguna parte. Aaron no puso ninguna objeción a que Vail estuviera en la habitación durante las entrevistas, pero durante las cuatro entrevistas siguientes Molly no pudo hacer salir a Roy. Vail no decía nada. Se maravillaba de lo bien que dirigía las entrevistas, la economía de sus preguntas, lo sutil e instintivamente que pasaba de un tema a otro. Continuó explorando en la infancia de Aaron, sus relaciones con su familia y Mary. Hablaron de Rebecca, aunque Aaron se mantenía en su negativa a hablar de sus proezas sexuales; de su relación con Rushman, a la que calificó de beneficiosa; y de Shackles y las ocasiones en que había perdido la noción del tiempo en el pasado. Era obvio que ignoraba que el loco evangelista estaba muerto, si es que de verdad lo estaba. Quizá Roy mentía acerca de aquello, igual que Aaron mentía acerca de sus relaciones con Rebecca y Rushman.

Por la noche volvieron a la habitación del motel de Vail y estudiaron las cintas de las entrevistas del día, buscando pistas. Los dos únicos temas que Molly evitaba eran los monaguillos y la existencia de Roy, los cuales todavía consideraba demasiado peligrosos como para sacar a colación.

—Sabré cuándo será el momento adecuado —le dijo a Vail—. Confía en mí.

Estudiaron las cintas y hablaron del caso, fueron a cenar e intercambiaron ideas y escrupulosamente evitaron el tema de sus respectivas libidos como si nunca se hubiera planteado.

El tercer día, Vail rebosaba de contento cuando apareció para desayunar.

—Creo que resolví cómo hacer salir a Roy —dijo.

—¿Cómo es eso? —preguntó escéptica.

—B32.156 —contestó con una sonrisa.

Vail aborrecía el hospital. Para llegar al ala de máxima seguridad, tenían que pasar por una de las salas. Algunos pacientes vagaban por una gran habitación hablando solos, otros estaban sentados en un estupor catatónico, mirando fijamente al espacio. Y otros estaban hechos un ovillo en las esquinas, casi en posición fetal. Los pacientes murmuraban frases sin sentido o gritaban cuando de repente eran vencidos por dolores y miedos oscuros. Vail detestaba el olor a desinfectante que parecía impregnar toda la institución, la esterilidad de las paredes blancas, la manera fría, competente, sin emoción, con que el personal trataba a los pacientes. Cada vez que entraba allí, todo ello le recordaba a Martin que si defendía con éxito a Aaron Stampler, el joven de los Apalaches podía pasar el resto de su vida aquí.

Por contraste, el ala de máxima seguridad casi era agradable aunque monótona. Había sido instalado hilo musical en las habitaciones; los ventanales y las paredes blancas y desnudas le daban una atmósfera hasta alegre.

Esa mañana, al entrar en la sala de entrevistas Aaron le pareció distraído y desinteresado. Se dejó caer pesadamente sobre la cama con apenas una palabra de saludo.

—¿Pasa algo? —preguntó Molly.

—Son ellos, los otros doctores. No se interesan de veras por mí. Hacen las mismas preguntas una y otra vez. Me proponen pruebas estúpidas, una tras otra. ¿Quiere saber la verdad? Es aburrido. A veces tengo ganas de inventarme algo sólo para ver cómo reaccionan.

—¿Nunca te preguntan nada de tus padres y Crikside?

—No son como usted, Molly. No les importo en realidad.

—¿Has perdido alguna vez la noción del tiempo mientras hablabas con ellos?

—No, señora. Por lo menos, no lo creo.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora.

—¿Te preguntan alguna vez algo sobre tu formación, cosas que has leído, lo que recuerdas?

—Lo hacían al principio.

—¿Cuál es tu cita preferida, Aaron?

—¡Cielos!, no sé. Tengo muchas. Ya le dije aquella de Emerson. Thomas Jefferson apenas escribió palabra que no merezca la pena recordar.

—¿Qué hay de Nathaniel Hawthorne?

—Sí, señora, es uno de mis favoritos.

—¿Tienes alguna cita preferida de él?

—No que recuerde ahora mismo.

—Deja que intente una y veamos si puedes acabarla. ¿Quieres intentarlo?

—Si usted quiere.

—«Ningún hombre, durante cualquier período de tiempo considerable, puede llevar...». ¿Puedes acabarla, Roy?

Pasaron unos segundos, entonces Aaron se incorporó de repente y se sentó en la cama. Era Roy el que se volvió hacia Vail y Molly; con los ojos desafiantes, sus labios estirados en una sonrisa de desprecio.

—¿No eres tú la inteligente, doctora? —preguntó con su ronco susurro—. O quizá lo sea tu novio aquí presente. Tal vez él lo resolverá.

—Este es Martin Vail, Roy —dijo Molly, haciendo caso omiso del sarcasmo.

—Sé quién coño es. ¿Crees que he estado soñando los dos últimos días?

—Te va a defender a ti y a Aaron.

—Y una mierda. No me va a defender a mí. —Respiró con tranquilidad—. Va a hacerme cargar con el muerto, de eso se trata todo esto.

—Eso no es cierto, Roy. Dices que Aaron y tú planeasteis todo juntos.

—Fue idea suya —corrigió con su voz amenazadora—. Él piensa: «Me gustaría matar a ese hijo de puta». ¡Zas! Aquí llega el viejo Roy al rescate.

—¿O sea que así es como funciona? —dijo Molly.

—¿Cómo coño crees que funciona?

—No estaba segura.

Su tono de voz se volvió más venenoso de lo normal.

—Te lo dije la última vez, a él le dan una paliza, yo sufro el dolor. Consigo que se le ponga una tía a tiro, él viene. Se vuelve loco, yo hago el trabajo sucio. A eso se le llama bailar con la más fea.

—¿Qué te propones, Roy? —preguntó Vail.

—Bueno. —Echó una mirada de soslayo—. No queremos que nos electrocuten, ¿verdad, señor Vail?

—Así es —convino Martin—. Y tal vez si nos ayudas, no os electrocutarán.

—¿Cómo debo hacerlo?

—Quiero que salgas y declares en el juicio.

—Oooh —dijo en voz queda—. Y quiere que confiese, ¿no es eso?

—Sólo quiero demostrar al jurado que sois dos. Y los dos necesitáis ayuda.

—No necesito ninguna jodida ayuda —rechazó Roy con brusquedad—. Lo que quiere decir es que va a hacer que yo reciba todas las tortas. Conozco ese truco. Hemos leído acerca de todo eso.

—¿De todo el qué? —preguntó Molly.

—Tratamientos de electroshock, drogas, baños de agua helada —dijo, poniéndose en pie y yendo hacia la oscura esquina de la habitación—. ¡Mierda!, entiendo de eso. Os vais a deshacer de mí y él saldrá pavoneándose libre como un pájaro, como siempre, ¡maldita sea! Pues bueno, no va a pasar.

—Tal vez tengas razón —intervino Molly—. Tal vez lo resolveremos para que compartas el dolor y la alegría.

—Gilipolladas.

—No si nos ayudas —dijo Vail.

Roy empezó a frotarse las manos.

—Debéis de creer que soy estúpido.

—Por supuesto que no —negó Molly.

El muchacho puso los ojos en blanco y se arrodilló como un indio en cuclillas, quedándose entre las sombras.

—Gilipolladas. ¡Gilipolladas! Mira, yo soy el que sabe los trucos, yo soy el listo. ¿Lo olvidaste, doctora?

—No, no lo olvidé. También eres tú el que envías el mensaje.

Sus ojos se volvieron a entrecerrar. Ladeó la cabeza y la miró fijamente, medio riéndose con una mueca.

—¿Mensaje? —murmuró.

—De *La letra escarlata*. ¿Eso es lo que te hizo salir, verdad?

Se burló de ella.

—«Ningún hombre, durante cualquier período de tiempo, puede llevar una máscara para sí mismo y otra para la multitud, sin finalmente confundirse respecto a la que debe de ser la verdadera». ¿Quién de vosotros lo descifró?

—En realidad fue Tom Goodman —dijo Molly.

—¿El que enredó a Rebecca?

—No enredó a nadie, Roy —respondió Vail—. Ella se lo contó por propia voluntad. Creo que quizá supuso que la información os ayudaría a ti y a Aaron.

El muchacho se levantó y volvió despacio a la cama. Se quedó junto a ella durante varios segundos, mordiéndose el labio inferior. Entonces, de repente, silbó como una serpiente y movió las manos como si estuviera estrangulando a un pollo.

—Mata el pollo y deja los huesos —dijo misteriosamente con su voz suave, sibilante.

—¿Qué significa eso? —preguntó Molly.

—Si eres tan lista, descífralo.

—Creo que quieres que el mundo sepa qué clase de demonio era el arzobispo, por eso escogiste ese versículo y por eso lo mutilaste. Querías atraer la atención sobre la gravedad de sus crímenes y sabías que Aaron no lo haría.

—Aaron nunca lo diría —dijo Roy—. ¿Sabes por qué? Porque preferiría achicharrarse en el infierno antes que confesarlo. Igual que esos otros dos.

—¿Quieres decir Billy y Peter? —preguntó Molly con cautela.

—¿A quién más me podría referir, coño, a Mary y Sam? ¡Mierda!, de todos modos, eso fue distinto. —De pronto los señaló—. ¿Creéis que lo entendió esa vez? ¡Nunca! El hijo de puta aún no sabe dónde estuvo ese día. Pero hizo que yo matara a su propio hermano y a su antigua novia.

Molly estaba intentando anticiparse a los pensamientos de Roy, trataba de adivinar.

«Mary y Sam. Billy y Peter. Dios mío —pensó—, ¿a cuántos ha matado?».

—No, estoy segura de que tú planeaste que pareciera un accidente.

—Segurísimo. Lo leí en el periódico. —Se recostó en la cama, apoyándose en los codos—. Era un artículo que aconsejaba que si uno se quedaba atrapado en la nieve, no había que dejar las ventanillas cerradas o se podía morir a causa del monóxido de carbono. Cuando Sonny me lo leyó, supe qué quería hacer. Solían subir a Sackett's Ridge y joder hasta reventar. Luego Sam se jactaba de ello ante Sonny, sabiendo lo que sentía Sonny por Mary. ¡Mierda!, no es extraño que Sonny empezara a pensar en ello.

—Te refieres a Mary y Sam.

—Por supuesto.

—¿No tenías miedo de que os pillaran?

—Vamos. —Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Empezó a respirar más fuerte. Su sonrisa se tornó lasciva—. Cuando lo hacían, podías tirarles agua encima y ni se habrían enterado, parecían un par de perros en celo. Mary era una real hembra y le encantaba follar. Subimos una o dos veces y nos escondimos en el bosque y observamos. No podíamos ver mucho, las ventanillas estaban llenas de escarcha, pero Sam siempre dejaba la ventana abierta y los podía oír allí dentro, él gruñendo, ella chillando, igual que los malditos cerdos.

«Habrías estado orgullosa de mí, doctora, fui de lo más hábil. Salí después de cenar. A escondidas cogí un manojito de toallas de la sala de operaciones del médico y la lata de gasolina que Hiram Melvin guardaba en su tractor. Sabía que lo iban a hacer aquella noche. Tardamos una hora en subir allí arriba andando. El suelo era bueno y duro, así que el sheriff no encontraría pisadas por allí. Al cabo de un rato, llegaron. Apenas había puesto el freno que ya estaban en el asiento de atrás.

Se detuvo y abrió los ojos, como si estuviera intentando enfocar algo más allá de la habitación. Habló lentamente, saboreando cada palabra.

—Diez minutos. A los diez minutos, en el interior del coche parecía que una niebla se había levantado allí dentro. Fui furtivamente hacia el coche, miré por la ventana. Estaban empezando a ponerse a gusto. Él le había levantado el jersey y pude ver aquellas tetazas suyas. Su mano debajo de la falda y ella se retorció y gemía..., podía haber explotado una bomba, no la hubieran oído.

Se sentó y empezó a representar la historia mientras la explicaba, con su mirada paralizada.

—Metí las toallas muy apretadas en la abertura de la ventana y esperé. Tras un rato, les oí, gruñendo como puercos. Respiraban muy fuerte. —Se detuvo y soltó una carcajada—. Empezaron a agotar el oxígeno. Se pusieron a lloriquear, luego a gritar. —Se paró un momento.

»Todo un espectáculo. Transcurrió media hora. Ya no se les oía. Finalmente eché

una ojeada. Ella estaba encima de él y ambos estaban dormidos, desnudos como cuando nacieron.

»Abrí la puerta muy fácilmente, las toallas cayeron justo en mi mano. —Empezó a representar su narración de nuevo—. Cerré la ventanilla, quité la radio para no gastar la batería... —Giró la mano y retorció un botón imaginario. Empujó una puerta imaginaria con las dos manos—. Cierro la puerta y nos vamos, nos sentamos en un tocón y nos quedamos mirando fijamente el coche, escuchando el zumbido del motor. Un Chevy del setenta y uno, ese hijo de puta de Sam se pasó media vida cuidándolo. Al final me entró frío así que puse unos ocho litros más de gasolina de la lata en el depósito, sólo para asegurarme de que no se calara, y volvimos al valle, nos deshicimos de las toallas y la lata y fuimos a casa. Estaba en la cama cuando él volvió. No supo una mierda hasta que el sheriff pasó por allí por la mañana. —Se quedó quieto, mirando fijamente un punto en el infinito—. Fue precioso.

El muchacho salió de golpe de su abstracción, su voz surcante estaba preñada de ira.

—Pero inventaron esa jodida historia, así que nadie sabe lo que en realidad ocurrió.

—¿Te volvió loco, verdad? —dijo comprensiva Molly.

—Todos deberían de haberlo sabido.

—O sea que te aseguraste de que nunca volviera a pasar, ¿no? —preguntó Molly.

—Eso es. Jodido sobresaliente. Un jodido sobresaliente, doctora.

—¿Billy y Peter iban a explicar lo que estaba pasando con el arzobispo? —preguntó.

—¡Billy y Peter! ¡Mierda! —Su tono se volvió burlón—. Habrían continuado haciéndolo hasta que él hubiese conseguido nuevos monaguillos, y habría sido pronto porque ya eran demasiado mayores. Ya tenía una nueva chica esperando. Se habrían callado como putas. O lo que es peor, ese monstruo de Alex, *Robin El Chico Maravilla*, el mariquita, habría sido el siguiente si Sonny no hubiera jodido tan mal.

—Aaron tampoco quiere hablar de ello, ¿no es por eso por lo que en realidad saliste la primera vez?

—Te hubiese echado un buen polvo, doctora. Igual que con Rebecca. Él nunca lo reconocerá.

—¿Por qué no? —preguntó Vail.

—Porque le gustaba. Porque sabía que estaba mal pero le gustaba. Bien o mal, joder que si le gustaba.

—¿Saliste cuando él estaba haciendo el amor con Rebecca?

—No tuve tal suerte. Te lo dije, le gustaba. Le trastocó el seso pero se ocupó él solo. Por eso no hablará de ello. —Entonces, inesperadamente cambió de tema—. ¿Va a estar aquí siempre el figuras éste de paseo?

—¿Estarías más cómodo si Martin se fuera?

—Más cómodo..., mierda. ¿En esta cama? ¡Demonios!, no me importa que esté

aquí. Va a ver el vídeo de todas maneras, ¿verdad, figuras?

—No a menos que me des permiso —dijo Vail—. La cinta de vídeo es información confidencial entre tú y la doctora Arrington.

—¿Y por qué miraste la última?

—Ella tenía que hablarme de ti. ¿Te ofendiste porque la vi?

—¿Qué va! ¿Y qué más da? ¿No tienes ninguna pregunta, figuras?

—Llámame Martin. O Marty.

—¿Ni sentido del humor, eh?

—Claro que sí. Explícame un chiste y me reiré.

Roy se rió agudamente.

—Está bien, Marty. Sin resentimientos.

—Tengo una pregunta.

—Habla.

—¿Qué les pasó a Billy y a Peter?

El muchacho se rió entre dientes.

—Vaya, ¿no te interesa lo principal?

—Supongo que nos lo explicarás cuando te apetezca.

—No hice nada con ellos. Los dejé allí. Nadie los encontrará hasta dentro de una o dos semanas.

—¿Cómo es eso?

—El lugar está cerrado. Siempre cierra hasta finales de abril. Incluso el vigilante está fuera. —Se dio la vuelta en la cama y se volvió para mirarlos—. ¿Sabes qué? No me parece que creas que yo lo hice. A un kilómetro y medio del restaurante, justo en el lago. Cuando los encuentres, vuelve, hablaremos un poco más.

—¿Cómo llegaste hasta allí? —preguntó rápidamente Vail:

—Con la furgoneta de la iglesia. Nos dejaban usarla todo el tiempo, nunca imaginaron para qué la utilizaría. Eso es todo. Buenas noches.

Cerró los ojos y de pronto su cuerpo se desplomó. Momentos después, sus ojos pestañearon al abrirse. Permaneció acostado mirando al techo un momento, entonces dijo:

—Sí, señora, ésa me la sé. Era una de mis favoritas. Es de *La letra escarlata*.

—Eso está muy bien, Aaron.

El pueblo de Burgess estaba a unos setenta y dos kilómetros al noroeste de la ciudad. Era un centro pintoresco a orillas del lago, bullicioso durante los meses de mayo a noviembre y que después volvía a la normalidad convirtiéndose en un pueblecito tranquilo en los meses de invierno. Sus cuatro hoteles y tres tabernas estaban cerrados de diciembre a primeros de abril, excepto para algún grupo ocasional. Burgess no seguía la política del condado, imponía sus propias reglas y confiaba en la inteligencia de tres municipales y un alcalde cascarrabias para fijar sus normas. Era una comunidad limpia, sin una estructura urbana definida. Sus construcciones excéntricas y diseminadas contribuían a su encanto; sus dos mil quinientos residentes eran independientes a machamartillo, políticamente conservadores, chismosos por naturaleza y de clase media alta, gracias a los turistas también de clase alta, que proporcionaban suficientes ingresos todas las temporadas para mantener el pueblo próspero y tranquilo durante todo el año.

El centro de reunión, incluso político, de Burgess era el Lakeside Diner, el restaurante del lago (un nombre inapropiado, pues el lago se hallaba a unos ochocientos metros al este), situado en el extremo septentrional del pueblo, y propiedad de Hiram Brash, el alcalde. Fuera de temporada abría de las seis de la mañana a las diez de la noche, siete días a la semana. El concejo municipal se reunía todos los miércoles por la mañana a las diez en una de las mesas del fondo. Cualquiera que estuviera interesado podía asistir a la sesión.

Fue precisamente en una de esas reuniones en las que el pueblo había acordado permitir que la Fundación Rushman comprara la vieja Wingate Lodge y la convirtiera en un campamento para los residentes de Savior House. Hubo alguna queja por tener «delincuentes juveniles y drogas vagando por el condado», pero una carta del arzobispo Rushman había asegurado a los vecinos de aquella población que no habría problemas y, en efecto, no había habido ninguno. Por eso, Wingate Lodge se había convertido en el albergue Wingate Shelter.

Naomi Chance tardó tres días de llamadas telefónicas a la American Hotel Association, a agencias, de viajes y otras fuentes, en comprobar los hoteles y tabernas a orillas de lagos del estado que estaban cerrados durante los meses de febrero y marzo, antes de recordar el albergue. Una llamada a la Cámara de Comercio de Burgess confirmó que, en efecto, había un restaurante en el pueblo y que Wingate Shelter estaba «siguiendo la carretera y a la derecha, junto al lago». Encajaba con la descripción de Roy: «A un kilómetro y medio del restaurante, justo en el lago». Si Billy y Peter podían ser encontrados, ese parecía tan buen lugar como cualquier otro para empezar a buscar.

Vail y Goodman llegaron al pueblo poco después del anochecer y pararon en el restaurante. Brash, un hombre bajo, de sesenta y pocos años, gordinflón y de cara

colorada, con mechones de pelo cano que decoraban su abundante cabellera, les sirvió dos tazas de café.

—¿De paso? —preguntó en tono amable.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó Goodman.

—He sido alcalde de este pueblo durante dieciocho años. Mi hijo es jefe de policía. Conozco a todos los de esta parte del condado, hijo. Y como todos los hoteles están cerrados en esta temporada y el motel está lleno, o bien están de visita o de paso.

—Eso es muy astuto —apreció Vail con una sonrisa.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—De hecho, volvemos a la ciudad —dijo Goodman—. Ya hemos estado.

—Entiendo. ¿Van a cenar esta noche?

—No, sólo café para volver a la ciudad.

—¿Cómo es que no van por la autopista?

—No es tan práctica a estas horas de la noche —explicó Goodman—. No me gusta conducir en caravana.

—En eso tiene razón.

—En realidad solía venir por aquí de niño —mintió Goodman—. Mi familia solía alojarse en la casa que hay junto al lago. Mumm..., Winston Lodge, Winthrop Lodge...

—Es la vieja casa Wingate, bajando por la carretera —dijo Brash.

—Eso es. Wingate. Mi padre solía cazar por los alrededores. Yo sólo era un niño entonces.

—Sí, eso sería hace veinte años —calculó el alcalde—. Hace quince años que no se ve ni un ciervo ni un oso por aquí. El precio del progreso.

—A propósito, ¿dónde, está esa vieja casa? —preguntó Goodman—. Recuerdo que era una casa grande al lado del lago.

—Eso es. A un kilómetro y medio de aquí por la carretera. Hay unos postes de piedra a cada lado de la carretera al volver. Pero ahora está cerrada. Y Benny Hofstader, el vigilante, se ha ido a Florida, a pescar. No vuelve hasta la semana que viene:

—¿Es tan grande como recuerdo? —dijo Goodman, que todavía trataba de pescar información.

—Demonios, ahora es más grande. Pueden dormir unos treinta. Tiene una sala de estar tan enorme como un estadio. Después de que los católicos tomaran posesión de ella, se acondicionó el sótano. Ahora hay una sala de juegos, una sala de televisión. —Se inclinó sobre él y le guiñó el ojo izquierdo—. Demasiado bueno para un montón de drogas adolescentes y fugitivos, si quieren saber mi opinión.

—Bueno, quizá la próxima vez que venga vaya por ahí y eche un vistazo.

—Vuelva en verano y pase una temporadita con nosotros —le recomendó Brash con una sonrisa—. Nos encanta su dinero.

—Vale.

La embarrada carretera consistía en dos carriles sin iluminar bordeados por espesos pinos; era tan oscura que parecía tragarse los faros. No habrían encontrado la entrada a Wingate a no ser por la luna llena que acababa de salir de entre los árboles y que pincelaba, los postes de piedra. Cuando Goodman subió, los faros captaron una placa de latón que decía:

WINGATE SHELTER
FUNDADO EN 1977
POR LA FUNDACIÓN RUSHMAN

La carretera serpenteó a través de un bosque espeso unos ochocientos metros antes de que vieran la oscura, siniestra e imponente estructura de dos pisos encuadrada por el reflejo de la luna que se rielaba en el lago.

—¡Vaya!, ni siquiera hay una lamparilla encendida —dijo Goodman.

Aparcaron cerca de la entrada principal y recorrieron el lugar con sus linternas. Vieron un amplio porche con suelo de madera al que se accedía mediante una gran escalera del mismo material. Por debajo del nivel de la primera planta, provista de ventanales y contraventanas orientados al lago, unas ventanas estrechas daban al sótano. Dirigieron las linternas hacia las ventanas y miraron el interior. Los haces de luz como dedos luminosos exploraron un enorme salón con una majestuosa chimenea en un extremo.

—Dios, se podría quemar un pino entero en esa chimenea —comentó Goodman.

—Y probablemente calentar la mayor parte de Burgess —afirmó Vail—. Examinaré todas las ventanas y puertas de aquí. Tú comprueba las ventanas que dan al sótano.

—Podríamos romper una ventana —sugirió Goodman—. Me pregunto qué es lo que te cae en Burgess por allanamiento de morada con estragos.

—Si Roy ha estado ahí dentro, unos veinte años —contestó Vail.

Goodman empezó a dar la vuelta al edificio. El haz de su linterna encontró una ventana que daba al sótano. Estaba entreabierta. Un temblor de aprensión recorrió su cuerpo. Fue un momento de inquietud, el primer indicio de que tal vez éste era el sitio al que se refería Roy, el primero de que Billy Jordán y Peter estuvieran dentro.

—Marty —gritó—. Será mejor que vengas aquí.

Sus linternas exploraron el sótano. Finos rayos de luz revelaron una gran habitación con tres mesas de escritorio antiguas y dos grandes aparatos de televisión en una estantería situada en un extremo de la habitación. Un gran hogar central separaba la sala de la televisión de la sala de juegos. Salvo frías y grises cenizas y restos de leña en el hogar, todo parecía inmaculado. Se dejaron caer en la habitación.

—Aquí hace más frío que fuera —observó Goodman; su respiración se condensaba al hablar.

—Es el viento frío que viene del lago —dijo Vail—. Probablemente hace descender la temperatura hasta unos diecisiete grados bajo cero. Entra directamente por la ventana y se queda aquí.

Goodman atravesó la sala de la televisión y pasó a la de juegos. Al hacerlo, algo suave pasó rozándole la pierna por encima del pie.

—¡Mierda! —gritó, y cayó hacia atrás, contra la pared, el corazón a punto de salirle por la garganta. Su linterna buscó por el suelo. Un gran mapache pasó corriendo junto a Vail y huyó escaleras arriba hacia el primer piso. Goodman suspiró.

—Me alegro de no dedicarme a esto para ganarme la vida —bromeó Goodman—. Todavía no sé por qué no dejamos que los polis se encargaran de esto.

—¿Y si es una pista falsa? ¿Cómo narices lo explicaríamos?

Goodman volvió hacia la sala de juegos. La luz de su linterna daba un resplandor misterioso a la enorme habitación. Y después vinieron las ratas. Atraídas por la luz, salieron chillando de detrás del sofá y se precipitaron hacia las esquinas más oscuras de la habitación.

—¡Dios mío, esto parece un zoo! —exclamó Goodman.

Vail no respondió al pronto. Estaba inmovilizado. Sus ojos se clavaron imperturbables en el foco de luz de su linterna. Iluminaba una mano que salía por detrás del sofá, con los dedos doblados como si arañaran el aire. La carne era de color azul oscuro, casi negra. Dio unos pasos para acercarse al sofá y al hacerlo vio el resto del brazo, un miembro petrificado. Entonces el foco de luz encontró el torso desnudo e hinchado al que estaba unido el brazo y después la cara, o lo que quedaba de ella. Hinchados e imposibles de reconocer, los ojos eran meras cuencas; las mejillas, los labios y la mandíbula estaban roídos y desgarrados por peludos animales, depredadores de la noche; la boca abierta parecía un túnel oscuro en lo que ahora era un remedo obsceno de un rostro humano. La garganta había sido rebanada de lado a lado, una herida aún más abierta por las criaturas que se habían regalado con el cuerpo. Vail movió la linterna recorriendo el torso, las puñaladas, los cortes e incisiones, el mar de sangre petrificada, negra como el alquitrán, en el cual yacía el cadáver..., hasta llegar a la ingle destrozada. El rígido cuerpo de al lado era una versión más pequeña de lo mismo. A Vail el café se le subió a la garganta y tuvo que tragar varias veces para hacerlo bajar.

—Tommy —dijo Vail con voz ronca.

—¿Sí? —contestó Goodman desde el otro lado de la habitación.

—Naomi acertó. Éste es el lugar.

Eran las nueve en punto cuando Abel Stenner llegó al restaurante. Entró seguido de Lou Turner, que tomó asiento en el mostrador, cerca de la puerta. Stenner se dirigió a la mesa donde Tommy y Martin estaban acabando de cenar.

—¿Qué le pasa a Lou, se siente antisocial? —bromeó Vail.

—Usted dijo que quería charlar en privado —contestó Stenner, mirando fijamente a Goodman.

—¡Demonios!, sólo quería que no apareciese con la Guardia Nacional —siguió bromeando Vail, e hizo una señal a Turner para que fuera a la mesa. El oficial de color se unió a ellos.

—Les recomiendo el café —indicó Goodman—. Lo hicieron algún día de este año.

—No tengo tiempo para café.

—Puede que lo necesite.

—¿Qué estoy haciendo aquí, Vail? —preguntó Stenner—. Esto está fuera de mi competencia.

—Todavía está en el condado.

—Trabajo para la ciudad —dijo Stenner.

—Quizás el condado le perdone —ironizó Vail, encendiendo un cigarrillo.

—¿Podemos ir al grano? —contestó Stenner—. El letrero de delante dice que cierran dentro de una hora. Y ¿le importaría no fumar?, me da dolor de cabeza.

—Es posible que tenga uno mayor para usted —insinuó Vail, apagándolo en un cenicero de hojalata.

Stenner se apoyó en el respaldo del banco y le observó. Se quitó las gafas de montura metálica y las limpió con una servilleta de papel.

—Muy bien, escucho.

—Esto sólo es una suposición, pero creo que debe de estar buscando a un par de monaguillos de Rushman: Billy Jordán y Peter, que no tiene apellido que sepamos.

—¿Por qué debería de interesarme por ellos?

—Según la agenda del arzobispo, tenían una reunión la noche que Ib mataron. Aaron era uno de ellos. —Vail se encogió de hombros—. Usted no pasa por alto cosas como ésas, Abel.

—El apellido de Peter es Holloway —dijo Turner—. Es de Kansas City.

—Buen trabajo —alabó Goodman.

—Registramos sus cosas en Savior House —explicó Stenner—. Encontramos un anuario de instituto en el fondo de su taquilla. Sus padres adoptivos no podían preocuparse menos por él.

—Eso está muy mal.

—No sabrá algo de un chico llamado Alex, ¿verdad? —preguntó Turner.

—Podría ser —respondió Vail.

—¿Estamos aquí para jugar a las adivinanzas? —preguntó en tono severo Stenner.

—Alex ha huido —dijo Vail—. Probablemente esté buscando perlas en algún lugar de Alaska ahora.

—¿Qué hay de la chica?

—La chica se queda fuera de esto. De todos modos, no sabe nada del asesinato de

Rushman.

—¿Cómo lo sabe?

—Vino a verme. Pero no tengo ni idea de dónde está ahora.

—Podría ser una testigo pertinente —dijo seriamente Stenner.

—¿Y qué debía hacer, detenerla como ciudadano?

—¿Dijo algo de Jordán y Holloway? —quiso saber Turner.

—Podemos llevarles hasta ellos —repuso Vail—. Pero quiero que quede claro, nos dieron un chivatazo sobre ellos.

—¿Los han visto?

Vail asintió con la cabeza.

—¿Han hablado con ellos? —preguntó Stenner.

—No.

—¿Busca hacer un trato? —preguntó Stenner; sus ojos fríos se entrecerraron con recelo.

—No. Sólo cumplimos con nuestro deber cívico.

—¡Bah!, gilipolladas —rechazó Turner.

—Está bien, Lou —dijo Stenner en voz baja. Luego se dirigió a Vail—: No quiere sacar nada de esto, ¿es eso?

—Sólo quiero que se entienda que nos dieron un chivatazo y lo comprobamos antes de llamarles. No quería que me acusaran de dar una información falsa.

—Bien, entendido. ¿Dónde están? —preguntó Stenner.

—Sígannos —dijo Vail, cogiendo la cuenta—. El lugar no está muy lejos de aquí.

El jefe Luther Brash resulto ser un tipo agradable y cooperante. Diez centímetros más alto que su padre, parecía un oso con su barba negra, su pelo desgreñado y aquellos ojos bondadosos; llevaba una gruesa chaqueta de cuero y pantalones de pana. El único rastro de su cargo de oficial era su insignia, que llevaba en la copa de un sombrero de fieltro marrón, y el colt 45 que le colgaba en la cadera. No tuvo inconveniente en que Stenner se ocupara de la investigación y llamara al juez de primera instancia del condado y a un experto forense.

—¡Demonios!, la única violencia que tenemos por aquí es cuando los quinceañeros se lían a tortazos después de los partidos de fútbol. —Y ofreció a sus dos hombres del turno de noche para aislar, mediante cintas, el lugar del crimen, y hacer lo propio en los postes que señalaban la entrada al final de la carretera para no dejar pasar a la gente. El alcalde había cerrado el restaurante quince minutos antes y andaba rondando por allí en calidad de observador. Aunque sirvió de algo, encontró el contador y dio la electricidad. Harvey Woodside y Bill Danielson llegaron alrededor de las once. Woodside estuvo husmeando meticulosamente, examinando con sus expertos ojos cada pizca de suciedad y polvo. Vail y Goodman se apartaron de en medio, pero se quedaron a observar a Woodside desde una esquina de la

habitación. Antes de medianoche, Danielson había concluido un examen rápido de las víctimas y estaba dispuesto para enviar los dos cuerpos al depósito de cadáveres del condado.

—¡Qué porquería! —exclamó Danielson, poniéndose de pie.

—¿Cuánto tiempo cree usted que llevan los cuerpos ahí? —preguntó Stenner.

Danielson negó con la cabeza lentamente.

—Al estar abierta esa ventana, el lugar es más frío que un congelador. La descomposición de los cuerpos se ha retardado. Las criaturas salvajes se han regalado con ellos. ¡Diablos!, podría haber ocurrido hace dos semanas o dos meses. Tal vez cuando los tengamos en el depósito pueda precisar un poco más, pero ahora mismo no puedo aventurar cuándo pasó.

—¿Cree que hubo más de un asesino?

—Bueno, no estoy seguro, pero diría que no. ¿Ve aquí...? —Señaló manchas de sangre y marcas oscuras en el suelo—. Mi opinión es que al alto se lo cargaron primero, seguramente ahí mismo, donde cayó. El bajo fue atacado ahí, arrastrado tres metros y puesto a su lado.

—El alto es Jordán, el tipo bajito es Holloway —observó Lou Turner.

—Vale. Le diré esto, o lo hizo el mismo culpable que se cargó al arzobispo o un imitador condenadamente bueno. La misma clase de heridas, las partes pudendas cortadas y metidas en la boca, números detrás de la cabeza. También estoy bastante seguro de que ambos estaban vestidos cuando les atacaron. Hay fibras alrededor de las heridas del pecho en los dos.

Woodside paseó hasta la ventana abierta, examinándola con cuidado antes de volver con el grupo.

—No entraron por esa ventana —les informó—. Hay un cristal roto en la puerta del primer piso.

—¿Y por qué está abierta esa ventana en particular? —preguntó Stenner.

—No estoy seguro —dijo Woodside—. Pero si estuviera adivinando, diría que para mantener esta habitación lo más fría posible.

—Así que quienquiera que hizo esto precisamente quería que la habitación permaneciese fría —concluyó Stenner.

Danielson asintió.

—Muy listo, diría. Va a resultar mucho más difícil determinar con precisión cuándo ocurrió.

Stenner se volvió hacia Vail.

—¿Y no sabe quién le avisó de esto?

Vail se encogió significativamente de hombros.

—Ya sabe cómo son los soplos —dijo—. Además, si cree lo que creo que está pensando, de todas maneras, no se lo podría decir. Tal vez sería perjudicial para mi cliente.

—Podría serlo —contestó Stenner.

Naomi Chance había quitado todo de su escritorio excepto el teléfono. Y extendió una gran hoja de papel cuadriculado de treinta y cinco por cuarenta y tres centímetros sobre la mesa. Durante diez días había estado reuniendo información; y los dos últimos días su búsqueda había sido tan intensa que no había estado en la oficina o llamado, lo cual era poco habitual en ella. Había vuelto de sus investigaciones con la cartera repleta de copias de expedientes municipales, documentos fiscales, facturas, contratos, listas de políticos y recortes de periódico. Como siempre, estaba emocionada cuando había encontrado algo. Por lo general era Martin quien situaba las cosas en su contexto, pero esta vez, Naomi había resuelto exactamente cómo hacerlo.

Estaba dibujando casillas, apuntando información en cada una de ellas, relacionándolas después con rayas. Había tardado dos horas en rellenar la matriz y ahora se reclinó y estudió su obra.

Era todo tan obvio cuando se colocaba en una perspectiva gráfica... Era simple, ingenioso, casi perfecto. Casi.

Cuando estaba dando los últimos toques al gráfico, Goodman y Vail llegaron de desayunar.

—¿Dónde demonios te has metido en los dos últimos días? —preguntó Vail—. Estaba a punto de llamar a Personas Desaparecidas. —Miró el cuadro de relaciones que había delante de ella—. ¿Y qué es eso?

—Creo que estoy a punto de hacerte un hombre feliz.

Goodman dijo:

—Antes de que empieces, escucha esto. Se trata del mensaje de Roy para nosotros, gentileza del difunto Peter: «Nunca habría habido un infiel si no hubiera habido un sacerdote».

—Thomas Jefferson —repuso Naomi sin que su voz perdiera su hermosa cadencia.

—Eso está muy bien, Naom —alabó Goodman—. Qué hay de esta otra que estaba detrás de la cabeza de Jordán: «Existen pocas penas tan lamentables como haber visto, adivinado o experimentado cómo un hombre excepcional se ha perdido y deteriorado».

—Fácil. Es de Nietzsche. *Más allá del bien y del mal*.

—Es usted sensacional, señorita. Apúntese un diez.

—Mató a Billy y a Peter antes de matar a Rushman —intervino Vail—. Todas estas citas se refieren al arzobispo, no a los monaguillos. ¡Diablos!, estaba dejando pistas antes de matar a Rushman.

—Y eso —dijo Tom en tono catastrófico— se llama premeditación.

—O locura —replicó Vail.

—Quizá Stenner y Venable no vean que son citas —aventuró Naomi.

—Yo no contaría con eso —contestó Goodman.

—Supongamos, que saben todo lo que sabemos nosotros —aconsejó Vail—. De ese modo no cometeremos errores.

—Tal vez sepan más de lo que sabemos nosotros. Tal vez hayamos pasado por alto algo.

—Sí —dijo Vail—. Desde luego ignoramos la existencia de Roy durante mucho tiempo. De todas maneras, todo es puramente teórico. No pueden utilizar lo de las citas a menos que demuestre que Aaron mató a Jordán y Peter, y eso Venable no lo hará.

—¿Por qué no? —preguntó Naomi.

—Es demasiado lista —contestó Vail—. Es muchísimo más fácil demostrar un caso de asesinato que demostrar tres. No va a perder un caso evidente para correr el riesgo de demostrar los otros dos.

—Además —añadió Goodman—, según lo que hemos oído, Danielson no puede determinar con precisión cuándo fueron asesinados. Calcula un intervalo de cuatro semanas, a contar desde una semana antes de que Rushman fuera asesinado.

—Sí, es demasiado lista para picar —reconoció Vail—. Esperaremos hasta que establezcan la relación entre el asesinato de Rushman y el crimen de los dos chicos, entonces nos agarraremos a la opinión de Danielson. Según su investigación, las posibilidades son de tres contra una de que Jordán y Holloway fueran asesinados después que el arzobispo Rushman, mientras Aaron Stampler estaba detenido.

—Y adiós señora fiscal —dijo Vail—. El jurado no se centraría en tres casos, acabaría por desinteresarse. Pero es improbable, no caerá en esa trampa.

—¿Por eso le hablaste a Stenner de los asesinatos? —preguntó Goodman.

Vail en vez de contestar de inmediato se encogió de hombros.

—Intentarlo valió la pena —explicó—. Además, ¿acaso teníamos elección? ¿Qué tienes para nosotros, Naom?

—La Fundación Gudheim —dijo.

—¿Qué puñetas es la Fundación Gudheim? —preguntó intrigado Vail.

—Es una de las veintidós instituciones benéficas, comités directivos y grupos de empresas de la Fundación Rushman —dijo—. Lo he expuesto todo en un cuadro para que puedas seguir la pista.

Señaló las casillas de la matriz con el dedo mientras las describía. Goodman y Vail seguían la pista ávidamente.

—Es como una pirámide. En lo alto se encuentra la Fundación Gudheim. Es el pagador de todas las instituciones benéficas. Todo lo que gastan estas instituciones benéficas va a Gudheim y ésta liquida. Tres empresas constructoras realizan todo el trabajo de infraestructura, desde levantar nuevos edificios hasta el mantenimiento de la pintura. Dos empresas de automóviles les suministran todos los vehículos. Estas dos expertas empresas contables se ocupan de la contabilidad de todos. La clínica

Berenstein es su «hospital» oficial..., doce empresas en total, y someten sus cuentas directamente a Gudheim, y nadie de la institución benéfica les da el visto bueno. ¿Por qué? Mirad aquí. Los directores de las instituciones benéficas son todos administradores de Gudheim. Le llega una factura de veinte mil dólares de reparaciones en Savior House, les envía un cheque y así en todos los casos. Ahora mirad esto. Cada una de estas empresas ha aportado la contribución máxima admisible según la ley a ciertos candidatos políticos.

—Hasta ahora legal —comentó Vail—. El límite es veinticinco mil por candidato.

—Salvo que al utilizar estas doce empresas —objeto Naomi— hacen doce veces su aportación legal a cada uno de estos ocho candidatos. Eso es casi el diez por ciento de sus ingresos anuales, más de cinco millones de dólares en aportaciones electorales ilegales.

—Eso equivale a varios delitos graves —dijo Tom.

—Y en cada caso —prosiguió—, en los tres o cuatro meses anteriores a la aportación, estas empresas han presentado elevadas facturas a Gudheim. Mirad, Berenstein lleva cinco meses repartiendo tres, cuatro mil al mes. Entonces, de repente, salta a veintidós mil, dieciocho mil, y aquí tienes una por treinta mil.

—Así que registran el ingreso y lo desgravan en la declaración de renta —dijo Vail.

—Hay más —prosiguió Naomi—. Cuatro de los destinatarios son también miembros de la junta directiva que aprueba los pagos..., incluyendo al señor fiscal del distrito Jack Yancey y ¿adivinas a quién? —Señaló el nombre—. Tu amigo y el mío, juez Harry Shoat.

Vail dejó escapar un pequeño silbido.

—Dinamita. Si esto se descubre, adiós Tribunal Supremo para Harry.

—Sí, es un terreno resbaladizo —dijo Tom—. Dinero utilizado ilegalmente con fines poco limpios, y en un volumen gigantesco. Y nadie puede hablar porque todos son culpables.

—Y la mayoría de personajillos de la ciudad son los administradores.

—Eso es mucha gente que tiene que guardar silencio —afirmó Goodman.

—Seguramente sólo estos cuatro de la junta de sobornos lo saben —consideró Vail—. Los políticos creen que las aportaciones proceden de sociedades anónimas.

—Pero los directores de las sociedades anónimas tienen que saber lo de las aportaciones —objetó Naomi.

—¿Y qué les importa a ellos? —preguntó Vail—. En apariencia es una entidad benéfica, mismas entradas, mismos gastos, no hay ánimo de lucro, y ellos chupan de los fondos de la fundación. Si les preguntaras, se sacarían de encima el muerto, te dirían que así es como se hacen los negocios hoy día.

—Además —añadió Naomi con desprecio—, si el arzobispo estaba detrás de esto, ¿cómo podría estar mal?

—¿Cómo escogen a sus candidatos? —quiso saber Goodman.

—Compruébalo —respondió Naomi—. Éstos son recortes de sus campañas. Siempre en contra del aborto, a favor de la censura, a favor de la pena de muerte, en contra de la asistencia social..., la línea dura de la derecha.

—Las cosas preferidas del arzobispo —dijo Goodman.

—Los mismos que firman reciben el dinero —resumió Vail—. Y el arzobispo estaba muy ocupado. —Examinó los artículos—. O sea que de esto es de lo que tiene miedo Shaughnessey, esto es a lo que se refería el otro día durante la comida.

Goodman se rió.

—Dios, si cree que esto es un problema, ¿qué haría si supiera lo de los monaguillos?

—Infarto inmediato —apuntó Naomi.

—¿Pero cómo podemos utilizar esto en el juicio? —preguntó Goodman.

—¡Oh! —exclamó Vail, que todavía estaba examinando los recortes de periódico—, algo saldrá. Naomi, querida, eres una jodida.

—Me encanta recibir elogios del César —dijo Naomi sonriendo.

El padre de Jane Venable murió el día después de que ella acabara la carrera de derecho, y cuando también falleció su madre, Jane Venable, hija única, vendió la mansión familiar y compró un amplio ático dúplex, que daba al lago, y que una vez decorado con los cuadros y antigüedades familiares había merecido un reportaje del *Architectural Digest*. El ático y el edificio eran únicos, construidos a finales del siglo XIX, y alcanzaban las nubes, distinguiéndose incluso por encima de la estructura más moderna de la ciudad y todo el medio oeste.

La única nota discordante con la decoración de todo el ático era su estudio, una habitación viva y muy moderna que contrastaba violentamente con los tonos oscuros del resto del apartamento. A aquella habitación había invitado a los miembros clave de su equipo —Danielson, Stenner, Charlie Shackelford y Woodside— a una comida preparada. Filetes de ternera, rosbif, jamón, panecillos y pastel de queso con fresas para los hombres; una ensalada para ella. Llevaba un traje chaqueta negro cruzado con una blusa de encaje de cuello alto, un tanto formal pero femenina, así les recordaba que era tanto una mujer como el jefe.

A medida que el gran día se acercaba, empezó a tener comportamientos casi paranoides respecto de sus compañeros en la fiscalía, por lo que once días antes del juicio, había decidido reducir el equipo de trabajo, celebrar las reuniones fuera de la oficina y limitar las discusiones a los hechos, no a la estrategia. Había quitado las montañas de informes y libros de una gran mesa de cristal ahumado y los había apilado en un armario, pero había dejado tres montones de voluminosas transcripciones judiciales en un extremo de la mesa. La comida se sirvió en el otro extremo. Como siempre, fue al grano tras un mínimo de charla.

—¿Cuáles son las conclusiones respecto de Jordán y Holloway? —le preguntó a

Woodside.

—Presentan la misma pauta que en el caso de Rushman —dijo el hombre corpulento—. La misma clase de heridas, hechas con el mismo toque profesional. Números en la parte posterior del cráneo, emasculación, todo. Mató a Jordán primero. Mi parecer es que el asesino atacó a Holloway cuando éste vio el cadáver de Jordán. Le cortó el cuello desde atrás, luego lo arrastró hasta Jordán.

»Podemos establecerlo a partir de las señales hechas por los tacones de los zapatos de Holloway —explicó Woodside—. Fueron arrastrados, se nota por el rastro de sangre. Había ramas y pequeños troncos alrededor de donde atacó a Holloway. Así pues, creo que lo que pasó es que mandaron a Holloway a buscar leña. Cuando Holloway se fue, el asesino asestó a Jordán tres o cuatro puñaladas mortales. Cuando Holloway regresó con los brazos cargados de leña, el asesino le atacó por detrás. Quemó los troncos en la chimenea mientras desvestía a los dos cadáveres y terminó el trabajo. Después quemó sus ropas en la chimenea.

—¿Cuándo pudo ocurrir, Bill? —inquirió.

—Estos dos cadáveres fueron destrozados por animales y aquel sótano era como un congelador. Realmente no puedo darte una fecha precisa —expuso Danielson.

—¿Puedes asegurar que fueron asesinados antes que Rushman?

—No. Me inclino por cualquier momento entre una semana antes del asesinato de Rushman y tres semanas después de éste. Lo siento. Sé que te gustaría añadir estos dos al caso Rushman...

—¡Rotundamente no! —rechazó, interrumpiéndolo—. Tenemos a Stampler en el bolsillo por el asesinato del arzobispo. Si añadimos estos dos a la acusación y perdemos cualquiera de ellos, lo perdemos todo. Pero estaría bien guardarlo en la recámara, sólo por si acaso.

—Respecto de Stampler, tenemos las pruebas más concluyentes que he visto en un homicidio criminal —dijo Woodside—. Lo tenemos todo excepto un testigo presencial.

—Y un móvil —precisó Shackelford.

—No estés tan seguro —contestó Venable. Los ojos de Stenner se movieron rápidamente hacia ella pero ésta hizo caso omiso—. Tenemos tres psiquiatras que declararán que Stampler está en su sano juicio. El arzobispo le había obligado a irse porque se había juntado con esa chica, Linda. Nuestra opinión es que Stampler y Rushman se enfadaron. Tuvo que mudarse a los agujeros. Su chica lo dejó. Seguramente iba a tener que abandonar los cursos por correspondencia de la universidad. Podemos argüir de manera convincente que se sintió traicionado por el buen arzobispo y así pues, premeditó y cometió su asesinato. —Se volvió hacia Shackelford—. Sé que no estás de acuerdo con eso, Charlie.

—Creo que Vail nos devorará en lo del móvil, sobre todo porque todo son suposiciones y rumores.

—Tenemos que presentar un móvil —dijo Venable—. Si no lo hacemos, nos dará

fuerte.

—A mí me parece que sólo tenemos agua de borrajas.

—Pues ofrece algo en lo que podamos hincar el diente.

—No puedo.

—Recuerda que tenemos tres psiquiatras, y uno es una mujer, que debería contrarrestar a su psicóloga, y los tres declararán que tal tensión podría haber motivado ese tipo de acto. Ahora mismo eso es lo mejor que tenemos.

—¿Qué hay de lo de las fugas temporales? —preguntó Stenner.

—Los tres psiquiatras dicen que nunca ha sufrido amnesia temporal mientras hablaban con él, incluso bajo la mayor tensión.

—¿Lo cuál significa...?

—Lo cual significa que no le creen. ¿Algo más, Woody?

Woodside terció:

—Podemos decir que las fibras halladas en la bandeja de los cuchillos corresponden a los guantes que encontramos en su chaqueta.

—¡Perfecto! —dijo con entusiasmo—. O sea que podemos demostrar que entró por la cocina...

—O salió por allí y cogió el cuchillo —propuso Woodside.

—De cualquier manera destruye su teoría del «asesino misterioso» —aseguró Stenner.

—Lo anula, en efecto —reconoció Venable.

—En cuanto a lo de Jordán y Holloway... —empezó a decir Woodside.

—Olvídalos. —Venable descartó la sugerencia haciendo un gesto con la mano—. Continúa trabajando en ello, pero no tiene que ver con este caso. A no ser que podamos demostrar que fueron asesinados antes que Rushman y podamos inculpar a Stampler, no voy a tocarlo. Como he dicho, la mejor manera de estropear un buen caso es doblarlo. Quienquiera que me suceda que se preocupe de esos dos.

—¿Has visto la columna de Connerman? —preguntó Danielson.

—La vi —dijo—. ¿Y?

—Bueno, ha recogido cuatro comentarios de la policía de Keystone en Burgess y está especulando que Jordán y Holloway fueron asesinados por el asesino de Rushman y que podría haber sido después de que Rushman fuera asesinado, cuando Stampler estaba bajo custodia.

—Connerman no va a ocuparse del caso, yo sí —dijo lentamente, con algo más que una pizca de veneno—. Y cualquiera que lea esa basura no se sentará en el jurado. No tiene nada que ver y no se mencionará en este juicio, ¿de acuerdo?

Pasaron una hora hablando de las declaraciones, de los testigos y de las pruebas materiales, pero no entraron en la estrategia. Cuando se marcharon, Venable le pidió a Stenner que se quedara unos minutos. Los camareros que habían servido la comida quitaron la mesa, y la fiscal se sentó y miró por encima de los montones de transcripciones a Stenner, que se sentó rígidamente en una silla de comedor de

respaldo recto. Ella encendió uno de sus cigarrillos largo y finos, entonces se acordó de la aversión de Stenner al humo y lo apagó.

—No son meras transcripciones —dijo, inclinándose y dando palmaditas en los gruesos libros en folio—. Son transcripciones de los diez procesos más difíciles de Vail. He estudiado cada uno de ellos, Abel, buscando su talón de Aquiles.

—¿Lo encontró? —preguntó, con su expresión imperturbable.

—Creo que sí. Verá, Vail no sólo quiere ganar, quiere ganarlo todo. Destruirá testigos, se arriesgará a la ira de los jueces, jugará con la prensa, hará cualquier cosa para ganar por goleada. Para hacerlo, apuesta. Y cuando uno apuesta, no existe el segundo premio. O ganas o pierdes todo. Vail nunca lo ha perdido todo.

—Ha accedido a algunos acuerdos con el fiscal en su tiempo —indicó Stenner, encogiéndose de hombros.

—Ajá. El misterio es, ¿qué quiere? Irá a por todas, pero siempre tiene un acuerdo esperando entre bastidores y el acuerdo es lo que de veras quiere. Si se contenta con que no se le declare culpable a su defendido, entonces es que eso fue siempre lo que quería.

Los ojos de Stenner se apartaron de los de ella. No hizo ningún comentario; permaneció sentado tranquilamente y escuchó. Pero estaba pensando: «¿Por qué tuvo que leer diez transcripciones para comprender eso? Ella y Vail son exactamente iguales. Ambos tienen la misma manera rígida de proceder. Pero su peculiar estilo y posición están tan separados que el veredicto será un desastre para uno de ellos».

—Lo que le gustaría, su sueño, es hacer que ese psicópata saliera libre por la puerta. Con lo que se contentará con su culpabilidad pero alegando desequilibrio mental, lo cual significa que Stampler va a Daisyland hasta que se cure y entonces sale.

—¿Con qué se contentará usted?

—Con la silla.

—Eso no es un acuerdo.

—¿Quién dijo nada de llegar a un acuerdo? Le tenemos, Abel. El único punto flaco de nuestra acusación es el móvil. Tenemos la serie más convincente de pruebas físicas que jamás he visto; son más que suficientes para quemarlo. Con todo esto, el jurado se tragará cualquier móvil, por muy débil que sea.

—¿Entonces qué le preocupa?

—¿Quién dice que estoy preocupada?

—Cualquier abogado está preocupado antes de un gran juicio.

—Si me preocupa algo... —dijo, y vaciló, contemplando las transcripciones—. Si me preocupa algo, es el mito.

—¿Mito?

—El mito Vail. Miedo a que el hijo de puta tenga algo en la manga. Bueno, esta vez sabemos que no. Pero lo convertirá en un circo. Y yo permaneceré serena. Protestaré cada vez que empiece a actuar. Eso anulará su ímpetu. Vail es optimista en

eso. Le gusta correr, así que interrumpiré su ritmo. Le distraeré. Los jurados son intuitivos en cosas como estas. Presienten cuándo un abogado actúa forzado. Distinguen cuando están en terreno poco sólido.

—¿Y suponiendo que suelte algo de buenas a primeras, aun así no aceptará un acuerdo?

—Eso no va a suceder. Quiero decir, si tuviera que llegar a un acuerdo en este caso, con lo menos que me contentaría sería... lo mínimo...

Lanzó su encendedor airadamente sobre la mesa y se levantó, yendo a la ventana, contemplando la ciudad con las manos en las caderas.

—Lo mínimo, supongo, sería cadena perpetua sin libertad condicional. En Rockford. Incomunicación. Cadena perpetua incomunicado en la más cruel jaula del estado. Si tuviera que contentarme con menos que la pena de muerte, querría que fuera el leproso del estado. Quisiera verlo encerrado en un lugar tan hermético que no pudiera encontrar ni una hormiga que matar.

Se dio la vuelta; su rostro se había ensombrecido de cólera ante la idea de llegar a un acuerdo en el caso Rushman.

—Pero no pasará —aseguró bruscamente—. Aaron Stampler va a la silla, teniente. No le quepa duda.

Faltaban seis días; cinco para que Aaron fuera llevado a la ciudad. Molly tenía que dar un paso y era un paso peligroso. Revelar la existencia de Roy podía traumatizar a Aaron, o incluso peor, hacer que Roy apareciera y no se fuera nunca. Pero era esencial informar a Aaron ahora, para prepararlo para el juicio y las revelaciones que con probabilidad seguirían. Cómo reaccionaría era totalmente imprevisible.

Volvió al alto edificio de seguridad después de cenar. No solía ir a ver a Aaron por las noches, pero creyó que la conversación tenía que llevarse a cabo en una atmósfera relajada. Ni terapia, ni investigación. Le llevaría un pedazo de tarta de nata y coco, su preferida, y una Coca-Cola. Intentaría mostrarse tan tranquila y distendida como fuera posible mientras lo preparaba para la sorpresa de descubrir que en su piel había otra entidad, que su «tiempo perdido» estaba siendo ocupado por un asesino psicópata.

Aaron se sorprendió al verla.

—¿Pasa algo? —preguntó; sus ojos asustados reflejaban temerosa expectación.

—No —dijo—. Sólo pasé a saludarte. Te he traído una Coca-Cola y un trozo de tarta de nata y coco.

—¡Ah, vale! —exclamó con una sonrisa, y cogió el plato de papel y el tenedor de plástico; se sentó en el borde de la cama y puso la Coca-Cola a sus pies—. Gracias.

—De nada.

—Me van a llevar a la ciudad el domingo.

—Sí. ¿Nervioso? —preguntó Molly.

—Supongo. —Comió un bocado de tarta y añadió—: ¿Qué más pueden preguntarme que no me hayan preguntado ya?

—Es cómo y cuándo lo preguntan, y por qué.

—Sí, señora, entiendo todo eso. No estaba loco en casa del arzobispo Richard y no recuerdo nada de lo que pasó. Me parece que eso lo dice todo.

—Tal vez no —dijo, tratando de parecer desinteresada.

—¿Qué significa eso?

—Ya sabes. Todos estos abogados tienen tácticas. Estrategias. Nunca se sabe con lo que saldrán.

—Lo que hace que un abogado sea bueno es imaginar lo que van a hacer los otros antes de que lo hagan.

—Supongo que eso es cierto. Estoy segura de que Marty hará eso. Pero, sabes, siempre hay esas cosas inesperadas que aparecen de pronto.

—¿Como qué?

Molly sonrió.

—Bueno, si lo supiera, ¿no serían inesperadas, verdad?

Aaron se rió mientras acababa su tarta, y acto seguido bebió un sorbo de Coca-Cola.

—No, señora, no.

—¿Siempre sabes cuándo pierdes la noción del tiempo, Aaron?

—La mayor parte de las veces sí, supongo. En un abrir y cerrar de ojos estoy aquí, al siguiente abrir y cerrar de ojos estoy sentado. Lo peor es cuando en un parpadeo estoy aquí y, al siguiente, estoy a un kilómetro y medio, y son cuatro horas más tarde.

—¿Te has preguntado alguna vez lo que pasa cuando pierdes la noción del tiempo?

—Claro que lo hago. Pero, sabe, no es algo fácil de preguntar a otros. No puedo preguntarle a nadie: «¿Cómo llegué hasta aquí?». ¿Comprende lo que le digo?

—Claro. ¿Recuerdas que te pregunté una vez sobre alguien llamado Roy?

Él asintió con la cabeza.

—No recuerdo a nadie con ese nombre.

Molly se dio cuenta de que no sería fácil contárselo.

—Tengo algo que decirte.

El muchacho alzó la mirada, fija, expectante, y sonrió con una mueca.

—¿Tengo que tumbarme?

—No, no. Sólo quiero que hablemos tú y yo.

—Vale.

—Aaron, sé que has leído mucho sobre trastornos mentales. ¿Has oído hablar alguna vez de una enfermedad mental llamada trastorno de personalidad múltiple?

Aaron se quedó mirándola de hito en hito durante varios segundos.

—¿Es lo que llaman desdoblamiento de la personalidad?

—Ese es el término común, sí.

—No sé demasiado de eso.

—¿Pero sí sabes qué significa?

Aaron inclinó despacio la cabeza en señal de afirmación, sin dejar de mirarla fijamente.

—He trabajado con mucha gente que tiene personalidades múltiples —dijo—. No es tan extraño.

Él la miraba con aprensión. Molly casi podía sentir su creciente ansiedad.

—Imagina que te dijera que tienes otra personalidad, una que sale cuando pierdes la noción del tiempo. ¿Cómo te sentirías?

No respondió.

—Por ejemplo, supongamos que tienes otra personalidad llamada Roy.

—¿Roy? ¿Roy qué? —dijo con alarma.

—No utiliza apellido.

—¿Está diciendo que ese Roy soy yo? —preguntó con cautela.

—Por decirlo así. Él es como tu *alter ego*. ¿Sabes lo que significa eso?

—¿Como mi lado oculto? ¿El otro lado mío?

—Ésa es una descripción muy buena. Mira, a veces cuando sufrimos mucho dolor o humillación, la mente inventa otra personalidad, otro personaje, para sufrir ese dolor y humillación. Es como una especie de válvula de escape.

Tras una larga pausa, Aaron dijo:

—¿El lado malo?

Molly vaciló antes de contestar. Corrían demasiado. Había esperado enfocar la doble personalidad de Roy con más cautela, para facilitarle así a Aaron la revelación de que su alma escondía un secreto asesino oculto.

—No necesariamente —dijo—. ¿Recuerdas cuando el reverendo Shackles te asustó y te amenazó?

—Sí, señora.

—¿Perdiste la noción del tiempo entonces?

—No me acuerdo.

—¿Cuál es la primera vez que recuerdas que perdiste la noción del tiempo?

Aaron pensó en ello un largo rato. Al final dijo:

—Creo que fue cuando mi padre empezó a azotarme por negarme a ir al hoyo.

—¿Perdiste la noción del tiempo cuando bajaste al hoyo?

—No, señora —negó con énfasis—. Recuerdo cada segundo de aquello, cada segundo...

—Roy dice que la primera vez que salió fue para maldecir al reverendo Shackles.

—¿Habla con él?

—Sí.

—¿Puedo hablar yo con él?

—Quizá después. Todavía no.

Los ojos del joven se entrecerraron.

—Lo tiene en la cinta de vídeo, ¿verdad?

—Sí. Pero antes de entrar en eso, quiero asegurarme de que comprendes exactamente lo que te ha pasado.

—¿Roy soy yo? —planteó.

Molly empezó a explicarle el yo, el ello y el super-yo para explicarle su trastorno, pero él negaba con la cabeza.

—Roy mató al arzobispo Richard, ¿verdad? Eso es lo que está intentando decirme. O sea, que en realidad lo hice.

—No lo hiciste, Aaron, lo hizo Roy. Y con tiempo y ayuda, podemos fortalecer y librarnos de Roy.

Se puso muy rígido y clavó su mirada en la pared. Entonces sus hombros se hundieron un momento y se volvió lentamente hacia ella, con una mirada furibunda. Se levantó de repente, golpeó la cama contra la pared y se abalanzó contra ella. Molly cayó de espaldas en la esquina mientras la diestra del joven la agarró por el cuello, los fuertes dedos clavándosele en el cuello.

—¡Putas! —rugió Roy, sus ojos encendidos de ira—. ¡Lo sabía! Me mentiste. Estás intentando matarme...

—¡No, no! —suplicó Molly, su voz apenas audible mientras sus dedos continuaban cortando el aire y la voz—. Por favor, escucha...

—Ya escuché. Eres como todos ellos, dices cualquier jodida cosa para conseguir lo que quieres.

Molly le cogió la mano, pero él se rió de ella, haciendo más presión, mientras la mujer trataba en vano de evitar que la estrangulara. Él retrocedió, sujetándola y manteniéndola a distancia con una mano para demostrar su fuerza.

—Roy... —Su voz era un diminuto quejido—. No... entiendes..., vamos a poneros... a los dos bien...

—Te vas a librar de mí. ¿Crees que soy un jodido idiota? Te olvidas, nena, de que me entero de todas las conversaciones con Aaron.

Molly se estaba desmayando. La mano de él era como un torno de acero que le arrancara la vida. El muchacho empezó a adoptar un aire abatido, su risa comenzó a sonar vacía y lejana, los músculos y las venas del cuello se relajaron.

—¿Aaron? —chilló—. Ayuda... me... Aaron...

—¡Zorra! —rugió Roy, y el torno apretó. Podía sentir cómo se iba, la habitación se alejaba de ella, todo sentido y sensación la abandonaban.

—Aaron...

El conocimiento la abandonó de pronto, sumergiéndose en la oscuridad.

Molly se movió un poco. Sus ojos aletearon y se abrieron lentamente. Estaba mirando al techo de la habitación blanca. Su cuello palpitaba dolorido cuando se dio media

vuelta. Tosió al hacer esfuerzos para respirar a través de su cuello magullado. Se quedó quieta durante un minuto entero, recuperando poco a poco la respiración a la vez que empezaba a ver con claridad los perfiles de la habitación. Finalmente se incorporó. La cama estaba de nuevo en su sitio y Aaron estaba echado en ella. Se levantó sobre sus piernas temblorosas, se agarró a la esquina de la cama para apoyarse y se acercó hasta él.

Aaron estaba de lado, de cara a la pared.

—¿Aaron? —dijo.

No hubo respuesta. Le tocó el hombro. Estaba tenso y acurrucado en posición semifetal. Sólo su respiración parecía normal.

—¿Aaron? —insistió en un tono un poco más fuerte. Tampoco hubo respuesta. Se sentó en el borde de la cama y lo sacudió.

Nada. Aaron Stampler parecía estar catatónico. Había huido a otro mundo.

—¿Crees que se ha quedado catatónico? —preguntó Vail.

—No estoy segura. Podría haber entrado en trance. Puede que esté engañándonos. Puede que esté evitando hablar conmigo. No lo sé, pero le di una inyección.

—¿Por qué?

—Sólo para mayor seguridad. Estará sin conocimiento doce horas. Si vuelve en sí, volveremos a estar donde empezamos. Si no... —Hizo un gesto desvalido con las manos—. Le dije al oficial de seguridad que estaba nervioso por el juicio, y que por eso le había dado una inyección. De cualquier modo, estará sin conocimiento hasta mañana, lo cual nos da tiempo para pensar qué hacemos ahora.

Molly había ido en taxi hasta la ciudad, cien dólares, después de ponerle a Aaron sesenta miligramos de Demerol para que se quedara sin conocimiento hasta la mañana siguiente. Ahora Vail había reunido a su equipo para hablar de la última complicación. Salvo para tratar el asunto de la Fundación Gudheim, se había mantenido recluido durante los tres días precedentes, callado y pensativo, andando a zancadas por su despacho, a veces hablando en voz alta, a veces discutiendo en silencio consigo mismo. Era una experiencia a la cual todos, excepto Molly, estaban acostumbrados; observaban cómo se preparaba para la batalla; sentían la tensión que él creaba, la energía que chisporroteaba por la habitación. Ahora estaba nervioso, casi al borde de la ira.

—¡Caray! —dijo Goodman—, hemos ganado, Marty. Es obvio que está enfermo. Optamos por la reclusión y se acabó.

—¿Y qué pasa si se recupera? —planteó Vail—. Si mañana se incorpora y dice: «Eh, señora, acabo de volver, ¿es la hora de comer?».

—Eso es hasta cruel —dijo con brusquedad Molly.

—Déjame decirte qué es realmente cruel —contestó Vail—. El doctor Bascott y sus dos dinosaurios le han dado el certificado de salud mental, pero... pero... también dicen que, ¡hummm...!, ¿cómo lo dijeron, Naom?

—«Dada la tensión de sus circunstancias —leyó el informe—, Aaron Stampler pudo haber cometido este homicidio».

—¡Eso es ridículo! —exclamó Molly—. ¿Bajo la tensión de qué circunstancias?

—Están fabricando un móvil —señaló Vail—. Rushman obligó a Aaron a marcharse de la casa, no tuvo más remedio que ir a los agujeros, su novia lo dejó... bla, bla, bla.

—¿Para qué? —dijo Molly enojada.

—El caso es que tú sabes que está enfermo y yo sé que está enfermo, pero los genios de los psiquiatras del estado bailan al son que les tocan porque no saben una mierda —contestó violentamente Vail—. Son tres robots programados por el estado.

—¿No es suficiente conseguir un aplazamiento? —sugirió Tom—. ¿O conseguir

que lo internen sin juicio?

—No quiero un aplazamiento, Tommy —dijo Vail—. No estaremos más preparados que ahora, y cuanto más lo aplacemos, más sólida puede volverse su acusación.

—¿Crees que puedes ganar este juicio, Marty? —preguntó el juez.

—No importa. Ahora es el momento de defender a Aaron, no después de haber estado durmiendo en Daisyland en posición fetal durante diez años.

—¡Pero de todos modos puede que lo esté! —dijo Molly.

—Vamos a proceder según la suposición de que mañana se despertará, así que volveremos a tener la pelota en nuestro campo y habrá que jugarla. ¿Tengo razón, juez?

El juez se encogió de hombros. Pensó el argumento durante un rato y por fin asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con Marty. La única posibilidad que tiene Aaron es ir a juicio. Si Martin gana, el chico va a Daisyland hasta que se cure y será un hombre libre. De lo contrario, la cosa acabará como él dice.

Vail empezó a ir y venir por la habitación, apretándose el puño en la palma de la otra mano. Su mandíbula estaba contraída.

—Bien —dijo—, esto es lo que vamos a hacer. Primero, prepararemos tu declaración, Molly. En caso de que se recupere, tenemos que estar prevenidos, ¿de acuerdo? Después volveremos a Daisyland para estar allí cuando salga de su estado catatónico. Y si no se recupera, se queda en Daisyland y todo se suspende temporalmente. Molly, vamos a hacer esto como si estuvieras en la silla de los testigos. Te haré preguntas. Naomi y Goodman puedan interrumpir levantando la mano, con preguntas de la parte contraria. Pueden protestar, igual que en un juicio normal. El juez mantendrá el orden y decidirá acerca de las protestas, si las hay. ¿Lista?

—Claro.

—Si hay una protesta legal o discusión, apretaré el botón de pausa de la cámara de vídeo...

—¿Cómo es eso? —preguntó el juez.

—Porque me apetece —fue la seca respuesta.

Molly estaba sentada en el centro de la habitación y Vail iba y venía mientras hacía las preguntas, parándose a veces para apoyarse contra la mesa o mirar sus notas. Fue amable pero profesional y sus ojos nunca dejaron de mirarla mientras la interrogaba. La cámara de vídeo rodaba silenciosamente, enfocada hacia ella.

VAIL: Por favor, diga su nombre.

MOLLY: Doctora Molly Arrington.

VAIL: ¿Dónde vive, doctora Arrington?

MOLLY: En Winthrop, Indiana. Soy miembro del personal de la clínica Justine.

VAIL: ¿Y cuál es su profesión?

MOLLY: Soy psicóloga y psiquiatra.

VAIL: ¿Dónde fue a la universidad?

MOLLY: En el estado de Indiana. Hice prácticas de medicina en la Universidad Emory de Atlanta, Georgia.

VAIL: ¿Qué es la clínica Justine?

MOLLY: Un hospital mental privado e instituto de investigaciones.

VAIL: ¿Y usted forma parte de su personal?

MOLLY: Sí, soy directora adjunta del departamento de comportamientos psicopatológicos.

VAIL: ¿Qué significa eso exactamente?

MOLLY: Soy especialista en el campo de la salud mental, en concreto en el comportamiento antisocial y excéntrico, las conductas psicopáticas.

VAIL: Y como tal, ¿trata comportamientos violentos?

MOLLY: Sí.

VAIL: ¿Cuánto hace que está en la clínica Justine?

MOLLY: Seis años.

VAIL: ¿Y antes?

MOLLY: Fui ayudante de una consulta práctica privada durante un año y antes pasé dos años trabajando como interna en el hospital de la ciudad de Indianápolis.

VAIL: ¿Y en este puesto, han recurrido a usted para diagnosticar y examinar a pacientes que sufrían trastornos mentales?

MOLLY: Sí, muchas veces.

VAIL: ¿Y diagnosticó a Aaron Stampler?

MOLLY: Sí.

VAIL: Doctora Arrington, ¿conoce el diagnóstico de Aaron Stampler presentado al tribunal por los doctores Bascott, Ciaffo y Solomon en nombre del estado?

MOLLY: Sí, he estudiado su informe.

VAIL: ¿Conoce a estos tres doctores?

MOLLY: Conozco personalmente al doctor Bascott. A Solomon y Carole Ciaffo por su reputación.

VAIL: ¿Respeto su trabajo?

MOLLY: Sí.

VAIL: ¿Y está de acuerdo con su diagnóstico de Aaron Stampler?

MOLLY: No, no lo estoy.

VAIL: ¿Por qué no?

MOLLY: Creo que es incompleto y poco concluyente.

VAIL: ¿En qué se basa para llegar a esta conclusión?

MOLLY: Los tres doctores sólo determinaron si Aaron es capaz de entender las acusaciones que se presentan contra él y si es capaz de tomar parte en su propia defensa y lo bastante inteligente como para comprender el proceso.

VAIL: ¿Y cree que se han equivocado?

MOLLY: No. Creo que su diagnóstico en estas áreas fue preciso.

VAIL: ¿Entonces en qué no está de acuerdo con ellos?

MOLLY: Creo que sus exámenes no fueron lo suficientemente amplios. Su conclusión es superficial. Su trabajo fue hacer una evaluación general y eso es todo lo que hicieron.

VAIL: ¿No es eso lo que tenían que hacer?

MOLLY: ¿Puedo poner un ejemplo de lo que quiero decir?

VAIL: Lo que prefiera, doctora.

MOLLY: Digamos que un hombre se lesiona en un accidente de automóvil. Tiene evidentes heridas en la cabeza. Si el equipo que lo examina limita su examen sólo a las heridas de la cabeza y el hombre también tiene el bazo desgarrado, eso se consideraría como, o bien un mal diagnóstico, o bien un diagnóstico incompleto. Creo que eso es en esencia lo que pasó en el examen de Aaron Stamper llevado a cabo por el estado. Al limitar sus pruebas y exámenes a si Stamper podía ser sometido a juicio, creo que pasaron por alto un trastorno mental importante, o una combinación de importantes trastornos mentales, no lo hicieron para engañar al tribunal, sencillamente no llevaron sus exámenes lo bastante lejos.

VAIL: ¿Cuánto tiempo pasó con él, doctora?

MOLLY: Por lo menos dos horas diarias durante un total de cuarenta y cuatro días.

VAIL: ¿Unas ochenta y ocho horas?

MOLLY: Aproximadamente, sí.

VAIL: ¿Y se ha formado una opinión médica respecto a Aaron Stamper, ha clasificado su enfermedad?

MOLLY: Sí. Creo que padece una combinación de trastorno de personalidad múltiple disociativa y esquizofrenia psicopática.

VAIL: ¿Y cómo determinó que Aaron Stamper padece una forma de esquizofrenia?

MOLLY: Bueno, la esquizofrenia tiende a ser genética, es decir, viene de familia. También la causan factores sociológicos o ambientales. Normalmente una combinación de las tres cosas. Así pues, estos son los factores que se buscan en el pasado de los pacientes. Todos se dan en el pasado de Aaron.

VAIL: Hablemos de genética, doctora. ¿Tiene información referente a la salud mental de la madre de Aaron Stamper?

MOLLY: Sí.

VAIL: ¿Describiría su estado de salud mental?

MOLLY: Según los síntomas y sus condiciones socioeconómicas, diría que la señora Stampler probablemente sufría alguna forma de esquizofrenia.

GOODMAN: Señoría, protestamos enérgicamente ante la introducción de este testimonio. La doctora Arrington puede ser la mejor desde Freud, pero creo que es absurdo pedir al tribunal que acepte un análisis hecho por teléfono con un médico rural que utiliza términos como «loca solitaria».

VAIL: Por favor, juez, la doctora Arrington basó su suposición en los síntomas descritos por el médico de la familia y media docena de personas del pueblo de la señora Stampler, las cuales han dicho que daba muestras de muchos de los síntomas de la esquizofrenia.

GOODMAN: Podía ser senil, podía tener el síndrome de Alzheimer..., lo importante es que no hay ninguna prueba de que la madre tuviera esquizofrenia. Proponemos que se retire.

EL JUEZ: Se admite.

VAIL: ¡Vamos! Esta mujer se escondía en su casa, hablaba con objetos imaginarios, gritaba a la gente que pasaba. La mayor parte del tiempo no sabía dónde estaba, no sabía la hora del día. Se habría muerto de hambre si los vecinos no la hubieran alimentado. Tenía comportamientos anómalos...

EL JUEZ: La protesta se admite, Marty. Tal vez sólo fuera una «loca solitaria».

VAIL: Muy gracioso.

EL JUEZ (*Riéndose*): Marty, conociendo a Shoat, tendrás suerte de llegar tan lejos con esa suposición. Continúa.

VAIL: Está bien. ¿Qué quiere decir con «esquizofrenia psicopática»?

MOLLY: Los psicóticos —psicópatas— sufren depresiones nerviosas en el comportamiento, el pensamiento y las emociones, tan profundas que no pueden comportarse normalmente en la vida diaria.

VAIL: ¿Puede poner un ejemplo?

MOLLY: Bueno, digamos que un hombre tiene miedo de que le despidan, así que se queda en cama antes que ir a trabajar y enfrentarse a su miedo. Es un comportamiento anómalo. Simula un resfriado o la gripe, cuando en realidad está enfermo, pero su enfermedad es mental. Al otro extremo de la escala, quizá sufre tal trastorno que va al despacho y le dispara al jefe. En ambos casos, el sujeto ignora por completo que estas percepciones y miedos son anormales, así que no acepta el hecho de que está mentalmente enfermo.

VAIL: ¿Cuáles son los síntomas de los psicópatas?

MOLLY: Una historia personal de comportamiento antisocial crónico y continuo. Se manifiesta en criminalidad persistente, promiscuidad sexual, comportamiento sexual agresivo...

VAIL: ¿Cómo son estos pacientes?

MOLLY: Impulsivos, irresponsables, insensibles. No sienten culpabilidad de sus actos antisociales porque son fundamentalmente amorales, no reconocen la justicia, no tienen autodominio moral..., no aprenden de sus equivocaciones.

VAIL: También ha mencionado el término «disociativo». ¿Puede explicarlo al jurado?

MOLLY: La esquizofrenia psicopática es un trastorno disociativo. Se trata de un intento mental inconsciente de proteger o excusar al individuo que expresa sus impulsos o emociones reprimidas. Esto se lleva a cabo disociando a ese individuo del super-yo.

VAIL: En otras palabras, ¿un mecanismo de defensa causado por algún tipo de tensión o conflicto emocional?

MOLLY: Sí. Los trastornos disociativos implican una alteración repentina del comportamiento. Pueden afectar la conciencia de una persona, sus habilidades motrices, incluso su sentido de la identidad.

VAIL: ¿Quiere decir que podría adoptar una personalidad diferente?

MOLLY: Sí. Una entera y nueva identidad.

VAIL: ¿Qué más?

MOLLY: Puede estar acompañada de amnesia, pérdida de la memoria de un hecho o de alguna actividad.

VAIL: ¿O sea que en realidad la mente borra el recuerdo?

MOLLY: Sí. Es lo que llamamos amnesia histórica. Una súbita pérdida de la memoria asociada con un suceso traumático. También puede ser selectiva.

VAIL: ¿De qué manera?

MOLLY: El sujeto podría recordar sólo parte de un incidente.

VAIL: ¿Qué lo provoca?

MOLLY: Normalmente una fuerte tensión. Pero incluso un simple hecho, como un teléfono sonando, puede precipitar un recuerdo que infunda pánico y provoque en el individuo una respuesta exagerada.

VAIL: ¿Y también se conoce como fuga psicógena?

MOLLY: Sí. Los pacientes lo llaman perder la noción del tiempo, porque les ocurre precisamente eso, pierden la noción del momento en que están en estado de fuga.

VAIL: ¿Pero se dan cuenta de ello?

MOLLY: Sólo en el sentido de que se percatan de que el tiempo ha pasado. No saben qué ha ocurrido durante ese período.

VAIL: ¿Y qué es un trastorno de personalidad múltiple?

MOLLY: Es una forma extrema de comportamiento disociativo. Cuando un

individuo se enfrenta a estímulos divergentes del ello y del super-yo, el resultado puede ser sumamente traumático. En el trastorno de personalidad múltiple, la personalidad del individuo se fragmenta en dos o más personalidades independientes.

VAIL: ¿Y en qué difieren estas personalidades fragmentadas?

MOLLY: En el modo en que difieren los individuos. Cada uno tiene un modo distinto de percibir los hechos, sea por ellos mismos o en relación a su persona. Uno puede que tenga una imagen del propio yo muy baja mientras que el otro esté muy cómodo con él.

VAIL: ¿De cuántas personalidades diferentes estamos hablando?

MOLLY: No existe una pauta. A veces el individuo crea una segunda personalidad o una tercera..., a veces una docena de personalidades diferentes... para enfrentarse con el dolor de estas situaciones dolorosas, estos dilemas. A veces una personalidad recibirá el dolor, otra se ocupará de intentar descifrar los estímulos contradictorios, otra puede tener una fijación en lo sexual.

VAIL: ¿Y es inconsciente... una respuesta no controlada al trastorno?

MOLLY: Sí. Estas nuevas personalidades permiten al anfitrión vivir y aceptar ciertas situaciones.

VAIL: ¿Por lo tanto, no es único?

MOLLY: Bueno, cada caso es único, pero la enfermedad no es rara. Desde 1974 por lo menos once equipos investigadores en todo el mundo han informado de experiencias clínicas o de investigación con diez o más pacientes que padecen trastornos de personalidad múltiple. En los últimos seis años se han conocido ciento diez casos.

VAIL: ¿Estas otras personalidades sólo difieren en la actitud? Con esto quiero decir, ¿son todas iguales que el anfitrión?

MOLLY: Al contrario. A veces una personalidad alterna puede ser de diferente sexo, incluso un niño o un anciano. He visto casos en que el suplente habla un idioma distinto al del anfitrión, tiene un talento —para la pintura, por ejemplo— que no puede atribuirse al anfitrión. De hecho las personalidades múltiples no suelen parecerse.

VAIL: ¿Existen causas específicas de estos trastornos?

MOLLY: Un sesenta por ciento de todos los trastornos mentales son causados por desorientación sexual o religiosa.

VAIL: ¿«Desorientación» significa...?

MOLLY: Señales contradictorias, información contradictoria, traumática, normalmente de los padres o mentores.

VAIL: ¿Los problemas de Aaron Stampler están orientados sexual o religiosamente?

MOLLY: De las dos maneras. La libido —el instinto sexual— es un instinto tan importante y decisivo como el instinto por la comida o el agua. Pero uno muere sin comida y agua, y sin sexo todo lo que se hace es disfuncional. El sexo es el terreno moral de batalla de la ética cristiana y al mismo tiempo se ha convertido en una causa importante de trastornos mentales.

VAIL: ¿O sea que es una teoría psiquiátrica aceptada que el sexo y la religión son con frecuencia responsables de trastornos mentales?

MOLLY: Sí. La libido responde naturalmente a los estímulos sexuales, pero la asunción de principios religiosos o morales los reprimen y la mente se confunde. Así que se plantea un conflicto entre el super-yo y el ello.

VAIL: ¿Y su opinión es que a Aaron Stampler le afectaron las dos cosas?

MOLLY: Sí.

VAIL: Ahora, doctora, me gustaría volver al examen de los doctores Bascott, Ciaffo y Solomon durante un minuto o dos. Dice que ha leído su informe, que incluía información del pasado sobre el acusado cuando era niño en Kentucky.

MOLLY: Sí.

VAIL: ¿Es ese informe compatible con sus hallazgos?

MOLLY: No lo es.

VAIL: ¿En qué difieren?

MOLLY: Hay varios hechos que no están incluidos en las notas biográficas de Aaron. Primero, afirman que Aaron tuvo su primera experiencia sexual cuando tenía dieciséis años con una chica llamada Mary Lafferty. Sabemos a ciencia cierta que su actividad sexual empezó dos años antes. Cuando tenía catorce años fue seducido por una mujer adulta.

GOODMAN: Protesto, señoría. Rumores.

VAIL: Señoría, es evidente que no podemos hacer que declare. Su testimonio sería autoincriminatorio.

GOODMAN: ¿Sugiere, abogado, que creamos en su palabra?

VAIL: Estoy sugiriendo que estamos buscando la verdad y este asunto, este hecho en la vida de Stampler, pudo tener, y seguramente tuvo, un efecto significativo en su salud mental.

JUEZ: Se admite la protesta, señor Vail. Presente al testigo o una declaración jurada firmada u omítalo.

VAIL: ¡Protesto, maldita sea!

JUEZ: Protesta anotada. No tienes ninguna posibilidad en este caso, sin al menos una declaración jurada. O si Molly declara que Aaron escribió los hechos, en cuyo caso lo permitiría.

VAIL: Vale. ¿Por dónde iba?

NAOMI: Esto... a los catorce fue seducido por una mujer adulta.

VAIL: Doctora, estamos hablando de desorientación sexual. ¿Hubo algo en sus primeros años que podría haber contribuido a tal estado?

MOLLY: Sí. Tuvo un predicador llamado Shackles en su infancia tardía que le decía que incluso pensar en el sexo lo condenaría al infierno y no había redención. Así que durante muchos años, Aaron no sólo reprimió su libido, sino que evitó pensar en ello. Más tarde, cuando se hizo sexualmente activo, tuvo que reprimir toda la culpabilidad que sentía. Al mismo tiempo, empezó a poner en duda la información religiosa que le había dado Shackles. El conflicto entre el sexo y la religión empezó entonces. Y la frontera, el muro, entre su ello y su yo empezó a erosionarse en ese momento. Después recibió el mensaje opuesto del arzobispo Rushman, que no sólo le prometió la redención, sino un lugar en el cielo cuando muriese.

VAIL: ¿Hubo otros hechos perturbadores en sus primeros años?

MOLLY: Su padre le pegaba a menudo. Según Aaron, por lo menos una vez al mes. También fue ridiculizado por sus padres porque ponía mucho énfasis en aprender. Su padre quería que fuera minero, lo cual aterrorizaba a Aaron. Lo llamaba ir al hoyo y ese mismo miedo mentalmente le afectó en cierto grado; esto continuó durante muchos años. Cualquier tipo de trauma psíquico, aunque pequeño, puede llevar al yo a convertirse en el terreno de batalla en la guerra entre el ello y el super-yo. Fue durante este período en que su subconsciente creó a Roy. Roy recibió el dolor de las palizas y la humillación. Roy también tuvo que enfrentarse al miedo de las minas, de hecho tuvo que procurar encuentros sexuales para Aaron a causa de la culpabilidad que este último sentía.

VAIL: ¿Roy es la personalidad suplente?

MOLLY: Sí.

VAIL: ¿Y Roy integró, recibió todo el castigo y la culpa relacionados con estos hechos?

MOLLY: Sí. Es un caso clásico.

VAIL: ¿Sería justo decir que Aaron padece síndrome de personalidad múltiple disociativa y Roy es el esquizofrénico psicótico?

MOLLY: Sí, ése es mi análisis. Roy tiene todos los síntomas clásicos del psicópata. No siente ni culpa ni tiene remordimientos, no reconoce ninguna ley.

VAIL: ¿O sea que Roy podría matar?

MOLLY: Sí, es muy capaz de asesinar. Es sexualmente agresivo, homicida y disociativo por completo.

VAIL: ¿Es Aaron capaz de asesinar?

MOLLY: No. Reprimiría tales impulsos. El problema es que, cuando los reprime, Roy los lleva a cabo.

VAIL: Bien, hablamos brevemente de una fuga o estado de fuga, que describió como amnesia temporal. ¿Es eso lo que ocurre cuando Aaron cambia?

MOLLY: Sí, entra en estado de fuga, amnesia. Aaron pierde la noción del tiempo mientras Roy está fuera.

VAIL: ¿Es posible que en realidad Roy matara al arzobispo Rushman y Aaron estuviera en un estado de fuga y no lo supiera?

MOLLY: Sí. Aaron no se dio cuenta hasta que yo se lo dije.

VAIL: ¿Así que ahora es consciente de la existencia de Roy?

MOLLY: Sí.

GOODMAN: Señoría, protestamos seriamente contra todo este procedimiento. Hemos sido más que generosos al permitir que el señor Vail divagara sobre la enfermedad mental, pero ahora tenemos un diagnóstico que está en total desacuerdo con tres notables psiquiatras. Se nos ha hablado de una especie de compañero homicida de Stamper. Afirmaciones de que una mujer adulta lo sedujo a los catorce años que no pueden admitirse. Si este Roy existe, veámoslo. Hablemos con él. De otro modo, proponemos que toda esta línea de interrogatorio se retire.

VAIL: Señoría, no podemos pedir a Roy que se presente. Va y viene a su antojo. Sin embargo, sí tenemos varias cintas de vídeo de entrevistas...

GOODMAN: ¡Protesto, protesto! Solicitamos copias de las películas y el abogado defensor nos dijo que no se utilizarían en el juicio y, por lo tanto, no se nos permitió verlas. Ahora pedimos el testigo. Dejemos que presente al testigo para que podamos interrogarlo y comprobar lo declarado, o toda esta divagación sobre el desdoblamiento de la personalidad es inadmisibles.

VAIL: Señoría, no podemos presentar a este testigo a voluntad. Aunque lo citara, no podríamos presentarlo de esa manera. La cinta, por lo tanto, es la mejor prueba.

EL JUEZ: Bien, bien. Denegada la protesta de la acusación contra la presentación de los datos psicológicos. Es importante que el tribunal y el jurado comprendan la naturaleza del trastorno, si en realidad existe el trastorno. La cuestión clave es: ¿son las cintas de vídeo admisibles? Y estoy de acuerdo con el fiscal en este caso. El testigo es la mejor prueba. Si no puede presentarlo, es asunto suyo.

VAIL: ¡Gilipolladas!

EL JUEZ: Eso es desacato. Mil dólares y diez días de cárcel. (Se ríe).

VAIL: Muchas gracias.

Vail le dio al botón de parada de la videograbadora y tiró el mando a distancia. El juez se reclinó y lo examinó durante unos segundos.

—Tommy tiene razón en esto —dijo—. No permitiste que el equipo del fiscal

viera las cintas, ahora no puedes presentarlas sin darle a la oposición la posibilidad de dejar que sus expertos las estudien. Y si no puedes presentar a Roy como testigo, es la palabra de Molly contra los tres expertos del estado, y la balanza se inclinará a favor del estado. De todos modos, una cinta de vídeo puede sustituir la realidad.

Todos se miraron. Vail se sentó detrás de la mesa, encendió un cigarro y lanzó al infinito una mirada furiosa perdida.

—Marty —remachó el juez—, no puedes utilizar la cinta de los monaguillos sin que se descubra qué la voz pertenece a Rushman; no puedes usar la esquizofrenia de la madre como antecedente genético del trastorno de Aaron partiendo de un diagnóstico hecho por teléfono; y no puedes utilizar la defensa de la personalidad múltiple sin un interrogatorio a Roy o permitir al fiscal del distrito que vea las cintas de Molly para estudiarlas. Hizo una pausa; y luego añadió:

—De hecho, en este momento, abogado, diría que lo tienes jodido.

Vail odiaba los moteles. Odiaba el olor a desinfectante, la sensación de caminar pesadamente sobre la rala moqueta, las reproducciones de Degas de veinte dólares en la pared, las toallas raídas, la tira de papel sobre el botiquín que aseguraba a los huéspedes que el asiento del inodoro había sido perfectamente lavado, los colchones llenos de bultos y las almohadas rellenas de espuma. Odiaba los moteles porque la máquina del hielo solía estar en algún lugar del pasillo y la centralita de teléfonos dejaba de funcionar a eso de las diez y media. Todos los moteles eran facsímiles de un modelo único. Si esto fuera un episodio de *La quinta dimensión*, Vail entraría en la habitación de Daisyland y saldría a la mañana siguiente en cualquier otro lugar. Cogió la cubitera y se paseó hasta que encontró la máquina. Cuando volvió sobre sus pasos, llamó a la puerta que daba a la habitación de Molly. Ella abrió y sonrió.

—¿Qué te parece un whisky para dormir mejor?

—¿Qué pensará el recepcionista? —Ella le siguió a su habitación, y se dejó caer en la cama.

—Ya lo dijo con la mirada cuando le pedí habitaciones que se comunicaran.

—Sabes lo que dicen en la vieja profesión de los psiquiatras: los recepcionistas de motel son los que imaginan las escenas más obscenas.

Puso dos cubitos de hielo en cada vaso de plástico, sirvió el Jack Daniel's y le dio su bebida.

—¡Moteles! —dijo en voz baja—. Son el infierno lejos de casa.

Brindaron.

—Por un jurado comprensivo —añadió Vail.

—¿Realmente quieres llevar esto a juicio?

—Por supuesto —contestó Vail—. Quiero saber que Aaron saldrá, si se cura, y la única manera de estar seguro de eso es con un jurado. Shoat luchara contra ello. El juez quiere ser el verdugo, quiere la pena de muerte tanto como Venable. O sea que si no puede freírlo, dictará la segunda sentencia más severa, lo meterá en chirona para siempre.

—¿Es ésa la única razón?

—¿La única razón de qué?

—De ir a juicio. ¿Cuánto orgullo personal hay en juego? Todo el tiempo que hemos invertido en Aaron, la concentración, las estrategias. Me recuerdas a un corredor de fondo. Estás entrenado a conciencia.

—Molly, vamos a ir hasta el final. De aquí en adelante depende de mí. Tienes que confiar en mí para hallar el mejor modo de salvar la vida de Aaron.

—Siempre he confiado en ti, Martin, aunque no es fácil. Tienes más conchas que un galápagos. Estás rodeado de sombras.

—¿Qué vas a hacer, doctora? —Se rió—. ¿Darme una hora gratis de sofá?

Molly se rió.

—No me atrevería.

—Haré un trato contigo —propuso Vail—. No hablemos más de Aaron o del juicio hasta mañana.

—Trato hecho —aceptó complacida. Por un breve momento la conversación se suspendió; se produjo un silencio violento, que se rompió cuando ambos se echaron a reír ante lo ridícula que era la situación—. El juez dice que fuiste abogado en el ejército —dijo finalmente Molly, cambiando de tema.

—Sí, juez del personal militar en Alemania durante dos años. También fui asesor jurídico de la defensa en casos de consejo de guerra. ¿Crees que esto es duro? ¡Caray!, es una merienda comparado con la extraña noción de la justicia del ejército.

Vail se sentó en una silla indescriptible, se quitó los zapatos y apoyó los pies sobre la mesita.

—¿Fue durante la guerra del Vietnam?

Vail hizo un gesto de asentimiento.

—Tuve suerte. Fui al este en vez de al oeste. Fue un trabajo ingrato, pero una gran experiencia. En la práctica en un tribunal militar el acusado es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Habrá jardines en el desierto el día que alguien venza ese sistema. —Se detuvo y bebió un sorbo; entonces añadió—: Es parecido a la situación contra la que nos enfrentamos.

—¿Eras oficial?

—Capitán.

—¿Fuiste voluntario?

—Llamado a filas, precisamente después de acabar los estudios en la universidad de derecho. Fui el típico manifestante de pelo largo hasta que vinieron y me llevaron.

Ella se rió.

—Puedo imaginarte de capitán mucho antes que de *hippie* de los sesenta.

—Bueno, fui ambas cosas. Me aporrearón en Chicago durante la manifestación del sesenta y ocho. ¡Demonios!, incluso fui a Woodstock.

—¡Estuviste en Woodstock!

—¿Eso te sorprende?

—Sí, pero supongo que no debería.

—Había cumplido diecisiete años, tenía un trabajo de verano en Nueva York. Éramos seis, cuatro chicas y dos chicos. Sin pensarlo, nos amontonamos en un viejo Corvair y nos dirigimos hacia allí. Tuvimos que caminar los últimos nueve kilómetros. Fue increíble: todos esos chicos viajando hacia el paraíso. No hubo nada igual antes ni lo ha habido desde entonces.

—Por alguna razón, no te veo en Woodstock —dijo Molly— Hay algo..., supongo que no te imagino soportando las molestias propias de un macroconcierto.

—¡Qué caray!, no fue una molestia, fue mágico. Durante tres días no hubo ni un solo acto de violencia, ni siquiera una pelea. Trescientas cincuenta mil personas

bailando desnudas, haciendo el amor delante de los demás, dejándose caer en el barro, bañándose juntos en el estanque, gorroneando comida. Y nadie se quejó.

—Eso es porque todos iban colocados —apuntó Molly riéndose.

—Tuve una gran conversación con un saltamontes. Tenía una voz profunda, de tenor. Estaba sentado justamente aquí, en mi manga, y hablábamos de Richie Havens, quien estaba cantando en ese momento *Freedom*. Estaba tumbado en la hierba y se veía gente por todas partes. Media docena de personas estaba a mi alrededor, tocándome, acariciándome, besándome, arrullándome, guiándome a través del viaje. Había una chica, como flotando encima de mí, en cueros. Tenía el pelo rojo y largo, me daba en la cara continuamente. Cuando todo terminó se perdió entre la muchedumbre. Pero recuerdo cómo sentía aquella chica. Lo suave que era su piel. Que reímos mucho cuando hicimos el amor. Fue... un momento infinito..., aquel precioso pelo rojo... haciéndome cosquillas en la cara. —Se detuvo un momento, mirando fijamente su bebida, luego volvió a mirar a Molly—. ¿Y tú? ¿Fuiste una manifestante?

—¿En Iowa? Dios mío, no —dijo—. Vivía en Patriot City. Estoy segura de que allí manifestarse era un delito castigado con la horca. Todas las casas tenían una bandera delante, todos eran fervientes entusiastas de la guerra. Cuando uno de los chicos se iba, la Legión Americana siempre montaba un desfile para él.

—¿Y cuándo regresaban?

Molly le dio un golpecito al cubito de hielo con el índice, observando cómo se movía en el líquido ámbar.

—Mi hermano Bobby no regresó, se alienó. Como si estuviera avergonzado: —Volvió a dar golpecitos al cubito otras cuantas veces, entonces añadió—: Y supongo que lo estaba, nosotros no supimos cómo enfrentarnos a ello. Papá solía decir: «Déjalo en paz, lo resolverá él solo». —Hizo una pausa y después dijo—: Y finalmente lo hizo.

Sus ojos empezaron a empañarse y Vail se levantó y se acercó a la cama.

—Lo siento —dijo, estrechándole la mano—. Será mejor que volvamos a hablar del juicio.

—No, estoy bien. Sólo recordaba el día en que se marchó. Lo importante que parecía vestido de uniforme, marchando él solo delante de la banda y todos le saludaban... Cuando pasó por mi lado, me guiñó el ojo. —Se detuvo y tras un momento agregó—: Perdí mi virginidad precisamente la noche antes de un desfile como ése, cuando tenía diecinueve años.

—Desflorada por un uniforme —dijo Vail con una risa ahogada.

—No, desflorada por Walter Jenkins, que ahora tiene barriga y muy poco pelo y es dueño del concesionario Ford. ¡Dios, espero que haya olvidado aquella noche!

—Imposible —aseguró Vail—. Nadie podría olvidarte.

Levantó los ojos para mirarlo y él deslizó la mano por detrás de su cuello hasta la nuca y la acercó hacia él.

—Creo que es mejor que te avise. Hace más de un año que no he estado con un hombre.

Molly se acercó un poco más.

—Tu libido debe de estar muy agitada —dijo Vail, estrechándose más a ella.

—Mi libido está en algún museo —susurró mimosa y sugestivamente Molly.

—Estoy seguro de que es porque quieres. —Les separaban unos centímetros—. Eres una mujer preciosa e inteligente. Creo que los hombres harían cola en tu puerta.

—No te he visto haciendo cola —dijo, y rozó su boca con la suya.

Los labios de ella eran suaves y húmedos y la llevó hacia él; la besó y Molly cayó de espaldas sobre la cama, atrayéndolo hacia sí.

—¿Y qué tal tu libido? —le dijo ella al oído.

—Desenfrenada.

Era un amante sorprendentemente considerado. Y divertido. La hizo reír y logró que se sintiera cómoda. La puso fuera de sí, explorando con delicadeza su cuerpo vestido, después desnudándola poco a poco, mientras su lengua continuaba su recorrido. Le habló dulcemente, la hizo reír más. Desnudos, se quedaron frente a frente y ella sintió su fuerza. Finalmente Molly movió las piernas, ofreciéndose a él, invitándole.

—Sé amable —le susurró él al oído—. Es mi primera vez. —Y ella se rió a carcajadas mientras se colocaba encima de él y lo envolvía suavemente.

Se movió por la habitación sin hacer ruido, vistiéndose en el cuarto de baño para no despertarla. Estaba profundamente dormida cuando salió por la puerta a las seis y media. Al dirigirse al hospital pasó por un pequeño jardín. Una única flor silvestre, de color violeta, se había abierto paso a través de la tierra reblandecida. Vail la cogió y volvió a la habitación. La puso en una botella de Coca-Cola y la dejó encima de la mesilla de noche.

Una niebla matinal húmeda y fría envolvía los jardines, y los viejos edificios de ladrillo del hospital parecían especialmente lúgubres y ominosos desperezándose entre la niebla algodonosa. Mientras se apresuraba hacia la ultramoderna ala de máxima seguridad, recordó algo de Jung que había leído. Jung había escrito que los símbolos eran las expresiones primitivas del subconsciente, un lenguaje universal, y el subconsciente podía entenderse mejor gracias a ellos.

Al acercarse al lugar, se paró un momento, con los hombros encogidos para protegerse del frío, pensando. Entonces, de repente, se agachó y cogió un puñado de tierra gruesa de al lado del sendero de hormigón.

Un joven enfermero estaba sentado a una mesa junto a la puerta, cuando entró en el ala de máxima seguridad. Se llamaba Linc; era un joven fornido de más de veinte años, pelo rubio y espeso y aspecto de surfista.

—Buenos días, señor Vail. Un poco pronto, ¿no? —dijo afablemente—. ¿Le apetece una taza de café? Acabo de hacerlo.

—Gracias, me vendrá bien.

—La doctora Arrington le puso una inyección, sabe. Estaba nervioso por el juicio y eso. Todavía está en la celda de terapia.

—Lo sé. Creí que sería interesante estar presente cuando vuelva en sí, para tranquilizarlo.

—Es todo un detalle —dijo Linc, llenando una taza de plástico que ofreció a Vail antes de dejarle entrar en la sección—. En realidad a nadie le importan, sabe, todas esas almas perdidas de ahí. Nadie les visita ni se acuerda de ellos. No es culpa suya, ¿verdad? Ese Aaron es un chico muy simpático. Ni siquiera tendría que estar en este lugar.

Vail entró en la aséptica sala de terapia y esperó hasta que la cerradura de la puerta chasqueó al cerrarse detrás de él. Se quedó junto a la puerta hasta que sus ojos se adaptaron a la luz del amanecer, filtrada por la niebla, que entraba como un rayo a través de la ventana.

Mientras permanecía allí, Vail, por primera vez desde que empezó el caso, notó que estaba en presencia del puro mal. La habitación estaba fría y casi sin aire, y su respiración se hizo dificultosa. Parecía que el odio empapara la celda, como una presencia humana. En la zona de sombras de un lado de la habitación, oía respirar al muchacho; una emisión de aire leve, un tanto aguda como una enorme serpiente que hipnotizara a su enemigo con su sibilante sonido. Tembló y se quitó de encima aquella sensación. Era el tiempo, se convenció. La fría y húmeda niebla había invadido la habitación. El mal no era tan tangible. El mal era cosa del alma, algo interior, algo que no penetraba en los sentidos del otro.

No encendió la luz. En vez de eso, se acercó despacio a la cama y miró con fijeza la quieta figura acurrucada en la cama. Bebió un sorbo de café mientras observaba la respiración leve y sibilante de Aaron. Entonces el ritmo cambió ligeramente. La respiración se volvió más normal y Vail supo que el efecto de la droga estaba desapareciendo.

Se inclinó, se acercó al oído del chico y dijo en voz baja:

—Peter. C14.136. «Nunca habría habido un infiel si no hubiera habido un sacerdote». ¿De acuerdo, Roy?

Ninguna respuesta.

—¿Qué hay de Billy Jordán, Roy? P21.36J. «Existen pocas penas tan lamentables como haber visto, adivinado o experimentado cómo un hombre excepcional se ha perdido y se ha deteriorado». ¿Te suena?

El joven se dio la vuelta despacio, pero no abrió los ojos.

—Creí que eso te llamaría la atención —dijo Vail. Alcanzó la pata de la silla con su pie, la arrastró hacia la cama y se sentó. Bebió otro sorbo de café y encendió un cigarrillo.

El joven parpadeó y le miró fijamente a través de sus ojos entrecerrados, inflamados en odio.

—Hola, Roy —saludó con amabilidad Vail.

Roy bajó los pies de la cama, se sentó en el borde de ésta y lanzó una feroz mirada a Vail, una mirada de desprecio. Entonces, sin avisar, saltó, se colocó detrás de Vail y, con las dos manos, agarró el cuello de Vail y lo torció. Sus pulgares apretaron y el dolor recorrió la base del cerebro de Vail.

Roy le silbó al oído:

—Así es como me cargué a Floyd. Golpe seco, estrujar, ¡pum! Nunca supo qué pasó.

—¿Qui-qui-quién es Floyd? —consiguió pronunciar Vail.

Roy torció la cabeza de Vail y el dolor recorrió la columna vertebral del abogado.

—Trabajaba en el depósito de cadáveres del hospital de Lexington, justo después de marcharme de Crikside. Yo trabajaba para la funeraria.

—¿P-p-por qué...?

—Porque me apeteció. Porque solía tomarme el pelo por trabajar en una funeraria. Era estúpido y vulgar y le gustaba insultar a la gente. Estaba en el crematorio, solo, preparando una incineración. El muerto se llamaba Metzenbauer. Y Floyd entró y empezó con sus gilipolladas. Me acerqué y, ¡zas! Entonces lo puse, debajo del cadáver de Metzenbauer y fueron al horno juntos. Apuesto a que todavía están buscando a ese imbécil.

«¡Dios mío! —pensó Vail—. ¿A cuántos más ha matado?».

—Sólo una ligera presión —prosiguió Roy—, y estarías tendido en el suelo con la lengua fuera, como él.

—Eres demasiado listo para eso —chilló Vail, su voz sonaba como el aire que se deja salir de un globo.

—Quieres matarme. Tú y esa jodida doctora.

—Hemos terminado esto. Nadie tiene intención de hacerte ningún daño.

—¡Gilipolladas!

—Vale. Si así es como lo quieres... —chilló Vail—. Si tienes tantas ganas de —que te electrocuten, adelante. Acaba el jodido asunto.

Roy aplicó un poco más de presión y Vail se quejó cuando el dolor traspasó como un rayo su cerebro.

—Es el poder —le silbó Roy al oído—. El poder no es dinero. El poder es control. Tengo tu control. En este momento, tu vida está en mis manos. Piensa en ello. Tuerzo un poco más, y morirás.

Entonces, de pronto, Roy le soltó y Vail cayó, quedándose sentado. Hizo esfuerzos para respirar y se frotó la garganta. Luego se levantó y echó a andar hacia la puerta.

—¿Adonde coño vas? —inquirió Roy.

Vail se dio la vuelta.

—Primero haces daño a Molly —dijo, con la voz todavía ahogada—. Ahora me haces daño a mí. ¡Dios!, estamos intentando ayudarte, estúpido hijo de puta. ¿Quieres hablar o quieres seguir haciendo tonterías?

Roy empezó a frotarse las manos rápidamente. Retrocedió unos pasos, luego echó a andar de acá para allá, frotándose todavía las manos.

—Vale, estoy asustado —gruñó mostrando los dientes—. Estoy jodidamente muerto de miedo, ¿es eso lo que quieres oír?

—Está bien, tienes derecho a estarlo. Es comprensible. Pero relájate —aconsejó Vail—. Sólo escúchame con atención. Y cuando acabemos, tengo que hablar con Aaron...

Un brillante sol matutino estaba disipando la niebla cuando Molly se apresuraba por el sendero que llevaba al ala de máxima seguridad. Estaba enfadada porque Martin la había dejado dormir. ¿Sabría Vail cómo tratar a Aaron? Unas palabras equivocadas, un gesto equivocado podían mandar de nuevo a Aaron al mundo de los ensueños.

Rechazó la oferta de café de Linc, impaciente por entrar en la sala de terapia. El joven buscó la llave en el llavero, finalmente abrió la puerta principal y después la puerta de la celda de la terapia.

Molly entró con cuidado, con aprensión. Vail, que estaba sentado en la silla de cara al muchacho, sonrió cuando ella entró.

—Hola —dijo—. ¿Has dormido bien?

El joven se volvió para mirarla y sonrió.

—Hola, señorita Molly. Me alegro de verla.

Molly sonrió con alivio.

—Yo también me alegro de verte, Aaron.

Como siempre sucedía en cualquier juicio importante, había una atmósfera casi festiva en el palacio de justicia el día en que el proceso empezaba. Pero Vail nunca había visto el espectáculo que saludó al coche al meterse en Courthouse Square. Era un día inoportunamente cálido, y una multitud se había reunido temprano para obtener asiento en la sala de justicia número ocho, en el segundo piso del Tribunal Superior del condado. Media docena de unidades móviles de televisión formaban ángulo de cualquier modo contra el bordillo, delante del histórico y viejo edificio. La acera y las anchas escaleras de mármol estaban atestadas de periodistas de radio, de televisión, fotógrafos y redactores.

—Ha llegado el gran momento, Aaron —dijo Vail mientras el coche avanzaba despacio entre la multitud de chacales de los medios de información—. La vista fue un pasatiempo aburrido comparada con lo que estás a punto de presenciar.

Stampler, que llevaba una chaqueta deportiva de lana y pantalones de franela gris, ropa que Naomi había escogido, hizo una señal con la mano hacia fuera de la ventanilla cuando la prensa rodeó el coche.

—Sólo dirás dos cosas —dijo Vail.

—Sí, señor. Estoy contento de que por fin empiece el juicio para demostrar mi inocencia. Y me encuentro bien.

—¡Estupendo! Vamos allá.

Saltaron del coche y lucharon para subir las escaleras obstaculizadas por micrófonos, cámaras y preguntas de los periodistas que les asaltaban. Vail iba primero. Detrás de él, oía a Aaron repitiendo una y otra vez:

—Me encuentro muy bien.

—Estoy contento de que por fin empiece el juicio.

En el vestíbulo, Bobby, cuyo puesto de periódicos había estado en la esquina de la gran entrada desde antes de que cualquiera de los jueces en ejercicio fuese elegido, había duplicado su pedido normal de manzanas y naranjas, así como el de cigarrillos, chicle, caramelos y bocadillos de queso. Bobby rezaba por un juicio largo.

Un asiento en la sala ocho del palacio de justicia era la localidad más deseada de la ciudad. Más deseada que la quinta fila del centro en el último éxito teatral o un asiento de primera fila en la ópera. La sala tenía capacidad para doscientas personas y estaba llena una hora antes de la hora prevista en que comenzaría el espectáculo; y al menos cincuenta personas remoloneaban por la sala en espera de un sitio libre de última hora. La multitud era una mezcla heterogénea: abuelitas con su labor de punto; amas de casa; agentes de bolsa con la cartera en el regazo, todos confiando en gozar de una o dos horas del circo antes de presentarse en sus cuevas de cristal; por lo menos dos viudas adineradas que llegaron en limusinas; y las habituales lapas del tribunal que solían vagar de sala en sala buscando acción.

El alguacil encargado de la puerta, como el *maître* de un restaurante selecto, sólo permitía la entrada previa salida de alguno de los presentes en la sala.

Margaret Booth, la decana de los taquígrafos del palacio de justicia, que tenía una voz como la de Casey Stengel y era conocida afectuosamente entre los habituales de la sala de prensa como lady Macbeth, se asomó por su despacho y dijo refunfuñando:

—Es el Apocalipsis. La última vez que tuvimos una muchedumbre como ésta fue cuando Jerry Geisler defendió al alcalde de una acusación de inmoralidad. Y eso fue en el cincuenta y dos.

Los espectadores de la sala del tribunal eran ruidosos, estrepitosos y hasta agresivos, como romanos, esperando que los cristianos fueran echados a los leones. Molly, que estaba en primera fila con Tom y el juez, decidió que las dos terceras partes eran amas de casa que se tomaban el día libre. Sentados al fondo de la sala, había cuatro curas y dos monjas. La tribuna de la prensa ya estaba casi llena, aunque muchos periodistas todavía se encontraban fuera siguiendo a Stampler al entrar a la sala. Su presencia despertaba continuos insultos de los espectadores. Tres dibujantes ya estaban trazando los rasgos de los rostros de la multitud de la elegante sala de caoba, mientras Jack Connerman estaba en la primera fila, con su grabadora del tamaño de una mano sobre la barandilla y su cuaderno de notas en sus rodillas. Apuntó una nota para sí mismo: «Comentar el ambiente festivo, cuando los asesinos se convierten en celebridades»; y otra: «¿Es posible encontrar doce personas en esta ciudad que aún no tengan una opinión formada?».

A las nueve menos cinco, Stampler y Vail entraron en la sala por una puerta lateral. La sala casi quedó en silencio, pero el rumor de la conversación volvió a empezar casi inmediatamente. Se reunieron con Naomi en la mesa del acusado, y momentos después Venable y Charlie Shackelford entraron en la sala. La fiscal saludó con la cabeza bastante secamente a Vail, que sonrió y le envió un beso.

Molly apenas había visto a Vail desde aquella noche en Daisyland, aunque él le había enviado flores la noche antes de que ella y Aaron volvieran a la ciudad. No había esperado nada más. Sabía que tres días antes del juicio Vail se confinaba tras las puertas de su despacho, para pasear por la habitación, elaborar razonamientos y afilando su defensa hasta el último minuto. Y ella volvería a la clínica Justine en cuanto el juicio terminara. Él había satisfecho tanto su libido como su ego y no esperaba nada más que eso.

Exactamente a las nueve en punto, Shoat, señor de la sala, entró con su toga negra salpicada de pliegues.

—Todos en pie —ordenó el alguacil.

«Y que empiecen los juegos», pensó Vail.

—Pueden sentarse —dijo Shoat mientras se instalaba en el estrado—. Antes de empezar, me gustaría dejar claro que este tribunal no tolerará alteraciones del orden ni demostraciones de sentimientos por parte de la sala. Ni aplausos, ni nada de eso. Por favor compórtense de acuerdo con lo que acabo de exponer. ¿Alguacil?

—Caso número 80-4597, el Estado de Illinois contra Aaron Stampler por la acusación de homicidio premeditado.

—¿Alguna petición previa? —preguntó Shoat; sus cejas dirigieron la pregunta a Vail y Venable.

—Sí, su señoría —dijo Vail—. El acusado desea cambiar su alegato de inocencia en este momento.

Venable se sorprendió. «Un cambio de estrategia en el último minuto», conjeturó. Ah, bueno, no afectaría a su argumentación. Tenía el caso en el bolsillo. Todo lo que quería Vail era un gesto de cara a la galería.

—Señor Vail, a la acusación de homicidio premeditado, previamente interpuso un alegato de inocencia. ¿Desea cambiarlo?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se declara ahora el acusado?

—Culpable, pero alega desequilibrio mental.

Los ojos de Venable se entrecerraron. «Dios mío, va a utilizar esa defensa de la fuga —pensó—. No debe de tener nada».

—Señor Vail, estoy seguro de que se da cuenta de que tres psiquiatras profesionales han concluido que su cliente está en su sano juicio.

—Me doy cuenta, señoría. Creemos que la han cagado.

Shoat mostró visible rechazo ante el análisis de Vail del diagnóstico.

—También señalaría respetuosamente al tribunal que el diagnóstico o la misma acusación no quieren decir que mi cliente esté en su sano juicio o sea culpable —añadió.

—Bueno, por supuesto —respondió Shoat con fastidio—. También supongo que entiende que debe demostrar que el acusado no estaba en su sano juicio en el momento del asesinato del arzobispo Rushman. El equipo psiquiátrico del estado ha concluido que el señor Stampler está en su sano juicio. No depende de la fiscal demostrar que estaba en su sano juicio; es responsabilidad suya, abogado, demostrar que no lo estaba en el momento en que el acto se cometió.

—Lo comprendo, señoría. Pero nos inclinamos a rechazar el diagnóstico de los tres expertos del estado. Nuestra opinión será que los doctores Bascott, Ciaffo y Solomon diagnosticaron mal al acusado.

—¿Tiene la intención de desafiar el testimonio de los tres peritos psiquiátricos?

—Si es necesario —comentó Vail—. Tres psiquiatras examinaron al acusado, pero según la lista de testigos, la fiscal sólo ha presentado a uno de ellos para justificar este diagnóstico.

Venable devolvió el disparo.

—Su señoría, un solo diagnóstico fue preparado, presentado y firmado por los tres médicos. El doctor Bascott era el jefe de ese equipo. Es completamente capaz de declarar a favor de él.

—Entonces puedo suponer que lo que diga el doctor Bascott está comprobado sin

excepción por los otros tres médicos, ¿es eso correcto? —dijo Vail.

Ella dudó un momento y lanzó una mirada rápida a Bascott, que estaba sentado detrás de ella. El doctor se revolvió ligeramente en su asiento.

—Bien, ¿señora fiscal? —solicitó Shoat.-

—¿Doctor Bascott? —preguntó Venable, mirando al psiquiatra.

Bascott la miró fijamente durante unos segundos. Para Vail era obvio que ella no había preparado a Bascott para la posibilidad de un desafío a los tres expertos del estado. Ahora tenía que asumir la responsabilidad del informe y de lo que los otros dos médicos concluyeron. «¿Hubo desacuerdo?», se preguntaba Vail. Pero Bascott asintió con la cabeza.

—Sí —dijo por fin—. Le examinamos durante el mismo período de tiempo. Todos llegamos a las mismas conclusiones.

—¿Satisfecho, abogado? —preguntó Shoat.

—Sí, su señoría —dijo Vail—. Gracias.

«Perfecto —pensó Vail—, todo lo que tengo que hacer es pillar a Bascott y mato de un tiro a los tres».

Las sorpresas empezaron pronto. La elección del jurado, que la mayoría de conocedores del tema había decidido que podía durar días, o incluso semanas, se acabó en un día. Vail, normalmente muy escrupuloso cuando se trataba de elegir a los jurados, no tanteó a sus integrantes. Hizo una o dos preguntas y asintió. Tanto Venable como Shoat se sorprendieron ante su actitud, casi arrogante, hacia la elección del jurado.

Siete mujeres, cinco hombres. Todos cristianos, dos de ellos católicos. Cuatro negros, ocho blancos. Una mezcla de hombres de negocios de clase alta, amas de casa y funcionarios.

El segundo día estaban dispuestos para asistir al tribunal.

La exposición de apertura de Venable fue implacable. Dibujó a Stampler como un adolescente celoso, que mantenía una aventura amorosa con una joven, que se vengó de Rushman después de que éste los echara de Savior House.

—Verán las fotografías y les indignarán. Verán las aplastantes pruebas materiales. Oirán a testigos expertos que declararán que Aaron Stampler —y sólo Aaron Stampler— pudo haber cometido este asesinato malintencionado y brutal de un respetado prócer de la comunidad. Aaron Stampler es culpable de matar fríamente, premeditadamente, al arzobispo Richard Rushman. Al final, estoy segura de que estarán de acuerdo con el estado de que algo menor a la pena de muerte sería una injusticia tan grande como el mismo asesinato.

«No está mal —valoró Vail—. Una actuación un poco floja, pero inteligente. Dejemos las sorpresas desagradables para más tarde».

—¿Señor Vail? —dijo Shoat.

Vail se acercó a la tribuna del jurado y se desabrochó la chaqueta. Recorrió poco a poco con los ojos la tribuna, mirando fijamente a los ojos a cada jurado.

—Señoras y señores del jurado, me llamo Martin Vail. He sido asignado por el tribunal para representar al acusado, Aaron Stampler. Ahora bien, estamos aquí para determinar si el acusado es culpable de un asesinato repugnante y premeditado de uno de los ciudadanos más admirados y respetados de esta ciudad, el arzobispo Richard Rushman.

»En derecho criminal existen dos tipos de delitos. El peor es conocido como *malum in se*, que significa malo por la propia naturaleza del delito. Asesinato, violación, daños físicos graves, heridas que paralizan, delitos premeditados contra la integridad física de la persona, si prefieren. El asesinato del arzobispo Rushman es evidentemente un caso de *malum in se*. El acusado no lo niega.

»Verán fotografías de este crimen que les pondrán enfermos.

»Y se les pedirá pronunciar una sentencia sobre lo que se conoce como *mens rea*, que significa: ¿tenía el acusado la intención de causar daño físico? En otras palabras, ¿cometió intencionadamente Aaron Stampler el asesinato del arzobispo Rushman?

»Aaron Stampler no niega que es culpable de *mens rea* en este caso.

»Finalmente, también se enfrentarán a circunstancias atenuantes porque hay circunstancias atenuantes, como siempre las hay en casi todos los delitos.

»Permitan que les ponga un ejemplo. Un hombre es acusado de atropellar a otro con su coche y matarlo, un hombre al que odia y al cual ha amenazado en una ocasión anterior. La acusación dice que el acusado atropelló a la víctima adrede. Pero durante el juicio se enteran de que el acusado conducía en medio de una fuerte tormenta de lluvia. Que le deslumbraron unos faros que se reflejaban en su parabrisas mojado. Que cuando redujo, su coche patinó. Y la víctima, que estaba caminando al lado de la calzada, por la acera, fue atropellada y murió a resultas de estas circunstancias.

»*Mens rea*. ¿Tenía el acusado la intención de atropellar a la víctima y matarla? ¿O fue un inevitable y trágico accidente? ¿Hay duda razonable? ¿Fueron las circunstancias atenuantes suficientes como para poner en duda este hecho?

»Las circunstancias atenuantes en el caso del Estado contra Aaron Stampler son de una naturaleza poco corriente, puesto que implican trastornos mentales. Por lo que se pondrá en su conocimiento una gran cantidad de información psicológica en el transcurso de este juicio. Sólo pedimos que escuchen atentamente para que puedan pronunciar una sentencia justa sobre la *mens rea*, pues para pronunciar dicha sentencia se les pedirá que juzguen su conducta. ¿Sufrió Aaron Stampler un trastorno de la razón? ¿Actuó bajo un impulso irresistible? ¿Es capaz de entender las acusaciones que se hacen contra él y colaborar en su propia defensa?

»Éstas y muchas otras preguntas girarán sobre el estado de salud mental de Aaron Stampler en el momento en que se cometió el crimen. Y mientras ustedes hacen estas apreciaciones, les pediría que tuvieran presente en todo momento un hecho

importante: si Aaron Stampler mantenía un completo control de sus facultades mentales en el momento del crimen, ¿por qué lo hizo? ¿Cuál fue su motivo para cometer tal acto horripilante y desesperado? Y si lo hizo, ¿era mentalmente responsable en este momento? En el análisis final, ésa puede ser la cuestión más importante de todas.

»En consecuencia, señoras y señores, su responsabilidad será decidir la credibilidad de las pruebas que el fiscal y yo les presentemos: ¿a quién creen?, ¿qué creen? Y lo más importante de todo, ¿aceptan las pruebas que incriminarán a Aaron Stampler “más allá de una duda razonable”?

»Afirmamos que Aaron Stampler es culpable de este crimen pero es demente. La señorita Venable, la fiscal, debe demostrar que planeó y cometió el crimen “más allá de una duda razonable”. Ésa es su responsabilidad. Yo debo demostrar que Aaron Stampler estaba loco o tan mentalmente trastornado que no pudo resistir el impulso de matar al arzobispo. Ésa será mi responsabilidad.

»Al final, cuando hayan oído todos los hechos, creo, con franqueza, que se declararán a favor de mi cliente, Aaron Stampler.

Vail sonrió y se inclinó ligeramente.

—Muchas gracias —concluyó, y regresó a su mesa.

—Muy bien, señorita Venable —dijo Shoat—, puede citar al primer testigo del estado.

—El pueblo cita al doctor Harcourt Bascott.

Venable transmitía una seguridad que incomodaba. Vail ya había imaginado que su primer testigo sería el doctor Bascott, director del instituto de salud mental del estado. Venable expondría y confirmaría sus títulos profesionales ante el jurado; limitaría su interrogatorio a demostrar el sano juicio de Aaron y ya está. Breve y buena, directa al grano. Haría que todo estuviera clarísimo. Y Aaron era tan normal como el chico de al lado, sólo un poco psicópata, eso es todo; le gusta coser a puñaladas a los arzobispos cuando no echan nada bueno en el cine.

Vestido de manera conservadora, con un traje azul oscuro, Bascott resultó ser un hombre imponente, de cincuenta y pocos años, pelo cano largo y lacio y ojos marrones claros; contrarrestaba su tamaño potencialmente amedrentador con una voz dulce en extremo y un carácter amable. «Un encantador de multitudes —pensó Vail—. Con ese aspecto de oso bueno recuerda la figura del padre. Al jurado le agrada». Sería peligroso destruirlo. Vail tendría que andar con cuidado si quería desautorizar su diagnóstico.

—¿Es usted el doctor Harcourt D. Bascott? —comenzó Venable.

—Exacto —contestó con una sonrisa reconfortante.

—¿Está usted autorizado para practicar la medicina en este estado?

—Sí, así es, y en otros seis estados.

—¿Dónde vive, doctor?

—Tengo una casa en los jardines de las instalaciones del hospital de salud mental del estado de Daisyland.

—¿Y cuál es su especialidad?

—Soy psiquiatra.

—¿Y dónde trabaja?

—Soy director del Instituto de Salud Mental Stevenson y jefe del departamento de salud mental del estado. También soy profesional de psiquiatría en la universidad del estado.

—¿Y cuánto hace que es especialista en este campo?

—Desde 1964.

—Por favor, diga al tribunal dónde fue a la universidad, doctor.

—Tengo una licenciatura del Reed College de Portland, Oregón, mi doctorado en medicina de la universidad de Oregón y realicé prácticas psiquiátricas en la universidad de Cincinnati.

—¿Y tiene ocasión de tratar a pacientes?

—Oh, sí.

—¿A cuántos pacientes mentalmente enfermos trata o ve al año, doctor Bascott?

—Superviso el tratamiento de unos quinientos u ochocientos pacientes reclusos en varias instituciones del estado, y mi consulta privada, la cual realizo de acuerdo

con el estado, me permite tratar de setecientos a ochocientos más al año.

—Muy bien, señor, ¿cuántos...? ¿Ha escrito algún libro o artículo en este campo?

—Soy autor de nueve libros en el campo de la psiquiatría y de más de doscientos artículos científicos referidos al mismo campo.

—Y en el ejercicio de su profesión, ¿trata a personas que generalmente se considerarían incapacitadas desde un punto de vista legal?

—Sí, con frecuencia.

—Y dada esta experiencia y sus reconocidos méritos profesionales le pidieron que diagnosticara a Aaron Stampler, ¿no?

—Fui director del equipo de tres psiquiatras designado para examinar al señor Stampler.

—¿Y puede identificar al señor Stampler?

—Sí. Está sentado allí. El joven de la chaqueta de lana.

—Ahora bien, doctor, dice que fue jefe del equipo que examinó al señor Stampler. ¿Puede describir brevemente el procedimiento que siguieron?

—Por supuesto. Los doctores Ciaffo y Solomon y yo mismo realizamos profundos análisis y pruebas del paciente individualmente. Luego tuvimos tres reuniones conjuntas con él.

—¿Y consideraría que éste es un procedimiento normal?

—Sí, a los tres nos piden frecuentemente que hagamos valoraciones psicológicas de pacientes.

—¿Y también examinó informes hospitalarios y médicos pertenecientes al señor Stampler?

—No. No había ninguno disponible.

—Bien, doctor, para ayudar al jurado, me gustaría explorar algunos principios psiquiátricos elementales. ¿Es cierto que los trastornos mentales se consideran enfermedad?

—Así es, en efecto.

—El estudio y el tratamiento de trastornos mentales es una rama conocida y aceptada de la medicina, ¿no es así?

—Sí, así es.

—¿Y una enfermedad mental se diagnostica del mismo modo que un malestar físico?

—Más o menos. Las técnicas son diferentes, pero los métodos generales son análogos.

—Doctor, ¿quiere explicar al jurado, por favor, cómo diagnostica una enfermedad mental?

—Buscamos los síntomas más significativos, los relacionamos y los identificamos como pertenecientes a una enfermedad ya descrita, muy parecido a lo que hacen los médicos.

—Y estas enfermedades ya descritas aparecen en un manual conocido como

MDE₃, ¿no?

—Sí.

—¿Qué es el MDE₃, doctor?

—El *Manual de diagnóstico y estadística de trastornos mentales*. Lo publica la Asociación Psiquiátrica Americana.

—Y ésta es la llamada Biblia de la psiquiatría, ¿verdad?

—Sí.

—Y, entonces, conforme a este manual estudiaron el caso de Aaron Stampler...

—Sí. El equipo realizó todas las pruebas habituales.

—¿Se llevaron a cabo otras pruebas?

—Sí, se le hicieron pruebas físicas y neurológicas así como una prueba de coeficiente intelectual.

—¿Por qué ordenó exámenes físicos y neurológicos?

—Porque el trastorno mental puede ser la consecuencia de daños cerebrales o defectos físicos del cerebro.

—¿Y había daño cerebral?

—No hay ninguna enfermedad cerebral física evidente.

—¿Y la prueba de coeficiente intelectual?

—Para determinar el nivel de inteligencia del paciente.

—¿Qué coeficiente intelectual tiene Aaron Stampler?

—Entre 138 y 140. Un nivel de genio.

—¿Hubo alguna prueba más?

—Casi todas nuestras pruebas consistieron en hacer preguntas al sujeto, lo que usted llamaría terapia.

—¿Y los tres trabajaron juntos y por separado también en lo de la terapia, no?

—Exacto. Y los doctores Ciaffo y Solomon y yo mismo preparamos nuestro informe conjuntamente.

—¿Y cuál es su conclusión?

—Que Aaron Stampler no sufre ningún trastorno mental grave.

—¿Encontraron señales de lo que se conoce como fuga o amnesia temporal?

—No, señora. Ni tampoco los enfermeros observaron indicios de que padeciera ninguna fuga temporal.

—¿Se le puede someter a juicio?

—¡Desde luego que sí! De hecho, le encontramos bastante normal.

—Y entiende las acusaciones que se han presentado contra él, ¿verdad?

—Perdón, señorita, si quiere guiar al testigo, debería de coger uña correa —dijo Vail.

Shoat le miró airadamente.

—¿Es eso una especie de protesta, abogado?

—Es una protesta, sí.

—Lo diré con otras palabras, señorita —dijo Venable, y sonrió al jurado—.

¿Entiende el señor Stampler las acusaciones que han sido presentadas contra él por el pueblo?

—Sí.

—Gracias, doctor. No hay más preguntas en este momento.

¡Pum! Breve y bueno. Casi informal. «Bien, doctor, ya va siendo hora de impedir que siga haciéndonos daño». Vail se acercó a la barra de los testigos y puso el brazo sobre la barandilla. Cordial, sin resultar amenazador. Vail y el oso sosteniendo una charla amistosa.

—Doctor Bascott —empezó Vail—, ¿tendría la bondad de explicar qué es la esquizofrenia al jurado?

—Bueno, la esquizofrenia es la psicosis más corriente. Alrededor de... un dos por ciento de todas las personas de los países occidentales son tratadas por esquizofrenia en algún momento de su vida. Y, por supuesto, muchos esquizofrénicos no reciben nunca atención clínica alguna.

—¿De qué estamos hablando en números reales?

—Mmmm... Tal vez... la mitad de los enfermos internados en hospitales de Estados Unidos.

—¿Un porcentaje tan importante?

—Sí.

—¿Y qué es exactamente la esquizofrenia?

—Es el derrumbamiento o la erosión de las fronteras entre el yo, que controla nuestros pensamientos y acciones diarias, y el ello, que es el almacén de todos los pensamientos y acciones reprimidas. Cuando eso ocurre, las represiones del sujeto se liberan y el resultado es una especie de caos mental.

—¿Cómo se manifiesta eso en concreto?

—El individuo puede volverse disfuncional. Los síntomas incluyen alucinaciones, desorientación espacial, ilusiones, trastornos de la personalidad y el pensamiento.

—¿Ilusiones?

—Sí, creencias falsas que suelen ser absurdas y extrañas.

—En términos comprensibles, para un lego en la materia, ¿qué significa eso exactamente?

—En sumo grado, un paciente puede creer que él o ella está siendo perseguido por los demás. Pueden creer que son personalidades históricas importantes e incluso alguien que está muerto. E incluso puede creer que una máquina controla su pensamiento. Tuve un caso en que una mujer creía que su mente estaba controlada por su tostadora. Se sentaba durante horas, hablando con la tostadora, obedeciendo órdenes de ella.

Una ola de risas recorrió la sala. Shoat golpeó con su mazo y las risas terminaron bruscamente.

—Así que esta especie de comportamiento extraño no es raro, ¿no es cierto?

—No es raro en términos relativos.

—¿Dentro del contexto de una institución mental?

—Nada raro.

—¿Y hay diferentes tipos..., diferentes categorías de esquizofrenia?

—Oh, sí, muchas.

—Hábleme de la genética, doctor. ¿La esquizofrenia puede ser hereditaria?

—Bueno, sí, hasta cierto punto.

—En realidad, doctor, ¿no es cierto que alrededor de un doce por ciento de todos los esquizoides son hijos de progenitor esquizofrénico y un cuarenta y cinco por ciento de padre y madre?

—No estoy seguro de los porcentajes, pero puede afirmarse eso de una manera general. Es una fracción significativa.

—Así que la esquizofrenia puede ser genética o causada por factores ambientales o sociológicos, ¿no es eso?

—Sí. Normalmente una combinación de las tres cosas.

—¿Conoce el pueblo de Aaron Stampler: Crikside, Kentucky?

—Me lo han descrito, señor.

—¿No ha estado allí?

—No.

—Según tiene entendido, doctor, ¿es posible que los factores ambientales de Crikside pudieran contribuir a la esquizofrenia?

Venable se levantó.

—Protesto, señoría. Rumores. ¿Y qué importancia tiene este testimonio?

—Su señoría, estamos tratando un homicidio que nosotros afirmamos que es el resultado de un trastorno mental específico. Simplemente estoy sentando las bases de nuestra afirmación.

—¿Y además va a darnos un curso de psiquiatría? —dijo gruñendo Venable.

—¿Es eso una protesta? —preguntó Vail.

—Si quiere —contestó ella.

—Perdonen —dijo Shoat; su voz estaba impregnada de irritación—. ¿Desean un descanso para seguir esta discusión particular o prefieren dirigirse al tribunal?

—Lo siento, juez —respondió Vail—. Por otra parte, afirmamos que la determinación de los trastornos mentales es algo ambigua en ciertas áreas, sobre todo si concurren teorías distintas. Freud y Jung, por ejemplo, no son totalmente compatibles. Lo que estamos intentando hacer es determinar si el amable doctor y la defensa estamos de acuerdo. Si hay áreas en las que discrepamos, deberían de ser resueltas antes de ir más lejos. Lo que estoy diciendo es que no ponemos de ninguna manera en duda la competencia del doctor Bascott, pero sí que cuestionamos si sus teorías son compatibles con las nuestras.

—Señoría —dijo Venable con acritud en su tono de voz—, el señor Vail desea crear una especie de foro para una discusión de teorías psiquiátricas y protesto.

—Sólo" quiero encontrar un terreno común amplio sobre la teoría psiquiátrica.

Puede que el doctor Bascott crea una teoría; es posible que la doctora Arrington crea otra. Si esto sucede, debemos traer otros expertos para resolver las diferencias. A menos que, claro está, podamos dejar a un lado estos problemas ahora.

—Sólo lo aceptaríamos en lo que atañe específicamente a este caso —contestó Venable—. Protesto porque esta línea de interrogatorio se aleja de la cuestión. Deberíamos de enfrentarnos con esos problemas cuando llegemos a ellos. Esto no es un debate.

—Tiendo a estar de acuerdo con la fiscal en este caso —dijo Shoat—. Si existe un área de desacuerdo, entonces permitiré la presentación de testigos que respalden una u otra teoría. Pero no dejaré que el tribunal se convierta en un foro de debate. Se admite la protesta.

—De acuerdo —aceptó Vail—. Doctor, ¿conoce la teoría de Jung de que el inconsciente puede ser alcanzado solamente a través del uso de los símbolos? ¿De que los símbolos son el lenguaje universal, las expresiones primitivas del inconsciente?

—Sí, la conozco.

—¿Está de acuerdo con esta teoría?

—En parte.

—¿Entonces no está de acuerdo?

—¡Protesto! —saltó Venable—. El doctor Bascott contestó la pregunta.

—No, señorita —replicó Vail—. Dijo: «En parte».

—Tal vez pueda explicarlo —propuso Bascott—. También creo que los sueños son una ventana que da al subconsciente. No creo que estas dos teorías sean incompatibles. No excluiríamos ninguna teoría aceptada al hacer un diagnóstico.

—¿No dijo Paul Tillich: «Sólo el lenguaje simbólico puede expresar lo absoluto»?

—Sí, pero aun así eso no excluye el uso del análisis de los sueños para determinar la disfunción mental —dijo Bascott.

—¿Utilizó el análisis de los sueños?

—El señor Stampler afirma que no sueña.

—¿Afirma que nunca sueña?

—Para ser más exacto, no los recuerda.

—¿Es eso raro?

—No especialmente.

—¿Probaron con la hipnosis?

—Lo intentamos. Stampler no era un sujeto apropiado.

—¿Es eso raro?

—No..., algunas personas se resisten inconscientemente a la hipnosis.

—¿No cree que eso sea extraño o fuera de lo corriente?

—En realidad, no. No.

—Así que su análisis del acusado está basado tan sólo en entrevistas con él, ¿no

es así?

—No, hablamos con algunas personas de su pueblo natal. La gente con la que vivía en Savior House y en el trabajo.

—¿Se tomó interés en hacer entrevistas con los habitantes de Crikside?

—Sí. Hicimos entrevistas telefónicas. Informativas en su mayor parte.

—¿Las dirigió usted?

—Algunas. Hablé con su antigua profesora, esto...

—¿Rebecca Kramer?

—Sí. Kramer.

—¿Y qué le dijo?

—Que era un alumno excelente. Algo solitario. Que aspiraba a mucho más de lo que esa zona tenía que ofrecer.

—¿De mal genio? ¿Airado? ¿Violento?

—No, nada de eso.

—¿Hablaron de la actitud hacia el sexo de Aaron, la información recibida?

—¡Protesto!, señorita. ¿Qué relación tiene con el caso?

—Si me dejara proseguir, juez, creo que sería evidente.

—Muy bien, abogado, le dejaré que prosiga, pero no se desvíe del tema.

—Sí, señor. Doctor, ¿hablaron de ello?

—No le preguntamos sobre eso.

—¿Por qué no?

—No parecía muy apropiado. Era sólo su profesora, después de todo.

—Comprendo. Quiero hablar de la actitud religiosa de Aaron un momento, su formación, sus experiencias. ¿Le es familiar la relación del acusado con un tal reverendo Shackles?

—Sí. Josiah Shackles.

—¿Entrevistó a Shackles?

—No, señor. Nos informaron de que nadie le ha visto o ha tenido noticias suyas desde hace años.

—¿Qué sabe de él?

—Parece ser que era una especie de fundamentalista, tenía posturas muy severas sobre el pecado.

—¿Habló el acusado de esto con usted?

—Sí. También teníamos su entrevista con él en la cárcel.

—¿Cuál fue su análisis de esa relación?

—Fue una relación poco afortunada.

—¿Por qué?

—Como he dicho, el reverendo Shackles era una especie de fundamentalista. Según tengo entendido, creía que una vez estás corrompido por el pecado, no hay redención.

—En otras palabras, ¿creía que ningún pecado podía ser perdonado?

—Sí.

—¿Qué hay de la oración?

—Según recuerdo, Aaron citó a Virgilio acerca de eso. Dijo que Shackles creía lo que Virgilio escribió.

—¿Qué era?

—¿Puedo remitirme a mis notas?

—Por supuesto.

Bascott hojeó varias páginas de un cuadernillo antes de detenerse.

—Aquí está —dijo Bascott—. Comienza la cita: «Deja de creer que los decretos de los dioses pueden cambiarse por oraciones». Fin de la cita.

—Shackles creía eso, ¿verdad?

—Según Aaron.

—¿Aceptó Aaron esta tesis?

—Bueno, era un niño entonces. Ocho, nueve años. Naturalmente le impresionó.

—¿La creyó?

—Protesto, señoría —dijo Venable—. El acusado sería la mejor fuente de esa información.

—Salvo que el acusado no tiene que declarar —replicó Vail—. En cuyo caso creo que el testigo del estado sería como es natural la mejor fuente. Después de todo, él y su equipo son responsables de determinar que Stampler está en su sano juicio. Y esta información será corroborada en las entrevistas de la defensa dirigidas por la doctora Arrington.

—Denegada —dictaminó Shoat—. Continúe, abogado.

—¿Creía Aaron a Shackles cuando decía que no hay absolución para el pecado en la tierra?

—Creo que tuvo un efecto en sus creencias y actitudes.

—¿Usted lo cree? ¿Que no hay absolución en la tierra?

—Protesto. No viene al caso.

—Al contrario, señoría. El punto de vista del doctor es bastante importante al analizar esta información.

—Denegada —rechazó Shoat, mirando a Venable y levantando las cejas.

—Bueno, parecería anular la premisa básica del cristianismo —dijo Bascott.

—Le pregunté si usted lo creía —insistió Vail.

—No.

—¿O sea que cree en la absolución?

—Bueno, yo... En realidad no. Yo, esto... soy ateo.

Su respuesta cogió a Venable completamente desprevenida. De pronto, se hizo evidente que Vail estaba intentando manchar a Bascott ante los ojos del jurado formado por cristianos devotos.

—¡Protesto! —rugió la fiscal—. ¡Las creencias religiosas del doctor no son pertinentes en este caso!

—Lo dijo él, no yo —dijo Vail encogiéndose de hombros—. Por mí no hay inconveniente si se borra. —Sonrió al jurado mientras volvía a la mesa y cogía un bloc—. El caso es, doctor, que Aaron Stampler estaba claramente afectado por su relación con Shackles, ¿no es verdad?

—Sí.

—O sea que su orientación religiosa fue un tanto deformante, por su severidad.

—Sí, a menos que se esté de acuerdo con Shackles.

—¿Cambió de opinión Aaron respecto a eso?

—Sí. Años más tarde, estaba estudiando con el arzobispo Rushman para convertirse al catolicismo. El punto de vista católico, por supuesto, es justamente lo contrario.

—Así que los mensajes religiosos que recibió fueron contradictorios, ¿cierto?

—¡Del todo!

—¿Es importante la religión para Aaron?

—Bueno, habla mucho de ella. Sí, que parece que sí. Pero creo que el arzobispo le ayudó a resolver sus conflictos en ese tema.

—¿Así que el arzobispo le convenció de que existe la absolución en la tierra?

—Creo a Aaron cuando dice eso, sí.

Vail hojeó las páginas de su bloc.

—Doctor, en su tercera entrevista con Aaron, página siete, hay este diálogo:

»Bascott: ¿O sea que entonces crees en la absolución?

»Stampler: Bueno, el arzobispo era muy convincente respecto a eso. Pero Ambrose Bierce escribió: “Pedir que las leyes del universo se anulen por una sola persona que lo solicite es indigno”. Y la absolución viene a través de la oración.

»Bascott: ¿Así que todavía tienes dudas?

»Stampler: Bueno, pienso mucho en ello, señor.

Vail dejó caer la libreta sobre la mesa.

—Doctor, ¿no ve un conflicto latente aquí?

—Porque piense en ello no significa necesariamente que sea un conflicto. Estamos hablando de un joven muy inteligente. Hace muchas preguntas.

—¿Es, pues, su opinión que este conflicto no causó ninguna tensión en el acusado?

—No le pareció significativo al equipo.

—¿No es cierto, doctor, que un gran porcentaje de enfermedades mentales puede ser atribuible a experiencias sexuales y religiosas no integradas o anómalas?

—Supongo que podría decirse así.

—¿No es cierto, doctor, que más del cincuenta por ciento de los casos de esquizofrenia son atribuibles a estos dos factores, el sexo y la religión?

—Creo que eso es bastante acertado.

—Así que si Aaron Stampler recibió, digamos, informaciones religiosas y sexuales divergentes de Shackles y Rushman, ¿sería muy posible que esto le creara

en su mente el caldo del cultivo en que prosperara la esquizofrenia?

—Bueno, supongo que se podría decir eso. «Prosperar» puede que sea un poco fuerte...

—¿El cincuenta por ciento de los casos...?

—Bueno, ¡hummm...!, sí, me parece que estoy bastante de acuerdo con eso.

—¿Pero no consideró significativa esta diferencia radical en los mensajes religiosos que recibió?

—No vimos que ello produjera ningún efecto —dijo Bascott—. Por lo tanto, no buscamos una causa.

—Comprendo.

«Una buena respuesta», pensó Vail.

—Doctor Bascott, ¿alguna vez tuvo razones para creer que la madre de Aaron Stampler padeció esquizofrenia?

La antena de Venable se levantó. «¿Adonde demonios quiere llegar ahora? —se preguntó—. Bueno, si pretende sacar puntos con esto, todos los entrevistados telefónicamente que mencionaron que la madre de Stampler era esquizofrénica, no lo afirmaron en sentido estricto, sólo transmitían los rumores que corrían». Se concentró en el interrogatorio de Vail.

—En realidad... no —contestó Bascott.

—¿Habló con alguien más en Crikside? Quiero decir, ¿habló personalmente con alguien más?

—¡Protesto!, señoría. Todo lo referido a la esquizofrenia de la madre del acusado son rumores.

—Todos los testimonios del doctor referentes a Crikside vienen a ser rumores, juez —replicó Vail, tendiendo las manos a sus dos lados—. Si consideró esta información en su informe, creemos que es pertinente y está abierto a la discusión.

—Está bien, le dejaré seguir, pero vaya con cuidado, señor Vail. Vuelva a plantear la pregunta.

—¿Habló con alguien más de Crikside? Quiero decir, ¿habló personalmente con alguien más?

—Sí —contestó Bascott—. Su médico.

—Ese sería el doctor... ¿Charles Koswalski?

—Sí...

—¿Y qué le dijo sobre la madre de Aaron?

Bascott se rió entre dientes.

—Dijo que era una «loca solitaria».

La sala del tribunal sonrió y empezó a hacer comentarios burlones, lo que llevó a Shoat a hacerles callar con el martillo.

—¿«Loca solitaria»? —preguntó Vail—. ¿Es eso un trastorno mental específico, doctor?

—Me temo que no, señor.

—¿Qué quería decir?

—Su marido y su hijo mayor habían muerto, y cuando Aaron se marchó se volvió excéntrica.

—¿Excéntrica?

—Sí.

—¿Es así como la describió él? ¿Excéntrica?

—Con otras palabras.

—Me remito a mis notas, doctor. ¿La describió diciendo que estaba «mal de la azotea»?

Más risas de la sala. Shoat miró tan ferozmente al público que esta vez no tuvo necesidad de usar el martillo.

—Creo que ésa es la expresión que utilizó.

—¿Y cuáles eran sus síntomas?

—Esto... era dada a recluirse. Nunca limpiaba la casa o cocinaba, los vecinos cuidaban de ella. No se relacionaba. Hablaba para sí. Le gritaba a la gente que pasaba cerca de la casa.

—¿Un comportamiento disociativo? —preguntó Vail.

—Mmm..., sí.

—¿Especialmente desorientada?

—... Sí.

—Doctor, ¿no son éstos los síntomas de la esquizofrenia?

—Bueno, sí...

—¿Y sería justo decir que es posible que la señora Stampler fuera esquizofrénica?

—¡Protesto! —bramó Venable—. ¡De ningún modo es posible que el doctor Bascott haga tal diagnóstico, señor!

—Señoría, simplemente estamos diciendo que la madre de Aaron Stampler padecía algún tipo de trastorno mental antes de morir y que debería haber sido suficiente para suscitar serias preguntas sobre la salud mental de Aaron Stampler en las mentes del equipo del estado. Tal vez lo suficiente como para ir a Crikside, como hizo la defensa.

—Señoría, la acusación propone que la declaración sobre la señora Stampler se retire del informe por basarse en meros rumores.

—Señoría —replicó Vail—, señalamos que los hechos relacionados con su estado mental desde luego son admisibles. Y es un hecho médico que sus síntomas indican esquizofrenia. ¿Por qué hay que protestar?

—Repito, señoría, sería un análisis improvisado y, desde luego, no pertinente.

—Está bien, está bien. Me inclino a convenir con la postura de la señorita Venable en este caso, abogado. Entiendo su razonamiento, pero como la información se basa evidentemente en rumores, debo excluirla. El jurado no hará caso de ella. Continúe, ¿de acuerdo, señor Vail?

—¡Protesto! —exclamó Vail con brusquedad.

—Que conste. Siga.

—Me gustaría volver a los símbolos un momento. Doctor, explique de manera sencilla al jurado la importancia de los símbolos. ¿Qué son, por ejemplo?

—El lenguaje simbólico es el uso de dibujos, símbolos, esto..., señales reconocibles, para comunicarse —dijo Bascott—. Por ejemplo, la cruz es símbolo del cristianismo mientras los números 666 son un símbolo universal del diablo. O para dar uno más corriente, el símbolo de algo que está prohibido es un círculo rojo con una barra. Este símbolo se reconoce tanto aquí como en Europa. Como una señal de carretera, por ejemplo.

—En otras palabras, ¿los símbolos trascienden el lenguaje?

—Sí, pero no siempre.

—¿Podría un símbolo venir en forma de palabras? ¿Un mensaje, por ejemplo?

—Mmm... Posiblemente, sí.

—O sea que los símbolos pueden adoptar muchas formas, no sólo dibujos o imágenes.

—Sí, eso es cierto.

—Bien, doctor, ¿ha declarado que ha visto las fotografías de la víctima en este caso el arzobispo Rushman?

—Sí, las he visto.

—¿Las ha estudiado con atención?

—Sí.

—¿Había algún símbolo en el cadáver?

—¡Hummm...!

—Deje que se lo pregunte más directamente. ¿Cree que el asesino dejó algún mensaje en forma de símbolo en el cadáver de la víctima?

Venable estaba pensando una pregunta por delante de Vail. «Va a hacer algo con los números de la cabeza de Rushman —pensó—. Probablemente lo utilizará después para desacreditar a Bascott de alguna manera. O tal vez esté dando palos de ciego a ver qué pesca, o intentando descubrir si sabemos qué significan los símbolos». Aquello era más probable. Venable escribió la palabra «símbolos» y «B32.156» en su bloc y le dio la vuelta para que nadie lo leyera. Pero decidió que ahora no era el momento de sacarlo a relucir. Esperaría a que Arrington declarara y entonces la obligaría a admitir que el mensaje procedía de Aaron.

—No puedo decirlo con seguridad —contestó Bascott—. Parece ser que el asesino estaba indicando precisamente algo, pero nunca lo desciframos y Stampler no nos ayudó.

—¿Dijo que no sabía qué significaba el símbolo?

—¡Protesto!, señorita. No ha quedado demostrado que fuera un símbolo.

—Se acepta.

—Doctor, estamos hablando de la letra y los números detrás de la cabeza de la víctima, ¿de acuerdo?

—Supongo que es eso lo que quería decir. Sí.

—¿Recuerda cuál era la serie?

—Creo que decía: «B32.146».

—De hecho: «B32.156» —le corrigió Vail.

—Lo siento. Corrijo: 156.

—¿Y cree que esto fue un símbolo que dejó el asesino?

—¡Hummm! Bueno, sí, creo que todos hicimos esa suposición.

—¿Intentaron analizar el símbolo?

—Bueno, le preguntamos a Stampler acerca de él.

—Y aseguró desconocer su significado, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y hasta ahí es hasta donde ustedes llegaron, ¿cierto?

—Lo comentamos con la señorita Venable.

—¿Cuándo?

—Al principio. Creo que bastante antes de que habláramos con Stampler.

—¿Y cuál fue la conclusión?

—Que probablemente no era de nuestra responsabilidad.

—¿La cual era?

—Analizar al paciente.

—¿No sería eso un hecho significativo en su análisis?

—Si lo comprendiéramos... sí. Se tardan años, a veces, en hacer un descubrimiento, en descifrar todas estas sutilezas...

—En otras palabras, en realidad no tuvieron tiempo de examinar todas las facetas de los problemas del señor Stampler, ¿no es así?

—¡Protesto, señoría! —rugió Venable, levantándose de un salto—. La defensa está intentando embrollar la cuestión. El doctor ha afirmado que podría tardarse años en descifrar este símbolo, como lo llama el abogado. Estamos aquí para determinar este caso según las mejores pruebas disponibles. Esta línea de interrogatorio es completamente improcedente. Los números podrían significar cualquier cosa, quizás incluso un insignificante número de teléfono.

—Entonces, dejemos que el doctor lo diga —replicó Vail.

—Dígalo con otras palabras, abogado —dijo Shoat, bastante severamente.

—Doctor, ¿cree que este símbolo es pertinente?

—Todo es posible.

—¿Cree que no es pertinente?

—En realidad no puedo contestar a eso.

—¿Pero qué cree usted?

—¡Protesto! ¿Podemos limitarnos a los hechos, señoría?

—Sí, señorita Venable. Se acepta la protesta. Mantengamos las conjeturas aparte —dijo Shoat.

—Doctor, ¿está diciendo que los números y la letra detrás de la cabeza de la

víctima puede que tengan algún significado, pero que sencillamente no han descifrado cuál es?

—Sí, posiblemente son significativos.

—Gracias. Bien, creo que declaró antes que el diagnóstico de las enfermedades mentales es tan preciso como el de las enfermedades físicas, ¿es correcto?

—Sí.

—Doctor, durante sus entrevistas con Aaron Stampler, ¿ofreció él alguna vez una explicación de lo que pasó la noche que el arzobispo Rushman fue asesinado?

—Sí.

—¿Y cuál fue su explicación?

—Que perdió el conocimiento antes del asesinato.

—¿Afirmó que había alguien más en la habitación en ese momento?

—Sí.

—¿Quién era esa persona?

—No pudo identificarlo, o identificarla.

—Así que el acusado confiesa haber estado allí pero niega cometer el crimen, ¿es eso correcto?

—Sí.

—¿Es posible? Lo que quiero decir es: ¿pudo Stampler haber perdido el conocimiento de ese modo?

—Bueno, sí...

—¿Existe un término médico para ese estado?

—Sí. Se llama fuga. Fuga es sinónimo de amnesia temporal.

—¿Y es poco común en el estudio de la psicopatología?

—Bueno, no es raro.

—¿Así que ha tratado a personas que sufrieron una fuga?

—Sí.

—¿Cuánto suele durar?

—Unos cinco minutos y, bueno, conozco un caso en que un paciente estuvo en estado de fuga durante varios meses.

—¿Y esta persona era capaz de funcionar con normalidad en ese estado?

—Sí. Sencillamente, ella no recordaba lo que pasó durante ese período.

—¿Qué causaría a alguien entrar en estado de fuga?

—Excesiva tensión, ansiedad, recordar...

—¿Recordar?

—Recordar un hecho traumático del pasado. También puede ser provocado por algo muy simple. Un timbre sonando, una combinación de palabras que hace recordar un hecho del pasado...

—¿O sea que presenciar un asesinato brutal como éste podría iniciar un estado de fuga?

—Sí, lo reconozco.

—Y cuando Aaron Stampler dice que entró en ese estado de fuga, no estamos ante una explicación absurda, ¿verdad?

—No, podría ocurrir.

—Y si realmente pasó, sería una forma de trastorno mental, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pero dice que nunca dio muestras de amnesia temporal durante su investigación.

—No, señor. No lo hizo.

—Doctor Bascott, digamos que un paciente tiene un enfisema, sale un frío día de lluvia indebidamente vestido, se resfría y no busca ayuda médica. Estas circunstancias podrían conducir a la pulmonía en el paciente. ¿Es cierto o falso? ¿Comprende lo que le digo?

—Sí. Causa y efecto.

—De acuerdo. Y conociendo las circunstancias, si usted diagnosticara al paciente, podría predecir que podía contraer pulmonía y tomar las precauciones adecuadas para prevenirla, ¿es ésta una suposición justa?

—Señoría, estoy en total desacuerdo con esta línea de interrogatorio —intervino Venable—. Todo son suposiciones y juegos de palabras. ¿Dónde va a parar el abogado con esto?

—Déme una o dos preguntas más, señoría.

—Otra oportunidad, abogado. Convéncanos o voy a rechazar todo el interrogatorio —dijo Shoat.

—Doctor Bascott, aquí tiene a un joven y dirige unas pruebas para determinar si es o no culpable en este caso y sabe que estas circunstancias existen. Primero, que tiene una formación religiosa confusa y posiblemente desorientadora y, segundo, que es posible que su madre fuera esquizoide. ¿No sería justo contar con que usted centrara sus pruebas en determinar si la esquizofrenia existe en este caso?

—Bueno, sí. Eso es lo que hicimos.

—¿Específicamente apuntaron hacia la posibilidad de esquizofrenia?

—Le examinamos en relación con todo tipo de trastornos mentales.

—Mi impresión es que, y me dirá si tengo razón o no, tan sólo determinaron si el acusado era o no capaz de ser procesado.

—Ésa era nuestra responsabilidad. Pero eso incluía diagnosticar trastornos mentales.

—¿O sea que puede decir a este tribunal con seguridad que no padece de esquizofrenia?

—Bueno, puedo decir que si sufre algún trastorno, éste no le impide distinguir el bien del mal y tomar parte en su propia defensa.

—En otras palabras, no importa si el acusado padece trastornos mentales o no.

—¡Protesto! Eso es demagogia —interrumpió Venable, evidentemente molesta.

—Se admite.

—Lo diré de otra manera. ¿Es posible, doctor, que Aaron Stampler padeciera un trastorno mental grave y lo pasaran por alto en sus exámenes? ¿Es posible?

—Bueno, señor, todo es posible.

—¿Está diciendo, por lo tanto, que no es probable?

—Señor, otros dos psiquiatras y psicólogos notables examinaron al señor Stampler. Diría que es poco probable que los tres hubiéramos pasado por alto algo de esa importancia.

—¿O sea que su respuesta es no?

—¡Protesto! —se adelantó Venable—. El doctor explicó su opinión.

—Señoría, estoy intentando determinar si está diciendo que es imposible o improbable, o si está diciendo que es posible.

Shoat suspiró.

—Por favor, lea la pregunta de nuevo —mandó a la taquígrafa del juzgado.

—«Lo diré de otra manera. ¿Es posible, doctor, que Aaron Stampler padeciera un trastorno mental grave y lo pasaran por alto en sus exámenes? ¿Es posible?».

—¿Y cuál fue la respuesta inmediata? —preguntó Shoat a la taquígrafa.

—«Bueno, señor, todo es posible».

—Me parece, abogado, que respondió a la pregunta —le dijo Shoat a Vail.

—No exactamente —contestó Vail—. Me gustaría que el doctor declarara para todos que la posibilidad de trastornos mentales fue excluida por completo. Esto es un hecho clave para la defensa. Va más allá de las pruebas de verdadero o falso, señoría. ¿Puede jurar el doctor Bascott que el acusado, Aaron Stampler, no padece ningún trastorno mental que pudiera tener por resultado un impulso irresistible o un defecto de razón?

Venable miró fijamente a Vail. «El hijo de puta está preparando algo —pensó—. ¿Qué demonios busca?».

—Señoría —dijo rápidamente—, mi protesta sigue en pie. El doctor Bascott ha explicado su opinión.

—De forma ambigua —objetó Vail.

El juez miró con ferocidad a los dos.

—Estoy de acuerdo con la acusación —dijo bruscamente.

—De acuerdo, quiero dejar claro esto —contestó Vail—. El doctor está reconociendo que es posible que algunas cosas se pasaran por alto en el examen del acusado.

—¡Protesto! —gritó Venable, levantándose y golpeando la mesa con el puño—. ¡Está poniendo palabras en boca del testigo!

—No, señor —replicó Vail—. Estoy diciendo exactamente lo que él dijo. Es posible que pasaran algo por alto.

El doctor Bascott, al darse cuenta de que su credibilidad estaba en peligro, de pronto intervino:

—Señor —dijo—, afirmo que Aaron Stampler es totalmente capaz de entender

por qué está aquí. Si padece cualquier tipo de trastorno mental, mi opinión es que no es lo bastante grave como para dispensarle legalmente de sus propias acciones.

Vail sonrió.

«Te pillé».

—Gracias, doctor.

—Señoría, el pueblo cita al doctor William Danielson.

Vail hacía garabatos a la buena de Dios en su libreta mientras Venable leía por encima las preguntas rutinarias que presentaban a Danielson como el médico forense del departamento de policía: dónde fue a la universidad y su competencia.

—Como médico forense, ¿cuáles eran sus responsabilidades? —preguntó Venable.

—Hacer un estudio detallado: el análisis del cadáver, las heridas y circunstancias concomitantes que causaron su muerte y redactar el informe.

Vail y Bill Danielson se habían enfrentado en muchos asaltos en el pasado y a Vail le gustaba. Vail escuchó cómo Venable conducía a Danielson a través de la descripción del escenario del crimen hasta la presentación de las fotografías; entonces saltó.

—¡Protesto!, su señoría —interrumpió Vail—. La presentación de las más o menos treinta fotografías es perjudicial en exceso para mi cliente. Creemos que la argumentación de la fiscal puede sostenerse fácilmente con media docena de estas fotografías.

—Sí, sí, abogado, ya he oído eso antes. Denegado.

—Perdone, señor, protesto por su decisión —insistió amablemente Vail.

Las mejillas de Shoat enrojecieron.

—Constará su protesta, señor —dijo con un bufido y frunciendo el entrecejo—. Puede continuar, señorita Venable.

Venable presentó las fotografías de una en una, dando a Danielson la oportunidad de describir cada una con sus detalles sangrientos: la cantidad de sangre de cada herida, el tipo (Danielson parecía disfrutar especialmente describiendo la diferencia entre cortes, puñaladas y golpes), cómo se había hecho, cuáles eran mortales y cuáles dolorosas. El objetivo era crear ansiedad entre los miembros del jurado más aprensivos antes de que les pasaran las fotografías. El resultado sería incluso aún más perjudicial que presentar simplemente las fotografías. El jurado miró cada fotografía con horror, tal como ella había imaginado.

—Así pues, doctor Danielson, ¿concluyó que la muerte puede atribuirse a diversos factores diferentes?

—Sí. Embolia gaseosa, espasmo cadavérico, diversas heridas de puñalada, desangramiento. Todo pudo causar la muerte.

—¿Puede identificar cuál cree que fue la causa principal?

—Creo que fue la herida del cuello.

—¿Por qué?

—Porque causó la embolia gaseosa, que es la salida repentina de aire, de los pulmones. Esta clase de herida es siempre mortal; en realidad, la muerte suele ser

instantánea. Y esta herida era profunda. El desangramiento fue también un factor.

—¿La pérdida de sangre?

—Sí. El alcance de las heridas causó una gran hemorragia. Normalmente, cuando los órganos dejan de funcionar, la hemorragia disminuye. Se producen filtraciones, pero no un flujo de sangre. Pero en este caso, las heridas fueron tan numerosas y tan graves que casi perdió toda su sangre. El cuerpo humano contiene cinco litros y medio de sangre; había menos de medio litro en el cadáver en el momento de la autopsia. Como pueden ver en estas fotografías, salpicó las paredes, las lámparas, las ventanas, aunque en gran parte se acumuló alrededor del mismo cadáver.

—Muy bien, señoría, creemos que basta y sobra —gritó. Vail—. Reconocemos que había mucha sangre en el escenario. ¿Es necesario continuar sometiendo al jurado a estos detalles repugnantes?

—Señor Vail, deje que yo me preocupe del jurado.

—Muy bien. Yo me preocuparé de mi cliente —argumentó Vail—. Como recordé al tribunal antes, el que la fiscal centre la atención en los detalles morbosos de este caso es sumamente perjudicial. ¿Qué más va hacer la fiscal, acarrear la sangre del arzobispo en cubos hasta la sala para que el jurado pueda verla *in situ*?

—¡Ya está bien, abogado! —le gritó Shoat—. ¿Está haciendo algún tipo de moción?

—Sí, señoría. Admitimos que había unos cinco litros de sangre en la habitación. Admitimos que procedían de la víctima, que era roja, viscosa y más espesa que el agua...

—¡Ya está bien, señor, ya basta! —rugió Shoat.

—Y protestamos, señoría —continuó Vail, señalando con el dedo índice a Venable—. Protestamos contra más explicaciones de la disposición de los fluidos corporales del arzobispo Rushman.

El diálogo rompió la tensión de la sala. Varios miembros del jurado se rieron disimuladamente. Vail había reducido las pruebas visuales más perjudiciales a una broma, y Venable lo sabía. Continuar ahora sería arriesgarse a perder puntos.

—Proseguiremos cuando lo indique su señoría —intervino Venable.

—De acuerdo, señora fiscal —convino Shoat. Indicó con la mano a Vail que se acercara al tribunal y le dijo aparte—: Domine sus emociones, señor.

—¿No me va a refrenar como a su perro? —masculló Vail un poco en alto mientras volvía a su mesa.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Shoat.

—Sólo me aclaraba la garganta, señoría.

—No haré más preguntas de momento —comunicó Venable—. Su turno.

Vail se levantó y se acercó al testigo.

—Doctor Danielson, le pregunto: ¿está seguro al ciento por ciento de que la misma persona hizo todos los cortes, heridas contusiones, incisiones, y otras heridas presentes en el cadáver de la víctima?

—¿Quiere decir que si existe la posibilidad de que otra persona haya hecho algunas de estas heridas?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Las heridas traumáticas, la herida del cuello y las del pecho puedo decir claramente que fueron hechas por ese cuchillo y por una persona zurda. Puedo distinguirlo por...

—Sí, sí, doctor Danielson, no estamos discutiendo esa cuestión. Reconoceremos que esas doce heridas fueron administradas por una persona zurda. ¿Qué hay de las otras... treinta y siete heridas? ¿Fueron todas hechas por una persona zurda?

—Es difícil de decir. No siempre se puede distinguir si la persona que esgrimía el arma era zurda o diestra.

—¿Depende de la herida, verdad?

—Esto..., sí.

—Una incisión, por ejemplo, sería muy difícil distinguir si la ha hecho una persona zurda o diestra, ¿no es así?

—Sí, eso es cierto.

—Y, por lo menos, dos de las doce heridas que identificó como mortales o potencialmente mortales, ¿no eran en realidad incisiones?

—... Sí.

—Las heridas penetrantes, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Así que lo que está diciendo es que otra persona podría haber esgrimido el cuchillo cuando por lo menos dos de las heridas mortales fueron inferidas, ¿cierto?

—Supongo que sí.

—Repito, doctor Danielson: ¿pudieron como mínimo dos de las heridas mortales haber sido inferidas por otra persona, sí o no?

—Sí.

—Gracias, señor. Ahora hablemos un momento de la herida del cuello. En su opinión, ésta fue la primera herida que se infirió, ¿es eso cierto?

—Así lo creo, estoy firmemente convencido.

—Dice que se produjo una embolia gaseosa, ¿no es así? Aquí, en su informe, dice: «Señales de embolia gaseosa en el corazón y los pulmones».

—Había indicios, sí.

—Y declaró que la embolia gaseosa es mortal casi al instante. En realidad, sus palabras exactas fueron: «En la mayoría de los casos, se produce un espasmo cadavérico». ¿Cierto?

—Sí, eso es.

—Y sin embargo, también declaró que el arzobispo se resistió. Que las heridas en manos y brazos fueron a consecuencia de utilizar sus manos y brazos para protegerse. ¿Es eso cierto? —Sí.

—O sea, aunque es posible que la herida del cuello fuera la primera herida, es

más probable que no lo fuera, ¿no es cierto?

—Es posible que pudiera sobrevivir, incluso resistir, consciente, durante un minuto poco más o menos. Desde luego, tiempo suficiente para que se le infirieran las heridas en manos y brazos.

—El cuchillo entró por aquí —Vail señaló un lugar justo por debajo de la oreja derecha de Danielson y arrastró el dedo lentamente hasta la parte izquierda mientras hablaba—, justo por debajo de la oreja derecha, cortó hasta por debajo de la oreja izquierda, atravesó la columna vertebral, seccionó la yugular, todas las arterias y venas del cuello, la tráquea y todo músculo y tejido. Eso es lo que afirma su informe, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces hubo además lesión del tejido muscular y correctivo, ¿verdad?

—Sí.

—Y se produjo una embolia gaseosa, que es casi siempre mortal al instante, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y todavía sostiene que el arzobispo se resistió durante otro minuto o minuto y medio?

—Juzgué... a causa de la cantidad de sangre y de muestras de tejido... que probablemente...

—¿Probablemente? ¿Qué significa eso, doctor Danielson? ¿Probablemente, posiblemente, una remota posibilidad?

—Desde luego es posible que fuera el segundo o el tercer golpe —convino Danielson.

—O sea..., si dos de las heridas mortales del pecho pudieron haber sido inferidas por una persona y el resto de las heridas por otra, también es posible que de hecho una persona causara la herida mortal y luego otra apuñalara y mutilara al arzobispo después de muerto, ¿cierto?

—Supongo..., sí, es cierto, pero poco probable.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Danielson.

—Sí, ¿por qué es poco probable?

—Bueno, piénselo..., quiero decir, es completamente ilógico.

—Así pues, doctor, no puede demostrar que Aaron Stampler diera todas o siquiera alguna de las puñaladas concretas, ni puede demostrar si una o dos personas apuñalaron al arzobispo o ni siquiera qué herida fue la herida mortal, ¿no es así?

Danielson meditó la pregunta dos o tres segundos y por fin asintió lentamente.

—Todo eso es cierto.

—Y el hecho de que Aaron es zurdo es en realidad la única prueba que tiene de que él empuñó el cuchillo, ¿es cierto o falso?

—Sí, señor Vail, es cierto.

—Gracias, señor Danielson —concluyó Vail, alejándose de él—. Puede retirarse.

—Un momento —dijo Venable—. Doctor Danielson, en sus veintiséis años como médico forense, ¿ha visto algún caso en que dos personas utilizaran el mismo cuchillo para matar a puñaladas a la misma persona?

—No.

—Gracias.

—Perdone, doctor Danielson —repuso Vail—. ¿Cuántos casos conoce en que el pene y las gónadas de la víctima fueran cortados y metidos en la boca de la víctima?

—Esto... ninguno, en realidad.

—O sea que este hecho podría haber ocurrido exactamente como lo he descrito, ¿cierto o falso?

Danielson suspiró.

—Cierto.

—Gracias, señor.

Harvey Woodside siguió a Danielson al estrado. Su trabajo era relacionar todas las pruebas en una sola e innegable conclusión: Aaron Stampler cometió un asesinato premeditado, a sangre fría.

Fue resoplando hacia el asiento de los testigos, respirando con dificultad por la nariz mientras se acomodaba en la silla y prestaba juramento. Vail escuchó en silencio mientras Venable presentaba sus credenciales. Woodside también era un experto en su trabajo. Vail no le desafió.

—Así, en realidad, señor Woodside, ¿usted une todos los elementos del crimen, no es cierto?

—Sí.

—Eso incluye informes médicos, muestras de fibras, huellas dactilares, etcétera.

—Todo, sí. Lo reúno todo.

En el interrogatorio hecho para comprobar lo declarado anteriormente, Woodside utilizó la combinación de fotografías, pruebas materiales, muestras de fibra, manchas de sangre y huellas dactilares para pintar un cuadro de terror.

—Señor Woodside —prosiguió Venable—, basándose en las pruebas físicas reunidas en el escenario del crimen, ¿cuál es su valoración de este crimen?

—Que Stampler entró por la cocina, se quitó los zapatos, cogió un cuchillo de trinchar que estaba en una bandeja, dejando fibras de sus guantes al hacerlo, bajó por el pasillo hasta el dormitorio y atacó al arzobispo. El arzobispo Rushman luchó por su vida, como demuestran las heridas de las manos. Fue apuñalado, golpeado, recibió treinta y siete heridas. Tenía menos de medio litro de sangre en el cuerpo después del ataque, que es una doceava parte del suministro normal del cuerpo. Finalmente se le extirpó el aparato sexual, que Stampler introdujo en su boca. Entonces Stampler volvió a la cocina, se puso los zapatos y salió corriendo y dio la casualidad de que el coche de policía pasaba, así que retrocedió, volvió a entrar y se escondió en el confesionario, donde fue descubierto por la policía y detenido.

Vail se abrochó la chaqueta y se levantó. Se puso delante de su mesa y se apoyó en ella con los brazos cruzados. Shoat miró por encima del hombro a Vail, con la boca medio abierta.

—¿Pasa algo, señor Vail?

—Es una historia muy interesante, señoría —dijo Vail con una sonrisa—. Desde luego, protestamos contra su exposición de los hechos. Es pura conjetura.

—Señoría —replicó Venable—, el señor Woodside es uno de los patólogos más reconocidos del país. Su trabajo consiste en valorar un crimen basado en las pruebas forenses, y eso es exactamente lo que ha hecho.

—No hay prueba alguna de que Stampler extirpara, y cito, «el aparato sexual» —rebatía Vail—. La única base de la suposición del señor Woodside y del doctor Danielson es que tuvo que ocurrir así o toda su teoría es mera música celestial.

—Señor Vail —dijo Shoat, inclinándose por encima del estrado y mirándolo con enojo—, está dentro de la competencia del señor Woodside relacionar lógicamente estos hechos. Eso es lo que hace. Dejó claro que es una suposición y estoy seguro de que el jurado lo tomará en consideración. Su protesta queda rechazada.

—No haré más preguntas en este momento —dijo Venable.

—Su testigo, señor Vail.

Vail hojeó su bloc y se acercó con calma al testigo, mientras leía sus notas.

—Señor Woodside —dijo, leyendo todavía de su libreta—, examinó la moqueta para ver si había fibras, ¿verdad?

—Es verdad. Trabajé con el doctor Danielson en el análisis de todas las pruebas.

—¿Qué más buscó al inspeccionar la moqueta?

—Manchas de sangre, pelos, otras materias extrañas.

—¿Marcas?

—No entiendo la pregunta.

—¿Buscaron pisadas, marcas en la moqueta; para comprobar si alguien más estuvo en la habitación además del arzobispo Rushman y Aaron Stampler?

—En realidad eso no conduce a nada, señor Vail. La asistenta limpió la habitación temprano aquel día. Otras personas pasaron por el dormitorio.

—¿Así que lo que está diciendo es que si había otras marcas en la moqueta podían haber estado allí desde el principio de ese día?

—Sí...

—Y lo mismo podría ser cierto de las muestras de pelo y fibras, ¿no es así?

—Bueno, sí...

—¿De esta manera las únicas pruebas físicas de la habitación que verdaderamente puede afirmar que no estaban allí antes del asesinato son las manchas de sangre?

—Bueno, eso es...

—¿Sí o no, señor Woodside?

—Supongo que podría decirse así. Existe la pisada ensangrentada, claro está.

—Mi cliente no niega que sea su pisada —dijo Vail, que continuaba repasando

sus notas—. Ciertamente él estuvo allí. Pero como se encontraba en un estado de fuga temporal y no recuerda nada, planteamos la pregunta: ¿había alguien más allí? Y ésa es la cuestión que nos gustaría resolver, señor Woodside, fuera de la menor duda. Ahora bien, señor, a partir de estos hechos, ¿puede afirmar honradamente que Aaron Stampler y el arzobispo Rushman fueron las únicas personas que había en la habitación en el momento de la agresión?

—Estoy seguro, el noventa...

—El noventa por ciento no vale, señor Woodside. ¿Puede decir al tribunal que está cien por cien seguro de que no había nadie más en la habitación en el momento del asesinato?

—Supongo que no.

—¿Sí o no?

—No.

—Señor Woodside, le recordaré el caso Wright. ¿Recuerda el caso Wright?

—Por supuesto.

—Usted fue el experto forense en aquel caso, ¿verdad?

—Sí.

—Explique al jurado los detalles.

—¡Protesto!, señoría. Está fuera de lugar. No vemos qué tiene que ver aquí.

—La cuestión es la lógica, señoría.

—¿La lógica? —repitió Shoat.

—El señor Woodside está basando muchas de sus suposiciones en la lógica. Me gustaría examinar su percepción de la lógica.

—¡Oh!, de acuerdo, señor Vail. Le dije que le daría libertad en este caso, así pues, puede seguir.

—El caso Wright, señor Woodside.

—Theodore Wright era un vendedor. Lo encontraron muerto de un disparo en una habitación de hotel. El arma asesina se descubrió después, detrás de un radiador, en una esquina.

—Y la conclusión lógica fue que había sido asesinado, ¿cierto?

—Sí, es cierto. Nuestra primera valoración fue que Wright había sido asesinado.

—¿Y fue ése, en realidad, el caso?

—No, después averiguamos por medio de los exámenes que Wright se disparó él mismo. El culatazo de la pistola le echó hacia atrás la mano, y el arma salió volando y fue a parar detrás del radiador.

—O sea que la conclusión lógica, es decir, que lo mataron, era errónea.

—En ese caso, sí.

—Señor Woodside, a juzgar por las pruebas, ¿habría sido lógico concluir que se suicidó?

—Realmente no.

—¿Quiere decir «no»?

—No. Quiero decir «no».

—Muchos casos criminales desafían la lógica, ¿verdad, señor?

—Bueno, se puede decir eso, pero en la mayoría de los casos...

—La mayoría de los casos. Pero no todos, ¿cierto?

Woodside suspiró.

—Cierto.

—Bien, señor Woodside, antes declaró que las huellas dactilares del señor Stampler estaban, tal como dijo, por todo el cuchillo y el cadáver.

—Sí.

—Y también declaró que había fibras de los guantes de Stampler en la bandeja de los cuchillos.

—Eso es.

—Y de esta manera supuso a partir de esas pruebas que Stampler cogió el cuchillo de la bandeja, ¿no es así?

—Por supuesto parecería lógico.

—¿También es lógico que se quitara los guantes antes de cometer el asesinato?

—Hummm... No entiendo la...

—Seguro que sí, pero lo diré de otra manera. Es usted muy bueno en lógica, señor Woodside. ¿Es lógico que el señor Stampler entrara con los guantes puestos, cogiera el cuchillo, entonces se quitara los guantes para poder dejar huellas dactilares por todas partes, tal y como usted ha dicho? ¿Es eso lógico?

—¡Hummm...! Bueno, yo diría...

—Sólo diga la respuesta, señor. ¿Cree que es lógico que un hombre premedite un crimen, lo plantee todo detalladamente y entonces se quite los guantes antes de cometerlo?

—Bueno, no sé por qué lo hizo.

—¿Es lógico? ¿Tiene algún sentido?

—En realidad, no.

—Creo que podemos suponer que eso es un «ho» —dijo Vail—. Y en cuanto a las otras muestras de fibras que encontraron, si el señor Stampler estuvo allí anteriormente por la tarde, las muestras de fibras podían haberse dejado en ese momento, ¿cierto o falso?

—Cierto.

—Así pues, las fibras en sí mismas en realidad no demuestran que el acusado estuvo en la habitación en el momento de la agresión, ¿es esa afirmación cierta?

—Sí, es cierto.

—Así, para resumir, señor Woodside, no puede demostrar que Aaron estuviera solo en la habitación con el arzobispo, ¿verdad?

—Mmm..., bueno, yo...

—¿Sí o no?

Woodside suspiró.

—No.

—Y no puede decir fuera de toda duda razonable que Aaron cogió el cuchillo de la cocina, ¿verdad?

—En realidad, no.

—Tomaremos eso como otro «no». Ahora hablemos de la huida de Aaron, como dijo, a través de la puerta de la cocina. Su opinión es que entró por la puerta de la cocina, dejó sus zapatos allí, cogió el cuchillo y entró en la habitación del arzobispo y le apuñaló. A continuación se fue por el mismo sitio, se puso los zapatos y salió por la puerta de la cocina.

—Sí.

—¿Y en qué basa esa opinión?

—La lógica. La lógica dice que se quitó los zapatos cuando entró, porque las manchas de sangre eran de sus calcetines. Y como no es probable que el cuchillo de trinchar estuviera en la habitación, también podemos suponer que cogió el cuchillo al entrar.

Vail atravesó la sala.

—Suponiendo que entrara por la puerta principal, como él dice. ¿Qué es lo primero que se hace cuando se viene de fuera, del frío de la calle? Uno se quita los guantes, ¿verdad? Se frota las manos, se las calienta con la respiración. Así pues, Aaron entra en la rectoría, se quita los guantes, entonces oye algo arriba y sube. Hay alguien más en la habitación, así que... —Vail se inclinó, se quitó los mocasines y metió uno en cada bolsillo de la chaqueta de su traje— se quita los zapatos para que nadie le oiga, se los mete en los bolsillos de la chaqueta. Va a la habitación, mira y ve a alguien que está apuñalando al arzobispo, a alguien que sí entró por la puerta trasera, cogió el cuchillo y fue al dormitorio del arzobispo. El arzobispo está intentando evitar las puñaladas. Tiene las manos delante de él. Pero finalmente deja caer los brazos, el asesino lo apuñala; según su informe: «herida número cuatro, incisión cardiovascular suficiente para matar casi al instante». Y el arzobispo cae al suelo. El asesino sale corriendo de la habitación y Stampler, trastornado y en estado de fuga temporal, coge el cuchillo. Después sale de la habitación, oye a alguien abajo, corre hacia la cocina, se pone los zapatos antes de volver a salir a la calle y sale por la puerta de la cocina. ¿Puede demostrar que no pasó de esa manera, señor Woodside?

—No —dijo Woodside con resignación—. Tampoco puedo demostrar que no entró un pato volando por la ventana y lo mató.

El público se rió a carcajadas. Shoat golpeó violentamente con su mazo varias veces.

—Si no se callan, voy a hacer que desalojen la sala —rugió; entonces lanzó una feroz mirada a Woodside.

—Señor Woodside, ese comentario fue totalmente innecesario. Conoce bien las salas de tribunal y los juicios. Compórtese.

Woodside bajó la cabeza.

—Sí, señor, lo siento —dijo entre dientes.

—Eso creo. El jurado hará caso omiso de este comentario. No tiene absolutamente ninguna relación con este proceso.

—No haré más preguntas a este testigo —dijo Vail.

El portero dejó en su puerta la primera edición que salió a la calle aquella noche. Ella lo leyó en su escritorio mientras cenaba sopa de pollo con fideos y galletas saladas.

ÁGUILAS LEGALES CONVERTIDAS EN CELEBRIDADES.
VENABLE CONTRA VAIL,
EL MEJOR ESPECTÁCULO DE LA CIUDAD
POR
JACK CONNERMAN

La localidad más deseada de todos los espectáculos de la ciudad estos días se encuentra en el Tribunal Superior del condado, donde ayer comenzó la batalla legal del siglo.

Es un juicio de ensueño; un caso horroroso de asesinato que atañe a dos superestrellas legales y a uno de los ciudadanos más importantes como víctima. En juego: la vida de un chico de montaña de diecinueve años llamado Aaron Stampler, que tiene un coeficiente intelectual tan alto como el Himalaya, y un acento como el del sargento York, y al que se le acusa de realizar en el cuerpo del arzobispo Richard Rushman, *El santo de Lakeview Drive*, un experimento de vivisección una noche de este pasado mes de febrero. Los detalles del asesinato fueron tan brutales que la policía no los reveló hasta el día de ayer, en que empezó el juicio.

Podría llamarse a la sala El Tribunal de Celebridades; este juicio viene a ser el partido de vuelta entre la asistente del fiscal del distrito, Jane Venable, una señorita con más cabelleras en su cinturón que cualquier otro fiscal de la historia, y el artista de la estocada en la yugular del circuito procesal, Martin Vail, que cargó con la responsabilidad de lo que se consideraba un caso evidente como penitencia por ganar recientemente a la ciudad, al condado y al estado una enorme cantidad de dinero en el caso Joe Pinero.

La última vez que estos dos se enfrentaron fue como principales espadas en el infame caso Rodríguez hace unos años. Para Vail fue coser y cantar esa vez, por eso se respira venganza en el aire y ese perfume emana de toda la oficina del fiscal del distrito.

El primer día ofreció todo lo que prometía: choques verbales entre Venable y Vail, varias amonestaciones malhumoradas del juez Harry Shoat *El Verdugo*, fotografías que provocarían frenesí en una asamblea de vampiros y un estilo de gran jugador por parte de Vail.

Venable promete justicia rápida, al estilo bíblico. «Gracias a Dios el Tribunal Supremo nos ha devuelto la silla eléctrica a tiempo para Aaron Stamper», es su mejor cita hasta la fecha.

Vail, como de costumbre, tiene dos palabras que decir: «Sin comentarios». Lo reserva todo para la sala de justicia, y el lunes tenía un aspecto bastante bueno. El caso cantado de Venable empezó a serlo un poco menos de lo que se nos había hecho imaginar.

Venable, traje cruzado de franela gris sobre un jersey de cuello vuelto negro, cabello rojo resplandeciente recogido en un moño, gafas de diseño colocadas sobre la punta de la nariz, dejó bien sentado en sus comentarios inaugurales que el rojo sangre era el color del día, describiendo al acusado como a un despiadado y vengativo asesino que literalmente hizo una carnicería con el hombre que había sido su ángel de la guarda y mentor durante dos años.

—Treinta y siete veces le apuñaló mientras *El santo de Lakeview Drive* intentaba defenderse —declaró—. Recibió doce heridas mortales. El arzobispo casi fue decapitado. Aaron Stamper, que aprendió su habilidad con el cuchillo al trabajar de aprendiz en una funeraria, no tuvo la menor compasión mientras mataba y mutilaba a su benefactor...

Fuerte. Lenguaje directo y el tono premonitorio de la pena de muerte seguido más tarde por espantosas fotografías en color que apoyaban su historia de terror.

Vail, vestido de cualquier modo como siempre, prometía sorpresas. Su opinión: que Stamper sufrió un desmayo psicológico, clínicamente conocido como estado de fuga, y no recuerda nada hasta que la policía lo encontró agachado en un confesionario cubierto de sangre y sosteniendo todavía el arma asesina. Se ha insinuado, cosa que ya estaba en el aire, que había una tercera persona en la habitación del arzobispo cuando fue asesinado.

Había varias fotografías dedicadas a los testimonios de Bascott y Danielson y unas líneas hirientes sobre la capacidad de destrucción de las fotografías. Los párrafos finales del artículo le hicieron mudar aún más el gesto.

Impávido, Vail desafió la credibilidad de la valoración psiquiátrica del estado y planteó una cuestión: ¿fue el análisis del equipo incompleto o posiblemente mal dirigido? La historia de la amnesia temporal de Stamper, hasta ahora una broma de los medios de comunicación, no sólo se volvió creíble, sino, según la propia admisión de Bascott, un caso bastante corriente. ¿Es factible realmente que Stamper padeciera amnesia? Vail, con una actitud desafiante, ha cambiado la percepción de que se trataba de una defensa poco convincente.

Después, además, tuvo lugar el irritante interrogatorio de Vail a Bill Danielson, que planteó muchas preguntas. La acusación no puede demostrar que Stamper estuviera solo en la habitación o que de hecho fuera el autor de alguna o todas las heridas, o qué herida fue la mortal, o si más de una persona participó en la agresión.

No hay duda de que las pruebas físicas y circunstanciales todavía pesan mucho a favor de Venable. Pero si el primer día de Vail en el tribunal indica algo, es que este juicio está lejos de acabar. Segundo asalto el martes a las nueve de la mañana.

Venable cerró el periódico con violencia después de leer el artículo dos veces. Connerman, el mayor machista de la ciudad, apoyaba a Vail, como siempre. Podía leer entre líneas. Empezó a dar vueltas, yendo y viniendo por la habitación, escuchando una grabación de un testigo. La paró al llegar a un punto y volvió a escuchar la cinta.

Fue en la serie de preguntas referentes a los símbolos. Vail entraba en ello y después súbitamente abandonaba la serie de preguntas. ¿Por qué? ¿Estaba dando palos de ciego para descubrir qué significaban los números? ¿Se metió en terreno poco firme y cambió de dirección? Algo le había hecho desviarse de la cuestión. ¿Había sido una de las respuestas de Bascott?

De pronto, se hizo evidente que Vail estaba evitando los símbolos de detrás de la cabeza de la víctima. Estaba tratando de obtener información sin tratar de ello directamente. Después de haberse asomado a la puerta con Bascott, parecía dar vueltas alrededor de la cuestión. ¿Sabía qué significaban los mensajes? Y si era así, ¿por qué estaba evitando tratar de ello directamente? Se le ocurrió que Vail podría estar intentando, de forma indirecta, presentar un testimonio referente a los símbolos semejantes en las cabezas de Billy Jordán y Peter Holloway.

¡Era eso! El hijo de puta estaba intentando relacionar a Rushman con los dos monaguillos sin poner sobre el tapete, sin concretar, lo que significaban los mensajes. Al hacerlo así, podía, por lo tanto, presentar la posibilidad de que Rushman y los monaguillos fueron asesinados por la misma persona y después demostrar que había muchas posibilidades de que los dos chicos fueran asesinados después del asesinato de Rushman, cuando Stampler ya estaba detenido. Además, si abría lo suficiente esa puerta, podía obligarla a presentar la cinta de los monaguillos, que iría en perjuicio de ella. Al mismo tiempo, le permitiría entonces mostrar lo que el jurado podría considerar un móvil comprensivo para el asesinato.

«Ni hablar —se prometió—. ¡En absoluto!».

Por otra parte, si ella pudiera demostrar que Stampler sabía lo que significaban los mensajes, sería otra prueba de su culpabilidad y podría manejarlo para que admitiera en la sala del juicio que había matado a las tres víctimas.

«¡Vaya golpe!», pensó. Podía volver las tornas contra Vail, agarrar al hijo de puta por el asesinato de Rushman y al mismo tiempo plantear la cuestión de asesinato múltiple en la mente del jurado. El jurado votaría que lo quemaran con seguridad y a Shoat le encantaría.

Pero era una maniobra bastante peligrosa. Tendría que pensar más en ello. Por lo demás, tenía que reconocer que Vail lo había hecho bien. Se había propuesto reducir la credibilidad de Bascott y lo había conseguido. Había planteado una pregunta en la mente del jurado: ¿podía haber algo que Bascott y su equipo pasaran por alto?

Si lo había, Vail contraatacaría con el testimonio de Arrington. Venable tendría las uñas a punto para ella.

Durante los tres días siguientes, Jane Venable dirigió un desfile de inocuos testigos ante el jurado. Curas, monjas, muchachos de Savior House, los hombres de negocios más poderosos de la ciudad y personajes que se ocupaban de las principales instituciones benéficas de la ciudad, todos declararon que Rushman era un príncipe entre los hombres y merecía que se le llamara El santo de Lakeview Drive. Vail respondió con algunas preguntas superficiales y una protesta de vez en cuando. Los testigos del carácter de la víctima eran irrelevantes —todos los miembros del jurado sabían quién era Rushman— y hasta improcedentes, pero Vail no tenía ninguna intención de atacar la credibilidad de la Iglesia ni de la comunidad financiera. Además, el jurado parecía aburrido por la procesión de «gente importante»; incluso Shoat empezó a relajarse a medida que la tensión de la sala disminuía.

Entonces Venable citó a su último testigo.

—El estado cita a Abel Stenner al estrado.

Vail observó cómo el teniente Abel Stenner caminaba hacia el asiento de los testigos y levantaba la mano mientras prestaba juramento. Stenner, vestido con un traje azul oscuro al que complementaba una corbata color vino, parecía más un corredor de bolsa que un poli, excepto por aquellos ojos glaciales tras las gafas de montura metálica y su porte frío. Sería un buen testigo si no suscitaba la animadversión del jurado con esa actitud distante. Para entonces, se habían prestado la mayoría de las declaraciones y el papel de Stenner se reduciría a ser un testigo confirmatorio. Pero lo situaría todo en perspectiva con ese aire frío y astuto. En realidad era un testigo peligroso, quizás el más peligroso de todos. Vail apoyó su barbilla en la palma de la mano y escuchó mientras Venable repasaba las consabidas preguntas referidas a capacidad, profesionalidad y pertinencia de la declaración, haciendo hincapié en las cuatro menciones de Stenner por servicios distinguidos y sus veintitrés años en la policía, diez como detective de homicidios.

Stenner describió su reacción al entrar por primera vez en el escenario del crimen, su posterior detención de Aaron Stampler y el cuidado que se tuvo para, tal como dijo, «preservar la integridad del lugar del homicidio». Fue franco y directo, y pareció tan oficial como un informe de la policía. Como no se permitía que los testigos estuvieran en la sala del juicio, no era consciente del severo interrogatorio de Vail a Danielson y Bascott. Cuando dio su estimación de los hechos fue básicamente la misma historia que Danielson había contado.

—Protesto contra la estimación del teniente, señoría —interrumpió Vail, saltando y fingiendo ira—. Por la misma razón que protesté contra la descripción de los hechos del señor Danielson. Es pura conjetura.

—Y ya hemos pasado por esto, señor Vail —contestó con sorna Shoat—. Estas personas están cualificadas como testigos periciales y como tales su punto de vista es

válido. El jurado es lo suficientemente inteligente para conceder la debida importancia a sus comentarios. Se rechaza.

—Supongo que sería superfluo recusar —dijo Vail, volviéndose a sentar.

—¿Cuál es su conclusión respecto a la afirmación del acusado de que vio a otra persona que atacó al arzobispo, perdió el conocimiento y no se acuerda de nada después de eso? —preguntó Venable.

—Creo que las pruebas indican a un solo agresor que premeditó el asesinato, lo llevó a cabo y fue atrapado.

—¿Sería el señor Stampler?

—Sí.

—Gracias, teniente —dijo Venable. Se volvió hacia Vail—. Su testigo.

Vail se levantó despacio, se abrochó la chaqueta y se acercó al estrado con su libreta en la mano. Se apoyó en la barandilla que separaba el asiento de los testigos de la sala y sonrió.

—Teniente —dijo suavemente Vail—, ¿sería justo decir que su labor principal es reunir las pruebas en los casos de homicidio que después se entregan al fiscal del distrito para la acusación?

—Eso forma parte de ella.

—¿Qué más?

—Bueno, existe ese área algo ambigua llamada deducción, o formulación de hipótesis, si lo prefiere —contestó Stenner. Su voz, que siempre sonaba tensa, le hacía parecer al borde del enfado.

—Y eso es coger todas las pruebas, reunir las, y hacer una conjetura verosímil sobre qué quiere decir todo, ¿cierto?

—Protesto contra el uso del abogado de la palabra «conjetura», señoría —disintió Venable.

—La califico con el adjetivo «verosímil» —arguyó Vail—. Si hay una manera mejor de describirlo, la escucho.

Shoat miró a Stenner y sonrió.

—¿Le molestaría, señor, si el abogado sustituyera la palabra «conjetura» por «valoración»?

Stenner negó con la cabeza.

—Excelente elección, señoría, gracias —dijo Venable.

—Teniente, si obtiene información que es perjudicial para el caso que está llevando, ¿cómo la trata?

—Igual que cualquier otra prueba.

—En otras palabras, ¿no es selectivo en cuanto a la información que proporciona al fiscal del distrito?

—Por supuesto que no.

—Así pues, si detiene a alguien que tiene una coartada, ¿la comprueba o espera a que la persona le dé pruebas?

—La comprobaríamos.

—Eso forma parte del proceso de la investigación, ¿no es así? —Sí.

—Teniente, ¿cuándo vio por primera vez a Aaron Stampler?

—Cuando estaba escondido en el confesionario de la catedral.

—¿Eso fue cuando fue detenido?

—Sí.

—¿Y dijo algo?

—Dijo: «Yo no lo hice, mamá. Mamá, yo no lo hice».

—¿Parecía asustado?

—Sí, estaba aterrorizado.

—¿Y le leyó sus derechos en ese momento?

—Sí.

—Bien, teniente, ¿dirigió usted los tres interrogatorios con el acusado...?

—¡Protesto!, señoría —se interpuso Venable—. Eso es inadmisibile. ¡El mismo señor Vail los excluyó!

—No estoy presentando un testimonio referente al contenido de los interrogatorios, juez, sino sólo de que tuvieron lugar.

—Procure no hacerlo —dijo bruscamente Shoat.

—Teniente, antes de su primer interrogatorio, en el coche en dirección a la comisaría, ¿mantuvo alguna conversación con el señor Stampler?

—Charlamos —contestó Stenner—. Le pregunté lo de costumbre. Cómo se llamaba, dónde vivía, si trabajaba y ese tipo de cosas.

—En realidad, no le preguntó a Aaron y utilizaré las palabras exactas: «¿Por qué mataste al arzobispo, qué te hizo?».

—¡Protesto!, señoría. El abogado está intentando introducir partes del interrogatorio en la declaración sin reconocer su pertinencia.

—Al contrario, estoy preguntando al teniente sobre lo que él mismo describió como una charla que tuvo con el acusado mientras iban a la comisaría de policía. No me estoy refiriendo a las tres cintas de los interrogatorios que han sido excluidas del testimonio.

—Protesta denegada.

—¿Teniente, le hizo a Stampler esa pregunta?

—Algo parecido con ese fin.

—No es una especie de pregunta como «¿Cuándo dejó de pegar a su mujer?». El hecho es que supuso que era culpable, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Cómo contestó a la pregunta?

—Dijo que no recordaba lo que pasó.

—En realidad, ¿no dijo que perdió el conocimiento?

—Sí, utilizó esas palabras.

—¿Y también afirmó que había alguien más en la habitación además del

arzobispo?

—Sí.

—¿Le dijo quién era?

—No. Sólo dijo que tenía miedo de él.

—¿Así mismo?

—No entiendo...

—Permita que le sugiera lo que se dijo. Se negó a decirle quién más había en la habitación. Usted preguntó: «¿Tienes miedo?», y él contestó: «Sí». ¿Fue así?

—Supongo que sí. Como he dicho, fue hace dos meses.

—La razón... por la cual saco a colación esto es que creo que usted interpretó mal lo que quería decir el acusado. No dijo que tenía miedo de la otra persona, dijo que tenía miedo de decírselo. Estaba ejerciendo sus derechos.

—¿Qué se propone, abogado? —preguntó Shoat.

—El caso es que creo que el teniente Stenner interpretó mal el comentario. Y como el teniente interpreta los comentarios de los testigos al preparar la valoración para el fiscal del distrito, que es la base de la acusación, y si su valoración está basada en una interpretación errónea de los comentarios hechos por los testigos, sugiero que éste es un ejemplo perfecto de la falibilidad de la valoración y, por lo tanto, hay razones para una recusación.

Shoat parecía confundido por la explicación.

—¿Está protestando por algo? —preguntó.

—Señoría —dijo Vail—, sólo quiero asegurarme de que mi argumento queda claro, que esta supuesta valoración no es inatacable y que deseamos que no se confundan los hechos con conjeturas erróneas.

—Señoría, por favor. El abogado ya ha sido amonestado por utilizar el término «conjetura»...

—Sí, sí, señorita Venable, ya he dejado ese punto. Señor Vail, creo que todos estuvimos de acuerdo con que la palabra «valoración» es más conveniente aquí.

—Yo no estuve de acuerdo.

—¡Que conste en acta! —dijo bruscamente Shoat—. Ahora siga interrogando.

—De acuerdo, pero si le parece bien al tribunal, quiero asegurarme de que el jurado entiende que cuando el teniente Stenner hace una afirmación como la de decir que Aaron dijo que tenía miedo de otra persona de la habitación, no es cierta. Es una hipótesis errónea, y es necesario que el acta lo indique.

—¿Y quién lo dice? —inquirió Venable.

—Su propio testigo. Página doce de la entrevista sometida por el doctor Bascott que fue retomada el tres de marzo por la doctora Ciaffo:

»Ciaffo: ¿Y dice que tenía miedo de esta otra persona que había en la habitación?

»Stampler: No, señora.

»Ciaffo: Perdona, ¿qué quería decir?

»Stampler: No quiero decir nada más acerca de eso.

»Afirmo que Stampler nunca dijo que tuviera miedo de la otra persona de la habitación. No quería hablar más de ello. Respalda mi opinión anterior de que no es una evaluación científica, hay un error de apreciación y apenas debería de ser considerada dicha valoración por el jurado.

—Señor Vail, yo daré instrucciones al jurado, si no le importa. Habla cuando no debe. Deje sus comentarios para el resumen y recupere el hilo.

Vail volvió a su mesa, cogió un expediente, lo hojeó durante un minuto, entonces se dio la vuelta e interrogó a Stenner desde donde estaba.

—Teniente, ¿le dijo Aaron Stampler que perdió el conocimiento y no recordaba nada hasta que se halló fuera del lugar del crimen?

—Más o menos.

—¿Y qué pensó cuando le contó eso?

—Que era una excusa poco convincente para un asesinato.

—¿No le creyó?

—No.

—¿Conoce el término médico «estado de fuga» o «amnesia histórica»?

—Sí, hablé de ello con el doctor Bascott.

—En realidad, no cree en la teoría de la amnesia temporal, ¿verdad, teniente Stenner?

—No tengo una opinión sólida.

—Es un hecho científico, teniente.

—Como ya he dicho, no tengo una opinión sólida.

—¿Cree que dos más dos es igual a cuatro?

—Por supuesto.

—¿Cree que la tierra gira alrededor del sol?

—Sí.

—¿Es cristiano, teniente?

—Sí.

—¿Va a la iglesia todos los domingos?

—Sí.

—¿Cree en la resurrección?

—Sí.

—¿Es la resurrección algo comprobable o una teoría?

—¡Protesto!, señorita. Las creencias religiosas del teniente Stenner no tienen nada que ver con este caso.

—Al contrario, señorita. Si se me permite continuar, creo que podré demostrar la pertinencia.

—Denegada. Lea la última pregunta, por favor, señorita Blanchard.

—«¿Es la resurrección algo comprobable o una teoría?».

—¿Teniente?

—Es una cuestión de fe, señor.

—Así pues, cree en hechos científicos y cree en la fe religiosa, pero cuestiona la realidad científica de un trastorno psiquiátrico que todos los psicólogos reconocen que existe y que está incluido en el MDE₃, que viene a ser la norma por la cual todos los trastornos psiquiátricos se identifican, ¿no es eso un hecho, señor?

—Puede fingirse. No se puede fingir dos más dos, pero seguro que se podría fingir un estado de fuga.

—Comprendo. ¿Y cuántas personas sabe a ciencia cierta que han fingido un estado de fuga?

Stenner hizo una pausa un momento, luego dijo:

—Ninguna.

—¿A cuántas personas conoce que hayan tenido experiencias con estados de fuga fingidos?

—A nadie.

—¿Ha leído muchos ejemplos de fingimiento de estado de fuga?

—No.

—O sea que está suponiendo, ¿verdad?

—Es lógico. Si existe tal cosa, es seguro que podría fingirse.

—¿Le ha preguntado a un psiquiatra si es posible?

—No.

—Así que está suponiendo, teniente, ¿verdad?

—Sí.

—Ah, o sea que su motivo para dudar de la declaración de Aaron Stampler es que supuso que estaba fingiendo, o mintiendo, ¿no es así?

—Así es.

—¿No le creyó?

—No.

—Así que supuso que Aaron estaba mintiendo y que mató al arzobispo Rushman, ¿no es cierto?

—Era una suposición muy lógica.

—No estoy cuestionando la lógica de su suposición, simplemente que existió. Supuso que Stampler era culpable, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo comprobó que Aaron estaba solo en la habitación con el arzobispo en el momento del asesinato?

—No entiendo...

—¿En qué momento, teniente, ante las pruebas, estuvo seguro de que Aaron Stampler actuó solo?

—Desde el principio.

—¿Y qué pruebas reunió para demostrar que estaba solo en la habitación?

—Pruebas forenses. Mmm...

—Deje que lo diga de otra manera. Aaron Stampler le dice que perdió el

conocimiento cuando entró en la habitación del arzobispo, ¿cierto?

—Sí.

—¿Qué pruebas o testigos puede presentar que verifiquen su opinión de que estaba solo en la habitación y que actuó solo?

—Las pruebas forenses, las pruebas físicas, la simple lógica...

—¿Cree en la resurrección aunque desafía la lógica, verdad?

—No para un buen cristiano.

—Así que cree en un acto de fe, pero niega la existencia de un estado de fuga, que es un hecho probado científicamente. ¿No es cierto?

—Dije que no confío en Stampler.

—Porque cree que es lógico que estuviera fingiendo, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Recuerda un caso referente a un hombre llamado John Robinson Jeffries?

—¡Protesto!, señoría. Está fuera de lugar.

—Tengo la intención de demostrar que es muy pertinente, señoría.

—Seré imparcial y la denegaré, pero no se desvíe, señor Vail. —Gracias.

¿Recuerda el caso, teniente?

—Creo que sí.

—¿El señor Jeffries fue detenido por...?

—Asesinato y robo a mano armada.

—Y lo detuvo porque parecía lógico entonces, ¿no es cierto? —Sí, había... esto...

Stenner vaciló en medio de la frase.

—¿Una gran cantidad de pruebas físicas? —preguntó Vail—. ¿Es eso lo que iba a decir, teniente Stenner?

—Algo parecido.

—E incluso tenía un testigo ocular, ¿verdad?

—Es cierto.

—Pruebas más que suficientes, ¿no?

—Así es.

—¿El señor Jeffries fue declarado culpable de ese crimen, teniente?

—Sí.

—¿Fue sometido a juicio?

—Sí.

—¿Le declararon culpable?

—Sí.

—¿Cuál fue su sentencia, teniente?

—Fue condenado a muerte.

—¿Y se cumplió la sentencia?

—No.

—¿Por qué no?

—Jeffries fue puesto en libertad más tarde.

—¿Quién dispuso eso?

—Yo.

—¿Por qué? ¿Por qué, después de presentar el caso al fiscal y obtener un veredicto de culpabilidad, luego ayudó a que le pusieran en libertad?

—Descubrí mientras trabajaba en otro caso que nuestro testigo ocular mintió.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque era el culpable.

—¿Comprende ahora, teniente, por qué no estoy de acuerdo con algunas de las suposiciones lógicas que han sido hechas durante este juicio? ¿Lo comprende?

—La mayoría de veces...

—Teniente, la vida de mi cliente está en juego. «La mayoría de veces» no es suficiente. Y lo mismo ocurre con la lógica y las pruebas. El señor Danielson dice que no puede afirmar con seguridad que Aaron estaba solo en la habitación, tampoco puede asegurar con seguridad que sólo una persona apuñaló al arzobispo y ni siquiera puede demostrar que Aaron entró por la puerta trasera o llevó el cuchillo al escenario del crimen. No obstante, usted supuso que Aaron Stampler le mintió porque era lógico, ¿verdad?

Vail no obtuvo respuesta.

—El caso es que, teniente, está dispuesto a aceptar por la fe que Cristo fue crucificado y murió, que se levantó entre los muertos y fue al cielo. Pero no quiere creer el hecho de que una persona, bajo una extrema tensión o trastorno, pueda perder el conocimiento y entrar en un olvido descrito científicamente como «estado de fuga». Así que en realidad nunca intentó comprobar que Aaron Stampler estaba mintiendo, ¿verdad?

—Las pruebas físicas...

—Responda a mi pregunta, teniente. ¿Buscó pruebas que corroboraran la declaración de Aaron Stampler?

—Las mismas pruebas la ponen en duda.

—¿De veras? ¿En qué momento excluyó la presencia de una tercera persona en la habitación?

—Tenía el arma, estaba cubierto de sangre, dejó huellas dactilares...

—Mi pregunta, señor, es: ¿en qué momento concreto excluyó la presencia de una tercera persona en la habitación?

Stenner vaciló.

—¿No es un hecho, teniente Stenner, que nunca consideró la posibilidad?

—En serio, no.

—En otras palabras, nunca comprobó si Stampler estaba mintiendo. Simplemente supuso que su historia era falsa y el jurado no la creería, ¿no es así?

—No es cosa mía demostrar que el acusado es inocente, es cosa suya —respondió con brusquedad Stenner.

—AJ contrario, teniente Stenner, es cosa suya demostrar que es culpable.

Stenner lanzó una mirada feroz a Vail, los ojos encendidos de ira.

—Es cosa suya demostrar, sin lugar a dudas, que este crimen ocurrió exactamente como afirma que ocurrió, y para hacer eso sugeriría que también debe rebatir las afirmaciones del acusado, lo cual no ha hecho.

—Las pruebas físicas son abrumadoras por sí mismas.

—Pero no concluyentes.

—Claro que son concluyentes.

—¿Cuántos testigos entrevistó acerca de la reunión de los monaguillos en aquella habitación aquella misma noche, unas horas antes?

—En realidad ninguno...

—¿Hubo una reunión de los monaguillos antes en esa habitación aquella noche o no?

—No puedo decirlo con seguridad.

—Teniente, ¿había fibras en el escenario del crimen que aún no se han identificado?

—Sí.

—O sea que es posible que las dejara una tercera persona en la habitación, ¿no es cierto?

—Supongo...

—¿O uno de los monaguillos que estuvo aquella noche?

—No se hace mención de ninguna reunión...

—¡Ah!, pero sí se hace mención, teniente. La agenda del arzobispo, que presentó como prueba. En esta página, el arzobispo escribió «Crítica de los monaguillos» para las ocho de la noche.

—El arzobispo pudo haberla anulado.

—Bueno, también podía haber bailado en un *top-less*, pero no lo hizo.

La galería reprimió una carcajada general al haber sido avisada unas cuantas veces sobre tales manifestaciones por Shoat.

Venable dijo:

—Señoría...

—Sí, señorita Venable. Señor Vail, podemos prescindir de metáforas y analogías. Cíñase a los hechos.

—Teniente, ¿puede demostrar fuera de toda duda que sólo el acusado y el arzobispo estaban en la habitación en el momento del asesinato?

—Supongo que no, pero la abundancia de pruebas indica...

—¿«Indica»? ¿«Indica»? Todas las pruebas son circunstanciales —dijo Vail. Volvió a sus notas—. Sólo tengo una pregunta más, teniente Stenner; Declaró hace unos minutos que este crimen fue premeditado. Lo dijo sin lugar a dudas, como la exposición de un hecho. ¿No es ésa otra de sus afirmaciones sin fundamento, señor?

—No, señor, no.

—Bueno, ¿podría explicar al tribunal en qué pruebas basa esa suposición suya?

—En varios factores —dijo Stenner lleno de confianza.

—¿Cómo?

—Los símbolos de detrás de la cabeza del arzobispo.

La respuesta fue una sorpresa para Vail. Había roto el primer mandamiento en derecho: nunca hagas una pregunta a menos que sepas la respuesta. O sea que habían desenmarañado el misterio de los símbolos. Vail vio que no podía retroceder. Le tocaba jugar con Stenner. Tenía que seguir la línea del interrogatorio que había empezado y hacerlo con mucho cuidado.

—¿Y qué ocurre con los símbolos, teniente?

Una leve sonrisa cruzó los labios de Stenner.

—Se refieren a una cita de un libro de la biblioteca del arzobispo. El pasaje estaba señalado en el libro. Encontramos señales similares en un libro recogido en el alojamiento de Stampler, en los agujeros. Se había utilizado el mismo bolígrafo y podemos identificar la letra de ambos libros como la de Stampler.

—Señoría —dijo Venable—, puedo ofrecer los dos volúmenes como prueba en este momento. —Llevó los libros al estrado.

—Está bien, señálelos convenientemente, escribano —ordenó Shoat.

La mente de Vail iba a toda velocidad. ¿Podía permitirse continuar? Si abandonaba la línea de su interrogatorio al llegar a este punto, Venable la acabaría. Si continuaba, lo más probable sería que le saliera el tiro por la culata. «¡Qué demonios! —pensó—, está al descubierto». Era mejor continuar.

—Teniente —empezó Vail—, ¿por qué cree que estas señales en la cabeza de la víctima demuestran premeditación?

—Porque lo planeó. Escribió con sangre, en la cabeza de la víctima, el símbolo B32.156. B32.156 es como se identifica este libro, es el método para catalogar libros que utilizaba el arzobispo para su biblioteca.

—¿Y qué significaba esa cita?

«Cuidado, Abel», pensó Venable.

—Es una cita de la novela *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne —dijo Stenner, abriendo el libro—. «Ningún hombre, durante cualquier período de tiempo considerable, puede llevar una máscara para sí y otra para la multitud, sin finalmente confundirse respecto a la que debe de ser la verdadera».

—¿Cuál es la importancia de esa cita?

—Estamos convencidos de que Stampler se sintió traicionado por el arzobispo Rushman cuando éste le hizo marcharse de Savior House. Luego su novia le dejó; vivía en un maldito agujero; creía que el arzobispo tenía dos caras. De modo que puso este símbolo con sangre en la cabeza de la víctima para añadir un insulto al crimen.

—¿Nada más que eso?

—Prueba que Stampler estaba planeando asesinar al arzobispo Rushman desde el

principio.

—¿Porqué?

—Porque memorizó la referencia del libro y la página de la cita y la puso detrás de la cabeza de la víctima cuando lo mató —explicó Stenner—. No sé cómo lo llamará usted, señor Vail, pero yo lo llamo premeditación.

Vail tuvo que tomar una decisión rápida. ¿Debía sacar a relucir toda la sórdida historia de los monaguillos o abandonar el interrogatorio? Decidió retroceder.

—Creo que va demasiado lejos, teniente —dijo. Regresó a su mesa—. No puede demostrar que el acusado estaba solo en la habitación con la víctima, no puede demostrar que dio el golpe mortal, no puede demostrar que entró por la puerta de atrás o que llevara el cuchillo al dormitorio, y basa la premeditación en una referencia de libros y ni siquiera puede demostrar que Stampler la escribió.

—Estamos convencidos de ello.

—Bueno, me imagino que debemos dar gracias a Dios porque no está usted en el jurado, señor. No tengo más preguntas, señoría. El testigo puede retirarse.

El juez miró con atención a Vail mientras éste se sentaba. ¿Había caído Vail en una emboscada?, se preguntaba. A él le parecía, y probablemente al jurado, que Vail había retrocedido a partir de la cita del libro. Parecía que se había frenado su ímpetu, y los jurados captaban cosas como ésa.

—No tenemos más testigos en este momento, señoría —dijo Venable—. El Estado termina su exposición.

Ahora le tocaba a Vail. «¿Qué tiene en la manga?», se preguntaba el juez. No se lo preguntó mucho tiempo.

—¿Está preparado, señor Vail? —preguntó Shoat.

—Sí, señor, la defensa está lista para proceder.

—Por favor.

Vail dijo:

—La defensa cita a Aaron Stampler.

Y la sala enloqueció.

Aunque Aaron Stampler llevaba sentado en la mesa del acusado varios días, la inminente presencia del joven asesino en el asiento de los testigos creó un minuto o dos de alboroto en la sala. Shoat ordenó silencio dando golpes y una extraña quietud cayó sobre la sala cuando Aaron se levantó.

Durante cinco días, había permanecido sentado silenciosa y atentamente mientras los testigos de cargo lo pintaban como un psicópata ingrato que se había vuelto contra *El santo de Lakeview Drive* con una combinación perversa, brutal y sin sentido de cólera y venganza. En todo el juicio, el joven apuesto y bien vestido había escuchado con profunda inquietud las acusaciones hechas contra él, pareciendo casi intimidado por el procedimiento. Ahora, mientras se acercaba al asiento de los testigos, la sala se tornó fúnebre y los espectadores observaron en silencio cada uno de sus pasos, escudriñando su expresión, como si su semblante pudiera reflejar los secretos más perversos de su alma. Estaban decepcionados. Todo lo que vieron fue un joven vulnerable con cara de niño que parecía tan confundido como asustado.

Cuando cumplió con el juramento dijo en voz alta y clara:

—Sí, señor, diré toda la verdad.

Vail se acercó a él con las manos en los bolsillos, una sombra de sonrisa en los labios, y actitud serena y tranquilizadora.

—Por favor, di al jurado tu nombre.

—Aaron Stampler.

—¿Cuántos años tienes, Aaron?

—Voy a cumplir diecinueve años.

—¿Y dónde naciste?

—En un pueblo llamado Crikside de Kentucky.

—¿Es C-r-i-k-s-i-d-e? —preguntó Vail, deletreando.

—Sí, señor.

—Eso está en las montañas, en los campos de minas de carbón, ¿verdad?

—Sí, señor, a más o menos una hora de Lexington.

—¿Y dónde vives ahora?

—Tenía un *stander* en los agujeros.

—¿Era desagradable aquello?

—Sí, señor. Oscuro, sucio, olía mal, ni aire, ni agua, ni lavabos ni duchas. Estaba mal, sí señor.

—¿Y cuanto tiempo viviste allí?

—Tres semanas.

—¿Antes de que te detuvieran?

—Sí, señor.

—¿Tenías trabajo cuando te detuvieron?

El muchacho asintió con la cabeza.

—Sí, señor, como hombre de la limpieza en la biblioteca.

—¿Cuánto ganabas?

—Bueno, era media jornada. Dos cincuenta la hora y trabajaba unas veinticinco horas a la semana.

—¿Unos sesenta y cinco dólares semanales?

—Sí, señor.

—Aaron, ¿le echaste la culpa por eso al arzobispo Rushman, por tener que vivir en ese horrible lugar?

—No, señor, yo lo elegí.

—¿Lo elegiste?

—Sí, señor. Mi novia, Linda, y yo decidimos vivir juntos. Encontramos un apartamento de una sola habitación y ella trabajaba en el supermercado, así que podíamos permitirnoslo. Entonces ella volvió a su casa de Ohio y yo tuve que mudarme. Pero no fue culpa del arzobispo, quiero decir, todo lo que pasó, no fue culpa de nadie.

—¿Estaba el arzobispo enfadado porque ibas a vivir con tu novia, Linda?

—Nunca dijo nada de eso, ni una cosa ni otra.

—Aaron, ¿tuviste alguna vez una disputa seria con el arzobispo Rushman?

—No señor, nunca tuve ningún tipo de disputa con el arzobispo. Hablábamos mucho, sobre todo de cosas que leía en los libros, ideas y eso. Pero siempre fuimos amigos.

—Así, ¿el arzobispo no te echó de Savior House y todavía erais amigos después de marcharte?

—Sí, señor.

Vail caminó hasta el final de la tribuna del jurado y se apoyó en la barandilla, de manera que la imagen de Aaron quedaba frente al jurado, ella sola.

—Tenías acceso a la biblioteca del arzobispo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Podías tomar prestados libros siempre que quisieras?

—Sí, salvo si había alguien en el despacho con él. El despacho y la biblioteca eran lo mismo.

—¿Y esto fue después de que te marcharas?

—Sí, señor.

—¿O sea que confiaba en ti?

—Sí, señor.

«Ninguna mención de los libros que Stampler señaló con el marcador —pensó Venable para sus adentros—, en especial del libro». Evidentemente estaba andando de puntillas alrededor de eso. Tomó nota para sí misma.

—¿Qué estudios tienes, Aaron?

—Terminé el instituto y un año de cursos por correspondencia de la universidad.

—¿Hiciste cursos por correspondencia aquí en la ciudad?

—Sí, señor.

—¿Qué notas sacabas en la escuela y en el instituto?

—Siempre fui estudiante de sobresalientes.

—¿Fuiste el alumno que dio el discurso de despedida de tu clase al obtener el título?

—Sí, señor.

—¿Y respecto de la universidad?

—Bueno, he hecho catorce horas en total antes de tener que dejarlo. Eran cinco cursos en total. Saqué todo sobresalientes excepto un notable en economía.

—¿Por qué sacaste un notable en economía? ¿Te resultaba difícil?

—No, señor, sólo es que no me importaba mucho.

—¿Cuándo te fuiste de Crikside, Aaron?

—Después de obtener el título en el instituto. Tenía diecisiete años.

—¿Por qué te marchaste?

—Allí no había nada para mí.

—¿Ningún futuro?

—Sólo las minas de carbón, a lo que yo me negaba.

—¿Por qué?

—Les tenía miedo. Mataron a mi padre. Mataron a muchos amigos que conocía mientras me hacía mayor. No era manera de vivir.

—¿Tu madre todavía vivía cuando te marchaste?

—Sí, señor.

—¿Te perdonó por marcharte?

—No, señor, no. Estaba a favor de que fuera al hoyo.

—¿Quieres decir a las minas?

—Sí, señor. Yo lo llamo ir al hoyo. Mi padre me azotaba porque no quería bajar y ella insistía igual que él, sobre todo porque era todo lo que podía imaginar.

—¿Cada cuánto te daba las palizas tu padre?

—¡Protesto!, señoría —objetó Venable—. Hay mucha diferencia entre unos azotes y una paliza.

—Da igual —dijo Vail—, lo diré con otras palabras. ¿Con qué regularidad te pegaba tu padre?

—Una o dos veces a la semana.

—¿Te daba con la mano?

—A veces. Casi siempre me daba con la correa.

—¿La correa?

—Era su cinturón. Un cinturón grande, negro y grueso, de quizá cinco centímetros de ancho. —Aaron levantó la mano y midió la anchura con dos dedos—. Solía quitárselo y darme una paliza con él.

—¿Cómo te pegaba?

—Hacía que me inclinara sobre una silla y me bajaba los calzoncillos y me daba golpes.

—¿Cuántos golpes?

—A veces cinco, a veces diez. Tal vez más.

—¿Te dejaba marcas en la piel?

—Sí, señor. A veces sangraba.

—¿Y lo hacía una vez a la semana?

—A veces más. Cada vez que bebía.

Vail se volvió al juez y dijo:

—Señoría, no sé cómo define una paliza el Estado, pero que lo azoten a uno una vez a la semana con un cinturón de cinco centímetros hasta sangrar, reúne las condiciones en mi diccionario.

—Se salió con la suya, abogado —reconoció Shoat, asintiendo con la cabeza.

—Aaron, ¿tu padre sabía leer?

—No, señor.

—¿Tu madre?

—Una pizca. Fue la primera que me leyó la Biblia, con mucha dificultad.

—¿Tenías un hermano?

—Sí, señor, mi hermano Sam. Se mató en un accidente de coche.

—¿Tías, tíos, otros familiares?

Movió negativamente la cabeza.

—Nadie.

—¿Cuál fue la influencia más importante de tu vida, Aaron?

—Fue la señorita Rebecca, mi profesora.

—Fue tu profesora hasta que fuiste al instituto, ¿verdad?

—Sí, señor, era una escuela de un aula y ella era nuestra maestra. Me enseñó todo lo que sé. Me enseñó a leer, historia, geografía; ciencia y psicología, y gracias a ella leí libros de aventuras y otros por el estilo. Tenía muchos libros en su casa y me los dejaba leer. Leí todos aquellos libros antes de ir al instituto y todos los libros de la biblioteca de Crikside, que no eran muchos; tal vez la mitad de los que había en la biblioteca del arzobispo.

—A tus padres no les gustaba mucho que llevaras libros a casa, ¿verdad?

—Mmm..., bueno, era como un insulto para mi padre, al no saber leer él y eso. Creo que él y mi madre lo consideraban una pérdida de tiempo.

—¿Te animó Rebecca a marcharte de Crikside?

—Sí, señor. Me dijo que no había ningún futuro allí y que, tarde o temprano, acabaría en el hoyo.

—¿Así que te marchaste a los diecisiete años?

—Sí, señor.

—¿Adonde fuiste primero?

—Fui a Lexington y trabajé en una funeraria unos seis meses, después vine aquí.

—¿Por qué te fuiste de Lexington?

—Siempre tuve la intención de venir aquí, a la ciudad.

Vail caminó lentamente a lo largo de la tribuna del jurado, delizando la mano por la pulidísima barandilla.

—¿Cuál fue el primer libro que leíste, Aaron?

—La Biblia. Era el único libro que había en casa.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—¿Cuando la leí por primera vez?

—Sí.

—Unos seis.

—¿Leíste la Biblia cuando tenías seis años?

—Sí, señor.

—¿Es importante la religión para ti?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Bueno, señor, supongo que estoy intentando comprenderla. —Piensas mucho en la religión, ¿verdad?

Aaron hizo un gesto de confirmación.

—Sí, señor.

—¿Crees en Dios?

—Sí, señor.

—¿Eres cristiano?

—Sí, señor.

—Aparte de leer la Biblia, ¿cuándo fue la primera vez que llegaste a tener conciencia de Cristo?

—Fue por el reverendo Shackles.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Nueve, creo.

—Cuéntale al jurado quién era el reverendo Shackles.

—Bueno, era un hombre temible, alto y delgado como un pino, y tenía una mirada espantosa y una larga, barba, le llegaba hasta aquí. —Señaló hasta su pecho—. Y solía ponerme la mano en el hombro y apretar muy fuerte hasta que me dolían las rodillas y me sermoneaba. Era como... si me hubiera escogido a mí para aleccionarme a gritos.

—¿Y eso te molestaba?

—No, señor, me asustaba y me ponía fuera de mí. Predicaba el fuego del infierno y la condenación y no había sitio para los pecadores. Era como si, si uno pecaba, estuviera destinado al infierno y no hubiera nada para evitarlo. Ni absolución, ni perdón, sólo el infierno te esperaba allá abajo. Aunque sólo tuvieras malos pensamientos. Y aunque tuviera nueve años no se puede evitar tener un mal pensamiento de vez en cuando.

—¿O sea que era un personaje espantoso?

—Sí.

—¿Y dijo que ibas a ir al infierno?

—Sí, señor.

—¿Y eso te preocupó incluso a los nueve años?

—Sí, señor, me ha preocupado desde entonces.

—¿O sea que tendías a reprimir tus malos pensamientos, como has dicho?

—Sí, señor.

—¿Intentabas no tener malos pensamientos?

—Lo intentaba.

—¿Y cuando tenías un mal pensamiento, entonces qué?

—Estaba asustado... me sentía... esto...

—¿Culpable?

—Culpable, sí, señor, pero también, ya sabe, impotente.

—¿Impotente en qué sentido?

—Que iba a ir al infierno y nada de lo que pudiera hacer lo evitaría.

—Aaron, ¿conoces el término «amnesia temporal» o «estado de fuga»?

—Sí, señor.

—¿Qué significa?

—Significa olvidar cosas durante un rato.

—¿Tú cómo lo llamas?

—Lo llamo perder la noción del tiempo.

—¿Y has perdido la noción del tiempo alguna vez?

—Sí, señor.

—¿A menudo?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Bueno, no estoy completamente seguro. Primero no sabes qué está pasando. Luego, al cabo de un tiempo, te das cuenta de que has perdido la noción del tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, ahora estoy sentado aquí y un segundo más tarde, estoy sentado allí o paseando por la calle. Una vez estaba en el cine con una chica y sólo un instante después caminaba por la ciudad. No sé cómo acabó la película.

—¿Se lo explicabas a alguien?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Me imaginé que no me creerían. Pensé que se reirían de mí o tal vez que me meterían en un manicomio.

—¿O sea que era por miedo?

—Sí, señor.

—¿Te preocupaba?

—Bueno, sobre todo me preguntaba si hacía algo malo.

—¿Como qué?

—Ya sabe, puede que dijera algo mal, que pusiera furioso a alguien, algo parecido.

—¿Se lo contaste a la señorita Rebecca?

—No, señor. No se lo expliqué a nadie.

—¿Sabías qué lo causaba? Con esto quiero decir, ¿había temas que evitabas porque sabías que podían provocar este estado?

—Creo que eran muchas cosas. A veces, cuando mi padre me estaba dando una paliza, perdía la noción del tiempo. Lo que sé es que inmediatamente después estaba echado en mi habitación y era una hora más tarde. A veces, cuando tenía relaciones sexuales, de pronto estaba en la ducha o camino de casa. Era así. La primera vez que entré en una iglesia católica me pasó. No hay manera de predecirlo.

—¿Cómo conociste al arzobispo Rushman? —preguntó Vail.

—Estaba en la calle Sur, pidiendo para comer, cuando un cochazo negro se paró y se abrió la puerta; el arzobispo se asomó y dijo: «Ven aquí, hijo». Así que fui y me preguntó dónde vivía y le dije que dormía en coches abandonados y me dijo: «Ven conmigo», y me llevó a Savior House, me trasladé aquella misma noche. Creo que Billy Jordán le había hablado de mí.

—¿Y os hicisteis amigos después?

—Sí, señor. A partir de ese momento.

—¿Y hablabas de religión con el arzobispo?

—Sí, señor. Estaba intentando convencerme para convertirme en católico.

—¿Y te resistías?

—Pues no. Yo estaba, bueno, intentando poner las cosas en orden en mi cabeza. El reverendo Shackles me había dicho unas cosas y el arzobispo me decía justo lo contrario.

—¿Y pensabas mucho en eso?

—Sí, señor.

—¿Y a veces cuando tenías relaciones sexuales con tu novia perdías la noción del tiempo?

—Sí, señor.

—¿Pero no sabes por qué?

—Pues no.

—¿Y no recuerdas nada de lo que pasa cuando estás en este estado?

—No, señor. Sencillamente pierdo la noción del tiempo.

—¿Y esto lleva pasándote diez años o más?

—Sí, señor.

—¿Y nunca se lo dijiste a nadie?

—No, señor.

—Ahora quiero hablar de la noche en que el arzobispo Rushman fue asesinado.

Había una reunión de los monaguillos prevista, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Apareció alguno de los otros monaguillos?

—No.

—¿Nadie más?

—No, señor.

—¿Estaba enfadado el arzobispo?

—No. Dijo que estaba cansado de todos modos y que nos podíamos reunir en otra ocasión.

—¿Qué hiciste cuando te fuiste?

—Fui a Savior House y encontré una cama vacía. Hacía mucho frío aquella noche y no quería volver a los agujeros. Entonces decidí ir al despacho del arzobispo y tomar prestado un libro para leer. Cuando llegué, oí ruidos, como gente gritando, en la habitación del arzobispo, así que subí para ver si todo iba bien. Cuando llegué al final de las escaleras, me quité los zapatos y me los puse en los bolsillos. El arzobispo estaba en el cuarto de baño y entonces me di cuenta de que lo que había oído era a él que estaba cantando. Luego... noté como si hubiera alguien más allí, además del arzobispo, y entonces fue cuando perdí la noción del tiempo.

—¿No viste a nadie más?

—No, señor.

—¿Viste al arzobispo?

—No, señor. Pero le oí. Estaba cantando en el cuarto de baño.

—¿Sólo percibiste que había alguien más en la habitación?

—Sí, señor.

—¿Entonces qué pasó?

—A continuación, lo que sé es que estaba al final de la escalera de madera que da a la cocina y vi un coche de policía y... había una luz intermitente que se movía. Entonces bajé la mirada... y... había sangre por todas partes... en mis manos... y el cuchillo...

Aaron se detuvo, mirándose fijamente las manos.

—Y... y entonces, corrí..., no sé por qué, sólo corrí y me metí en la iglesia y otro coche de policía se paró delante y me escondí en el confesionario.

—¿Y qué pensabas, mientras te escondías allí, antes de que la policía te encontrara?

—No lo recuerdo, excepto que estaba asustado, tan asustado que tenía un nudo en la garganta.

—Aaron, ¿tenías algún motivo para matar al arzobispo Rushman?

—No, señor.

—¿Planeaste su asesinato?

—No, señor.

—Que tú sepas, ¿mataste al arzobispo Rushman?

—No, señor.

—De acuerdo, gracias. —Vail se volvió hacia Venable y asintió—. Su testigo.

Connerman se sintió defraudado. Cuando Vail había citado a Stampler como testigo, había esperado fuegos artificiales. Era un paso muy arriesgado, prometía más. ¿Dónde estaba el talento Vail? ¿Las sorpresas? ¿Las tintas? ¿Cómo iba a demostrar desequilibrio mental? ¿Iba a dejar que la fiscal asestara sus golpes y entonces volver con la artillería pesada? ¿Era su arma secreta la psiquiatra, Molly Arrington? Hasta ahora, excepto por un poco de bonito teatro e inteligente retórica, Vail no había demostrado que no fuese cierta ni una maldita cosa de las que Venable había lanzado sobre la mesa. Y ahora le había dado la oportunidad de probar suerte con Stampler, que no podía haber sido citado para comparecer ante el tribunal a menos que él hubiese estado de acuerdo.

¿La había cagado Vail por una vez?

Venable tenía unas cuantas notas, pero la presentación de Stampler como testigo le había cogido por sorpresa. No estaba segura de qué estrategia seguir al interrogar a Stampler. Se enfrentaba a una decisión crítica; o podía dispensar al testigo, dando a entender al jurado que el testimonio de Stampler era inútil e irrelevante, o podía pisar terreno peligroso: los libros señalados y el símbolo en la cabeza de Rushman. ¿Podía presentar estas pruebas y fortalecer su argumentación de la premeditación sin meterse en el resbaladizo asunto de los monaguillos? Era una buena oportunidad y decidió ir directamente a la yugular.

Nada de presos.

—Señor Stampler —empezó—, dice que no planeó el asesinato del arzobispo Rushman.

—No, señora.

—Y que no recuerda lo que pasó.

—No, señora.

—¿Subió las escaleras y oyó al arzobispo que estaba cantando en el cuarto de baño?

—Sí, señora.

—¿Por qué se quitó los zapatos?

—Bueno, creí haber oído que el arzobispo estaba discutiendo con alguien y quería asegurarme de que todo iba bien, pero no quería que pensase que era un entrometido o algo así. Así que me quité los zapatos para que no me oyera.

—¿Y entonces qué pasó?

—Le oí cantar en la ducha y entonces fue cuando perdí la noción del tiempo.

—¿Y no recuerda nada después de eso?

—No, señora.

—Tiene buena memoria para las citas y los refranes que le gustan, ¿verdad, señor Stampler?

—Tengo buena memoria, sí, señora.

—¿Conoce el libro de Nathaniel Hawthorne *La letra escarlata*?

«Ahí va. Mordió el anzuelo», dijo Vail para sí.

—Sí, señora, conozco el libro.

—¿Y significa algo para usted la referencia «B32.156»?

Stampller dudó. Se quedó mirándola fijamente durante varios segundos sin responder.

—Señor Stampller, ¿comprende la pregunta? —le dijo el juez Shoat.

—Esto... creo que son los números que había detrás de la cabeza del obispo, en las fotografías...

—¿Es ésa la primera vez que los vio?

—Creo...

—¿Y no sabe qué significan los números?

—No estoy seguro... —Para Venable era evidente que Aaron se estaba poniendo nervioso e incómodo y se le acercó más, mientras su voz se volvía dura e insistente.

—Señala pasajes en libros que le gustan, ¿verdad?

—A veces...

—Señaló pasajes en los libros de la biblioteca del arzobispo, ¿no es cierto? —dijo, volviéndose todavía más agresiva.

—A veces... —El sudor empezó a formarse en la frente de Aaron. Sus labios parecían secos y se los lamió varias veces. Para una depredadora especializada como Venable, era la mejor señal. Stampller daba muestras de perder el control. Fue a su mesa y cogió un libro.

—Señoría, me gustaría que señalase este libro como documento treinta y dos del Estado, por favor —dijo, enseñando el volumen a Vail. Era el ejemplar de *La letra escarlata*, de Nathaniel Hawthorne, de la biblioteca de Rushman.

—Ninguna objeción —aceptó Vail.

Venable se dirigió hacia Aaron y le entregó el libro.

—¿Reconoce este libro, señor Stampller?

Aaron lo cogió, miró la portada y hojeó las páginas.

—Creo que es de la biblioteca del arzobispo —murmuró. Ella volvió a coger el libro y pasó las páginas hasta llegar a una señalada con una ficha de papel.

—Señor Stampller —dijo; su voz se volvía cada vez más apremiante—, le pregunto: ¿señaló o no señaló un pasaje en la página 156 de este ejemplar de *La letra escarlata*, clasificado con el número B32?

Aaron miró a Vail, pero el abogado estaba garabateando notas en su libreta.

—Hummm... —dijo lentamente.

—Seré un poco más directa, señor Stampller. ¿Conoce esta cita de *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne: «Ningún hombre, durante cualquier período de tiempo considerable, puede llevar una máscara para sí y otra para la multitud, sin finalmente confundirse respecto a la que debe de ser la verdadera»? ¿Lo reconoce, señor Stampller?

—Hummm...

—¿Lo reconoce? —inquirió—. B32.156..., ¿no le suena, señor Stampler?

—Yo no...

—Señor Stampler, ¿memorizó ese pasaje y escribió esos números detrás de la cabeza del arzobispo cuando lo mató?

Vail se puso en pie de un salto.

—¡Protesto...! —empezó, pero nunca acabó la frase.

Aaron se había ido desplomando ligeramente a medida que el interrogatorio de Venable se convirtió en un ataque. Al mismo tiempo que Vail saltó para protestar, Stampler levantó los ojos de pronto, su rostro distorsionado de odio. Su cuerpo pareció cambiar, sus hombros se echaron hacia atrás y su cuello se ensanchó. Sus labios se abrieron y enseñó los dientes. Con un gruñido como un animal que sufriera, se levantó de golpe y saltó por encima de la barandilla que separaba al testigo de la fiscal.

—¡Putá embustera! —gritó—. Intentas matarme...

Los jurados se echaron todos hacia atrás casi al unísono, sorprendidos por el repentino arrebato de violencia.

Stampler se movió tan deprisa que a los policías y al alguacil les cogió desprevenidos.

Stampler aterrizó con los dos pies delante de Venable, la alcanzó, la agarró por el pelo y le dio la vuelta bruscamente al arrastrarla hacia él. Le puso un brazo alrededor del cuello mientras con la otra mano la cogió por debajo de la barbilla y le retorció la cabeza. Venable gritó de dolor.

La sala pareció explotar, semejaba un pandemónium. Muchos de los espectadores gritaron, otros se precipitaron hacia las puertas y salieron en avalancha al pasillo.

Shoat, sobresaltado y mudo, ni siquiera golpeó con su mazo.

Stampler retrocedió hacia el estrado, arrastrando a Venable por el cuello.

—¡Dios! —exclamó Vail, y gritó—: ¡Roy, suéltala!

—La mataré. ¡Le romperé el jodido cuello!

Vail corrió hasta unos centímetros de él y se paró. Venable, con los ojos salidos de sus órbitas a causa del miedo, la lengua medio fuera, agarró el brazo de Stampler con las dos manos. Miró a Vail con una combinación de miedo y súplica. Stampler le retorció un poco más el cuello.

—¡Estáte quieta! —ordenó Roy.

Todo rastro del acento y humanidad de Aaron habían desaparecido. Sólo quedaba el odio de Roy.

—Calma, Roy —dijo Vail, tendiendo las manos hacia él—. Suéltala, por Dios. ¡Suéltala!

—¿Por qué? ¿Para que así podáis matarme? Ni siquiera me mencionasteis. ¡Ibas a dejar que esta zorra me crucificara!

Mientras Stampler retrocedía, un oficial salió por una puerta trasera y, sacando la

pistola, se deslizó hacia él. La atención de todos los de la sala fue inmediatamente atraída hacia este nuevo actor. Stampler se dio la vuelta. Su cocfo golpeó la cara del policía, le rompió la nariz y lo mandó tambaleándose hacia atrás. La pistola rugió y la bala silbó inofensivamente. La mayoría de los asistentes de la sala se fue gritando hacia la puerta, salió al pasillo o se tiró al suelo. Vail continuó su súplica.

—Detente Roy, nadie intenta hacerte daño.

—¡Mientes! Vosotros sois los asesinos, los que me vais a asesinar.

De pronto, Vail dio un salto hacia delante y metió un brazo entre el brazo de Stampler y el cuello de Venable. Un segundo oficial y el alguacil atravesaron a saltos la sala y lo agarraron por detrás, separándolo de Venable bruscamente. Ella cayó y se escabulló a gatas de la pelea. Cogiéndose el cuello, miró hacia atrás con asombro la escena que se desarrollaba tras ella. Stampler no parecía humano. Se deshizo del alguacil con un brazo, lanzando al fornido hombre sobre la mesa de la acusación, que se volcó con él. Papeles, carteras, apuntes cayeron en cascada al suelo después de revolotear por el aire. Shoat recuperó la compostura lo suficientemente pronto para gritar orden. Su petición se perdió en el caos.

Mientras el oficial y Vail luchaban para dominar a Stampler, otro oficial del juzgado condujo apresuradamente al jurado fuera de la sala. Stampler se sacudía hacia delante y hacia atrás, intentando quitarse de encima a Vail y al oficial. Entonces, un tercer oficial intervino, cogiéndole los brazos por detrás. Y lo forzó hacia adelante mientras Vail perdía el equilibrio y caía al suelo. Encima de él vio la cara de Aaron Stampler —la cara de Roy— torciendo el gesto de ira, rabiando.

—¡Aaron! —gritó Vail—. ¿Aaron, me oyes?

Se puso en pie gateando y se quedó a unos centímetros de aquella furia desatada. Entonces, casi tan rápidamente como les había atacado, el cuerpo de Stampler se debilitó. Empezó a temblar y entonces se desplomó; el alguacil y el oficial se lo llevaron deprisa de la sala y Vail los siguió.

—¡Orden! ¡Orden en la sala! —insistió Shoat a los asistentes al juicio que todavía quedaban. Por fin Shoat golpeó violentamente con el mazo.

—¡Se suspende la vista! —rugió, y se retiró hacia su despacho.

Antes de que los policías esposaran a Aaron y lo llevaran a la sala de espera adyacente a la sala del juicio, ya estaba completamente dócil. Parecía confundido y asustado mientras lo llevaron medio arrastrando hasta una silla que había en una esquina y lo sentaron. Vail se arrodilló delante de él, cogiéndole las manos y mirándolo a los ojos.

—¿Aaron?

Los ojos de Stampler vagaron aturridos por la habitación un momento:

—Lo hice, ¿verdad? Oh, Dios mío, lo hice justo delante de todo el mundo.

—Está bien —le tranquilizó Vail—. No te preocupes.

—¿Qué pasó? ¿Qué hice?

—No te preocupes por eso —le tranquilizó Vail—. Mandé a buscar a Molly, llegará en seguida.

Stampler cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y suspiró. La puerta se abrió y Vail se volvió para encontrarse a Venable.

—¿Qué demonios están haciendo? —preguntó la fiscal bruscamente.

Antes de que él pudiera contestar un oficial de justicia apareció tras ella.

—El juez Shoat quiere verles a los dos en su despacho, pronto —dijo.

—Vail... —empezó a decir Venable, pero él pasó por su lado y sonrió.

—El juez dice pronto —se limitó a decir Vail.

Cuando salían de la sala, Molly Arrington subía corriendo.

—¿Qué ha pasado? —gritó.

—Aaron estaba testificando y se transformó.

—¿En el estrado? —exclamó con sorpresa.

—Te lo explicaré más tarde. Ve y habla con él. Cálmale. El juez quiere charlar con nosotros.

Cuando Venable y Vail entraron en el despacho de Shoat, éste se estaba quitando la toga. La tiró con gesto enojado sobre la silla del escritorio.

—Muy bien —comenzó Shoat, con la cara roja de ira—. ¿Me explicará alguien por favor qué diablos está pasando?

—Esto es un timo, señoría —dijo Venable casi gruñendo—. Es un montaje.

—Señoría, habíamos decidido evitar esta situación y no utilizarla como defensa porque pensábamos que sería demasiado difícil que el jurado la aceptase. No tenía ni idea de que ella haría que Roy saliera.

—¡Roy! Oh, Dios, eso es ultrajante. Yo no hice nada para que apareciera ese Roy. Señoría, es una trampa. Nadie presenta al acusado como testigo sin que haya un propósito detrás. Eso es suicida. Todo fue una estratagema.

—¿Quién demonios es Roy? —inquirió Shoat.

—Señoría —explicó Vail—, descubrimos hace poco, y esto fue después de que la

señorita Venable aceptara la declaración de la doctora Arrington, que Aaron Stampler padece de lo que se conoce como trastorno de personalidad múltiple.

—Explíquese, por favor —le apremió Shoat frunciendo el entrecejo.

—Tiene doble personalidad.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Shoat, poniendo los ojos en blanco—. ¡Y qué más!

—No es una broma, señoría. Aaron Stampler padece una forma grave de comportamiento disociativo. Entra en estado de fuga y adopta otra personalidad. La otra personalidad es psicopática y comete actos de los cuales Aaron es totalmente inconsciente. Ya existe un testimonio en este juicio que identifica el trastorno de personalidad múltiple como una enfermedad mental.

—¡Eso son chorradas! —gritó Venable.

—Calma, señorita Venable —le aconsejó Shoat.

—Juez —dijo Vail—, tenemos varias cintas de vídeo de Aaron cambiando de personalidad. Podrá ver, sin lugar a dudas, cómo sucede, igual que acaba de ocurrir hace pocos minutos en la sala del juicio.

—Pedimos esas cintas y nos las negaron —arguyó Venable.

—Las cintas no eran probatorias porque no teníamos intención de utilizarlas en el juicio, hasta ahora. Caray, no sabemos cuándo va a salir Roy. Jane lo provocó, no yo. Además, nuestras cintas son confidenciales. Estas cintas son comunicación confidencial entre el acusado y su psiquiatra. No son de dominio público a no ser que decidamos utilizarlas ante el tribunal y Stampler esté de acuerdo. Hasta ahora, nuestra decisión fue no presentarlas.

—¿Puede explicarme, por favor, quién demonios es Roy? —dijo Shoat, enfadado.
'-La otra personalidad de Stampler.

—¿O sea que estaba al corriente de esto, abogado? —preguntó Shoat con recelo.

—Sí, señor, pero no había ningún modo de demostrarlo a menos que de hecho hiciera el cambio, en el cual, repito, no tuve nada que ver.

—Es una estrategia, señoría —imploró Venable—. Nadie presenta al acusado como testigo sin una razón...

—Siento no estar de acuerdo —dejó caer Vail con una sonrisa.

Venable lo miró indignada, con la cara roja de humillación.

—Todo fue una estratagema —repitió la fiscal.

—Y todo esto es hablar por hablar —replicó Vail—. Lo importante es que usted introdujo ese hecho en el interrogatorio y yo tengo derecho a seguir con él.

El juez hizo un campanario con los dedos y fijó la mirada en Venable con una ceja alzada.

—Le toca a usted, fiscal. Él tiene razón. No estoy seguro de si me voy a tragar este rollo de la doble personalidad, pero desde luego debemos permitir que se siga con esa línea.

—Creo que me utilizó para que saliera ese Roy, señoría.

—¿Cómo?

—No lo sé —refunfuñó—. Por lo menos tengo derecho como mínimo a ver esa maldita cinta si es que va a presentarla ante el tribunal.

—No hay ningún problema en eso —accedió Vail—. Puede verla tantas veces como quiera. Pero protestaremos si hace que algún psiquiatra venga y analice a mi cliente a partir de la película de televisión.

—¿Cómo es eso? —preguntó el juez.

—La mejor prueba en este caso sería el propio Aaron. Estaremos de acuerdo en dejar que lo examinen directamente en la sala.

—¡Gilipolladas! —exclamó con rudeza Venable—. Eso es una situación imposible. Si hacemos que se transforme, vosotros ganáis. Si no lo hacemos, culpáis a mi psiquiatra.

—A mí me parece que tenemos tres opciones —planteó Vail—. Nuestra fiscal puede continuar su severo interrogatorio y yo haré un nuevo interrogatorio. Podemos intentar llegar a un acuerdo... o ella puede proponer que se declare juicio nulo.

—¿Acuerdo? ¡Ni hablar! —rechazó de plano Venable.

—Perdone, juez, ¿acaso me he perdido algo? Ella lo hizo salir, no yo.

—Engañó al tribunal —acusó Venable.

—No, en absoluto —negó Vail.

—¡Un momento! —atajó Shoat—. No vine aquí para escuchar cómo se pelean ustedes dos. Quiero saber qué demonios está pasando. —Se acarició la mandíbula y miró fijamente a Vail. Era cierto. Vail no había engañado al tribunal, la había engañado a ella. Pero ahora el problema estaba a punto de caer en manos de Shoat.

—Sus expertos han declarado que Stampler está en su sano juicio, señora fiscal —dijo Vail—. ¿Le pareció en su sano juicio ahora mismo? ¿Parecía cuerdo cuando casi, maldita sea, le rompió el cuello?

—¿Quiere que declare el juicio nulo para que usted pueda volver a empezar y hacer que lo examinen de nuevo, señora fiscal, es ahí donde quiere llegar? —preguntó Shoat.

—Yo... ¡hummm...!

Vail dijo:

—Mire, su opinión es que Stampler está en su sano juicio. Estamos de acuerdo. Es Roy el asesino. Cuando hizo salir a Roy, invalidó la opinión de sus expertos. Insisto en que acabemos este juicio y dejemos que el jurado decida si está en su sano juicio o más loco que una cabra.

—¿Por qué no sacó a relucir esto antes, abogado? —quiso saber el juez.

—Repito: no había nada que sacar a colación. No sabía que el muchacho fuera a perder los estribos. Este otro personaje va y viene. Habría sido irresponsable por mi parte presentar este hecho sin saber si podía demostrarlo o no.

—Así ¿cuál es su alegato ahora?

—Que Stampler no cometió el crimen, Roy lo hizo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Venable.

—¿Quiere electrocutarlo o curarlo, abogada? —preguntó Vail.

—¿Curarlo? ¡Y una mierda!

—Vamos, vamos, abogada, contrólese, por favor —dijo Shoat.

—Yo digo que sigamos adelante. Su turno ya pasó, ahora me toca a mí —propuso Vail.

Shoat estaba empezando a sentirse atrapado ante este cambio de la situación. Lo que había supuesto que sería un caso judicial ruidoso pero bastante claro se había convertido en una extraña noticia de titulares. Su postura más segura sería distanciarse de ambos.

—Tengo que aprobar eso, señorita Venable —dictaminó finalmente Shoat—. Me parece que tiene otro cantar entre manos. En efecto, usted introdujo esta nueva... persona, sea como sea que lo llamen ustedes, Vail no lo hizo. De todos modos, no puede pedir juicio nulo; usted creó el problema.

—No me lo puedo creer —gritó la fiscal—. No me lo puedo creer, ¡maldita sea! Ha estado afirmando hasta ahora que Stampler estaba loco. ¡Ahora dice que no!

—No, lo que estoy diciendo es que Roy cometió el asesinato, Stampler no lo hizo. Y Roy está chiflado. Es un esquizofrénico y un psicótico, se puede comprobar.

—¿Qué quiere que hagamos —dijo arrastrando las palabras y con un deje sarcástico—, que dejemos libre a Stampler y electrocutemos a Roy?

Vail se encogió de hombros.

—Por mí de acuerdo si se encuentra el modo de hacerlo.

—Bueno, si Roy lo hizo, Aaron es cómplice —dedujo Venable, pero era un vano intento de ocultar su desesperación.

—Equivocada otra vez —le corrigió Vail—. Stampler ni siquiera sabía lo que pasaba hasta que Molly se lo dijo. Ni siquiera sabe con seguridad que Roy existe.

—¿Es Stampler capaz de entender las acusaciones que se han presentado contra él o no? —le consultó Shoat.

—Stampler está tan cuerdo como dice Bascott, pero Roy no entiende el concepto de justicia porque no acepta la diferencia entre el bien y el mal. Es un psicópata, juez. Amoral por completo. Simplemente no cree que las leyes se refieran a él. Ésa es parte de su psicosis.

—¿Puede... cualquiera que sea... ser tratado con éxito? —preguntó Shoat.

—No puedo contestar a esa pregunta —reconoció Vail—. Arrington o Bascott serían los mejores jueces de eso.

—¿Pero está diciendo que él no cree que el asesinato esté mal?

—Estoy diciendo que no cree que esté mal que él cometa un asesinato. En su mente, su única ley es lo que piensa y lo que siente. Él es juez, jurado y verdugo.

—¿Se refiere a Stampler? —dijo Shoat.

—Bueno, físicamente sí. Pero no nos estamos refiriendo necesariamente a Aaron Stampler. Tengo unas cintas de vídeo aquí. Creo que si usted las ve...

—Ni hablar. —Shoat suspiró, poniéndose el abrigo—. Eso es asunto suyo, de los dos, y pueden resolverlo por ustedes mismos. Pero quiero que quede claro: no habrá ningún juicio nulo en mi tribunal. Estamos metidos en ello y vamos a acabarlo y si oigo otra palabra sobre juicio nulo, rodará la cabeza de alguien. ¿Me explico con claridad?

—Sí, señor.

—Perfectamente, señoría.

—Casi es mediodía. Me voy a comer. Mandaré a mi ayudante que venga aquí para que tome nota de lo que quieren comer. Reanudaremos la sesión a las dos. Confío en que ustedes se quedarán en esta habitación y habrán solucionado algo para entonces. Y estoy con Vail en lo del examen. Directamente en la sala u olvídalo. Nada de análisis de cintas, ¿entendido? —Y salió de la habitación.

Venable se levantó y caminó hasta la ventana, donde se quedó de pie de espaldas a Vail.

—Hará cualquier cosa para ganar, hijo de puta.

—Un momento, Janey...

Ella se dio la vuelta hacia él y le espetó con rabia:

—¡No me llame Janey!

—Podemos arreglarlo muy fácilmente, fiscal —dijo Vail con calma.

—¡Oh!, seguro.

—Mire, Jane, Bascott declaró bajo juramento que Stampler no padece ningún trastorno mental disfuncional. ¡Narices!, ahora toda su declaración es papel mojado y usted lo sabe. Él y sus dos amigos la pifiaron.

—Le tendió una emboscada.

—No, le salió el tiro por la culata.

Dos oficiales entraron en el despacho con un aparato de televisión y uno de vídeo.

—¿Qué diablos es esto? —dijo Venable, refunfuñando.

—Creo que será mejor que vea un par de cosas...

Vail y Venable encargaron unos bocadillos. Luego Vail enchufó la televisión y conectó el vídeo. Puso la primera película en que Aaron se transformaba en Roy. Lo vieron mientras comían. Venable primero estaba furiosa y escéptica, después su escepticismo se convirtió en intensa fascinación y finalmente en una mirada casi de horror. Cuando el vídeo acabó, Vail lo sacó y puso el interrogatorio que él mismo le había hecho a Molly Arrington. Venable se reclinó, dando chupadas a un cigarrillo tras otro al estilo de Bette Davis mientras escuchaba a Molly explicar en términos médicos exactamente lo que le había pasado a Aaron Stampler.

—¡Está fingiendo! —decidió cuando se acabó la cinta.

—Muy bien. Volvamos ahí dentro y podrá demostrarlo.

—¡Tenemos un juicio viciado de nulidad y lo sabe!

—Usted lo sacó, abogada. No se puede proseguir con un juicio viciado de nulidad y lo sabe.

—Está siempre al quite, ¿verdad, Vail? —dijo Venable con amargura.

—No puedo permitírmelo, señorita. Es una dura competición.

—¡Maldita sea, ni siquiera tiene ganado el caso! Si vamos a un nuevo juicio, haré que veinte expertos se coman a Stampler y a la señorita Freud vivos.

—Cosa que no puede hacer, e incluso si pudiera, duraría otro año, año y medio. No creo que a sus nuevos jefes y asociados les guste.

—¡Váyase a tomar por el culo! —soltó la fiscal, poniéndose de repente en pie y dándole la espalda de nuevo. Miró fijamente por la ventana.

«¡Maldita sea!» —murmuró.

—Sabe, también va a tener que tratar de la pequeña afición del arzobispo Rushman. Y eso es algo que saldría a relucir en el interrogatorio.

—¿A qué se refiere?

—¡Vamos, Jane! —dijo Vail, corriendo un riesgo—. Encontró esa cinta de vídeo de los monaguillos y yo lo sé. Es lo bastante lista para saber que es peligrosa. Quienquiera que lo introduzca está en terreno peligroso, y además directamente demuestra la existencia de Roy y su implicación en el caso. Usted ha abierto esa puerta.

—Si la traspaso, me proporciona el móvil perfecto —advirtió Venable.

—Salvo que Aaron está más loco que una cabra. Y con todo esto no sólo va a derribar a Rushman, sino también a toda la fundación.

—Está viendo este caso en el despacho, hijo de puta —dijo con dureza—. Por eso fue tan indulgente en la elección del jurado. Sabía que esto iba a pasar.

—¿De veras cree que soy tan taimado?

—¡Ja! Usted inventó la maldita palabra.

—Bueno, podemos dejarlo ahora mismo. Acepte el alegato de desequilibrio mental. Nosotros estaremos de acuerdo en que Aaron Stampler y Roy sean internados en una institución mental. Si a Roy se le exonera, se le cura y todo eso, entonces Aaron Stampler será puesto en libertad.

—¿Y que salga y empiece a trinchar gente otra vez?

—Dije que no me opongo a que sea internado. Pero que se reconozca al verdadero asesino, Roy. Dependerá de los médicos determinar el resto. ¿Cree que el jurado enviará a Aaron Stampler a la silla ahora? Sabe, incluso le endulzaré la cosa.

—Ah, claro, ¿qué va a hacer, decirle que venga en Navidad y cante villancicos en mi puerta?

—No sólo alegaremos que es culpable del asesinato de Rushman, lo declararemos culpable del de Peter y Billy Jordán.

—¿Va a confesar eso?

—Acabo de decir que cargaremos con eso. De ese modo, se solucionarían los tres casos de los libros. Si no, insisto en que llegemos hasta el final de esto y eso significa que le obligaré a demostrar el móvil real del asesinato de Rushman.

—¡Y destruir la reputación de la víctima! —se indignó Venable—. Está muerto,

no puede defenderse. El hombre era un santo.

—No, según Roy. No, según la cinta de los monaguillos.

—Podría ser cualquiera el que sale en la cinta.

—A no ser que Roy cuente toda la historia. Corroborará que Rushman era un pedófilo.

—¡Hijo de puta!

Se sentó en silencio durante unos minutos. La tenía atrapada y lo sabía. Pero su rabia interior no le permitiría conformarse.

—Estamos hablando de la verdad, Jane —puntualizó Vail en voz baja—. Dejemos que el estado se ocupe de él. Que lo encierren en Daisyland, la gente se olvidará de él en un par de meses y todos podremos volver a casa.

Venable se dio la vuelta, todo su cuerpo estaba rígido de cólera, y miró fijamente por la ventana durante un minuto largo.

—Olvídelo. —Vail se encogió de hombros—. Dentro de un par de meses podemos ir a tomar una copa alguna noche e intercambiarnos secretos.

—Ya sabe demasiados secretos míos —dijo amargamente, y se volvió hacia él—. Ahora mismo por qué no me explica uno de los suyos.

—¿Quiere saber por qué no la delaté en el caso Castillo? —preguntó Vail—. ¿Por qué no dije qué se acostaba con Mike Rodríguez?

—Ésa es una buena suposición. No entiendo por qué no fue contra mí.

—Me sorprendió su comportamiento, abogada.

Ella dejó escapar una risa aguda.

—No sabía que le fuera el papel de madre. —Como Vail no contestó, suspiró—. Tal vez estuviera enamorada.

—Nunca se enamore de un cliente —le aconsejó—. Es contrario a la ética profesional.

—¿Nunca hace nada que sea contrario a la ética profesional? —preguntó Venable.

—Nunca hago nada que pueda evitar que gane. —Le sonrió abiertamente—. Le ha estado fastidiando todos estos años, ¿no es así?

—Sólo era curiosidad.

—Tuve que rechazar las cintas del caso, después volverlas a admitir como pruebas, así que me arriesgué. Imaginé que siempre que pensara que no iba a arrastrarla a usted y a Rodríguez en ello, no protestaría; y no lo hizo. Una vez cogido Rodríguez, ya no importaba.

—Sólo parte de la estrategia, ¿no?

Vail asintió.

—No era mi deseo que ganase.

—Estoy contenta —dijo con una sonrisa burlona—. Temía que tal vez tuviera corazón.

—Nada de eso —contestó Vail; y sonrió—. ¿Así pues? ¿Trato hecho?

—Nunca conseguirá pasarlo ante Shoat —observó Venable débilmente—. Querrá

sentenciarlo y hacer que cumpla su condena, si alguna vez se cura.

—Deje que yo me preocupe de Shoat. ¿Trato hecho?

Cuando Shoat regresó, el aparato de televisión y el vídeo, así como los residuos de la comida, habían sido retirados del despacho. Venable estaba leyendo el acuerdo que Vail había esbozado en una hoja de papel.

—Y bien —dijo Shoat—, ¿han resuelto algo?

—Creo que sí —repuso Vail. Le cogió la hoja a Venable y la colocó en el escritorio, hacia el juez. Shoat se puso las gafas y empezó a leer el acuerdo. Se detuvo de repente y miró a Venable con sorpresa y asombro.

—¿Está de acuerdo con esto, abogada? —le preguntó sorprendido a Venable.

—Sí, señoría.

—Esto no es un acuerdo. ¡Es un regalo! —dijo Shoat irritado—. Ni en sueños habría conseguido esto. ¿Ni siquiera una condena? ¿Va a dejar que este asesino se declare culpable de tres homicidios brutales y después salga libre cuando digan que está curado?

—Está enfermo, señoría —recalcó Vail—. Si no se pone bien, ¿de qué puede servir meterle en la cárcel y que lo pase mal?

Shoat miró fijamente a Vail al otro lado del escritorio.

—Fue un crimen espantoso. Un crimen espantoso exige un castigo justo.

—Quiere decir venganza, ¿verdad? —dijo Vail, nervioso.

Shoat le lanzó una mirada feroz.

—No aprobaré esto. Quiero que por lo menos cumpla diez años después que se le declare curado, si es que lo está alguna vez. Tiene que pagar por este crimen.

—No —se opuso Vail.

—¿No? —dijo Shoat, alzando las cejas.

—De ningún modo —insistió Vail—. Sigamos con el juicio entonces. Sólo que creo que debería de saber, juez, que la imagen pública del arzobispo sufrirá un severo cambio antes de que se acabe el juicio.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Vamos a suscitar alguna cuestión que plantea graves implicaciones sobre el móvil, y a examinar a fondo todas las facetas de la vida del arzobispo, investigar sus fundaciones... —Vail hizo una pausa un momento y añadió—: La operación Gudheim..., todo.

Shoat apenas reaccionó. Sus ojos puede que se abrieran una pizca, su mandíbula se puso un poco más firme, pero mantuvo su aspecto glacial.

—¿Cree que eso es necesario, eh?

—Deje que le diga lo que creo, juez —dijo Vail—. La señorita Venable sabe que hay pruebas que perjudican al arzobispo. También sabe que si esto continúa, saldrá en el juicio. Al final, creo que sería descabellado destruir el buen nombre de un muerto,

dañar a la Iglesia innecesariamente, suscitar dudas sobre la Fundación Rushman..., ¿para qué? ¿Para poder exigir diez años de la vida de un muchacho enfermo? Además, ya ha tenido su parte de sufrimiento.

Shoat no estaba seguro de a qué estaba refiriéndose. ¿Qué pruebas? Era obvio que Vail sabía lo de la operación Gudheim.

¿Estaba dispuesto a desentrañar lo de la fundación sólo para desacreditar a Rushman?

La respuesta era evidentemente que sí.

¿Había algo más que Shoat no sabía?

Meditó un poco más, mirando fijamente el acuerdo garabateado delante de él como si estuviera en un lado de la balanza de la justicia. Al final, la decisión de Harry Shoat El Verdugo fue pragmática; no tenía nada que ver con la ley, la justicia o el castigo justo.

Era una respuesta sencilla a una pregunta sencilla: ¿por qué arriesgarse?

—Está bien —se avino Shoat, encogiéndose de hombros—. En pro del tiempo y del dinero de los contribuyentes, lo aprobaré. En el mejor de los casos el hijo de puta nunca saldrá de Daisyland, de todas maneras.

—Aplaudo su compasión, señoría. La justicia tiene corazón después de todo —dijo Vail; y se rió—. Y gracias también a usted, Jane, por tomar una decisión inteligente y prudente.

—¡Váyase a la mierda! —le contestó Jane Venable.

La decisión cogió a todos por sorpresa.

—Señoría —dijo bastante bruscamente Venable—, el estado ha decidido que el señor Stampler padece trastorno de personalidad múltiple disociativa y esquizofrénica psicótica y hemos aceptado su alegato de culpabilidad y desequilibrio mental en los asesinatos del arzobispo Richard Rushman, Peter Holloway y Billy Jordán. El estado, por lo tanto, recomienda que dicho acusado, Aaron Stampler, sea internado en el instituto mental del estado, en Daisyland, durante un período de tiempo indeterminado y hasta cuando el estado decida que es capaz de volver a la sociedad.

Shoat no perdió el tiempo.

—El tribunal acepta su recomendación. El acusado, Aaron Stampler, es por el presente remitido a la custodia del departamento del jefe de policía para el traslado a Daisyland. El tribunal levanta la sesión hasta las nueve de mañana.

¡Pum! Y era historia.

En cuanto Shoat entró en su despacho, la prensa se precipitó hacia la parte de delante de la sala como un maremoto. Perseguido por periodistas de radio, prensa y televisión con sus micrófonos delante de ellos, Vail y los guardias hicieron salir a toda prisa a Aaron Stampler de la sala de justicia, con los fotógrafos tomando instantáneas de ellos mientras corrían a refugiarse en la sala de espera. Uno de los oficiales se quedó fuera de la puerta y mantuvo a la prensa a raya. A los pocos minutos, el juez urgió a Molly salir por una puerta trasera y meterse en un despacho vacío, donde Vail se reunió con ellos. Naomi y Tom descubrieron una sala vacía e improvisaron una conferencia de prensa para la joven psiquiatra.

—Todavía no entiendo lo que pasó —dijo Molly—. ¡De pronto se acabó!

—Marty les obligó —le aclaró el juez—. Hizo declarar a Aaron como testigo y Venable consiguió que saliera Roy. Inmediatamente después sólo sabemos que Roy saltó la barandilla y la intentó estrangular. —El juez se rió entre dientes y sacudió la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Molly.

—El argumento decisivo fue tu testimonio, Molly —añadió Vail con una sonrisa socarrona—. Venable se derrumbó cuando se dio cuenta de lo que se le venía encima.

—¿Mi testimonio? Pero si ni siquiera llegué a declarar —se quejó Molly.

—Por supuesto que lo hiciste —dijo Vail, sonriendo—. En la intimidad del despacho de Shoat. Y fuiste dinamita.

—Perdona. Creí que éramos un equipo. Creí que se trataba de... de...

—¿De qué? —preguntó Vail—. Se trata de ganar, Molly.

—Recuerdo todo lo que dijisteis sobre la dignidad de la justicia y, y...

—También te dije que la única manera de mantener fuerte la justicia es desafiarla. Jugamos según las reglas y ellos tenían todas las malditas cartas. Díselo, juez.

El juez, fiel a su carácter, levantó las cejas y las manos.

—Perdonadme —se excusó—. Tengo otro compromiso. —Y salió de la habitación.

—Lo planeaste desde el principio —dijo Molly con un tono acusador.

—Es cierto —contestó Vail—. Era mi estrategia desde el principio. ¿No lo entiendes, Molly? Nunca habríamos ganado si hubiéramos jugado a corazón abierto. Habría habido un nuevo juicio. Habrían traído abogados de relumbrón...

—Y yo no era lo bastante buena para enfrentarme a ellos...

—No, no, no. No es eso...

—¿Y qué es? —le respondió violentamente—. ¿Sólo ganar?

—Eso es, ganar —contestó Vail en tono defensivo—. Y la vida de Aaron Stamper estaba en juego.

La respuesta acabó con la discusión pero no con la desilusión de Molly.

—El tribunal tenía derecho a saber toda la historia —alegó ella finalmente—. Por el bien de Aaron necesitaban oír todo el testimonio.

—Molly, vuelve al mundo real. Esto no era un concurso de popularidad, era una cuestión de vida o muerte.

Naomi asomó de repente la cabeza por la puerta. Había preparado la conferencia de prensa y trasladado a la ruidosa canallesca fuera de la sala de tribunal.

—¿Conferencia de prensa? —se sorprendió Molly.

—Tu momento de gloria —dijo Vail—. Ahora puedes explicarles toda la historia. Tendrás los medios de comunicación danzando a tus pies.

—Volveré a mi mundo en cuanto esta función para la prensa termine. Pero quiero decirle adiós a Aaron primero. Después me marcharé.

—¿Te vas?

—Regreso a mi mundo. A mis reglas. Adiós, Martin.

—¿Así? ¿Ni siquiera podemos celebrar una cena de despedida? —preguntó sorprendido Vail.

Molly sonrió con tristeza.

—Vine para el período del juicio, ¿recuerdas? El juicio se ha acabado. Tengo pacientes que me están esperando.

—Molly...

Se volvió hacia él en la puerta y dijo:

—Lo salvamos, ¿verdad? Lo hicimos.

—Eh, quizá te llame alguna vez, quizá vaya a Winthrop a pasar un gran fin de semana.

Ella levantó los ojos para mirarlo y sonrió.

—No, no lo harás —dijo. Y se marchó.

Aaron estaba sentado tristemente en una esquina de la sala de espera, con las manos y

los pies todavía esposados. Los guardias estaban sentados en la esquina de enfrente, hablando en voz baja.

—Quiero darle las gracias, señorita Molly —dijo torpemente Aaron, cuando ella entró en la sala—. Esto... creo que le debo la vida y yo... —tartamudeó, intentando encontrar las palabras apropiadas para expresar su gratitud.

—No me debes nada. Sólo ponte bien, ¿vale?

—Claro que lo intentaré. —Se quedó en silencio durante unos minutos y entonces dijo, bastante pensativo—: ¿Sabe qué es lo peor de todo?

—¿Qué es, Aaron?

—Que no tengo perspectivas, doctora —dijo tristemente—. Pienso mucho en ello. Años y años sin perspectivas. —Reflexionó un poco más antes de añadir—: Pero seguro que es mejor que estar muerto.

Molly recordaría aquello en años venideros. La falta de perspectivas era tal vez la peor de todas las molestias. ¿Y qué podía decirle a Aaron, a quien estaban a punto de mandar a un manicomio quizá para siempre?

Se acercó a él, se inclinó y le besó ligeramente en la mejilla.

—Ahora tengo que irme. Vendré a visitarte, lo prometo. Te traeré Coca-Cola y tarta de coco.

—Gracias —dijo Aaron sonriendo mientras Molly salía por la puerta.

Vail la observó mientras se apresuraba por el pasillo hacia la conferencia de prensa. Cuando la puerta de la sala se cerró de golpe, sintió una sensación de pérdida.

—Realmente conmovedor, abogado —dijo una voz detrás de él—. ¿El idilio del juicio?

Se dio la vuelta para encontrarse a Shaughnessey, que estaba de pie en el umbral de la puerta del despacho de Shoat.

—Entra —le indicó el hombretón—. Te invito a una copa. Te lo mereces después de esta función.

Vail lo siguió. Shaughnessey se dirigió hacia un pequeño lavabo que había en la habitación, parándose a encender un puro.

—Shoat se caerá muerto si descubre que estás fumando en su santa guarida.

—Podría encender una hoguera en su mesa de despacho y todo lo que diría por eso es: «Gracias» —dijo Shaughnessey mientras hacía deslizar un panel que había sobre el lavabo para revelar una hilera de botellas de licor.

—¿Eres hombre de bourbon? —preguntó.

—Sí —contestó Vail.

—Es natural.

Sacó dos vasos labrados de whisky con soda, dejó caer un cubito de hielo en cada uno y los llenó hasta la mitad. Shaughnessey se sentó tras el escritorio de Shoat e hizo una señal con la cabeza hacia la silla que estaba frente a él.

—Siéntese, abogado. —Shaughnessey lo miró fijamente con una mirada de reojo, cautelosa, mientras Vail se sentaba y jugaba con los pies poniéndolos encima de la esquina del escritorio de Shoat—. Esta resolución del problema no le gustará mucho a la opinión pública —continuó diciendo Shaughnessey.

—¿Por qué? ¿Porque no conseguimos atar con correa al chico en la silla y apretar el interruptor? En seis meses, Aaron Stampler habrá sido olvidado.

—Nos tendiste una emboscada con toda esa mierda del desdoblamiento de la personalidad. Y después forzaste a Shoat.

—No forcé a nadie.

—Sólo estoy diciendo que tal como este asunto concluyó, me sabe a poco. Y la gente se sentirá de la misma manera.

—¡Que se joda la opinión pública! —dijo Vail—. Estamos hablando de justicia en este caso, no de apaciguar a un montón de psicópatas de mierda espumajeando de rabia. Los que quieren que Aaron Stampler sea electrocutado son los mismos a los que les gustaría ver ejecuciones públicas. Venderían perritos calientes y camisetas y dejarían que el mejor postor apretara el interruptor.

—El arzobispo era un santo, Martin. Podía encantar a las serpientes de la ciudad y nunca pedía nada para él. Era un don del cielo para esta comunidad.

Vail se rió en la cara del ejecutivo del poder.

—¡Vaya porquería! —dijo—. Quítale la mitra y la túnica ¿y qué tienes? La imagen del carroñero hambriento de poder e insensible. Estaba por encima de las normas. Era un hijo de puta dado a intrigas, mezquino y arrogante, que utilizaba todos los trucos del oficio para ascender él y sus acólitos.

—Calma...

—Si este caso hubiera continuado un día más, el nombre de Rushman habría sido una porquería —dijo Vail, interrumpiéndolo—. ¡Habría sido aniquilado! Y muchos cojonazos de esta ciudad habrían encogido al tamaño de los cacahuets. Ahórrate los violines y las flores a propósito de Rushman y no me hables de todos los pies que he pisado. No te vas a creer esto, pero hice a todos un favor jugando de esa manera.

—Shoat dice que le tendiste una emboscada, a él y a Venable.

—Todo lo que hice fue mencionar la Fundación Gudheim. Lo sabes todo acerca de eso, estás en el consejo de administración.

—¿Y?

—Que es un montaje ilegal. Todos los que están involucrados son unos puñeteros criminales y Shoat lo sabe.

Shaughnessey frunció el entrecejo mirándolo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Correr por la ciudad reventando los huevos de todo el mundo?

—No, si se termina.

—¿Y cómo sugieres hacer eso?

—Es simple. Reorganizad, cambiad vuestras prácticas contables. Sencillamente

abandonadlas. No me importa cómo lo hagáis, eso es asunto vuestro.

—¿No lo entiendes? Es como se hacen las cosas hoy en día.

—Ya no —rechazó Vail—. Un tipo como Harry Shoat acepta fondos de ti o de algún pez gordo de la abogacía y cree que no tiene deudas. Pero tiene deudas. Se supone que dará las gracias de alguna manera, como bien sabes.

—¡Es como se hace, maldita sea! —soltó a modo de respuesta Shaughnessey—. Así es como el país funciona, y deberías saberlo a menos que te hayas quedado atrás.

—Cuando se le da la mano al diablo, Roy, uno ya está a medio camino del infierno. Nunca se puede volver a decir no. Haces lo que te mandan porque ya no eres tu dueño. Si se trata de un millón de dólares o de la llave de la cámara legislativa de Estados Unidos da lo mismo. Todo lo que se hace tiene un precio. Es como estar en la mafia. La única diferencia es que en tu estafa, si se jode, mueres sin blanca. En la pandilla, mueres, punto.

Los labios de Roy Shaughnessey se torcieron en una sonrisa amarga.

—Eres un duro hijo de puta, está bien. —Su voz se endureció y arponeó el aire con el índice—. Si quieres llegar a algún sitio en este mundo, tienes que conocer y aceptar el procedimiento.

—No estoy seguro de saber dónde voy y no quiero conocer el procedimiento —respondió Vail—. Trabajo para mis clientes, punto. Obtienen todo lo que tengo que ofrecerles. Alguien sale herido por la espalda en el proceso, mala suerte. Y ahora ¿por qué no hablamos de lo que realmente estoy haciendo aquí?

—Dios mío, ¿no puedes ser amable alguna vez? —le rogó Shaughnessey, cambiando el tono de voz.

Vail esbozó una sonrisa torcida.

—Ya pensaba que lo era.

—Tengo una sólida oferta para ti —dijo Shaughnessey.

—¡Oh! ¿De qué se trata? ¿Una verdadera fortuna? ¿Coches de segunda mano?

Shaughnessey hizo caso omiso de la ocurrencia.

—Sigo ofreciéndote ser fiscal principal y ayudante del fiscal del distrito. Cuando Hardy ascienda, obtienes el puesto de arriba. Entonces te trasladas a fiscal del Tribunal Supremo. ¡Mierda!, puedes ser gobernador antes de cumplir cuarenta y cinco. Sin ninguna condición.

—¿Sin ninguna condición?

—Ya me has oído.

Vail se levantó para irse. Se terminó la bebida y puso el vaso en el lavabo.

—¡Demonios!, ¿no querrás que sea el fiscal del Tribunal Supremo? —repuso caminando hacia la puerta.

—¿Por qué no?

—Porque si lo soy, seguramente acabarías en la cárcel —dijo Vail con una risa ahogada, y se marchó.

Jack Connerman estaba sentado en un banco de fuera de la sala de justicia; bebía una taza de café cuando Vail salió. El periodista se levantó y fue andando por el pasillo con él.

—Pura dinamita, abogado. Seguramente su mejor actuación hasta la fecha. — Indicó una sala con la mano con que sostenía el café—. El resto de la prensa persiguió a la doctora hasta allí.

—¿Por qué no está con ellos? Ella tiene la historia.

—La historia está aquí, Martin. Usted es siempre la historia. Hacer declarar al chico como testigo fue un golpe arriesgado pero formidable. ¿Cómo podía estar seguro de que Venable haría salir al otro?

—Nunca desiste, ¿verdad, Jack? —dijo Vail con una sonrisa.

—Me encanta ver a un artista en acción.

—La adulación no funciona. Ya lo ha intentado antes.

—Y nunca cede, ¿verdad?

—¡Narices!, no tengo secretos, Jack. —Vail sonrió—. Juego cada mano en público.

—Claro que lo hace y ésta será de manual. La función de hoy se convertirá en referencia obligada. Estuvo bien en el caso *Heyhey*, pero eso fue un calentamiento comparado con éste. Los estudiantes de derecho de primer curso leerán este caso en años venideros.

—De segundo curso —le corrigió Vail—. Es demasiado complejo para principiantes.

Ambos se rieron de su arrogancia.

—Puede conseguir todas las citas que necesite de la doctora Arrington —le dijo Vail.

—No estoy interesado en la jerga mental; estoy seguro de que todo lo que dice ella va a misa. Lo que me interesa es cómo logró que este proceso acabara en un acuerdo.

—No lo hice. La fiscal lo hizo. Provocó a Aaron.

—¿Cómo la engañó?

—¿De qué está hablando?

—¡Vamos, Marty! ¡Dios!, llevo siguiendo su carrera seis, siete años. Lo tenía todo preparado, que Venable hiciera salir al otro, quiero decir.

—¿Quién lo afirma?

—Es evidente.

—Circunstancial.

—Sí, bueno, leeré la declaración. Me haré una idea. La cuestión es: podría haber revelado esto de la doble personalidad hace un par de semanas, pero comprendió que tenía que explotar en la sala del juicio para que tuviera impacto, ¿no?

—Es su historia, no la mía.

—Tendió una emboscada a Venable. Lo sé. Cuando los dos salieron del despacho

de Shoat, parecía que acababan de decirle que tenía que tragarse a su propio hijo. Antes de eso, usted no tenía nada... y, sin embargo, devoró a sus testigos. —Movi6 la cabeza—. Es el m1s grande encantador de multitudes, Marty. Pero me pone nervioso.

—¿Por qu6?

—¡Caray!, no es que este chico sea un pistolero barriobajero, sabe. Lo que hizo me pone los pelos de punta.

—Cuando terminen los ba1os helados y el tratamiento de electrochoques, ser1 un minino.

—¿De veras cree usted que el muchacho es dos personas diferentes?

—Hable de eso con la doctora Arrington. Ella es libre de decir lo que quiera.

—¿Hablar1 conmigo?

—P1daselo. ¡Demonios!, estamos en un pa1s libre.

Se detuvieron en la rotonda y miraron fijamente hacia abajo el laber1ntico vest1bulo del palacio de justicia. Colillas, peri6dicos desechados y desperdicios de la muchedumbre cubr1an los suelos de m1rmar.

—Hoy no consiguieron su libra de carne —dijo Vail entre dientes.

—¿Qui6n?

—La multitud. Nunca escribe sobre la multitud, Jack, y la multitud es lo que cuenta. La justicia agrada a la multitud. Es el espect1culo de los monstruos, el geek, el monstruo de feria que muerde las cabezas de los pollos vivos. Esa multitud durante estos 1ltimos d1as quer1a ver al loco que hizo una carnicer1a con El Santo. Lo quer1a ver de cerca... para poder oler su respiraci6n. Cuando se transform6, fue como... como una final de f1tbol. Llegaron a ver la locura de cerca, en persona, llegaron a mojarse los pantalones cuando aterroriz6 a la sala. Yo no contento a la multitud, Jack; la multitud se contenta a s1 misma. Viene al juzgado para masturbarse. A veces uno tiene que inventar una fantas1a para que queden complacidos.

—Le citar6, signifique lo que demonios signifique. ¿Cree que saldr1 alg1n d1a?

Vail empez6 a decir algo y dud6 un momento.

—Esperemos que s1. Ser1a terrible desperdiciar una mente como 6sa.

—¿Pero usted qu6 cree?

Vail lo mir6 fijamente un momento y dijo:

—Creo que soy abogado, no psiquiatra.

Connerman observ6 c6mo Vail andaba a grandes pasos por el pasillo hacia la sala de espera; entonces tir6 la taza de caf6 vac1a en una papelera llena a rebosar y se dirigi6 a la conferencia de prensa de la doctora Arrington.

Aaron se marchar1a a Daisyland en pocos minutos. Cuando Vail entr6, estaba sentado junto a una mesa en la otra esquina de la sala, con las manos esposadas tras 6l y las piernas encadenadas con grilletes.

—¿Puedo hablar con 6l un momento a solas, por favor? —pregunt6 Vail a los dos

guardias, que estaban fumando y bromeando cerca de la puerta.

—¿Por qué no, Marty? —contestó uno de ellos—. No va a ir a ninguna parte. — Salieron al pasillo. Vail se sentó al lado de Aaron.

—¿Sabe lo que oí que decían los guardias? —dijo Aaron—Que la señorita Molly se va a hacer famosa por todo esto.

—Probablemente, así sea —repuso Vail—. Desde luego merece serlo.

Aaron le sonrió y dijo en voz baja:

—¿Puedo decirle algo, señor Vail? ¿Sólo entre usted y yo?

—Claro.

—Usted fue un regalo del cielo para mí, ¿sabe? Usted y la señorita Molly.

—Gracias, Aaron.

—Aquella noche en que me encontraron en el confesionario. Estaba loco de miedo.

—Estoy seguro de que lo estabas. Debió de ser terrible.

—Sí, pero después de conocerle, supe que todo iba a ir bien.

—Tienes buen instinto.

—Supongo. Supe desde el primer momento en que le conocí que íbamos a ganar, no importaba cómo.

—¿Cómo lo imaginaste?

—Sólo por cómo habló. —Se rió tontamente y se inclinó hacia Vail—. Tenía la actitud adecuada.

El comentario extrañó a Vail.

—¿La actitud adecuada?

—Ya sabe a qué me refiero —dijo, y le guiñó el ojo.

—Mira, Molly revisará las cintas de vídeo con el doctor Bascott y su personal. Les informará de lo que sabe sobre tu estado.

—No son tan listos como ella.

—Se portarán bien contigo, estoy seguro. Son excelentes en su campo.

—No lo pareció. Usted hizo que parecieran idiotas.

—Eso es lo que pasa a veces. No funciona así siempre.

—¿Llegaré a ver alguna vez las cintas?

—Estoy seguro de que sí, tarde o temprano. Seguramente dependerá de lo bien que vaya tu terapia.

—Tal vez no acepten su opinión, sabe, de que hay dos en mí. ¿No puede trabajar ella conmigo?

—A mí también me gustaría eso, Aaron. Desafortunadamente, ahora estás bajo la jurisdicción estatal. Es su tarea.

—Un poco estúpido, ¿no cree?

—¿Por qué?

—Bueno, ella y yo hemos estado trabajando juntos un tiempo. Quizá quieran aprovecharse de sus descubrimientos...

Mientras Aaron hablaba, algo en él distrajo a Vail un momento. ¿Qué era? ¿Eran sus ojos? Un cambio casi imperceptible en su expresión...

—... ella también conoce a Roy... —añadió.

Vail centró su mirada en Aaron varios segundos. Sacó un cigarrillo del paquete con un movimiento enérgico, lo cogió con los labios y lo encendió. Estaba pensando.

—¿Qué pasa con Roy?

—A veces me enfadaba conmigo mismo —dijo Aaron.

Vail sintió un súbito escalofrío. Algo interior, instintivo. ¿Qué estaba pasando allí?

—¿Cómo?

De pronto, todo rastro del sonido vibrante de los Apalaches había desaparecido, sustituido por el acento monótono del medio-oeste. Vail fumó en silencio, echando el humo hacia el techo, esperando a ver qué venía a continuación.

—¿Roy? —se atrevió a preguntar Vail.

—Eso depende —dijo el muchacho con la voz de Aaron—. ¿Con quién quiere hablar en realidad? ¿Conmigo? —Su lenguaje corporal cambió de repente. Sus ojos se apagaron, su tono de voz se hizo áspero—. ¿O quieres hablar con el viejo Roy? ¿Quieres saber un secreto? —De nuevo su lenguaje corporal cambió, sus ojos se iluminaron, los Apalaches volvieron a su voz—. Obtendrá las mismas respuestas de los dos.

Y se rió de Vail.

Esta vez, el escalofrío partió en dos a Vail. Su boca se reseco un poco. Miró indignado al chico durante varios segundos; entonces se levantó de repente y echó a andar hacia la puerta.

—Espera un momento, Marty. No seas tonto. —El lenguaje corporal había vuelto a cambiar—. Relájate y escúchame. —Se levantó, estiró los brazos detrás de él y, sin quitarle los ojos de encima, fue arrastrando los pies hacia el extremo de la mesa. Se quedó de pie a unos treinta centímetros más o menos delante del abogado. Vail se volvió a sentar. Cuando Stampler habló, su porte y su acento cambiaban. De acá para allá. De Roy a Aaron a Roy a Aaron... Era como ver dibujos animados surrealistas. O a un extraterrestre en una película de ciencia ficción. Era como ver el mercurio resbalar de un lado a otro en un tubo de ensayo.

—Piénselo, Marty. ¿Qué va a decirles? ¿Que la cagaron? ¡Dios, hombre!, armaste un buen jaleo y destrozaste la acusación delante de sus morros. Hiciste que ese juez pareciera que acabara de tragarse una jodida sandía. —Se sentó en el borde de la mesa, mirando fijamente a Vail con la dulce mirada de Aaron—. No pueden juzgarme otra vez, eso sería doblemente peligroso. —Los ojos cambiaron otra vez, se endurecieron—. Además, díles que te engañé y serás el tonto más grande del estado. ¿Y la doctora? ¡Demonios!, desaparecerá. Puede que le den trabajo en el culo del mundo. —Roy se rió—. Pero no se lo dirás, eso sería estúpido, ¿no? —Se volvió a reír—. Creerían que los dos montasteis todo el tinglado. Eso podría dañarle a usted,

pero a ella la arruinaría.

Vail lo miró boquiabierto y con ira. La rabia le sulfuraba por dentro, pero se mantuvo tranquilo. Terminó el cigarrillo y se inclinó hacia el cenicero.

—A ver, déjame que lo haga yo —dijo Roy, arrancando la colilla de los dedos de Vail. Aspiró una calada profunda y echó un círculo de humo perfecto, que se desplazó por la sala antes de disiparse—. Piénselo, Martin, en realidad no fue muy difícil..., todo lo que tuve que hacer fue engañarte a ti y a Molly y a esos tipos de Daisyland durante unas semanas. Sólo unas semanas, es todo. Representarlo bien delante de los tres secuaces en la casa de locos..., hacer el cambio entre yo y Aaron para Molly y para ti..., parecer bueno en vuestras películas... —Se rió, con una risita sin alegría, tonta.

El vello de los brazos de Vail y de su nuca se electrizaba a medida que Stampler cambiaba, de repente y casi sin transición, en medio de una frase; Roy y Aaron se fundían en uno solo ante ojos.

—La engañé a ella, y tú me lo pusiste fácil. No sabía la suerte que había tenido hasta que oí a los guardias de Daisyland que hablaban de su gran trabajo con personalidades desdobladas..., eso me dio la idea. Sabía lo suficiente de eso. Bueno, ¡mierda!, había estado leyendo todos los libros sobre eso durante años, incluso el MDE₃..., así pues, qué podía perder de todos modos, ¿no? Quiero decir, ¡iban a electrocutarme, Marty!

Vail miró a Aaron —y Roy— y dijo con tono de voz duro:

—De acuerdo, ¿para qué? ¿Por qué me estás explicando todo esto?

—¡Oooh, demonios!, tenía que decírselo a alguien. ¿Usted no querría hacerlo...? Quiero decir, uno no puede guardarse algo tan bueno. ¿A quién se lo voy a explicar, a Harcourt Bascomb? ¡Mierda!, apuesto a que cree que se va a hacer famoso cuando me cure... Sabe, imagina que se librará de Roy y que entonces estaré bien... Bueno, deje que le dé una pista, Marty. El viejo Roy va a estar por aquí más tiempo. ¿Entiende?, alguien tenía que saberlo. ¿O de qué serviría hacerlo? —Roy se inclinó y le dijo algo bajito a Vail—: Mire, me van a tratar del mismo modo en la casa de locos diga lo que diga la doctora, o sea que ¿por qué hacer algo estúpido ahora? Es un ganador, Marty. Y ganó. No destruya la victoria por algo que le da lo mismo a todos.

—A todos excepto a ti y a mí.

—Eso es —contestó Aaron—. A usted y a mí. —Entonces se sentó, cambiando de uno a otro, riéndose de Vail, riéndose de todos ellos, hasta que uno de los guardias asomó la cabeza por la puerta.

—Es hora de irse, hijo.

—Así que nunca hubo un Roy —concluyó Vail—. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Stampler se volvió a inclinar hacia Vail.

—Bueno, piense en esto, señor Vail —dijo Aaron; y Roy añadió una frase y entonces se echó a reír y todavía se reía a carcajadas mientras el oficial lo llevaba

fuera. Vail podía oír la risa resonando por el pasillo mientras se llevaban a Stamper.
Y durante años después de aquello, en el silencio de la noche, recordaría aquella risa.
Y oiría las últimas palabras de Stamper.

—Suponga que nunca hubo un Aaron.



WILLIAM DIEHL (1925 - 2006) fue un novelista estadounidense. Comenzó su primera novela, *Sharky's Machine* (1978), cuando tenía cincuenta años durante la celebración de un juicio en el que era jurado, y manifestó que lo hizo para evitar el aburrimiento en las sesiones. Sea como fuere, la obra fue un éxito y, a partir de ese momento, escribió un total de nueve novelas. *Sharky's Machine* fue llevado al cine e interpretada por Burt Reynolds. Sus siguientes obras fueron todas ellas best sellers: *Chameleon* (1981) *Hooligans* (1984) *Thai Horse* (1987) *27* (1990) *The Hunt* (1990) *Primal Fear* (1993), *Show of Evil* (1995), *Reign in Hell* (1997), *Eureka* (2002).

Notas

[1] En inglés, este apellido, Vail, coincide con una variante de *veil*, que significa, por un lado, máscara o disfraz, y por otro, velo, que a su vez puede interpretarse, por extensión, en inglés, como rostro que transmite pureza. Esto explica el juego de palabras de la frase original *Vail of innocents*. <<

[2] En béisbol, un *change-up* es un golpe con mucha potencia, pero poca velocidad, y éste es el caso, un juego en un partido de béisbol en el que un equipo no acierta ningún lanzamiento. (N. de la T.) <<

[3] En francés, ímpetu. <<

[4] En francés, dialecto. <<

[5] *Crik* es una variante gráfica popular de *creek*; *to be in a creek* en argot significa estar en un aprieto. Este juego de palabras explicará la gracia que siempre hace su mención entre los personajes de la novela. <<

[6] En francés, mezcla. <<

[7] *Belle*, hermosa, y *bell*, campana, se pronuncian en inglés de manera muy semejante. <<

[8] Flat, en inglés, también significa, entre otras cosas, «que no ha sufrido cambio ni variación». <<

[9] Salud en danés. <<